



Universidad de Granada

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE LINGÜÍSTICA GENERAL Y TEORÍA DE LA LITERATURA

PROGRAMA DE DOCTORADO

“TEORÍA DE LA LITERATURA Y DEL ARTE Y LITERATURA COMPARADA”

**TEXTO CULTURAL, LITERATURA E INMIGRACIÓN:
ESTUDIO DE LA INMIGRACIÓN AFRICANA EN LA
LITERATURA ESPAÑOLA ACTUAL (1992-2007)**

TESIS DOCTORAL

DOCTORANDO: CHRISTOPHE EMMANUEL SÉKA

DIRECTOR: ANTONIO CHICHARRO CHAMORRO

Vº Bº

Granada, Octubre de 2014

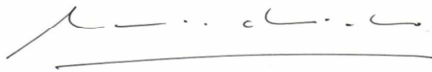
Editor: Editorial de la Universidad de Granada
Autor: Christophe Emmanuel Séka
D.L.: GR 2344-2014
ISBN: 978-84-9083-388-9

El doctorando, CHRISTOPHE EMMANUEL SÉKA, y el director de la tesis doctoral, ANTONIO CHICHARRO CHAMORRO, garantizamos, al firmar esta tesis doctoral, que el trabajo ha sido realizado por el doctorando bajo esta dirección y hasta donde nuestro conocimiento alcanza, en la realización del trabajo, se han respetado los derechos de otros autores a ser citados, cuando se han utilizado sus resultados o publicaciones.

Granada, 15 de octubre de 2014

Director de la Tesis

Doctorando

A handwritten signature in black ink, consisting of a series of connected loops and a long horizontal stroke at the bottom.

Fdo.: Antonio Chicharro Chamorro

A la memoria de Kouakou Koffi Désiré

ÍNDICE

Agradecimientos	13
Listado de obras analizadas	15
CAPÍTULO 1: ASPECTOS PRELIMINARES DE LA INVESTIGACIÓN	17
1.1. Consideraciones generales.....	17
1.2. Génesis y objetivo	28
1.3. Objeto de estudio, metodología y estructura de la investigación	32
CAPÍTULO 2. CONTEXTO HISTÓRICO, ECONÓMICO Y POLÍTICO DE LA INMIGRACIÓN EN ESPAÑA	39
2.1. El plano mundial.....	39
2.1.1. Función de los trabajadores inmigrantes en el modo de producción capitalista.....	39
2.1.2. Dinámica de las desigualdades en el ámbito internacional: Dependencia del Tercer Mundo	44
2.1.3. Factores de expulsión y de atracción.....	50
2.2. El plano europeo.....	52
2.2.1. Expansión de la economía europea. Recurso al mercado de trabajo europeo	52
2.2.2. Hacia un nuevo modelo económico transnacional. Política restrictiva a la inmigración en Europa y en España.	55
2.3. El contexto español.....	58
2.3.1. Evolución de la economía española desde los años 50. Redistribución general del mercado de trabajo.....	58
2.3.2. España, país de emigración	60
2.3.3. España, país de inmigración	62

CAPÍTULO 3. CONSIDERACIONES PRELIMINARES SOBRE LA INMIGRACIÓN AFRICANA A ESPAÑA	65
3.1. Aclaraciones terminológicas clave	65
3.1.1. El término « <i>inmigrante</i> ».....	65
3.1.2. El término <i>subsahariano</i>	69
3.2. Trazado histórico de la inmigración africana a España.....	73
3.2.1. La inmigración magrebí a España	73
3.2.1.1. El colectivo mayoritario: los marroquíes	73
3.2.1.2. Los otros magrebíes: los argelinos	78
3.2.1.3. Muy pocos pero presentes también: los tunecinos	82
3.2.2. La inmigración subsahariana a España.....	84
3.2.2.1. Los primeros subsaharianos en España: los ecuatoguineanos.....	84
3.2.2.2. Los primeros inmigrantes económicos subsaharianos en España: los caboverdianos	87
3.2.2.3. La siguiente ola inmigratoria: los senegambianos.....	91
3.2.2.4. Los flujos inmigratorios posteriores	97
3.3. Causas y características de la inmigración africana a España	100
3.3.1. Causas	100
3.3.1.1. Causas económicas	100
3.3.1.2. Causas políticas	103
3.3.1.3. Causas demográficas	105
3.3.1.4. Causas militares.....	106
3.3.1.5. Motivos de la elección de España	109
3.3.2. Características.....	111
3.3.2.1. Un crecimiento rápido	111
3.3.2.2. Un acceso mayormente irregular.....	112
3.3.2.3. Una predominancia masculina.....	114
3.4. Las rutas de la inmigración subsahariana a España.....	114
3.4.1. Las rutas de la inmigración irregular africana a España.....	114
3.4.2. Volumen de la inmigración clandestina	117

CAPÍTULO 4. MIGRACIÓN Y CREACIÓN LITERARIA.....	119
4.1. Frecuencia del tema migratorio en la literatura.....	119
4.2. Literatura y estudios sobre migración.....	123
4.2.1. Literatura sobre migración y geografía.....	123
4.2.2. Literatura sobre migración y psicología.....	125
4.2.3. Literatura sobre migración y sociología.....	129
4.2.4. Literatura sobre migración e historia.....	128
4.3. Crítica literaria y literatura sobre inmigración.....	130
4.4. Rasgos generales de la literatura española sobre inmigración.....	132
4.4.1. Una poética realista.....	132
4.4.2. Una estética de la compasión.....	141
CAPÍTULO 5. TEXTOS CULTURALES MITIFICADORES.....	150
5.1. El mito de El Dorado.....	151
5.1.1. Exposición del mito.....	151
5.1.2. La condena a la pobreza.....	154
5.1.2.1. La pobreza.....	155
5.1.2.2. La falta de expectativas endógenas de mejora.....	162
5.1.3. El rumor.....	165
5.1.4. Ensoñación.....	176
5.1.5. Un propósito socioeconómico.....	186
5.1.6. La ilegitimidad.....	192
5.2.El mito de la tierra prometida.....	198
5.2.1. Exposición del texto cultural.....	198
5.2.2. Presencia del mito en el corpus.....	200
5.3. El mito de Jauja.....	209
5.3.1. Exposición del mito.....	209

	10
5.3.2. Presencia del mito en el corpus literario.....	210
CAPÍTULO 6. TEXTOS CULTURALES MIGRATORIOS	216
6.1. Los cuentos de advertencia.....	216
6.1.1. Estructura argumental de los cuentos de advertencia.....	216
6.1.2. Reproducción de la estructura argumental de los cuentos de advertencia en el corpus	218
6.2. El éxodo.....	222
6.2.1. Exposición del texto cultural	222
6.2.2. Intertexto.....	223
6.2.3. Un viaje largo	225
6.2.4. Un viaje dificultoso	229
6.3. La odisea.....	244
6.3.1. Exposición del texto cultural	244
6.3.2. Un viaje peligroso.....	247
6.3.3. Una ida forzada.....	266
6.3.4. Un monomito.....	269
6.4. Viaje al Averno.....	273
CAPÍTULO 7. TEXTOS CULTURALES DESMITIFICADORES.....	278
7.1. El paraíso perdido.....	278
7.1.1. Exposición del mito.....	278
7.1.2. Presencia del mito en los textos del corpus	279
7.2. La esclavitud.....	288
7.2.1. Rememoración histórica.....	288
7.2.2. Explotación sexual.....	290
7.2.3. Explotación laboral.....	299
7.2.4. Transporte negrero.....	305

7.2.5. Coacción	310
7.2.6. Marginalidad.....	314
7.3. El infierno	317
7.3.1. Exposición del texto cultural	317
7.3.2. Apresamiento y dolor	320
7.3.3. Rechazo	327
7.3.4. Hambre y sed	351
7.3.5. Miedo constante.....	357
7.3.6. Castigos	362
7.4. La parábola del buen samaritano	364
7.4.1. Exposición de la parábola.....	364
7.4.2. La compasión.....	366
7.4.3. La ayuda	368
Conclusiones.....	376
Bibliografía.....	384
Anexo.....	404

AGRADECIMIENTOS

En este apartado, quisiera destacar a aquellas personas o instituciones que han estado de cerca o de lejos, de manera implícita o explícita, en el origen de esta obra. Las deudas contraídas con todas ellas me obligan a, por honestidad y gratitud, agradecer su decisiva y desinteresada colaboración.

Ante todo, mi eterna gratitud al Señor Dios por absolutamente todo.

Mis más cálidos agradecimientos a mis padres por el amor, la educación y formación que me han dado, gracias a que he podido llegar a este nivel.

Mis más profundos agradecimientos a la Agencia Española de Cooperación y Desarrollo (AECID) sin cuya beca no hubiera podido nunca realizar esta investigación.

Mi eterna gratitud a mi director de tesis, Antonio Chicharro Chamorro por su dirección, su incondicional apoyo y disponibilidad a lo largo de estos tres años.

Mi gratitud a Edmond Cros por su ayuda teórica y metodológica.

Mis agradecimientos también a mis profesores de la Universidad de Bouaké por haberme dado los conocimientos y ánimos necesarios para llegar al muelle de los estudios de posgrado; y a mis profesores de la Universidad de Granada que me permitieron, gracias a los conocimientos transmitidos, completar mi formación académica y disponer de las herramientas necesarias para la realización de este trabajo final.

De igual modo, les doy gracias a la Fundación General de la Universidad de Valladolid y a mis profesores del Centro de Idiomas de la Universidad de Valladolid respectivamente gracias a cuya beca y enseñanzas pude mejorar en los cinco meses de estancia en Valladolid mi nivel de conocimiento y práctica del español.

Del mismo modo, me complace agradecer infinitamente a mis profesores Kouakou Koffi y Niagne Meledj Laurent quienes, más que profesores, han sido para mí unos padres.

También mi gratitud especial a mis amigos Ildfonso Sánchez Ferrero, Jorge Lobo Granja y Juan Antonio Bermejo y sus respectivas familias por su entrañable cariño y su apoyo incondicional.

Asimismo, expreso mis eternas deudas a mis amigos Kouakou Konan Joseph, Amon Paul, Clément Animán Akassi, Miguel Sandreu, Leopoldo Adiego, Antonio Rebollo Sánchez, José Francisco Rojas, Juan Manuel Pérez Ruiz, Awonon Abilé Jacques Brice, Anon Cyrille André, Gbenonmedji Jean-Baptiste, Mbassi Stanislas, Koffi Konan Hervé, Djandué Bi Drombé Paul Bathesty, Kady Diallo por su gran amistad y apoyo.

LISTADO ALFABÉTICO DE OBRAS ANALIZADAS

Nº	Título	Autor	Año	Género
1	<i>Ahlán</i>	Jerónimo López Mozo	1995	Teatro
2	<i>Al calor del día</i>	Miguel Naveros	2001	Novela
3	<i>Cayucos</i>	José Naranjo	2006	Ensayo
4	<i>Dónde mueren los ríos</i>	Antonio Lozano	2007	Novela
5	<i>Europa se hunde</i>	Miguel Ángel de Rus	1999	Novela
6	<i>Fátima de los naufragios: relatos de tierra y mar</i>	Lourdes Ortiz	1998	Relatos
7	<i>Harraga</i>	Antonio Lozano	2002	Novela
8	<i>La mirada del hombre oscuro</i>	Ignacio del Moral	1992	Teatro
9	<i>La patera y otros relatos</i>	José Juan Cano Vera	1998	Relatos
10	<i>Las voces del Estrecho</i>	Andrés Sorel	2000	Novela
11	<i>Los invisibles de Kolda</i>	José Naranjo	2009	Ensayo
12	<i>Los príncipes nubios</i>	Juan Bonilla	2004	Novela
13	<i>Por la vía de Tarifa</i>	Nieves García Benito	2000	Cuentos
14	<i>Tarifa. La venta del alemán</i>	Eduardo Iglesias	2004	Novela
15	<i>Vidas</i>	Mercé Rivas Torre	2005	Novela

CAPÍTULO 1: ASPECTOS PRELIMINARES DE LA INVESTIGACIÓN

“El mundo es la casa de los que no la tienen”, leemos en *Las mil y una noches*, y los que carecían de ella o no soportaban sus límites avariciosos, aprendieron a viajar, a transmutarse en otros ante sí mismos y ante los demás.

JUAN GOYTISOLO, *Metáforas de la inmigración*.

1.1. CONSIDERACIONES GENERALES

Los seres humanos siempre han sido *homo migrans*. Desde los orígenes, se han desplazado de un espacio a otro porque en su quintaesencia está inscrito el movimiento. «El hombre no es un árbol: carece de raíces, tiene pies, camina» afirma Juan Goytisolo. Esta naturaleza le viene impuesta por su instinto de supervivencia y de bienestar:

Desde los tiempos del *homo erectus* circula [el hombre] en busca de pastos, de climas más benignos, de lugares en los que resguardarse de las inclemencias del tiempo y de la brutalidad de sus semejantes. El espacio convida al movimiento y se inscribe en un ámbito mucho más vasto y en continua expansión. Todo indica la movilidad de nuestros ancestros. Sus emigraciones colectivas de sur a norte y viceversa. Por toda la rosa de los vientos. A pie, sin guía ni brújula. Impulsados tan sólo por su instinto de vida y el anhelo de un entorno propicio a la satisfacción de sus necesidades elementales: caza, pastoreo, albergue nocturno, concavidad protectora del clan. (Goytisolo, 2004).

La capacidad de desplazamiento de un lugar a otro es intrínseca a nuestra naturaleza y un valioso atributo para la adaptación y el mejoramiento de las condiciones de vida. Los cazadores y recolectores tuvieron en esta capacidad un instrumento esencial de la supervivencia, y los agricultores un medio para el disfrute de las potencialidades del territorio y el intercambio de los productos de la tierra; para los mercaderes fue una necesidad permanente. (Livi Bacci, 2012: 61-62).

Esta movilidad dictada por el instinto de supervivencia y bienestar —con su corolario de *fitness*¹— es la que ha permitido al hombre, como adelanta Charles Darwin, adaptarse a las nuevas condiciones que prevalecían en el nuevo sitio alcanzado, huyendo de las condiciones poco propicias a su supervivencia, vida o bienestar:

En el curso de sus incesantes migraciones, se ha visto [el hombre] expuesto a las condiciones de vida más diversas. Los habitantes de Tierra del Fuego, del Cabo de Buena Esperanza y de Tasmania en un hemisferio, y los de las regiones árticas en el otro, tienen que haber pasado por muchos climas y haber cambiado muchas veces sus hábitos antes de llegar a su actual lugar de residencia. (Darwin, s.f: 42).

Asimismo, es esta misma movilidad la que ha permitido la difusión de la especie humana por toda la faz de la tierra y el consiguiente poblamiento global del planeta así como la actual cartografía geohumana del mismo.

Los movimientos migratorios entonces siempre han formado parte integrante de las sociedades humanas, aunque la omnipresencia hoy en día de los medios de comunicación de masas y el tratamiento masivo y a menudo sensacionalista que les dan estos a los movimientos migratorios parece darlos por unos fenómenos nuevos, aparecidos en nuestros tiempos. Desde su aparición en África oriental hace unos doscientos mil años, la especie humana —el hombre anatómicamente moderno, biológicamente el llamado *homo sapiens*—, ha estado en constante movimiento. Así es como durante el paleolítico se habría expandido desde África al Próximo Oriente (hace unos cien mil años), a Australia (hace unos sesenta mil años) y luego a Europa (hace unos cuarenta mil años) para llegar, en la fase final de su propagación, a América hace unos doce mil años², gracias al sólido puente que durante la última glaciación unió Asia al continente americano, permitiendo a los cazadores siberianos iniciar la larga y lenta marcha de poblamiento de América, desde Alaska hasta Tierra del Fuego (Livi Bacci, 2012: 17).

¹ La *fitness* se puede entender como la «capacidad de adaptación» del migrante. Es un entrecruzamiento de características biológicas, psicológicas y también culturales (Livi Bacci, 2012: 10-11).

² Ver anexo 1.

En el Neolítico, las migraciones humanas no pararon pese a la implantación de la agricultura y el consecuente paso al sedentarismo. El ser humano, cuya economía había evolucionado (revolución neolítica)³, pasando de recolectora (caza, pesca y recolección) a productora (agricultura y ganadería) como respuesta a la crisis climática que se produjo en el comienzo de la era holocena —de holo- y el gr. καινός, nuevo— tras la última glaciación se desplazó en busca de tierras fértiles por oriente Próximo y luego hacia Europa. Este proceso migratorio se habría iniciado en el IX milenio a.C. en el área originaria de Oriente Próximo y habría terminado el IV milenio a.C. en las Islas Británicas (Livi Bacci, 2012: 17).

La formación de ciudades (6.000 a.C.-3.700 a.C.) (Cauvin, M. y Sanlaville, P. , 1990: 182-190) y luego de los primeros imperios en el Oriente Medio (a partir de 3.000 a.C.) (Cauvin, M. y Sanlaville, P. , 1990: 182-190), en el Mediterráneo oriental (Mesopotamia, Egipto, Persia, Grecia, Macedonia, Fenicia) y en el Mediterráneo occidental (Cartago y Roma), a consecuencia de la sedentarización de los hombres y del surgimiento de nuevas técnicas de producción, tras la revolución neolítica, trajo consigo grandes desplazamientos de pobladores y soldados, que se encargaron de ocupar, tanto libremente como por la fuerza, nuevas tierras. Un ejemplo de estos desplazamientos es el caso de los colonos romanos que se establecieron en la antigua Dacia (actual Rumanía).

Se dio otra marcha migratoria masiva de hombres durante el periodo de las grandes migraciones (ss. III-VIII) en el que muchos pueblos indoeuropeos —«los pueblos bárbaros», mayoritariamente germánicos— se movieron por el Imperio Romano cuyas grandes extensiones llegaron a invadir, causando así la caída de la parte occidental de aquel imperio. Estas migraciones o invasiones «bárbaras» afectaron a la práctica totalidad de Europa y la cuenca del Mediterráneo, marcando la transición entre la Edad Antigua y la Edad Media que se conoce con el nombre de Antigüedad tardía.

Migraciones similares son las posteriores realizadas por los vikingos que tras su expansión por Escandinavia (ss. VIII-IX), migraron hacia el oeste (s. IX) y el este (s. X) ocupando respectivamente las islas británicas y el territorio Rus —actuales Rusia, Ucrania y Bielorrusia— antes de penetrar en el imperio carolingio en el siglo XI

³ Gordon Childe (1975), que en 1941 fue quien expuso la idea de revolución neolítica, identificó el inicio de la producción de alimentos (la cría de ganado y la agricultura) como un paso decisivo.

(Sturluson, 1992). Otro desplazamiento humano de la misma época es el de los árabes, protagonistas de la invasión de la ribera sur del mediterráneo a partir del siglo VIII con la incursión en la península Ibérica.

En la Edad Media también se produjeron migraciones. El feudalismo, aunque fijó a los campesinos al suelo, es decir, a la tierra y a aldeas de los distintos feudos y aunque redujo el comercio, aumentó enormemente las guerras de conquista entre los feudos existentes, lo cual dio origen a verdaderas invasiones y desplazamientos masivos de la población, que fueron creciendo con el aumento y transformación de algunos feudos en los Estados Nacionales a fines de la Edad Media.

En la Baja Edad Media se desarrollaron las redes de las ciudades estado, como la Liga Hanseática⁴ en el noroeste europeo y las ciudades surgidas a ambos lados de los pasos a través de los Alpes y en las ciudades del Norte de Italia, con el predominio de Venecia, que llegó a ser la mayor ciudad del mundo gracias al desarrollo del comercio. Estas ciudades crecieron enormemente por el desarrollo del comercio y dieron lugar a grandes desplazamientos entre el mundo rural y dichas ciudades, así como el surgimiento de otras aldeas transformadas en burgos dedicados a la manufactura artesanal que alimentaba ese comercio.

Los comienzos de la Edad Moderna fueron marcados por un considerable incremento de las capacidades de desplazamiento. En efecto, el progreso de la navegación y la mayor eficacia en la captación eólica, bajo el impulso de los países europeos del Atlántico⁵, hicieron posible el transporte transoceánico de personas y objetos. Así, gracias al uso de los grandes veleros, se iniciarán los viajes transoceánicos de descubrimiento, la formación de Imperios de ultramar, la colonización de territorios extraeuropeos —América en concreto— por las potencias europeas. Entonces, como vemos con Livi Bacci (2012:61), «en 1500, comenzó el flujo constante de migraciones transoceánicas. Europa que en los siglos anteriores había sido meta de flujos de

⁴ La Liga Hanseática o Hansa fue una federación comercial y defensiva de ciudades del norte de Alemania y de comunidades de comerciantes alemanes en el mar Báltico, los Países Bajos, Suecia, Polonia y Rusia, así como regiones que ahora se encuentran en Estonia, Letonia y Lituania.

⁵ Massimo Livi Bacci (2012:64) explica que «No es que en el Mediterráneo no se hubieran producido progresos, tanto en lo que respecta a la capacidad de carga como a las técnicas de navegación (vela latina, brújula, timón), pero el verdadero salto tecnológico tuvo lugar en el Atlántico, progreso que se puede sintetizar en el desarrollo de un complejo velamen, la transición de la nave de un solo palo a la de tres palos y el aumento del tonelaje, con enormes ventajas para la capacidad de carga, la seguridad, la velocidad y el coste del transporte».

inmigración, se convierte en exportadora de recursos humanos.» Según estimaciones del demógrafo florentino Livi Bacci (2012:73), entre 1500 y 1650, 450.000 españoles atravesaron el océano y no regresaron. Estas cifras, para algunos autores como H. y P. Chaunu (1956), subestiman las dimensiones reales del fenómeno. Huelga decir que las otras potencias no se quedaron al margen de los viajes transoceánicos. Livi Bacci (2012:73) calcula que entre 1541 y 1600, unos 270.000 ingleses se fueron a establecer en los nuevos espacios descubiertos, preferentemente América del Norte. Estas cifras aumentaron a 713.000 personas en el siglo XVII y 571.000 en el siglo XVIII. En comparación a las pequeñas dimensiones del país, la emigración portuguesa ha sido mucho más intensa. Portugal emitió en efecto una media anual de 4000 emigrantes en el siglo XVI y en el XVII, que en el siglo XVIII aumentó a 9.000 como consecuencia de los descubrimientos mineros en Brasil. En 1747, su capacidad logística y organizativa le permitió a Portugal la realización de una transmigración de 4.000 familias de las Azores y de Madeira para colonizar la isla de Santa Catalina y la tierra firme brasileña adyacente.⁶ Entre los países no coloniales, destacó la emigración alemana, con un volumen migratorio de entre 125.000 y 200.000 emigrantes en el siglo XVIII.

El intenso tráfico transoceánico no se limitó a los destinos americanos. En efecto, en sus dos siglos de existencia (1602-1795), la Compañía Holandesa de las Indias orientales embarcó a casi un millón de personas que se dirigían al Oriente (Livi Bacci, 2012: 74).

El incremento de la movilidad no se dio sólo a través del océano. En efecto, dentro de los mismos países europeos, se desarrollaron las infraestructuras de transporte (caminos, canales, puentes) y los medios de transportes. Como testimonio del crecimiento de la movilidad se constituyeron en Europa, con una importante extensión geográfica, auténticos mercados de trabajo que se caracterizaban por la movilidad estacional o periódica de trabajadores:

A finales del siglo XVIII la costa del mar del Norte (y en particular Holanda) recibía flujos migratorios continuados y sostenidos para la actividad marítima y la

⁶ Entre las potencias coloniales no subrayamos a Francia en cuanto a las emigraciones a territorios colonizados porque la emigración francesa fue modesta —unos 27.000 emigrantes a Canadá— a pesar de ser Francia el estado más populoso de Europa en la época. Cf. Livi Bacci, 2012:76.

construcción de diques; a Londres y Anglia Oriental llegaban flujos de Irlanda para trabajos públicos y actividades agrícolas; el área parisina atraía trabajadores del Macizo Central y de los Alpes. Otros mercados de trabajo con gran movilidad migratoria se hallaban más al sur: en Madrid y en Castilla —que era lugar de atracción de braceros para las cosechas— que era lugar de atracción de braceros para las cosechas-; la costa, desde Cataluña a provenza, atraía mano de obra de los Alpes, los Pirineos y el Macizo Central. También fueron importantes zonas de atracción el valle del Po —de los Alpes a los Apeninos— la Toscana meridional, Roma y el lacio y Córcega (Livi Bacci, 2012: 66-67).

La mejora de la movilidad de alcance medio, permitió también dentro de Europa el refuerzo de las migraciones entre el campo y la ciudad o entre regiones menos desarrolladas y áreas más avanzadas. Así, gracias a los flujos migratorios, la población de Ámsterdam pasó de 30.000 a 200.000 habitantes entre 1550 y 1700, debido a la llegada de inmigrantes procedentes de Flandes, Alemania y Noruega (Livi Bacci, 2012: 66). El saldo migratorio de Roma superó los 130.000 habitantes en el siglo XVIII. En Nápoles, la densidad de los movimientos migratorios fue extraordinaria: la población pasó de 150.000 a 280.000 habitantes en el siglo XVI, y de 200.000 a 320.000 habitantes en el siglo XVIII (Livi Bacci, 2012: 66).

El mejoramiento de la movilidad favoreció también desplazamientos osmóticos entre regiones contiguas, como por ejemplo, entre finales del siglo XV y el primer tercio del siglo XVII, la inmigración de la Francia meridional a Aragón, Valencia y sobre todo a Cataluña. De hecho, según los datos recogidos por Livi Bacci (2012:70), en la segunda mitad del siglo XVI, un catalán de cada cinco había nacido al otro lado de la frontera. Otros ejemplos son la emigración de los gallegos a Portugal, de los albaneses a la Italia adriática, de los suizos a Alsacia y Alemania meridional después de la Guerra de los Treinta Años, la emigración de Alemania, Flandes y Noruega a Holanda o la emigración de Escocia a Irlanda e Inglaterra.

A estos movimientos estimulados por fuerzas que hoy llamaríamos de mercado, se puede superponer los derivados de la colonización de territorios conquistados que se producían en el este de Europa. Así es como por ejemplo tras el fin de la Guerra de los Treinta Años se estimularon nuevos asentamientos en Brandeburgo; y que entre la última parte del siglo XVII y finales del reinado de Federico II de Prusia (1786), se

realizó el traslado, a los territorios conquistados a los eslavos, de unos 430.000 colonos que contribuyeron al vigoroso crecimiento del estado y a la posterior germanización de sus territorios. Además prosiguió la emigración a Hungría, que según H. Fenske, se ha estimado en aproximadamente 350.000 personas entre 1689 y finales del siglo XVIII (Livi Bacci, 2012: 68).

Otro flujo de esta índole es el de rusos hacia Nueva Rusia y Crimea, anexionados tras la guerra contra los turcos de 1768-1774:

Se calcula que entre 1724 y 1859 la población rusa del Nuevo Sur aumentó de 16 a 14,5 millones, gracias a la aportación de migrantes originarios de Rusia central y septentrional que fueron orientados a las fértiles tierras negras y las estepas del sur (Livi Bacci, 2012: 68).

También es digno de mención el asentamiento de poblaciones alemanes en las regiones del Volga, por invitación de la emperatriz Catalina "La Grande", ansiosa por consolidar los territorios orientales y promotora de una auténtica política inmigratoria que se prolongará hasta finales del siglo XVIII.

A partir del siglo XIX, se acelerará con creces la emigración europea hacia América por unas grandes transformaciones surgidas a nivel demográfico y económico. En el siglo XIX en efecto, se produce una aceleración sin precedente de la población europea, gracias a la reducción de las restricciones causantes de la elevada mortalidad a saber el decrecimiento de la precariedad y de la aleatoriedad de las disponibilidades de recursos alimenticios así como el aumento de los conocimientos médicos y de las defensas contra las enfermedades contagiosas. Entre 1800 y 1913 (en vísperas de la Primera Guerra mundial), la población europea crece dos veces y media, pasando de 188 millones a 458 millones.⁷ El incremento fue mayor en el campo. Por otra parte, en lo económico se observa una revolución agraria —que acompañará la Revolución Industrial—: aumenta gradualmente la productividad agrícola.

La doble presión del acelerado crecimiento demográfico y del aumento de la productividad tendrá como consecuencia una caída de los sueldos, el empobrecimiento

⁷ Según Livi Bacci (2012:78), en los siglos anteriores, la población apenas se había duplicado.

de los pequeños propietarios y el aumento del número de familias sin tierras y personas desocupadas. Los bajos costes de producción generados del aumento de la productividad, juntos con el descenso de los costes del transporte marítimo provocaron la caída de los precios agrícolas y a partir de 1870, ocasionaron la crisis del campo europeo. Estos factores, junto a la creciente integración del mundo y a la conexión cada vez mayor de la economía europea con la de otros continentes, dieron lugar a una emigración masiva a América que permitió dar salida al amplio exceso poblacional europeo que los procesos de industrialización de urbanización no pudieron absorber. Según Gabaccia (1992), se ha calculado que emigraron a Argentina 5,7 millones (1857-1926); a Brasil, 5,6 millones (1820-1926); a Canadá, 6,6 millones (1831-1924), y a Estados Unidos, 36 millones (1820-1924).

Datos publicados por Livi Bacci (2012:78) adelantan que la exportación neta de recursos humanos por Europa a América entre comienzos del siglo XIX y el final de la Primera Guerra Mundial fue del orden de los 50 millones.

A medida que se irá entrando en el siglo XX, desaparecerán las condiciones que habían hecho posible la gran emigración transoceánica europea, ya frenada por la primera guerra mundial: por una parte se reduce la demanda de mano de obra en los países de destino tradicionales, reducción traducida por la adopción por países de destino como Estados Unidos de políticas migratorias restrictivas (las restricciones de la inmigración adoptadas por Estados Unidos culminaron con la *National Origin Act* de 1924, que impuso un techo al número anual de inmigrantes —apenas más de 150.000 personas, la sexta parte de la inmigración de los años de preguerra según Livi Bacci (2012:96)—. Por otra parte, se atenúa la oferta de parte de Europa debido a una convergencia en el bienestar entre algunos países europeos y América, factor que atenúa las motivaciones para el desplazamiento transoceánico, según Livi Bacci, y que alentó migraciones interestatales dentro de la misma Europa. En el breve periodo que va de 1950 (reconquistados los niveles de preguerra) a 1973 (año de la crisis del petróleo), la renta per cápita de Europa occidental⁸ aumentó dos veces y media (Livi Bacci, 2012: 102). Así, numerosas poblaciones de los países económicamente menos fuertes (Italia, España, Portugal y Grecia) emigraron a los países más fuertes (Gran Bretaña, Francia,

⁸ Livi Bacci (2012:103) distingue dos partes de la Europa que hoy llamamos occidental: Europa occidental que incluye los cuatro países mencionados en el paréntesis, o sea, Gran Bretaña, Francia, Alemania y Benelux; y Europa meridional, integrada por Italia, España, Portugal, Grecia y la antigua Yugoslavia.

Alemania y Benelux), favoreciendo esta emigración la autofinanciación de las empresas, la competitividad internacional y la movilidad territorial e intersectorial de los países de destino; y el alivio de la desocupación así como la mejora de vida y desarrollo en los países de destino gracias a las remesas de los emigrados. Según evaluaciones de las Naciones Unidas, entre 1950 y 1970, Europa occidental absorbió, según Livi Bacci, una inmigración neta de 6,3 millones generada por Europa meridional.

En el último tercio del siglo XX, se producirá una inversión del ciclo migratorio del continente. Dicho de otro modo, Europa, tras generar durante cinco siglos emigración a otros continentes, pasará en adelante a configurarse como importadora de recursos humanos debido a la lentificación de su crecimiento demográfico (Livi Bacci, 2012: 96). En efecto, el ciclo de crecimiento demográfico que experimentó la población europea desde un cuarto de milenio antes y que llegó a su apogeo en el siglo XIX, llega a su madurez en el siglo XX. Se ralentiza considerablemente el crecimiento de la población debido a la subida de la tasa de mortalidad por las dos guerras mundiales y la gran pandemia de gripe de 1918 y a la bajísima reproductividad de las generaciones nacidas después de la última guerra (Livi Bacci, 2012: 93-95).

Este repliegue demográfico que ocasionará una situación de relativo pleno empleo va a obligar a los países de Europa occidental — al igual que los de Europa meridional, proveedores de mano de obra para Europa occidental, que iban perdiendo su exuberancia demográfica — a buscar nuevas fuentes de fuerza de trabajo asalariada, para no tener que soportar unos excesivos costos de trabajo y poder mantener el nivel de su economía. Siendo insuficiente la cobertura aportada por las mujeres, que antes no formaban parte de la fuerza de trabajo asalariado, se recurrirá por consiguiente a la inmigración. Los países europeos se convertirán entonces a partir de los años 70 en destinos de atracción de los flujos internacionales en procedencia de la cercana África del norte y de las antiguas colonias —subcontinente indio, el Caribe, Indonesia, Indochina—, tal como expone Livi Bacci.

Se ha abierto así la era de las grandes migraciones del Sur al Norte europeo. Finalmente, el proceso de globalización creará atracción de las demás poblaciones del mundo hacia Europa ampliando progresivamente el área de origen de los inmigrantes con la inclusión de sudamericanos, subsaharianos, chinos y filipinos. Europa registrará un saldo migratorio positivo neto de 8 millones entre 1970-1990 y de 25 millones (con

exclusión de los repatriados) entre 1990 y 2010. Se trata de un giro que cierra —como ya se ha recordado— casi quinientos años de historia migratoria y que transforma el continente en importador de recursos humanos. En nuestra época, el número de inmigrantes no europeos existente en la Europa Comunitaria, consecuencia de la inmigración de las últimas décadas, puede calcularse en 25 millones de personas (aproximadamente el 5% de la población), según Livi Bacci:

En la Europa de los 27, las personas que viven regularmente en un país distinto del de su ciudadanía (2005) son aproximadamente el 5% (unos 24 millones); sin embargo, un buen tercio de ellas procede de otro país de la Unión, por lo cual son ciudadanos europeos, titulares de un derecho de libre circulación y, en consecuencia, para el orden comunitario, dejan de ser “extranjeros”. Los verdaderos “extranjeros” regulares son por tanto, aproximadamente 16 millones, a los que hay que agregar un número impreciso de irregulares (no comunitarios) que fuentes oficiales calculan entre 5-10 millones, sobre un total que podemos cifrar entre los 20-25 millones (Livi Bacci (2012: 17).

En el caso concreto que nos ocupa, es decir el caso español, como se ha podido observar en las alusiones anteriormente hechas, España no se ha quedado al margen de la dinámica migratoria. Si enfocamos los movimientos migratorios en términos modernos, no cabe duda que España, como lo subraya José Carlos Fernández Rozas (2004:18), ha sido siempre país de emigración. Las primeras oleadas importantes de emigrantes españoles se dirigieron a las colonias españolas en América a lo largo de los siglos XVI-XVIII: se calcula que unas 200.000 personas emprendieron el largo y peligroso viaje oceánico hasta alcanzar las Antillas o los virreinos de México, de Perú, del Río de la Plata y de la Nueva Granada. En el período que duró la Guerra de Independencia americana (1775-1783), se detuvieron los flujos emigratorios de españoles hacia América. Sin embargo, desde 1880, una vez consolidados los nuevos Estados, se reanudaron con más intensidad que nunca, emigrando principalmente a Argentina, Cuba y Brasil un total de casi tres millones de españoles entre este decenio y el inicio de la Primera Guerra Mundial. Se trataba de una emigración a países nuevos, en los que todo estaba por hacer y que por lo tanto presentaban inmensas oportunidades para la realización de negocios. La emigración a América independiente se extendió

de 1846 a 1932, cuando los países americanos cambiaron de política migratoria, como consecuencia de la crisis de 1929. Pero, después de la primera guerra mundial, se reanudó hasta principios de los años 60. Paralelamente, se dieron otras dos emigraciones de españoles: una, la llamada «emigración golondrina»⁹ hacia Francia, de 1830 a 1914 y otra hacia el norte de África (Marruecos, Argelia, Sahara) y Guinea. También numerosos españoles del bando republicano sobre todo salieron de España tras la guerra civil española, para huir del régimen franquista (v. Rubio, 1977). En términos numéricos, más importante fue la emigración española que se produjo tras la puesta en marcha del Plan de Estabilización de 1959.¹⁰

La reforma democrática tras la muerte de Franco (1975) y la siguiente entrada de España en la Comunidad Económica Europea el 1 de enero de 1986 tendrán como consecuencia el despegue económico del país. En 1970, empezarán a llegar a España inmigrantes laborales pobres en procedencia de Portugal y Cabo Verde. El extraordinario boom económico del país, con el desarrollo del turismo y de la industria, el aumento del nivel de vida de los españoles y el fuerte descenso de la natalidad entre 1975 y 1985 van a favorecer e intensificar la inmigración a España de modo que en apenas tres lustros, el país experimentará un giro copernicano en cuanto a su situación migratoria: pasará de tradicional país emisor de emigración a receptor de inmigrantes, en su mayoría magrebíes e hispanoamericanos, a los que se sumarán en la década de los noventa inmigrantes del este de Europa y de países asiáticos.

El año 2000 marcará el punto de inflexión en la inmigración a España. Se alcanzará por primera vez el millón de residentes extranjeros.¹¹ Este número irá creciendo cada año hasta alcanzar en 2007 la cifra de 4,48 millones de inmigrantes, convirtiendo España en el país de la Unión Europea con el mayor porcentaje de población inmigrante (9,9 % de la población total, estimada a 45,12 millones), al superar Francia (9,6 % de una población total de 63,4 millones), Alemania (8,9 % de una

⁹ La emigración golondrina designa la modalidad de emigración en que el migrante no va a establecerse en el país de destino sino a realizar en él ciertos trabajos (en las campañas agrícolas sobre todo) generalmente todos los años y retorna a su país una vez terminado el trabajo.

¹⁰ El Plan de Estabilización de 1959 condujo a que un gran número de obreros se quedaran sin empleo. A este problema se unirá el del problema estructural del campo en el sur de España y al lamentable año agrícola.

¹¹ Abella Vázquez, Carlos Manuel, *Los discursos mediáticos acerca de la inmigración y el multiculturalismo en España: análisis de los editoriales de ABC, El Mundo y El País (1994-2002)*, Tesis doctoral dirigida por Rosa Cobo Bedia, Universidad da Coruña, 2006, p. 125.

población total de 82,6 millones) y el Reino Unido (8,1 % de una población total de 60,6 millones de habitantes) que hasta entonces habían sido los países con mayores porcentajes.¹² Según los últimos censos realizados en España a esta fecha¹³, la población extranjera en España se cifra a 5.252.473 personas, lo cual representa el 11,2 % de la población total del país, predominando los rumanos (15,2 %), los marroquíes (14,7%), los ecuatorianos (6%), los nacionales del Reino Unidos (5,9 %) y los colombianos (4,8%).¹⁴ A estas cifras hay que sumar un gran número de inmigrantes ilegales cuyo total se estimaba en 2009 a 945.000 personas según los datos del INE.¹⁵

1.2.GÉNESIS Y OBJETIVO DE LA INVESTIGACIÓN (EXPERIENCIA PERSONAL Y DOMINIO DE ESTUDIO)

Cuando formulé la intención de realizar un doctorado en literatura española, tras licenciarme en filología española en 2008, el tema que tenía pensado para la investigación doctoral era sobre la novela picaresca. Esta elección se explicó por la profunda admiración que siento por esta literatura y el gran disfrute que me proporciona su lectura por una parte y por otra, por mi consideración un tanto absurda de esta literatura como una de las más genuinamente españolas dada su matriz española, a diferencia de otras literaturas como la romántica o la realista que pese a su españolización gracias al genio artístico de ilustres escritores como José de Espronceda, Mariano José de Larra, José Zorrilla, Rosalía de Castro, B. Pérez Galdós, Leopoldo Alas Clarín, entre muchos otros —en los casos de la literatura romántica y realista— que supieron insuflarle el alma española, se gestaron y surgieron en otras tierras —Alemania, Reino Unido, Francia— para luego ser recibidas en España. Sin embargo, determinadas vivencias personales y observaciones me llevaron a abandonar este tema

¹² Base de datos de la Oficina Europea de Estadística (Eurostat).

¹³ *Censos de Población y Viviendas 2011* (01 de noviembre).

¹⁴ Ver anexo 2.

¹⁵ En www.20minutos.es/noticia/442544/0/censo/inmigrantes/españa/ (última consulta el 18/02/2014).

para interesarme por el tema objeto del presente trabajo. En efecto, en 2010, durante mi primera estancia en España, después de haber estado anteriormente ya en tierra extranjera, concretamente en Francia y Holanda, experimenté por primera vez en mi vida esta extraña sensación de estar uno fuera de su patria. Sentí que mi condición de individuo común, desapercibido, de la que había disfrutado en Costa de Marfil, mi país de origen, y también en Francia y en Holanda, se había trocado en España por la condición de un ser diferente. Desde luego, desde mi paso por Francia, el encontrarme por primera vez solo, yo, «negro», entre multitud de «blancos», me había hecho tomar conciencia verdadera de mi negrura, de mi diferencia racial. Pero esta diferencia que estaba observando y experimentando en España era distinta. No se trataba de la ingenua e inocente actitud de curiosidad y sorpresa que en los años 60 suscitaban el exotismo y diferencia física —color de piel, textura capilar— de los primeros negros en España y de la que hace mención Donato Ndong Bidyogo (2006). Sentía que se trataba más bien de una diferencia basada en prejuicios que parecían dar lugar a miradas intrigantes y actitudes fuera de lo habitual que parecían rozar ya fuera el paternalismo y la compasión ya la sospecha y cierto desprecio o miedo. Recuerdo que en varias ocasiones, en el autobús, algunos pasajeros españoles me dieron una impresión discriminatoria al parecer preferir mantenerse de pie o irse a sentar en un asiento vacío más lejano, algunas veces al lado de un paisano blanco, antes que sentarse en el asiento vacío más cercano que había a mi lado. Recuerdo también que en una ocasión, en una tienda de ropa donde fui a comprar, me sentí acosado y espiado por el vigilante que por coincidencia elegía para sus rondas precisamente en aquellos pasillos donde estaba parado yo, «el negro», que me imagino sería a su antojo el mejor perfil de potencial ladrón entre todos los clientes que había presentes en la tienda. Recuerdo también que en una conversación que tuve con mi novia mientras veíamos una película, ésta me confesó que en varias ocasiones conocidos suyos, al saber que su novio era negro, le preguntaron por ciertos tópicos raciales. Recuerdo también que una noche, un desconocido me avisó de la presencia de una patrulla policial en la próxima calle. Esta actitud que venía guiada por una buena intención de parte de este señor no dejaba sin embargo de ser discriminatoria, dándome por un potencial indocumentado por el color de mi piel. También en varias ocasiones, se me han dirigido preguntas cuya base me identificaba como senegalés¹⁶ de nacionalidad o musulmán¹⁷ de religión. Charlas con

¹⁶ Ser negroafricano no se reduce a ser senegalés como he podido observarlo en el pensamiento de

otros africanos negros y el descubrimiento de varios textos y artículos que exponían testimonios de africanos negros sobre vivencias personales en relación a tratamientos discriminatorios recibidos por ser negros (v. Abril, 2009) me permitieron convencerme de que las impresiones que tuve con respecto a los sucesos que me ocurrieron no eran el fruto de mi imaginación ni un caso apartado que sólo me pasó a mí.

Junto a estas vivencias y observaciones personales, cada día en el telediario y en la prensa escrita, se hacía eco de la llegada a las costas meridionales españolas de pateras repletas de inmigrantes africanos o de naufragios de algunas de estas pateras, de miles de subsaharianos apiñados en campamentos de fortuna en Marruecos a la espera de la oportunidad para alcanzar España, de intentos frustrados de centenares e incluso a veces de miles de estos africanos de saltar las vallas fronterizas de Ceuta y Melilla para pisar tierra española.

La suma de todos estos hechos terminó despertando en mí un gran interés por la realidad del inmigrante africano. Dada mi formación literaria y dado que la investigación doctoral que pretendía hacer se aplicaba a la literatura española, pensé abordar la cuestión desde el campo literario. Tras hacer un estado de la cuestión, resultó que el estudio de este tema aparecía como oportuno y científicamente se encontraba plenamente justificado. Descubrí de hecho que hasta esta fecha, apenas se habían hecho investigaciones al respecto. En consonancia con la intensidad creciente del fenómeno en la sociedad española, los estudios sobre la inmigración han ido creciendo más y más. La base de datos del Colectivo IOE, especializado en el estudio de la inmigración en España, recoge, en su informe¹⁸ elaborado para el Observatorio permanente de la Inmigración, un total de 368 monografías de todo tipo, publicadas entre 1978 y enero de

muchos españoles, aunque la nacionalidad africana dominante en España es la senegalesa. Ser negroafricano supone 46 nacionalidades de las que la senegalesa no es más que una. Ver Anexo 3.

¹⁷ Según el informe (2010) de la fundación *Pew Forum on Religion and Public Life*, aunque los números de cristianos y musulmanes se igualan en el continente africano —de 400 a 500 millones de seguidores de cada fe—, debido a la preponderancia del Islam en la parte norte del continente (el Magreb), el número de cristianos en el África subsahariana es superior al de los musulmanes: unos 470 millones de personas, —representando no menos del 21% de toda la población cristiana mundial— contra 234 millones— que representan el 15% de toda la población musulmana mundial—. Por lo cual, es algo reduccionista la asociación sistemática de negroafricano con musulmán. Cf: <http://www.zenit.org/es/articulos/tendencias-religiosas-en-el-africa-subsaariana> (Ver Anexo 5).

¹⁸ Colectivo IOE, *Exploración bibliográfica sobre estudios de inmigración extranjera en ESPAÑA*, Madrid, Marzo 2002.

2002.¹⁹ En otra base de datos, la del Ministerio de Educación (TESEO), salen registradas 169 tesis doctorales con la entrada «inmigración» y 223 al introducir la palabra «inmigrante», de 1976 a la última fecha de nuestra consulta (18/02/2014). Se ha estudiado la cuestión inmigratoria en los campos diversos de las ciencias sociales: sociología, antropología, filosofía, trabajo social, historia, periodismo, educación, medicina y salud, economía, política, comunicación, psicología y geografía. Ahora bien, la inmigración, como lo subraya Sánchez-Mesa (2008:1) «es algo más que cifras en tablas comparativas, y ahí están precisamente los discursos artísticos para tratar de singularizar esas experiencias a través tanto de personajes “de carne y hueso” como de relatos verosímiles de esa aventura, a menudo tan dura, que es la emigración / inmigración».

Non obstante, el estudio del tema migratorio en estos discursos artísticos o dicho de otro modo, en el campo artístico, ha sido hasta este día muy poco desarrollado, como lo observa Montserrat Iglesias Santos:

En lo que respecta a los discursos artísticos, especialmente el cine, el teatro y la literatura, [...] es todavía escasa e incipiente la bibliografía dedicada a analizar el imaginario de la inmigración, y en muchos casos, su estudio se aborda desde el fenómeno general de las migraciones, intercalándose con trabajos sobre los españoles inmigrantes, por ejemplo (Iglesias Santos, 2010:15).

La consecuencia de esta escasez investigadora es que muchos aspectos de la cuestión, dignos de interés, han quedado hasta el día de hoy sin analizar o apenas explorados. La presencia de los textos culturales en los textos artísticos —los textos

¹⁹ Este informe se realizó a partir de la base de datos que consta de 1894 monografías sobre migraciones. Se han conseguido las 372 monografías (18% del total) aplicando los siguientes criterios:

- «• De acuerdo con la temática abordada, sólo se han considerado aquellas obras referidas a la inmigración extranjera en España con carácter monográfico, quedando por el momento excluidos los artículos de revistas, capítulos de libros, ponencias y comunicaciones de congresos, documentos catalogados, etcétera.
- Se han recogido fundamentalmente producciones editadas en España, en cualquiera de las lenguas del estado, aunque se incluyen también algunos trabajos editados en el extranjero o en otras lenguas referidas a la inmigración extranjera en España. Sin duda existen otras aportaciones no editadas, como tesis o investigaciones de encargo, que no se incluyen por no disponer de ellas pero que convendría agregar en el futuro.
- El contenido del presente repertorio recoge las publicaciones catalogadas a fecha del mes de enero de 2002.» p. 2.

literarios particularmente— constituye uno de estos aspectos carentes de atención científica. Según las exploraciones realizadas²⁰, el único trabajo en haber abordado la cuestión es la tesis doctoral de Pablo Escudero Marín (2012), dirigida por Domingo Sánchez-Mesa Martínez y defendida en la Universidad de Granada, quien en su capítulo cinco se interesa por la presencia de los textos culturales en el arte cinematográfico.

El propósito de esta investigación, pues, es rellenar este vacío, intentando aportar un análisis lo más profundo y extenso posible de los textos culturales en los textos literarios españoles sobre la inmigración africana a España.

Este análisis consistirá en evidenciar en un primer tiempo la presencia de los textos culturales en los textos literarios del corpus, es decir resaltar sus manifestaciones, y en un segundo tiempo en arrojar la luz sobre las funciones que cumplen estos textos culturales en los textos literarios seleccionados. La finalidad de este análisis es aportar una respuesta a la problemática de este estudio articulada en tres ejes:

- a) ¿Qué imágenes tienen los sujetos africanos de Europa/España? ¿Qué representaciones de Europa/España circulan en el imaginario colectivo africano?
- b) ¿Cómo acceden los sujetos africanos a España?
- c) ¿Una vez en España, qué realidad encuentran? ¿La realidad imaginada? ¿Otra realidad?

1.3.OBJETO DE ESTUDIO, METODOLOGÍA Y ESTRUCTURA DE LA INVESTIGACIÓN

El desplazamiento de la otredad africana y su incorporación como parte de la sociedad española tiene un impacto para toda la vertebración de la nación española. El reencuentro de la sociedad española con los pueblos del continente africano supone que la idea de literatura española se extiende hacia un marco nuevo de identidad. En otras

²⁰ Los trabajos sobre inmigración en el campo artístico que encontraron nuestras exploraciones son los de Isolina Ballesteros (2001), de Irene Andrés Suárez en colaboración con Marco Kunz e Irene D'Ors (2002), de Dolores Soler-Espiauba (2004), Isabel Santaolalla (2005), de Mohamed Abrighach (2006), de Simplicio Boyogueno (2007), de Domingo Sánchez-Mesa (2008), de Shanna Catarina Fernandes Lino (2008), de Montserrat Iglesias Santos (2010), de Eero Jesurun (2011), de Pablo Escudero Marín (2012) y de Nassima Nisha Akaloo (2012).

palabras, es insuficiente asumir que el término «literatura española», al igual que el término «cine español»²¹, califique una coordinación coherente hacia un entendimiento intelectual de la sociedad contemporánea y que se le adscriba una determinada nacionalidad. La presencia de extranjeros y una creciente operación multicultural en España pone de relieve la dificultad de mantener un concepto integral de literatura española. Advierte Homi Bhabha (1990: 5) de la problemática respecto a la unidad de la nación a la articulación de las diferencias culturales en la construcción de una perspectiva internacional.

En las obras que tratan el desplazamiento de tierras africanas a tierras europeas, pasa que el contenido cultural y la temática transnacional complican el imaginario per se de «literatura española»; sus narrativas fronterizas son una respuesta cultural que, al igual que ocurre con las obras cinematográficas, se «manifiesta como el gran aparato y depósito de todos los recursos, representaciones y objetos simbólicos que una sociedad maneja» (Aróstegui, 2004: 333). Además, esta literatura aporta lo que Cornejo-Parriego (2007:19) considera un protagonismo del sujeto inmigrante africano inusitado: «parece que todo los esfuerzos de España para escapar de su africanidad han resultado vanos y que, a pesar de su “europeización”, el fantasma de su “yo” africano sigue rondándola».

Estas cuestiones de identidad nos llevan sin duda a reflexionar acerca de algunos conceptos cambiantes sobre lo que denominamos literatura española contemporánea. Literatura española presenta la ambigüedad de si se refiere a las obras producidas por españoles o si se las considera para un colectivo de españoles. También, se podría considerar como criterio la prioridad dada a un tratamiento del pueblo español. En este caso, sólo hace falta tener un tema que gire en torno a alguna parte de la cultura española o realidad social española para que se lo considere como literatura española. Otra interpretación de lo que podría ser literatura española giraría en torno a un argumento con una preocupación por la sociedad española²². ¿O quizá también una combinación de estas opciones supondría un modo discursivo de literatura española?

Ciñéndonos a la temática en que se inserta este trabajo, sea la inmigración, a la dificultad relativa a la definición de «literatura española», se suma la ambigüedad

²¹ Batllori, Minguet, Joan, «Lo nuestro y lo ajeno: cine, cultura y nacionalidad». En Alonso García, Luís (ed.) *Once miradas sobre la crisis y el cine español*. Madrid, Ocho y Medio, 2003, p. 131.

²² En el caso del cine, Thibaudeau (2007), Quintana (2008), Feenstra y Hermans (2008) y Torreiro (2009) establecen el realismo social como criterio para definir el cine nacional español.

generada por la definición de «literatura de inmigración». Domingo Sánchez-Mesa advierte de este problema:

Hablar de «literatura de inmigración en español» plantea, como estamos constatando, dificultades a la hora de acotar el campo de estudio: ¿debe considerarse como tal solamente aquella escrita por quienes hayan experimentado la inmigración? O, ¿es necesario que aparezca en ella la experiencia del viaje y de la inmigración de forma explícita? Plantea, es más, si en algún momento dado la literatura magrebí en español puede caber dentro de la “literatura de inmigración”. A partir de estas cuestiones, aborda “la literatura de inmigración en español” como la literatura escrita, tanto por autores españoles como extranjeros, que tiene en “su núcleo central la ficcionalización de la experiencia de la inmigración, con sus constantes temáticas y personajes asociados”. Coincidimos en señalar que la opción lingüística no limita el campo de estudio a un corpus condicionado por las categorías de “nacionalidad”, “lengua materna”, etcétera. (Sánchez-Mesa, 2008: 2).

Para evitar ambigüedades, hemos optado en la realización de esta investigación por la noción de «literatura española sobre inmigración» que entendemos como el conjunto de obras literarias escritas sobre la temática inmigratoria exclusivamente por sujetos culturales españoles, hayan vivido —como es el caso de la mayoría, como testigos— o no la inmigración; lo que implica que excluimos obras como *Diario de un ilegal* de Rachid Nini o *Más allá del mar de arena* de Agnés Agbotón, escritas en español, en territorio español, sobre la inmigración y por sujetos plenamente integrados en la sociedad española. Hemos elegido como marco temporal el periodo que va desde 1992 hasta 2009. El corpus sobre el que se aplica nuestro análisis consta pues de quince obras literarias (ver listado más arriba).

La metodología que emplearemos para llevar a cabo este análisis es la dd orientación sociocrítica. La sociocrítica es una disciplina que abarca una serie de nutridas investigaciones realizadas por Edmond Cros, Claude Duchet, Pierre Zima, Antonio Gómez-Moriana, Marie-Pierrette Malkuzynski, Marc Angenot, Régine Robin. Es una disciplina relativamente reciente que hizo su aparición a finales de los años sesenta de modo simultáneo e independiente con dos figuras establecidas en sitios distintos: Edmond Cros, especialista en literatura del Siglo de Oro, en la Universidad

Paul Valéry de Montpellier y Claude Duchet, profesor de literatura francesa en la Nathan-Université, en París-Vincennes. El término denominador de la disciplina, «sociocrítica», fue creado sobre el modelo terminológico “psicocrítica” de Charles Mauron, acuñado en su obra *Des métaphores obsédantes au mythe personnel. Introduction á la psychocritique* (José Corti, 1963). Esta inspiración terminológica se explica según Edmond Cros (2009: 53) por el elocuente paralelismo existente entre ambas disciplinas que «implica en la época, una mirada radicalmente nueva en la aproximación sociológica al hecho literario, a saber, un desplazamiento de perspectiva desde exterior hacia el interior del texto, de la superficie del contenido hacia las regularidades significativas de la producción de sentido y por tanto, en última instancia, de la estructura.»

La disciplina surgió como consecuencia de la agitación que caracterizó el panorama teórico de los años sesenta marcado entre otras realidades por la polémica que oponía los formalistas, más precisamente los estructuralistas, a los marxistas, defensores del materialismo dialéctico. Los estructuralistas reprochaban a los marxistas el proponer una aproximación demasiado mecánica a los fenómenos literarios para pretender dar cuenta de la complejidad de los procesos implicados. En cuanto a los marxistas, su crítica hacia los estructuralistas radica en que no admiten que el texto pueda ser estudiado en sí, separado de su contexto histórico.

Basándose en las aportaciones del estructuralismo genético que concibe la obra como un todo estructurado comprensible dentro de la totalidad de la historia y que por lo tanto postula la inscripción del texto literario en la historia, y de las teorías psicoanalíticas de Lacan y Althusser que avalando los conceptos goldmannianos de «sujeto transindividual» y «no consciente» propician una lectura de los textos más allá del consciente discurso estructurado y coherente discordancias discursivas pertenecientes al ámbito de lo no consciente, la sociocrítica postula, como lo aclara Claude Duchet un análisis de los textos desde su interior es decir su organización interna, su sistema de funcionamiento, sus redes de sentido, sus tensiones (Duchet, 1979: 4).

Demarcándose de la contenidista sociología de la literatura, la sociocrítica postula que

la realidad referencial sufre, bajo el efecto de la escritura, un proceso de transformación semiótica que codifica este referente bajo la forma de elementos estructurales y formales, lo que supone que sea reconstituido el conjunto de las mediaciones que deconstruyen, desplazan, reorganizan y resemantizan las diferentes representaciones de lo vivido individual y colectivo (Cros, 2009: 81).

Se propone restituir al texto toda su densidad social mediante la puesta a la luz de los discursos sociales que lo constituyen. El propósito del análisis sociocrítico es encontrar en el texto las huellas de la sociedad que lo produce. Claude Duchet deja claro este objetivo:

L'intention et la stratégie de la sociocritique sont de restituer au texte des formalistes sa teneur sociale. L'enjeu, c'est ce qui est en œuvre dans le texte, soit un rapport au monde. La visée, de montrer que toute création artistique est aussi pratique sociale et partant, production idéologique, en cela précisément qu'elle est processus esthétique [...]. C'est dans la spécificité esthétique même, la dimension valeur des textes, que la sociocritique s'efforce de lire cette présence des œuvres au monde qu'elle appelle leur socialité (Duchet, 1979: 3-4).

Así pues, además de fijar un objetivo nuevo, el texto, la sociocrítica propondrá una teoría del mismo. Según esta teoría, el análisis del texto no debe interesarse «por lo que el texto significa sino por lo que transcribe, es decir por sus modalidades de incorporación de la historia, además no al nivel de los contenidos, sino al nivel de las formas» (Cros, 2009: 98). La teoría sociocrítica postula tres fundamentos:

- El texto emerge de la coincidencia conflictual de dos discursos contradictorios que llevan ambos a problemas fundamentales de la sociedad.
- Las nociones centrales [...] se incorporan bajo la forma de opuestos que se constituyen en estructuras que van a irrigar los diferentes niveles del texto (redes de significantes, narratología, espacio tiempo, mito, etc.)
- La mediación implicada en este proceso es del orden de lo no consciente y de lo socio-discursivo (Cros, 2009: 98).

Dentro de esta teoría del texto, la sociocrítica, concretamente la sociocrítica crosiana, se interesa por el «texto cultural», noción que situamos en el centro de la presente investigación.

En lo que respecta a la estructura, para crear un paradigma claro de la investigación sobre los textos culturales en los textos literarios españoles actuales, por deseo de claridad y eficacia, hemos intentado estructurar nuestra investigación lo más coherentemente posible. La investigación viene pues organizada en siete capítulos.

Tras el tratamiento de los aspectos introductorios de la investigación, capítulo inicial del trabajo, en el capítulo segundo exploraremos aspectos históricos, económicos y políticos que envuelven la inmigración en España, teniendo en cuenta el plano mundial para luego recorrer el europeo antes de llegar al específicamente español.

En el capítulo tercero, nos interesaremos a la inmigración africana en España, realizando aclaraciones de unos términos clave relacionados a esta inmigración, como *inmigrante, negro, subsahariano y magrebí* antes de hacer un recorrido histórico de esta inmigración y de explorar posteriormente las causas, características y rutas de esta inmigración africana hacia España.

El cuarto capítulo irá dedicado al estudio de la relación entre migración y creación literaria. Empezaremos evidenciando la presencia y frecuencia del tema migratorio en la literatura, luego exploraremos los distintos estudios sobre migración, después expondremos las diferentes formas de literatura sobre inmigración y por último echaremos una mirada hacia la crítica literaria sobre la literatura sobre inmigración.

Los siguientes capítulos (capítulos quinto, sexto y séptimo) nos sumergirán de lleno en la médula del análisis, tratando de la presencia de los textos culturales en textos literarios españoles actuales sobre inmigración africana.

CAPÍTULO 2: ASPECTOS HISTÓRICOS, ECONÓMICOS Y POLÍTICOS DE LA INMIGRACIÓN EN ESPAÑA

La comprensión de un fenómeno como la inmigración requiere su ubicación en el conjunto de la sociedad, tanto desde el punto de vista histórico —sus orígenes— como en razón del lugar que ocupa en ámbitos tan importantes como la economía o la política. Teniendo en cuenta que el factor económico es el principal desencadenante de la inmigración, será preciso estudiar la función que han cumplido las migraciones internacionales de mano de obra en el desarrollo de la economía capitalista. Una función nada secundaria, como veremos, y que adopta formas diferentes (fomento o restricción de la emigración) según las diversas circunstancias históricas.

España, tradicional país de emigración y ahora país de inmigración, se sitúa en las coordenadas políticas y económicas de Europa occidental, lo que nos obliga a analizar su ubicación particular en el plano europeo. A su vez, las relaciones entre Europa occidental y los países de origen de los inmigrantes (en especial las excolonias africanas, americanas y asiáticas) se sitúan en el marco de las relaciones Norte-Sur o de confrontación entre los intereses dominantes de los países ricos y las aspiraciones de igualdad y desarrollo del Tercer Mundo.

2.1. EL PLANO MUNDIAL

2.1.1. Función de los trabajadores inmigrantes en el modo de producción capitalista

Las migraciones internacionales constituyen un fenómeno complejo que, de maneras muy diversas, ha estado presente a lo largo de toda la historia. Sin embargo, los desplazamientos migratorios no se han debido al azar, sino que han obedecido a poderosas razones capaces de inducir a millones de personas a abandonar su tierra y enfrentarse a un futuro desconocido.

Desde que Ravenstein (1885 y 1889) escribió hace un siglo sus famosas *Leyes de la Emigración*, el factor económico ha sido casi siempre considerado como el principal desencadenante de los procesos migratorios. Ciñéndonos a Europa, observamos en el siglo XX dos grandes migraciones internacionales: el flujo de europeos hacia América, África y países de la Commonwealth en la primera mitad de siglo (en torno a 15 millones) y el flujo desde los países mediterráneos y desde las ex colonias hacia Europa septentrional, una vez acabada la segunda guerra mundial (también en torno a 15 millones) (Colectivo IOE, 1971: 42). El primero de estos flujos tiene su origen en el hecho colonial, ya iniciado cuatro siglos antes, y que sobre la base de una represión más o menos lograda de las culturas autóctonas había impuesto las condiciones idóneas para un asentamiento ventajoso de los colonos europeos. España tomó parte muy activa en este flujo migratorio²³ con destino hacia las ex colonias de América Latina y las colonias africanas. El segundo flujo migratorio, esta vez hacia el centro y noroeste de Europa, se relaciona con otro hecho social importante: la reactivación, tras la segunda guerra mundial, del capitalismo europeo, bajo la tutela financiera y política de Estados Unidos y en paralelo con la explotación y estancamiento económico del Tercer Mundo.

Si la emigración de europeos hacia América, África o Asia estuvo ligada al capitalismo colonial, la emigración de trabajadores de países pobres hacia Europa ha estado ligada al capitalismo metropolitano, con destino en las regiones más industrializadas del centro. España, por su condición de «semiperiferia» o país intermediario en el concierto internacional, ha participado en este segundo flujo migratorio en un doble sentido: mientras más de un millón de españoles, generalmente de regiones marginadas, emigraban hacia Europa, alrededor de medio millón de inmigrantes provenientes de países más pobres que España se instalaba en este último. Estos inmigrantes se dirigían hacia los enclaves más desarrollados, engrosando la mano de obra barata en esas áreas, una función que en etapas anteriores habían cumplido los campesinos, las mujeres y hasta los niños del propio país.

Para los economistas del siglo XIX —tanto ricardianos²⁴ como marxistas—, la movilidad de la mano de obra ocupaba un lugar central en el nuevo modo de producción

²³ Entre 1896 y 1930 emigraron a ultramar 3.223.259 españoles. Instituto Español de Emigración: *La emigración española y el crecimiento económico español*, 69, Madrid, 1976.

²⁴ El adjetivo «ricardiano» se aplica a lo relacionado al economista inglés David Ricardo.

capitalista, con el mismo rango que la acumulación de capital o la libertad de comercio. Tanto en Gran Bretaña como luego en Francia, Alemania, Suiza, Holanda, etc., fue necesaria una paulatina desintegración de los sistemas rurales tradicionales y de los gremios de artesanos en las ciudades con el fin de incrementar la masa de asalariados en las nuevas zonas industriales. La explotación de esta mano de obra —mujeres y niños incluidos— fue tan intensa en las primeras etapas, que llegó a poner en peligro la propia reproducción de los trabajadores²⁵, si bien la presión del naciente movimiento obrero y la propia racionalidad capitalista fueron estableciendo una legislación laboral y de servicios públicos (en urbanismo, sanidad, educación, etc.) que suavizaron en parte aquellas condiciones de explotación.

El libre mercado de trabajadores que parecía exigir el nuevo modo de producción hizo que los capitalistas echaran mano con frecuencia, cuando lo vieron necesario, de trabajadores extranjeros, generalmente de los países vecinos menos industrializados: irlandeses en Gran Bretaña, polacos en Alemania, italianos en Francia y Suiza, etc. (Castles, S., y Kosak, 1984).

Enseguida se comprobó que la presencia de trabajadores inmigrantes, generalmente más dóciles e indefensos, era un factor de división de la clase obrera, al ver amenazados los autóctonos su puesto de trabajo y sus logros sindicales²⁶. A la vez, en lugares donde los inmigrantes llegaron a formar sindicatos y otras organizaciones a fin de protegerse, los patronos y autoridades locales vieron en ello una grave amenaza y optaron por expulsiones masivas o reemplazos forzados²⁷.

²⁵ Marx describió detalladamente este proceso, tal como pasó en Inglaterra, en *El Capital*, Libro I, Cap. XIII, Siglo XXI, Madrid, 1981. En cuanto a Francia, en 1847 había en las nuevas zonas industriales 672.000 hombres, 254.000 mujeres y 131.000 niños. Las consecuencias de utilizar toda la mano de obra familiar (marido, mujer e hijos) resultaron desastrosas desde el punto de vista demográfico: fuerte tasa de mortalidad infantil, deformaciones físicas, mortalidad precoz. Ver Dolleans, E., y Dehove, G.: *Histoire du travail en France*, ed. Domat-Montchrestien, París, 1945. No es difícil establecer una comparación entre las condiciones de este nuevo proletariado industrial y las de los actuales «inmigrantes económicos» en sus primeras fases de asentamiento (viviendas lúgubres, economía sumergida, trabajo de mujeres y niños, inseguridad jurídica, etc.).

²⁶ Engels observó que los inmigrantes irlandeses en Gran Bretaña (727.326 en 1851), con unas condiciones de vida espantosas, «eran una causa de degradación a la que estaban expuestos los trabajadores ingleses, una causa que estaba permanentemente activa y que forzaba a la clase entera a ir hacia abajo». Engels, F.: *The Condition of the Working Class in England*, 140, Foreign Languages Publishing House, Moscú, 1962. A. Redford ha descrito las batallas campales y la xenofobia que generaron los inmigrantes irlandeses a causa de esa amenaza. Ver Redford, A., *Labour Migration in England, 1800-1850*, Manchester, University Press, 1926.

²⁷ Hacia 1907 hubo expulsiones masivas entre los 150.000 mineros polacos asentados y organizados en la zona del Rhur, a los que se llegó a prohibir hablar en polaco (esto originó célebres «asambleas

La existencia de una amplia reserva de trabajadores (en paro o subempleados), además de presionar a la baja en la lucha sindical —por miedo al paro—, era una garantía de estabilidad frente a los flujos de expansión o recesión del capital. Estas razones llevaron enseguida a considerar la «reserva de trabajadores» como un elemento intrínseco o componente estructural del modo de producción capitalista. Marx consideró este «ejército industrial de reserva» como un efecto derivado de la tendencia del capital a incrementar su parte «constante» (medios de producción) y disminuir su parte «variable» (fuerza de trabajo):

La acumulación capitalista produce de manera constante una población obrera relativamente excedentaria, esto es, excesiva para las necesidades medias de valoración del capital y por tanto superflua. [...] Esta sobrepoblación se convierte, a su vez, en palanca de acumulación capitalista, e incluso en condición de existencia del modo capitalista de producción. Constituye un ejército industrial de reserva a disposición del capital, que le pertenece a éste absolutamente [...], material humano explotable y siempre disponible, independientemente de los límites del aumento real experimentado por la población. (Marx, 1981:784-6).

Lo que quizá no sospechaban los economistas clásicos es que tal función de reserva de trabajadores iba a ser encomendada principalmente en el siglo XX al Tercer Mundo, donde estarían subempleados o en paro más del 40% de los trabajadores²⁸.

Como ya hemos indicado, para los economistas clásicos el modo de producción capitalista no sólo implicaba la libre circulación de mercancías y de capitales (aspectos que, con notables restricciones, han tenido lugar en el mundo occidental), sino también la libre circulación de trabajadores. En base a este supuesto, se formuló la hipótesis de que los salarios tenderían a igualarse en todo el mundo y en todas las ramas de producción, gracias precisamente a la movilidad de los trabajadores. Sin embargo, la

silenciosas» en las que nadie decía una sola palabra). Otro caso significativo es el de los italianos en Suiza (más de 300.000 a comienzos de este siglo), donde, una vez organizados en sindicatos, tuvieron que soportar violentas reacciones de la clase trabajadora suiza, que obligó al ejército a intervenir en varias ocasiones para restablecer el orden, y fueron también amenazados por los patronos que empezaron a emplear polacos en su lugar. Ver Castles, S., y Kosak, G., *op. cit.*, 30 ss.

²⁸ 40,3% en Asia, 45,0% en África y 34% en América Latina. OIT: *Employment, growth and basic needs: a one-world problem*, 19, Ginebra, 1976.

experiencia histórica ha sido otra: las diferencias de salario entre países se han disparado, sobre todo para los trabajadores menos cualificados, y al interior de cada país los salarios por regiones, categorías y ramas de producción siguen muy distanciados. Se estima que mientras en la segunda mitad del siglo XIX la diferencia media de salarios entre los países más ricos y los más pobres era de 1 a 5, a mediados del siglo XX lo era de 1 a 20, es decir, cuatro veces mayor (Emmanuel, 1973: 87 ss.).

En el bloque occidental —y particularmente en España— la circulación de capitales se realiza con una relativa libertad, lo que confirma la teoría marxista de la tendencia a la nivelación de la tasa de ganancias²⁹. Sin embargo, no ocurre lo mismo con la hipótesis de la «tendencia a la nivelación de la tasa de salarios», ello debido precisamente a la política de restricción de la inmigración, que impide la movilidad del factor trabajo (o «mercancía-trabajo») a nivel internacional. En su tendencia a la propia valorización, el capital genera, por consiguiente, un doble movimiento en apariencia contradictorio: tendencia a la igualación-nivelación de las condiciones de las condiciones de producción y cambio entre ramas de producción, regiones y países, a fin de obtener el beneficio suplementario que se deriva del «intercambio desigual»³⁰.

La libre circulación de trabajadores en el siglo XIX, aun siendo más formal que real, dado el problema práctico y psicológico de trasladarse de un país a otro, adquirió la suficiente magnitud como para poder reorientar la política del mercado de trabajo a nivel internacional desde unos determinados parámetros que resalta el colectivo IOE:

- La inmigración de trabajadores extranjeros es rentable para el capital, sobre todo en momentos de expansión económica, a fin de no saturar el mercado propio de trabajo, poder presionar a la baja en las luchas sindicales y dividir a la clase trabajadora (que culpará de su situación a los inmigrantes).
- Llegado a un cierto tope (que podemos poner entre un 10% y un 20% de los trabajadores), el colectivo inmigrante puede provocar tumultos sociales, deteriorar la “identidad colectiva nacional” o incluso servir de punta de lanza para una organización internacional de la clase obrera. Por eso, llegados a ese punto de saturación, convendrá: restringir la inmigración o hacerla temporal, diversificar y aislar por nacionalidades de

²⁹ Marx, K., *El Capital*, Libro III, Sección Segunda, *Op. cit.*

³⁰ Tesis desarrollada, con matices distintos por Ch. Palloix en *La internacionalización del Capital*, 221-223, Blume, Madrid, 1978.

origen, prohibir la organización política o sindical propia de los inmigrantes, promover la asimilación de los extranjeros en la segunda o tercera generación, etcétera. (Colectivo IOE, 1971:46).

La política de restricción de la inmigración en los países desarrollados, iniciada después de la primera guerra mundial e intensificada tras la crisis económica de 1973, tuvo como efecto principal una ampliación de las diferencias de salario entre países desarrollados y subdesarrollados, lo que constituye el principal factor del intercambio desigual en el comercio internacional.

La inmovilidad del factor trabajo, al no permitir que se produzca la nivelación de los salarios, origina además un privilegio comparativo de los asalariados del Primer Mundo (que llegan a cobrar hasta 20 veces más por el mismo trabajo que los asalariados del Tercer Mundo), lo que genera, a su vez, una nueva división entre las organizaciones de trabajadores en el plano internacional. Ya los marxistas clásicos captaron la existencia en los países más ricos de un «proletariado burgués» (Engels) o de una «aristocracia obrera» (Lenin), por relación a los trabajadores de los países más pobres, incluso llegaron a ver que su privilegio relativo determinaba una tendencia a pactos sociales coyunturales entre obreros y capitalistas³¹.

Entre la primera y la segunda guerra mundial, tanto la socialdemocracia como la mayoría de los partidos comunistas europeos dejaron de tener un planteamiento internacionalista, es decir, adoptaron una estrategia política basada en el «interés nacional».

2.1.2. Dinámica de las desigualdades en el ámbito internacional: dependencia del Tercer Mundo

Los dos flujos migratorios que afectaron a España (emigración hacia países más ricos, inmigración desde países más pobres) tienen en común la relación desigual a nivel económico entre los lugares de origen y de destino. Conviene, por eso, profundizar en la dinámica de las desigualdades que se produjeron en el ámbito internacional y que

³¹ Engels, F., *Carta a Marx*, 7 de octubre de 1858; Lenin, V., *La economía mundial y el imperialismo*, 1917.

estuvieron a la base, según todos los especialistas, de la llamada «emigración económica».

Según datos del Banco Mundial, el Tercer Mundo, con casi el 72% de los habitantes del globo (3.500 millones de personas), sólo sumaba el 15% del Producto Internacional Bruto; en cambio, el Primer Mundo, con el 28% de la población (1.300 millones), disponía del 85% del Producto Mundial. Según estos datos, la riqueza media por habitante era 16 veces mayor en el Primer Mundo que en el Tercero. El Producto Nacional Bruto por habitante puede ser un primer indicador para los países del Tercer Mundo. Las diferencias entre los países eran también impresionantes mientras iban de 4 a 1 entre los países industrializados más ricos y más pobres, en el Tercer Mundo oscilaban entre 30 y 1. Estas enormes diferencias han llevado a algunos autores a rechazar el concepto de «Tercer Mundo» como una realidad única (Lacoste, 1981).

G. di Meo recoge algunas constantes que bien podemos considerar caldo de cultivo de la «emigración económica»:

-Crecimiento demográfico inquietante, con una explosión de las ciudades y una crisis profunda del medio rural tradicional que atraviesa mutaciones culturales desgarradoras.

-Persistencia tenaz y frecuentemente agravación de la pobreza, el subempleo y el hambre.

-Estructuras económicas arcaicas, incompletas y desarticuladas, con un comercio exterior desequilibrado y golpeado por un deterioro constante de los términos de intercambio en detrimento de los más pobres.

-Arquitectura social desigual e injusticia, vaciada de sus raíces culturales.

-Dependencia muy fuerte de las potencias industriales con las que el Tercer Mundo ha contraído deudas enormes. (G. di Meo, 1985).

Tanto la expresión «Primer Mundo-Tercer Mundo» (introducida por A. Sauvy en 1952) como la expresión «Norte-Sur» (aparecida como contrapunto a «Oeste-Este») son de carácter metafórico y condensan con mayor o menor acierto la desigual distribución de la riqueza en el mundo, la existencia de un intercambio desigual entre los hombres que beneficia a unos a costa de otros.

La desigualdad está también presente en el interior de los países industrializados. A la vieja y fundamental oposición «capital/asalariados» podemos añadir las diferencias por regiones, sectores de producción, etcétera. Incluso en los países más ricos del bloque occidental, junto a la población acomodada, existen amplias bolsas de pobreza y colectivos marginados (parados urbanos, subempleados rurales, minorías étnicas, etc.) que la propia lógica capitalista necesita como «condición indispensable para una tasa de plusvalía más elevada» (Amin, 1975: 352).

Las desigualdades sociales son todavía mucho más acusadas en el interior de los países del Tercer Mundo, donde una pequeña capa privilegiada, muchas veces en connivencia con el capital internacional, acapara la mayor parte de la renta nacional. «En general, cuanto más desarrollado es un país (en su conjunto), mayor es su diferencia interior entre desarrollo y subdesarrollo» (Gunder Frank, 1977: 113).

España, en los años 70, reproducía también internamente notables divisiones sociales, en menor grado que el Tercer Mundo, pero muy por encima de casi todos los países europeos (incluidos Grecia o Italia). De acuerdo con una investigación sobre la distribución de la renta en España, «la pobreza en sí era de carácter estructural y se perpetuaba como producto de la desigualdad»³².

En el conjunto de Europa también funcionaba una dinámica de desigualdades que situaba a España como país periférico (junto a Portugal, Yugoslavia, Grecia e Irlanda). Seers (1981) caracterizaba así a estos países: industria dependiente del capital extranjero y con escasa capacidad tecnológica; debilidad política y militar en el contexto internacional; balanza económica dependiente de la emigración y del turismo, y sobre todo, «dualismo» muy acentuado a grandes contrastes entre lo urbano y lo rural, la industria y la agricultura, lo moderno y lo tradicional.

La emigración económica, nacional o internacional, es consecuencia inevitable de esta dinámica de desigualdades que se genera por doquier y que tiende a aumentar en el caso del Tercer Mundo. La desigualdad no es sólo la consecuencia de los procesos de dominación y extorsión económica, sino su condición necesaria; por eso, la desigualdad social se muestra como un fenómeno fundamental, anterior y lógicamente superior al capitalismo, como categoría explicativa de las relaciones sociales.

³² Cáritas, «Pobreza y marginación en España», p. 404, en *Documentación Social*, pp. 56-57 (1984) Revista de Cáritas Española.

Intentos de responder a las preguntas de saber cómo es posible que después de tantos años de libre comercio se haya ampliado la brecha entre países ricos y pobres, qué relación existe entre subdesarrollo y desarrollo, cómo incide la política migratoria en la distancia de las desigualdades, han abierto paso a una teoría económica según la que el desarrollo y la marginación de una parte de la humanidad —mayoritaria— es el producto y a la vez la fuerza motriz del desarrollo y la dominación de la otra parte —minoritaria—. «La explotación y el desarrollo por una parte producen y van acompañados de un mayor subdesarrollo en la otra. Si bien resulta así una concentración regional del desarrollo y del subdesarrollo, también surgen sectores desarrollados en regiones subdesarrolladas y sectores subdesarrollados en regiones desarrolladas, todo ello como producto de un mismo proceso de desarrollo capitalista desigual» (Gunder Frank, 1977: 71-72). Según esta línea de pensamiento, la expansión del mercantilismo desde el siglo XVI condujo a la paulatina configuración de un sistema capitalista a escala mundial que mediante los lazos del comercio y la violencia había creado una metrópoli desarrollada y una gran periferia a la que subdesarrollaba.

La relación dialéctica entre centro y periferia se produce a escala mundial (Primer Mundo-Tercer Mundo o confrontación Norte-Sur) y también en el interior de los propios Estados capitalistas (regiones ricas y pobres, sectores punta y bolsas de pobreza, etc.), formando un «movimiento unitario del capital» que necesita constantemente producir desigualdades sectoriales, regionales y de clases sociales para obtener beneficios.

Para los economistas clásicos no marxistas, el comercio internacional no sólo no era desigual, sino ventajoso para ambas partes gracias a la «teoría de los costos comparativos»³³. Esta teoría plantea que el intercambio incrementa el nivel de renta global, en valores de uso, en los dos países que comercian. Se supone que la misma cantidad de trabajo en ambos países produce dos mercancías que tienen valores de uso diferentes y cuyo intercambio resulta mutuamente ventajoso; sin embargo, a nivel internacional las mercancías cambiadas contienen cantidades de trabajo desiguales, derivadas de diferentes salarios y/o diferente productividad.

Tanto A. Emmanuel (1973) como S. Amin (1975) parten de una crítica de la teoría de los costes comparativos antes de formular sus teorías respectivas del

³³ La teoría de los costos comparativos, formulada por David Ricardo en 1817, está a la base del liberalismo económico en las relaciones de comercio internacional.

«intercambio desigual» (Emmanuel) y del «desarrollo desigual» (Amin). Los principales generadores de intercambio desigual entre dos países (o entre el Norte y el Sur) son la diferencia de productividad y la diferencia de salarios.

La diferencia de productividad determina que el país con menor productividad requerirá emplear más horas de trabajo para poder intercambiar mercancías con otro país con mayor productividad. Por ejemplo, como lo cita Amin (1975), un campesino africano obtienen por 100 jornadas de trabajo anual muy duro productos manufacturados importados cuyo valor apenas supone veinte días de trabajo simple de un obrero cualificado europeo.

La diferencia de salarios determina que, aun manteniendo constante la productividad, el país con salarios más bajos percibirá en el intercambio internacional un montante de bienes menor que el país con salarios más altos. Amin (1975) nos da otro ejemplo ilustrativo de esta situación: un trabajador suizo produce 10 relojes en el mismo tiempo que un trabajador marroquí pone en el mercado 10 chaquetas de piel; sin embargo, al intercambiar esos productos, el marroquí recibirá sólo 5 relojes a cambio de las 10 chaquetas de piel, debido a una mayor valoración del factor trabajo en los costes de producción suizos³⁴. Amin llega a la siguiente conclusión:

Las transferencias enmascaradas de valor desde la periferia hacia el centro, debidas al mecanismo del intercambio desigual, son del orden de los 22.000 millones de dólares, dos veces el importe de la ayuda pública y de los capitales privados que la periferia recibe. Se puede, pues, hablar de un autentico pillaje del Tercer Mundo (Amin, 1975: 137).

En el intercambio desigual intervienen también otros factores, como la dependencia tecnológica, que genera regalías o *royalties*, o la penetración del capital multinacional, cuyos intereses amplían la deuda externa del Tercer Mundo.

El número de economistas que, con diversos matices, apoya la teoría del intercambio desigual no ha cesado de crecer, a medida que «el desarrollo del subdesarrollo» se ha vuelto una evidencia, en contradicción con el optimismo de los

³⁴ Esta diferencia de valores haría más competitivos a los países con salarios bajos, lo que es obviado por los países ricos mediante la especialización del mercado internacional.

economistas liberales o neoclásicos³⁵. Estos siguen pensando que el subdesarrollo responde a una especie de «determinismo sociodemográfico»³⁶ o bien niegan toda especificidad al Tercer Mundo y consideran que la lucha contra la pobreza pasa por la desaparición de todo tipo de trabas, a escala planetaria, en la circulación de bienes, hombres y capitales³⁷.

A mediados de los años setenta hubo varios intentos para institucionalizar el diálogo Norte-Sur entre los países industrializados y los subdesarrollados. Francia promovió la cooperación sobre cooperación económica internacional, que fue abortada por Estados Unidos (que quería discutir sólo sobre energía, mientras los países pobres deseaban negociar el conjunto de problemas que condicionan el orden económico mundial) la «conferencia ministerial sobre cooperación económica internacional» (CEI) hizo ver de nuevo las divergencias de concepción entre países desarrollados y países subdesarrollados, sobre todo ante dos problemas: el control de los mercados de materias primas provenientes del tercer Mundo y la flexibilización de la deuda externa. En 1977, tras dos años de esfuerzo, el dialogo quedó de nuevo abortado: «el egoísmo de los países ricos es la causa principal de este fracaso, pues los Estados Unidos rechazaron asumir unos compromisos que les parecían totalmente contrarios a los principios que inspiraba el sistema económico liberal, base, según ellos de la prosperidad americana. La ONU ha sido en este proceso el principal foro del dialogo Norte-Sur. En asambleas generales y en instituciones especializadas se han tratado las grandes cuestiones que afectan al Tercer Mundo (precios de las materias primas, deudas externas, nuevo orden económico, etc.), pero las soluciones de fondo han sido sistemáticamente boicoteadas por los países ricos, en especial por Estados Unidos. Los países del Primer Mundo estaban más interesados en exhibir la confrontación Este-Oeste que la confrontación Norte-Sur. De este modo, no sólo quedaba en segundo plano ante la opinión pública los problemas ligados a la explotación económica sino que se disponía de una extraordinaria coartada para la carrera de armamentos. En nombre de la defensa de

³⁵ En Estados Unidos las ideas de A Gunder Frank han sido retomadas por J.D. Cockcroft, D.L. Johnson y J. Petras; en Francia podemos citar, además de A. Emmanuel, a Ch. Bettelheim, Y. Lacoste, Ch. Palloix, etc.; En África, S. Amin, y en América Latina, R. Prebisch, F. Cardoso, Th. Dos Santos, C. Furtado, etcétera.

³⁶ Galbraith, J.R., *Théorie de la pauvreté de masse*, Gallimard, París, 1980. Para este autor, en un país sometido a la «pobreza de masas» todo crecimiento de la renta provocado desde el exterior desencadena fuerzas sociales y económicas internas que reducen a nada el progreso realizado; por otra parte, el bajo nivel de vida, próximo a la subsistencia, impide el ahorro y la consiguiente capitalización.

³⁷ Esta es la posición de los monetaristas, con M Friedman como principal representante

occidente, la mayor parte del excedente económico no va a parar a resolver los problemas del subdesarrollo y la pobreza, sino precisamente a afianzar militarmente el orden económico y las estructuras sociales existentes.

España, tras el paréntesis de autarquía franquista, se alineó poco a poco con los países desarrollados del bloque occidental, primero mediante el convenio económico militar, con Estados Unidos (1953) y europeos (1986). Este proceso le llevó a solicitar, sin conseguirlo, el ingreso en el club de los 10 países más ricos de occidente (agosto de 1986). De este modo, sin dejar de pertenecer a la semiperiferia mundial, España se ha encuadrado en aquellas coordenadas ideológicas, económicas y militares que defienden y legitiman la lógica de dominación económica del capital multinacional sobre el Tercer Mundo y sobre todos aquellos sectores productivos y clases sociales que se llevan la peor parte en el intercambio desigual. En particular las consecuencias para España de su opción europeísta-atlantista, las podemos reflejar en un doble nivel: el interno, se mantendrá la dinámica de los países del Norte que propicia la desigualdad entre regiones, sectores productivos y clases sociales; el internacional, España tratará de abandonar su condición de semiperiferia y acceder al estatuto de Primer Mundo: alineamiento con Estados Unidos y la CEE; penetración de capital extranjero y de tecnología punta; cierre de fronteras a la mano de obras del Tercer Mundo; reconversión de determinados sectores de empresa y apertura de mercados en el Tercer Mundo de acuerdo con los dictados del capital multinacional, etcétera. En cuanto al cierre de fronteras a la mano de obra del Tercer Mundo, España se ha alineado en 1985 como mediante la nueva ley de extranjería, con las políticas proteccionistas de los países centroeuropeos. Se pone así un muro de contención tanto al peligro que entraña para el capital la libre circulación de los trabajadores (que tendería a limitar los beneficios del intercambio desigual y fomentaría a largo plazo, un proceso de unificación de los asalariados) como al peligro que supone para el modelo de estado español el cuestionamiento del «interés nacional».

2.1.3. Factores de expulsión y de atracción

A la hora de explicar las migraciones internacionales, inminente relevancia cobra la teoría de los «factores de atracción y repulsión»³⁸ (*push-pull factors*). Esta teoría parte del presupuesto de que los seres humanos hacen elecciones racionales, como personas libres, la decisión o no de emigrar está en función de una serie de indicadores que hacen que la balanza se incline en un sentido u otro, si hay un diferencial claro de ventajas con el menor coste posible. El primer autor que empleó este marco analítico, si bien de «forma implícita», según Arango (1993:14), fue Ravenstein en *The Law of Migrations*. La formulación de este autor es resumida por Arango como sigue:

En las zonas de origen predominan los factores percibidos como negativos, llamados factores de repulsión o *push factors*, y en el lugar escogido como destino predominan, en la percepción del migrante potencial, los factores positivos, de atracción o *pull factors*. [Los primeros] determinan un estado de «privación relativa» o una incapacidad del entorno para satisfacer las necesidades de todos o parte de los componentes de la colectividad. Los factores de atracción ofrecen al migrante potencial la esperanza de hallar en el lugar de destino un mayor grado de satisfacción a sus insatisfechas necesidades o aspiraciones (Arango, 1985:15).

Este enfoque teórico, va a poner en relación a los países emisores y receptores, dejando constancia que las migraciones son la consecuencia de disparidades de tipo económico y demográfico que actúan como motor que obliga a unas personas a salir de un contexto (empobrecido y con exceso poblacional) hacia otro, con más expectativas económicas y con déficits demográficos, en un intento personal de optimizar el bienestar. Estas explicaciones en términos de «expulsión-atracción» consideran la circulación de flujos migratorios como el resultado de un conjunto de circunstancias de los contextos emisores que obligan, a quienes toman esa decisión, a salir de su país de origen. Dentro de la lista de factores de expulsión se considera el económico como determinante, es decir, la situación de pobreza y falta de oportunidades para sobrevivir en el lugar de destino, junto con las dificultades políticas, sociales e incluso religiosas.

³⁸ Según Arango (1993: 15), señala «*Push* y *pull* son los términos venerables en torno a los cuales gira casi toda la copiosa literatura existente sobre migraciones».

Y dentro del repertorio causal de factores de atracción³⁹ hay que incluir las de expectativas de mayores oportunidades de trabajo y calidad de vida en el lugar de recepción.

Los supuestos en que se basa el enfoque expulsión-atracción son difícilmente discutibles, pues gozan de toda la fuerza que otorga la lógica y el sentido común. Y sin embargo, como argumentan Portes y Böröcz (1998: 45), la tendencia de este enfoque «al enunciado *post hoc* de causas “obvias”, lo incapacita para predecir [...] las diferencias entre colectividades – primordialmente naciones-estado – en lo concerniente a la magnitud y la direccionalidad de los flujos migratorios»⁴⁰. Así pues, tomando el caso que nos ocupa —en el caso español—, este enfoque explicaría la importante migración marroquí hacia España, pero no podría explicar por qué no se produce un movimiento similar de argelinos o tunecinos. Podría ser útil para dar cuenta de la creciente migración ecuatoriana, pero no sabría decir por qué no se produce un movimiento similar de nicaragüenses, hondureños o guatemaltecos. En definitiva, este enfoque sólo puede explicar a posteriori una realidad preexistente.

2.2. EL PLANO EUROPEO

2.2.1. Expansión de la economía europea. Recurso al mercado de trabajo europeo

El centro de Europa, principal escenario de la segunda guerra mundial, quedó dividido en 1945 en dos bloques que desde entonces han formado parte de los dos principales espacios políticos de la humanidad: el Este y el Oeste. En lo que concierne a Europa occidental, se inició entonces un proceso de integración militar, económica y política que tuvo como puntos culminantes la OTAN (1949) y las Comunidades Europeas (1958).

³⁹ El denominado *efecto llamada*, que estaría provocado por las leyes migratorias, es usualmente citado como factor de atracción primordial.

⁴⁰ A esta incapacidad teórica intentan dar respuesta los enfoques estructurales o sistémicos de las migraciones internacionales, señalando, por ejemplo, la importancia de los contactos históricos previos entre las áreas emisoras y receptoras, como ejemplifica el colonialismo.

Entre 1937 y 1945, el Producto Interior Bruto de la Europa Occidental que había participado en la guerra, bajó el 50%, mientras que Estados Unidos o, con más precisión, el capital norteamericano, salió robustecido de la contienda y se convirtió en líder indiscutible del espacio político-económico occidental. «La guerra supuso para Estados Unidos remontar la gran crisis de los años treinta, reforzar su potencia económica, y de ese modo, ejercer, a partir de 1945, la hegemonía sobre el resto del mundo, y en especial sobre una Europa destrozada y dependiente de los créditos y provisiones del otro lado del Atlántico» (Gauthier, 1984: 75).

Algunos análisis económicos estiman que uno de los factores más determinantes del Plan Marshall (Colectivo IOE, 1971: 55) fue consolidar a las grandes burguesías europeas, principales beneficiarias de la ayuda, frente a la clase obrera —base social de la resistencia en países como Italia o Francia— (Nagels, 1981). Además, el Plan Marshall respondía a las preocupaciones comerciales y financieras del capital americano, ávido de ampliar su mercado a Europa (250 millones de consumidores) (Colectivo IOE, 1971: 55). Es un hecho constatado que el Plan Marshall de 1950 actuó como punta de lanza para unas inversiones extraordinariamente rentables de Estados Unidos en Europa durante la década siguiente⁴¹.

El nivel de la economía centroeuropea anterior a 1940 se recupera en 1950 y va a culminar en la CEE. La cooperación europea tenía precedentes (la CECA, fundada en 1952, o el BENELUX, que fue quien propuso la idea de un Mercado Común en 1955), pero fue sobre todo impulsada por los intereses geopolíticos dominantes en Occidente, es decir, por Estados Unidos: «Para los Estados Unidos, la CEE es un poco su obra. «Consecuencia directa del Plan Marshall, es la copia del sistema norteamericano en lo que atañe a instituciones, políticas, económicas y principios comerciales» (Michel, 1971: 29).

En 1958, fecha de entrada en vigor del Tratado de Roma, están puestas las bases en Occidente para un modelo de valorización del capital que va a durar quince años — hasta 1973— y que va a tener las siguientes características:

-Consolidación de la división del mundo capitalista en «centro», «periferia» y «semiperiferia», tanto a nivel nacional como internacional (desarrollo desigual).

⁴¹ *Survey of Current Business*, sept. 1966. Citado por Emmanuel, A., op. cit., p. 114.

-Desarrollo acelerado del «centro» (USA-Canadá, Japón y Europa occidental) gracias a la llamada «tercera revolución tecnológica», que supone un incremento continuo de la productividad y, por consiguiente, de la plusvalía relativa.

-Subyugación de la «periferia capitalista» o Tercer Mundo, dominado con mano de hierro generalmente a través de las propias burguesías nacionales en connivencia con los intereses del «centro». Las materias primas del Tercer Mundo (petróleo, café, etc.) disminuyen su precio en el mercado internacional, fracasan los intentos de industrialización intensiva en muchos países y asoma en el horizonte el problema de la «deuda externa».

-Crecimiento dependiente y desequilibrado en la «semiperiferia» (caso de España), como colchón amortiguador —económico y político— entre el centro y la periferia.

En Europa central la revolución tecnológica que se opera en estos años no va a variar la división de clases existente, pero va a incrementar extraordinariamente la productividad, el mercado de trabajo y el consumo, transformando los hábitos de la vida cotidiana (la llamada «sociedad de consumo»).

En el ciclo 1958-1973 fue cuando los países centroeuropeos absorben 10 millones de trabajadores de fuera de sus fronteras, lo que llegó a suponer en torno al 10% de su población asalariada. España, que ya tenía 2,2 millones de personas emigradas a América Latina (Colectivo IOE, 1971: 56), participó en este tiempo con más de un millón de personas desplazadas.

Los trabajadores extranjeros han jugado un papel de primer orden en la expansión económica de Europa, no sólo al impedir un estrangulamiento del mercado de trabajo, sino también por la rentabilidad muy superior para el capital de la mano de obra inmigrante: salarios medios muy bajos, ausencia de costes sociales, docilidad a los patronos, etcétera. «La inmigración aparece como un sistema que funciona sobre dos polos: un polo que funciona en el país de origen y otro polo en el país que utiliza su fuerza de trabajo. Lo importante es la existencia de esos dos polos, el hecho de que el trabajador ha sido educado en otra economía y que llega a España en una situación de “dispuesto a trabajar”, como una mercancía «prêt-à-porter». Gracias a este sistema de dos polos hay toda una serie de economías (de costes) que tienen que ver con el coste

social del trabajador (crianza y educación, servicios sanitarios y sociales, jubilación, etc.) y que son desviados hacia la economía del país receptor»⁴².

2.2.2. Hacia un nuevo modelo económico transnacional. Política restrictiva a la inmigración en Europa y en España.

Entre 1973 y 1976 sitúan los economistas el ciclo agudo de la crisis económica que sobrevino a la «época dorada» de la posguerra mundial. Esta crisis, que continuará, aunque ralentizada, hasta mediados de los ochenta, se caracteriza por una sensible recesión de los indicadores macroeconómicos: estancamiento del PIB y déficit en la balanza de pagos de muchos países; alza de precios en algunas materias primas, en especial el petróleo; contracción del comercio y del consumo; aumento del paro y de la inflación (tasa de precios al consumo), etcétera.

En los años setenta y ochenta, se observarán nuevas tendencias de valorización del capital. En primer lugar, un predominio del capital internacional sobre el capital nacional; las grandes empresas transnacionales —de origen norteamericano, europeo o japonés— han concentrado cada vez más poder desde la década de los setenta hasta el punto de ser capaces de mediante el monopolio y el dominio de los mercados financieros, de actuar por encima de los Estados, de la OCDE o de la ONU. En segundo lugar, una tendencia del capital internacional a invertir en algunos enclaves de la «periferia» provocando paro estructural en los países industrializados; en el mundo, algunas ramas industriales —la textil es la más evidente— han reducido sus puestos de trabajo en el Primer Mundo, creando simultáneamente un número superior de puestos de trabajo en unos pocos países del Tercer Mundo; países sometidos a severos regímenes políticos que, además de conceder las inversiones del «centro» todo tipo de ventajas fiscales y financieras, favorecen una sobreexplotación extraordinaria de la fuerza de trabajo (Fernández, 1983: 32). En tercer lugar, aparecen nuevas empresas transnacionales, cuya central se encuentra en el Tercer Mundo (sudeste asiático, India, Filipinas, Brasil, Argentina, etc.) y que comienzan a competir y asociarse a escala mundial con las multinacionales americanas, japonesas o europeas (Lall, 1984). En

⁴² Cordeiro, A., *Le rôle économique des travailleurs immigrés et leurs revendications*, Office Municipal des Migrants, Creteil, 1979, pp. 55-56.

cuarto lugar, se observa una nueva revolución tecnológica en base a la informática: Tanto en la gestión como en la producción y el comercio se introducen técnicas de robotización y telemática (gracias a los microprocesadores) que aceleran la productividad y la plusvalía relativa, suponiendo, además, un relevo masivo del «factor trabajo» por el «factor capital»; las nuevas tecnologías de los años ochenta hacen vieja la llamada «nueva división internacional del trabajo» de los años setenta. En quinto lugar, la mano de obra y los sindicatos en Europa no son una traba importante para el ejercicio del poder transnacional del capital; de hecho, tanto el trasvase de capitales del Primer Mundo a la periferia, más patente en los años sesenta y setenta, como el ahorro de personal mediante las nuevas tecnologías en los años ochenta, han provocado paro estructural en Europa, debilitando internamente a la clase trabajadora —bastante batalladora en el ciclo anterior— y obligándola a transigir en muchos terrenos (disminución del poder adquisitivo de los salarios, despido libre, contratación eventual, etc.); por otra parte, el capital trata de impedir la solidaridad del proletariado a nivel internacional, favoreciendo regímenes autoritarios en el Tercer Mundo y dando ventajas adicionales muy sustanciosas a los obreros de los países ricos (Frobel y otros, 1980: 471 ss.). Por último, el poder de los Estados sobre los ciclos económicos, que se había demostrado eficaz en la crisis de 1929, cuando el capital tenía un carácter eminentemente nacional, ya no tiene los mismos efectos (Holland, 1983: 6-8). Más bien el Estado tiende a taponar la perspectiva internacional de la clase obrera (paralela a la mundialización del capital) limitando su ámbito de actuación espacial y legalmente y cultivando el nacionalismo y formas solapadas de racismo frente a los trabajadores de terceros países (o frente a los inmigrados).

Las consecuencias que se derivan para los trabajadores inmigrantes de este nuevo modelo de valorización del capital no se hacen esperar: casi todos los países de Europa occidental adoptan medidas restrictivas en la política de inmigración. El Gobierno de Alemania Federal prohibió en 1973 toda contratación de trabajadores de fuera de la CEE. Francia, que durante los años sesenta había consentido la inmigración clandestina, siguió los mismos pasos en 1974, prohibiendo incluso durante algunos años la reagrupación familiar. Suiza bloqueó la concesión de permisos anuales, puso topes a los temporeros y se propuso una reducción y estratificación de los inmigrantes residentes. La mayor parte de los demás países europeos adoptó medidas semejantes, a

excepción de Holanda, cuyo bajo número de inmigrantes no pareció exigir en un primer momento un cambio de política.

La razón que se adujo para el cierre de fronteras fue el estancamiento económico derivado de la crisis del petróleo. «Pero existen otras dos razones más importantes que explican por qué se encontraba en vigor, todavía en los años ochenta, una prohibición que se suponía era de carácter temporal. La primera razón fue el creciente costo que representaba para la sociedad la nueva estructura de los grupos migratorios. En los primeros tiempos de la inmigración la mayoría de los trabajadores eran jóvenes y no iban acompañados de sus familiares. Su fuerza de trabajo se podía utilizar al máximo, y el costo social de su reproducción se dejaba a cargo del país de origen. Se concibieron sistemas de reclutamiento temporal, restricciones a la entrada de familiares, rotación de los trabajadores y empleos estacionales con el fin de conservar esta provechosa función de los inmigrantes como una “potencial fuerza móvil de trabajo”. Pero cuando en los sesenta aumentó la competencia por la escasez de trabajadores, esa función comenzó a desgastarse. Cuando en los dos convenios bilaterales y multilaterales que se celebraron entre los países que los enviaban y los que los recibían, se concedió a regañadientes el derecho de los trabajadores a vivir con sus familias, se redujo su «utilidad» para la economía del país capitalista. Los inmigrantes perdieron mucho sus características de movilidad y flexibilidad. Los países que los recibían tuvieron que aceptar por lo menos en parte los costos de la reproducción, puesto que si se dejaba de proporcionar alojamiento, escuelas y atención médica, se habrían producido serias tensiones sociales. Y cuando tuvieron conciencia de que su estancia en Europa occidental sería prolongada, los inmigrantes empezaron a rebelarse contra el papel económico y social que se les había asignado, mostrando cada vez mayor militancia en las luchas industriales y sociales. Si la estrategia de la expansión apoyada en el trabajo barato y fácilmente controlable de los inmigrantes estaba perdiendo su viabilidad, el capital y el Estado tenían que buscar otras opciones. Aquí se encuentra la segunda razón para suspender la inmigración de trabajadores: las nuevas estrategias consisten en la exportación de etapas de producción, que requieren una gran cantidad de trabajo hacia «lugares de producción que se encuentran fuera de las fronteras», en las zonas de bajos salarios del Tercer Mundo, y en la racionalización de los sectores que se quedan en Europa mediante la adopción de nuevas tecnologías, apoyadas en microprocesadores» (Castles y Kosack, 1984: 539-540).

Con la nueva Ley de Derechos y Libertades de los Extranjeros (1985), España ha refrendado una política restrictiva todavía más dura que los países de la CEE, sobre todo en lo que concierne a los inmigrantes no documentados, que como es lógico, han aumentado en toda Europa tras el cierre de fronteras.

La política proteccionista que supone la restricción de la inmigración contribuye a acrecentar los antagonismos entre los países más ricos y los más pobres, la diferencia de salarios se dispara y, en consecuencia, el intercambio desigual en la relación comercial. Como señala Sweezy (1979:320), «el efecto de una política de fronteras cerradas es que los obreros de unos países serán más explotados que otros» (Sweezy, 1979: 320).

Los países más industrializados defienden en teoría el liberalismo económico o la libertad de mercado, pero en la práctica han adoptado medidas proteccionistas siempre que les ha interesado. «El librecambismo lo apoyaron siempre los más fuertes, y sólo después de que su superioridad quedara establecida por otros medios» (Amin, 1975: 144).

2.3. EL PLANO ESPAÑOL

2.3.1. Evolución de la economía española desde los años 50. Redistribución general del mercado de trabajo

La onda expansiva de la crisis del 29 afectó sensiblemente a la economía de la segunda República española (1931-1936); sin embargo, a causa de la guerra civil el Producto Interior Bruto de 1935 no volvió a alcanzarse en España hasta 1950. Con los acuerdos USA de 1953 (que proporcionaron a España ayuda económica y militar), el Plan de Estabilización (1959) y el Primer Plan de Desarrollo Económico (1964-1967), la burguesía nacional ponía las bases de lo que se ha dado a llamar el «milagro económico español», un fenómeno que fue posible gracias a la suma de un conjunto de factores: alta concentración de capital en el sector bancario tras la guerra civil, apertura al capital extranjera e importación masiva de tecnología exterior, mano de obra barata, abundante

y desorganizada, etc. El desarrollo acelerado de la economía trajo consigo, entre otras cosas, una redistribución general del mercado de trabajo:

-España deja de ser un país agrícola: en 1960 la población activa en el sector agrícola era todavía del 48% y en el sector industrial del 26%. En 1971 la proporción casi se invierte: el 27% en la agricultura y el 40% en la industria.

-Entre 1960 y 1975, la población activa rural pasa de 5 a 3 millones, pero esta disminución de puesto de trabajo se ve compensada por el aumento de 5,9 millones de nuevos empleos en el sector servicios y 1,5 millones en la industria y la construcción.

-Paralelamente la población activa aumenta durante ese ciclo en más de 3,5 millones (incluyendo 1 millón largo de nuevas mujeres trabajadoras). Por consiguiente, el déficit interior de puestos de trabajo al final del ciclo considerado es de 1,5 millones que acabaron en la emigración exterior o en el paro (Martínez Serrano, 1982, t.2: 219-248).

Ya vimos que un nivel elevado de desempleos, que no llegue a resultar explosivo, es consecuencia y condición estructural del modo de producción capitalista; Ahora bien, si este paro se traduce en emigración con perspectivas de retorno, tanto mejor, pues además de seguir siendo una mano de obra potencial, podrá suponer una inyección de divisas en el mercado interior, tal como ha ocurrido en la emigración española hacia Europa. Las remesas y transferencias de los inmigrantes suponían, según el Colectivo IOE, un saldo neto de 311 millones de dólares en 1965, 968 millones en 1975 y 1.044 millones en 1982, unos 150 mil millones de pesetas.

Los inmigrantes tenían abierta en España más de medio millón de cuentas de ahorro con un saldo superior a los 300.000 millones de pesetas. Non obstante, según A. Lebon (1984:285), el volumen global de dinero remitido por los emigrantes españoles tendía a decrecer en los años posteriores. En efecto, las remesas y transferencias bajaron en 1984 a 797 millones de dólares, según la anterior fuente. Mientras en el centro de Europa la Revolución industrial se había fraguado a lo largo de muchas décadas y las estructuras políticas y sindicales habían conseguido suavizar sensiblemente los desajustes sociales consiguientes, en España los procesos de industrialización y urbanización se llevaron a cabo de forma brusca y desequilibrada, en un contexto de represión política que permitió a la burguesías altas tasas de explotación y unos niveles

muy notables de concentración financiera e industrial. Pese a la falta de libertades, los trabajadores fueron recomponiendo en la clandestinidad sus organizaciones sindicales y llegaron a conseguir una notable fuerza de presión tanto a nivel laboral como político. La cadena de huelgas que se desencadenó en enero de 1976, además de ser un golpe de fuerza frente a la clase empresarial, aceleró decisivamente la reforma democrática. Posteriormente, los pactos de Moncloa, el acuerdo nacional de empleo y la política de concertación del PSOE en aquella época inducen a pensar que los grandes sindicatos no plantean una estrategia económica alternativa a la del capital, sino que más bien se contentan con suavizar sus efectos más negativos.

En el contexto económico mundial, la OCDE sitúa a la España democrática entre los nuevos países industriales con las siguientes notas características: desarrollo industrial relativamente avanzado, aumento sustancial de las exportaciones en los últimos veinte años y reducción de distancias con los países industriales avanzados en cuanto al PIB por habitante.

2.3.2. España, país de emigración

Desde el inicio de la colonización americana hace cinco siglos existió un flujo constante de españoles hacia aquellas tierras que se intensificó particularmente en la segunda mitad del siglo XIX y primeras décadas del XX. Esto ocurrió igualmente en otros países europeos como Portugal, Gran Bretaña, Italia, Alemania o Polonia. Según estimaciones de Wytinsky (1953), más de 50 millones de personas emigraron desde Europa entre 1850 y 1914. Rodríguez explica esta migración en los siguientes términos:

La oleada de migraciones que se desarrolla a partir de la segunda mitad del siglo XIX, responde al desarrollo de los países del nuevo mundo que arrastra fuertes flujos migratorios sobre todo hacia Estados Unidos, Canadá, Brasil y Argentina. Se trata de un importante trasvase de población desde la vieja Europa con altas densidades de población y con unos crecimientos vegetativos relativamente altos hacia los nuevos países poco poblados, con posibilidades importantes de desarrollo, en los cuales más que la industria interesa poner en explotación amplios recursos naturales de todo orden (Rodríguez, 1985: 63-64).

La segunda gran emigración española ha tenido lugar después de la segunda guerra mundial, sobre todo entre 1960 y 1973, y se ha dirigido hacia Europa central. En 1984, los españoles residentes en Europa habían disminuido en un 33% con respecto a 1975. Este reflujo se debió en muy pequeña medida a la adquisición de nacionalidad del país receptor y en máxima medida a los retornos a la Península. De los retornados, más del 80% lo hizo en la segunda mitad de los años setenta y sólo un 19% en los años ochenta, lo que parecía indicar una tendencia a la estabilización del saldo migratorio.

En general, se puede afirmar que las condiciones laborales y sociales de los emigrantes españoles en Europa habían mejorado con el paso de los años, a medida, sobre todo, que lograban una mínima organización y defensa de sus intereses más inmediatos (reunificación familiar, casa, escuela, etc.). No obstante, es también cierto que los gobiernos de los países receptores, amparándose en la idea de que la inmigración era temporal y meramente laboral, habían adoptado hacia los emigrantes una legislación fuertemente represiva, privándoles no sólo de los más elementales derechos políticos (como votar o militar políticamente), sino procurando además aislarlos —material e ideológicamente— de los obreros nacionales y de sus reivindicaciones. En torno a la crisis de 1973-74, esta política discriminatoria tuvo sus expresiones más fuertes: legislación restrictiva, despidos masivos de trabajadores inmigrantes, etcétera.⁴³

La xenofobia de los países receptores juega un papel importante al alimentar una división entre la clase obrera que es determinante de la rentabilidad del capital:

En el plano económico, la inmigración favorece, en periodo de expansión, la acumulación del capital y el fraccionamiento de la clase obrera, y en periodo de crisis permite exportar el paro y reestructurar el aparato de producción sin desestabilizar el orden social» (Ebel y Fiala, 1983: 68).

⁴³ Según Frobel (1980:335-6), sólo en Alemania Federal, entre 1970 y 1975, el mercado de trabajo se retrajo en más de un millón de puestos, lo que supuso el paro a unos 600.000 inmigrados. Sin embargo, las inversiones de capital alemán en el exterior llegaron a suponer en ese ciclo más del 20% del volumen de empleos existentes en la metrópoli.

2.3.3. España, país de inmigración

La década de 1970 representa, sobre todo en su segunda mitad, un giro importante en las tendencias migratorias de España. Por un lado, se detiene la emigración hacia Europa e incluso se produce un enorme flujo de retornos. Por otro lado, ocurren diversos fenómenos que convierten a España en país de inmigración. En primer lugar, desde 1973 el endurecimiento de la política de inmigración en el centro de Europa hace que muchos emigrantes africanos y también algunos portugueses elijan España como lugar de destino. Incluso la política migratoria restrictiva de Estados Unidos por aquellos años influye en el mismo sentido induciendo a contingentes notables de filipinos y latinoamericanos a instalarse en España. En segundo lugar, en el Cono Sur Latinoamericano y en Guinea Ecuatorial se imponen dictaduras que desencadenan un éxodo masivo de población, en un primer momento por razones políticas y luego, también, por razones económicas (dado el fracaso económico de tales dictaduras). En tercer lugar, en el interior de España cesan los flujos de población campo-ciudad, lo que determina una menor presión del mercado de trabajo en algunos sectores marginales (como las empleadas de hogar o la venta ambulante) que van a ser ocupados en parte por inmigrantes extranjeros. Por último, pero no como razón menor, una política española de fronteras poco definida —hasta 1985— y la gran afluencia de turistas extranjeros, facilita la entrada en España como «turistas» al 64% de los inmigrantes del Tercer Mundo y Portugal, hoy asentados en el país; sólo el 20% entraron con contrato de trabajo o visado de estudiante.

Junto a casi 200.000 extranjeros provenientes del Primer Mundo, por lo general bien instalados en España, son más de 500.000 los originarios de Portugal y países del Tercer Mundo, la mayoría de éstos en condiciones de marginalidad. Entre 1970 y 1985 el volumen total de extranjeros en España se duplica, correspondiendo los mayores incrementos a los procedentes de América latina, Filipinas y África negra. El rasgo más característico de los inmigrantes del Tercer Mundo y Portugal es que son mayoría los «no documentados». Junto a unos 150.000 en situación legal y otros 43.000 pendientes de tramitación (de acuerdo con la nueva Ley de Extranjería, hay más de 300.000 sin los papeles en regla y que, además, difícilmente tendrán solución en el marco legal vigente, al no poseer contrato legal de trabajo ni poder justificar medios de subsistencia).

El incremento de inmigrantes en España tiene un paralelo muy significativo en el caso de Italia, que se ha convertido también en país de inmigración. Como en España, los inmigrantes no documentados suponen un número superior a los legales, estimándose su número en 650.000 frente a 350.000 con la documentación en regla, según el Colectivo IOE. Es ya bien conocido que la política migratoria restrictiva ha aumentado en toda Europa el número de extranjeros no documentados, pero en los casos de Italia y España suponen tal proporción que se han convertido en un problema social y político de primer orden.

Existe una estrecha relación entre la economía sumergida y la existencia de trabajadores no documentados. El llamado «trabajo negro», prohibido oficialmente pero consentido y hasta estimulado por su rentabilidad económica, se ha extendido en muchos países europeos (siguiendo el modelo norteamericano) gracias en parte a los extranjeros clandestinos, quienes, dadas sus características, no pueden hacer nada para reclamar sus derechos (Sauvy, 1985). La economía sumergida afectaba en España, según estimaciones del colectivo IOE (1971:72), al 65% de los inmigrantes del Tercer Mundo y Portugal.

En julio de 1985 entró en vigor en España la Ley orgánica sobre Derechos y Libertades de los Extranjeros. Tal ley refuerza los derechos de los extranjeros legales, con permiso de trabajo y de residencia (unos 300.000, según datos oficiales), a la vez que refuerza también la marginación e inseguridad de los inmigrantes en situación irregular (más de 300.000 según estimación del colectivo IOE). Ni en el pasado tuvieron un trabajo legal y luego, como tantos españoles, pasaron al paro y a la ilegalidad al no poder disponer de «permiso de trabajo».

Oficialmente se había dicho que la aplicación estricta de la Ley, que prevé la expulsión de los ilegales, sólo se llevará a cabo con sectores minoritarios considerados «peligrosos» (delincuentes, mendigos etc.), lo que supondría una cronificación en la marginación social para cientos de miles de inmigrantes honestos pero pobres y sin trabajo legal.

CAPÍTULO 3: CONSIDERACIONES PRELIMINARES SOBRE LA INMIGRACIÓN AFRICANA A ESPAÑA

3.1. ACLARACIONES TERMINOLÓGICAS CLAVES

3.1.1. El término «*inmigrante*»

El término «inmigrante» parece a priori tener un significado sobremanera consabido. Sin embargo, ahondando más, su definición resulta ser menos sencilla de lo que parece, debido a la divergencia de las aproximaciones al término. El lenguaje común aplica este sustantivo a quien haya emprendido un viaje migratorio. Dicho viaje comienza con el abandono por parte de un individuo o grupo, de su lugar de origen por un período de tiempo prolongado o indefinido. Con respecto al lugar de origen, el sujeto o colectivo tiene la cualidad de *emigrante*. Cuando el mismo sujeto o grupo, que había abandonado su lugar de origen, se asienta en el seno de otra comunidad extranjera, se cumple la segunda parte de esta fase inicial que es la *inmigración*. El prefijo de este término (*in-* «hacia dentro», «adentro», «al interior») es indicador de esta introducción y asentamiento en el país de destino, «una migración o movimiento hacia dentro». Dicho sujeto o colectivo que se ha asentado en el seno de la nueva comunidad extranjera adopta en este momento la figura de *inmigrante*. La emigración tiene como equivalente posterior la inmigración en el país o lugar de llegada. La palabra «inmigrante» se refiere entonces a la acción de llegar a un país para establecerse en él los naturales de otro, como lo apunta el Diccionario de la Real Academia Española (23ª ed.). ¿Sin embargo, es inmigrante todo aquel nativo de un país que llega a otro país? ¿Quién puede ser considerado inmigrante y quién no?

Admite C. Blanco (2000: 14 y ss.) que falta una precisión definicional por parte del mundo científico en cuanto a la aclaración del término «migración» sin el cual, no existe la condición de inmigrante. La socióloga asegura que no existe una definición operativa que permita determinar qué movimientos poblacionales pueden ser considerados migración y cuáles no. A modo de ejemplo, si consideramos la definición

que nos da la UNESCO del término (S. del Campo, dir., 1987), nos damos cuenta de que la palabra «migración» caracteriza a los desplazamientos de población de una limitación geográfica a otra, por un espacio de tiempo considerable o indefinido. Tal definición resulta claramente equívoca dado que no determina cuál es la delimitación geográfica a traspasar para que el desplazamiento sea considerado migración. Tampoco precisa la duración del desplazamiento que le confiere tal carácter, dado que no todos los movimientos de población pueden ser considerados migraciones. Esta falta de precisión ha dejado vía libre al lenguaje común para elaborar sus propias categorías y términos según la época, los estereotipos y prejuicios dominantes o en circulación. Ribas Mateos (2004: 181), tratando del caso de España, nos informa que en Cataluña se empleaba el término en los años sesenta para referirse a aquellos trabajadores procedentes principalmente del sur de España, que pasaban a engrosar las filas del proletariado industrial. Como también subraya Aramburu (2002: 396), mientras que todavía en los años 80 hablar de inmigrantes remitía a personas procedentes de Andalucía, Extremadura o Galicia, sólo una década después habían dejado de ser considerados como inmigrantes. La misma palabra se usaba para denominar a los españoles que, al igual que gente de países como Italia, Portugal, Turquía, etc. trabajaban en las fábricas alemanes, francesas, suizas u holandesas.

Hoy, la situación ha cambiado. Cada vez más, ciertas sociedades receptoras usan términos distintos para referirse a lo que debería ser una categoría única. Esta variación terminológica hace que el término «inmigrante» haya dejado de aplicarse al que solo hace un desplazamiento en el interior de un mismo país, para aplicarse definitivamente y enteramente al que lo hace en un ámbito de movimiento de carácter internacional, de un país a otro como lo estipula el Diccionario de la Real Academia (22^a ed.). Sin embargo, a este nivel, hay especificaciones que hacen de unas personas inmigrantes y de otras extranjeros. Hablar de «inmigrante» remite cada vez más a países extracomunitarios pobres. Según Ramírez Goicoechea (2007: 396), «el término inmigrante se convierte en sinónimo de Tercer Mundo, subdesarrollo, analfabeto, librándose así, la población jubilada europea que viene a disfrutar del clima».

Asistimos pues a una categorización dual de los inmigrantes según su lugar de origen. Para los procedentes de países desarrollados se les aplica el término «extranjero», mientras que el de «inmigrante» viene a usarse exclusivamente para designar a aquellos extranjeros que proceden de países económicamente pobres. Vargas

Llovera (1998: 61) afirma que ser inmigrante en el ámbito de las sociedades de acogida se reduce normalmente a ser «moro» o «negro», entrando en la misma categoría, los latinoamericanos y asiáticos.

La percepción en el imaginario colectivo de que hay diferentes tipos de inmigrantes se extiende a través del lenguaje, estableciendo una distancia cada vez mayor entre ambos grupos de extranjeros, propiciando cierta permisividad hacia unos y el rechazo de otros. No obstante, la legislación española en materia de extranjería, no hace esta distinción entre inmigrante y extranjero. Para el legislador, todos son extranjeros y, dependiendo del régimen que se les aplica, gozarán de unos derechos y libertades⁴⁴. Los extranjeros podrán encontrarse en España en «situación de estancia», por un período de tiempo no superior a 90 días, «residencia temporal», superior a 90 días e inferior a 5 años, o «permanente», para todas aquellas personas que hayan gozado de una residencia temporal durante 5 años de forma continuada (Art. 30 de la misma Ley). Pero para aquellas personas extranjeras con autorización administrativa para encontrarse en el territorio nacional, dependiendo de la legislación que se les aplique, tendremos los que obedecen al Régimen General⁴⁵ y aquellos que obedecen al Régimen Comunitario⁴⁶.

A pesar de esta postura oficial y jurídica, según Ribas (2004: 183), tres criterios marcan la noción de «inmigrante». En un primer lugar, se aplica generalmente a poblaciones procedentes del exterior de la Unión Europea a partir del Tratado de Maastricht (1992), donde se establecieron las bases de la ciudadanía europea en términos de oposición entre comunitarios y extracomunitarios. En segundo lugar, el uso del término está también en concordancia con la connotación de clase social. Como lo subraya Lally Kouadio (2011:34) «el deportista famoso de turno o el cantante de moda, son la antítesis de lo que se designa genéricamente como «inmigrante» y que, en estos

⁴⁴ Artículo 1, Ley 4/2000 del 11 de febrero sobre derechos y libertades de los extranjeros en España y su integración social.

⁴⁵ A los de Régimen General les será de aplicación la Ley Orgánica 4/2000, del 11 de enero, sobre los derechos y libertades de los extranjeros en España y su integración social, en su redacción dada por la Ley Orgánica 8/2000, del 22 de diciembre, por la Ley Orgánica 11/2003, del 29 de septiembre y por la Ley Orgánica 14/2003, del 20 de noviembre y el Real Decreto 2393/2004, de 30 de diciembre, por el que se aprueba el Reglamento de desarrollo.

⁴⁶ Los nacionales de Estados miembros de la Unión Europea y otros Estados parte del Acuerdo sobre el Espacio Económico Europeo se registrarán por el Real Decreto 178/2003 de 14 de febrero, sobre la entrada y permanencia en España.

casos, se reconocen no por su procedencia sino por su nombre, no por su estigma sino por su estima social». Por eso, en el imaginario colectivo, escapan de la conceptualización actual del «inmigrante». En último lugar, el término remite a la percepción internacional de los países dentro de un orden Norte Sur. En este último punto hay motivo de desacuerdo ya que, los extranjeros procedentes de Rumania y Bulgaria, países miembros de la Unión Europea, siendo comunitarios, son también considerados inmigrantes en España. Todo eso confirma el carácter dinámico del término cuando se abandona el ámbito legal.

Esta ausencia de definiciones claras, junto con la dificultad que presenta la medición de los desplazamientos y la diversidad de categorías migratorias utilizadas, configura un panorama de gran confusión en donde se hace verdaderamente difícil elaborar un claro diagnóstico migratorio que nos permita conocer la realidad de cada momento y lugar. Para mitigar la notable ambigüedad del concepto migración, algunos autores han establecido sus propios criterios. Jackson (1986), por ejemplo, considera que para que un traslado pueda ser considerado como una migración, deben concurrir tres circunstancias relativas a otras tantas dimensiones: Una primera dimensión es la espacial. Es decir, que el movimiento ha de producirse entre dos delimitaciones geográficas significativas (municipios, provincias, regiones o países). La segunda es temporal, ya que el desplazamiento ha de ser duradero, no esporádico. Y por último, una dimensión social, que supone un cambio significativo de entorno, tanto físico como social. Para este autor, serán considerados «inmigrantes» los sujetos que cambian, de manera permanente, de residencia. Lo que implica la interrupción de actividades en un lugar y su reorganización en otro. En este caso, no son considerados «inmigrantes» los turistas, los negociantes, los diplomáticos o los estudiantes, por el carácter transitorio de su desplazamiento y la no implicación de reorganización vital. Tampoco lo son las personas que cambian de municipio porque eso no supone un cambio de entorno político-administrativo ni se deriva necesariamente de él, la interrupción de actividades previas.

Este largo proceso de conceptualización del término nos lleva, en definitiva, a adoptar la definición de la figura del «inmigrante» que queremos contemplar en este trabajo. Puesto que, el término «inmigrante», tiene un carácter dinámico y que la realidad social influye en ella; el concepto de «inmigrante» que vamos a manejar en nuestro trabajo se aplica al sujeto africano en su diversidad: oriundo de África que no

sea diplomático, turista o negociante en situación de corta estancia. Es decir, que nuestro objeto de estudio incluye a los inmigrantes económicos, a los refugiados, a los demandantes de asilo y a los clandestinos.

3.1.2. El término *subsahariano*

El diccionario de la Real Academia Española (22ª ed.) define el término «subsahariano» como «natural del África subsahariana». «África subsahariana», a su vez, designa geográficamente la parte del continente africano al sur del desierto del Sahara y, políticamente, todos los países que se encuentran total o parcialmente en esta parte. Se trata de 46 países: Angola, Benín, Botsuana, Burkina Faso, Burundi, Cabo Verde, Camerún, Chad, Comoras, Congo, Costa de Marfil, Eritrea, Etiopía, Gabón, Gambia, Ghana, Guinea, Guinea-Bissau, Guinea Ecuatorial, Kenia, Lesoto, Liberia, Madagascar, Malawi, Malí, Mauricio, Mauritania, Mozambique, Namibia, Níger, Nigeria, República Centroafricana, República Democrática del Congo, República Unida de Tanzania, Ruanda, Santo Tomé y Príncipe, Senegal, Seychelles, Sierra Leona, Sudáfrica, Sudán del Sur, Suazilandia, Somalia, Togo, Uganda, Yibuti, Zambia y Zimbabue.

Etnológicamente, África subsahariana designa la parte de África originalmente poblada por sujetos de raza negra, razón por la cual se la denomina también *África negra*. Contrasta en esta perspectiva con el África del Norte o «Magreb», parte del continente ocupada por los árabes y los bereberes, individuos de «piel blanca» y considerado como parte del mundo árabe⁴⁷. Políticamente, los países a los que se refiere la denominación «Magreb» son ocho: Argelia, Egipto, Libia, Marruecos, Túnez y también Sudán.

«África subsahariana» es pues una categoría terminológica uniformizadora ideada y empleada por geógrafos y etnólogos para nombrar una zona que resulta compleja de abordar debido a su inmensa variedad.

⁴⁷ Magreb (en árabe: *al-Magrib*; en bereber: *Tamazgha*) es la adaptación al español de una voz árabe que significa lugar por donde se pone el sol, el Poniente, la parte más occidental del Mundo Árabe. Dicho Mundo Árabe consta de 18 países, de los que 12 en continente asiático y 6 en continente africano: Arabia Saudita, Argelia, Bahreín, Egipto, Emiratos Árabes Unidos, Estado de Palestina, Iraq, Jordania, Kuwait, Líbano, Libia, Marruecos, Omán, Qatar, República Árabe Siria, Sudán, Túnez, Yemen.

El término ha recibido muchas críticas. Algunos, como Ekwe-Ekwe (2012), reprochan al término su desafío a las leyes de geografía, el tener una connotación «estereotipante» y el obedecer a una dinámica inferiorizante basada en consideraciones racistas y económicas:

[...] the concept ‘sub-Sahara Africa’ is absurd and misleading, if not a meaningless classificatory schema. Its use defies the science of the fundamentals of geography but prioritizes hackneyed and stereotypical racist labeling. It is not obvious, on the face of it, which of the four possible meanings of the prefix ‘sub’ its users attach to the “sub-Sahara Africa” labeling. Is it “under” the Sahara Desert or “part of”/“partly” the Sahara Desert? Or, presumably, “partially”/“nearly” the Sahara Desert or even the very unlikely (hopefully!) application of “in the style of, but inferior to” the Sahara Desert, especially considering that there is an Arab people sandwiched between Morocco and Mauritania (northwest Africa) called Saharan? [...] Sub-Sahara Africa” is undoubtedly a racist geopolitical signature in which its users aim repeatedly to present the imagery of the desolation, aridity, and hopelessness of a desert environment (Ekwe-Ekwe, 2012).

Dos son los argumentos que blande este grupo. Su primer argumento es que este término opera una racialización de África excluyendo los norteafricanos del resto de África para incluirlos en la categoría de los «blancos», categoría «superior» de los que cuentan como grandes civilizaciones y bastantes logros históricoculturales — descubrimientos científicos— a su cuenta. El segundo argumento es que el término sirve a los organismos internacionales para designar la parte del continente más subdesarrollada y más necesitada de ayudas.

Otros, como Tajudeen Abdul Raheem (1996), reprochan al término el estar al servicio de una lógica colonialista de balcanización intentando dividir un grupo uno — los africanos— en dos —saharianos y subsaharianos—:

We in Kampala rejected as reactionary blackism this attempt to balkanize Africa behind the so-called Saharan and sub-Saharan divide. We accepted as Africans any citizen (by whatever means acquired) of any of the countries of Africa, from Cape Town to Cairo and all our islands, (Madagascar, Mauritius, Cape Verde etc.) and also recognized anybody of African descent in the diaspora. While a majority of Africans are of Negroid

origins, it is not true historically, factually or even politically that blackness is the only criteria for Africanness (Abdul Raheem, 1996).

Eero Jesurun subraya que el empleo del término «subsahariano» afecta a la idea implícita de marginalidad que muchos ciudadanos europeos asocian con el Otro y que este empleo se da principalmente en los medios de comunicación española «para informar a la audiencia sobre las personas procedentes de estos sitios marginales de la metrópolis europea». Defiende asimismo el investigador holandés que:

Añadir el prefijo “sub” a las personas procedentes del inmenso espacio del Sáhara y con pocos recursos económicos, implica el estatus inferior que obtienen estos pueblos *sui generis* en el mundo occidental. De este modo, la construcción occidental del individuo subsahariano nos recuerda su posición marginal en la sociedad española y observamos en los medios de comunicación que se engloba a estos inmigrantes en un colectivo procedente de ex colonias europeas no deseable para muchos miembros de la Unión Europea. Es decir, el significado de la palabra subsahariano, en mi opinión es otra manera de subestimar, en un sentido cultural muy generalizado, a estos extranjeros (Jesurun, 2011: 33-34).

Esta consideración le lleva a proponer en lugar del término subsahariano la palabra «poscolonial», palabra que tampoco es ideológicamente neutral, dado que opera una reactivación de o asociación con la condición de colonizado, aunque se trate de una condición perteneciente al pasado.

Coincidimos con el politólogo nigeriano Ekwe-Ekwe en que los que concibieron el término «África subsahariana» de algún modo pasaron de las reglas geográficas. Recordemos que África subsahariana, como lo señalamos más arriba, designa el conjunto de países de África que están total o parcialmente al sur del desierto del Sahara, ya que la delimitación territorial del Sahara no coincide perfectamente con los límites geográficos de los países. Según esta lógica geográfica, Sudán, que al igual que Mauritania, Mali, Níger y Chad tiene parte de su territorio al sur del Sahara (ver anexo 4) debería de incluirse en el África subsahariana y no en el Magreb como es el caso. Asimismo, la única excepción pertinente posible sería la inclusión de Mauritania,

cuya parte al sur del Sahara es ínfima⁴⁸ (ver anexo 4) de su territorio dentro del Sahara no debería de estar incluida en el África Subsahariana sino en el Magreb.

¿Debería de considerarse esta exclusión de Sudán del África subsahariana y su inclusión en el Magreb a expensas de las reglas de la geografía como una prueba de una connotación racista del término «subsahariano»? La respuesta es no, porque si fuera el caso, antes que Sudán, se incluiría Mauritania en el Magreb, dado que el 70-80% de su población es negra⁴⁹. Y, la población del mismo Sudán es mayoritariamente de raza negra⁵⁰, por lo cual su inclusión en el Magreb no puede deberse a motivos racistas.

La inclusión de Sudán en el Magreb desarma igualmente el argumento de la lógica subdesarrollista del término «África subsahariana» ya que Sudán, económicamente hablando, se halla en la misma situación que los países incluidos en el «África subsahariana». El término «África subsahariana» no es el único formado con el prefijo «sub-». Casos similares son «Subantártico» y «Subártico», término que, aunque marcados del mismo prefijo «sub-» no connotan ninguna idea de inferioridad.

Por otra parte, compartimos con Eero Jesurum (2011:33) la idea según la que « resulta limitado defender una categoría monolítica de “subsahariano” cuando se abarca tanta diversidad cultural bajo esta denominación histórica». Sin embargo, cabe subrayar que aunque se trate de unos sujetos pertenecientes a grupos culturales muy heterogéneos, estos sujetos comparten en el contexto en que se enmarca nuestra investigación —la inmigración— unas características —condiciones socioeconómicas, motivaciones— comunes que hacen aceptable y justificado su encasillamiento en un mismo colectivo y su denominación bajo un término único.

Nosotros, en este trabajo, sin entrar en consideraciones fetichistas sobre raza y condición socioeconómica, no rechazamos por consiguiente el término «subsahariano».

⁴⁸ Como se puede observar en el mapa del anexo 4 menos del 10% del territorio de Mauritania está al sur del Sahara.

⁴⁹ La población de Mauritania se estructura del siguiente modo: «20-30 % de arabo-bereberes, etnia árabe-mora blanca- *beydan*. 50% de *haratins* (moros negros, antiguos esclavos de los Moros blancos o *beydan*). 20-30% pertenecientes a etnias negro-africanas como los Peulhs, Soninké, Wolof y cierto porcentaje de mestizos.» (Embajada de España en Nouakchott, *Informe País 2012*, p. 4. en http://www.magrama.gob.es/es/ministerio/funciones-estructura/organizacion-organismos/2012_Mauritania_Informe_pa%C3%ADs_tcm7-272910.Pdf).

⁵⁰ La población de raza negra representa 52% del total de la población del Sudán y la árabe el 39%, los 8% restantes correspondiendo a poblaciones híbridas originadas de la mezcla de lo árabe con lo negro. Díez Alcalde, Jesús y Vacas Fernández, Félix (2008), *Los conflictos de Sudán*, Ministerio español de Defensa, p. 47.

Sin embargo, le damos un significado algo distinto: entendemos por subsaharianos a aquellas personas procedentes de los países del África negra es decir los africanos de raza negra, incluyendo a Sudán, tal como viene señalado en el mapa del anexo 3.

3.2. TRAZADO HISTÓRICO DE LA INMIGRACIÓN AFRICANA A ESPAÑA

3.2.1. La inmigración magrebí a España

3.2.1.1. *El colectivo mayoritario: los marroquíes*

Los marroquíes son, como lo revelaron los censos de población del INE 2011 (ver anexo 2) el segundo colectivo de inmigrantes más importantes de España en número, con unas 773.966 personas censadas, lo que representa 14,7% del volumen total de inmigrantes en España. Asimismo, los marroquíes representan la comunidad más importante, numéricamente hablando, de inmigrantes africanos y magrebíes en España. ¿Qué evolución ha tenido la inmigración marroquí a España antes de llegar a estas cifras? ¿Cuáles son los lugares de asentamiento de los marroquíes en España? ¿Qué actividades desempeñan en España? ¿De qué regiones de Marruecos proceden los inmigrantes? Hemos aquí las preguntas a las que nos interesaremos en este apartado.

Según los datos ofrecidos por los registros consulares⁵¹ de Marruecos en España — Madrid, Barcelona, Málaga y Canarias —, hasta 1990 había unos 60.000 marroquíes inscritos, en torno al 45% en Barcelona, 25% en Madrid, 20% en Málaga y 5 % en Canarias que, si no constituyen la totalidad de los instalados y no constan los retornos, permiten una aproximación bastante fidedigna a la realidad diacrónica de la colonia

⁵¹ Según Bernabé García López (1996:68), «Para reconstruir la historia de la colonia marroquí en España los datos oficiales españoles apenas si ofrecen interés pues sólo recogen una cuarta o quinta parte de la misma: 16.650 residentes oficialmente en 31 de diciembre de 1990, mientras los ilegales aparecidos en el proceso de regularización de 1991 ascendieron a 48.000 admitidos y 8.000 denegados, es decir 56.000. [...] De ahí el interés de una fuente como la de los registros consulares marroquíes en España que recoge una buena parte de los ilegales y permite ver la evolución de su distribución por las diferentes regiones y provincias españolas.»

norteafricana en España.⁵² Los ritmos de crecimiento son diversos en los diferentes Consulados.

En Madrid constan datos desde 1959, una media de 85 inscripciones anuales entre esa fecha y 1964, pero se trata de asentamientos irregulares en número y con unas características específicas alejadas de las que definen la colonia actual: reducido número, migraciones judías, matrimonios mixtos de la época del Protectorado. La inmigración llegada con posterioridad a 1970, que es esencialmente musulmana y laboral es la que presenta las características que definen la actual comunidad. El aporte es continuo desde esta fecha hasta 1986, dando la impresión de un flujo regular. La media anual se mantiene entre los 475 del primer lustro y los 541 y 535 de los segundo y tercero. A raíz de la promulgación de la ley de Extranjería y del proceso de regularización que la siguió se produce un salto, con un incremento al triple de las inscripciones que pasan a una media anual en el cuarto lustro de 1443.

En Barcelona los primeros registros (inscritos en el Consulado de Madrid) datan de los primeros sesenta (1962-65) y se trata asimismo de unas inscripciones de rasgos parecidos a los de Madrid en esos años. La apertura del Consulado en 1972 recoge ya un volumen importante y de características similares a la emigración actual. Si tenemos en cuenta los inscritos entre 1971-75, tanto en los libros de registro de Madrid como en los de Barcelona, constan 837 de media anual en esos años para pasar a 1327 en el período siguiente, manteniéndose en los cinco años siguientes con un aporte semejante (media anual: 1351 entre 1981-85). En el período que separa las dos regularizaciones (1986-90) se produce sin embargo un incremento del 70 % en el volumen de las inscripciones, que si bien es menos espectacular en porcentaje que el observado en Madrid, es similar en números reales.

En Málaga el Consulado no se abre hasta 1979, pero se trata de un traslado desde Algeciras en donde quedó instalado en 1956 el primero de los abiertos en Europa. Los datos no son reconstruibles hasta 1971. En los diez años que transcurren de 1971 a 1980 la media anual de inscripciones es de 250, duplicándose en el tercer lustro para alcanzar entre 1986-90 los 1240, si se omiten los residentes en Gibraltar. Esta cifra está sin embargo muy por debajo de la cifra real de marroquíes presentes en el período en la

⁵² Todas las cifras expuestas en este apartado, las hemos recogidos de García López, Bernabé, «La evolución cronológica del asentamiento de los marroquíes en España», *Atlas de la inmigración magrebí en España Atlas 1996*, Universidad Autónoma de Madrid: Taller de Estudios Internacionales Mediterráneos, 1996, pp. 68-71.

demarcación consular, ya que los instalados en Murcia, Almería y Cáceres, llegados en los últimos años, apenas si se inscriben por razones de lejanía al Consulado y de la innecesidad del trámite para el inmigrante que vive sin posibilidades de regularizarse.

El Consulado en Canarias arranca en 1976 y la media de inscripciones en su primer lustro se establece en 268, para decrecer a 152 en el segundo. La razón puede deberse en parte, al hecho de que en la primera etapa se produce la inscripción de una colonia ya asentada, incluyendo saharauis de documentación española que se marroquinizan. Entre 1986 y 1990 se recupera el volumen de registros del primer momento, con una media de 252 inscripciones.

Año clave en los Consulados fue 1990, en el que se duplica la media de inscripciones en Madrid y Barcelona (en Canarias el incremento es del 50 %), para alcanzar el cénit en 1991, año de la regularización y de la implantación del visado, en que se duplican las cifras del año anterior, para descender a partir de 1992, salvo en Málaga, donde el máximo se registra precisamente ese año, al hacerse necesario el trámite de la inscripción consular para poder renovar los permisos de residencia y trabajo.

En un primer momento destacan dos polos, Madrid y Cataluña, de un volumen próximo, en torno a las 2.300 inscripciones la primera y a las 3000 en la segunda. Pero mientras en Madrid la práctica totalidad se concentra en la capital, en Cataluña en estos años se produce ya un fenómeno de desconcentración, para extenderse por diferentes comarcas y provincias, pudiendo cifrarse sólo un 69% los marroquíes instalados en la capital catalana. Andalucía sigue en importancia, con 1.292 inscritos, concentrados en un 86% en Málaga. El País Vasco, aunque a distancia, constituye un tercer núcleo que destaca del resto de regiones con apenas implantación. Sin duda en el desarrollo de la colonia española en estos años de 1971-1975 va a desempeñar un papel importante el cierre de fronteras que deciden los estados de la CEE frente al crecimiento de la inmigración magrebí, fenómeno que va a provocar la aparición de bolsas de marroquíes ilegales en las zonas fronterizas de Cataluña y País Vasco, regiones en las que acabarán asentándose muchos de ellos.

Desde el segundo lustro (1976-80), Cataluña se convierte en el principal polo de atracción. Recibirá más de 5.500 marroquíes, duplicando su cifra anterior así como la instalada en estos mismos años en Madrid, en donde el volumen de asentamientos se

mantiene al mismo nivel que en el período anterior. Si el País Vasco remite algo en su crecimiento, Baleares comienza a convertirse en uno de los núcleos importantes de asentamiento junto con Canarias y Málaga. En esta última se concentra la gran mayoría de los inscritos en Andalucía, fruto de una inserción paulatina desde finales de los setenta en la Costa del Sol, al calor de un boom turístico permanente que genera una necesidad de servicio doméstico. De ahí el alto porcentaje de mujeres que superan algunos años al de los hombres allí instalados.

Ya en la década de los ochenta, en su primera mitad (1981-85), el fenómeno de dispersión de la colonia se afirma. El crecimiento de Cataluña no es tan señalado como en la etapa anterior (apenas un 14%) y Madrid se mantiene como en los períodos anteriores. Pero la novedad estriba en el crecimiento de Andalucía (con unos 1.600 asentamientos, de los que un 40% se instala ya fuera de Málaga, en Cádiz, Granada y Huelva), de Baleares (con más de 700 inscripciones) y Valencia, convertidas en polos de inmigración en desarrollo. Las regiones periféricas del consulado madrileño afirman su presencia, aunque menor, sobre todo Galicia, pudiendo influir en ello el acuerdo pesquero de 1982 que amplía el número de marinos marroquíes en los barcos españoles. En Canarias sin embargo hay un decrecimiento sensible que pudiera estar más bien motivado, por el hecho de que una gran parte de los inscritos en el segundo lustro fueron personas ya instaladas con anterioridad a la apertura del Consulado. El País Vasco continúa en cambio su lento decrecer.

Los años de 1986-90 están marcados por el primer proceso de regularización de 1986, que supuso además un incremento notable de la inmigración femenina, en gran parte en relación con el reagrupamiento familiar (v. Ramírez., 1996: 76). Pero están marcados también por un clima económico especial que condujo al desarrollo del empleo de mano de obra extranjera en condiciones irregulares, tanto en la agricultura como en la construcción. Madrid va a incrementar su flujo en un 185%, alcanzando en el período las 6.840 inscripciones. Cataluña, aunque crecerá sólo en un 47%, seguirá siendo, con 9.385 inscripciones, la primera región de presencia marroquí. Andalucía y Murcia destacarán a continuación, junto con Canarias (1263 inscripciones, casi el doble que en el período anterior), Valencia, Baleares y el País Vasco. Es de señalar que, aunque con irregular implantación, en este período el fenómeno de la inmigración marroquí es ya un hecho en todas las provincias españolas.

Los ritmos pues de formación de los colectivos en los períodos mencionados serían los siguientes: para el período de 1971-1975, la colonia de Madrid cuenta ya con un 14,2% de su total, mientras la de Cataluña sólo con un 12,4; para los años 1976-1980, la colonia en Cataluña crece más intensamente (un 22,8% frente a Madrid con sólo un 17,4), probablemente como efecto del cierre de fronteras europeo entre 1973-1975 que provoca bolsas de inmigrantes en Cataluña en espera de condiciones mejores para el ingreso en los países de la CEE; en 1981-1985 Madrid se recupera (18,4%), aunque a distancia de Cataluña (26,1); finalmente, en los años que precedieron a la regularización de 1991 llega en ambos casos la mitad o casi de su colonia (49,9% en Madrid frente a 38,7 en Cataluña). En 1991 el fenómeno de atracción del propio proceso de regularización y el anuncio del establecimiento de visado para la entrada en España hará que las cifras de inscripciones en los consulados superen con creces las de los períodos anteriores: unas 8.000 en el de Madrid y prácticamente 3.000 en el de Málaga. En Barcelona, del 1 de enero al 19 de agosto de ese año, fecha en la que dejan de asentarse las inscripciones, la cifra registrada es de 2.121, algo menor que el aflujo en el mismo período del año anterior, si bien el número de expedientes establecidos se eleva a 18.500. En Andalucía en cambio, la diferencia entre las 8.047 inscripciones entre 1971 y 1990 y los 11.056 inmigrantes de la colonia en 1991 (3.906 residentes en 1990, 6.186 regularizados en 1991 y 964 denegados en dicho proceso) revela que, como en el caso de Murcia (434 inscritos frente a 5.463) y Extremadura en menor medida (476 frente a 1.709), hay que buscar otras razones, otros datos y otras fuentes para explicar y reconstruir la historia de la colonia en estas regiones.

En lo que se refiere a los orígenes de los inmigrantes marroquíes, es de notar que ha habido una evolución. Si dejamos a un lado las migraciones anteriores a 1970, en las que la componente judía modificaba el resultado global de los perfiles, el Rif, con sus dos provincias de Nador y Alhucemas, aparece como el principal foco de emigración. Si tenemos en cuenta el aporte de los dos principales consulados, los de Barcelona y Madrid, las dos provincias citadas constituyen un porcentaje que va del 48% en 1971-1975 al 37,4 en 1985-1990, presentando su mínimo en el arranque de los ochenta sin bajar del 34%. Puede pues decirse, y los datos de la regularización lo corroboran, que en torno al tercio de la inmigración magrebí en España tiene un origen rifeño, región que, por otra parte, nunca perdió su relación humana —y no sólo a través de Melilla— con España. Pero sin duda el sentido de esta migración está más en la extraversión hacia

Europa de los flujos rifeños desde antiguo, constituyendo el grueso de las migraciones marroquíes que se orientan hacia otros destinos que Francia (Holanda, Bélgica, Alemania).

La otra región del norte marroquí, Yebala —que incluiría junto a Tetuán, Tánger y Chauen a la fértil llanura del Lukus, la provincia de Larache—, supone también un aporte que si bien se mantiene en torno al 39% en el primer y último de los lustros analizados, alcanza un 42% en los dos centrales. Destaca en ello el carácter más tardío de los flujos yebalíes, fenómeno observable en otros destinos, pero quizá también el hecho de constituir una emigración más específicamente orientada hacia España por razones de recomposición de una vieja identidad plasmada en la convivencia de los años del protectorado más que en una historia secular.

A partir de 1981-85, se producirá la aparición de «nuevos orígenes» entre los que destacan de un lado, los grandes focos urbanos (Casablanca y Rabat-Salé) que aportan en ese período un 5% en total, y de otro, zonas de nueva vitalidad migratoria como la región de Tadla (Beni Meskin y Beni Amir en las provincias de Settat y Beni Mellal) que aportan otro 5%, destacando con mucho del resto de las regiones marroquíes.

3.2.1.2. *Los otros magrebíes: los argelinos*

Hablar de magrebíes en España no sólo es tratar de marroquíes. Desde finales de la década de los ochenta se vienen sumando los argelinos a la inmigración de procedencia magrebí. Su presencia ha quedado suficientemente manifiesta en el último Proceso de Regularización de 1991, donde se han regularizado algo más de tres mil argelinos (3.113)⁵³. Esta nueva inmigración presenta unas características particulares, incluso diferentes, a la realizada tradicionalmente por los argelinos hacia otros contextos europeos, principalmente hacia Francia. En primer lugar, se trata de una migración formada casi exclusivamente por hombres jóvenes; segundo, su procedencia generalizada es urbana, tanto de Argel, la capital, como de Orán; tercero, estas primeras oleadas ofrecen un elevado nivel de formación profesional; sin embargo, su ubicación

⁵³ Todas las cifras expuestas en este apartado, las hemos recogidos de Zapata de la Vega, Javier, «Los otros magrebíes: argelinos en España», *Atlas de la inmigración magrebí en España Atlas 1996*, Universidad Autónoma de Madrid: Taller de Estudios Internacionales Mediterráneos, 1996, pp. 244-246.

laboral es fundamentalmente agrícola; y, en quinto lugar, la razón aludida para su emigración añade los motivos sociopolíticos a los económicos.

Los permisos concedidos reflejan el mapa de la distribución de la inmigración argelina en España. Se observa cómo desde las costas de Levante decrece la presencia de argelinos hacia el interior del país. La explicación de este fenómeno parece estar relacionada, explica Zapata de la Vega (1996:244) por un lado, con la conexión marítima entre Alicante y Orán que mantenía un flujo continuado de contactos entre ambos territorios y, por otro, a la existencia de una colonia de emigrantes valencianos en el norte argelino que, de alguna manera, ponía en conocimiento a esta juventud sobre la posibilidad de trabajos temporales en la agricultura de regadío de la región. A estas razones debe añadirse la propia información de los primeros inmigrantes, llegados a finales de los ochenta, sobre las posibilidades de «trabajo en la naranja» que se difundieron entre los parientes y vecinos del barrio en las ciudades de Argelia. Una vez asentados en el Levante se han ido dispersando por el resto de la Península.

Destaca pues la mayor concentración de argelinos en el País Valenciano sobre las demás Comunidades Autónomas, con el 38,6% del total presente en España. Su dispersión por el resto del Estado es como «una mancha de aceite desde las costas levantinas» en términos de Zapata de la Vega (1996:244). Las Comunidades contiguas al País Valenciano son las que registran mayor densidad disminuyendo el número de argelinos a medida que nos alejamos. Así, Cataluña presenta el 14,3%, Aragón el 12,1%, Murcia el 11,9% y Andalucía el 7,8%; todas ellas representan el 84,7% de población argelina residente en España. La explicación de esta pauta podemos encontrarla en las ocupaciones agrícolas donde se ven insertos los argelinos, ya que en todas estas Comunidades la agricultura es uno de los sectores económicos más destacados. Siguiendo los márgenes de «la mancha» aparecen en La Rioja (2,7%) y Castilla-La Mancha (1,9%), Comunidades donde la colonia argelina es prácticamente insignificante con menos de una treintena por Comunidad, cuando no sólo uno.

Al descender a la provincia, y aún más, a localidades, la distribución de los argelinos ofrece pautas diferentes, poniéndose de manifiesto los enclaves de argelinos. En el País Valenciano se concentran en la provincia de Valencia (61,6% de la Comunidad) frente al 22% de Castellón y el 16,4% de Alicante. Dispersión que está relacionada con la producción citrícola, mayor en Valencia que en las otras dos provincias. Al igual que sucede con la inmigración marroquí en la Comunidad, son las

comarcas costeras de las tres provincias las que acogen al mayor número de argelinos. Similares situaciones se producen en Cataluña, donde los argelinos están localizados en la provincia con mayores ocupaciones agrícolas, Lérida (30,3%), aunque no son las únicas, casos de Barcelona (34,6%), Tarragona (30,3%) y un escaso 6,3% en Gerona. En Aragón son las riberas del Ebro, tierras de alta producción hortícola y de frutales, las que presentan más proporción de argelinos, con 56,4% en Zaragoza y 38,2% en Huesca; por su parte, Teruel sólo acoge a un 3,9%. Aunque numéricamente es Murcia la siguiente en importancia, al tratarse de una Comunidad uniprovincial, significa que sus 371 argelinos forman enclaves más concentrados que los aragoneses; los argelinos se asientan, sobre todo, en las comarcas costeras de producción agrícola. La presencia de argelinos en La Rioja también se produce en las localidades de la ribera del Ebro y es significativa su presencia al tratarse de una Comunidad de escasa superficie. En Castilla-La Mancha la situación es de mayor dispersión ya que tan sólo hay 58 argelinos en una de las Comunidades más extensas del País. Tanto en Navarra como en el País Vasco, en el norte del Estado, como en Extremadura y Castilla y León se sigue la misma tónica de localización en áreas rurales con empleos agrarios. Los casos de Madrid, Baleares y Canarias cambian los patrones de localización al encontrarse ocupados en trabajos diferentes a los agrícolas y residir más en los núcleos urbanos o turísticos de estas Comunidades. La presencia de argelinos en la cornisa cantábrica y en Galicia es puntual, tan sólo 11 inmigrantes de esta procedencia.

Los enclaves de argelinos son fundamentalmente rurales en tanto que su actividad principal es la agricultura y, sin embargo, en las localidades del Levante donde los campos de cítricos y las huertas ocupan amplias extensiones entre núcleos urbanos, la residencia tiende hacia las ciudades. En las comarcas donde la concentración de argelinos es más numerosa la pauta general de residencia es en pisos o casas compartidas por grupos de vecinos y/o amigos del mismo barrio de origen.

En la gran mayoría de las Comunidades Autónomas los argelinos se ocupan principalmente en los sectores agrícolas alcanzando a nivel nacional a casi la mitad del colectivo con un 49,7% (1.546 argelinos). Sólo en Asturias y Cantabria no hay argelinos trabajando en la agricultura, pero también son las regiones con menor presencia (0,1%). El reflejo en el mapa general apuntado de mayor concentración de argelinos en el Levante decreciendo hacia el interior, muestra esta distribución de ocupaciones.

El País Valenciano, que sirve de representación del comportamiento del colectivo para el resto del Estado, ofrece una ocupación en el sector agrícola de un 48,4% próximo a la media nacional. Sin embargo, en las Comunidades colindantes, zonas siguientes en la penetración de los argelinos, la proporción se duplica hacia el sur (Murcia ocupa al 80%, Andalucía al 79,3%, regiones éstas con un importante desarrollo agrícola) y crece ligeramente o se mantiene hacia el norte (Aragón ocupa al 53,6%, La Rioja al 54,8% y Cataluña sólo ocupa al 27,1% del colectivo en el sector). La escasa presencia de argelinos en las demás Comunidades Autónomas hace que la distribución por sectores económicos sea todavía poco representativa de la situación aparecida en las Comunidades orientales, en unos casos mayor a la media nacional (Extremadura con el 85,7%, País Vasco con 76,9% y Navarra con 50%) donde el sector agrícola es todavía de regadío o intensivo, y en otros inferior (Castilla-La Mancha 39,6%, Galicia 33,3% y Castilla y León 30,8%) donde predomina la agricultura de secano que demanda poca mano de obra por estar mecanizada. Sólo en Madrid (14,4%), Baleares (10,5%) y Canarias (7,7%) las ocupaciones agrícolas son menores a las de otros sectores.

Muy por debajo en ocupación se encuentra el sector industrial que acoge al 11,5% a nivel nacional, que se corresponde con 357 argelinos. La incidencia por Comunidades Autónomas con suficiente presencia de inmigrantes argelinos es muy similar a la nacional. El País Valenciano supera en poco menos de medio punto la media con un 12,1%. De las regiones limítrofes, son las del norte, Cataluña y Aragón, las que sobrepasan la media nacional con 18,4% y 15,6% respectivamente, que sobre todo en la primera se corresponde con una de las regiones más industrializadas. En la Comunidad de Madrid la proporción de argelinos en la industria es todavía menor que los ocupados en la agricultura, únicamente un 7,7%. En las demás regiones la presencia argelina, al ser muy poco significativa, de momento, no es relevante su situación, salvo en La Rioja donde se insertan en este sector el 16,7% de los asentados.

La construcción absorbe un porcentaje similar al de la industria, el 11,1% (345 argelinos) con semejantes proporciones que para ésta en el País Valenciano (11,5%) y regiones adyacentes, aunque con un aumento hacia el sur (Cataluña el 15,5%, Aragón el 10,6%, Murcia el 4,3% y Andalucía el 6,2%). Ya en los márgenes de estas regiones aumenta la inserción en la construcción en Navarra (28,6%) y Castilla-La Mancha (27,6%). En el caso de Madrid se dobla con respecto a la industria alcanzando un 15,5%.

En los servicios se nota la influencia urbana a la hora de plasmar la incidencia de permisos otorgados en este sector que ocupa al 10,4% de argelinos. Mientras que en el País Valenciano (9%) y regiones del oriente peninsular la ocupación está en torno a la media o incluso es más baja (Cataluña 14,3%, Aragón, 11,9%, Murcia 5,1%, Andalucía 6,2%), en Madrid, Baleares y Canarias se supera éste, alcanzando a casi la cuarta parte de los argelinos residentes en estas Comunidades (23,7% en Madrid, 26,3% Baleares y 22,1% Canarias). Algo parecido ocurre con el sector de la hostelería donde se ocupan algo más del 7% de los argelinos. Son nuevamente las zonas urbanas y/o con fuerte presencia del turismo donde es más frecuente encontrar argelinos trabajando en el sector. Destaca sobre todas Canarias con el 46,1% seguido de Baleares (28,4%) y Madrid (18,8%). En Cataluña se duplica la media nacional con un 13,4% y el País Valenciano se mantiene en las mismas proporciones que la media con un 7,7%. El servicio doméstico supone la ocupación del 4,5% a nivel nacional. Es en las mismas regiones que en la hostelería donde se han otorgado más permisos de trabajo y residencia, presentando, además, muy parecidas incidencias: Madrid 11%, Canarias 7,7%, Cataluña 6,5%, País Valenciano y Baleares 5,3%.

A diferencia de lo que sucede con el colectivo marroquí donde el sector del comercio es muy abundante en permisos concedidos, sobre todo para la venta ambulante, entre los argelinos apenas si es significativo: 3,1%. En este caso, son las Comunidades de Baleares y Canarias las que mayor índice ofrecen: 18,4% y 15,4%, respectivamente, relacionadas una vez más con las ventas para turistas. Sólo en Madrid se duplica la media nacional, quedando por debajo en las demás regiones donde se han otorgado permisos del sector.

Puntualmente, en el sector de la minería se han insertado algunos argelinos, que representan el 0,9% del total. Se localizan sobre todo en el País Valenciano, Cataluña y Aragón.

3.2.1.3. Muy pocos pero presentes también: los tunecinos

La inmigración tunecina a España no había hecho más que iniciarse cuando se impone el visado en mayo de 1991 y se entabla el proceso de regularización. Ochenta tunecinos legales en ese momento, seis de ellos mujeres, van a verse incrementados con 214 en

dicho proceso a los que se les concede la residencia. Sólo un 0,3% de los magrebíes instalados en España, mientras en Francia, una década antes, superaban el 13% y en 1990 el 16%.⁵⁴ Como en otros países magrebíes, la emigración internacional ha sido, como adelanta Khemaies Taamallah (1987) «un instrumento importante de la política de empleo de Túnez». Hasta 1975 sustruía del paro a un 20% de la mano de obra en busca de empleo. Pero desde esa fecha, tras el cierre de fronteras europeas, se produce un freno en seco de la emigración laboral.

Respecto a los orígenes geográficos de la emigración tunecina al extranjero, es de señalar que la capital constituye el principal foco de emisión, con una colonia emigrada estimada en 1989 en 74.540 personas, es decir el 16% de la total. Le siguen los gobernados de Kebili y Medenin en el Sur del país, con 8,3 y 6,8% respectivamente. Se trata de las regiones más desérticas del sur del país y consecuentemente las menos pobladas. Las provincias con menos volumen migratorio son las interiores (Zaguán, Siliana, Sidi Buzid, Gafsa y Tozeur), todas ellas con menos de 10.000 emigrantes.

El destino dominante de las migraciones internacionales tunecinas ha sido de siempre Francia, la antigua metrópoli colonial. En 1990, momento en el que los tunecinos en el exterior se estimaban en 569.269, dicho país recibía 338.091 tunecinos, es decir un 60% del total. A mucha distancia le seguía Italia, destino más reciente, 62.417 personas, el 11 %. En Europa seguían en importancia Alemania (25.091), Bélgica (8.703) y Holanda (4.653). En el Magreb, Libia se convierte en un foco de atracción importante desde el cierre de fronteras de los países europeos, contando en 1990 con 40.916 tunecinos, cifra no muy lejana de la de emigración a Argelia: 36.675 personas. En el resto del mundo es Arabia Saudí el polo de mayor atracción hasta la guerra del Golfo (18.383 tunecinos que decrecen a menos de seis mil como consecuencia de la crisis), seguida de los Estados Unidos con 7.199 tunecinos instalados.

En España, su número se cifraba a 222 en 1991. Población laboral muy terciarizada (el 62%, repartido entre comercio, 13%, hostelería, 15%, servicio doméstico, 13% y diversos, 21%), de los tunecinos en España sólo se ocupan en la

⁵⁴ Las cifras expuestas en este apartado, las hemos recogidos de Bernabé García López, «Los tunecinos en España», *Atlas de la inmigración magrebí en España Atlas 1996*, Universidad Autónoma de Madrid: Taller de Estudios Internacionales Mediterráneos, 1996, pp. 248-250.

agricultura un 18% de los regularizados en 1991, proporción sensiblemente inferior que la de los argelinos y marroquíes. Aunque en la industria el porcentaje (11%) se aproxima al de los marroquíes en España, en la construcción es muy inferior: tan sólo un 9%. En lo que respecta al estado civil, el 75,7% de los hombres son solteros, mientras las mujeres, que representan el 17,3% de los regularizados, tan sólo lo son en un 62%. Como grupo humano esencialmente laboral, el 58% cuenta con menos de 30 años, siendo tan sólo apenas un 9% los mayores de 40.

Respecto a los orígenes geográficos de los tunecinos en España predominan, en proporción más acusada que el conjunto de los emigrados al extranjero, los nacidos en los gobernados de la capital: Túnez, Ariana y Ben Arus. Se trata de un 35% frente al 16% general. Siguen a continuación Yenduba y Bizerta, respectivamente con un 8,2 y un 7%, ambos en el norte del país, más representados que en la media general en donde sólo alcanzan el 5,2 y el 4,3%. Gafsa, Gabes, Le Kef y Beya superan en algo el 5%, por encima de las cifras generales. Es sin embargo escasa la presencia de tunecinos oriundos de las provincias del sur, bien representadas en otros países.

Como ocurre con la emigración marroquí, Madrid y Barcelona concentran el mayor porcentaje de inmigrantes tunecinos. La primera con un 25,7% de los regularizados, una tercera parte mujeres; la segunda con un 15,9%, de los que sólo un 3% son mujeres. Se reproduce de nuevo, como en la emigración marroquí, esta diferenciación entre Madrid y Barcelona, si bien más acusado. El resto de la población tunecina se concentra en el litoral mediterráneo, especialmente en Valencia y Gerona (10,3 y 6,5% respectivamente).

3.2.2. La inmigración subsahariana a España

3.2.2.1. Los primeros subsaharianos en España: los guineanos

Los primeros sujetos subsaharianos en moverse a España fueron los ecuatoguineanos. Esta realidad se explica por el hecho de que Guinea ecuatorial ha sido el único país del África subsahariana colonizado por España. Los típicos lazos históricos existentes entre metrópoli y colonia favorecieron entonces el viaje de ecuatoguineanos a España. Los

primeros que se desplazaron a España lo hicieron por motivos académicos. La migración de estudios era necesaria, primero, porque la escolarización en Guinea no llegaba a toda la población y puso límites a la formación de los guineanos durante la mayoría del período colonial y, segundo, porque la formación era incompleta, precaria y seguían sin existir universidades. La UNED inició su formación en 1981 y la Universidad Nacional de Guinea Ecuatorial se fundó en 1995, como lo revela Yolanda Aixelá (2012:84). Ante esta realidad, la única solución para todos aquellos que deseaban obtener una formación más completa era la emigración, incluida la élite negroafricana fernandina de Bioko⁵⁵ que, por lo general, ya mandaba a sus hijos a estudiar al extranjero incluido Gran Bretaña. Los canales que se emplearon para emprender la migración de estudios de los guineanos fueron, al principio, los eclesiásticos ya que se hacían cargo del estudiante en España, tanto de su formación como de su alojamiento y manutención. Eso sí, la selección de candidatos estaba supeditada a los criterios de los misioneros en Guinea que, a su vez, podían ser aconsejados desde la propia colonia española residente en el país. Años más tarde, se sumarían algunas becas de estudios que el gobierno español puso al servicio de algunos guineanos y nuevamente su selección recaería en los consejos de los gestores coloniales. Por supuesto, una parte de los que habían utilizado el sistema de becas para estudiar en el extranjero no regresarían, bien porque tras su finalización se asentaron, bien porque su interés era establecerse en España.

Años más tarde, los pasos de este grupo de sujetos que viajaron a España serán seguidos por otros numerosos ciudadanos ecuatoguineanos, esta vez no por motivos de estudios sino por razones políticas. En efecto, tras el acceso a la Independencia colonial de Guinea Ecuatorial en octubre de 1968 y el establecimiento de la primera dictadura de Macías Nguema en 1969, caracterizada por la violencia indiscriminada y la impunidad del régimen, miles de guineanos se vieron obligados al exilio, no sólo africano, sino también español. Algunos especialistas estimaron que el porcentaje de guineanos y guineanas que huyeron de Guinea Ecuatorial no fue menor de la cuarta parte de la población, sabiendo que Guinea tenía 245.989 habitantes en el Censo de 1960 (*Anuario*

⁵⁵ Los fernandinos son descendientes de esclavos libertos, concretamente de los esclavos liberados en la isla de Bioko por los británicos. Constituyeron una verdadera elite poderosa en el país.

Estadístico de España de 1969: 460.), y 375.000 personas en 1981.⁵⁶ En total, marcharían cerca de 100.000 personas desde la década de 1970 y hasta finales de la década de 1990. La gran mayoría de los emigrantes se fueron sin ningún tipo de red familiar de apoyo en tanto que sería precisamente su generación la que crearía esas redes de acogimiento que facilitarían la emigración de sus parientes cercanos y de las subsiguientes generaciones.

Los que se establecieron en España se integraron en una sociedad en la que aún pesaba la dictadura de Francisco Franco y donde la experiencia de recibir migraciones externas era escasa. Su inserción en el nuevo contexto careció pues de apoyo y sensibilidad gubernamental al tiempo que en España se silenciaban las atrocidades que cometía el régimen de Macías Nguema en Guinea.

Las personas y familias que se exiliaron al extranjero esperaban encontrar un futuro mejor y sólo una pequeña parte pensaba que podría regresar en poco tiempo para reemprender su vida en el país. Una situación atípica fue la que vivió el pequeño grupo de guineanos que se encontraban en España cursando sus estudios cuando llegó la independencia y estalló la dictadura, ya que se encontraron en unas circunstancias precarias y delicadas porque mientras Macías les instaba a regresar so pena de perder la nacionalidad guineana, sabían que volver a un país en el que había estallado una violencia indiscriminada de Estado no sería seguro para ellos. Así que la mayoría de los estudiantes se quedó perdiendo todo el contacto con sus familias, sin saber si estaban vivos o muertos, y asumiendo que deberían sobrevivir en una España que no les protegió ante la pérdida de becas y precariedad económica. De hecho, algunos tuvieron estatuto de apátridas durante un breve período por la falta de compromiso del gobierno español para prestarles ayuda.

Cabe añadir que durante este período también hubo guineanos que emigraron por trabajo si bien esta motivación no fue en absoluto principal. De hecho, la mejora laboral ya formaba parte de las esperanzas de todos los que se marcharon dado que salían de un país donde la colonización sólo había fomentado las explotaciones agrícolas sin favorecer la aparición de otras profesiones más cualificadas y, por

⁵⁶ En 2007 la población se estimó en 551.201 (Seibert, 2008). Debe señalarse que ningún gobierno ecuatoguineano ha realizado un censo aceptable de población en el período postcolonial y que las estadísticas oficiales más fiables se remontan a períodos previos de la Independencia colonial. Sobre el particular se puede consultar entre otros Anglada (2011).

supuesto, la redistribución de los recursos entre la población como vemos con Kabunda (2007).

3.2.2.2. *Los primeros inmigrantes económicos subsaharianos en España: los caboverdianos*

La primera ola de inmigrantes subsaharianos inspirados por motivos puramente económico-laborales fue protagonizada por caboverdianos juntos con los portugueses y pakistaníes. Llegaron a León a favor del *boom* minero de El Bierzo y Laciana. En Cabo Verde, la emigración constituía una válvula de escape debido a la falta de perspectivas. Se había forjado en este país una auténtica tradición emigratoria debido a un conjunto de causas que van desde la explicación mecánica basada en la relación sequía-salidas a las hipótesis psicológicas apoyados en argumentos estructurales de carácter demográfico y social.

De todos los territorios africanos del antiguo ultramar portugués, fue el archipiélago de Cabo Verde el pionero de la emigración libre; el caboverdiano estaba acostumbrado a unas condiciones de vida extremadamente duras y difíciles a causa de la pobreza natural de las islas, a la que hay que añadir un crecimiento demográfico anual que se sitúa en torno al 2,5 actual, lo que provoca un poderoso desequilibrio entre producción y población.

El archipiélago depende de una economía agrícola con escaso soporte en la crianza de ganado, agravada por la persistente irregularidad de las lluvias, las prolongadas sequías que pueden durar de cinco a diez años. Los efectos de estas interminables sequías provocan hambre y muerte. Como subraya Carreira (1977), el factor climático, la falta de tierra y la imposibilidad de encontrar un empleo, hacen de la emigración un destino. La emigración con todas las dificultades que supone, y a falta de perspectivas menos dolorosas, ha constituido entonces la única verdadera salida para el caboverdiano; sólo saliendo del país puede escapar al fantasma del hambre, mejorar considerablemente sus condiciones de vida y conocer medios más desarrollados.

Desde la segunda mitad del siglo XIX hasta la década de los años setenta del siglo XX, el archipiélago había conocido tres grandes períodos en las migraciones exteriores, siguiendo las clasificaciones de Carreira (1977). Al principio fue Estados

Unidos, principalmente Chicago y Nueva York (1850 a 1926). Desde finales de los años 20 hasta el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, período de restricciones impuestas, sobre todo desde Estados Unidos, y diversificación de los destinos, Buenos Aires y Río de Janeiro cobraron importancia. Y desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta la crisis internacional del petróleo en 1973, el destino era Europa del Norte vía Lisboa, donde cubrían los puestos dejados por los trabajadores portugueses de origen rural y no especializados, que buscaron, en Francia, Alemania, Holanda, etc., una mejor retribución por su trabajo que en su país les fue sistemáticamente negada.

La emigración a EE.UU. conoció progresivamente un descenso porque la Ley estadounidense que entró en vigor en 1918, prohibía la entrada de analfabetos de raza negra mayores de 16 años en Estados Unidos. Estas trabas impuestas a la entrada de inmigrantes significaron el inicio de la emigración clandestina con lo que ello suponía de encarecimiento y dificultades de todo tipo. Con la limitación de entradas en Estados Unidos, se inició el segundo periodo con direcciones variadas: Dakar, Guinea, Lisboa, este último destino como vía para acceder a la Europa próspera del Norte, lo que difícilmente se conseguía desde las islas. A imitación de Estados Unidos, también Portugal estableció medidas restrictivas para la entrada de inmigrantes; durante los años 40 dichas medidas se traducen en la exigencia de muy diversa documentación. En Cabo Verde, la evasión del servicio militar provocaba grandes corrientes de jóvenes hacia Portugal; existía una auténtica fobia a la militarización. Esta etapa estuvo marcada, a nivel internacional, por la depresión económica de 1929. Y con eso, el hambre que asoló las islas durante los años 1921 y 22, sobre todo, las zonas rurales, sistemáticamente más castigadas por la miseria, hace que se dirigieran los caboverdianos, en los años 30, masivamente a Senegal.

Durante el tercer período, y a partir de los años 50, el destino preferente para el caboverdiano fue Holanda; los *tankers* anclados en los puertos del archipiélago, constituyeron una forma excelente de entrar en el país con ciertas expectativas laborales. En el periodo 1953-1973, la emigración caboverdiana presentaba los rasgos de un verdadero éxodo: Las salidas oscilaron entre 1.700 a 3.600 individuos por año (a excepción de 1955 que salieron 5.097).

Las salidas masivas se iniciaron antes de la gran sequía del año 68/69, cuyos efectos siguieron sintiéndose hasta los años 80. Las migraciones de este período tenían una gran trascendencia histórica: las islas dejaron de ser «colonia portuguesa»

adquiriendo el estatuto de país independiente. En este momento la comunidad caboverdiana «pobló» Lisboa; la escasez de mano de obra motivada por la salida de portugueses hacia la «Europa rica», posibilitaba la colocación del caboverdiano en los sectores más variados que no exigían ningún tipo de cualificación, como la construcción, las minas, servicios de limpieza. Los más cualificados —un número escaso— se emplearon como motoristas y cobradores de los transportes públicos en Lisboa. La demanda era tal, que los empleadores se desplazaban a las islas para reclutar mano de obra. Los emigrantes caboverdianos de los años 60 se adaptaron fácilmente a la vida de Lisboa. Vivían en las condiciones que cualquier emigrante económico asentado en las grandes concentraciones urbanas, es decir, en barrios degradados y en casas en pésimas condiciones cerca del trabajo, compartiendo vivienda⁵⁷.

En los años 75 y 76, un contingente importante de caboverdianos, en virtud de las redes de relación, se dirigió desde Portugal hacia la vecina España, para trabajar en las minas del valle de Laciana y del Bierzo, en la provincia de León. También se trasladaron mujeres que se emplearían, sobre todo, en el servicio doméstico. La llegada de los caboverdianos en León no puede explicarse sin hacer referencia a las sucesivas oleadas que primero se dirigían hacia Portugal. De Franca (1992) distingue tres momentos fundamentales:

—1960-1973: los caboverdianos circulaban por Portugal como nacionales. Cubren los puestos de trabajo que quedaron libres tras la salida de portugueses hacia Francia. Actividades principales: construcción del metro de Lisboa, infraestructura turística en el Algarve y la construcción civil en Porto. El número de salidas era enorme por la situación de hambre que atraviesa el país y los apoyos desde el gobierno que quería suavizar los ánimos.

—1974-1976: se trataba de una élite que en la ex-colonias realizaban la más diversas tareas administrativas. En Portugal se emplearon en la administración pública, la enseñanza y la salud. Muchos se nacionalizaron.

—A partir del 1976: los inmigrantes caboverdianos eran, con motivo de la independencia del archipiélago en julio del 1975, trabajadores extranjeros. En este periodo su fragilidad legal y económica les convirtió en potenciales

⁵⁷ En su trabajo *Mao de Obra Caboverdiana. Situações migratorias*, Manuel Ferreira Peixoto (1989) hace una exposición bastante completa de cuál era la situación de un sector de los trabajadores caboverdianos (los procedentes de la ciudad de Praia) empleados en la construcción en Lisboa.

trabajadores explotados, desempeñando los peores trabajos y recibiendo los sueldos más bajos. Los caboverdianos tenían el perfil de emigrantes económicos, según Castles y Kosack (1985), es decir, varones, jóvenes de entre 20 y 35 años, generalmente poco cualificados, con escasa experiencia en el sector industrial, que se desplazaban desde la Europa del Sur y algunos países del Norte de África a los Países en Expansión de Europa del Norte, configurando lo que Arango (1993) llama «Sistema Migratorio Europeo».

Los desplazamientos hacia el Bierzo y Laciana seguían una pauta común, caracterizada por una «primera escala» en la capital portuguesa. Allí recibían las informaciones facilitadas por diferentes familiares y amigos asentados en Portugal, y más al tanto de las diversas situaciones de los países potencialmente receptores. En muchas ocasiones, el dinero para comprar el billete fue facilitado por familiares que se encontraban en las más diversas partes del mundo y, en ocasiones, lo proporcionaban también los contactos que le hicieron conseguir la primera oportunidad laboral. Llegaban solos para trabajar durante un periodo de tiempo en el que trataban de ahorrar el máximo dinero posible.

La centralidad de León como provincia eminentemente receptora derivaba de su situación de cuenca minera y la necesidad de mano de obra en determinados períodos. Según Moldes Farelo (2004: 202), el total de la población caboverdiana llegó hasta más de 1.000 personas, repartidas entre el Bierzo y Laciana. Las llegadas a León se produjeron a partir de los años 70, cuando empezó a tener efectos la escasez de mano de obra autóctona motivada por la emigración iniciada a finales de los 60. La entrada de portugueses coincidió con la salida de españoles para el extranjero y la entrada de los caboverdianos, siempre condicionada por el ritmo de los portugueses; se produjo en los primeros años de la década de los 70. Fueron necesarios unos años para que las redes comiencen a funcionar, se difundiera la noticia de la necesidad de trabajadores y las empresas iniciaran el proceso de contratación de extranjeros. Los inmigrantes caboverdianos no solo debían hacer frente a la nueva situación laboral, sino que debían tener en cuenta la curiosidad que suscitan sus rasgos físicos en un medio semirural. El conocimiento de las circunstancias de la salida de su país de origen (pobreza del archipiélago) así como la dificultad de irse a otro país con mejores oportunidades (cierre de fronteras en países del Norte de Europa), les hicieron desarrollar una enorme

capacidad de adaptación, regida por los principios tan profundamente interiorizados en la mentalidad de cualquier emigrante económico.

En definitiva, destacamos que los caboverdianos son pioneros en la inmigración económica subsahariana. Esta articulación entre aproximación histórica e investigación etnográfica nos sitúa sobre su presencia en el Bierzo y Laciana.

3.2.2.3. La siguiente ola inmigratoria: los senegambianos

Muchos de los jóvenes senegaleses que llegaron —y era el perfil mayoritario— lo hicieron con pasaporte gambiano, demuestra Jabardo Velasco (2006: 25). Las restricciones del anterior gobierno senegalés a la salida de su mano de obra más productiva, y la permisibilidad del gobierno gambiano, así como la permeabilidad de las fronteras entre uno y otro estado, facilitaban este trámite.

Según datos recogidos por Jabardo Velasco (2006:25), la inmigración gambiana a España se inició con la comarca del Maresme (Cataluña) como destino, a finales de los años setenta. La imbricación de la inmigración gambiana y senegalesa en este periodo es tal que todos los que han estudiado este proceso en Cataluña hablan de inmigración senegambiana (Jabardo, 2001; Kaplan, 1998; Crespo, 2001; Rodríguez, 2006). No hay, sin embargo, datos estadísticos de este periodo. Como ocurrió con otros colectivos, la inmigración de origen negroafricano en España era a comienzos de la década de los ochenta, invisible. Ni social ni políticamente era un fenómeno relevante. Es verdad que en las comarcas del litoral catalán donde se asentaron los primeros inmigrantes senegambianos la presencia de los «morenos» —como entonces se nombraba a los africanos— (Jabardo Velasco, 2006:25) era casi cotidiana. Pero tanto la población autóctona como los propios inmigrantes vivieron de forma forzada una cotidianidad que encerraba a los africanos en los contornos de la esfera laboral. Comenzaron a formar parte del paisaje agrario pero vivieron al margen de la población autóctona, en los márgenes de las ciudades. Esta invisibilidad social quedaba reflejada en los datos estadísticos. Oficialmente, los trabajadores agrícolas de origen senegambiano, no existían.

El reconocimiento político y teórico del fenómeno de la inmigración en España coincidió con dos hitos, La promulgación, por parte de la Administración, de la Ley

Orgánica 7/1985 de 1 de julio sobre derechos y libertades de los extranjeros en España, y la publicación del trabajo pionero del Colectivo IOE, *Los inmigrantes en España*, en 1986. Ambos se transmutaron en faros que permitieron alumbrar el fenómeno de la inmigración extranjera en España, a partir de entonces con un crecimiento exponencial y una relevancia creciente en todos los planos de la vida social (además de económica) española. Estos dos hitos tuvieron consecuencias políticas y sociales en materia migratoria. Se comenzó desvelando un fenómeno que las políticas laborales mantenían oculto, el de la inmigración clandestina, estrechamente conectada con los cambios que también en estos años comenzaban a darse en el agro español. La cuenca mediterránea comenzaba un proceso de expansión agrícola, vinculando, con el uso de nuevas técnicas productivas, la producción a los mercados y desarrollando, de forma paralela, un complejo y heterogéneo mercado de trabajo.

Las condiciones laborales del mercado de trabajo agrícola mantenían ocultos (incluso para las estadísticas) a los trabajadores extranjeros. La realidad de la inmigración tenía poco que ver con la realidad oficial. Esta divergencia todavía era mayor en el caso de la inmigración africana en general, y senegambiana en particular. El proceso extraordinario de regularización que llevó a cabo el gobierno español en el año 1991 reflejó el mapa real de la inmigración en España. Un mapa en el que la inmigración senegambiana empezaba a perfilarse. En las provincias de Barcelona y Gerona se concentraron más del 80% de las peticiones de regularización de los inmigrantes (oficialmente) gambianos. Unas cifras que responden de forma mayoritaria a los trabajadores agrícolas que habían permanecido ocultos durante más de una década. Paralelamente, comienzan a registrarse los primeros inmigrantes de origen senegalés a lo largo de toda la cornisa mediterránea, desde Granada a Gerona.

Así que coincidiendo con el primer proceso de regularización en 1991 se perfilaron dos de los flujos de la inmigración senegalesa en España. En primer lugar, se dan las bases para el asentamiento posterior de la inmigración senegambiana en las zonas agrícolas de la costa catalana. En segundo lugar, comienza un nuevo flujo, este más de carácter transnacional, que abre una nueva corriente migratoria entre Senegal y las capitales costeras mediterráneas. En estos años se comienza a tejer la red senegalesa en la capital de España.

Son, en cualquier caso, dos flujos migratorios, con características y coordenadas diferentes que, pese a ello, han ido estableciendo puntos de contacto y reciprocidad en

los años siguientes. El primer flujo de la inmigración senegalesa en España, que terminaría asentándose en Cataluña, procede de las regiones de Kolda y Belingara, en el sur de Senegal, en un territorio que es limítrofe con Gambia. Es más, entre los inmigrantes gambianos y senegaleses asentados en Cataluña en las décadas de los setenta y ochenta, hay muchos paralelismos y muchas conexiones, fundamentalmente de carácter étnico y lingüístico. Todavía, cuando llegaron, sentían más fuertes los vínculos étnico-lingüísticos que los del estado-nación, aún (a comienzos de la década de los setenta) una creación reciente y no del todo asimilada. Por eso —y porque las lenguas europeas no llegaban a aquellos que no hubieran sido escolarizados— su principal vehículo de comunicación seguía siendo las lenguas autóctonas: *peul*, *mandinga* y *sarahole*.

Otra de las corrientes migratorias que evidenció el proceso de regularización de 1991 fue la que tenía como destino Madrid y algunas de las capitales de la costa mediterránea más atractivas de cara al turismo. A diferencia de lo que ocurría en el caso anterior, de una inmigración vinculada al sector agrícola, este nuevo flujo formado en su inmensa mayoría por senegaleses del grupo étnico *wolof*, tenía en el comercio su principal fuente de ingresos. Los datos del Ministerio de Trabajo y Asuntos sociales son muy claros a este respecto. En el año 1995, el 73,8 % de los inmigrantes senegaleses con permiso de trabajo lo tenía en el sector servicios, mientras solo el 15,9 % lo tenía en el sector primario. Al contrario de lo que ocurría con los inmigrantes gambianos, que se ocupaban en un 32,4% en el sector agrario y solo un 13,3% en el sector servicios.

En menos de diez años —según reflejan los datos del censo de 2001— este flujo migratorio se ha consolidado, tanto en términos cuantitativos (aumento significativo) como en cuanto a extensión de destinos geográficos. Prácticamente en todas las capitales españolas existe un núcleo de migración senegalesa. Pero el gran incremento de la inmigración senegalesa y la conformación de España como destino prioritario de la nueva inmigración hacia Europa —en sustitución de destinos más consolidados como Francia o más atractivos como Italia— se produce en el último lustro. En solo cuatro años el número de senegaleses regularizados se ha multiplicado por dos. Ha pasado de 10.627 en el año 2001 a 21.465 en 2004. Y si bien se aprecia un incremento espectacular en algunos destinos (en Aragón, por ejemplo, se pasa de 484 residentes en 2001 a 1413 en 2004), se aprecia una tendencia a consolidar los destinos ya existentes. O sea, a reforzar las redes sociales que se han creado con anterioridad. Salvo en un caso,

que se explica por la propia lógica de la inmigración, el caso de Almería —donde se concentra el grueso de la inmigración senegalesa en Andalucía— que es más lugar de paso que destino consolidado de la inmigración senegalesa. Como afirman Aznar Sánchez y Sánchez Picón (1995), «si el campo de Gibraltar es el punto de entrada de los inmigrantes africanos, Almería es la estación de espera» (Jabardo Velasco, 2006: 30). Un elevado porcentaje de inmigrantes abandona la provincia una vez conseguido el permiso de residencia. Su segundo destino, que en muchos casos tiene tendencia a ser todo lo semidefinitivo que permite un proyecto migratorio en contextos de difícil integración, vuelve a coincidir con aquellos en los que se han iniciado nuevas redes.

El contexto que acogió a los primeros inmigrantes senegaleses en Cataluña, donde la inmigración senegambiana se percibía como la esencia misma de la alteridad, es distinto al entorno cosmopolita y multicultural de la mayoría de las ciudades españolas que acogen a las últimas oleadas de inmigrantes senegaleses.

La emigración ha sido una práctica habitual entre los jóvenes senegaleses como un reto individual y como estrategia de carácter familiar. Y si no es complicado hallar experiencias migratorias en la historia de un país con grupos étnicos nómadas y trashumantes, mucho menos lo es conectar estas prácticas —individuales y familiares— con la lógica económica impuesta por la administración colonial francesa. De hecho fue a finales del siglo XIX cuando se iniciaron los desplazamientos masivos unidos al sistema de producción agrícola del cacahuete, y cuando el país quedó dividido entre zonas expulsoras de mano de obra (la zona del interior y del sur de Senegal) y zonas de atracción de mano de obra temporal (las zonas de producción agrícola industrial, más próximas a la costa atlántica). Una división que excedía lo que hoy son los límites geográficos del estado senegalés, y que también propició un sistema migratorio que se amplió a otros países del África Occidental. La presencia de inmigrantes senegaleses en Costa de Marfil (hoy, con más de 40.000 senegaleses residentes, uno de los lugares donde se asienta una de las colonias senegalesas más importantes del mundo) y Malí fueron organizadas por la administración francesa a comienzos del siglo XX. Senegal, a su vez, se convirtió en destino temporal o definitivo de trabajadores de Gambia, Guinea Conakry, Guinea Bissau o Malí. Dakar, primero y Francia después, sustituyeron como destino a las zonas de agricultura comercial. Un nuevo patrón migratorio rural-urbano

tomaba el relevo al patrón rural-rural desde mediados de los años cincuenta⁵⁸. La ideología de la modernización que tuvo importantes efectos demográficos en las nuevas ciudades surgidas de las independencias en el África Occidental (Little, 1970), empujó del campo a las ciudades a un gran porcentaje de jóvenes que buscaban en las luces de la ciudad trabajo y/o oportunidades imposibles de satisfacer en el medio rural. A comienzos de la década de los sesenta, el 42,4% de las personas que vivían fuera de su lugar de nacimiento residían en Dakar, según Ba Sy y Ndiaye (1992:175). Paralelamente y coincidiendo con el boom económico de los años sesenta, se inició un nuevo flujo de migración laboral hacia el continente europeo. Francia fue el primer destino. Siguiendo la lógica de las llamadas migraciones coloniales, organizadas desde las metrópolis con sus antiguas colonias, las principales sociedades francesas del automóvil reclutaron masivamente trabajadores en el valle del río Senegal en la región de Tambacunda (zona tradicional de emigración). Los candidatos a la emigración fueron seleccionados según su nivel de instrucción y su estado de salud. Por supuesto, eran los más rentables. Pese a ello, los inmigrantes senegaleses —junto a malienses y mauritanos— ocuparon los peldaños más bajos de la escala social (Castles y Kosack, 1984). Fueron también los que más sufrieron las consecuencias de la recesión económica de 1967 y 1968 y a quienes más afectaron las dos oleadas de despidos, dentro de los planes de reconversión o jubilaciones anticipadas, que se dieron en esos años. Al tiempo que el gobierno francés frenaba la entrada de los trabajadores coloniales y endurecía las medidas que regulaban la inserción en el mercado de trabajo de mauritanos, senegaleses y malienses. Estas medidas, si bien alteraron el patrón migratorio, no afectaron los flujos que desde que fueron iniciados a comienzos de los años sesenta, no han dejado de crecer. Los efectos de la emigración en las economías locales eran tan evidentes —desde la transformación de las localidades de origen hasta la capitalización de las economías domésticas— que lo que comenzó siendo una corriente organizada se fue traduciendo en un proceso de creación de redes sociales que articularon los nuevos destinos abiertos en Francia con las localidades de origen de los inmigrantes. Pero, sobre todo, la emigración al extranjero se convirtió en la estrategia económica prioritaria de las familias campesinas de la cuenca del río Senegal.

⁵⁸ Las migraciones de origen y destino rural no han desaparecido si bien su peso ha descendido en relación a otros patrones migratorios.

En la década de los setenta se desarrollan dos flujos en respuesta a este freno a la inmigración por parte del gobierno francés. De un lado, se reorientó el destino migratorio hacia otros puntos del continente africano: Gabón, Costa de Marfil, Zaire, República Centroafricana, Zambia y Mauritania. De otro, se multiplicaron las entradas clandestinas de senegaleses en territorio francés respondiendo más a iniciativas individuales o familiares que a reclutamientos organizados. Entre 1975 y 1983 se registraron en el consulado de Senegal en París 19.363 senegaleses. Entre un periodo y otro cambiaron los flujos, procedencias e incluso grupos étnicos de los inmigrantes senegaleses. Mientras la migración organizada hacia la industria del automóvil se reclutó entre los campesinos *soninkes* y *haalpulaars* de la cuenca del río Senegal, las migraciones individuales iniciadas a finales de los años setenta procedían de las zonas productoras de cacahuete, eran migraciones que se apoyaron en redes transnacionales de carácter religioso y estaban integradas en su mayoría por *wolof*⁵⁹. Las primeras respondían más a un patrón migratorio de carácter familiar, las segundas eran fundamentalmente masculinas. Uno y otro tipo de migrantes se han expandido desde entonces por distintos lugares del mundo. Del primer tipo (*soninkés* y *haalpulaars*) partió el primer flujo migratorio que llegó hasta Cataluña, en las regiones agrícolas de la costa y del interior a finales de los años setenta. El segundo tipo, los *murids*⁶⁰ de la etnia *wolof* que establecieron su centro originario en París y Marsella, se expandieron a partir de los años ochenta primero por Italia y Estados Unidos, y después por otras partes del mundo (Europa y Sudáfrica entre otros destinos). En España comenzaron a asentarse a mediados de los años ochenta. Una vez que la política migratoria se orienta hacia el cierre de fronteras, la inmigración senegalesa se dirige a aquellos países, dentro de la Unión Europea, con fronteras más porosas. España e Italia que comienzan en esta época a modificar el saldo migratorio y a definirse como nuevos países de inmigración, se presentan como destinos más acogedores para una inmigración que, dadas las características restrictivas de la nueva política migratoria, es altamente irregular.

⁶⁰ Los *murids* son discípulos del Saikh Amadu Bamba M'Backé (1853-1927) fundador de la hermandad sufí musulmana *Muridyya* y de la ciudad santa de Touba (Senegal). La inmensa mayoría campesinos o comerciantes, hoy día dispersos en redes migratorias que van desde Europa, América del Norte, la India, Hong Kong y Japón. Organizados en una amplia red que los reagrupa alrededor de las *Dahira*, asociaciones de tipo religioso que Gueye describe como «asociaciones de solidaridad, de movilización y de comunicación», los *murids* alían comercio, relaciones de hermandad (solidaridad) y colectivos.

3.2.2.4. *Los flujos inmigratorios posteriores*

La inmigración subsahariana ha cambiado radicalmente con la proliferación de las nacionalidades a partir de 1991. La explicación de este hecho se encuentra en la situación cada vez más difícil que vive el continente africano. Según fuentes oficiales⁶¹ sobre los residentes subsaharianos en España por lugar de origen y participación de cada país, en el año 1998, se contabiliza un total de 21.834 individuos.⁶² De éstos, 4.916 el 22,52% corresponden a dieciocho países francófonos; 9.935 que suponen el 45,50% a doce países anglófonos; y otros países contabilizan 6.983, el 31,98%. Por países la representación más numerosa es la de Gambia con el 29,48% de los subsaharianos residentes en España, seguida a gran distancia por Guinea Ecuatorial 13,55%, Cabo Verde 10,89%, Nigeria 6,11%, Mali 5,06% y Mauritania 4,79%. También expresa el origen de los participantes en las operaciones de salida de Ceuta y Melilla, desde 1996 a febrero de 1998 se contabilizan 29 países y 2.828 inmigrantes, destacando tres: Malí con un 21,11%; Nigeria 19,87%; Liberia 9,12%, Zaire 7,39%. Senegal, Somalia, Sierra Leona, Camerún, Mauritania, Gambia y Ghana con más de 100. República de Guinea, Ruanda, Guinea Bissau y Burkina Faso entre 30 y 99. El resto de países menos de 10 inmigrantes. Particularizando ligeramente la situación de estos países, se constata que son de los más empobrecidos y pertenecen al grupo de países de menor Índice de Desarrollo Humano (PNUD, 1998).

En lo que respecta a la distribución de los residentes por comunidades autónomas, hay una gran concentración de este colectivo en tres comunidades autónomas: Cataluña con el 32,09%, Madrid con el 15,68% y Andalucía con el 14,78%, seguidas por Aragón, Castilla y León y Comunidad Valenciana.

Respecto al número de residentes subsaharianos por provincias, según fuentes oficiales (1998), Madrid con el 16,04% concentra el mayor volumen de subsaharianos, seguida por Gerona con el 14,57% y Barcelona con el 13,89%. La presencia de esta colonia es también numerosa en Almería 7,63% y Zaragoza 5,34%. Valencia, Lérida y Las Palmas superan el 3% y Murcia, Palma de Mallorca y Málaga el 2%.

⁶¹ Ministerio De Trabajo Y Asuntos Sociales, *Anuario de Migraciones 1998*. Ver Anexo 6.

⁶² En 2013, este número experimenta un incremento extraordinario: pasa a 240.237 individuos (Ver anexo 7)

Por la edad, la mayoría son jóvenes y varones, con una gran dosis de frustración social y cultural. Sin trabajo; sin oficio ni preparación para el empleo; desesperanzados ante la situación que vivencian como insuperable; ilusionados por alcanzar Europa. Con deseo de formación, de ascenso social, de ejercer su profesión, mejorar su formación, con aspiraciones de una vida mejor, con deseo de disfrutar de los bienes y servicios que los medios de comunicación y una falaz publicidad les trasmite, todos. Según los datos del FAIN⁶³ (1998), la mayor frecuencia se observa entre los 18-23 años con un 52,29%, seguido por el intervalo 24-29 con el 37,35% y un 10,4% en el grupo de 30 y más años.

En cuanto al género, la sex ratio es absolutamente desproporcionada, pero se observa un crecimiento progresivo de mujeres, también jóvenes, algunas casadas. Este se debe en parte a un cierto resurgimiento de la mujer africana que va superando la imagen de mujer-objeto subyugada al marido y apta solo para procrear y atender las labores domésticas, sometida a hábitos culturales alejados de la modernidad y poco respetuosos de los Derechos Humanos. Según diversas fuentes: el 90,12% son hombres y 9,88% mujeres. Los datos derivados de las entrevistas posteriores, 2º trimestre de 1999, señalan el aumento importante de mujeres que asciende al 19,7%.

Un hecho destacable es el incremento de menores de 20 años que ha pasado a representar un importante porcentaje entre los subsaharianos afluídos ya en las encuestas realizadas y la tendencia indica que van a seguir llegando con regularidad. Es frecuente que escapen de sus hogares y familias, en ocasiones impulsados por ellas, ante la falta de posibilidades salen huyendo con unas expectativas laborales, de ahorro, solidaridad familiar, etcétera. Proceden generalmente de zonas urbanas a las que han llegado del mundo rural en una primera emigración. En julio de 1999 la entrada de menores se valoraba en un aumento del 37% en Andalucía, Cataluña y Madrid. Especialmente en Andalucía durante el primer trimestre de este año aumentó en un 59% y hasta un 75% durante el primer semestre debido a un dispositivo de detección de calor humano, establecido en el puerto de Algeciras.

En el estado civil es de destacar el predominio de solteros jóvenes: 60,24%, al menos es lo que dicen. Los casados representan el 37,83%. El resto de situaciones tiene una proporción escasa, pese a ello, llama la atención la proporción de divorciados/as,

⁶³ FAIN: Programa de Acogida y Acceso al empleo para Inmigrantes Subsaharianos. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, *Anuario de Migraciones 1998*.

más mujeres con 1,69%. En general los casados llegan sin familia, algunos con intención de mantenerla y algún día traérsela.

Desde un punto de vista general, en referencia a la historia laboral en sus lugares de origen, es muy variada la gama de actividades que parece han realizado los inmigrantes subsaharianos antes de llegar a España. Las profesiones declaradas poco tienen que ver con la actividad desempeñada en España, debido a que dependen del mercado de trabajo. En sus países de origen, la mayoría de los trabajos están dirigidos al cultivo de la tierra y al comercio; oficios que reflejan la situación económica según la posición geográfica del país de procedencia. En los países costeros el comercio es el trabajo más socorrido mientras que en los países del interior se trabaja la tierra. La diferenciación en el tipo de trabajo realizado resulta a su vez de la procedencia rural o urbana del emigrante y de la mayor o menor juventud del mismo, de ahí que en las historias laborales la situación reflejada sea heterogénea, habiendo realizado en la mayoría de las ocasiones diversos trabajos, ya que la edad de entrada en el mercado laboral para muchos fue muy temprana, algunos ni la recuerdan, han trabajado siempre. Por otra parte, los oficios desempeñados en su país de origen han ido variando a su paso por los diversos países que constituyen su itinerario de emigración.

Su situación en el mercado de trabajo español viene caracterizada, según Gómez Fayrén (2011), por su reciente entrada en el mercado laboral, que mayoritariamente se inicia en el año 1997, aunque desde los años noventa venían apareciendo pequeños porcentajes de entradas en el mercado laboral, no obstante el que podría considerarse como «boom» se produce en los años 1998 y 1999. Por sectores de actividad la agricultura, construcción y servicios, fundamentalmente comercio ambulante y servicio doméstico son los que absorben más mano de obra inmigrante subsahariana; subsectores caracterizados por la ausencia de oferta de trabajo autóctona, en los distintos momentos de las campañas agrícolas y el auge de la construcción tras la reactivación económica. Se trata de actividades de bajos salarios y de peores condiciones de trabajo. Esta dedicación implica su concentración en los lugares geográficos que mayor oportunidades de empleo ofrecen y provoca una desigual distribución geográfica dando lugar a una falsa percepción de la inmigración, siendo todavía muy escasa en el conjunto del territorio como se desprende de las tasas de extranjería, mientras en determinados lugares puede parecer y en ocasiones lo es excesiva en relación a la población local.

3.3. CAUSAS Y CARACTERÍSTICAS DE LA INMIGRACIÓN AFRICANA A ESPAÑA

3.3.1. Causas

Los motivos que impulsan a los inmigrantes a abandonar sus países para emigrar a Europa son múltiples. Unas encuestas⁶⁴ realizadas, sobre un panel de residentes subsaharianos en determinadas localidades españolas pero cuyos resultados son extrapolables a la totalidad de la población de inmigrantes africanos en España, revelaron que la motivación económica cuenta con un peso fundamental en la decisión de partir. Junto a ella influyen también motivos políticos, demográficos y militares.

3.3.1.1. Causas económicas

La cuestión económica resulta la motivación principal para iniciar un proceso migratorio. En lo que respecta a los países de África subsahariana estudiados, se reconocen amplias dificultades en este aspecto. Los países presentan debilidades económicas y dependen de producciones muy limitadas en cuanto a la variedad⁶⁵. Esta situación expone a la economía de la región a factores externos incontrolables. Por ejemplo, a finales de 1991 la producción de cacahuetes de Gambia cayó casi un cincuenta por ciento a causa de la falta de lluvia (Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación, 2008: 8), lo cual afecta fundamentalmente a su economía porque la producción de este fruto representa la primera exportación del país en cuanto a ingresos (Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación, 2008: 4). Senegal, que también apostó por la producción del cacahuete bajo el mandato de su presidente Leopold Sedar Senghor, sufrió el colapso en su producción agrícola después de que el cacahuete, gran devorador de nitratos, dejara las tierras estériles (Inieta, 1998: 265-268). Nigeria, por su parte, cuenta con la fortuna de ser el primer país productor de petróleo de África. No

⁶⁴ Se trata de las encuestas «Motivos para emigrar y principales preocupaciones de los inmigrantes subsaharianos residentes en Madrid» realizada Pardo Moreno (2007:12-16) y «Encuesta a inmigrantes irregulares en Tenerife: Razones de emigración y nivel de renta en origen» efectuada por Dirk Godenau (2007:73). Para los resultados, ver Anexo 8.

⁶⁵ Gambia, por ejemplo, cuenta con la producción de cacahuete como la principal exportación del país.

obstante, los beneficios de este comercio no se han visto reflejados en la mayoría de la población. De hecho, está considerado como uno de los países más pobres de África subsahariana occidental, además de ser uno de los Estados con las desigualdades sociales más acentuadas, ya que el diez por ciento de la población más rica recibe unos ingresos 25 veces superiores al diez por ciento de la población más pobre (Carling, 2006: 17). A esto hay que sumar que su fuente principal de ingresos, el petróleo, se encuentra en una situación muy precaria. Como ejemplo cabe mencionar que, durante el año 2009, se tuvo que paralizar la producción petrolera del país por culpa de una crisis política en el Delta del Níger. Ese mismo año la petrolífera Shell anunció el despido de 1800 trabajadores de sus plantas en Nigeria debido a «la merma en la producción de crudo en el Delta del Níger por causa de los ataques de grupos rebeldes en esa región del sur del país» (Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación, 2009: 18). Ya en el 2008, Shell había tenido que suspender por dos veces sus exportaciones de crudo debido al sabotaje contra sus instalaciones.

La situación económica precaria de los países de origen de los inmigrantes africanos se explica por varios factores: factores endógenos tales como los factores políticos que son la mala gobernación y la mala gestión de los recursos; los factores demográficos y un factor exógeno: la globalización en su dimensión perversa. Dado que este punto trata de una cuestión económica, nos ceñiremos aquí al factor globalización. Estudiaremos los otros factores mencionados en los puntos siguientes —3.3.1.2. y 3.3.1.3.—.

El concepto de globalización es en efecto una clave para explicar la inmensa mayoría de procesos sociales y económicos que afectan a las sociedades modernas. Como sostiene Castells:

Una economía global es una economía en donde todos los procesos trabajan como una unidad en tiempo real a lo largo y ancho del planeta. Esto es, una economía en la que el flujo de capital, el mercado de trabajo, el mercado, el proceso de producción, la organización, la información y la tecnología operan simultáneamente a escala mundial. Esto no quiere decir que los Estados y las naciones-Estado desaparezcan. De hecho se convierten en agentes esenciales de la economía global [...] Pero la unidad económica de operación (y de análisis) es el sistema global de

interacciones; ya no hay más economías nacionales ni políticas económicas nacionales (Castells, 1994:37-38).

En el caso de la inmigración esta noción tiene una incidencia particularmente relevante. La globalización económica ha supuesto la desaparición virtual de las fronteras nacionales. Los grandes movimientos de capitales apenas encuentran obstáculos para asentarse en cualquier zona a nivel mundial.

Sin embargo, hay un dato en esta caracterización que resulta fundamental: las abruptas desigualdades Norte-Sur provocan que las grandes concentraciones de capital —y, por tanto, los beneficios económicos— se encuentren situados en los países desarrollados o del primer mundo mientras que la función que este sistema asigna a los países subdesarrollados es la de crear las condiciones adecuadas para que las grandes multinacionales puedan ser rentables. Concretamente, ofrecer mano de obra barata y una serie de desregulaciones totalmente favorables a las inversiones extranjeras.

Por este motivo, prácticamente todas las grandes empresas están poco a poco trasladando sus fábricas a la Europa del Este y a ciertos países asiáticos en los cuales los derechos laborales de los trabajadores son inexistentes, ya que así aumentan considerablemente sus beneficios. Desde esta perspectiva, la prosperidad económica de las sociedades occidentales se asienta en la situación de pobreza del Tercer Mundo, puesto que parece evidente que un sistema económico como el actual sería insostenible si todos los países mantuvieran el nivel de vida y las ventajas sociales de las que disfruta el primer mundo. Los salarios de los países subdesarrollados son tan mínimos que sus habitantes se ven obligados a salir en busca de una situación económica y social mejor. Y así es como se producen los grandes flujos migratorios hacia las zonas más prósperas: la Unión Europea y los Estados Unidos. En este sentido, se produce una enorme contradicción: mientras que las fronteras para el dinero son cada vez más escasas, las fronteras para el libre tránsito de personas son cada vez mayores lo cual provoca que muchas de ellas tengan que acceder al Primer Mundo a través de la clandestinidad.

3.3.1.2. *Causas políticas*

Factores políticos, relacionados con las causas económicas, motivan también los movimientos migratorios de los africanos hacia Europa. Estos factores son dos: uno indirecto y otro directo.

El factor político indirecto es la mala gestión política, por gobiernos ineficaces y administraciones corruptas que empeoran los desequilibrios nacionales. La endémica inestabilidad política en África subsahariana ya es un hecho ampliamente reconocido. Prácticamente todos los países han padecido en las últimas décadas uno o varios gobiernos que han contribuido a la merma económica de la nación. Nigeria, por ejemplo, sufrió tres golpes de Estado, una guerra civil de tres años y el asesinato de uno de sus presidentes —Abubakar Tafawa Balewa— en la década de los 60 (Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación, 2009: 3). Las deficiencias económicas se han visto a menudo agravadas por actuaciones corruptas en algunas instituciones públicas (Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación, 2009: 8). Durante las siguientes décadas, Nigeria no escapó de las continuas acusaciones de irregularidades en sus comicios (Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación, 2009: 10). El último gobierno militar, liderado por Sani Abacha entre los años 1993 y 1998, fue especialmente cruento (Carling, 2006: 13). Después de su fallecimiento se convocaron elecciones libres, pero durante el nuevo siglo las sospechas de fraude electoral se siguieron produciendo (Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación, 2009: 15). Además, Amnistía Internacional ha llegado a condenar expresamente la situación penal en Nigeria, manifestando que “las prisiones del país estaban llenas de personas cuyos derechos humanos se violaban sistemáticamente”. A pesar de las reformas políticas instauradas por los presidentes Olusegun Obasanjo y Goodluck Jonathan, la corrupción continúa suponiendo una dura carga en el día a día de los nigerianos (Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación, 2009: 16).

El caso de Senegal no es más halagüeño. Los partidos políticos estuvieron prohibidos desde 1964 hasta finales de la década de los 80, a excepción del Partido Reunión Africana, que gobernó el país desde 1960 hasta el año 2000, primero bajo el mandato de Léopold Sédar Senghor y más tarde con su compañero de partido Abdou Diouf (Anguita y Campos, 2009: 5). Hasta 1998 no se creó un organismo independiente encargado de la supervisión y control del voto. Este organismo admitió irregularidades

ya en las primeras elecciones en las que trabajó. En el año 2000 hubo un cambio de presidencia, subiendo al poder Abdoulaye Wade. No obstante, las irregularidades en las elecciones y las acusaciones de fraude han continuado. Su partido llegó a acaparar en 2007 el 87% de los votos, en unas elecciones marcadas por la ausencia de los partidos opositores, como protesta por las irregularidades de los comicios anteriores.

En Gambia, el presidente Dawda Jawara gobernó durante 32 años, desde 1962, sorteando golpes de Estado hasta que, en 1994, un nuevo intento golpista le derrocó. El líder del levantamiento, Yahyah Jammeh, se autoproclamó Jefe de Estado, ejerciendo purgas de dirigentes civiles y militares del régimen anterior. Otro golpe de Estado, esta vez fracasado, conllevó que Reino Unido, Dinamarca y Suecia suspendieran las ayudas que habían concedido a Gambia, lo que provocó grandes pérdidas en la economía del país, según el informe del Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación. El gobierno de Jammeh restauró la pena de muerte, censuró la prensa y prohibió la participación de algunos partidos políticos. En el año 2000, el Gobierno fue acusado de supuesta corrupción en un juicio en Reino Unido, por haber ingresado sumas de dinero generadas por la venta de petróleo. Además, el gobierno fue acusado más tarde de haber realizado un autogolpe de Estado infructuoso para desviar la atención por este escándalo, según el citado informe del ministerio español. Las detenciones a militantes y simpatizantes políticos continuaron. El gobierno fue incluso acusado por la Fundación de Medios de África Occidental de haber cometido delitos contra los derechos humanos, en referencia al asesinato de cerca de medio centenar de personas detenidas por las fuerzas de seguridad cuando iban a bordo de una embarcación que se dirigía a Europa.

Frente a tal panorama social, la inmigración se presenta pues como única alternativa de mejora de vida. Como observa Alonso:

Las presiones migratorias se acentúan cuando coinciden con situaciones de desgobierno, de fragilidad institucional, de desarticulación social o de desconfianza colectiva en los países de origen. En estos casos la migración se conforma, al tiempo, como una válvula de escape de las crisis sociales y como una denuncia silenciosa ante la falta de respuesta colectiva en los países de origen (Alonso, 2011:22).

El factor político directo es el fomento interno de la emigración por las autoridades de algunos países africanos. Encontramos gobiernos —como Marruecos, Senegal o Mauritania— que utilizan la emigración como herramienta política en sus negociaciones con el extranjero, y gobiernos con una doble agenda que se muestran cooperativos en la lucha contra el tráfico ilegal de cara al resto de los Estados mientras que fomentan interiormente la emigración, ya que supone una importante fuente de recursos en forma de remesas para el país.

La gestión política de los países de origen y de tránsito juega en efecto un papel importante en los flujos migratorios. Esta participación puede llegar por omisión, permitiendo la salida irregular de emigrantes a cambio de sobornos, o por acción directa, a través de políticas veladas que fomentan la emigración, aunque ésta sea de tipo irregular. En lo que respecta al primer caso, la emigración irregular sería inviable sin la colaboración corrupta de algunos líderes políticos, militares y parte del sistema público (Osaghae, 1999: 83-98) que a menudo son sobornados para facilitar los negocios fraudulentos (Carling, 2006: 16-17). En lo que respecta a las acciones directas, éstas ocurren cuando un régimen comienza a ver a los emigrantes ilegales como una fuente importante de ingresos (De Haas, 2008: 13). Unos casos ilustrativos de esta situación son Marruecos y Senegal que han utilizado a los inmigrantes políticamente, usándolos como moneda de cambio a la hora de establecer relaciones políticas y económicas y acuerdos con países de la UE (De Haas, 2007: 53).

No obstante, esta visión de los emigrantes como herramienta de provecho no es sólo privativa de los países de origen. Los países de tránsito también han querido aprovechar el flujo de emigrantes ilegales para negociar mejores condiciones con la UE. Algunos autores sugieren que una de las razones por las que el antiguo primer ministro de Libia, Muamar el Gadafi, consiguió levantar el embargo fue su colaboración con Italia en temas migratorios, aceptando recibir en su país a inmigrantes subsaharianos que habían llegado a Italia.

3.3.1.3. Causas demográficas

Los países de África —África subsahariana en particular— poseen una tasa de crecimiento demográfico muy elevado. Por ejemplo, Nigeria cuenta con un 2,6 por ciento, Senegal con un 2,7 y Gambia con un 2,8% de tasa de crecimiento demográfico

anual⁶⁶. Nigeria es el país más poblado de África, con 166.629.000 habitantes⁶⁷. Los índices de fecundidad imperantes en la zona hacen prever que el crecimiento demográfico se mantendrá al menos a medio plazo, con unas tasas de fecundidad de 5,4 en Nigeria, 4,9 en Senegal y 4,4 en Gambia⁶⁸. Esta explosión demográfica tiene sus consecuencias. Desde un punto de vista laboral, «el potencial de un aumento de la competencia en el mercado laboral es especialmente fuerte cuando el número de personas en edad de trabajar aumenta a un ritmo mayor que la creación de puestos de trabajo» (Mullor, 2011: 38). Teniendo en cuenta que el porcentaje de la población de entre 0 y 15 años se establece en el 42,8% en Nigeria, el 43,7% en Senegal y el 44% en Gambia⁶⁹, las presiones sobre el mercado laboral son muy fuertes. En términos más simples, la explosión demográfica en los países africanos ocasiona una desesperante situación de desempleo, la cual situación obliga a muchos subsaharianos a inmigrar con la esperanza de encontrar un empleo y así poder tener una vida digna.

3.3.1.4. Causas militares

África subsahariana ha vivido y todavía padece una situación de inestabilidad y vulnerabilidad que repercuten en una gran parte de la población, motivando que los subsaharianos escapen de duras situaciones suponiendo una amenaza contra la integridad física del ser humano, buscando paz y seguridad⁷⁰. Estas situaciones duras son las guerras, las luchas armadas o las persecuciones por motivos étnicos o religiosos.

⁶⁶ Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación, *Informe País: Nigeria*, p. 3; Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación, *Informe País: Senegal*, p. 2; Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación, *Informe País: Gambia*, p. 2.

⁶⁷ United Nations DATA, *Country Population Nigeria 2012*, En <http://www.un.org/esa/population/>.

⁶⁸ Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación, *Informe País: Nigeria/ Senegal/ Gambia*, p. 3/ p. 2 / p. 2.

⁶⁹ United Nations, *Population Division of the Department of Economic and Social Affairs of the United Nations Secretariat, World Population Prospects: The 2010 Revision*. En <http://esa.un.org/unpd/wpp/index.htm>.

⁷⁰ Elmadmad, Khadija (2008) *Migration irrégulière et migration illégale: l'exemple des migrants subsahariens au Maroc*, CARIM notes d'analyse et de synthèse 2008/49, Robert Schuman Centre for Advanced Studies, European University Institute, San Domenico di Fiesole, p. 14. En <http://cadmus.eui.eu/handle/1814/10093>.

En lo que se refiere a las guerras, la mayoría de los Estados de África ha padecido o está actualmente envuelta en conflictos armados. Los casos de Sierra Leona, Liberia, Guinea, Malí, Costa de Marfil, Libia, la República Democrática del Congo son unos ejemplos significativos.

En cuanto a las luchas armadas, el continente cuenta con conflictos regionales (Echeverría, 2001: 213-246) protagonizados por grupos rebeldes armados que sumen regiones enteras en situaciones de caos e inestabilidad total. El Movimiento para la Emancipación del Delta del Níger, que atentó en repetidas ocasiones contra los principales oleoductos de crudo de Nigeria, o el Movimiento Democrático de las Fuerzas de Casamance en Senegal, que causó centenares de muertos durante su lucha armada, son sólo dos muestras de la inestabilidad de la zona.

A estos conflictos armados, se suman otros conflictos de menor intensidad que también han repercutido en el devenir de la población. A mediados del año 2000 por ejemplo, las relaciones entre Senegal y Mauritania se vieron seriamente afectadas por cuestiones relacionadas con la utilización del río que comparten ambos países. Las autoridades de Mauritania requirieron a sus ciudadanos residentes en Senegal que volvieran a su país, a la par que solicitaban a los 100.000 senegaleses que vivían en Mauritania que regresaran a Senegal en un plazo inferior a 15 días. El conflicto finalmente se solucionó, pero se estima que 20.000 senegaleses abandonaron Mauritania y miles de mauritanos residentes en Senegal realizaron el camino inverso.

Hablando de las persecuciones por motivos étnicos y religiosos, es de señalar que en países como Nigeria existen cerca de 500 grupos étnicos⁷¹. Para mantener el equilibrio entre las principales etnias se dividió el país en 36 Estados. Además, con el fin de aliviar la tensión se trasladó la capital desde Lagos hasta Abuja. Lagos está fuertemente dominada por la etnia Yoruba, mientras que Abuja, situada en el centro del país, se considera prácticamente neutral en lo que a grandes grupos étnicos se refiere. Sin embargo, Lagos permanece como la ciudad más poblada del país, sobrepasando los 10 millones de habitantes, mientras que Abuja ronda el millón y medio. Senegal cuenta

⁷¹ El número total de etnias en Nigeria es de 524. Ver JOSHUA PROJECT, Número de etnias: Nigeria, U. S. Center for World Mission, Pasadena, 2009. en <http://www.joshuaproject.net/international/es/countries.php?rog3=NI> Consulta: 9/8/12.

con una proporción similar a la de Nigeria en cuanto a población/etnia⁷², con más de medio centenar de grupos étnicos⁷³. Gambia, con sólo 1.825.000 habitantes⁷⁴, acoge a 33 etnias diferentes⁷⁵. A este mosaico de etnias, de las cuales la mayoría cuenta con su propio dialecto, hay que sumar la población cristiana y musulmana. Nigeria, con un 50 por ciento de musulmanes, un 35 de cristianos y un 15 de animistas, según el Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación de España, cuenta con doce Estados legislados por la *Sharia*⁷⁶, principalmente en el noroeste (Echeverría, 2006: 230). Senegal y Gambia acogen a una mayoría musulmana cercana al 90 por ciento de la población.

Si bien la mayoría de las etnias y las confesiones religiosas suelen vivir en armonía, durante las últimas décadas, han sucedido una serie de manifestaciones violentas, represalias y persecuciones por motivos que están a caballo entre lo étnico y lo religioso. De hecho, la mayoría de conflictos violentos acaecidos en Nigeria tiene origen en las divisiones étnico/religiosas. Desde la restauración de la democracia en el año 1999, más de 10.000 personas han muerto en manifestaciones violentas en Nigeria. Muchos de los conflictos no estuvieron directamente causados por incompatibilidades étnicas o religiosas, pero sí actuaron como un catalizador importante en los conflictos (Carling, 2006: 16). Episodios como el ocurrido en la localidad de Yelwa en 2003 no son accidentes aislados. En esa ocasión una milicia cristiana de la tribu *taroks* atacó con armas automáticas y machetes a la etnia *hausa-funali*, de mayoría musulmana, provocando centenares de muertes. Como represalia, doce iglesias fueron incendiadas y unos 600 cristianos fueron asesinados en Kano a manos de jóvenes musulmanes. Casos más recientes son los acaecidos en Nigeria y Camerún donde el grupo radical islamista pro Al-Qaeda *Boko Haram* en varias ocasiones ha perpetrado atentados a la bomba

⁷² United Nations DATA, *Country Population 2012 Nigeria*: 166,629,000. *Country Population 2012 Senegal*: 13,108,000. En <http://data.un.org/Default.aspx> .

⁷³ El número total de etnias en Senegal es de 56. Cf. JOSHUA PROJECT, Número de etnias: Senegal en <http://www.joshuaproject.net/international/es/countries.php?rog3=SG>.

⁷⁴ United Nations DATA, *Country Population 2012 Senegal Gambia*. En <http://data.un.org/Default.aspx>

⁷⁵ JOSHUA PROJECT, Número de etnias: Gambia, en <http://www.joshuaproject.net/international/es/countries.php?rog3=GA>

⁷⁶ La Sharia es una ley tradicional promovida por grupos fundamentalistas islámicos que incluye mutilaciones, flagelación y lapidaciones entre sus castigos.

contra poblaciones cristianas⁷⁷ y ha secuestrado varias personas, de las que 276 alumnas en Nigeria⁷⁸ y la esposa del vicepresidente de Camerún.

Destacan también las persecuciones religiosas ocurridas en la República Centroafricana, protagonizadas primero por el *Seleka*, una coalición de grupos musulmanes que instauró un régimen de terror contra las poblaciones cristianas y luego por los *anti-Balakas*, una milicia cristiana que, en una espiral de revancha atemorizó a las poblaciones musulmanas del país.⁷⁹

Todas estas causas tanto económicas, como políticas, demográficas y militares explican por qué deciden abandonar sus países respectivos los sujetos subsaharianos candidatos a la emigración. Ahora bien ¿por qué eligen muchos España como destino de su proceso emigratorio?

3.3.1.5. Motivos de la elección de España

El primer motivo de la elección por los emigrantes africanos de España como destino es por razones de proximidad territorial. España, por su posición, es el país europeo más cercano a África, por lo que aparece como el destino inmediato y obligado para quienes quieren acceder clandestinamente a Europa.

Además del factor geográfico, otro factor explicativo de la elección de España por esos emigrantes es la relativamente flexible política migratoria del país. Como lo subraya Gozávez Pérez (2000: 49), «las políticas de inmigración son fuentes básicas para conocer e interpretar el desarrollo de los flujos migratorios». Según Baldwin-Edwards (2006: 118-9) existen tres tipos de opciones políticas que el Estado puede tomar a la hora de dar respuesta a la presencia de inmigrantes ilegales en su territorio: tolerancia a la presencia y al empleo ilegal de inmigrante; intentos para forzar a los

⁷⁷ *El País*, «Al menos 30 muertos en un supuesto ataque de Boko Haram en Nigeria», 21 de mayo de 2014. En: http://internacional.elpais.com/internacional/2014/05/21/actualidad/1400673620_080324.html. *El País*, «Un nuevo ataque de Boko Haram causa al menos 40 muertos en Nigeria», 5 de junio de 2014. En http://internacional.elpais.com/internacional/2014/06/05/actualidad/1401973198_807191.html.

⁷⁸ *El País*, «Secuestradas... ¿y olvidadas?», 24 de julio de 2014. En http://elpais.com/elpais/2014/07/23/opinion/1406141027_777025.html.

⁷⁹ A. Acosta, «República Centroafricana: del terror de los *seleka* al de los *anti-Balaka*», *El Mundo*, 11 de febrero de 2014. En http://www.teinteresa.es/mundo/que_es_un_Seleka-que_en_un_antibalaka-violencia_en_Africa_0_1082892869.html.

inmigrantes ilegales a entrar en la legalidad, por ejemplo, mediante programas de legalización; expulsión del territorio.

Los países del sur de Europa como España, Italia y Grecia han manifestado en un primer tiempo cierta inclinación hacia la tolerancia y a finales de la década de los ochenta, España e Italia añadieron la legalización a sus respuestas políticas de modo que la seña de identidad de la política de inmigración en España ha pasado a ser el recurso constante a regularizaciones extraordinarias.⁸⁰ Desde mediados de la década de los ochenta hasta hoy, España ha realizado cinco regularizaciones extraordinarias: la primera, en 1986, permitió la regularización de 38.181 inmigrantes; la segunda, realizada en 1991 regularizó a 128.068 personas; la tercera tuvo lugar en 2000 se saldó con 146.781 regularizaciones; la siguiente, adicional a la de 2000 fue en el año siguiente y regularizó a 61.635 ilegales; la última se celebró en 2005 y sacó de la irregularidad a 607.797 personas (Mullor, 2011). De manera absolutamente circular, en España la política de inmigración ha generado un elevado número de inmigrantes ilegales que, cuando su número alcanzaba cifras muy elevadas, han hecho imprescindible una regularización extraordinaria que no sólo no ha resuelto el problema de la ilegalidad sino que, a su vez, ha sido un factor de atracción, una fuente de mayor inmigración ilegal en el corto-medio plazo. Cada proceso de regularización extraordinaria ha contribuido a generar entre los inmigrantes la expectativa racional de que habrá más, y a aumentar exponencialmente el valor de la espera. El trabajo de Izquierdo (2001) mostraba cómo el 30 % de los inmigrantes que participaron en el estudio afirmaba que había decidido emigrar a España por la expectativa de regularizaciones frecuentes. Además, como lo observa González Enríquez (2009) el coste de la espera hasta la siguiente regularización es bajo porque se puede trabajar en la economía informal y, en general, resulta más fácil obtener la documentación legal en los procesos extraordinarios que por los canales.

⁸⁰ Reyneri (2002) explica esta postura fundamentalmente por el papel de los inmigrantes en las economías de estos países.

3.3.2. Características

3.3.2.1. *Un crecimiento rápido*

Los africanos son el colectivo extranjero en España que más se ha incrementado durante la última década observa Gozávez Pérez (2000:47). Gómez Fayrén (2011) por su parte constata que el crecimiento del número de africanos llegados a España en los años noventa, es quizás el rasgo más característico de la inmigración en España en la última década del siglo XX. Según los datos recogidos por el geógrafo, tan sólo entre 1997 y 1998 el porcentaje de variación del total de extranjeros se estima en 18% mientras el colectivo africano creció un 25,68%. Este conjunto se elevaba a 165.264 personas en 1998 (ver anexo 6), el equivalente a un 25% del total de residentes extranjeros en España. Por países el predominio de magrebíes es total 81,8% en 1998. No obstante otros sujetos de nacionalidades originarias del África subsahariana han hecho su aparición más recientemente, como vimos anteriormente. Éstos últimos representarían el 17,6%. Lo más llamativo de este grupo, apunta Gómez Fayrén (2011), no es su número sino la tendencia que apunta hacia el crecimiento de llegadas en los próximos años, como se desprende de las variaciones porcentuales positivas experimentadas entre 1997 y 1998 por todos los países y, en especial, por los originarios de Mauritania, Nigeria, Malí, Senegal etcétera. Los residentes africanos de 16 y más años con permiso de trabajo en vigor a 31 de Marzo de 1999 sumaban 148.075 lo que supone el 23,5% del total extranjeros con permiso de trabajo. Por Comunidades Autónomas, Cataluña con el 31,1% tenía la mayor concentración de africanos mayores de 16 años y con permiso en vigor y a gran distancia de las que le seguían: Madrid con 16,2 % y Andalucía 15,9%. La Comunidad Valenciana y Murcia aparecían a continuación con el 6,1% y 6% respectivamente, el resto de comunidades presentaban porcentajes bastante inferiores. El número de magrebíes y en particular de marroquíes determinaba los datos anteriores, no obstante el volumen de senegaleses y otros africanos empezaba a ser significativo, según estos datos, superando los 27.000 en el total nacional. De manera que en 1999 las cifras se reducían al 81,75% el grupo magrebí, mientras que los procedentes de otros lugares de África superaban el 18,24%. En fecha del 1 de enero de 2013, según los datos provisionales del Padrón Continuo nacional (ver anexo 7), el número total de africanos en España pasó a 1.096.392, sea un crecimiento espectacular de 563,41%.

Marruecos está en cabeza con 787.013 personas, seguido de Senegal con 63.760 personas, Argelia con 63.696 personas, Nigeria con 45.936 y Gambia con 21.544 personas.

La forma en que España se ha convertido en lugar de destino, en función de su posición geográfica en la ruta de entrada hacia el Norte desde el continente africano, induce a pensar que la inmigración africana, de mantenerse intactas las circunstancias actuales, va a crecer durante los próximos años de forma acelerada bajo el doble impulso de la llamada que ejerce la presencia cada vez mayor de familiares y amigos en los diferentes países de origen y los medios de comunicación masiva.

3.3.2.2. Un acceso mayormente irregular

Las políticas adoptadas por las autoridades españolas en relación a la inmigración africana se han enfocado a dificultar su entrada legal. Solo pueden entrar con visado y para conseguirlo, existen muchas dificultades, administrativas —la fórmula del « ¡vengan con contrato!»— y económicas —justificar la posesión de importantes cantidades de dinero para su manutención—. Este carácter restrictivo de las políticas de inmigración ha fomentado la inmigración ilegal a España. Esta forma de acceso ilegal a España, principalmente via patera —pero también como polizones en barcos o camiones de transporte de mercancías— se lleva la máxima visibilidad mediática en término de inmigración, debido al dramatismo que implica la travesía del Estrecho y el alarmismo asociándolo con una «invasión» o «avalancha», y ha pasado a ser, en el imaginario colectivo, el primer rasgo característico de la inmigración africana a España. Como apunta Mónica Mullor (2011:22), «la irregularidad es uno de los rasgos más característicos de este grupo», si bien este rasgo no es exclusivo a la inmigración africana. Gozávez Pérez subraya también esta realidad:

La mayoría [de los inmigrados africanos] se instaló de modo irregular, aunque con posterioridad se han regularizado en alta proporción, sobre todo a través de las Regularizaciones extraordinarias (1985-86, 1991, 1996) y de los permisos de trabajo ofertados en los contingentes anuales para trabajadores extranjeros no comunitarios (1993-1998) (Gozávez Pérez, 2000:47).

Las regularizaciones extraordinarias efectuadas en España nos permiten tener una idea estimatoria del número de inmigrantes irregulares en España. Según Aragón y Chozas (1993:26), la regularización de 1985-86 fue solicitada por 43.815 extranjeros. Los africanos fueron el 37% del total de solicitantes. Por cada 100 africanos residentes en España en 1985 en situación irregular, se presentaron 188 solicitudes de regularización; los africanos subsaharianos fueron los que presentaron mayor proporción de peticiones de regularización, 154 por cada 100 residentes.

Sin embargo, como lo subraya Gozávez Pérez (2000: 51), todos los analistas coincidieron en valorar que los resultados globales de esta primera regularización extraordinaria subestimaban el número de inmigrantes en situación irregular. De hecho, el colectivo PASS, en un trabajo específico realizado para la D.G. de Migraciones a principios de 1990, estimaba que el número de extranjeros en situación irregular en España oscilaba entre 172.000 y 259.000, con dos grandes concentraciones en Cataluña (34% del total) y en Madrid (34% del total); del total de estos inmigrantes irregulares, el 60% serían africanos, sobre todo marroquíes (Marco Sanz, R de; Álvarez Prieto J.J.; Rojo Alcalde, J.; Khaba Luanda, A, 2000: 51).

La regularización extraordinaria de 1991 fue solicitada por 134.845 inmigrantes. Los africanos fueron de nuevo el primer colectivo en número de solicitudes, pero ahora con más preeminencia que en la primera regularización: sus 76.464 solicitudes de regularización —de las cuales 58.273 fueron de marroquíes— equivalieron a 297 inmigrantes en situación irregular por cada 100 residentes en situación regular en 1990, frente a 51 solicitantes por cada 100 residentes de América Latina y 52 en el caso de los asiáticos (Gozávez, 2000:52).

Ante estas cifras Gozávez Pérez (2000:53) concluye que es «patente, pues, cómo los inmigrantes africanos, particularmente los marroquíes y argelinos, son los protagonistas destacados de la inmigración irregular procedente de países menos desarrollados».

3.3.2.3. *Una predominancia masculina*

Otro rasgo destacado de la inmigración africana, especialmente la subsahariana, a España, es el claro predominio de la población masculina con respecto a la femenina. Este rasgo diferencia la inmigración africana de la inmigración latinoamericana por ejemplo donde el número de mujeres inmigrantes es superior al de hombre: 58,8% de mujeres para Bolivia, 56,9% para la República Dominicana, 55,3% para Colombia, 51,7% para Perú, 50,7% para Argentina.

Aunque se observa un crecimiento progresivo del número de mujeres, la sex ratio es absolutamente desproporcionada, Según diversas fuentes confrontadas por Gómez Fayrén (2011:9), en 1999, el 90,12% de los inmigrantes africanos a España eran hombres y sólo 9,88% mujeres.

Según las conclusiones de unas encuestas realizadas por Lally Kouadio (2011:191) «descartando el caso de las jóvenes estudiantes, eso se debe a que las mujeres subsaharianas vienen generalmente de la mano de sus maridos, después de que estos hayan adquirido la estabilidad en la residencia y conseguido medios suficientes para llevarlo a cabo.»

3.4. LAS RUTAS DE LA INMIGRACIÓN SUBSAHARIANA A ESPAÑA

3.4.1. **Las rutas de la inmigración irregular africana a España**

Como se ha visto en el punto anterior, uno de los aspectos por los que destaca la inmigración africana a España es la irregularidad con respecto a las leyes de inmigración. Podemos identificar con Papademetriou (2005) cuatro formas comunes de inmigración ilegal: la entrada no autorizada o clandestina; la entrada fraudulenta, es decir ,con documentos falsos; la permanencia una vez expirado el visado; y la violación de los términos y condiciones del visado. En el caso de los flujos migratorios africanos

hacia España, la forma predominante es la primera, mediante la travesía del Estrecho de Gibraltar en pateras. Al respecto, existen varias rutas.

Las rutas han ido complicándose cada vez más. Han ido modificándose con gran rapidez debido a las medidas implementadas por Europa para evitar la llegada de migrantes clandestinos a sus países costeros fronterizos.

Las rutas iniciales tenían como principal destino las ciudades de Ceuta y Melilla que por su ubicación en continente africano, representan el contacto más inmediato de Europa con África. Así, los primeros migrantes clandestinos africanos hacia España, marroquíes, cruzaban las fronteras hispano-marroquíes en las dos ciudades españolas.

A esta primera vía, terrestre, de acceso irregular a España, se sumó luego, debido al refuerzo de la vigilancia española en los perímetros fronterizos de Ceuta y Melilla y al incremento de la altura de sus vallas, otra vía, marítima esta vez, cruzando en «pateras», desde Marruecos, los 14 kilómetros de Estrecho hacia las costas andaluzas desde Marruecos.

El refuerzo de la vigilancia española en las costas andaluzas ha dado lugar a la búsqueda de nuevas rutas. Así es como surgió una nueva ruta marítima: de las costas marroquíes hacia las islas canarias, asequibles ya a 95 km en «pateras».

En 2001, tras la alarma social provocada en España por la llegada de cayucos a las islas canarias, se dio inicio a un reforzamiento de la vigilancia a lo largo de la costa mediterránea mediante la puesta en funcionamiento del Sistema Integral de Vigilancia del Estrecho (SIVE)⁸¹ en 2001 y la firma de nuevos acuerdos en 2005 entre Marruecos y España con el fin de frenar las salidas de pateras que cruzaban los 14 kilómetros del Estrecho para llegar a España. Sin embargo el cambio definitivo sería a partir de los acontecimientos de Ceuta y Melilla de agosto y septiembre de 2005, cuando «las fuerzas de seguridad de España y Marruecos dispararon contra centenares de migrantes que trataban de cruzar la frontera de Marruecos con los enclaves españoles de Ceuta y

⁸¹ SIVE: A finales del año 2010, el proyecto SIVE se había extendido prácticamente a toda la península (desde Huelva hasta Castellón, ambas incluidos), y también a los dos archipiélagos, después del despliegue de seis estaciones en las Islas Baleares. Para el 2011 están contratados los despliegues de Pontevedra (7 estaciones) y Tarragona (3 estaciones). Asimismo, durante el año 2011 se espera acometer diferentes mejoras y actualizaciones del despliegue SIVE en determinadas provincias, la reubicación o reposición de determinadas estaciones sensoriales, y la modernización y potenciación del despliegue fijo de Las Palmas (Lanzarote y Fuerteventura). En 2012 se terminó el despliegue en la costa del Mediterráneo (Barcelona y Girona) y el Atlántico (A Coruña). Fuente: Oficina de Comunicación del Ministerio del Interior - Gabinete de Prensa.

Melilla, dando muerte a cerca de una docena»⁸². Estos acontecimientos llevaron a las autoridades españolas y marroquíes a reforzar aún más las medidas encaminadas a disuadir a los inmigrantes de cruzar la frontera. De esta forma no sólo se intensificaron los controles a lo largo de la costa sino a lo largo de toda la frontera marroquí, especialmente entre el Sáhara occidental y Mauritania.

Estas dificultades mayores para cruzar el Estrecho desde el norte de África y para atravesar las vallas de Ceuta y Melilla provocaron que el origen de las salidas se desplazara de Marruecos a Mauritania, recurriendo los inmigrantes clandestinos a una vía más larga⁸³ y por consiguiente más peligrosa. Así, las ciudades costeras mauritanas de Nouadibou y Nouakchott se convirtieron en centros neurálgicos de partida de los «cayucos», tradicional embarcación pesquera.

Para cerrar esta nueva brecha abierta, España consiguió el endurecimiento del control en Mauritania mediante un acuerdo firmado con la República Islámica de Mauritania en Madrid el 1 de julio de 2003⁸⁴ y reactivado en 2005. Este nuevo obstáculo llevará a los inmigrantes a abrirse una nueva ruta, virando desde Mauritania hacia más abajo, convirtiéndose Senegal en nuevo punto de salida marítima. Obviamente, la travesía es aún más larga⁸⁵, y de riesgo aún mayor. «Cayucos» partirán también desde Gambia, Guinea Conakry o Guinea Bissau, con rumbo a las Canarias.

Cabe subrayar que para muchos de los inmigrantes, procedentes de diversos horizontes africanos el viaje se inicia desde el país de origen por vía terrestre recorriendo largas distancias y una larga y dura travesía a través del desierto del Sáhara para llegar a las costas de embarque en Marruecos.

⁸² Informe de Amnistía Internacional. 1 de julio de 2008. En Ceuta y Melilla, en 2010 se registraron 1.567 entradas de inmigrantes irregulares. Estas entradas se producen por inmigrantes que intentan acceder a nado, ocultos en vehículos o medios de transporte o bien vulnerando el perímetro fronterizo. Fuente: Oficina de Comunicación del Ministerio del Interior - Gabinete de Prensa.

⁸³ Las costas de Mauritania distan 700 kilómetros de las costas españolas de las islas canarias.

⁸⁴ BOE núm.185 de 4 de agosto de 2003.

⁸⁵ La distancia que separa las costas senegalesas de las canarias es de 1.500 Km.

3.4.2. Volumen de la inmigración clandestina

La evolución creciente de la inmigración irregular a través de la llegada de pateras y cayucos en España se puede reflejar cronológicamente, a través de los «Balances de lucha contra la inmigración ilegal» publicados por el Ministerio del Interior español. Aunque fue en el año 1995 cuando llegó la primera patera a Canarias, no fue hasta el 1999 cuando las costas canarias y andaluzas empezaron a recibir un flujo importante de embarcaciones. En Canarias, el momento álgido se produjo en el año 2006, con la llegada de más de 31.000 personas (ver anexo 9). En el 2007 la situación cambia, ya que se produce un descenso grandísimo de llegadas, unido a un aumento de repatriaciones respecto a los años anteriores. De tal forma, los datos publicados por el Ministerio del Interior son los siguientes:

- En el 2006 llegaron a las costas españolas 39.180 personas, y en el año 2007 fueron 18.057, descendiendo un 53,9%. Y en 2008 fueron 13.424, lo que supone un descenso del 25.6% respecto del 2007.
- El descenso más llamativo se produjo en las Islas Canarias, dónde en el año 2006 llegaron 31.678 personas y en el 2007 bajó el número a 12.478, marcando un descenso del 60,6%.

En el año 2008 llegaron 9.181, lo que supuso una continuación de éste descenso del 26.4%.

- En Península y Baleares, en el año 2006 llegaron 7.502 personas, en el 2007 fueron 5.579 y en 2008 llegaron 4.243, lo que supuso un descenso respecto del 2006 de un 43,04 %.
- En cuanto a Ceuta y Melilla, también se produce un descenso significativo, de las 2.000 personas llegadas en 2006, a las 1.553 en 2007, suponiendo un descenso del 22%. En el año 2008 fueron 1.210, por lo que el descenso fue de un 22% respecto del año anterior.
- En relación con las repatriaciones, las cifras del año 2006 ascendían a 52.814, aumentando en el año 2007 a 55.938 (supone un 6% más). En 2008 disminuyeron a un total de 46.426, lo que implica un 17 % menos respecto del año anterior. La razón que se da por parte del Ministerio del Interior español, es

que al ser menores las cifras de entrada de inmigrantes irregulares son menores las cifras de repatriaciones que se realizan.

CAPÍTULO 4. MIGRACIÓN Y CREACIÓN LITERARIA

4.1. FRECUENCIA DEL TEMA MIGRATORIO EN LA LITERATURA

La imitación es un fenómeno consustancial a la naturaleza humana. Esta realidad, la subraya Aristóteles en el capítulo IV (1448b) de su *Poética*:

El hecho de imitar es, en efecto, algo connatural al hombre desde la infancia y en esto se diferencia de los demás animales, en que es sumamente apto para la imitación y adquiere sus primeros conocimientos imitando; y también le es connatural el hecho de que todos se complacen en las imitaciones (Aristóteles, 2002: 37 y 39).

El ser humano es pues por esencia un ser imitador y al mismo tiempo un ser que contempla gozosamente las imitaciones. Y, como es lógico, esta naturaleza se transcribe en sus producciones, concretamente en sus obras artísticas. Es por lo que Aristóteles dedujo que el arte poética o literatura es una imitación, concretamente «imitación de las acciones» o mimesis, siendo la comedia «la imitación de individuos de más bien baja ralea» (*Poética*, 1449a, p. 43) y la tragedia «la imitación de una acción seria y completa» (*Poética*, 1450a, p. 45). Según el filósofo, el arte poética nació incluso del hecho de imitar (1448b, p. 37). Advierte que por lo tanto «el poeta debe ser más bien creador de los argumentos [86] que de los versos, ya que poeta lo es en virtud de la imitación y lo que imita son las acciones.» (Aristóteles, 1452a, p. 55).

Las acciones imitadas son acciones observadas en la vida real. En otras palabras, el objeto de imitación del arte literario es la vida real, la realidad social. Y, como he subrayado ya anteriormente, las migraciones siempre han formado parte de la realidad de las sociedades humanas. Como tal, el tema de la migración siempre ha estado presente en la literatura y ocupado un lugar privilegiado en los textos literarios. Una mirada hacia la historia de la literatura universal permite percatarse de tal realidad. Ya

⁸⁶ Por el término «argumento», Aristóteles entiende «imitación de la acción» (*Poética*, 1450a, p. 45).

en el *Poema de Gilgamesh*, epopeya sumeria⁸⁷ considerada el primer texto de toda la historia de la literatura⁸⁸, aparece tratado el tema migratorio con la salida del rey Gilgamesh de su reino, Uruk, una primera vez para el lejano país de los Cedros para purgarlo del mal matando a su temible guardián Humbaba y en una segunda ocasión para la ciudad de Shuruppak, al otro extremo del mundo, con el propósito de conseguir de su rey, el inmortal Utanapishtim el secreto de la vida eterna.

También, en *La Historia de Sinuhé*,⁸⁹ considerado el mayor logro de la literatura egipcia antigua,⁹⁰ aparece el tema de la migración como uno de los ejes centrales de la trama con el exilio del protagonista Sinuhé. Éste, asustado al creyendo que al no haber sido capaz de descubrir el complot de asesinato del faraón Amenemhat I e impedirlo, sería castigado, huye de Egipto y se exilia en el país de Retenu (Siria) donde se casa con la hija del príncipe de este reino y llega a ser jefe de una de las tribus y reconocido general, consiguiendo riquezas y poder. Ya anciano, intercambia misivas con el Faraón y regresa a Egipto tras repartir sus bienes entre sus hijos, para ser enterrado allí con todos los ritos necesarios para conseguir la vida eterna en el momento de la muerte.

Otro texto fundacional en cuyo argumento ocupa un lugar destacado el tema migratorio es *La Odisea* (Siglo VIII a.C.) de Homero que narra la vuelta a casa (la isla de Ítaca) del heroico rey griego Odiseo (Ulises en latín) tras la guerra de Troya, vuelta que tarda diez años a los que se suman los otros diez años que ha estado Odiseo luchando fuera.

En la literatura española, el *Cantar de Mío Cid* es un ejemplo significativo que ilustra esta presencia temática de la migración en la literatura. EL cantar primero — Cantar del destierro— narra en efecto la emigración forzada del Cid Campeador, que, desterrado de Castilla por el rey Alfonso VI como consecuencias de haber sido acusado

⁸⁷ La civilización sumeria, asentada en la parte sur de la antigua Mesopotamia, entre los ríos Tigris y Eufrates, sea al sur del Irak actual, es considerada la primera y más antigua civilización del mundo y también como la inventora de la escritura (3.300 a.C.).

⁸⁸ El *Poema de Gilgamesh* habría sido compuesto en la primera mitad del II milenio a.C.

⁸⁹ Este texto fue escrito en el periodo conocido como Reino o Imperio Medio (c. 2050 – 1750 a.C.), más concretamente en el período de reinado de la dinastía XII (ca. 1990-1820 a. C.).

⁹⁰ El egiptólogo inglés Gardiner (1916: 164) afirma de la misma en su obra pionera del género *Notes on the Story of Sinuhe*, que es «como el clásico de los clásicos en su dominio». Foster (2001: 124) a su vez habla de que el cuento está considerado por muchos egiptólogos como la obra más fina de la literatura conservada del antiguo Egipto.

de haberse apropiado de gran parte de los impuestos cobrados al rey Al-Mu'tamid, se marcha primero a Barcelona donde es rechazado y luego a Zaragoza, donde consigue establecerse y se pone al servicio del rey moro Ahmad I hasta conquistar Valencia donde al final se establecerá.

En los textos sagrados, este tema tampoco se ha quedado al margen. La Biblia está repleta de historias migratorias. La historia de Abraham, narrada en el primer libro del Antiguo Testamento, el Génesis, está llena de migraciones como es de esperarse de un nómada. Inicia Abraham su aparición en la historia de la salvación al emigrar de Jarán hacia Canaán por un llamado de Dios: «Yahvé dijo a Abraham: “Vete de tu tierra, y de tu patria, y de la casa de tu padre a la tierra que yo te mostraré”» (Gn.12, 1). Ya había emigrado de Ur de los caldeos con su padre y hermanos (Gn. 11,31). Dios le pide en Jarán que deje a su familia e inmigre a Canaán. Se establece en Bet-el, lugar de Canaán, pero de allí se mueve hacia el Negueb (Gn.12, 9) y de allí se ve obligado a moverse a Egipto por una hambruna (Gn. 12, 10). De Egipto vuelve al Negueb (Gn. 31,1) y de allí se va a radicar a Bet-el (Gn. 13,12) nuevamente; más tarde se va al Hebrón (Gn. 13,17-18), por orden de Dios, con el fin de recorrer todo el país de Canaán. En Génesis 20,1, se cuenta que habita como forastero en Gerar, y el verso 21,34 del mismo libro señala que vive muchos años en tierra filistea y que muere en Hebrón.

Historias similares a la de este patriarca encontramos en Jacob y su hijo José, quien fue a dar a Egipto vendido por sus hermanos como esclavo. Los hermanos también conocerán la migración, mandados por su padre Jacob hasta Egipto a buscar sustento y luego la familia entera —los hermanos más el padre esta vez—migrará a Egipto a juntarse con José.

La historia de los hebreos es también una historia migratoria. Emigrantes de Ur de los caldeos, pasan a ser inmigrantes en Canaán, después en Egipto, acuciados por el hambre en Canaán (Gn. 42,1-8) y luego, liderados por Moisés (Ex.1-15) retornan a Canaán mediante una larga, penosa y peligrosa migración conocida como el éxodo (Ex.15-18).

La historia del propio Jesucristo es la historia de un migrante. El Evangelio de Mateo presenta su infancia bajo la experiencia dramática de una emigración forzosa (Mt. 2,14-15) y el de Lucas narra su nacimiento fuera de la ciudad «porque no había sitio para ellos en la posada» (Lc. 2,7) Su vida estará marcada por el rechazo de los

suyos que «no le recibieron» (Jn. 1,12) y su muerte «fuera de los muros de la ciudad» (Heb. 13,12) será testimonio de amor hasta el fin y de su identificación solidaria con los excluidos y rechazados de este mundo. Nacido fuera de su tierra y procedente de fuera de la Patria (Lc 2,4-7), «habitó entre nosotros» (Jn 1,11.14), y pasó su vida pública como itinerante, recorriendo «pueblos y aldeas» (Lc 13,22; Mt 9,35). Su vida se hizo pues en continuo desplazamiento. Aunque concentró su actividad pública alrededor de las ciudades del lago de Galilea y sobre todo en torno a Cafarnaúm, se desplazó por el Norte y Oeste a Tiro y Sidón (Mt 15, 21; Mc 7, 24-31), por el Este a las ciudades confederadas, la Decápolis (Mt 4, 25), por el Sur de Palestina a Samaría (Mc 10, 32; 11, 1; Lc 9, 51-53) y más allá del Jordán a la zona de Perea (Mc 10, 1; Mt 19, 1; Jn 10, 40).

El relato de la vida del profeta Mahoma en el Corán tampoco está exento del tema migratorio. El comienzo de la era musulmana (16 de julio del año 622 d.C.) conocido como la Hégira (del árabe *hiyra* —migración—) no es otra cosa que la emigración forzada de Mahoma con sus seguidores desde la Meca, su ciudad natal hacia el oasis de Yathrib⁹¹, como consecuencia de los peligros que le acechaban en la capital mecana, viniendo de los comerciantes mecanos que por su predicación y el hecho de hacer adeptos conspiraban para acabar con su vida.

Vemos a través de este breve recorrido que el tema migratorio ha estado presente en la literatura en todos los tiempos. Y como es de esperar, los fenómenos migratorios son aún más presentes en los textos literarios de nuestra época, reconocida como la «era de las migraciones» (Castles y Miller, 1993). Según Paul White, la frecuencia del tema migratorio no sólo es una reflexión de la condición humana sino que tiene su justificación literaria interna:

The frequency with which the theme appears is not simply a reflection of the realities of human existence, but also has an internal literary justification to it. Put simply, the theme of migration and its outcomes has been an inherently attractive one over recent decades to writers working in a number of different literary movements and traditions (White, 1995: 5).

⁹¹ Este oasis se llamará a partir de entonces Medinat al Nebi («la ciudad del profeta») o más sencillamente Medina.

La temática de los textos literarios tratando de la cuestión migratoria gira principalmente en torno a temas como la percepción de lugares, los sentidos de desplazamiento y transformación, las comunidades disueltas y creadas, la explotación, la nostalgia, las actitudes referentes al retorno, las relaciones y rupturas familiares, la autonegación y el autodescubrimiento.

4.2.LITERATURA Y ESTUDIOS SOBRE MIGRACIÓN

En los estudios sobre migración, los focos, centrados en temas como las características de los inmigrantes, la naturaleza de sus lugares de origen y destino, las subyacentes fuerzas y estructuras políticas, sociales y económicas que engendran y condicionan los movimientos migratorios, siempre han estado orientados hacia las fuentes y datos estadísticos y empíricos. No es por consiguiente, como observa Paul White (1994: 10), una coincidencia que en el mundo de la burocracia moderna los datos son en general más fácil e inmediatamente disponibles sobre eventos como nacimientos, defunciones o migraciones —particularmente internacionales— más que sobre aspectos de las actividades humanas. Otras fuentes como los textos literarios en general han quedado ignoradas. Sin embargo, además de la importancia que tienen para el campo de los estudios literarios en cuanto a percepción, estética, etcétera... , los textos literarios pueden ser de gran utilidad para otras ciencias sociales como lo alega Paul White:

In the investigation of the complex phenomena of population migration, phenomena which involve some of the most profoundly significant events in the lives of human beings, geographers and others have a great deal to learn from a critical reading of creative literature (White, 1985: 282) .

4.2.1. Literatura sobre migración y geografía

En su artículo «On the use of creative literature in migration study», el geógrafo estadounidense Paul White expone lo útil que puede llegar a ser la literatura para las

investigaciones sobre el fenómeno migratorio en el campo de la geografía y señala que incluso en los últimos años se ha incrementado el uso de los textos literarios por geógrafos. Los textos literarios en efecto se revelan muy útiles como fuente para la atribución de sitios o lugares. Esto es el principal uso que dan los geógrafos que se sirven de los textos literarios a estas fuentes.

Con los textos literarios, los geógrafos pueden también llenar el vacío relacionado al deficiente estudio del papel del individuo en la migración como señala Paul White (1985: 10):

Except in social anthropology and some social history, the role of the individual within migration has been poorly articulated, and at the same time the role of migration within a culture or society is often under-conceptualized and lacking in detailed study. These are important gaps which can be constructively filled via the use of creative literature (White, 1985: 10) .

Vemos con Paul White que el empleo de los textos literarios también puede resultar muy gratificante en los estudios geográficos sobre migración para el análisis o la comprensión de situaciones:

The study of creative literature by geographers, whilst producing much evidence of great interest on place attributes and interpretations, can therefore also be of inestimable value to geographical investigations of more 'systematic' or 'situational' topics as well (White, 1985: 282) .

El análisis situacional del fenómeno migratorio por los geógrafos trata habitualmente de una variedad de temas: ¿Por qué suceden las migraciones? ¿Cuáles son sus resultados para el migrante? ¿Cuáles son sus efectos sobre el lugar, la sociedad y la economía de origen y de destino? ¿Qué repercusiones tienen en el sistema? (White y Woods, 1980). En el pasado, los estudios sobre migración en general han deshumanizado estas cuestiones, reduciendo los fenómenos migratorios al nivel de los flujos de capital humano (v. Cebula, 1980).

Con los enfoques conductuales en los estudios sobre migración, la significación de los objetivos y metas ha sido apreciada, pero en un contexto de elección. El uso de la literatura puede aportar conocimientos más profundos sobre las situaciones de los migrantes, y puede permitir la formulación de nuevas preguntas para un planteamiento más amplio de la cuestión (White, 1985: 218). Las novelas, tanto las que tienen un contexto socialrealista como las que son pura invención se revelan útiles para abrir nuevas líneas de investigación tales como por ejemplo, como destaca Paul White (1985: 278) la llegada y alojamiento del migrante o su retorno a su sociedad de origen. El análisis que hace nuestro geógrafo de la novela autobiográfica de Mehdi Charef , *Le thé au harem d'Archi Ahmed* —que trata de la inmigración argelina en París— permite ver la imagen de unos migrantes y sus familias que tienen poco o incluso ningún control sobre sus destinos de alojamiento, cogiendo lo que sea disponible. Como resultado de la incomprensión del funcionamiento de la burocracia local y una introversión de parte de los miembros adultos de la familia, cuyas ilusiones con respecto al sueño francés han sido destrozadas, crece un duro fatalismo. Ejemplo similar es la novela *Les travailleurs tunisiens dans la région parisienne* de Ben Tassi que, además de desvelar también esta realidad de descontrol del inmigrante sobre su destino en el país de destino, expone en detalles por ejemplo las redes por las cuales el inmigrante recién llegado es atendido y guiado por los que llegaron antes.

4.2.2. Literatura sobre migración y psicología

Además de esta utilidad que tienen para la geografía, los textos literarios pueden ser de gran ayuda para el conocimiento psicosociológico del ser humano. Pueden proveer informaciones de gran alcance psicológico como emociones y sentimientos. Vemos con Russel King lo que permite, por ejemplo, conocer el dolor que experimenta el migrante:

The migrant voice tells us what it is like to feel a stranger and yet at home, to live simultaneously inside and outside one's immediate situation, to be permanently on the run, to think of returning but to realize at the same time the impossibility of doing so, since the past is not only another country but also another time, out of the present. It tells us what it is like to traverse borders and by doing so suddenly become an illegal person, an "other"; it tells us what it is like to live on a frontier that cuts through your

language, your religion, your culture. It tells of long-distance journeys and relocations, of losses, changes, conflicts, powerlessness and of infinite sadnesses that severely test the migrant's emotional resolve. It tells of new visions and experiences of the familiar and unfamiliar. For those who come from elsewhere and cannot go back, perhaps writing becomes a place to live (King, 1995: 15).

La literatura constituye una rica fuente de conocimientos, de hipótesis y de sugerencias enormemente útiles para los psicólogos, especialmente para los psicólogos sociales. Un análisis psicosocial serio de la literatura, especialmente de la novela pone a disposición de los psicólogos sociales, que quieran ir más allá de la perspectiva positivista de la disciplina, el amplio y profundo conocimiento psicológico que encierran las grandes obras literarias, a la vez que puede ser de gran provecho conocer cómo estas obras reflejan cada época en que han sido escritas y, sobre todo, su incidencia en la personalidad de los lectores, en su mentalidad, en su forma de comportarse y hasta en su manera de relacionarse entre sí. De hecho, todo lo humano — sentimientos, emociones, pensamiento, acción— e intrínsecamente psicosocial, también la literatura o la novela, que se centra básicamente en los sentimientos, emociones y conductas, es una forma de hacer psicología social. ¿Cómo podrían entonces la psicología y la psicología social prescindir de la literatura si ellas mismas son una modalidad de literatura? Más aún, ¿cómo podría la psicología social construccionista prescindir de la literatura —y de la historia— si como escribe Suárez Cortina (2006: 16), «historia y literatura conformaron —y conforman— dos ingredientes centrales en la construcción social de la realidad»?

Antes de que existiera la psicología como disciplina académica y profesional han sido muchísimos los hombres y las mujeres que se han ocupado de pensar muy seria y profundamente en las cuestiones que luego serían las propias del oficio de psicólogo — las relaciones humanas, el amor, la amistad, la felicidad, la conducta altruista, el comportamiento agresivo y violento, la traición interpersonal, etc.—. Anastasio Ovejero (2012: 11) observa por ejemplo que sobre el amor hay muchas más y mucho más interesantes páginas en la novela del siglo XIX que en los tratados de psicología. Estima también que «en la literatura de autores como Dostoievski, caracterizadas por un profundo y sutil análisis de la conducta humana y de sus emociones y relaciones

interpersonales, hay más y más interesante psicología criminal que en algunos libros de psicología» (2012: 11).

Con frecuencia, los grandes escritores se han adelantado a los psicólogos sociales en diferentes temas. Así, ya en 1833, sesenta años antes de que Sighele (1892) o Le Bon (1895) escribieran sus conocidos libros sobre «Psicología de las Multitudes», Edgar Allan Poe publicó un relato titulado precisamente «El hombre de la multitud», relato que, curiosamente, se abre con una referencia a la lectura y a la soledad, de manera que podemos decir, con Piglia, que

la noción moderna de multitud aparece por primera vez en ese relato de Poe con la característica del anonimato y de lo legible. La multitud está opuesta al mundo del individuo privado que mira a través de la vidriera de un café el torbellino de la multitud vespertina de la ciudad (Piglia, 2005: 83).

Es cierto que viajar es como leer, igual que leer es como viajar. Ambas actividades nos permiten ir más allá de nosotros mismos y salir de nuestro mundo para ver lo que existe más allá de él, lo que, evidentemente, supone un aprendizaje de primer orden. Los grandes literatos amplían nuestra visión de lo psicosocial, a causa de su gran sensibilidad y a causa también de que, como lo observa Anastasio Ovejero (2012: 14), al contrario de tantos psicólogos, ellos no renuncian a la introspección. Su observación de cómo funcionan las relaciones humanas unido a la introspección de cómo funcionan sus propios procesos psicológicos y psicosociales con frecuencia les permite conocer la naturaleza humana mejor y más profundamente que lo que hacen muchos psicólogos.

También, es de señalar que a través de la literatura, sobre todo las novelas, los lectores no solo ven a los demás y entienden su comportamiento, sino también se ven a ellos mismos tal como son y, principalmente, tal como les ven los demás. Al respecto, Catelli (2001: 90) afirma lo siguiente: “Ese don de vernos como nos ven los otros gracias a un espejo que oculta su condición de tal, es una imagen verosímil de la experiencia de la lectura”.

4.2.3. Literatura sobre migración y sociología

Los textos literarios son útiles también en el campo sociológico. En la introducción de su antología de ensayos titulada *Writing across Worlds. Literature and Migration* (1995), los editores, Russell King, John Connell y Paul White, valoran la ficción por su particular nitidez al representar la nostalgia, la anomia, el exilio, el desarraigo o inquietud que caracterizan los movimientos migratorios. Resaltan la «literatura no académica», escrita muchas veces por migrantes, como un acervo crítico y muy importante del proceso migratorio, ya que desvela la experiencia vivencial del «inmigrante». Este enfoque y privilegio de la forma testimonial emerge como una opción atractiva para muchos autores en la temprana fase de la migración. Coinciden en señalar que tales perspectivas —literarias— son muchas veces más sutiles y profundas que los estudios basados en estadísticas frías o respuestas globales de encuestas o cuestionarios. Esta idea viene reiterada por Paul White, quien concibe las novelas como reveladoras de las relaciones de gente y lugar, la importancia de territorio, la retención de múltiples identidades o las discordancias que ocasionan las experiencias migratorias en las vidas de individuos y sociedades (1995: 14).

Paul White enfatiza, es más, el poder de la creación literaria para elucidar los procesos de socialización que construyen la aceptación de la migración —en las mentalidades sociales— como un medio viable y hasta esperado para realizarse o lograr ciertas metas (White, 1995: 16).

4.2.4. Literatura sobre migración e historia

Otra aportación mayor de los textos literarios es la de tipo histórico. En efecto, la literatura, especialmente en su vertiente narrativa puede presentar una gran utilidad como memoria histórica y cultural. Esta realidad se da ya por el simple hecho de que la cultura es memoria como lo vemos con Lotman y Uspensky (1978: 213). La narrativa permite, en efecto, una tarea conmemorativa que, como lo observa Seyhan, permite sacar a luz y/o rectificar experiencias o hechos olvidados o silenciados o imaginar guiones alternativos del pasado:

The work of commemoration is often the only means of releasing our (hi)stories from subjugation to official or institutionalized regimes of forgetting, remembering is an act of lending coherence and integrity to a history interrupted, divided, or compromised by instances of loss. We engage in history not only as agents and actors but also as narrators or storytellers. In narrative, we may be able to redress forcibly forgotten experiences, allow the silences of history to come to word, and imagine alternative scripts of the past (Seyhan, 2000: 3-4).

Asimismo, la literatura puede servir como memoria cultural colectiva para ciertos grupos, precisamente las diásporas, como lo señala:

For the displaced populations of our age, parents' biographies, autobiographies—veiled or revealed— autobiographical fictions, testimonies, and memoirs become the restorative institution of personal and group memory. Here memory is an intersection between personal recollection and historical account, and though self-consciously fragmentary, it intimates the virtual existence of a longer collective narrative of a nation, ethnic group, or class. (Seyhan, 2000: 17).

Writers [in the diaspora] become chroniclers of the displaced whose stories will otherwise go unrecorded [...]. Through the lens of personal recollection and interpretation, the specificity of class, ethnic and gender experiences gains a stature that is often erased (Seyhan, 2000: 12).

Cabe subrayar que la literatura, no hay que olvidarlo, constituye un espacio de ficción. Como lo recoge Nassima Akaloo (2012: 51), para Sabine Fischer y Moray McGowan:

La literatura de migración no sólo es evidencia social; También es un discurso potencialmente transgresor por su posicionamiento periférico en el sistema. La literatura se concibe como subjetiva, individual y diversa; refleja, pero también exagera, desafía y hasta invierte la experiencia social que la informa. Los autores añaden que, al no formar

parte del discurso social establecido, y al establecer lo posible más allá de lo vivido, la función de información social puede hasta pervertirse (Fischer y McGowan, 1995: 41).

Abordar los textos literarios como fuente fehaciente de información conlleva por consiguiente cierto riesgo y exige un alto grado de discernimiento para distinguir lo puramente ficticio de lo real. En el área de los estudios literarios, la sociocrítica, metodología en la que asentaremos nuestra investigación se revela como una disciplina con la que se puede reducir este riesgo.

4.3. CRÍTICA LITERARIA Y LITERATURA SOBRE INMIGRACIÓN

Existe en la crítica literaria la frecuente tendencia a suponer, con automatismo, que la literatura actual sobre la inmigración, igual que toda literatura volcada, por imperativos de ética ideológica o humanitaria, hacia la realidad histórica, es pobre en literariedad y está desprovista de creatividad, desde el punto de vista de la concepción imaginaria y la plasmación artístico-formal. La instrumentalización a la que se somete el texto literario, atendiendo a exigencias de compromiso ideológico y de conducta solidaria, lo convierte en un mero pretexto para la denuncia, cuando no crítica, del contexto histórico de la misma emigración, haciendo, ora ensayismo sociológico y panfleto político, ora documentalismo de craso realismo. Estos rasgos parecen constituir los importantes fundamentos en que suele basarse la crítica propiamente dicha, a excepción de la crítica periodística, para tratar, con escepticismo, esta narrativa y mantenerla en la marginación, desde el punto de vista de la interpretación y el interés hermenéuticos. Como lo observa Mohamed Abrighach (2006: 83), es más que probable que los prejuicios, con que se mira la emigración extranjera en España, están, de igual modo, enquistados en la misma crítica literaria actual; lo cual justifica la escasez de estudios dedicados a la cuestión.

Esta indiferencia científica implica una cierta ceguera porque, por un lado, la inmigración a España es una constante histórica desde el siglo XIX y, por otro, la inmigración extranjera es uno de los desafíos más importantes con que se enfrenta la sociedad española en la actualidad. A este propósito, es menester subrayar que esta

desatención crítica no es una novedad ninguna; constituye una continuidad con la poca atención investigadora que sufrió la misma literatura española de emigración de los años sesenta y setenta, a pesar de la importancia de la misma tanto en el aspecto económico y financiero como en el humanitario y cultural. En el prólogo al único libro crítico sobre la literatura de emigración española de los sesenta y setenta, se afirma esta idea con estos términos:

De la emigración española a Europa se conocen sobre todo sus aspectos demográficos y sus repercusiones de tipo económico. Las entradas de remesas y su influencia sobre la marcha de la economía es lo que más ha atraído el interés de los científicos sociales. En cambio, otros aspectos de tipo social o cultural son prácticamente desconocidos, aunque su trascendencia sobre la vida de los emigrantes alcanzó en ocasiones una importancia mayor que la remisión de sus ahorros a España (Rodríguez Richart, 1999:1).

Es cierto que este escepticismo crítico tiene más que justificadas razones en la escasa, por no decir nula, calidad y atractivo estéticos de muchas obras de esta literatura por la primacía que se da en ellas a la función documental y didáctica, más propias del reportaje periodístico o del ensayo sociológico que de la prosa y verso literarios. Pero, esta realidad no debe ser un argumento para la optimización hiperbólica de estos rasgos individuales con su correspondiente generalización a toda la literatura sobre inmigración. Esta desmesurada extensión conlleva una gran injusticia respecto a esta nueva literatura que obedece a la nueva sentimentalidad (Rodríguez, 1999) que se vino dando en la estética literaria posmoderna desde los finales del milenio pasado. Esta nueva posmodernidad literaria está caracterizada, primordialmente, por un nuevo retorno a la tradición de narrar historias, por el interés dado al tema de la marginalidad, además de la atracción por la historia en mayúscula, en su sentido ideológico-político, en contraposición a la otra posmodernidad que exalta los experimentalismos formalistas, de tipo vanguardista y de claro signo deshumanizador, que declaran la muerte de los grandes relatos.⁹²

⁹² Cf. Oleza, Juan (1993) «La disyuntiva estética de la posmodernidad y el realismo posmoderno», *Compás de Letras*, nº3, pp. 113-126; «Al filo del milenio: las posibilidades de un nuevo milenio», *Diablotexto*, nº1, 1994, pp. 79-104; «Beatus Ille o la complicidad de historia y novela», *Bulletin Hispanique*, Tomo 98, nº2, 1996, pp. 363-383.

La trascendencia de la literatura española sobre la inmigración radica fundamentalmente en el tratamiento que da, aparte del aspecto migratorio, a temáticas actualmente candentes, como son la reflexión sobre la alteridad y las imágenes cruzadas, la necesidad del mestizaje y del diálogo de las civilizaciones, la urgencia de utopías y de políticas migratorias que superan la lógica de la frontera.

4.4. RASGOS GENERALES DE LA LITERATURA ESPAÑOLA SOBRE INMIGRACIÓN

La literatura española sobre inmigración se caracteriza por dos rasgos principales: una poética realista y una estética de compasión.

4.4.1. Una poética realista

La literatura española sobre inmigración se hace, de modo absoluto, en clave realista. Pero, es de afirmar que tal estética no es uniforme dado que ofrece todo un abanico de posibilidades narrativas en cuanto a la representación de la realidad migratoria. A propósito, podemos hablar de la existencia de tres modalidades diferentes en la ficcionalización de dicha realidad, que obedecen a condiciones estéticas también muy distintas. La primera es la mimesis *tout court*, natural, en una ficción realista tan cerca del reportaje que de la prosa literaria, mientras que la segunda opta por un realismo dialéctico que, conjugando documentalismo crítico y formalismo artístico, ofrece una ficcionalidad en que la imaginación y la realidad se hermanan sin problemas y con mucha maestría narrativa. La tercera modalidad es tributaria de esta última, pero con un valor añadido de lirismo plástico y de perspectivismo polifónico. Estas posibilidades pueden mantenerse conjuntamente imbricadas o por separado en el texto, de modo consciente o inconsciente, dependiendo de la intencionalidad del relato puesto que la relación que hay entre ellas es de complementariedad.

La primera modalidad, que corresponde a lo llamado por Barthes, el grado cero de la escritura⁹³, se apoya en la imitación de la realidad histórica y social de la emigración, con una profunda base documental y sociológica. La función informativa de la narración tiende a dominar, sobremanera, porque los condicionamientos inherentes a la denuncia crítica y comprometida son los que moldean, en gran proporción, la escritura. La creación artística cumple una declarada funcionalidad histórica, defendiendo una especie de literatura de tesis.

Un ejemplo ilustrativo de obra escrita según esta modalidad es del relato corto «La Patera», de *La patera y otros relatos*, de José Juan Cano Vera. En él, prevalece un realismo de fuerte automatismo comunicativo. Las líneas divisorias entre realidad y ficción se desdibujan, no porque son abstrusas y difíciles de detectar, sino porque la intriga novelesca sólo sirve de pretexto e instrumentalización para la recreación semificcional, cuando no *mimesis* directa, de la realidad de la emigración, en todas sus connotaciones. Dicho de otro modo, parece haber una correspondencia, por no decir adecuación automática, entre la ficción imaginaria y la realidad sociohistórica de la situación de los inmigrantes. La sublimación de la realidad, en aras de una novelización respetuosa con la naturaleza artística de la ficción y con su carácter autónomo, no tiene, aquí, cabida alguna y no se beneficia de mínima consideración. En el epílogo de su relato, el mismísimo autor se expresa al respecto, afirmando, sin reservas, lo siguiente:

Todos los hechos que se reflejan en este relato corto son reales. Algunas circunstancias han sido noveladas para evitar problemas a los protagonistas [...]. Esta es la historia verídica en la que se pretende describir la vida de miles de emigrantes que llegan buscando trabajo y libertad. (*La patera y otros relatos*, p. 106)

La veracidad de la historia novelesca ancla el relato en el documentalismo descriptivo de la vida de los inmigrantes. Esta primacía de la realidad histórica sobre la realidad artística tiene su contundente concreción en los distintos planos formales, como son la trama novelesca, el estilo narrativo y la manipulación del espacio.

La intriga y la estructura narrativas son escuetas y descuidadamente construidas. La historia personal del protagonista, Benassa, que, por razones políticas y económicas,

⁹³ Barthes, Roland, *Le degré zéro de l'écriture*, París, Seuil, 1972.

deja el Rif para establecerse en Murcia, como emigrante, después de un largo periplo, actúa, aquí, como conducto para hacer una especie de descripción ensayística y sociológica, tanto de la emigración como de la situación social y política de Marruecos, con una tónica que roza la denuncia política. Todo ello hace que «La Patera» no sea un relato corto sobre la inmigración, sino un ensayo documental al mismo tiempo que panfleto político sobre la misma. Esta impronta ensayística margina la dimensión artística de la trama ficcional para hacer amplias disquisiciones, de carácter descriptivo, sobre la realidad política y social del Rif: hay referencias, más que frecuentes, a la represión política llevada a cabo por Hassan II y a varios acontecimientos muy conocidos en la zona, como son la sublevación del Rif en 1958 y las huelgas o manifestaciones sociales de 1984, además de los acontecimientos de la Semana Trágica de Barcelona, de la Guerra de Anual y de la Guerra Civil en Melilla, muy famosos en la historia de las relaciones entre España y Marruecos. Aparte de estas digresiones, se introducen, en nuestra opinión, con torpeza, poemas enteros de Miguel Hernández y de Enrique Maroni, así como recortes de periódicos. La función de estas inserciones es exclusivamente informativa porque sirve para afianzar más el documentalismo realista del relato. Los espacios donde transcurre la acción son reales: Nador, Melilla, Málaga, etcétera. Las descripciones que se hacen de ellos corresponden perfectamente a la realidad. Para un lector conocedor de la zona en que se desarrolla la acción, los detalles que se exhiben son realmente verosímiles.

La intencionalidad que conlleva la narración no obedece a ningún criterio artístico, de gran valor añadido tanto en el plano de la construcción novelesca como en el de la composición estilística. Más bien, parece difuminarse a favor de un cometido pragmático, acusadamente comunicativo e informativo, muy acorde con el carácter documentalista de la obra porque, al fin de cuentas, Cano Vera confiesa, sin equívocos, que no quiso hacer otra cosa que

rendir un homenaje a los inmigrantes, que huyendo de sus países por problemas económicos, sociales, laborales, políticos, culturales y religiosos, buscan en Occidente un lugar al sol. (*La patera y otros relatos*, p. 109)

En otra obra, *Por la vía de Tarifa* de Nieves García Benito, concretamente en el cuento «Gabriela», tanto la realidad como la ficción se funden para confundir al lector ante la imposibilidad de detectar la identidad de la realidad física y la de la imaginación ficticia. Esta compenetración de las dos instancias se refuerza, con más notoriedad, al final del relato cuando la narradora extradiegética se entera de que, fuera de la casa en donde escribía el relato en el ordenador, estaba llegando, de verdad y *de facto*, la misma patera que había descrito en la ficción imaginaria, a base de un relato intradieгético. Para colmo, de esta misma patera, que había sido detectada, de improviso, por los guardias civiles, salían los mismos emigrantes que había en la foto. Esta actualización práctica de la ficción en la realidad es una personificación de la imposibilidad de desechar la realidad y la vida de la ficción, porque ambas son inherentemente inseparables. Además, permite a la narradora llegar a la conclusión, un poco negativa: decidir nunca titular un cuento con el nombre de Gabriela, su hija.

En este relato de Nieves García Benito se configura la segunda modalidad de la estética realista que, en vez de tener base en una *mimesis* tanto sociológica como testimonial de la emigración, nos encamina hacia un espacio narrativo donde la profunda concurrencia simbiótica de arte y vida se hace tan difícil y casi imposible de detectar puesto que las líneas divisorias entre la realidad y la ficción son tan íntimamente difusas. Este hecho de ósmosis es una indicación de que no hay ninguna frontera entre la vida y la literatura. Esto es, la literatura puede convertirse en realidad vital y, viceversa, en una relación dialéctica de vasos comunicantes. Esta característica, que fue dominante en la literatura fantástica contemporánea, vuelve a ser muy notable en la literatura actual, en general, y en el realismo posmoderno, en particular. Juan Oleza ve en este fenómeno de simbiosis uno de los rasgos definidores del realismo posmoderno actual⁹⁴. Este realismo niega el tradicional realismo mimético, haciendo propias su pasión por narrar las historias y la vida social, pero al mismo tiempo, rechaza el formalismo experimentalista y estetizante que, en nombre de la autonomía del arte, asume su carácter puro y desenganchado igual de la vida que de la historia. El resultado es una novela muy empapada de hibridismo imaginario que va a mitad de camino entre lo privado y lo público, la biografía y la imaginación, la historia y la ficción. La

⁹⁴ Oleza, Juan (1993) «La disyuntiva estética de la posmodernidad y el realismo posmoderno», *Compás de Letras*, nº3, pp. 113-126; «Al filo del milenio: las posibilidades de un nuevo milenio», *Diablotexto*, nº1, 1994, pp. 79-104; «Beatus Ille o la complicidad de historia y novela», *Bulletin Hispanique*, Tomo 98, nº2, 1996, pp. 363-383.

proyección de lo individual y de lo propiamente subjetivo, esto es, la privacidad y la biografía, en la objetividad de la historia y de la vida, hace que la ficción se involucre fuertemente en la realidad, en plena compenetración entre estética y verdad. Es, en esta soldadura difusa y perspicaz entre la realidad y la ficción, donde radica la trascendencia de esta segunda modalidad narrativa de la estética realista, de base posmoderna.

En *Voces del Estrecho*, Andrés Sorel, conocido por su novelística realista y comprometida, hace una descripción muy real de la emigración marroquí cuyas distintas facetas son analizadas, por él, en virtud, primero, de las historias individuales de los inmigrantes clandestinos que se ahogan en el Estrecho y, segundo, de su hondo conocimiento personal e individual de la emigración, después de una experiencia de exilio en Francia, por razones políticas. Pero, este sondeo en la realidad dramática de la inmigración marroquí se plantea desde una óptica genérica que se ancla en el mito y, sobre todo, en la mística. Esta última, le permite presentar a los ahogados naufragados en el Estrecho como voces de ángeles dolientes que sólo tienen vida en la noche, llevando a cabo su peregrinación corporal y física, en espera del juicio final y de la culminación espiritual de su alma. Así es como lo resume El Viejo de la Montaña:

- Todos sabéis -les decía- que han de pasar cuarenta años todavía, penando como ahora penáis, a la manera en que Dios, bendito sea su nombre, comprometió a los elegidos cuarenta días y cuarenta noches antes de mostrarles su voluntad. Y al término de los cuarenta años llegará el Día del Juicio Final, que ha de encontraros purificados y ligeros de carga. (*Las voces del Estrecho*, p. 23).

Esta impronta mística y teológica presenta la diáspora migratoria como una profunda bajada a los infiernos y a la oscuridad, lo cual emparenta con toda la tradición nocturna de la literatura romántica. Para Ismael, los ahogados emigrantes clandestinos, que deambulan por la noche en la zona, son

-[...] sombras. Fantasmas que vagan por el cielo impulsados por los vientos, sombras que buscan sus cuerpos. Hasta que los encuentren no pueden descansar. (*Las voces del Estrecho*, p. 14)

La ficcionalización de la emigración, a base de una impronta fantasmagórica, propia de una poética de la nocturnidad, convierte la novela en un espacio narrativo en que coexisten, al igual, la ficción y la realidad, aunque sin lindes divisorias y diáfanas entre ambas. La mencionada compenetración no se da, en exclusiva, en el plano del argumento y de la invención, sino que también en el textual, mejor dicho, metatextual, sobre todo, en la naturaleza de la relación existente entre el personaje y el narrador. Abraham es el narrador principal de *Voces del Estrecho*, acude a Zahara en busca de las historias de los emigrantes que se ahogan en el Mediterráneo. Allí encuentra a Ismael quién, en tanto que informante, le cuenta las historias de las distintas voces ahogadas en el Estrecho, porque es el único que las conoce de cerca por ser sepulturero. A su vez, Abraham se conforma con recontar estas historias por medio de su pintura hablando

- De sus cosas: de cuando eran pequeños, de su tierra, del miedo que pasaron en la travesía, de lo que ahora penan. Y de su vida, de la de antes. (*Las voces del Estrecho*, p. 14)

Esta relación de *narrateur-narrataire* (personajes-emigrantes) se invierte al final de la novela. En este momento, el narrador Abraham resuelve su angustia ante el tiempo y la vida real de la emigración, suicidándose voluntariamente en las mismas aguas del Estrecho en que se naufragaron todos sus personajes, con la finalidad inequívoca de emprender la misma travesía trágica en la profundidad del mar, en imitación de la diáspora dramática que habían vivido y narrado los mismos personajes-emigrantes. La decisión de suicidarse convierte el narrador, Abraham, en personaje, porque pierde su potencialidad enunciativa para asumir el destino y la vida de los mismos personajes cuyas historias había narrado con anterioridad. La inversión de papeles entre narrador y personaje es una manifestación del intercambio recíproco de roles entre los dos. Tal complicidad es una metáfora metalingüística de la imposibilidad de separar entre la literatura y la vida, el arte y la verdad.

Este mismo vaivén entre ficción y realidad se halla en *Harraga* de Antonio Lozano. Se concreta en esta situación de vigilia y sueño en la que se encuentra el protagonista, Jalid, en su pleno cautiverio dentro una anónima y oscura cárcel de Tánger. Desde un estado de perfecta agonía, no halla más remedio, tal vez por catarsis

emocional o arrepentimiento penitente, que llevar a cabo todo un esfuerzo mnemónico a través del cierre de sus ojos para recordar, soñar y rememorar su pasado de peregrinación por el universo de la mafia, la droga y el tráfico de personas en el Estrecho. La repetición constante, a lo largo de toda la novela, de «cierro los ojos», encabezando muchos capítulos, es el indicio textual más destacado que ubica *Harraga* en la segunda modalidad narrativa que tratamos. La descripción del yo narrador de su estado en la cárcel roza el onirismo y lo fantasmagórico, porque el protagonista llega a sentirse expulsado de la realidad, hasta el extremo de llegar a perder la capacidad intelectual para distinguir el tiempo que transcurre, y sobre todo, entre el sueño y la vigilia. Con un toque teñido de compasión y patetismo, confiesa:

Cierro los ojos. [...]. Ya no cuento los días, las semanas, los años que llevo aquí dentro. No distingo las noches de los días [...].

A veces me parece que me expulsaron de la realidad que me encuentro en el infierno [...]. (*Harraga*, p. 9)

Hace tiempo que no distingo cuando sueño y cuando pienso. Y para seguir sintiendo que aún vivo, necesito reconstruir mi vida, recordar los pasos que di hasta llegar aquí. (*Harraga*, p. 10)

Las mismas palabras, que recogen estas citas al principio de la novela, las repite, de la misma manera y con igual estilo verbal, al final de la obra en que expresa su aniquilamiento total y la pérdida de su memoria, preludio de su próxima muerte:

Cierro los ojos. [...].

Las grietas de techo de mi celda se están cerrando.

Durante todo este tiempo, he deseado, he creído ver entrar por ellas a mi celda a la gente que he querido. Pero siento que ha llegado el momento de la soledad completa. Mi cerebro se ha secado, no quedan de él ni las ruinas de mis recuerdos. Todo ha sido arrasado, quemado, asolado.

Acabo de olvidar los nombres de mi madre, de mi padre, de mis hermanos. Se han borrado de mi mente los lugares por los que paseaba, los olores y sabores, y la humedad de esta mazmorra, adherida a mis huesos, a mi piel, es el único clima que ya conozco. No hay día ni noche, invierno ni verano. Ni siquiera hay silencio. El silencio absoluto no existe: un ligero zumbido, apenas audible, como el motor del tiempo, vibra omnipresente. (*Harraga*, p. 162)

Ello quiere decir que la situación real —con verdaderos ecos de la vida cotidiana tanto de los inmigrantes como de Marruecos—, narrada en medio de la novela, se ve acorralada, al principio y al final de la misma, por la irrealidad fantástica que confiesa y vive el protagonista. Otra vez más, igual que en los demás relatos, la ficción se confunde con la realidad, haciendo imposible, para el lector, saber dónde alcanza cada una de ellas. En *Harraga*, la acción transcurre en espacios reales fácilmente reconocibles, como Tánger, Melilla, Nador y Málaga. Hay frondosas referencias históricas (guerra del Golfo, muerte de Hassan II, huelgas sociales de 1984, acontecimientos del Rif de 1959, persecuciones políticas de estudiantes, etc.), étnicas (lengua rifeña, costumbres rituales, fiestas matrimoniales, rencores entre beréberes y árabes, etcétera.) y culturales (movimiento cultural amazigue...) que aparecen acá y acullá en el relato. El conjunto de estas referencias anclan la narración tanto en la realidad como en la historia. Sin embargo, la narración las hace diluir en la ficción hasta el extremo de llegar a hacerlas perder sus contornos detectables y realistas, dando lugar al hibridismo anteriormente mencionado.

La apoteosis en la fusión entre ficción y realidad desemboca en una narración que se hermana con la lírica y la poesía. Esta es la última modalidad en la que la representación de la emigración se enfoca desde la perspectiva del mito, de la metáfora y del símbolo, que dota al relato de una notable poeticidad, peculiar de la enunciación lírica. El realismo que fue, primero mimético, luego simbiótico y fusionador entre realidad y ficción, termina siendo poético, arribando a lo que Ralph Freedman llama la novela lírica.

La plasmación estilístico-poética, igual que la enunciación perspectivista, constituyen unos logros significativos, desde el punto de vista de la literariedad, en la literatura española actual sobre la inmigración, sobre todo, en las novelas o cuentos de Antonio Lozano, Andrés Sorel, Lourdes Ortiz y Eduardo Iglesias. Lo cual confirma, una

vez más, que la escritura comprometida con la cuestión migratoria puede y, con creces, hacerse desde una considerable artisticidad, de ricos atractivos formales.

Las dos novelas de Antonio Lozano, *Harraga* y *Donde mueren los ríos*, nos ofrecen un ejemplo prototípico de esta prosa poética. La poeticidad lírica la consigue el escritor canario mediante un estilo que se llena de mucha plasticidad imaginativa. Prueba de ello, es el uso frecuente y casi normativo de la comparación metafórica como figura retórica muy importante; se actualiza con conectores comparativos tales como: «cual», «como», «como alguien» y también el verbo «parecer». Para citar tan sólo un ejemplo, notamos que en las primeras páginas de *Harraga*, Antonio Lozano utiliza con frecuencia muchas metáforas comparativas:

Todo lo demás, mi ciudad luminosa, los callejones de mi infancia, **la bahía como brazos de madre**, [...], Abderrahmán que **me pesa como la muerte** [...]

Crucé el Estrecho **como un señor**, [...]

Hamid apareció ante nosotros **como el elegido que pudo escapar de la miseria en que vivíamos**. En mi casa nos apiñábamos siete hermanos: tres habitaciones raquíticas, en baño en el patio, **una cocina estrecha como nuestras vidas** en la que mi madre amasaba el pan, [...]

Así, la vivienda de Hamid se nos antojaba hermosa **como un palacio** [...]

Al salir de Manila, recorrimos una vez más el bulevar, hasta llegar a la plaza del Faro. [...] contemplan las luces que, en los días claros, las casas de tarifa exhiben como una provocación; [...]

Hamid y yo simpatizamos enseguida. Detrás de mi apatía veía a un soñador en horas bajas, pero estaba convencido de que, algún día, se despertaría en mí la certeza de que la felicidad la ganamos abriéndonos paso en nuestra propia vida, como el explorador con su machete en la selva tropical 34. (*Harraga*, p. 9-12)⁹⁵

A ello, se agregan otros recursos como el estilo telegráfico, la enumeración inacabada y la excesiva adjetivación:

⁹⁵ Lo marcado en negrita es obra nuestra.

[...] Recorrimos calles, bares, burdeles en un viaje iniciático tardío pero fecundo. [...]. Ante mis veintisiete años desfilaron niños harapientos pegados a cubos de basura, mendigos envueltos en cartón, prostitutas confinadas en cuartuchos mugrientos, policías ahítos de cerveza gratis, locos asidos al tetrabrik para no caerse del mundo, iluminados en el paro trocando versos por vino, islamistas al acecho de la desesperanza ajena. Y cuando el coro de los amuédanos resonaba en la noche, ésta se vaciaba de su ejército de desheredados, de desalmados, de desesperados, que desaparecía como absorbido por el sumidero de la ciudad. [...].

[...] A través de las antenas parabólicas, que en pocos años habían invadido las azoteas, llegaban pruebas constantes e irrefutables de que existía un mundo mejor, y a nosotros no nos había tocado vivir en él. Trabajo abundante, dinero para mucho más que un vaquero barato y unos litros de cerveza, noches relucientes de neón, mujeres dispuestas a amar, coches para todos, hamburguesas americanas, centros comerciales gigantescos, penetraban en cada hogar, salpicaban nuestra miseria, derrotaban nuestra resistencia. (*Harraga*, p. 15)

Esta cita larga es un ejemplo entre miles de lo que podemos hallar en las dos novelas de Antonio Lozano. El texto subrayado resalta cuán relevante es el uso de la enumeración. La técnica del paralelismo que la subyace otorga, por un lado, a la narración un fuerte movimiento que le imprime cierto aire de musicalidad rítmica y, por otro, refleja lo profunda que es la proyección del narrador en lo que dice o cuenta y, al mismo tiempo, hasta qué punto es importante su asunción de lo narrado.

La totalidad de estos mecanismos da lugar a una narración preñada de movimiento a la vez que de una rica sensibilidad, lo que le permite al autor bucear en las almas y conmover las conciencias del lector. Este dinamismo, que saca una parte de su fruto de la oralidad que parece imperar en el relato, se consigue con éxito y facilidad inauditas, porque la enunciación narrativa se consume desde una poética de la proximidad que, a su vez, se alimenta de la compasión y de la ternura al hacerse a partir de la vivencia personal de la emigración: la sensibilidad, con la cual esta última se concibe, sale de las entrañas y de lo más visceral de la conciencia emocional. La proyección profunda del narrador en lo que cuenta y su vivir de la emigración en su subjetividad nos topa con una novelística hecha poesía y emoción. Otra vez más, se mantiene la dificultad de separar entre vida y estilo, lo personal y lo público.

4.4.2. Una estética de la compasión

El otro denominador común de la literatura española sobre inmigración es la compasión y solidaridad. Esta literatura opta, en tanto que alternativa de resistencia o de oposición también posmoderna, por una poética de humanización, porque la ficción es considerada, desde el punto de vista de la ética moral y de la conciencia humanitaria, la más que idónea para la narración de la tragedia de la inmigración, pero sin hacer concesiones a la calidad artística. Esto supone que la poética realista se torna una estética ética.

Esta literatura de compasión se apoya en narrar la inmigración de modo tan dramático y lleno de angustia, con la intencionalidad pragmática de conmover al lector y engancharle a esta realidad rápida y frecuentemente olvidada, manteniendo despierta y en vigilia su conciencia crítica, en forma de solidaridad y deferencia.

La literatura española sobre la inmigración conlleva una benevolencia inequívocamente discutible y, en la mayoría de los casos, la irrumpe una fuerte sensibilidad subjetiva que hace de la ficcionalización literaria una labor de ética que se lleva a cabo desde «la primera trinchera del corazón»⁹⁶. El objetivo es producir un revulsivo de conciencia en la sensibilidad de los lectores. Enrique Montiel termina su relato, en el libro colectivo que lleva como título sugestivo: *Estrecho, una poética de la solidaridad*, con unas palabras que explican esta finalidad de despertar la moral ética en los receptores:

El declarante confía en que dicha declaración llegue al mayor número de ojos y al mayor número de corazones para que se empiece a hacer algo, [...] y saber que todos tenemos un mismo destino que es la muerte y un mismo camino que es la vida que debe ser honrada, buena y sagrada (Téllez Rubio).⁹⁷

La literatura sobre la inmigración rezuma tanta ternura que acompasa las almas y se adentra, con facilidad y profundidad, en las conciencias. La intensidad de la narración

⁹⁶ Téllez Rubio, Juan José, «Prólogo», en *Por la vía de Tarifa*, p. 10

⁹⁷ Citado por Dolores Soler-Espiauba en «Los emigrantes y la vida», *Literatura y pateras*, p. 105.

convierte esta literatura en una especie de canto, atormentado por el desgarró y el desasosiego por la suerte y el destino de los emigrantes quienes, a pesar de ahogarse a diario y dramáticamente en las aguas del Estrecho, son dejados al amparo del olvido y vistos con una indiferencia terrible, en clara contribución a hacer más anónimos e impunes los injustos desajustes económicos y sociales existentes entre el Norte y el Sur.

Nieves García Benito expresa esta indiferencia, con que se atiende a los emigrantes africanos, con palabras patéticas, evidenciadoras de mucha indignación y frustración:

¡Cómo gritar ante la indiferencia, indolencia, insensibilidad, frente a los tres mil muertos del Estrecho! No hay grito. No hay toalla para proteger a los ahogados, ni de la cámara hostil, ni de la mirada morbosa en los informativos. La libertad de indignarse, la compasión, parecen perdidas en el laberinto obtuso de la carrera de imágenes (García Benito).⁹⁸

La misma autora subraya, a continuación, que esta ausencia, en la vida real, de compasión humanitaria hacia los inmigrantes desamparados es, indudablemente, una confirmación de su presencia, en el plano de la ficción, en la literatura que ella hace. Así es cómo lo patentiza:

A un herido en accidente, tendemos a ayudarlo, por instinto, por desamparo. Cuando llegan quemados a muchos se les traslada directamente al barco para Marruecos. Ya no hay compasión (García Benito, *ibid.*).

En la misma ficción, nos percatamos de la existencia, en varios personajes, de esta tendencia a considerar la inmigración desde el corazón, y hasta desde la pena y la conmiseración. Ismael hace constancia de ello al principio de *Las Voces del Estrecho* en su diálogo con Abraham sobre la suerte de las voces de los inmigrantes:

⁹⁸ García Benito, Nieves, «Por la vía de Tarifa o la letra con la sangre entra», en Soler-Espiauba, Dolores, *Literatura y pateras*, p. 77.

[..] Ahora todo lo ha cambiado el turismo y la televisión. Por eso se ha dejado de pensar. Y de tener conciencia. Zahara era un pueblo con olor a miseria. Y Medina ni siquiera existía (Sorel).⁹⁹

En esta cita, Ismael pone de relieve la necesidad de la conciencia además de la razón para enfocar la nueva realidad de Andalucía en tiempos de la nueva emigración. Pero, simultánea mente, echa la culpa a los medios de comunicación y al turismo que sirven de coartada para mantener la amnesia, la desinformación y acaso la trivialización de la inmigración actual. Esta indiferencia es inaceptable, habida cuenta de que la misma Andalucía y, en este caso, Zahaza y Medina, eran, en un pasado no muy lejano, unos pueblos cuyos habitantes morían en naufragios marítimos. El mismo pensamiento se mantiene al final de la obra en la carta que dirige Abraham a su amigo marroquí, Abdelhak, en la que afirma que, enfrente de los olvidados muertos, no se actúa con conciencia, ni corazón:

[..] Me dijiste: tienes que ir allí, pintar aquello. Tal vez pronto sea también tarde. Pintar las voces que nadie escucha, a las que no se da importancia. Porque hace tiempo que hemos cegado el ojo y tapado el corazón. Es el gran silencio, el no declarado: el que cae sobre las víctimas sin nombre, el de las voces del Estrecho (Sorel, *ibid.*).

Otro tanto, ocurre a Eusebio Fuentes Salmerón, el protagonista guardia civil en el cuento «Al-mir-at» *Por la vía de Tarifa* de Nieves García Benito. Con angustia y verdadera pena, vive la situación de los inmigrantes que encuentra, a diario, muertos en la costa:

Eusebio salió cansado y triste. Echó una mirada larga sobre los jóvenes marroquíes somnolientos. Sintió pena. Un malestar tibio le sacudió el estómago. Pensó que le vendría bien una manzanilla (García Benito).¹⁰⁰

⁹⁹ Sorel, Andrés, *Las voces del Estrecho*, p. 13.

¹⁰⁰ García Benito, Nieves, *Por la vía de Tarifa*, p. 86.

Este sentimiento no lo tiene su colega de profesión recientemente incorporado a la Guardia Civil, porque Eusebio arrastra otra historia similar a la de los jóvenes marroquíes, como es la de su padre que era emigrante en Alemania donde murió sin poder verle: «Su padre Antonio iba y venía a la mente de Eusebio» (García Benito, p. 74).

Este paralelismo entre la vida de los inmigrantes marroquíes y la de su padre es la razón que explica el hecho de que Eusebio vea en el joven marroquí «un buen yerno» (García Benito, p. 87).

La estética de la compasión tiene como cometido fundamental conseguir la adhesión del lector para garantizar su identificación con el inmigrante. Este objetivo se consigue con varios procedimientos tanto de, por decirlo operativamente, forma como de contenido. Uno de los mecanismos más usados es la descripción de la inmigración o del sueño de emigrar como situación límite, esto es, como una especie de última oportunidad vital, a veces, existencial y ontológica, que separa la vida de la muerte, la dignidad del desprecio, la libertad de la represión. Tal situación límite implica un potencial de desarraigo considerable, natural en personas que ya pierden toda esperanza de vivir dignamente en su propia tierra. Es así tan desconcertadora, porque emigrar supone la pérdida de la intimidad propia, de las raíces culturales, de la identidad, del espacio y hasta del amor y de la misma familia. Tahar Ben Jelloun explica, con mucha razón, esta situación límite de la emigración, subrayando que el dejar el país supone un cambio muy traumático, productor de mucha desazón:

Todos los emigrantes [...] experimentan una desazón que no se atreven a exteriorizar. Se comportan como si no estuvieran en regla ni fueran bien acogidos. [...] diríase que se trata de un traumatismo incurable. Sucede que este arrancamiento conlleva, en sí mismo, violencia; abandonar la propia tierra, abandonar una parte de la familia, arrancarse, es decir, extirpar las raíces transportándolas a otro lugar es una operación violenta que no se lleva a cabo sin dolor (Ben Jelloun).¹⁰¹

Muchos, por no decir la totalidad, de los personajes se hallan involucrados en esta situación límite y albergan este mismo sentimiento de pérdida fatal: ellos se ven obligados, por la fuerza de los condicionamientos sociales y económicos, a emigrar en

¹⁰¹ Ben Jelloun, Tahar (2004) «La maleta invisible», *La Mañana*, Año XV, p. 7.

busca de nuevos aires para vivir dignamente. Vemos cómo por ejemplo en la novela de Andrés Sorel una voz inmigrante expresa esta realidad con tanta desesperanza y dolor:

[...] “No queríamos volver la vista atrás. Atrás quedaban los recuerdos. Portaba conmigo un pequeño puñado de tierra de mi pueblo. Si volvía la vista atrás, moriría, o me obligarían a regresar. Dolía no mirar, mas ésa era nuestra resolución” [...] (Sorel).¹⁰²

Esta situación límite es, igual de desgarradora y llena de angustia, tanto si se trata de emigración por razones económicas y políticas como por factores propiamente personales y étnicos. La vivencia de la inmigración de esta forma abarca, del mismo modo, la complejidad dramática de la travesía y el tipo de vida nueva, desarrollado en los países de acogida, que, en general, se caracteriza, a excepción de algunas salvedades positivas, por la indiferencia, el racismo y la esclavitud.

Otro procedimiento creador de la emotividad compasiva es la visión catastrofista de la emigración, de profundas trazas alarmistas. Esta última acaba siempre negativamente en esta literatura: bien en el cautiverio, como es el caso de Jolid en *Harraga*, bien en la muerte, como ocurre en *Las Voces del Estrecho*.

Es cierto que esta visión alarmista se hace, como piensa Marco Kunz, «para provocar efectos emocionales en el lector» (Kunz, 2003: 234). No obstante, no se elige por «su carácter arquetípico», ni por su alta representatividad estadística, sino por el carácter trágico y concreto que tiene la misma en la praxis real, notable en las pérdidas, cada vez más crecientes, en vidas humanas que la travesía del Estrecho está provocando. Ante tal drama, es difícil que mente o conciencia humana se mantenga indiferente y deje de actuar en términos de incidir en los hechos para cambiar la suerte de los inmigrantes.

Los efectos pragmáticos del dramatismo de la inmigración se explotan con profusión por su capacidad para provocar una eventual identificación del lector con el inmigrante. Tal vez, esta es la razón que explique la ausencia de una visión positiva u optimista, porque ésta la encontramos solamente tanto en *Tarifa* de Eduardo Iglesias, donde el niño inmigrante, Rashid, acogido por Max y Norma, consigue tener un buen

¹⁰² Sorel, Andrés, *Las voces del Estrecho*, p. 64.

futuro llegando a ser escritor —el que de hecho narra la historia de la novela— y en *Europa se hunde*, donde el protagonista, Said, que también es marroquí ofrece el ejemplo de, en palabras de Kunz, «una integración aparentemente exitosa de un emigrante que alcanza la independencia, la amistad de los autóctonos y cierto bienestar en España»¹⁰³. Aparte de estos contraejemplos, en los demás textos, no encontramos nada más que voces dolientes, pasiones quejumbrosas, ahogados, tumbados a la intemperie y pedazos de cuerpos, flotando en el mar para miedo de bañistas veraniegos.

En el plano de la enunciación narrativa, los efectos de la compasión se obtienen mediante una implicación profunda en el relato narrado, en virtud de una proyección conmovedora del narrador en la historia, haciendo imposible separar entre el ámbito de la vida y la subjetividad y el del espacio público y objetivo. Las dos esferas se mantienen tan imbricadas que hace que la intensidad de la vivencia personal de los narradores personajes aparezca plasmada en el texto narrativo que se llena de tanta sensibilidad y ternura en cuanto a entonación y tonalidad de la narración. Todo ello, da lugar a una narración muy viva y viviente que parece como si saliera de las fibras más sensibles de la conciencia. Una literatura hecha desde dentro y desde el corazón. El uso frecuente de la primera persona en la enunciación está en sintonía perfecta con esta narración visceral y de profundidad: son los personajes los que se encargan de narrar su historia, en directo y desde su vivencia personal, poniendo, al descubierto, la situación de la emigración en su versión más inhumana y desgarradora. Estas voces que narran o se autonarran, tal como ocurre en *Las Voces del Estrecho*, a guisa de ejemplo, son voces de desgarro total, que rebosan de mucha emotividad en su sensación de hallarse en la soledad y abandono absolutos. Por ello, aparecen en su mayoría como «voces dolientes»; se conducen lamentando, con pena y dolor lacerante, su destino fatal, vivido con resignación en su barco-hotel, ya abandonado desde mucho tiempo. Los numerosos microrrelatos de la obra dejan transmitir una verdadera hemorragia de pasión dramática. Cada uno de ellos, constituye un hervidero de conciencia que es desbordado por un fuerte sentimiento trágico que solicita compasión de modo imperativo.

La narración en primera persona de Jalid, en *Harraga*, se enmarca también dentro de la misma impronta narrativa. Aparte de este sentimiento persistente de arrepentimiento, con tendencia al saldo de cuentas, por escrúpulos de penitencia, con su

¹⁰³ Kunz, Marco, «La inmigración en la literatura española contemporánea: panorama crítico, en Andrés-Suárez, Irene y otros (2002) *La inmigración en la literatura española contemporánea*, p. 125.

pasado, la narración de su vida anterior la consume desde su profundidad interior y, sobre todo, desde los recuerdos a partir de una situación de cautiverio atroz que le dificulta establecer distingos entre el sueño y la vigilia, la realidad y la imaginación. Esta poética de la proximidad, de raigambre emotiva, en la descripción de la emigración y de su vivencia, se plasma textualmente en el uso de un estilo que, sin hacer ascos a la oralidad, está lleno de dinamismo y de una plasticidad poética muy considerables que se consiguen con las metáforas y otros recursos de retórica estilística.

Huelga dejar constancia, como lo observa Mohamed Abrighach, de que

esta literatura de compasión no puede vincularse con sensiblería ninguna, ni tampoco con cualquier tipo de sensacionalismo lacrimoso o llorón. No es el caso, bajo ningún concepto. La calidad humana de la realidad de la emigración se hace desde una perspectiva, a veces, trascendental (Abrighach, 2006: 107).

CAPÍTULO 5. TEXTOS CULTURALES MITIFICADORES

El texto cultural, según Edmond Cros, se define como

un fragmento del intertexto de un cierto tipo, que interviene con modos específicos de funcionamiento en la genealogía de la escritura. Se trata de un esquema de naturaleza doxológica en la medida en que corresponde a un modelo infinitamente repetido que se presenta como un bien colectivo cuyas marcas de identificación originales han desaparecido (Cros, 2003: 181).

Tiene un núcleo semántico formado por concreciones semióticas interrelacionadas que no pueden sufrir alteración cualquiera que esta sea. «La invariabilidad que cristaliza el sentido de este núcleo semántico duro está protegida por la extrema labilidad de los elementos periféricos» (Cros, 2003: 118). Nuestro procedimiento de análisis consistirá entonces en resaltar en un primer tiempo las concreciones semióticas de cada texto cultural estudiado y luego en sacar a luz y analizar su presencia en los textos literarios objeto de estudio.

Entendemos por «textos culturales mitificadores» aquellos textos culturales en los que aparece un lugar construido como paradigma de bienestar material y/o mental. En la cuestión migratoria, estos textos son fundamentales. Son en efecto ellos los que dan vida a todo este entramado, las que motivan la migración. Estos textos son el mito del paraíso, el mito de El Dorado, el mito de la tierra prometida y el mito de Jauja. No dedicaremos ningún apartado específico al mito del paraíso, lugar de bienestar absoluto, de plenitud, debido a que las concreciones semióticas de su núcleo semántico caracterizado por el bienestar absoluto, la plenitud, aparecen diseminados en los menos plenos y más específicos núcleos semánticos respectivos de los demás textos culturales mencionados.

5.1. EL MITO DE EL DORADO

5.1.1. Exposición del mito

El mito de El Dorado nos viene de los muiscas, un pueblo indígena con una rica tradición mitológica que vivió en las tierras de Bacatá, en el Altiplano Cundiboyacense, en la zona que posteriormente sería denominada la Nueva Granada supuestamente desde el siglo VI a.C. hasta la conquista española. Veneraban a diversos dioses, los cuales exigían respeto y devoción. De igual forma, contaban con una innumerable cantidad de leyendas que nutrían sus creencias y que fueron documentadas por los cronistas españoles durante la época colonial. Una de dichas leyendas narra la historia del cacique de Guatavita, gobernante de los terrenos adyacentes a la laguna sagrada de la cual toma su nombre, en la actual Cundinamarca, Colombia. Este gobernante se había enamorado de una bella joven de la tribu vecina, la cual lo desposó y le dio dicha y felicidad. Los esposos procrearon a una pequeña niña, centro del afecto de la pareja. Sin embargo, la armonía durará poco tiempo, ya que el rey se consagrará mucho a sus funciones, entregándose al libertinaje y al engaño, dejando de lado a su amorosa pareja, quien sintiéndose olvidada se desesperaba. Durante una fiesta, la joven cacica se enamoró de un apuesto guerrero, y comenzó a tener encuentros amorosos con el mismo abiertamente, mofándose de su esposo y su guardia. Este, enterado del engaño, sorprendió a la pareja en el acto y prendió al amante, a quien torturó hasta la muerte. Arrancó el corazón del mismo y cortó sus miembros, los cuales «fueron llevados al guiso alimenticio para una comida ceremonial en honor a la cacica infiel» (Ocampo, 1992), la cual fue organizada la misma noche de la aprensión del joven. En el curso de la cena le fue ofrecido a la soberana un plato refinado, el corazón de un animal salvaje. La reina, desconfiada, renegó del plato solo para apreciar, con posterioridad, que en el guiso se encontraban los pedazos de su amante. El ambiente de fiesta desapareció ante el grito de horror de la cacica quien, pálida como un difunto, corrió con el corazón magullado a buscar a su hija antes de desaparecer en las tinieblas. Luego, al llegar a la sagrada laguna de Guatavita, la reina se arrojó con la niña en brazos para perecer ahogada. Los Xeques, sacerdotes del lago, no tardaron en llegar con el ebrio monarca para informarle de los sucesos. Este, con el corazón destrozado, comprendió el mal que había hecho a su esposa al abandonarla en primer lugar, y en someterla a la deshonra

posteriormente por su propia actitud negativa. Rememorando la felicidad de sus primeros días juntos, corrió hasta la laguna y ordenó a uno de los xeques «que recuperara los cadáveres de su mujer y de su hija». Este, tras varias ceremonias, «se zambulló en la laguna, y después de un largo espacio, salió solo, diciendo que había hallado a la cacica viva, y que estaba en una casa y cercado mejor que el que tenía en Guatavita» (Ocampo, 1992), donde vivía feliz con una serpiente que estaba enamorada de ella. El angustiado rey pidió que le trajeran, cuando menos, a su apreciada hija. Los obedientes sacerdotes devolvieron la niña a su padre, quien pudo constatar que no tenía más los ojos. Adolorido, decidió devolverla a su madre, y perdonó a su esposa, prometiéndole como ofrenda anual todas las riquezas que merecía por haber sido su reina y haberle dado por un tiempo la más pura alegría. Los xeques se convertirían, pues, en los guardianes de la cacica, diosa de la laguna, quienes vigilarían sus apariciones en las noches de luna llena. El rey, por su parte, se encargaría de dar cumplimiento a su promesa: anualmente, el cacique de Guatavita hacía un rito religioso alrededor de la laguna, con la participación de los sacerdotes y de una multitud de gentes de la región. El cacique se ungía todo el cuerpo de resinas y luego se cubría de oro, quedando resplandeciente con el precioso metal de los dioses: después se internaba en la laguna una balsa llena de oro y esmeraldas, para hacer el sacrificio, acompañado de algunos sacerdotes, y con la asistencia de una muchedumbre que oraba, cantaba himnos religiosos y danzaba con ritmos tradicionales. La ceremonia alcanzaba su plenitud cuando el cacique llegaba al centro de la laguna, arrojaba sus ofrendas de oro y esmeraldas, y se sumergía en las aguas. En ese momento del rito, las gentes intensificaban sus oraciones y cantos, y tiraban sus ofrendas o “tunjos” a la laguna. En el ritual de la ceremonia de “El Dorado”, los muisca encendían las hogueras y lanzaban espesas columnas de humo que llenaban los alrededores.

De acuerdo con las creencias muisca, el Cacique iba anualmente al encuentro de su esposa, la cacica de Guatavita, convertida en la diosa de la laguna, en donde residiría hasta la consumación de los siglos (Ocampo, 1992).

Con posterioridad, la ceremonia adquiriría un propósito nuevo: sería el rito de la consagración de los Zipas muisca, reyes de Bacatá. Cronistas como Juan Rodríguez Freyle (citado por Koppen, 2004) describirían la ceremonia de la siguiente manera:

La primera jornada que habían de haber era ir a la gran laguna de Guatavita a ofrecer y sacrificar al demonio, que tenían por su dios y señor. La ceremonia que en esto había era que en aquella laguna se hacía una gran balsa de juncos, aderezábanla y adornábanla todo lo más vistoso que podían; metían en ella cuatro braseros encendidos en que desde luego quemaban mucho moque, que es el sahumerio de estos naturales, y trementina con otros muchos y diversos perfumes.

Estaba a este tiempo toda la laguna en redondo, con ser muy grande y hondable de tal manera que puede navegar en ella un navío de alto bordo, la cual estaba tan coronada de infinidad de indios e indias, con mucha plumería, chagualas y coronas de oro, con infinitos fuegos a la redonda, y luego que en la balsa comenzaba el sahumerio, lo encendían en tierra, en tal manera, que el humo impedía la luz del día. A este tiempo desnudaban al heredero en carnes vivas y lo untaban con una tierra pegajosa y lo espolvoreaban con oro en polvo y molido, de tal manera que iba cubierto todo de este metal. Metíanle en la balsa, en la cual iba parado, y a los pies le ponían un gran montón de oro y esmeraldas para que ofreciese a su dios. Entraban con él en la balsa cuatro caciques, los más principales, sus sujetos muy aderezados de plumería, coronas de oro, brazales y chaguales y orejeras de oro, también desnudos, y cada cual llevaba su ofrecimiento. En partiendo la balsa de tierra comenzaban los instrumentos, cornetas, fotutos y otros instrumentos, y con esto una gran vocería que atronaba montes y valles, y duraba hasta que la balsa llegaba al medio de la laguna, de donde, con una bandera, se hacía señal para el silencio. Hacía el indio dorado su ofrecimiento echando todo el oro que llevaba a los pies en el medio de la laguna, y los demás caciques que iban con él y le acompañaban hacían lo propio; lo cual acabado, abatían la bandera, que en todo el tiempo que gastaban en el ofrecimiento la tenían levantada, y partiendo la balsa a tierra comenzaba la grita, gaitas y fotutos con muy largos corros de bailes y de danzas a su modo; con la cual ceremonia recibían al nuevo electo y quedaba reconocido por señor y príncipe. De esta ceremonia se tomó aquel nombre tan celebrado de El Dorado, que tantas vidas ha costado (Rodríguez Freyle).

Para Vergara (2007), “fue un aborígen que, estando en Quito, comentó que en las antiguas tierras meridionales de Chiminigagua, había un príncipe que lanzaba toneladas de oro en ofrenda a los dioses de la laguna”. El mito mutó continuamente. Así, la codicia y fantasía de los exploradores, conquistadores y cazatesoros europeos terminó por quitarle protagonismo al cacique y al ritual en el mito, destacándose en adelante en el mito un lago en que abundaba el oro en cantidades inimaginables. En la

principal mutación del mito, ya no es el lago muisca, sino toda una ciudad levantada en el preciado metal, el cual tiene tan poco valor que es menospreciado, usándose para la fabricación de los más básicos enseres; Una ciudad con paredes y cúpulas de oro, muros de plata, suelos de jaspe, escaleras de ónix y jardines de maravilla, en que las flores son topacios, amatistas, rubíes, zafiros y brillantes”; En fin, un lugar paradisiaco, apoteósico, un emporio de incalculables riquezas. Para Koppen (2004) esta mutación del mito vino de “un anciano, tal vez bajo tortura, que le reveló a Gonzalo Jiménez de Quesada¹⁰⁴ el secreto de El Dorado. Le dijo que ilimitados tesoros yacían en una ciudad al este, en las imponentes montañas donde estaba enclavado el lago Guatavita”.

El mito de El Dorado es un mito fundamental en el imaginario inmigratorio. Este mito se encuentra en la génesis del proyecto y proceso de inmigración. Como movilizador justifica este movimiento. Es por lo tanto presente en la totalidad de los textos que constituyen nuestro corpus de análisis. Su presencia se manifiesta a través de varios elementos estructurales esenciales del núcleo semántico que analizamos ahora sin rodeos.

5.1.2. La condena a la pobreza

La primera concreción semiótica del núcleo semántico entorno al que se organizan los indicios de la presencia del mito de El Dorado en nuestros textos es la condición de condenados a una pobreza perpetua en que se encuentran los protagonistas. Esta concreción semántica se transparenta en dos subconcreciones semióticas: la pobreza y la falta de expectativas de salida de esta pobreza.

¹⁰⁴ Gonzalo Jiménez de Quesada (Córdoba, España, 1509 -Colombia, 1579) fue un explorador y conquistador español del territorio colombiano entre 1536 y 1572. Comandó la expedición de la conquista de Nueva Granada (actual Colombia) y fundó Bogotá, la actual capital de Colombia. La última expedición la realizó entre 1569 y 1572 en busca de El Dorado. Cf Friede, Juan, *Gonzalo Jiménez de Quesada a través de documentos históricos*. Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 1960.

5.1.2.1. La pobreza

Las tripulaciones de las expediciones al Nuevo Mundo constaban de un buen número de gente diversa del pueblo llano, de indigentes y de gente del mundo delictivo —ex presidiarios, delincuentes y criminales— que todos no solo no tenían mucho sino nada que perder y que estaban dispuestos a cualquier cosa por mejorar su situación económica y social. Entre ellos podría mencionarse a Francisco Pizarro y a Diego de Almagro, ambos bastardos de orígenes humildes y analfabetas (Barletta, 2007: 49); Lope de Aguirre que ejerció de zapatero¹⁰⁵, y Vasco Nuñez de Balboa, de familia pobre y que a lo que dicen era rufián (López de Gomara, 1999).

También, y aún más importante numéricamente, formaron parte de las distintas expediciones a América hidalgos, los cuales constituían la proporción mayoritaria de las protagonistas de la aventura dorada. Los hidalgos, integrantes de la nobleza llamada inferior o no titulada han sido caracterizados fundamentalmente como nobles con escasos o nulos bienes pero exentos del pago de determinadas obligaciones tributarias, debido a la prestación militar que les confería el derecho de portar armas, de las cargas y tributos que pagaban en cambio los plebeyos (pecheros), exentos de tal arriesgada obligación o privilegio.¹⁰⁶ Los hidalgos eran pues nobles de estatus social. Sin embargo, económicamente su condición no distaba mucho de la gente del pueblo llano: eran pobres, debido en parte a las continuas subidas de los precios y en parte a no saber adecuar su *modus vivendi* a sus niveles de rentas procedentes de la tierra.

Ángel Rosemblat refiere los nombres de hidalgos que formaron parte del segundo viaje colombino. Entre otros, Santiago Cañizares, quien fuera portero de la Cámara de Carlos V; Juan de La Cosa, el cartógrafo; al doctor Chanca y Miguel de Cuneo, futuros cronistas y Bernal Diaz de Pisa, quien era alguacil de corte.

¹⁰⁵ «Este Pedro de Aguirre, como digo, fue vecino e natural del valle de Aramayona, de la anteiglesia de Sant Estavan de Urívarri, y como su padre tuviese otros hijos en quien dexó su casería y açienda, le puso a este moço a çer çapatero en la çiudad de Vitoria, donde forço una doncella, por lo cual fue condenado a pena de horca y açer cuartos.» (Ibargüen-Cachopín, *Crónica del siglo XVI*, fol.16r.).

¹⁰⁶ Sanchez-Arcilla Bernal, José, *Evolución de la nobleza hispánica*, en Rogel Vide, Carlos, *Derecho nobiliario*, Editorial Reus, Madrid, 2005, p. 37.

Acerca de la composición social de los aventureros, Mörner, citando a Boyd-Bowman, Marchena Fernández y Gómez y a Lockhart, subraya que «de la total de 447 conquistadores que han sido analizados, de varias expediciones de la conquista (1520-1539), el 34 por ciento eran hidalgos, y nada menos del 50 por ciento procedían de una capa media entre nobles y plebeyos, artesanos y pequeños propietarios. El 16 por ciento...eran marineros, sirvientes y gente humilde. Un solo hombre era noble por encima de la hidalguía». (Rosemblat, 1977: 15).

Los protagonistas del viaje al El Dorado indio fueron entonces en su aplastante mayoría unos sujetos de baja condición social y/o económica. Esta condición socioeconómica precaria aparece reproducida en nuestros textos literarios. Los inmigrantes africanos aspirantes al viaje hacia Europa sufren en efecto la misma condición de pobreza económica. Abundan en los textos literarios los signos de esta precariedad. El más obvio de estos signos es el término “miseria” y palabras afines que comparten su campo léxico:

‘miseria’:

Los invisibles de Kolda: «escapar del hambre y de la ~» (p. 14); «nos sacará de la ~» (p. 21); «compartir la ~» (p. 21); «el ansia de esta gente por salir de la ~» (p. 61); «salir de la ~» (p. 63); «el eterno fantasma del hambre y de la ~» (p. 111); p. 66; p. 127; p. 185.

Las voces del Estrecho: p. 164 (2), p. 181; «sumergidos por la ~» (p. 183).

Harraga: p. 11, p. 15, p. 22, p. 23 (2), p. 24 (2); «condenados a la ~ perpetua» (p. 26); «el bando de la ~» p. 30; «una familia invadida por la ~» p. 47; «huir de la ~» p. 47; p. 73; p. 77, p. 93, p. 98, p. 118, p. 125, p. 128.

Cayucos: p. 51, p. 66, p. 68 (2).

La patera y otros relatos: p. 52, 58, 70 (2), 71.

‘pobreza’:

Los invisibles de Kolda: «bajo el umbral de la ~» (p. 52); p. 97; p. 121.

Las voces del Estrecho: p. 183; «extrema ~» (p. 189).

Harraga: p. 9; «nuestra ~» (p. 34); «el peso de la ~» (p. 151).

Cayucos: «la más absoluta ~» (p. 51).

La patera y otros relatos: p. 32; «~ casi total» (p. 51); 70 (4); 71.

‘pobres’:

Los invisibles de Kolda: «~ de solemnidad» (p. 44); p. 102.

Harraga: p. 16, 32, p. 39, 81, 82.

Cayucos: p. 68 (2).

La patera y otros relatos: p. 70 (2); 71 (3); 72.

‘miserable’:

Los invisibles de Kolda: «presente ~» (p. 63); «vida ~» (p. 101); «sus ~ y estancadas vidas» (p. 85)

La patera y otros relatos: «sus ~s vidas» (p. 71).

‘penuria’:

Harraga: «convivía con la ~» (p. 34); «~s» (p. 51).

Cayucos: (p. 139).

‘carecer’:

Los invisibles de Kolda: «comunidades que carecen del casi todo» (p. 60).

La patera y otros relatos: «carecen de todo» (p. 71).

‘necesidad’:

Harraga: «la ~ perpetua» (p. 93).

Desde un punto de vista práctico, la pobreza de estos protagonistas inmigrantes africanos se percibe los escasos, cuando no inexistentes, ingresos económicos de los protagonistas y de sus familias. Esta situación es traducida expresiones como «jornal de miseria» (*Los invisibles de Kolda*, p. 99) o «escaso dinero» (*Loc.cit.*) o por la sucesión verbos tener/ganar + dinero/medios marcada de negación:

Para entonces su padre ya llevaba un tiempo aquejado de tos crónica, unos ataques que le sobrevenían en medio de la noche y que le iban devorando los pulmones por dentro. Sin embargo, en la familia **no tenían el dinero suficiente**¹⁰⁷ para llevarlo al hospital y pagar las pruebas suficientes. Al final la tos se llevó a su padre. (*Los invisibles de Kolda*, p. 25).

La mayoría de los fallecidos eran varones primogénitos. Compaginaban sus estudios con la agricultura, pero **no ganaban lo suficiente** para mantener a su madre y sus hermanos pequeños. (*Los invisibles de Kolda*, p. 59).

La situación es crítica, muy preocupante. Casi nadie tiene empleo en esta zona [Kolda]. (*Los invisibles de Kolda*, p. 81).

Ousmane acababa de ser padre, y su hijo pequeño murió poco después de su partida. En la familia **no tenían dinero** para pagar los medicamentos. Al poco tiempo, su mujer regresó con su familia original; **tampoco tenían medios** para mantenerla. (*Los invisibles de Kolda*, p. 128).

Esta insuficiencia o inexistencia de ingresos económicos de los protagonistas y sus familias se traduce en la precariedad de su vivienda —cuando por suerte llegan a tener una¹⁰⁸— unas viviendas exiguas, anacrónicas con paredes de barro y techos de pajas, a falta de medios económicos para una vivienda de cemento, «material más sólido y señal de progreso» (*Cayucos*, p. 75), y sin agua corriente ni electricidad como es el

¹⁰⁷ Lo marcado en negrita es obra mía.

¹⁰⁸ Yayoud de *Vidas* (pp. 108 y 147) y Usmán de *Dónde mueren los ríos* (p. 24) por ejemplo, no tienen una vivienda, por lo cual viven en la calle.

caso de la casa que comparte uno de los coprotagonistas de *Vidas*, Jilali Bathilly con sus padres y buena parte de sus doce hermanos (p. 40). Hemos aquí algunas referencias textuales de esta precariedad del alojamiento de los protagonistas:

Las invisibles de Kolda:

«humildes casas de barro» (p. 44); «casas de barro y adobe y techos de paja» (p. 40); «casas de barro» (p. 43); «construcciones de barro» (p. 87); «cabañas de barro» (p. 108); «viven sin electricidad» (p. 55).

Vidas:

«pequeña y destartada casa, llena de grietas y goteras» (p. 27); «pequeña casa de adobe» (p. 40); «choza» (p. 53).

Harraga:

«en casa donde vivíamos apiñados» (p. 41).

Cayucos:

«humilde casa de barro» p. 65; «miserables casas de adobe» (p. 69); «casa de barro y paja» (p. 73).

La pobreza se traduce también en la escasez de la comida, el hambre, tema recurrente en nuestros textos literarios, junto a otros términos y sintagmas que integran su campo léxico:

‘hambre’:

Los invisibles de Kolda: «escapar del ~» (p. 14); huyendo del ~ (p. 87); el eterno fantasma del ~ p. 111; «unos muertos de ~» (p. 94).

Dónde mueren los ríos: p. 46 (2)

Vidas: p. 203

Las voces del Estrecho: p. 27 (2); p. 29; p. 57; p. 154; p. 181, p. 188.

Harraga: p. 22; muerto de ~ (p. 29); p. 92.

Cayucos: p. 51 (2). El fantasma del ~ p32.

La patera y otros relatos: hambre p. 27; el horror del ~ p. 57; p. 70 (2); p. 71 (5); p. 72 (6); p. 73 (3); p. 86.

‘hambrunas’:

Los invisibles de Kolda: «peligrosas y recurrentes ~» (p. 52);

Harraga: p. 66

Las voces del Estrecho: una gran ~ (p. 27).

La patera y otros relatos: p. 27, p. 70.

‘hambrienta/o(s)’:

Los invisibles de Kolda: p. 206;

La patera y otros relatos: p. 71; p. 73.

‘famélicos’:

Dónde mueren los ríos: p. 11.

‘sobras/basuras’:

Vidas: «viviendo de las ~» (p. 106); «vivía de las basuras de un hotel» (p. 147).

‘falta de alimentos’:

Las voces del Estrecho: (p. 27).

‘Mesa destartalada’:

Las voces del Estrecho: (p. 125).

‘Sin qué comer’:

La patera y otros relatos: p. 71.

‘no come todos los días’:

Los invisibles de Kolda: p. 128.

‘su único guiso del día’:

Vidas: p. 41.

Otra manifestación de la miseria es la incapacidad de curarse cuando están enfermos, por falta de medios económicos, en un sistema donde quien no tiene nada no tiene derecho a absolutamente nada como observamos en *Cayucos*:

En el hospital público Gabriel Touré se cobra la entrada. Quinientos francos CFA por persona, casi un euro. Y quien no paga, no entra, que para eso hay un policía en la puerta y se han reforzado los muros. Si el enfermo consigue superar esta primera barrera (la mayoría no tienen los 500 CFA), luego se enfrenta a toda la dureza del sistema sanitario malí, en el que hay que pagar por todo; los guantes del médico que te atiende, la jeringuilla que le clavan, el colchón de la cama o la botella de oxígeno.

Mazou no tiene tanta suerte. Está semiinconsciente en la sala de urgencias del hospital con una hernia estrangulada. Hasta allí lo llevó su familia cuando ya no podía resistir más al dolor y allí espera su regreso. Fueron a buscar dinero para pagar la operación. Hasta que vuelvan, le toca esperar. O morir.

Idéntico destino aguarda a Karim, un chico de apenas quince años que sufrió una herida de bala en la pierna. Tanto tiempo pasó hasta que lo llevaron al hospital que el hueso ya presenta una avanzada necrosis. La única solución para evitar que se extienda la infección la infección y muera es amputar, pero la familia, carente de recursos, se niega. El director del centro respalda a la familia.

El hospital general de Gao no es una excepción en Mali, una de las cinco naciones del planeta. (*Cayucos*, p. 69).

Esta situación a veces llega a ser trágica como pasó con las anteriores esposas del padre de Jilali Bathilly que, por no haber podido trasladadas al hospital «fueron muriendo, unas de parto, otras de malaria» (*Vidas*, p. 42).

La pobreza de los protagonistas de los textos literarios seleccionados corrobora el panorama general real del continente africano y de sus habitantes, una región minada por la pobreza y sus corolarios. Recordemos que como lo revelan los datos del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), el África subsahariana

tiene el valor del Índice de Desarrollo Humano (IDH) más bajo de todas las regiones del mundo con un 0,475 como promedio¹⁰⁹ y unas tasas de paro de las más altas del mundo, que llegan a alcanzar los 77% en Burkina Faso, los 85 % en Liberia o hasta los 95 % en Zimbabue¹¹⁰.

Otro elemento configurativo de los protagonistas de nuestros literarios que recuerda a los del texto cultural —los hidalgos concretamente— en cuestión es el nivel educativo. Los hidalgos, pese a su precaria condición económica, eran gente culta. Muchos hidalgos incluso eran escribientes, licenciados, bachilleres, poetas. El tener cultura constituía de hecho una de las condiciones de acceso a la hidalguía.¹¹¹ Algunos de los protagonistas inmigrantes gozan de esta condición: tienen estudios. Tal es el caso de Amadú Kabbah de *Dónde mueren los ríos* (p. 16) y de Calixta de *Vidas* (p. 95), ambos profesores de literatura en sus respectivos países de origen, de Bright de *Cayucos* (p. 41) que en su Nigeria natal era ingeniero o también de la sudanesa Ayane de *Vidas* (p. 223) que tenía ya acabado el bachillerato cuando tuvo embarcar para España. Uno de los protagonistas de *Dónde mueren los ríos* (p. 69) expresa incluso un rumor que corroboraría esta realidad:

Tengo entendido que una parte importante de los africanos que llegan aquí ilegalmente tiene estudios universitarios.

5.1.2.2. La falta de expectativas endógenas de mejora

La sociedad española de la que procedían los aventureros buscadores de El Dorado, o sea, la sociedad española de finales del siglo XV era una sociedad de tipo estamental. Dicho de otro modo, era una sociedad cuya organización se basaba en la desigualdad de

¹⁰⁹ PNUD, *El informe sobre el Índice de Desarrollo Humano 2013*, ver anexos 12, 13, 14^a y 14b

¹¹⁰ Ver Anexo 11.

¹¹¹ En la Partida Segunda de Alfonso X el Sabio, la Ley XII («Quáles non deben seer caballeros») del Título XXI («de los caballeros et de las cosas que les conviene de facer», II Partida de Alfonso X el Sabio) establece dos maneras de llegar a la nobleza: Por saber, es decir, mediante el conocimiento y la práctica de Ciencias y Artes Liberales; por bondad de costumbres.

condiciones, sancionada por el sistema jurídico-político y legitimada tradicional y teológicamente (por la costumbre y por una ideología de base religiosa), en la que los individuos permanecían adscriptos a diferentes categorías (estamentos o estados), ordenadas jerárquicamente dentro de su grupo humano, que prescriben la esfera de actividades a las que se pueden dedicar y sus limitaciones políticas.

Existían tres estamentos o estados a los cuales se pertenecía por nacimiento, sin mayor posibilidad de cambiar dicha condición social: la nobleza (duques, marqueses, condes, barones, etc.) cuyo poder y prestigio se debía exclusivamente al hecho de haber nacido en cuna noble, el clero precisamente el alto clero (cardenales, obispos, abades) que gozaba de privilegios como la exención de tributos y de un amplio poder en el terreno político y el estado llano o tercer estado que englobaba a una serie de categorías sociales como burgueses, mercaderes, profesionales, artesanos, pobres de las ciudades y el campesinado. La muy gran mayoría de la población formaba parte de este tercer estado. Se trataba de un estamento carente de derechos, sujeto al pago de tributos e impuestos y con escasos bienes.

Esta estructura social era extremadamente rígida. Los estamentos eran prácticamente impermeables. Eran relativamente inflexibles a las variaciones e independientes de las acciones o logros (económicos, políticos, militares, intelectuales) de los individuos. En otras palabras, el pobre o miembro del estado llano no tenía literalmente ninguna posibilidad endógena de mejora económica ni ascensión social. Era un condenado a ser eternamente un Don nadie, un condenado a ser un pobre, un condenado a la miseria y a la sombra. No existían por consiguiente expectativas endógenas de mejora socioeconómica para el pobre en aquella España.

Esta concreción semiótica —la falta de expectativas endógenas— se encuentra presente en los textos de nuestro corpus. Los pobres, que representan la aplastante mayoría de la población africana no tienen prácticamente ninguna expectativa de mejora de sus condiciones socioeconómicas de vida. Esta falta de expectativas es observable en la presencia recurrente del sintagma negativo «no hay» en los discursos de los protagonistas:

Larbi.— Es [la tierra de Marruecos] vieja y salvaje. Aquí **no hay mañana**. Es difícil ganarse el pan. *Ahlán*, p. 13.¹¹²

Aquí **no hay nada, ni luz, ni agua corriente, ni trabajo, ni carreteras en condiciones**, y lo que es peor, vemos pocas esperanzas de cambio [afirma Mansour]. *Los invisibles de Kolda*, p. 60.

Habla el viejo Dikori Kande. «Soy un padre y he perdido a uno de mis hijos [en una travesía del Estrecho], pero sigo estando convencido de que al menos uno de ellos tiene que llegar a Europa. Por eso van a seguir intentándolo, porque aquí **no hay futuro para nadie**, por lo menos uno tiene que lograrlo. Ahora es su hermano quien debe partir. *Los invisibles de Kolda*, p. 129-130.

Todos los muchachos quieren ayudar a sus familias porque en Thiaroye **no hay nada**. [afirma Fatou Ndoeye, una madre], *Los invisibles de Kolda*, p. 172.

[...] aquí [en Mali] **no hay trabajo, no hay nada**. [lamenta Dougoukolo Tounkara], *Cayucos*, p. 74.

¿Cómo no van a querer irse los muchachos? Aquí **no hay nada de nada**, todo son dificultades. *Cayucos*, p. 76.

Diallo vive en Guet Ndar. «Aquí **no hay nada, no hay desarrollo, no hay empleo**. Muchos de nosotros hemos ido a la escuela e incluso a la universidad y luego no podemos trabajar en aquello para lo que estudiamos» comenta. *Cayucos*, p. 123.

[...] en Marruecos **no hay trabajo**. Allí estábamos condenados a ser miserables—añadió [Yayoud] con aire rencoroso. *Vidas*, p. 147.

Este país [Mauritania] es muy pobre; **no hay nada**, sólo hierro, y hay que importarlo todo: los medicamentos vienen de Francia, y el arroz de Tailandia. [comenta Mulay a Jilali], *Vidas*, p. 61.

Se observa en *Los invisibles de Kolda* la falta de expectativas en otros sintagmas, nominales, que traducen la ausencia, como «falta de opciones» (p. 45), «escasas alternativas» (p. 85), «falta de trabajo y futuro» (p. 87), «falta de futuro» (p. 103), «falta de perspectivas» (p. 160); y en *Las voces del estrecho*, en p. 27, «falta de trabajo».

La falta de perspectivas, se debe a la ausencia de un sistema económico desarrollado, propicio a la producción, consumo, y empleo pero también a la

¹¹² Las marcaciones en negrita son nuestras.

configuración de las sociedades africanas en general: sociedades esencialmente desiguales, nepotistas y profundamente corruptas, donde la adjudicación por afinidades de puestos de trabajo del ámbito público y el desvío de fondos públicos a favor de intereses privados es moneda corriente, como podemos constatar con José Naranjo en su estancia investigadora en Senegal:

Para el año 2008, España ofreció a Senegal unos seiscientos contratos para trabajar en el campo. Sin embargo, de ellos tan solo cincuenta y cinco fueron a parar a las tres regiones del sur de Senegal, Ziguinchor, Kolda y Tambacounda, donde se encuentra, como ya hemos dicho, el auténtico granero de este país y, por lo tanto, donde la inmensa mayoría de su gente vive de la agricultura. Frente a eso, la mayor proporción de contratos fue a parar a Dakar y Saint-Louis, en el norte. «Muchas de las personas que han sido seleccionadas para ir a España no tienen conocimientos de agricultura y han sido escogidos por ser amigos o hijos de los amigos de la gente que está en el Gobierno, que es quien decide las personas que van o los que no van», añade [el entrevistado autóctono Laye Cissé] (*Los invisibles de Kolda*, pp. 83-84).

¿Qué estaba pasando con el dinero europeo que se había invertido en Senegal, en concepto de cooperación al desarrollo? En este instante le cité los veinte millones de euros con los que contribuyó el Gobierno española al Plan REVA.² [...] Los jóvenes de Kolda lo tienen muy claro. «Sí, nuestro Gobierno ha comprado algunos tractores con el dinero español, pero se los han regalado a sus *marabús* [videntes] que son sus amigos o se los han quedado los ministros, personas que no los necesitan, mientras la mayoría de los agricultores tienen que arar a mano» [comenta Laye Cissé].

2. El Plan REVA fue una iniciativa puesta en marcha por el presidente Abdoulaye Wade para fomentar el retorno a la agricultura de los jóvenes senegaleses [...].(*Los invisibles de Kolda*, pp. 85-86).

5.1.3. El rumor

El rumor, tal como lo define el Diccionario de la Real Academia Española en su 22^a edición, es una «voz que corre entre el público». Como vimos anteriormente con Koppen (2004), la aventura de la búsqueda del El Dorado indio se inicia a partir de un rumor que los asustados nativos regaron entre la población española. El rumor se

configura pues como elemento estructural esencial en el mito del El Dorado. Es el factor movilizador de toda esta aventura, de toda esta empresa de búsqueda a través del Nuevo Mundo. Este elemento estructural básico del texto cultural aparece reproducido en nuestros textos literarios con la misma función movilizadora que desempeñó respecto al texto cultural, convocando así el mito áureo. Son en efecto rumores de la existencia de una Europa de abundancia y riqueza el elemento que toca la cuerda sensible en la mentalidad de estos numerosos protagonistas africanos y que les impulsa a proyectar e iniciar posteriormente el viaje en busca del El Dorado europeo. Estos rumores movilizadores se manifiestan en varias oraciones de los protagonistas:

«Un primo mío, que vive en Murcia, **me contó** en una carta que a finales de septiembre siempre hay trabajo recogiendo uvas en una ciudad cercana a Madrid llamada Toledo.» Un muchacho de Sierra Leona, compañero de viaje de Jilali y Abrahim, *Vidas*, p. 66.

«Pero en Fuerteventura **dicen** que hay trabajo en los hoteles. **Me han contado** que van cada año millones de turistas, creo que alemanes e ingleses.» afirma Rachid. *Vidas*, p. 111.

«**Dicen** que allí hay trabajo para todos. Además a nosotros los de Sierra Leona, no nos devuelven al país. Seremos refugiados políticos» asegura Abdú. *Dónde mueren los ríos*, p. 42.

«Le **dijeron** que era [Málaga] un buen lugar para emigrar, que sobre aquellas tierras se extendía el manto protector de la Gran Ramera, que no le faltaría trabajo ni oportunidades.» afirma una inmigrante. *Las voces del Estrecho*, p. 46.

«Sueño con llegar al norte, donde **dicen** que la gente es limpia y noble, culta, rica, libre, despierta y feliz.» dice Larbi, *Ahlán*, p. 13

«No sé si será verdad, pero **me han contado** que en España dan de comer a los gatos en escudilla de plata.» adelanta Jadicha, la madre de Larbi, quien anima a éste a irse a España. *Ahlán*, p. 18.

«**Ha oído** hablar de un lugar, al otro lado del mar, donde a la gente le cae el dinero del cielo.

Son también los rumores que escucha el joven maliense Omar de *Los invisibles de Kolda* (p. 28) y que le llevan a expresar fascinado este «*Yo también quiero ir*» a España.

La potente fuerza de movilización que tiene el rumor tanto respecto al texto cultural como en los textos literarios de nuestro corpus procede en primer lugar de la predisposición a la recepción (positiva) del rumor en que se encuentran los oyentes o receptores del mismo. Esta predisposición a la recepción positiva del rumor — predisposición a creer en él— se explica por lo que Harry Pross (1980: 16-22) llama «confianza originaria». En su análisis de las estructuras simbólicas del poder, el comunicador alemán resalta que hay una confianza originaria que se desenvuelve en la primera infancia con la adquisición del lenguaje. Esa confianza es adquirida a partir del momento en que el niño gana competencia para operar con los signos. Y operar con signos sólo es posible cuando creemos que el signo es algo que se coloca en el lugar de algo que no se presenta, pero apenas se representa.

Sabemos que el niño necesita confiar que debe existir algo más allá de las paredes de su cuarto porque constata que las personas aparecen y desaparecen, que algo que está adentro, posteriormente puede no estar. ¿Para dónde se ha ido? Debe existir, pues, algo afuera que no es del conocimiento de quien está adentro. El antropólogo alemán Dietmar Wyss señala que la confianza en el mundo nace aún antes de esos momentos perceptivos, en el instante mismo del nacimiento:

La relación primaria, fundamental del recién nacido con el mundo circundante es la confianza de que aquí, después de haber pasado por la estrechez y oscuridad de los órganos que posibilitan el nacimiento, se da «algo». El mundo circundante responde sencillamente con su existencia a esta absoluta confianza sobre «nada», ya que el recién nacido no trae todavía consigo experiencia alguna del mundo, pero está orientado hacia el mismo. (Wyss, *apud* Pross, 1980: 17)

La adquisición de las palabras sólo es posible mediante tal confianza y todo el repertorio sígnico adquirido a partir de la primera infancia está condicionado a la confianza originaria. Es ella también la que posibilita la facultad de designar, nombrando. Pross afirma:

Por banal que pueda sonar, esto entraña por lo menos la certeza de que se dan, aparte de la conciencia interpretante, estos dos «algo». La teoría de los signos trabaja con este presupuesto. Y en este punto llega a sus límites, se apropie la facultad designadora de la imaginación, con Kant, o bien emplee la metáfora, con Engels y Lenin, del «reflejo» de la realidad, o asuma, más bien, con Sapir y Whorf, un principio de relatividad lingüística. Las relaciones entre conocer y designar, pensar y hablar se forman junto al «algo» que se dé y en su referencia a otro algo; referencia que se interpreta no en la «nada», sino, al contrario, en el algo perceptible. (Pross, 1980: 16).

Además de esta inclinación natural a creer del ser humano, la predisposición de los protagonistas tanto del texto cultural como de nuestros textos literarios viene generada por la condición de condenado a la miseria y de desesperación en que se hallan sumidos los protagonistas de ambos textos. Su situación les predispone, les impulsa a creer en el rumor de la existencia de aquel lugar de riqueza. Esta creencia responde a un mecanismo de supervivencia; Se presenta como el último recurso o arma de resistencia a la desesperación. Para su supervivencia, necesitan los desesperados protagonistas tener algo de esperanza, creer en que existe todavía una posibilidad, creer en que es o puede ser cierto el contenido del rumor, la existencia de aquel lugar de opulencia.

La fuerza movilizadora del rumor proviene en segundo lugar del hecho de que el rumor en sí está hecho para que sus oyentes crean en él. Allport y Postman definen el rumor como «una proposición específica a ser creída»:

A rumor is a specific (or topical) proposition for belief, passed along from person to person, usually by word of mouth, without secure standards of evidence being present. (Allport y Postman, *apud* Kapferer, 1990: 2)

La definición que da Knapp del término es también sugerente:

A proposition for belief of topical reference disseminated without official verification. (Knapp, *apud* Kapferer, 1990: 2)

El rumor es pues en sí algo destinado a ser creído, por lo que no se transmite con la única finalidad de divertir o de hacer soñar y por ello se distingue de los chistes o los cuentos. La estructura del rumor está incluso planteada para persuadir, de ahí que sea considerada como un artefacto lingüístico de evangelización. El rumor no precede a la persuasión sino que es su manifestación visible en tanto no sea etiquetado como rumor. Saca su fuerza de persuasión del interés que suscita en los auditores. Eso se da por varios factores.

El primero, el rumor siempre surge en medio de la ambigüedad, donde hay incertidumbre y pues necesidad de saber, de ser alumbrado. En términos coloquiales, hay rumor donde la gente quiere saber y quiere informar. El rumor es el mercado negro de la información, un valor que fluctúa de acuerdo al grado en que las especulaciones sobre cómo un hecho afecte o no directamente nuestra vida. Ningún rumor aparece en lugares en los cuales no pueda despertar o encender intereses. El rumor de hecho, como apuntan Allport y Postman (*apud* Michael Ritter: 2000: 4) se origina «*en las necesidades, los impulsos e intereses del individuo*», lo que seguramente nos lleva a consumirlo como signo indicial, un síntoma de situaciones y/o formas sociales que se ligan a él por relaciones de afinidad. De acuerdo con Shibutani (1966: 38) cada rumor poseería un público, el cual «*no es un grupo organizado, pero tampoco un agregado de individuos interesado en informarse*». Lo importante para que el rumor realmente se produzca es que el evento en cuestión esté caracterizado por un manto de ambigüedad. No debe estar claro inmediatamente qué es lo que ha sucedido o qué está sucediendo en el momento en que la gente se está orientando sobre el asunto, tratando de entender qué es lo que sucede para resolver la situación y tomar decisiones. De esta manera, la naturaleza problemática de la situación constituye el epicentro del abordaje funcional del rumor. En una situación tal, lo requerido urgentemente es información, información que permita comprender una situación incierta y que pueda a la vez ser ajustada como una pieza de un rompecabezas para modificar el discurso en función de dicha situación. En un marco así, el público se torna altamente receptivo a cualquier tipo de noticia. Esta demanda de información y noticias está en proporción directa a la importancia asignada por el individuo al evento o incidente. Cuanto más importante sea para él, tanto mayor será la demanda informativa. Las grandes noticias afectan a un gran público.

El segundo factor, el rumor siempre versa sobre un suceso de actualidad, y en ello difiere de la leyenda que trata sobre un hecho pasado. Por tener tal temática, llama la atención y enciende el interés de quien lo escucha.

El tercero, el rumor es una información de un tipo particular que aporta elementos de novedad e impacto sobre una persona o un suceso cercano, pertenecientes a una comunidad particular y que rebasa los parámetros de lo cotidiano. Es la vanguardia de la noticia. Según Assis Iasbeck (2000: 163), «los rumores son fenómenos comunicativos que preceden, parodian, agitan y realimentan la novedad de la noticia». La noticia aparece entonces como la «no novedad», en la medida en que corrobora todo lo que las personas esperaban ver confirmado: sus certezas. Jean-Noël Kapferer (1990), discutiendo el carácter inesperado que toda noticia debe tener para constituirse como tal, observa que la noticia verdadera es aquella que origina el rumor y que el rumor o comentario es la mejor noticia porque agita las probabilidades de lo que pueda venir. La mejor noticia es, por tanto, lo imprevisto, lo que «atraviesa el orden natural de las cosas». Lo que explica el carácter sensacionalista de la prensa de modo general y atribuye a la «vocación de sorpresa» la responsabilidad por el alto tenor dramático de las noticias que ganan títulos principales en los periódicos. Kapferer añade que los rumores corren porque traen novedades, lo mismo que la novedad no está en el hecho contado, sino como no raras veces sucede- en la forma de cómo es contado. Además de eso, el medio del rumor es informal, tal como ocurría antes de la invención de la prensa. El rumor corre de oído en oído, creando un nexo de complicidad y confirmando lazos de confianza.

La fuerza de movilización del rumor se debe también a que es un fenómeno de gran propagación. No se puede hablar de rumores limitados a grupos restringidos, porque el «bullicio» envuelve un mayor número de personas, recibiendo contribuciones más significativas de las inmediaciones, en cuanto se minora en dirección de la periferia. Los rumores, comentarios y habladurías son clamores que llaman la atención de un número relativamente grande de personas. El rumor se desarrolla en un ámbito difuso en el que la dinámica de la circulación es más preponderante que la verdad o falsedad del contenido.

Las noticias, cuando son divulgadas, tienden a cerrar posibilidades, con respecto a otra o de alguien, dejando fuera las demás posibilidades que no figuran en la afirmación. El efecto de la noticia es, por tanto, reductor, tal como lo reconocen Hanno

Beth e Harry Pross (1987: 116-117), porque al afirmar algo el mensaje se reduce a confirmar mucho menos aspectos de lo que excluye. Si la noticia es reductora y excluyente, el rumor es complejo e incluyente. Por eso, ambas formas trabajan en sentidos radicalmente diferentes: si la noticia tiende a marchitarse, atrofiando las posibilidades interpretantes del ambiente al cual se reporta, el rumor tiende a difundirse.

Esta tendencia del rumor a la propagación se explica por el hecho de que el rumor es un fenómeno de carácter colectivo. Tamotsu Shibutani en su análisis sociológico del rumor define éste del modo siguiente:

Rumor is a collective transaction whose component parts consist of cognitive and communicative activity; it develops as men caught together in an ambiguous situation attempt to construct a meaningful interpretation of it by pooling their intellectual resources (Shibutani, 1966: 164).

El rumor es pues una empresa colectiva. Consigue su organización y dirección en la colaboración de una multitud de personas. Es cierto que están implicados sólo individuos y sus actos individuales; pero, los individuos actúan no como entidades independientes sino como partícipes en amplias transacciones. Un sujeto individual, como observa Shibutani (1966: 9) no puede por sí sólo desarrollar toda la transacción. El rumor no responde simplemente a la imaginación de algún individuo sino que son historias que se transan colectivamente, proceso durante el cual los rumores se plasman y crecen con la colaboración de muchas personas interdependientes. Los participantes no repiten simplemente como loros lo que han escuchado. Ellos se han juntado para discutir asuntos que les interesan y comparten una preocupación común. Existe un toma y daca, las ideas son promovidas y retroalimentadas y se escuchan diferentes puntos de vista. Los rumores corren y ganan peso, color, textura y riqueza de detalles, revelando no sólo la potencialidad creativa del grupo que lo disemina, sino también los elementos activos del imaginario colectivo de ese mismo grupo. De hecho existe una división del trabajo en la cual diferentes participantes realizan diferentes contribuciones. Algunos arriesgan opiniones, especulan acerca de lo que podría ocurrir, otros predicen qué es lo que pasará, están aquellos que realizan comparaciones con situaciones previas y otros introducen comentarios y nuevos elementos informativos. Las opiniones son sopesadas, se arriesgan declaraciones, explicaciones y pensamientos. En el grupo cada cual

contribuirá a su manera en un proceso de formación, reformación y refuerzo del rumor. De este intercambio mutuo de ideas, reflexiones, sentimientos y expresión de deseos, surgen ciertos aspectos informativos que toman preponderancia sobre el resto. De esta forma los rumores nacen y se desarrollan como interpretación colectiva. Así, el rumor es a un tiempo un proceso de reproducción-dispersión informativa, y un proceso de interpretación y de comentario. Desde este nivel semiótico el rumor se constituye como una acción colectiva que pretende dar un sentido a hechos inexplicados. El rumor es una especie de hipótesis *sensus communis*, que trata de ordenar los hechos y ponerlos en perspectiva. Explica aquello que no está claro, provee detalles respondiendo interrogantes, colaborando en la toma de decisiones y apaciguando la tensión colectiva. Según la óptica de Shibutani, la construcción de rumores representa una suerte de solución colectiva de problemas.

La tendencia del rumor a la propagación se explica también por la oralidad que caracteriza el rumor. Los rumores son narrativas orales que no se escriben apunta Assis Iasbeck (2001: 164). Se transmiten de boca a oído. Eso porque el rumor está apoyado en la necesidad de hablar y en el deseo de escuchar. La practicidad del habla, que atribuye velocidad y oportunidad a la expresión del pensamiento, coaligada con la riqueza expresiva que ésta permite en asociación con los demás lenguajes del cuerpo que habla —el mirar, el gesto, complexiones del rostro, modulaciones de la voz, timbres y ritmos—, resulta muy significativas, para la comprensión e impregnación del mensaje. Al lado de esos importantes recursos persuasivos, el habla requiere de la memoria una vivacidad denunciadora, además de constituir una forma de ampliar la memoria no escrita de un grupo, conforme nos habla el biofísico Henri Atlan (*apud* Assis Iasbeck), en uno de sus trabajos sobre la relación entre el lenguaje y la memoria:

Hablar (...) es sinónimo de «emerger en la conciencia», pues ese querer normalmente inconsciente y esas cosas que se hacen, en general, de una manera oculta, anónima, cuando interfieren con los procesos de la memoria manifestada, no pueden dejar de utilizar los materiales de esa memoria; porque, entre éstos y el lenguaje existe un lazo muy estrecho, pues la utilización de un lenguaje hablado y, después, escrito, constituye, en verdad, una extensión enorme de las posibilidades de almacenamiento de nuestra memoria que, gracias a eso, puede salir de los límites físicos de nuestro cuerpo para depositarse en otras personas o en bibliotecas (Atlan).

Lo que Atlan dice puede confirmar uno de los aspectos que Kapferer realiza al desmenuzar la anatomía de los rumores como la actuación ambivalente de la memoria: si, de un lado, el rumor sobrevive y se multiplica incluyendo contribuciones más recientes y despreciando otras redundantes y más antiguas, él se incorpora en la memoria oral de la colectividad donde sucede, poblando historias e incrementando narrativas míticas muy diversificadas. Las narrativas bíblicas están llenas de rumores que acometerán multitudes orales fascinadas por el poder de la escritura; no son pocos los helenistas que afirman que las epopeyas clásicas —la *Ilíada* y la *Odisea*— son un conjunto de narrativas que se difundían de boca en boca hasta ganar en la memoria colectiva la fuerza de la escritura.

Otro factor explicativo de la tendencia a la propagación que tiene el rumor es su credibilidad. El rumor resulta interesante porque oscila entre lo creíble y lo increíble. Mark Twain recomendaba a los aspirantes a escritor: “No alcanza con que un dato sea cierto; también debe ser verosímil. Puede ser cierto que una mujer tenga veinte hijos, pero nadie lo creería”.

Las relaciones entre lo cierto y lo creíble hacen equilibrio todo el tiempo en la cornisa de los rumores. La sociedad no deja preguntas sin respuestas, así como no le interesan respuestas a preguntas que no se han formulado. Cuando la pregunta existe y la respuesta es diferida, el rumor toma su lugar. Cuando no hay pregunta, el rumor no prospera. Como el mito, no es posible fabricar un rumor de cero. No existen rumores de probeta. En ese sentido, según la socióloga y escritora Beatriz Sarlo (1997: 30), el rumor es una verdad ficcional o una ficción verdadera. Es verdad ficcional porque se trata de una hipótesis más que de hechos establecidos, ya que cuando los hechos se han establecido, el rumor se convierte en noticia. Es ficción verdadera porque, independientemente de su verdad, debe ajustarse a algunas reglas: si el rumor quiere correr y proliferar, tiene que tener por lo menos algún rastro de verosimilitud. De ahí que para que la difusión de un rumor prospere, su argumento no sólo debe parecer verosímil sino que, quien lo cuenta, debe ser digno de crédito. No hay duda que los sujetos están dispuestos a asumir una información como falsa o verdadera, recurriendo a criterios subjetivos, como las emociones, los vínculos de apego o aún el grado de empatía con las personas que les transmitieron la información. Por tanto, coinciden Marco Iacobini y Darren Schreiber (2003) en que la emoción y no la razón y menos la

cognición, se encuentra en la base de la formación de creencias, actitudes, voluntades, conductas, dispuestas a creer en algo y transferirlo en un código específico hacia otras personas. El contagio emocional que hace más de cincuenta años describieron Sigmund Freud, Gustav Lebn, y Sergueiv Moscovici, pasa necesariamente por la carretera de información y emplea los mismos mecanismos subjetivos de activación y predisposición conductual.

El rumor nunca llega por personas desconocidas, al contrario, de este modo la movilidad de la información está basada en la confianza, pues por principio no suponemos que nuestros parientes, amigos, colegas o vecinos, mienten, fabulan, inventan o son blanco de alucinaciones.

También, como han mostrado cierto número de investigaciones (Hovland y Weiss, 1951; Aronson y Golden, 1962; Eagly, Wood y Chaiken, 1978), todo mensaje tiene mayor impacto cuando proviene de una fuente percibida como superior en conocimientos, en instrucción, en inteligencia, en éxito profesional, incluso cuando el receptor tan sólo cuenta con muy poca información o índices para juzgar esta competencia. La mayoría de los rumores comienzan como informe de una experiencia perceptual que alguien tiene de un evento al que considera de interés e importancia suficiente como para comunicarlo a los demás.

Esta comunicación cara a cara es la que le confiere al rumor su credibilidad. Dado que la veracidad de su contenido es probable pero no segura, para construir la credibilidad, frecuentemente los rumores son relatados como confirmación o desmentido de una fuente confiable.

Para Eliseo Verón, la credibilidad del rumor está asociada al anonimato de la fuente. Para él, el rumor

es la voz que habla sin responsabilidad, porque no hay pruebas. Su tono condicional, anónimo, que nadie enuncia en su propio nombre, circula como palabra colectiva. Cuando involucra a alguien exige la corrección. Existe un juego entre anonimato y verdad. El enunciante, cuando transmite un rumor, no se hace cargo (Verón, 1997: 30).

Zires Roldán (1994) establece dos niveles de anonimato de la fuente del rumor: desde una perspectiva macro y desde una perspectiva micro. Desde la perspectiva

macro, el rumor es absolutamente anónimo, no tiene autor. Si acaso tuvo un sólo origen y es el producto de una mente o proyecto manipulador, no es esto lo que constituye al rumor, sino la dinámica de variación que se genera al ponerse en circulación. Es una voz sin nombre, ni ninguna credencial que la identifique. En ese sentido no tiene centro o más bien es policéntrico. El «se dice» que lo respalda remite a un murmullo producido por muchas personas, en donde ninguna parece sobresalir. En ese murmullo se sumergen las voces más o menos conocidas de los parientes, de los amigos, o las más o menos desconocidas de gente con quienes coincidimos en determinados lugares. Se sumergen también las fuentes de información colectiva, nombradas de una manera más o menos imprecisa: «salió en el periódico», «en el noticiero de 24 horas», sin mencionar ninguna fecha, hora. El «se dice» del rumor sería en ese caso un murmullo en donde el hablante se pierde como en el cuerpo de un mar, cuyas olas fueran las palabras, las voces, las orejas y bocas de miles de personas que cuentan en distintos tiempos un relato más o menos parecido.

Ahora bien, desde una visión micro y tomando en cuenta las distintas situaciones comunicativas, se puede constatar que el rumor puede poseer diferentes personas identificados, que sirven para darle un sustento y credibilidad en los diferentes contextos en los que circula. De esta manera se le atribuyen el origen del rumor a un locutor de la radio o de televisión, a un periodista, político, etc., aunque esto no sea cierto. La existencia o no existencia de este recurso de búsqueda de autoridad —de origen, autoría y/o legitimidad—, así como la diferente utilización de fuentes de información caracteriza los diferentes contextos culturales por los que circula el rumor, transformándose. Debido a esto último, a veces los sujetos que participan en la producción de un rumor hacen mención de fechas y lugares precisos con el propósito de conferirle mayor verosimilitud a su relato. En ese sentido el «se dice» es de todos y de nadie en concreto. Si bien hay un «yo» que lo formula y un «tú» que lo escucha, remite a una colectividad evocada, un cuerpo social virtual, posible, a un cuerpo indefinido y heterogéneo de sujetos hablantes. El «se dice» es de todos, pero también de nadie, porque brinda la posibilidad de borrar, de no asumir ninguna responsabilidad con respecto a lo que se dice. Otorga la opción de esconderse en una masa de hablantes, sin que se sepa quien dijo exactamente qué, por qué, si acaso esto era importante. «Se dice», remite a un presente, a un tiempo contemporáneo a aquel en el que el hablante está hablando. No evoca ni un pasado ni un futuro, sino un tiempo en el que se habla.

Implícitamente alude a un «se oye», a bocas y oídos en contacto, aunque lo que se subraye en el «se dice» sea precisamente esa boca colectiva, hablante y en el momento de hablar. Existen otras expresiones como «dicen», «me dijeron», «me contaron», que también sirven para introducir los relatos orales, los rumores, e introducen matices particulares al hablar. Mientras el «se dice» acentúa la voz impersonal, singular y anónima, en la cual el hablante ve inserta su voz. El «dicen» destaca la pluralidad de voces, entre las cuales el hablante inscribe la suya. El «me dijeron» subraya la pluralidad de voces, pluralidad de los sujetos hablantes, entre los cuales subraya su persona como punto de llegada y de circulación del relato. Se remite a un relato pasado que se ve actualizado en el momento de narrar y de afirmar: «me dijeron».

En otras ocasiones, por contraste, la verosimilitud parece centrarse precisamente en el mecanismo contrario: «yo lo vi con mis propios ojos», aunque lo narrado sea totalmente inventado. El sujeto hablante se pone en un centro imaginario o en el origen de la información. Remite a una memoria individual. Las expresiones «se dice», «dicen», «me dijeron» aluden a una voz colectiva, plural, impersonal y anónima que atraviesa el discurso del sujeto hablante. Todas ellas remiten a esa memoria colectiva que está en permanente proceso de transformación, que no conoce más que el pasado que se puede actualizar en un presente.

5.1.4. Ensoñación

El ciclo de vida del rumor podría describirse en tres fases consecutivas. Las primeras dos fases son la aparición y la propagación. La segunda fase está marcada por la ambigüedad. El rumor en efecto se propaga y crece en medio de la ausencia de certezas. Como lo observa Assis Iasbeck (2001: 172), *al ciclo del rumor no interesan las convicciones o las confianzas: él se mueve en medio de las desconfianzas*. La siguiente fase es la de la desaparición. Esta fase es determinada por la comprobación del rumor. Recordemos las definiciones que dan Allport y Postman y Knapp del rumor:

A rumor is a specific (or topical) proposition for belief, passed along from person to person, usually by word of mouth, without secure standards of evidence being present. (Allport y Postman, *apud* Kapferer, 1990: 2)

A proposition for belief of topical reference disseminated without official verification.
(Knapp, *apud* Kapferer, 1990: 2)

Es de interés también la definición de Peter y Gist:

An unverified account or explanation of events circulating from person to person and pertaining to an object, event or issue of public concern. (*apud* Kapferer, 1990: 2).

De estas tres definiciones, se destaca que el rumor es una información pendiente de ser verificada, de ser confirmada o desmentida. Esta verificación determina la forma de desaparición del rumor: un ocaso a secas como consecuencia de la negación del rumor o una conversión del rumor en noticia debido a la confirmación del rumor.

Ahora, puede que la comprobación de la exactitud del rumor resulte imposible de establecer o requiera un periodo de tiempo largo, como pasó en el caso del rumor sobre el El Dorado indio. El resultado de esta incertidumbre ocasionada por la imposible verificabilidad inmediata es la multiplicación de posibilidades interpretativas, entre las que la inclinación a la confirmación —confirmación provisional— sobre la base de la observación, a veces subjetiva —percepción—, de indicios confirmantes como se dio en el caso del rumor sobre el El Dorado. Según narró el conquistador y cronista Díaz del Castillo¹¹³, desde el campamento que establecieron con Hernán Cortés al frente en dominio azteca —Veracruz—, vieron para su asombro unos sujetos del sobreaño Moctezuma pasando con «una rueda como el sol, tan grande como la rueda de un carro, con gran cantidad de imágenes en ella, todo de oro fino, y maravilloso para ser contemplado». Vieron después, otra rueda aún más grande, «hecha de plata de gran brillantez, a imitación de la luna»; También «un casco, lleno hasta el borde de pepitas de oro; y un tocado de plumas del extraño pájaro quetzal.» Estos objetos resultaron ser una ofrenda que llevaban a su dios Quetzalcóatl, la «Serpiente Emplumada». Para los expedicionarios españoles, aquellos objetos no eran más que la prueba de las enormes

¹¹³ Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Fundación Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

riquezas que les esperaban en el reino de los aztecas, la prueba de la confirmación del rumor. Otro indicio, lo aporta el cronista e historiador Agustín de Zarate¹¹⁴. Según este otro testigo presencial, Pizarro y sus hombres, en su expedición de 1531 a Atacames vieron indios adornados de oro, y «que traían sembradas las caras con clavos de oro en agujeros que para ellos tenían hechos». Esta imagen afianzó su creencia en la certeza del rumor de la existencia de la ciudad dorada. Una búsqueda realizada por Francisco Pizarro y sus tenientes en las aguas del lago Guatavita que dio como cosecha algunos objetos votivos de oro confortó aún más a los expedicionarios en su inclinación a la confirmación del rumor. Esta inclinación a la creencia en la veracidad del rumor, inducida por “indicios confirmantes”, se hace igualmente visible en los textos literarios objeto de nuestro estudio. Los indicios confirmantes a los que se aferran los protagonistas africanos son diversos. Primero, los medios de comunicación —la televisión e internet— en cuyas imágenes difundidas se observa la evidencia de la existencia de aquel mundo de ensueño sobre el que se rumorea:

Sí, saben [los jóvenes inmigrantes africanos] de España, conocen el sueño europeo a través de televisión y de internet, y no hablan de otra cosa. *Cayucos*, p. 66.

A través de las antenas parabólicas, que en pocos años habían invadido las azoteas, llegaban pruebas constantes e irrefutables de que existía un mundo mejor, y a nosotros no nos había tocado vivir en él. Trabajo abundante, dinero para mucho más que un vaquero barato y unos litros de cerveza, noches relucientes de neón, mujeres dispuestos a amar, coches para todos, hamburguesas americanas, centros comerciales gigantescos penetraban en cada hogar, salpicaban vuestra miseria, derrotaban nuestra resistencia. *Harraga*, p. 15.

Los segundos indicios confirmantes que llevan a los protagonistas africanos a creer en el rumor son los testimonios y la imagen de progreso de los inmigrantes africanos en Europa, como Seidou Sissa de *Cayucos*, que vuelven a sus tierras natales respectivas de vacaciones:

¹¹⁴ Zarate, Agustín de, *Descubrimiento y Conquista del Perú. En Crónicas de la Conquista del Perú*. Nueva España S.A. México DF. s/f. Libro Segundo, Cap. I, p. 513.

Seidou Sissa habla y habla de centros comerciales, de coches de lujo, de discotecas y minifaldas, de trabajo, de un sueldo mensual con paga extra, Seguridad Social y festivos. Los niños de Same hacen corrillo para oírle miran la cadena de oro, el walkman y las botas de caña baja. Seidou ha vuelto, ha cerrado el círculo y sus historias son un imán; a su paso va dejando un reguero de esperanza al que todos se aferran. *Cayucos*, p. 74.

El gran referente son los miles de senegaleses que ya están en Europa. Por todos los rincones de Saint-Louis se escuchan las historias de quienes han logrado llegar y viven con holgura, mandando además dinero para sus familiares a este lado del océano. «Y luego llegan de París, de Madrid, de Las Palmas y los ves bien, que tienen dos coches, una casa aquí y otra allí, ropas buenas y entiendes que aquí no hay futuro», concluye [Diallo]. *Cayucos*, p. 124.

Testimonio e imágenes que confirman todo lo que se rumorea sobre aquel El Dorado europeo, aunque no siempre el testimonio ni las imágenes son fidedignos, como observamos en Nazir, quien, por orgullo propio, miente, alimentando así la «seudocerteza» del rumor:

Desde que emigraron, Nazir y su familia regresaban a la cabila cada verano. Atravesaban media Europa para visitar en la Yebala [región de Marruecos] natal a los parientes y amigos y para mostrarles cuanto habían cambiado sus vidas. Nazir era recibido como un triunfador. Lo que nadie sabía es que empleaba todos los ahorros del año en hacer el viaje y que, aun así, solo era posible emprenderlo con un coche comprado de quinta mano y recorriendo dos mil trescientos kilómetros de un tirón para no gastar en pensiones, ni en comida. (*Ahlán*, p. 99).

Aún más convincentes que los dos indicios anteriores son las mejoras de condiciones de vida —materializadas principalmente en la construcción de viviendas modernas y adecuadas— alcanzadas por los vecinos gracias a las remesas recibidas de sus familiares en Europa, prueba irrefutable de que el dinero circula a flote en Europa, de que existe este El Dorado europeo:

En este barrio, todas las casas grandes y bonitas que se ven son de alguien con un hijo o un pariente en España o Francia que les manda dinero. Afirma Sockhna, el padre del aspirante a viajar a España Ousmane. (*Cayucos*, p. 123).

Durante dos años trabajó duro. Cada vez que podía, enviaba algo de dinero a su familia, allá en Kolda. Y las cosas comenzaron a ir bien para Fodé Diao y para Hawa Balde, que iniciaron la construcción de una casa de bloques que pronto comenzó a sobresalir entre las viviendas de barro y adobe que predominaban en el barrio y que se convertiría en su gran orgullo y en la envidia de sus vecinos. (*Los invisibles de Kolda*, p. 28).

Una calle de asfalto atraviesa el enclave y el resto, en cambio son pistas de tierra que serpentean entre viviendas bajas de cemento, construidas la mayoría de ellas con el dinero de los emigrantes. Otras casas, sin embargo, son de barro incluso en medio de la ciudad; aquellas de quienes no tienen la suerte de tener un pariente en Europa y que, por lo tanto, tienen que repararse cada dos o tres años de los estragos causados por el agua durante la estación de lluvias. (*Los invisibles de Kolda*, p. 51).

Rodeando al mango, dos casas, ambas muy bien construidas. Una de ellas había sido levantada con el dinero que enviaba el tío de Omar regularmente desde hacía diez años, y la otra estaba a punto de terminarse gracias al trabajo de su hermano Suleimán Diao, hijo de Fodé. (*Los invisibles de Kolda*, p. 88).

«Él tenía un amigo que logró llegar a España y en poco tiempo empezó a trabajar y a mandar dinero. Issaga veía todo eso y cómo la familia de su amigo empezaba a prosperar —asegura [la abuela de Issaga] —, y sería allá por el mes de marzo de 2007 cuando el muchacho se marchó.» (*Los invisibles de Kolda*, p. 89).

Hay otros chicos del pueblo que sí lo han conseguido y están en Europa. Sus familias se están construyendo buenas casas y viven un poco más desahogados. (*Los invisibles de Kolda*, p. 128).

–Algunos han vuelto como se fueron, o peor, pero otros se han hecho una vida allá, y mandan dinero todos los meses a sus familias. Conozco algunos casos– comenta unos de los compañeros de viaje de Jilali. (*Dónde mueren los ríos*, p. 121).

De todos modos, sea comprobada o no su veracidad, los rumores, como apuntamos en el apartado anterior, disponen de cierta fuerza de persuasión que establece su grado de verdad a priori e inclina inicialmente al oyente a una recepción positiva, o sea, a creer en ellos en un primer tiempo. Desde este momento, surten en la mente del receptor un determinado efecto dependiendo del significado de su certeza para el receptor es decir dependiendo de si su confirmación supondría una buena noticia o más bien una mala. Este efecto consiste lo que Ivan Bystrina (1995) designa como «creativo imaginativo» es decir en la proyección imaginaria de la situación que supondría la veracidad del rumor: ansiedad o tristeza en el caso de que la confirmación del rumor supusiera una buena nueva; alegría o ensoñación en el caso contrario. Es con relación a este segundo efecto posible del rumor que Kapferer (1990) afirma lo siguiente: “Their effect on men seems to be akin to that of hypnosis: they fascinate, subjugate, seduce and set them ablaze”.

Al igual que los aventureros españoles del siglo XVI, los protagonistas africanos de nuestros textos literarios sueñan con alcanzar este lugar apoteósico, sueñan con lo que sería su nueva vida en esta tierra de abundancia. Numerosos son los indicios sintomáticos textuales de esta ensoñación. Se organiza en torno de este efecto todo un campo léxico:

Vidas:

-‘sueño(s)’ [16]¹¹⁵: p. 39, p. 64, p. 65, p. 70, p. 75 (2)¹¹⁶, p. 95, p. 38, p. 108, p. 116, p. 138 (2), p. 143 (2), p. 170, p. 222.

-‘Soñaba’ [7]: p. 58, p. 95, p. 18, p. 38, p. 107, p. 116, p. 180.

-‘Soñando’ [4]: p. 109, p. 116, p. 173, p. 177.

¹¹⁵ El número entre corchetes indica la cantidad total de ocurrencias del término en el texto.

¹¹⁶ Los números entre paréntesis indican la cantidad de ocurrencias del término en la misma página.

- 'Había(n) soñado' [3]: p. 47, p. 111, p. 156, p. 233.
- 'Soñar' [3]: p. 66, p. 138 (2).
- 'soñada' [1]: p. 48.
- 'Soñaban' [1]: p. 101.
- 'Fantasear' [1]: p. 116.
- 'Se ilusionaba' [1]: p. 110.

Los invisibles de Kolda:

- 'Sueño(s)' [13]: p. 15, p. 28, p. 71, p. 97, p. 116, p. 117, p. 127, p. 144, p. 155, p. 173 (2), p. 96, p. 137.
- 'Ilusión' [3]: p. 15, p. 144, p. 179.
- 'Soñado' [2]: p. 15, p. 47.
- 'Sueña' [1]: p. 104.
- 'Soñaba' [1]: p. 96.
- 'Imaginan' [1]: p. 171.

Las voces del Estrecho:

- 'Sueño(s)' [7]: p. 66 (2), p. 71 (2), p. 129, p. 131, p. 202.
- 'Soñamos' [2]: p. 105, p. 205.
- 'Ensoñaciones' [1]: p. 71.
- 'Soñaban' [1]: p. 127.
- 'Soñábamos' [1]: p. 205.
- 'soñada' [1]: p. 152.

La patera y otros relatos:

- 'Soñaba' [2]: p. 65 (2).
- 'Sueño' [2]: p. 48 (2).
- 'Fantasía' [1]: p. 48.
- 'Imaginación' (ponía en marcha su ~) [1]: p. 48.

-‘Imaginaba’ [1]: p. 48.

-‘Soñó’ [1]: p. 49.

-‘Ilusiones’ [1]: p. 59.

Harraga:

-‘Sueño(s)’ [3]: p. 12 (2), p. 39.

-‘Ilusión(es)’ [2]: p. 20, p. 39.

-‘Soñador’ [2]: p. 12, p. 170.

-‘Imaginar’ [1]: p. 13.

-‘Imaginábamos’ [1]: p. 13.

-‘Soñando’ [1]: p. 17.

-‘Soñaba’ [1]: p. 20.

-‘Soñado’ [1]: p. 73.

Dónde mueren los ríos:

-‘Sueños’ [1]: p. 29, p. 90.

-‘Soñar’ [1]: p. 121.

Cayucos:

-‘Sueño’ [11]: p. 15, p. 19, p. 65, p. 70, p. 71, p. 102, p. 107, p. 111, p. 13, p. 126, p. 148.

-‘Soñaban’ [1]: p. 40.

-‘Soñada’ [1]: p. 46.

Esta ensoñación consiste en una representación imaginaria por la mente de los protagonistas de este lugar mencionado en los rumores. En esta representación, esta Europa soñada es definida como un lugar donde «el dinero cae del cielo» (*Cayucos*, p. 109), un lugar maravilloso:

Vidas

-‘paraíso español’ p. 101,

-‘la idílica Europa’: p. 58,

Los invisibles de Kolda

- ‘Paraíso’: p. 15

- ‘mítica Europa’: p. 171.

-‘Islas Afortunadas’: p. 101¹¹⁷.

Cayucos:

-‘un paraíso’: p. 61.

Las voces del Estrecho:

-‘paraíso’: p. 185.

La patera y otros relatos:

-‘la Europa rica’: p. 48.

-‘la Europa rica y próspera’: p. 56.

-‘la Europa rica y exuberante’: p. 57

-‘la Europa de los ricos’: p. 68

-‘paraíso europeo’: p. 48, p. 75.

Harraga:

-‘paraíso’: p. 13, p. 56, p. 81, p. 92.

-‘el mundo de la abundancia, de los hombres felices, los privilegiados del planeta’: p. 16.

- ‘mundo de la abundancia’: p. 21

-‘reino de la abundancia’: p. 29

La patera y otros relatos:

-‘mundo de lujo, riqueza y bienestar’: p. 41.

-‘la orilla rica y próspera’: p. 56.

¹¹⁷ Sobrenombre con el que se conoce las Islas Canarias, aunque aquí tenga una significación añadida.

-‘Europa rica y exuberante’: p. 57.

-‘la Europa de los ricos’: p. 68.

Europa se hunde:

-‘paraíso’: p. 28, 30, 40, 49, 55, 57 (2), 81, 109.

Observamos que en esta representación mental coinciden la imagen del El Dorado con la del paraíso, viéndose así convocado otro texto cultural emblemático del bienestar: el mito del paraíso. La ensoñación consiste también en la proyección mental de su vida nueva como observamos en protagonistas como Yayoud, Jilali, Abubacar y Benassa:

[...] yo ya me veo viviendo como un señor. Todo el día viajando, con un traje oscuro y una camisa de color rosa o azul claro, zapatos de esos duros y abrochados con cordones. ¡Como un señor! Así me veo yo— se ilusionaba Yayoud a cada palabra que decía—. (*Vidas*, p. 110).

Os vais a sorprender cuando me veáis hecho un señor, viajando en tren y trajeado de oscuro, como en las películas. (Yayoud, *Vidas*, p. 128).

Tenía [Yayoud] muy claro que iba a vivir durante dos años como un señor viajando de Barcelona a Algeciras y viceversa. ¡Y después a vivir! Con el dinero conseguiría los papeles, y en un futuro no muy lejano volvería a Marruecos en vuelo de Iberia, dispuesto a pasar unas largas vacaciones en el Hotel Palais-Jamais El Bali de Fez. Pero esta vez iría de acaudalado cliente, con chofer en la puerta y vestido con ropa de marca, de esa que había visto en los anuncios de las televisiones españolas que tan bien se pueden captar en Marruecos.

—Se acabó eso de tener que comer las sobras de los clientes y espiarlos desde las murallas —pensaba con una mezcla de euforia y envidia—. Se acabó la vida de mierda. A partir de ahora va a cambiar, ¡ya lo creo! Y después iré a Beni-Mellal y construiré una casa para mis padres. Voy a ser la admiración del pueblo, ¡el rey de Beni-Mellal! (*Vidas*, p. 143-144).

Pienso con cómo viviré con mis hermanos en Perpiñán, y en esa foto tan bonita que me haré junto al río para enviársela a mi padre. (Jilali, *Vidas*, p. 129).

Para él [Abubacar] empezaba una nueva vida. Ya se veía trabajando, viviendo en una casa y mandando dinero a sus padres, que a los pocos años lo recibirían como un héroe, allá en la lejana Mali. (*Los invisibles de Kolda*, p. 94).

No había que no fabularan [Omar, Ibrahim e Issa] con el viaje, con la vida que les esperaba al otro lado. (*Los invisibles de Kolda*, p. 26).

Sus familiares estaban temerosos, pero ilusionados; al fin podrían construirse buenas casas y salir de la miseria. (*Los invisibles de Kolda*, p. 60).

El viaje al futuro, su única esperanza le motivó. Aquella noche soñó [Benassa] que se hacía rico. (*La patera y otros relatos*, p. 49).

5.1.5. Un propósito socioeconómico

El propósito socioeconómico constituye otro elemento clave del núcleo semántico del mito de El Dorado. Los buscadores españoles del El Dorado estuvieron movidos por el factor económico: su viaje y búsqueda tenían como meta el enriquecimiento encontrando los auríferos tesoros que se supone se hallaban en la ciudad dorada, con la finalidad de mejorar asimismo su posición social.

Los españoles que decidieron embarcarse a las Indias lo hicieron porque se propusieron objetivos económicos y sociopolíticos a distintos plazos. Anteriormente vimos la situación difícil de los hidalgos españoles y de otros sectores numerosos —el tercer estado—, privados de los favores del Estado y las clases altas. Además la economía española en aquella época era una economía decadente, incapaz de absorber a tantos necesitados. Esta situación condujo a un sector mayoritario de la población a dedicarse a la vida militar, a la vagancia y al bandidaje, actividades que excluían toda posibilidad de ascenso social, y por consiguiente, representaban un valladar inaccesible

a sus pretensiones. Dichos obstáculos fueron analizados en España por las clases pobres. La conclusión era sencilla: la estructura socioeconómica española era absoluta y cerrada. La gran mayoría de la población carecía de posibilidades seguras de acceso al bienestar. Adicionalmente, existía en las clases pobres un espíritu de movilidad social bien arraigado, estimulado además por el propósito de ennoblecerse para escapar de obligaciones impositivas y de otros perjuicios legales. La única solución era la conversión de su rango social y el ingreso al grupo de los hidalgos. Pero también éstos tenían problemas porque las Leyes de Toro de 1505, les condujo a ser privados de las escasas posibilidades de movilidad social. Esas leyes convirtieron el mayorazgo en una institución de Derecho Público. En virtud de ello, riquezas significativas fueron inmovilizadas, impidiéndose de esta manera que los hidalgos tuvieran otras oportunidades. En tales condiciones no había alternativa. Pues el Estado español y el régimen social no garantizaban el logro de esos objetivos. Para muchos, la salvación estaba en El Dorado, en sus recursos, presentes en un mundo desconocido que tan sólo demandaba gallardía y valor de sus conquistadores.

Este elemento semántico que constituye el propósito socioeconómico es presente en los textos literarios de nuestro corpus. Los protagonistas africanos de nuestros textos, aspiran en efecto a alcanzar el El Dorado europeo por el mismo motivo que los expedicionarios españoles del siglo XVI: el motivo económico. Aspiran a llegar a este lugar de riquezas y acceder a las riquezas que en él abundan, ganar dinero, ganarse el “oro monetario” presente en Europa, el tanpreciado “euro”. Los temas “dinero” y fortuna son reveladores de esta aspiración económica:

-‘dinero’:

Vidas: pp. 18, 34, 37, 146, 177.

Los invisibles de Kolda: pp. 29, 59, 88, 96, 98, 127, 144.

Las voces del Estrecho: pp. 42, 57, 118, 154.

Harraga: pp. 15, 24, 26 (2), 27, 29, 30, 98, 102, 110, 142, 146.

Ahlán: p. 18.

Dónde mueren los ríos: p. 95)

-‘fortuna’:

Los invisibles de Kolda: pp. 81, 93, 95, 156

Las voces del Estrecho: p. 57.

Cayucos: p. 112

Además, diversos sintagmas refuerzan la efectividad de la meta económica traducida por los semas aislados ‘dinero’ y ‘fortuna’:

-“ganar suficiente dinero” (*Vidas*, p. 18); «ganar dinero» (*Vidas*, p. 177).

-“en busca de fortuna” (*Los invisibles de Kolda*, pp. 81, 93, 95, 156; *Cayucos*, p. 106).

-“hacer dinero rápido” (*Los invisibles de Kolda*, p. 144).

-“para tener fortuna” (*Cayucos*, p. 112).

-“en busca del dinero” (*Las voces del Estrecho*, p. 57); «buscando fortuna» (*Las voces del Estrecho*, p. 57); «no buscan un santo ajeno al del dinero» (*Las voces del Estrecho*, p. 154).

- “buscadores de oro de la Europa rica y próspera” (*La patera y otros relatos*, p. 56).

El dinero en cuya busca van los protagonistas africanos en su viaje al El Dorado europeo no es, en la práctica un tesoro que se supone está almacenado en algún lugar, sino que es una dinero que se consigue mediante el trabajo, a cambio de una producción laboral. La riqueza buscada por los inmigrantes se traduce entonces en término de «trabajo»:

Ahora, el joven [Karim] había decidido dejar su Marrakech de palmeras y murallas rojizas para irse a **trabajar** a España. *Vidas*, p. 17.

Siempre había tenido la esperanza de que ésta le diese su dirección, su teléfono, que le ayudase a buscar **trabajo**. *Vidas*, p. 188.

Todos hemos dejado nuestras familias buscando un poco de vida, un **trabajo** [...]. *Vidas*, p. 65.

Ombassi.– ¿Puedo ir con vosotros? ¿Me lleváis a algún sitio dónde **trabajar**? *La mirada del hombre oscuro*, p. 46.

Ombassi.– [...] Yo quiero ir contigo y con tu familia, luego me voy, **trabajo** y me vuelvo. *La mirada del hombre oscuro*, p. 48.

Ombassi.– Llévame a tu ciudad. Quiero **trabajar**. *La mirada del hombre oscuro*, p. 58.

Larbi.–Búscame un **trabajo** [...]. *Ahlán*, p. 48.

El cayuco, el viaje a Europa, la salida de uno de los miembros de la familia **en busca de un trabajo** que permita mantener al resto, al menos contribuir a la mejora de sus condiciones. *Los invisibles de Kolda P.* 82

[...] la posibilidad de **trabajar** es un poderoso imán. *Los invisibles de Kolda*, p. 143

[...] miles de inmigrantes de origen subsahariano llegaron a esta provincia [Jaén] con la esperanza de **trabajar**. *Los invisibles de Kolda*, p. 148.

Fue cuando yo decidí a ir a buscar **trabajo** en España. *Las voces del Estrecho*, p. 29.

Lo único que aspiran es a **trabajar** y poder vivir. *Las voces del Estrecho*, p. 49.

Quieren **trabajo** [...]. *Las voces del Estrecho*, p. 131.

[...] no buscan un santo ajeno al del dinero obtenido por el **trabajo**, cualquier trabajo. *Las voces del Estrecho*, p. 154.

Éste es Munir –me dijo– Tiene decidido ir a España a buscar **trabajo**. *Harraga*, p. 88.

La gran aspiración de la mayoría de los niños cuando llegan a Canarias es ponerse a **trabajar**. *Cayucos*, p. 30.

Buscadores de **trabajo**, buscadores de oro de la Europa rica y próspera. *La patera y otros relatos*, p. 56.

[...] miles de inmigrantes que llegan a España en busca de fortuna, **trabajo** [...]. *La patera y otros relatos*, p. 106.

No deseaba nada tanto en ese momento como **trabajar**. *Dónde mueren los ríos*, p. 106.

Y que si vienen [los inmigrantes] aquí es para **trabajar**, para poder dar de comer a los suyos. *Dónde mueren los ríos*, p. 103.

Cabe subrayar que este propósito económico de los inmigrantes no va encaminado hacia el único bienestar material del propio inmigrante sino que va cargado de una gran preocupación por la mejora de las condiciones de vida por los familiares quedados en el país, interés que se manifiesta en la frecuencia en los discursos de los viajeros o inmigrantes de los sintagmas “mandar/enviar dinero”:

Le enviaría [Abdel] dinero a Saida. *Vidas*, p. 34.

Le enviaría [Abdel] algo de dinero. *Vidas*, p. 37.

Deseaba [Karim] comenzar a trabajar lo antes posible para enviar dinero a su madre [...]. *Vidas* p. 146.

Ahora, ya mayor de edad, vive [Fonseni] con otros compañeros con los que coincidió en el centro y se esfuerza a diario por salir adelante y, a la vez enviar dinero a los suyos que les permita vivir con desahogo. *Los invisibles de Kolda*, p. 96.

[...] esperan [los jóvenes inmigrantes] en los centros de acogida el momento de empezar a trabajar y mandar dinero a sus familias. *Los invisibles de Kolda*, p. 98.

Yo sería quien corriera la Aventura. Y si todo resultaba bien, podría mandarles dinero, con poco bastaba. *Las voces del Estrecho*, p. 42

Y es cierto que la consecución de esta meta supone una inmensa ayuda para los familiares en el país de origen. Como observa Adepoju:

La dependencia de los envíos de los que emigran es cada vez mayor. En Senegal, las encuestas sobre el presupuesto de los hogares revelaban que los ingresos enviados por los emigrantes cubrían entre el 30 y el 70%, a veces el 80%, de las necesidades de la familia (Adepoju, 2000: 135).

Su impacto es muy visible en las sociedades de los países de origen como observa Jabardo Velasco:

En todos los recorridos que he realizado por aldeas o ciudades senegaleses, mis interlocutores locales me mostraban los hogares o hacían referencia a las familias relatándome el número de miembros que estaban fuera, y los cambios o las transformaciones que había operado la estructura residencial en ese tiempo. Y la verdad es que las viviendas de aquellos que contaban con algún miembro de la familia fuera estaban mucho mejor acondicionadas que aquellos que no lo tenían (Jabardo Velasco, 2006: 41).

Esta meta económica, además del poder económico y bienestar material del protagonista inmigrante que supone, obedece a una finalidad social: el ascenso social o reconocimiento meritorio dentro de la comunidad de origen como lo observamos en Jilali Bathilly quien quiere viajar a Europa como hicieron dos de sus hermanos considerados desde entonces en su pueblo como unos «Señores» (Vidas, p. 43) o en Nazhiz quien manifiesta este deseo en los siguientes términos:

Yo [Nazhiz] lo que quiero es triunfar en España –dijo muy seria la chica– [...] Quiero triunfar, ganar dinero, comprarme una casa, tener ropa bonita y un coche y trabajar como actriz en las series de televisión. **Así podrán ver en mi casa como he llegado a ser alguien.** (Vidas, p. 177)

Como subraya Ben Okri (1998), la emigración al extranjero se ha «convertido en el nuevo signo de progreso» y prestigio social en muchas ciudades y aldeas africanas. Estas palabras de Jabardo Velasco (2006: 41) expresan muy bien esta realidad:

«En el pasado la emigración se identificaba con pastores, campesinos o trabajadores. Ahora el emigrante es una persona de más prestigio en la sociedad senegalesa», comentaba un profesor de la Universidad Cheik Anta Diop de Dakar, en agosto de 2003, antes de hablar de sus planes para comenzar una nueva vida (Jabardo Velasco, 2006: 41).

5.1.6. La ilegitimidad

El viaje en busca del El Dorado está marcado por la ilegitimidad. Es como lo defiende Escudero Marín () un «viaje ilegítimo, innoble». Ilegítimo porque consistió en una invasión —conquista— y expoliación. Los expedicionarios españoles acudieron a los territorios indios sin estar invitados y se hicieron con las riquezas de los autóctonos a la fuerza, mediante la exigencia de rescates áureos (Quintana, 1830, t. 2: 407) a cambio de la liberación de caciques autóctonos secuestrados —Moctezuma, Atahualpa— o mediante una sustracción a la fuerza a secas, matando todos aquellos autóctonos que en defensa de lo que era suyo se interponían en el camino de los buscadores de tesoro. La ilegitimidad constituye por lo tanto un elemento clave del núcleo semántico del viaje en busca del El Dorado. Esta misma cualidad marca el viaje de los protagonistas inmigrantes de nuestros textos literarios, apelando a la memoria el viaje en busca del El Dorado y convocando de este modo el texto cultural. Pese a que este viaje de los inmigrantes africanos hacia España tiene un motivo racional, el de huir de la indigencia, es ilegal debido a la forma de acceso a España.

La ilegalidad se observa en el medio de transporte usado, *la patera*, objeto connotando la ilegalidad por las actividades ilícitas para que es usado. En los años ochenta en efecto, *patera*, habiendo perdido su acepción original de «barco muy plano en el fondo para perseguir patos en sitios de poco fondo» (Alcalá Venceslada, 1951), pasa a «identificarse por la opinión pública más cercana al Estrecho como una embarcación para alijar droga»¹¹⁸. Esta significación aparece recogida por Sanmartín Sáez (1998: 640) en su *Diccionario del argot*: «pequeña embarcación empleada para el contrabando de hachís». En los años noventa, se convierte en un vocablo que designa

¹¹⁸ Sena Rodríguez, Ildelfonso, «La tragedia del Estrecho», en Soler-Espiauba, Dolores (coord.), *Literatura y pateras*, Madrid, Universidad Internacional de Andalucía/Akal, 2004., p. 17.

«toda embarcación pequeña, sin quilla y de fuerte borda, pero como sinónimo de barca que lleva, básicamente, emigrantes ilegales norteafricanos y subsaharianos».

Patera se presenta así como alegoría de la inmigración clandestina. Se percibe esta asociación de patera con la inmigración ilegal en las palabras del protagonista de *Harraga* (p. 10), Jalid Tamsamani:

Crucé el Estrecho como un señor, dirían los españoles: con mi traje y mi corbata, el visado bien ilustrado sobre mi pasaporte, dinero y tarjetas. De eso no tengo queja. No llegué aquí en patera, hice lo que debía y fue respetado. Cierto: a algunos compatriotas algo les dijeron, los zarandearon, registraron, retuvieron. Pero yo iba delante de ellos, y casi nada vi. Sólo una ligera bruma de indignación que no podía enturbiar mi felicidad: atravesé el Estrecho con todas las de la ley (*Harraga*, p. 10).

Los textos literarios de nuestro corpus están inundados por el vocablo *patera* y su sinónimo *cayuco*¹¹⁹ así como de otros sinónimos contextuales:

Vidas:

-‘patera(s)’: pp. 32, 59, 64, 78, 79, 87 (2), 92, 106, 109 (2), 110 (2), 113, 115, 117, 121, 123, 124, 130, 131, 134 (2), 135, 138, 139, 148, 153, 162, 165, 180, 183, 187 (2), 188, 189, 211, 214, 216, 217, 220, 225, 232.

-‘barca’: pp. 93, 123 (2), 126, 130 (3), 131, 133, 134, 135 (5), 137, 138, 139, 140 (2).

Cayucos:

-‘patera(s)’: pp. 15, 17, 18, 19, 21 (3), 22 (2), 23 (3), 24 (4), 27 (3), 28, 29 (2), 30, 31, 32, 33, 34, 35, 39, 43, 44 (2), 49, 51, 52 (2), 53, 54, 56, 57, 58 (2), 59 (3), 61, 62, 63, 64, 65, 70, 71, 74, 81 (3), 82 (2), 90, 93, 94 (2), 95 (3), 98, 99, 105,

¹¹⁹ «El cayuco, según el diccionario, es una “embarcación india de una pieza, más pequeña que la canoa, con el fondo plano y sin quilla”. Nada que ver con las barcas que llegan a Canarias desde Mauritania y Senegal. De hecho, en África casi nadie las llama cayucos. En uolof, la lengua senegalesa, se los conoce como *gaal* mientras que en francés se los denomina *pirogues* (“piraguas”). Al igual que ocurrió con el término patera, el reciente y extendido uso de la palabra cayuco para definir a las piraguas que traen inmigrantes a Canarias ha forzado un cambio en su propio significado.

Hay muchos tipos, según sea su tamaño, su anchura, su fondo o los materiales con los que están contruidos. Entre los que llegan a las islas están los de 15 o 20 metros de eslora, que pueden albergar entre 40 y 80 personas, y los más grandes, de hasta 30 metros, en donde viajan más de 100 clandestinos a bordo.» Naranjo Roble, José, *Cayucos*, p. 97.

113, 114, 125, 126 (2), 127, 131, 135 (2), 142 (3), 143, 145, 147 (2), 148, 152, 161.

-‘cayuco(s)’: pp. 15 (2), 66, 70, 81, 98 (3), 99, 101 (3), 102 (2), 104, 105, 106 (2), 107, 108 (3), 109, 110 (2), 111, 112, 113, 114, 118 (3), 121 (5), 122 (3), 124, 125 (2), 129, 130, 131 (2), 135 (2), 138, 140 (2), 141 (3), 143 (2), 144 (3), 145 (2), 146 (3), 147 (2), 148, 150 (2), 151 (2), 152 (3), 153 (3), 154 (3), 155 (3), 156 (2), 157, 158 (2), 159, 160 (2), 161 (2), 162 (3).

-‘supercayuco’: p. 152.

- ‘embarcación(es)’: pp. 17, 19 (2), 27 (2), 30, 83, 98, 99, 108, 123, 124, 145, 146, 147, 148, 150.

-‘barquilla(s)’: pp. 18, 22, 23, 24 (2), 28, 30 (2), 34, 35, 52, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 71, 82 (2), 83, 94, 113, 120, 143 (2), 149, 163.

-‘barca(s)’: pp. 44, 56, 57, 95, 116, 122, 124, 146, 152, 154, 161.

-‘barco’: pp. 15, 60 (2), 119 (2), 120 (2), 156, 163.

-‘piragua’: pp. 109, 120, 121, 147.

-‘zodiacs’: pp. 15, 61.

Los invisibles de Kolda:

-‘patera(s)’: pp. 15, 72, 74 (2), 75, 91, 93, 135, 136, 144, 155, 159 (3), 160 (3), 161 (3), 162 (2), 163, 165, 166.

-‘cayuco(s)’: pp. 14, 15, 32 (2), 33, 47, 54, 56, 59, 61, 67, 71, 74, 75, 81, 82 (2), 83, 85, 86 (2), 87 (2), 88, 91 (2), 92 (2), 94, 96 (2), 98, 99, 106, 108, 109, 110, 111, 116 (2), 117 (2), 118, 120, 121 (3), 122 (2), 125, 128, 129, 130, 132, 133, 134, 135, 137, 144, 146 (3), 149 (2), 150 (2), 151, 153 (2), 154, 155, 158, 159, 162, 163 (4), 164 (3), 165, 166, 167, 168, 169, 171 (4), 172, 173 (2), 174 (3), 175, 176 (2), 177, 178 (4), 179 (5), 180, 181 (2), 182.

-‘embarcación(es)’: pp. 72, 83, 121, 123, 128, 153, 155, 156, 160, 161, 162, 163 (2), 164, 165 (2), 166, 182.

-‘piraguas’: 120, 121, 122, 123, 171, 178, 180.

-‘*pirogue*’¹²⁰: pp. 46, 48, 166.

-‘*barcazas*’: pp. 92, 101, 106, 109, 164, 177, 178, 179, 180 (2), 182.

-‘*barco(s)*’: pp. 113, 114, 116, 128, 135, 153, 164, 182.

-‘*barquilla*’: pp. 93, 159, 160, 162, 165, 166, 178 (2).

-‘*barca*’: pp. 99, 182.

Las voces del Estrecho:

-‘*patera(s)*’: pp. 16, 30, 38, 45, 53, 54 (2), 55, 62, 63 (3), 71, 72 (2), 76, 77 (2), 80, 81 (2), 89, 98, 121, 131, 133, 156, 179, 180, 184, 185, 196, 201 (2), 203(2), 206, 208 (2), 213, 217.

-‘*barca(s)*’: pp. 43, 62 (2), 63, 64, 72 (4), 76, 77, 78 (6), 80, 106, 196, 202, 207, 211.

La patera y otros relatos:

-‘*patera(s)*’: pp. 55 (3), 56, 57, 59 (2), 63 (3), 64, 67.

Ahlán:

-‘*patera(s)*’: pp. 7 (2), 10, 19, 21, 23.

-‘*barca(s)*’: pp. 9, 11, 13, 14, 20.

-‘*barcos*’: p. 21.

-‘*barcaza*’: p. 10.

Dónde mueren los ríos:

-‘*cayuco*’: pp. 65 (2), 68, 96, 99, 169, 186.

Esta presencia abundante de la noción *patera* en estos textos literarios, y también en la literatura sobre inmigración africana en general, confirma de algún modo el calificativo de esta literatura como «literatura de pateras». Junto a *patera*, se organiza en los textos de nuestro corpus toda una red de palabras y sintagmas que traducen expresamente la ilegalidad de los protagonistas inmigrantes:

¹²⁰ *Pirogue*: piragua en francés.

-‘polizón(es)’:

Vidas: pp. 33, 34, 36, 63, 67, 73, 87, 119; *Cayucos*: p. 60; *Al calor del día*: p. 64; *Ahlán*: p. 25; *Las voces del Estrecho*: p. 193.

-‘clandestinamente’:

Vidas: «intentando subir ~ a una barca para llegar a España» (p. 93), «el barco que nos embarcó clandestinamente para trasladarnos a Barcelona» (p. 230); *La patera y otros relatos*: «viajar ~ a la Península» (p. 51), «entrar ~ en Europa» (p. 57).

-‘clandestino(s)’ (sustantivo): *Cayucos*: pp. 15, 33, 99, 106, 109, 111, 143, 144, 151 (2), 153; *La patera y otros relatos*: p. 78.

-‘clandestino, a’ (adjetivo): *Cayucos*: entrar de manera ~ (p. 146); *Los invisibles de Kolda*: inmigración ~ (pp. 15, 76, 116, 125, 139, 158 (2), 172, emigración ~ (172); intento ~ de entrar en España (p. 157), inmigrantes ~ (p. 62).

-‘clandestinidad’:

La patera y otros relatos: p. 50.

-‘ilegalmente’:

Dónde mueren los ríos: p. 69.

-‘ilegalidad’:

Dónde mueren los ríos: p. 99 (3).

-‘ilegal(es)’:

Europa se hunde: inmigrante(es) ~ (pp. 11, 29, 34, 39, 57, 149), forma ~ (p. 68); *La patera y otros relatos*: inmigración ~ (p. 20); inmigrante ~ (pp. 59, 60, 61, 79, 85, 90); *Dónde mueren los ríos*: emigrantes ~ (p. 68); *Ahlán*: inmigrantes ~ (p. 97)

-‘irregulares’ (sustantivo):

Cayucos: p. 74; *Los invisibles de Kolda*: p. 74.

-‘irregular’ (adjetivo):

Cayucos: inmigración ~ (pp. 33, 102, 147); por vía marítima ~ (p. 33), manera ~ (p. 125, 146), por vía ~ (p. 135); *La patera y otros relatos*: situación ~: p. 80; *Los invisibles de Kolda*: de manera ~ (p. 74); la inmigración ~ (pp. 83, 86).

- ‘sin documentación’:

Los invisibles de Kolda: p. 74.

- ‘no tienen papeles’:

Los invisibles de Kolda: p. 130.

- ‘extranjeros indocumentados’:

Ahlán: p. 99.

Otra manifestación de la clandestinidad que envuelve el viaje de los protagonistas inmigrantes es el esfuerzo por pasar desapercibido. Las travesías del Estrecho con rumbo a España se realizan de noche («a las doce de la noche», *Vidas*, p. 122; «al caer la noche», *Cayucos*, p. 112; «en la negritud de la noche oscura», *Cayucos*, p. 51; «las dos de la madrugada», *Cayucos*, p. 163). También, las pateras van pintadas de color azul para un mayor camuflaje en la noche. Esta efectividad del camuflaje se percibe en las medidas adoptadas por las fuerzas de vigilancia costera marroquí:

Han prohibido [la policía y el ejército marroquí], eso sí, las pateras azules, que son más fáciles de camuflar en la noche. Ahora las barcas han de pintarse de blanco y los pescadores sólo están autorizados a faenar de día. (*Las voces del Estrecho*, p. 64.).

Tan característica de la travesía clandestina es su nocturnidad que ha dado lugar como lo observa Marco Kunz (2005), a expresiones chistosas como « ¡Tienes menos luces que una patera!»¹²¹

¹²¹ Cf. E. Moliner, «En Barcelona, con chilaba», *El País: Domingo*, 25-II-2001, 1-4, pág. 1.

5.2. EL MITO DE LA TIERRA PROMETIDA

5.2.1. Exposición del texto cultural

El mito de la tierra prometida viene consignado en el Antiguo Testamento. La historia empieza con una revelación de Yahvé a Abraham sobre la condición de su descendencia:

Entonces Jehová dijo a Abram: Ten por cierto que tu descendencia morará en tierra ajena, y será esclava allí, y será oprimida cuatrocientos años. (Génesis 15:18).

Hemos aquí pues a un pueblo destinado a ser oprimido bajo «el yugo de Egipto» (*Éxodo* 6:7). Esta opresión aparece efectiva en el libro del *Éxodo* en varios versos:

Les pusieron entonces capataces a los israelitas, para sobrecargarlos con duros trabajos. Edificaron así para Faraón las ciudades de almacenamiento: Pitom y Ramsés.

Pero cuanto más los oprimían, tanto más crecían y se multiplicaban, de tal modo que la gente ya no soportaba a los israelitas.

Los egipcios trataron con brutalidad a los Israelitas y los redujeron a esclavitud.

Les amargaron la vida con duros trabajos de arcilla y ladrillos, con toda clase de labores campesinas y toda clase de servidumbres que les imponían por la fuerza. (*Éxodo* 1: 11-14).

Durante este largo período murió el rey de Egipto. El pueblo de Israel sufría bajo la esclavitud. Gritaban, y su grito subía desde los lugares de trabajo hasta Dios. (*Éxodo* 2: 23).

Yahvé dijo: «He visto la humillación de mi pueblo en Egipto, y he escuchado sus gritos cuando lo maltrataban sus mayordomos. Yo conozco sus sufrimientos. (*Éxodo* 3:7)

El clamor de los hijos de Israel ha llegado hasta mí y he visto cómo los egipcios los oprimen. (*Éxodo* 3: 9).

Ahora me acuerdo de mi alianza al oír los gemidos de los hijos de Israel oprimidos por los egipcios. (*Éxodo* 6:5).

Por lo tanto, díles de mi parte: Yo soy Yahvé, que quitaré de sus espaldas los duros trabajos de Egipto y los liberaré de la esclavitud. Yo les devolveré la libertad con golpes tremendos de mi mano y con intervenciones manifiestas. (Éxodo 6:6).

La revelación de Yahvé a Abraham sobre esta condición de opresión y sufrimiento de su descendencia se verá seguida de otra revelación, esta vez buena, una promesa exactamente, fruto de la alianza de fe entre Dios y el patriarca:

Yahvé se apareció a Abram y le dijo: «Le daré esta tierra a tu descendencia». (Génesis 12: 7).

Tus descendientes de la cuarta generación volverán a esta tierra que no te puedo entregar ahora, pues la maldad de los amorreos todavía no ha merecido que yo se la quite. (Génesis 15: 16).

A tu descendencia daré esta tierra desde el torrente de Egipto hasta el gran río Eufrates. El país de los quenitas, de los ceniceos, y de los cadmoneos, de los hititas, de los fereceos y los refaítas, de los amorreos, de los cananeos, de los jergeseos y los jebuseos.” (Génesis 15: 18-21).

Esta promesa hecha por Yahvé a Abraham será renovada a su hijo Isaac y luego reiterada a su nieto Jacob:

Pues quiero darte a ti y a tus descendientes todas estas tierras, cumpliendo así el juramento que hice a tu padre Abrahám.

Multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y le daré todas esas tierras.” (Génesis 26: 3-4).

Yo soy Yahvé, el Dios de tu padre Abrahán y de Isaac. Te daré a ti y a tus descendientes la tierra en que descansas. (Génesis 28: 13).

La promesa de esta tierra resultaba ilusionante por dos motivos. Primero, supondría el fin de la opresión y del sufrimiento, temor y penuria que acarrea esta

condición. En segundo lugar, esta tierra prometida se supone que es una tierra ubérrima, «un país grande y fértil, una tierra que mana leche y miel» (*Éxodo* 3: 8 y 33: 3).

Abarca «la Arabá, la Montaña, la Tierra Baja, el Negueb y la costa del mar, es decir todo el país de Canaán y el Líbano, hasta el gran río Éufrates» (*Deuteronomio* 1: 7). En otras palabras, la tierra prometida es un territorio extenso, diverso y rico: tierra fértil y río para la actividad agrícola y la ganadería y mar para la pesca. El país de Canaán, tenía de hecho una bien merecida fama de riqueza y prosperidad económica debido a los intercambios comerciales —cananeo significaba «mercader» en las antiguas lenguas semíticas). Para resumir, la tierra prometida es un lugar de abundancia, prosperidad y paz. Coincide en este aspecto con la idea del Paraíso o Jardín de Edén¹²², una tierra donde «Yahvé Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles, agradables a la vista y buenos para comer» (*Génesis* 2: 9) y en donde «nacía un río que regaba el jardín» (*Génesis* 2: 10), un mundo ideal, donde los placeres y la felicidad eterna rediman los dolores y sinsabores de la existencia real.

Ahora que hemos expuesto el contenido del texto cultural, nos interesaremos a su presencia en el corpus objeto de estudio. Cabe señalar al respecto que dado que en el punto anterior —5.1. El mito de El Dorado—, hemos analizado la dimensión de Europa como tierra de riquezas y abundancia, nos limitaremos en este apartado a la segunda dimensión de la Tierra prometida, su percepción como remanso de libertad, dimensión que de hecho particulariza el mito religioso.

5.2.2. Presencia del mito en el corpus

La presencia del mito religioso en los textos literarios analizados es patente en la alusión directa a Europa como tierra prometida. En *las voces del Estrecho*, su designación con el sintagma «tierra prometida» aparece hasta seis veces (pp. 34, 94, 107, 135, 185, 205) y en la página 21 se la alude con el sinonímico grupo nominal «tierra de promisión». En la misma obra, una de las voces de los africanos muertos en la travesía habla de Europa en términos de «vuestro país, el que soñamos, el que nos prometieron, el de la

¹²²«Edén» es una palabra hebrea de origen acadio que significa «placer», en Strong, James (1890) *Hebrew and Greek Dictionaries*.

leche y la miel» (*Las voces del Estrecho*, p. 105-106), una clara referencia a la mítica tierra. En el capítulo «El eterno navegante», la madre del protagonista marroquí reproduce, en el discurso alentador e incitador a la emigración a España que dirige a su hijo, unas de las palabras dirigidas por Dios a su pueblo en referencia a la tierra que le ha prometido¹²³:

Irás a una tierra buena y espaciosa,
 La tierra que mana la leche y miel.
 Si de por vida amáis al que es,
 triunfaréis. (*Las voces del Estrecho*, p. 182)

En *Harraga*, el protagonista, Jalid, mientras vive todavía en Marruecos y otros amigos marroquíes suyos consideran a Hamid, quien ha conseguido acceder a Europa, como perteneciente al pueblo israelita, como «uno de los elegidos» (p. 93), concibiéndose Europa con claridad como «mundo de los elegidos» (*Las voces del Estrecho*, p. 125; *Harraga*, p. 27). Esta consideración como elegidos por los africanos incapaces de acceder a Europa de los que viven en Europa se repite en *Los invisibles de Kolda* (p. 27).

El mito de la Tierra prometida se percibe también en los textos culturales en una modalidad menos directa que la primera, en el paralelismo existente entre la condición de los personajes africanos en su tierra y la del pueblo hebreo en tierra egipcia: la opresión. Esta condición es en efecto el cemento del mito. Se encuentra al origen de la promesa de Dios al pueblo israelita y a la base del anhelo de esta tierra prometida. Al igual que los hebreos bajo el yugo de la esclavitud y opresión de los egipcios, los africanos sienten esta necesidad de acceder a una tierra de libertad debido a la opresión que sufren en sus países, opresión en su caso infligida por los regímenes dictatoriales al frente de estos países. Un ejemplo de esta situación de opresión es la vivida por los sierraleoneses de los que Amadú, el narrador-protagonista de *Donde mueren los ríos*

Éxodo 3:7-8: Dijo luego Jehová: Bien he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su clamor a causa de sus exactores; pues he conocido sus angustias, y he descendido para librarlos de mano de los egipcios, y sacarlos de aquella tierra a una tierra buena y ancha, a tierra que fluye leche y miel, a los lugares del cananeo, del heteo, del amorreo, del ferezeo, del heveo y del jebuseo.

quien decide emigrar a España por huir de las amenazas de muerte que recibe por expresar su libertad de pensamiento y expresión:

Un día hablé en clase de esas preguntas prohibidas y me tuve que ir. [...] Era profesor y tuve que huir por motivos políticos. [...] A alguien no le gustó que hablara en clase de los problemas del país. Me expulsaron del centro en que enseñaba literatura y recibí varias amenazas de muerte. Fueron a buscarme un día a casa de mis padres, con quienes vivía. Hurgaron en todos los rincones, en busca de cualquier sabe qué: panfletos, armas, libros subversivos. No me encontraba allí en ese momento y les dijeron a mis padres aterrizados que no les quedaba hijo por mucho tiempo. Soy el menor, y el único que vivía con ellos. Desde ese día están solos, porque la misma noche emprendí el camino que me trajo hasta aquí. (*Dónde mueren los ríos*, p. 16)

En su tránsito por Guinea Conakry en su huida hacia España, el sierraleonés se da cuenta de que la opresiva situación reinante en su país es presente en este otro país oeste africano:

Durante mi paso por aquel infierno veía a diario en la televisión, en directo, las sentencias de muerte dictadas por los tribunales de Conakry por simples robos; para escarmiento de la población. Y claro, entre ladronzuelo y ladronzuelo, colaban a algún opositor, algún periodista. [...]

La herencia de Seku Turé, a quien los guineanos tuvieron que sufrir entre 1958 y 1984, se mantenía viva. (*Dónde mueren los ríos*, p. 40)

Esta situación de cohibición de las libertades políticas, la sufre también el pueblo marroquí, víctima de «un régimen dictatorial, feudal y represivo» (*La patera y otros relatos*, p. 38) como lo dejan ver Romeo el africano en *Las voces del Estrecho* y los narradores de *Cayucos* y *La patera y otros relatos*:

[...] es peligroso hablar, el Majrén está en todas partes, lo sabe todo, y cuando ves algo extraño lo mejor es callar. Yo cierro los ojos porque es mejor no enterarse de lo que no quieren que te enteres. (*Las voces del Estrecho*, p. 130)

Los relatos de los chicos hablan de torturas, represión y encarcelamientos, de la huida desesperada de un régimen opresivo que reprime con violencia a los saharauis [...] (*Cayucos*, p. 20).

Se trataba sobre todo de jóvenes saharauis que huían de la represión a la que se veían sometidos ellos mismos o sus familias por el mero hecho de simpatizar con las ideas independentistas. (*Cayucos*, p. 23).

En otros sectores de la sociedad rifeña, y en el resto de Marruecos, se procedió a la implantación de rigideces que impedían el ejercicio de las libertades más elementales. Se creó la policía política, que actuaba indiscriminadamente. En el mundo estudiantil la persecución fue implacable. (*La patera y otros relatos*, p. 32).

A sangre y fuego fueron reprimidas las libertades rifeñas (*La patera y otros relatos*, p. 38).

La lucha por las libertades democráticas estaba prohibida [...]. (*La patera y otros relatos*, p. 42).

En el relato «La patera» de *La patera y otros relatos*, esta situación represiva es vivida hasta su extremo por el padre de Benassa, el protagonista:

Durante catorce años estuvo internado en aquel antro de muerte y torturas. Catorce años sin tener noticias de su esposa y de su hijo Benassa. Sin recibir visitas ni siquiera de la Medialuna Roja. Represión absoluta. En el amplio campo de concentración de Tistutin más de dos mil rifeños dejaron sus vidas. Al final fueron liberados por gestiones de Amnistía Internacional. De los internados sólo salieron con vida la mitad, pero mermados en sus facultades físicas y mentales. La mayoría de ellos se trasladaron a sus lugares de origen, pero posteriores órdenes de la autoridad marroquí, les obligaron a residir en otras localidades para evitar contactos no deseados y acciones subversivas que por la década de los setenta empezaba de nuevo a sacudir a Marruecos en todas sus provincias, de forma imparable. Igual que en otras ocasiones fueron reprimidas con brutalidad. (*La patera y otros relatos*, p. 39)

Esta situación dejará al padre del protagonista «convertido en un vegetal, enfermo mental por las torturas recibidas» (*La patera y otros relatos*, p. 53) y motivará la decisión del joven marroquí de abandonar el país para España, en busca de libertad.

Estas privaciones de libertades llegan en algunos casos a un caso extremo con la cohibición de libertades del ámbito privado y personal, concretamente las libertades religiosas. Dos casos ilustrativos son los del joven argelino Mehdi en *Vidas* y del sudanés Boo de *Los príncipes nubios*, que huyeron ambos de sus países respectivos para España en busca de libertad y paz:

He huido de mi país porque los fundamentalistas mataron a mi padre hace un par de meses— aclara Mehdi. (*Vidas*, p. 190).

Es [Boo] sudanés, eso ya lo sabes, allí están en una guerra civil o de religión, parece que bastante cruda, aunque hasta aquí no llegue nunca el eco de las continuas matanzas del Ejército, ni la existencia de campos de concentración terribles y las aparatosas condenas que se les imponen a muchos sólo por ser de una etnia que no se ha convertido al Islam. (*Los príncipes nubios*, p. 211).

La cuestión de género cobra especial relevancia en este apartado. La mujer africana, marroquí específicamente, sufre en efecto además de esta opresión generalizada otra opresión específica a su género, o sea, que es víctima de una doble opresión. En los textos analizados, tiene una resonancia contundente el tema de la obligación a la sumisión y falta de libertad de que es víctima la mujer en las sociedades africanas musulmanes, específicamente la sociedad marroquí, sociedad machista y patriarcal regida por el estatus del honor y la inferioridad de la mujer. Esta opresión se erige en otro factor que despierta, motiva y justifica esta aspiración a llegar la tierra prometida, a España, donde la mujer goza de todas las libertades y derechos. *Las voces del Estrecho* presenta muchos casos ilustrativos de esta situación de opresión y maltrato de la mujer marroquí expoliada de todos sus derechos. Un primer caso es el de la protagonista del capítulo «La mujer sin cabeza», dada precozmente en matrimonio a un polígamo, encerrada y abusada constantemente, tratada como un mero objeto sexual, «un instrumento de placer»¹²⁴ :

¹²⁴ *La patera y otros relatos*, p. 52.

Y a los catorce años mi madre consiguió casarme. Era un primo suyo, lejano, comerciante, que me llevaba cuarenta años. [...] diez años después le abandoné [...] Ahora apenas tengo ganas ni fuerzas para hablar de lo que fueron aquellos diez años en los que permanecí encerrada, cuidando a aquel hombre, satisfaciendo sus necesidades en la noche, cuando no estaba ocupado con la otra mujer que vivía en la casa, su segunda esposa, y que al ser mayor que yo me trataba despóticamente. Ignoro las lágrimas que me tragué durante ese tiempo, las veces en que estuve tentada de huir o suicidarme. De la ciudad sólo recuerdo las calles que recorría cuando iba a visitar a mi madre. Los años se sucedían como en un suspiro, días tras día la misma rutina, sin nada que la rompiera. En cuanto al cuerpo, nada sentía, le dejaba hacer a él, y él me gritaba, se quejaba de que no le acompañase, me acusaba de estar maldita y de que por eso no le daba hijos. Consolábase con la otra, que un año sí y otro no le daba descendencia. Cuando acudí a mi madre, había cumplido veinticuatro años. Creía ya estar muerta. (*Las voces del Estrecho*, «La mujer sin cabeza», p. 115-116).

El carácter sumamente machista de esta sociedad y la subconsideración y falta de libertad de la mujer se percatan con magnitud en la discusión que tiene el cuñado de la protagonista con la madre de ésta tras su fuga del opresivo hogar en que padecía:

La tarde en que yo estaba culminando mi decisión, recibimos la visita de un hermano de mi marido que me reclamaba junto a él bajo amenaza de denunciarme a la policía por abandono de hogar y hurto. [...] «Mi hermano no está exento de defectos, cierto es, ¿Qué hombre no los tiene? **Pero es su marido según la ley. Ella debe obedecerle.** No puede abandonar su casa, su tierra, encontrarse con los infieles.» Respondió mi madre: «¿Acaso no nació nuestro mundo, el que heredamos de Abraham, con una emigración? Y el Profeta lo ha dicho: sólo los presos o los enfermos no pueden emigrar». «**Pero el Profeta sólo habla de los hombres, las mujeres son distintas, no tienen para él la misma consideración.**» (*Las voces del Estrecho*, «La mujer sin cabeza», p. 119)¹²⁵

Tu deber es casarte aquí, según nuestras leyes, y traer hijos al mundo. Jamás permitiré que abandones esta casa. Marcharte a tu albedrío como los hombres es convertirte en una impura. (*Las voces del Estrecho*, «La mujer sin cabeza», p. 120).

¹²⁵ Lo marcado en negrita es obra nuestra.

La mujer ha de salir más que dos veces en su vida de la casa: la primera, desde la del padre a la del marido; la segunda, desde la casa del marido al cementerio. Y tu hija ha desobedecido este precepto divino. Es cuanto tengo que deciros. A partir de aquí, os atenderéis a las consecuencias si no respeta las leyes. (*Las voces del Estrecho*, «La mujer sin cabeza», p. 121).

Consciente de esta situación opresiva de la mujer en Marruecos, la madre de la protagonista, quien también sufrió los rigores de esta sociedad de tradiciones extremistas y cerradas¹²⁶, es quien «me[la] animaba a huir de nuestra[su] propia tierra»¹²⁷ hacia España, tierra de vida verdadera, de libertad:

—Tienes que irte de Marruecos. España es un buen lugar. Si posees estudios y emigras, de algo te habrán servido los estudios; y si nunca fuiste a la escuela, aprenderás al menos a ser persona. Durante siglos las mujeres vivimos sin llegar a conocer lo que es la vida. Siempre encerradas, sumisas, obedientes. ¿Y sabes a que esperábamos? A morir. Como los pájaros enjaulados, cantando nuestra propia tristeza. Por eso es mejor volar, no debes tener miedo a volar. Mírate en un espejo, pero sobre todo aprende a ver tu alma y comprenderás qué quiero decir. (*Las voces del Estrecho*, «La mujer sin cabeza», p. 117-118).

Un otro caso representativo de esta falta de libertad de la mujer marroquí es el de Amina Alaoui, protagonista del capítulo «No se pueden cerrar los ojos de un niño» de *Las voces del Estrecho*:

Se me acabó el tiempo de libertad, del campo, de cazar pájaros, de hacer el pan, de pasear en las fiestas.

Apenas guardo recuerdos de la boda, sí de las terribles semanas, meses, que la siguieron. Llevaba un año casada y todavía ignoraba qué era el placer, pese a que casi todas las noches tenía que dejarme hacer lo que mi marido quisiera, salvo cuando me encontraba con el período, que yo prolongaba cada vez más días, pues era feliz

¹²⁶ Fue «rechazada por su propia familia, que la consideraba deshonorada porque su marido la abandonó» (*Las voces del Estrecho*, «La mujer sin cabeza», p. 118).

¹²⁷ *Las voces del Estrecho*, «La mujer sin cabeza», p. 118.

entonces, sin tener que soportar su peso, sus jadeos. Una vez él se olió mis tetas, metió sus dedos en mi vagina y luego los restregó sobre mi boca: zorra, me dijo, me estás engañando, ya te enseñaré yo a ti. Aquella noche fue espantosamente violento: no sé las veces que me penetró. Los desgarros que me produjo, sobre todo en el culo. Afortunadamente no tardó en cansarse de mí, tan pasiva, y se trajo a otras dos mujeres que montaba a veces al tiempo. Luego me lo reprochaba: ésas sí saben, me decía, ésas saben darme gusto, tienes que aprender de ellas. Él regresaba a casa a cualquier hora, y yo sólo podía salir a visitar a mi madre. [...]

Me sentí, sin cumplir todavía los veinte años como, una mujer acabada, muerta, encerrada de por vida, un cadáver bajo la chilaba que me cubría, el velo que él me obligaba a llevar las escasas veces que salía de casa. Porque de hecho apenas si veía la luz, escuchaba hablar a la gente, sabía de la existencia del mundo fuera del patio en el que convivía con las otras mujeres, de la habitación en que permanecía horas y horas encerrada, acompañando el crecer de unos niños débiles, tristes, a los que solamente yo proporcionaba caricias, o mi madre, las escasas ocasiones en que me visitaba. (*Las voces del Estrecho*, «No se pueden cerrar los ojos de un niño», p. 190-191)

El calvario en que ella vive y el sentimiento de estar en una verdadera cárcel, lo confiesa con un sentido, teñido de patetismo muy pesimista:

Yo lloraba, y lloraba hasta agotar las lágrimas. ¿Cómo podría morir? Aprendí, ya que no a leer, a cantar, era la forma de evadirme de la cárcel de mi vida. Él, a veces, sobre todo si estaba borracho, me pegaba. Y cuando yo le amenazaba con abandonarle, me aseguraba que me denunciaría a la policía, me acusaría de ladrona y me meterían en la cárcel, de la que no saldría nunca. ¿Y acaso esto no era la cárcel?, pensaba yo. (*Las voces del Estrecho*, «No se pueden cerrar los ojos de un niño», p. 192)

La falta absoluta de libertad y de dignidad de esta mujer, reprimida y encarcelada, por causa de la autoridad y violencia machistas de su marido y de la familia del mismo, será el desencadenante de su aspiración a llegar a España, tierra prometida de libertad.

Otra situación parecida a la de Amina es la de la protagonista del capítulo «La gran Ramera», la marroquí Khadija:

Contaba Khadija veintiún años cuando se trasladó a vivir a la ciudad de la familia del marido. Las mujeres que con él habitaban, y su padre, eran, más autoritarias que el propio esposo. Éste le chillaba, le pegaba alguna vez. Las otras, el padre, no la dejaban respirar un minuto, acosándola con sus órdenes, con su presencia y vigilancia constante. Khadija no encontraba ningún aliado alrededor suyo; era como una no persona. Por eso decidió emigrar a España clandestinamente con el dinero que tenía escondido, de su familia, de sus ahorros, y sobre todo, pensando que, si le iban mal las cosas, podría pagar con su cuerpo, como ahora pagaba al marido, recibiendo a cambio sólo golpes y trabajo y teniendo que atender a toda su familia.

Obligada a limpiar la casa, preparar la comida, fregar los cacharros, lavar y planchar la ropa, y dejarse penetrar, tenga o no ganas, por el hombre, cuando éste la reclama. (*Las voces del Estrecho*, «La gran ramera», p. 135)

Leila, la compatriota a la que acude Khadija debido a la experiencia de ésta, quien conoció el mundo occidental, resume esta condición de la mujer marroquí y alumbra a la protagonista sobre el destino que tendría en la tierra prometida, España:

[...] insiste Leila, hora es de comprender que en nuestra tierra la mujer carece de libertad, y que la ley nos discrimina. Marruecos nos ahoga y en España somos libres. (*Las voces del Estrecho*, «La Gran Ramera», p. 136)

Yasmina de *Harraga* es un personaje más, cuya historia pone de relieve la falta de libertad de la mujer marroquí:

Su marido le hacía la vida imposible: no la dejaba salir, le pegaba. No podían tener hijos, y la culpaba a ella. Se volvió a casar, y tampoco pudo dar un hijo a la nueva mujer. Estaba seco, y la siguió pagando con Yasmina. (*Harraga*, p. 136).

La infravaloración y marginación de la mujer en la sociedad marroquí se destaca también en el capítulo «El eterno navegante» de *Las voces del Estrecho* donde se

manifiesta el carácter extremadamente machista de esta sociedad islámica en la misógina actuación del maestro violinista:

En su casa jamás entró mujer alguna. Se reía comentando [...]. Porque la mujer, en Marruecos, es como si careciera de categoría de ser humano, al menos hasta nuestros días, por eso no viene ninguna a mi casa, a estudiar el arte de la composición, de la interpretación, del canto; todo lo que yo he conseguido a lo largo de mi vida no es para ellas, concluía. (*Las voces del Estrecho*, «El eterno navegante», p. 177).

En el capítulo «Romeo el africano» de la misma novela de Andrés Sorel, la española que conoce Romeo en Tánger subraya esta condición de la mujer que justifica su aspiración a la tierra española, para la mujer marroquí, tierra prometida, tierra de libertad:

—Vuestras mujeres sobran aquí. Las tratan como a inferiores. Algunas jóvenes con las que he hablado me dicen: o salir o matarme. (*Las voces del Estrecho*, «Romeo el africano», p. 131).

5.3. EL MITO DE JAUJA

5.3.1. Exposición del mito

Jauja o País de Jauja es un país mitológico del cual se hablaba frecuentemente durante la Edad Media. Se conoció en las distintas tradiciones europeas con nombres diversos: *Pays de Cogne* en la tradición francesa, *Land of Cockaigne* en la tradición inglesa, *Luilekkerland* entre los flamencos y *Paese di Cuccagna* en la tradición italiana. En esta tierra mitológica, no era necesario trabajar y el alimento era abundante. Se suponía que quienes lo habitaban vivían entre ríos de vino y leche, y que montañas de queso y lechones ya asados pendían de los árboles ya con una faca en el lomo, listos para ser prontamente degustados. Jauja, es descrita por el escritor romano Petrus Nobilio (1560)

como «el país donde los ríos son de leche y miel, los gansos vuelan ya asados, los monjes bailan con las monjas, los pantanos son de cuajada, las casas cubiertas de tortas y las represas llenas de vino oporto». Según la tradición flamenca, plasmada en el cuadro de pintura de Pieter Brueghel (*vid.* Anexo 15), se accede a *Luilekkerland* excavando un túnel en una montaña de pastel de maíz. Cuando el afortunado mortal consigue llegar a la tierra prometida, comienza la anhelada existencia del ocio y la glotonería:

Es una tierra maravillosa a la que se llega excavando una montaña de papilla. Una vez allí, los ríos son de leche y miel, de los árboles cuelgan pasteles y mesas dispuestas para el banquete. Los cerdos asados se pasean con el cuchillo dispuesto para trincharlos, los pollos se depositan amablemente en las bandejas y un huevo se pasea con la cucharilla ya preparada. Las casas están cubiertas de tartas y sólo el ocio impera por todas partes.

Los habitantes de tan paradisíaco país aparecen tendidos en el suelo, reponiéndose de los excesos gastronómicos.

El mito de Jauja procede de los arquetipos populares del Medioevo, nacido de la fantasía de una época en que el hambre cotidiana y las enfermedades mortales — muchas de ellas consecuencia de la mala alimentación— eran las obsesiones crónicas de familias y pueblos enteros. Surgió en una sociedad estamental profundamente oprimida e inculta, que sólo conocía los interminables trabajos en los campos embarrados y las insalubres aldeas. La fantasía popular puso pues su esperanza en la existencia de lugares imaginarios donde no había sufrimiento y donde los placeres carnales eran ilimitados, la utopía de una vida perfecta, una "utopía de los pobres", la "versión plebeya de la edad de oro", como define Camporesi (2006). El motivo del país de Jauja tendría así una doble función: ofrecer una vía de escape de la dura realidad contemporánea, y a la vez ponerlo en solfa enfrentándolo a su opuesto mágico y feliz.

5.3.2. Presencia del mito en el corpus literario

El mito de Jauja ha constituido un motivo importante en las literaturas medievales y renacentistas francesa, inglesa y sobre todo italiana como constata Arno Gimber (1995:

281-286). Recuerda un tópico literario —que podría encontrarse en su génesis— muy presente en las comedias griegas en que al paisaje real de la Grecia antigua, difícil y exigente para la obtención de los medios de subsistencia, los comediógrafos griegos opusieron un mundo de abundancia y vida regalada, centrado principalmente en los motivos gastronómicos. Transformando mágicamente el paisaje, describían un mundo comestible, donde los ríos eran de caldo, las tortas se depositaban en sus orillas en lugar de conchas, los trozos de carne pendían de las ramas de los árboles como si fueran hojas y el vino llovía sobre los tejados. Se trataba de un paisaje soñado, lejos de una realidad que poco se le parecía, en la que los bienes había que arrancárselos a la tierra o al mar con un gran esfuerzo. Tradicionalmente la Grecia continental y en particular el Ática eran consideradas una zona poco productiva debido a la pobreza de la tierra. Las llanuras de esta región producían olivo, vid y algunos frutales, en particular la higuera, pero poco cereal (y de éste más cebada que trigo), por lo que tenían que importarlo de otras zonas. Como subraya García Soler (2012), precisamente a la pobreza de la tierra atribuía el historiador Tucídides (I 2, 5-6) la *autochthonía* de la que tan orgullosos estaban los atenienses, porque su territorio no había despertado la codicia de los habitantes de otras regiones y no se habían visto empujados por ellos a desplazarse a otros lugares, lo que sí había sucedido en zonas más ricas, que habían sufrido continuos cambios de población. Por su parte, Platón (*Leyes* 708b) señalaba que la *stenochoría*, la limitación del espacio, no garantizaba la adecuada producción de bienes alimentarios de primera necesidad, a la vez que determinaba la escasa variedad de las comidas griegas. Esta tierra en general pobre determina una alimentación también pobre, a base de gachas de cebada, purés de legumbres, verduras del campo y poca carne. De hecho según Heródoto (I, 133, 2) los persas se burlaban de los griegos, porque solían levantarse de la mesa con hambre, y en una comedia del siglo IV a. C., de Antífanes (fr. 170 K.-A.), un personaje, probablemente también un persa, satiriza a los atenienses calificándolos como "de mesas pequeñas" y "comedores de hojas".

La comedia ideará pues un motivo folklórico de una tierra de felicidad donde todo se produce espontáneamente y en abundancia, y lo que es mejor, sin que sea necesario esforzarse trabajando. Se encuentra representado particularmente en una serie de comedias del último tercio del siglo V a. C., entre los años 437 y 400, de las que sólo se conservan algunos fragmentos a través de una fuente indirecta, Ateneo de Náucratis (VI 267e-270a), un autor del siglo II d. C. que los cita para la vida en los tiempos

antiguos, el tiempo de Crono y de la edad de oro: *Los turiopersas* de Metágenes (fr. 6 K.-A.), *Los anfictiones* de Teleclides (fr. 1 K.-A.), *Los compañeros de Pluto* de Cratino (fr. 176 K.-A.), *Los persas* de Ferécates (fr. 113 y 137 K.-A.), *Las sirenas* de Nicofonte (fr. 21 K.-A.) y *Las fieras* de Crates (fr. 16 y 17 K.-A.) entre otras. En *Los turiopersas* de Metágenes (fr. 6 K.-A.), maravillosos alimentos son arrastrados en su curso por el río Cratis, que irrigaba, junto al Síbaris, la región donde estaba situada la ciudad de Turios, bien conocida por su riqueza y su prosperidad:

El río Cratis nos baja enormes panes de cebada que se han amasado solos, mientras que el otro (el Síbaris) empuja olas de pasteles de queso, de trozos de carne, y de rayas hervidas que se arremolinan allí mismo. Estos pequeños arroyuelos de aquí manan desde aquel otro lado calamares asados, pargos y langostas, y desde acá morcillas y recortes de carne; aquí morralla, y allá, además, fritos. Desde arriba, filetes de pescado seco cocidos por sí solos se precipitan a la boca, y otros, junto los propios pies. Y pasteles de flor de harina nadan en círculo a nuestro alrededor.

En *Los anfictiones* de Teleclides (fr. 1 K.-A.), que se sitúa en el tiempo remoto del reino de Crono y de la Edad de oro, los torrentes manan vino y los lechos del banquete se ven rodeados por ríos de caldo con trozos de carnes calientes y arroyos de salsa para que los que deseen puedan untar en ellas. En *Los compañeros de Pluto* de Cratino (fr. 176 K.-A.), las tortas de cebada cuelgan de los árboles maduras. En *Los persas* de Ferécates (fr. 137 K.-A.), los ríos de caldo negro fluyen espontáneamente por las encrucijadas y los árboles, en vez de hojas tienen tripas asadas, calamares y tordos hervidos y cae lluvia de vino:

¿Qué necesidad tenemos ya de tus aradores, o de constructores de yugos, o de fabricantes de hoces, o de herreros, o de semilla, o de poner rodrigones? Pues espontáneamente por las encrucijadas ríos de caldo negro con aceitosos pasteles espolvoreados y panes de cebada aquileos fluirán desde las fuentes de Pluto, chorreando abundantemente, para que saquemos líquido de ellos. Y Zeus, haciendo que llueva vino ahumado sobre los tejados, hará las veces de bañero, y desde los techos derivarán canales de racimos de uvas entre pastelillos llenos de queso con puré caliente y papilla

de lirios y anémonas. Los árboles de las montañas perderán un follaje de tripas asadas de cabritos, calamares tiernos y tordos hervidos.

Aunque muy débilmente, se percibe el mito de Jauja en algunos de los textos literarios objeto del análisis, confrontándose una África de sequías y hambrunas con una Europa de abundancia alimenticia y saciedad. Esta imagen de Europa como tierra de Jauja es perceptible en la visión del protagonista de *La mirada del hombre oscuro*, Ombassi, para quien la tierra a la que acaba de llegar es un lugar donde «sobra la comida» (p. 41).

La misma visión de Europa tiene Jalid de *Harraga*. El joven marroquí le tiene una gran admiración y envidia —sana— a su amigo Hamid por vivir éste en Europa. Esta admiración y envidia viene de la representación que se hace su imaginación de la vida de su amigo Hamid en Europa, de la visión que tiene Jalid de Europa: una tierra donde «jamás faltaban las bebidas y la comida».

La percepción de Europa como País de Jauja aparece también, y con más energía, en *Las voces del Estrecho*, donde el protagonista nigerino Ahmed Sufat expresa su asombro ante la abundancia de comida, su presencia por todas partes, su disponibilidad absoluta y la “glotonería” que acompaña esta abundancia:

Me asombra España, esta ciudad [Sevilla] donde todo el mundo come fuera de sus casas y en todas partes se ve comida. Yo echo de menos la cebolla y algunos de los guisos que mi madre preparaba; pero aquí la comida abunda tanto como los yerbajos en nuestra tierra, y todo el mundo tiene derecho a ella, siempre, a todas las horas del día está la gente en la calle, andando y comiendo. *Las voces del Estrecho*, p. 195.

Aunque, la visión inmediata del País de Jauja nos da una imagen de abundancia gastronómica, cabe señalar que el mito no se limita a esta dimensión. El país de Jauja es en efecto un lugar de ociosidad y placeres carnales, placeres de los cuales forma parte el comer en exceso o la glotonería. Otro placer, menos visible, pero que también forma el núcleo semántico del País de Jauja es la lujuria, la libertad sexual, la sexualidad desenfadada, la orgía. Este placer es aludido en la mencionada pintura de Pieter Brueghel en que uno de los tres personajes principales se ve con la bragueta abierta,

señal probable de haber tenido sexo, y en que el extraño huevo cocido con patas se ha interpretado como una referencia a la mujer mientras que el cuchillo que tiene dentro sería el sexo masculino. Esta dimensión sexual del mito se observa también en algunas obras de nuestro corpus.

Para los protagonistas africanos, como lo subraya Abridach (2006: 193), «Europa no es solamente paradigma de la riqueza y de la abundancia, sino de la libertad sexual y de la orgía lujuriosa; razón por la cual las occidentales se ven convertidas en una especie de harenes fáciles de amar y de someter a la libido sexual». La jauja europea se supedita al signo de *Eros*; provoca toda una serie de fantasías eróticas que parecen ser una proyección del deseo sexual del yo reprimido sentimentalmente, esto es, una especie de recreación del mundo islámico de los huríes. El sueño fantasioso del protagonista de *La patera y otros relatos*, Benassa, está atiborrado de estas referencias virtualmente ensoñadoras, de claro signo erótico. Imagina a las mujeres occidentales como típicas huríes, tan activas en cuestión del sexo, en contraposición a las mismas mujeres musulmanas que son inaccesibles y, a veces, misteriosas. Tal lujuria se le antoja de facto como una especie de paraíso erótico. Las fantasías de Benassa reflejan esta impronta sensual del Jauja europeo:

[...] Aquella noche soñó que se hacía rico y que hacía el amor con una blanca europea de pubis velludo. Una auténtica hurí de carne trémula. La penetraba una y otra vez, como jamás lo había hecho en su vida. Loco de placer. Le mordía los labios. La boca. Los senos. Los muslos. No era como bereber pasiva, de pubis afeitado, masivo, domesticada. Las europeas eran como máquinas, activas, apasionadas con los árabes de sexo viril aparentemente más grande que el de los españoles. La volvió de espaldas y la penetró analmente, placer de dioses para un musulmán que se precie. Todo como una locura. Eyaculó abundantemente y se despertó manchado, inundado por el semen. Se sentía relajado, como en un paraíso. Con frecuencia las fantasías eróticas le transportaban a la posesión de una mujer que no fuera de su raza (*La patera y otros relatos*, p. 49).

Visión semejante de Europa como tierra de lujuria es la que manifiesta Jalid de *Harraga* (p. 12) que imagina la casa de su amigo Hamid, residente en España, como «un palacio» donde «entran y salían mujeres sin cesar». Esta visión erotizante de

Occidente es una expresión de la representación imaginaria que tiene el musulmán de Occidente en tanto que espacio de lujuria y amor fácil, en virtud de las libertades europeas en este campo.

CAPÍTULO 6: TEXTOS CULTURALES MIGRATORIOS

Por textos culturales migratorios, entendemos aquellos textos culturales cuyo motivo o argumento es el viaje. En el marco de nuestra investigación, estos textos son tres: el relato bíblico del éxodo, el mítico relato de la odisea y el mito del viaje al Averno. Antes de abordar la cuestión de la presencia de estos textos culturales en el corpus analizado, nos interesaremos por unos textos culturales, los cuentos de advertencia que, aunque no tienen como motivo el viaje, mantienen una estrecha relación con él.

6.1. LOS CUENTOS DE ADVERTENCIA

6.1.1. Estructura argumental de los cuentos de advertencia

Los cuentos siempre han ocupado un lugar importante en las sociedades humanas, como herramientas de diversión, información y educación. Excelentes medios de diversión, los cuentos también han servido para informar y educar a los más jóvenes, enseñándoles a conocerse a sí mismos y al complejo mundo en el cual viven y en el cual se relacionan, inculcándoles un modo de saber, desvelándoles y clarificándoles la realidad, permitiéndoles comprender mejor la condición humana, dándoles una visión de conjunto y por tanto, mayores posibilidades de juzgar y actuar con acierto en el futuro.

Dentro de la gran diversidad que conforman los cuentos, podemos distinguir los que se denominan de advertencia, o, de “puesta en guardia” en términos de Edmond Cros (2003: 182), aquellos cuentos destinados, como lo insinúa su apelación, a advertir o prevenir de un peligro. La función de estos cuentos es desalentar a los jóvenes a cometer acciones imprudentes que podrían dejarlos en situaciones embarazosas o incluso trágicas. El cuento que mejor ilustra esta categoría de cuentos es el de Caperucita Roja. Es un cuento que circula en una sociedad —la sociedad medieval— en que había antecedentes de pastorcillos muertos por ataques de lobos y por lo cual en que era habitual la contraposición poblado seguro y bosque peligroso. El argumento del cuento es sencillo: Un día, Caperucita es mandada por su madre a casa de su abuela en

el bosque a llevar a esta última, enferma, una cesta llena de comida, con el aviso de que mientras estuviera en el bosque no se apartara del camino ni se entretuviera con nada ni con nadie. Caperucita ignora la advertencia de su madre y se entretiene hablando con un lobo que le aborda en el bosque y accediendo a hacer una carrera con éste. La meta de la carrera es llegar a casa de la abuela. Sin embargo, engañada por el lobo en su astucia de llegar el primero a la casa, Caperucita Roja coge el camino más largo, desviándose así del camino indicado por su madre. El final de la historia es trágico¹²⁸: el lobo, que en su astucia llega a casa de la abuela antes que Caperucita Roja, devora a la abuela, y luego haciéndose pasar por ésta, por la artimaña del disfraz, consigue comerse también a la niña.

La estructura argumental del cuento, como cualquier texto narrativo, consta de tres partes: un planteamiento, donde se expone la situación que se va a desarrollar; un nudo, donde aparece un conflicto o tensión; y por último un desenlace que es donde desaparece la tensión. En los cuentos de advertencia se da en cada una de estas tres partes una situación concreta. En el planteamiento, se expone una advertencia.¹²⁹ Esta advertencia viene emitida por un ente superior en conocimiento, con mayor experiencia como por ejemplo un padre o un anciano y va dirigida a un sujeto joven, inexperimentado.¹³⁰ En el nudo, el sujeto joven hace caso omiso a la advertencia actuando de modo contrario a lo recomendado.¹³¹ Finalmente, en el desenlace, se da la consecuencia negativa (castigo) del acto transgresor del joven. La estructura argumental de los cuentos de advertencia podría resumirse por consiguiente en el esquema siguiente: **Advertencia – Omisión de la advertencia – Castigo**. Esta estructura se

¹²⁸ En este trabajo, hemos tomado en cuenta la versión de Charles Perault.

¹²⁹ En su análisis de la morfología de los cuentos, Propp enumera 31 funciones de los personajes. Cada función define la acción que representa el personaje. Se puede observar una correspondencia entre la situación descrita —advertencia— y la segunda de las funciones enunciadas por el teórico ruso —Prohibición—. *Morfología del cuento*, p. 38.

¹³⁰ Pablo Escudero Marín (2012: 174) subraya que «en el sistema semiótico la advertencia ubica al advertido como hijo, al advertidor como padre, da indicación clara de un posicionamiento de carácter moral y didáctico, de autoridad en definitiva. »

¹³¹ En la estructuración de Propp, esta situación equivaldría a la tercera función: la transgresión de la prohibición. *Morfología del cuento*, p. 39. Pablo Escudero Marín (2012:174-5) observa acertadamente que los cuentos de advertencia dan fe de la presencia de unos determinados valores. Asocian una prohibición con una amenaza. Son herramientas de una pedagogía del miedo. Muchos de los personajes inmigrantes transgreden y son castigados por ello. [...] La salida en busca de lo desconocido, desatendiendo el consejo de los más prudentes (habitualmente los mayores) sólo puede acarrear consecuencias nefastas para quien no atiende la indicación.»

reproduce en varios textos de nuestro corpus, convocando de este modo, los cuentos de advertencia. Veamos las modalidades de esta reproducción.

6.1.2. Reproducción de la estructura argumental de los cuentos de advertencia en el corpus

La advertencia en estos textos tiende a poner en guardia contra dos peligros: lo mortal que puede resultar cruzar el Estrecho en patera por una parte y por otra, lo utópico que es el bienestar que se dice que hay en el paraíso europeo.

En *Vidas*, se presentan dos casos de reproducción de la estructura de los cuentos de advertencia: los casos de los protagonistas Jilali y Karim. Tenemos a dos jóvenes africanos, que cansados de su miserable vida en sus países respectivos —Malí y Marruecos— deciden viajar en patera a Europa en busca de una vida mejor.

En el caso del primero, no se plantea el problema del peligro de lo utópico que es el bienestar europeo; el joven maliense se va a Europa a juntarse con sus hermanos mayores ya establecidos en Francia y bien integrados social y laboralmente en aquella sociedad. La advertencia va más bien sobre la forma de alcanzar el continente europeo. El muchacho tiene pensado acceder a Europa por medio de una patera. La advertencia, que en este caso viene del padre y del primo Barnahudin, conscientes del alto peligro que presenta esta opción de viaje, tiende a disuadir al protagonista el recurso a la patera, aconsejándole una vía menos peligrosa y más segura: ahorrar suficiente dinero y viajar más bien a Europa en avión con un visado falsificado que permitiría al joven embarcar desde el aeropuerto de Bamako hasta el aeropuerto de Orly en París donde rompería el pasaporte y pediría asilo político en calidad de dirigente político de Sierra Leona, amparándose así de una repatriación a Malí (*Vidas*, p. 45). El muchacho, negándose a seguir la vía indicada por su padre y su primo que en su opinión es una farsa —el declararse ciudadano sierraleonés cuando es maliense—, hace caso omiso de la advertencia y emprende el viaje tal como se lo ha planteado, precipitadamente, en patera:

Y a pesar de los intensos consejos de su primo, de su padre, de sus hermanos mayores y de su madre, el chaval emprendió el viaje precipitadamente (*Vidas*, pp. 47-48).

Esta omisión de la advertencia no será sin consecuencia. Acarreará primero mucho sufrimiento físico debido a lo dificultoso que resulta el viaje—travesía del desierto para acceder al punto de embarque en la patera— y arrepentimiento que se traducirá en los siguientes términos del protagonista en apuros:

Mi señor Alá, ¿Qué debo hacer? ¿Por qué no habré hecho caso a Barnahudin y a mi padre? ¿Qué hago yo aquí? ¡Ayúdame por favor! (*Vidas*, p. 58).

El menosprecio de la advertencia tendrá como otra consecuencia el calvario pasado por el protagonista en la bodega del barco comercial de unos estafadores que prometiéndoles a él y otros jóvenes de su misma condición llevarles de Mauritania a Marruecos, intentaron arrebatárles todas sus posesiones y los obligaron a echarse al frío, extenso y oscuro mar. Una tercera consecuencia del desprecio de la advertencia por el protagonista es la neumonía que pilla a consecuencia de este rudo y frío viaje, neumonía que casi le arrebatara la vida.

En el caso de nuestro segundo protagonista, Karim, la advertencia es sobre los dos peligros que presenta el viaje a Europa: lo peligroso del cruce del Estrecho en patera y lo utópico del bienestar de los inmigrantes africanos en Europa. La advertencia en este caso viene de un amigo, Fakir, que ya vivió la traumática experiencia del viaje que se planea realizar Karim y de un anciano:

Fakir contaba siempre a su amigo Karim que había pasado tanto miedo, tanta soledad, tanto vértigo, que no pensaba volver a repetir la experiencia (*Vidas*, p. 20).

— ¡Demasiado joven para irte a Europa!— le comentó un día uno de los viejos de la Plaza—. Es muy duro, más de lo que comentan algunos compatriotas cuando vuelven a pasar las vacaciones.

— [...] Lo que pasa es que ellos quieren volver a Marruecos diciendo que han triunfado, que tienen trabajo y casa. Nadie quiere volver como un perdedor — le aseguraba el anciano (*Vidas*, p. 219).

Sin embargo, Karim, empujado por la necesidad, ignora al igual que Caperucita Roja la advertencia que ha recibido:

Pero eran muchos los días en que desmontaba [Karim] su tenderete y se iba a casa con los bolsillos semivacíos. Por eso, tras pensarlo mucho, y haciendo oídos sordos a los consejos de su amigo Fakir, tomó la decisión, que él cría la más importante de su vida, de irse a España (*Vidas*, p. 23).

Como es de esperar, va a sufrir las consecuencias de su acto transgresor: la experiencia traumática de la travesía en patera, la ansiosa experiencia del viaje en tren de modo ilegal en España con el miedo a ser detenido por la policía, y la tortura de la soledad que implica vivir en tierra ajena, soledad que le llevará a renunciar a su propósito y a abortar su proyecto de vida en Europa decidiendo, a los muy pocos días de llegar al país soñado, volver a Marruecos con los suyos (*Vidas*, p. 225).

Otro texto literario del corpus donde aparece reproducida la estructura argumental de los cuentos de advertencia es *Ahlán*. En este texto teatral, nuestro protagonista, un joven marroquí, se denomina Larbi. Le llega la advertencia de la boca del viejo Nachib que, a bombo y platillo, intenta avisar a todos los jóvenes marroquíes aspirantes a la travesía del Estrecho en patera del mortalmente peligroso que puede ser este cruce y también de lo utópica que es la supuesta buena vida en Europa. «La televisión os llena la cabeza de pájaros» advierte al joven Larbi (*Ahlán*, p. 13). Sin embargo, éste desprecia las advertencias del anciano y es más: intenta asesinarlo para así conseguir el premio de un viaje gratis a España que ofrece Mimun Unacer, dueño de pateras cuyo negocio se ve amenazado por las ruidosas advertencias de Nachib. La estructura argumental de los cuentos de advertencia no faltará de darse: habrá consecuencia al menosprecio de la advertencia. Larbi malvive en tierra española, errando sin encontrar trabajo, viviendo en una chabola, pasando el calvario de una detención policial y una vez en la calle de nuevo escapándose por los pelos de una

persecución a la escopeta de unos autóctonos que reniegan su presencia e identidad “mora”.

En *La mirada del hombre oscuro* aparece también reproducida la estructura argumental de los cuentos de advertencia arriba mencionada. La advertencia en este texto viene bajo forma de premonición. Es emitida por el cadáver de su amigo al protagonista Ombassi, recién llegado en la costa española tras sobrevivir al naufrago de la patera que le llevaba a España, naufrago al que sin embargo no sobrevivió el amigo —en adelante cadáver—. El cadáver advierte a Larbi de los peligros que le acechan en tierra española, una tierra donde le rechazarán y donde se ahogará «en la miseria y en las enfermedades, en el pis y en el hollín» (*La mirada del hombre oscuro*, p. 41). Pero Ombassi desoye la premonitoria advertencia e incluso tras ser repatriado a su país de origen, vuelve a España. El castigo de esta obstinada transgresión será severo; Ombassi, acaba como predijo el cadáver: Muere de tos y fiebre. En su reencuentro con el cadáver en el más allá, éste le recuerda la advertencia que le había hecho —«Te lo dije»— y le reprocha el no haberle hecho caso volviendo a España tras su expulsión —«No debiste volver. Ya que te echaron, no deberías haber vuelto. — (*La mirada del hombre oscuro*, p. 62).

Casos sugerentes de reproducción de la estructura argumental de los cuentos de advertencia nos da también el ensayo periodístico. *Los invisibles de Kolda*. En este texto, nuestros protagonistas son el joven Omar Diabouyel y otros muchachos sin nombrar, del pueblo de Kolda. Al igual que los protagonistas de todas las obras de nuestro corpus estos personajes están obsesionados con la idea de alcanzar el paraíso europeo. En el caso de Omar, la advertencia es sobre lo utópica de la placentera vida en Europa y es emitida por el tío del protagonista, Suleiman, residente en España que de vacaciones en su pueblo natal se entera del proyecto de su sobrino de viajar a Europa y le desaconseja a éste tal cosa advirtiéndolo de lo difícil que es la vida en Europa para los inmigrantes y aún más para los ilegales (*Los invisibles de Kolda*, p. 28). Los demás protagonistas reciben la advertencia del presidente del Consejo de la Juventud de Kolda quien les avisa de «los peligros del viaje» (*Los invisibles de Kolda*, p. 81). Omar hace caso omiso a la advertencia de su tío como nos lo revelan las palabras de este último:

Le insistí en que la vida aquí [en España] no era tan fácil como parecía y le rogué que siguiera estudiando, pero él no me hizo caso (*Los invisibles de Kolda*, p. 150).

La actuación de los demás protagonista de este texto no será distinta: ignorarán la advertencia embarcándose en una patera rumbo a España. Omar y estos protagonistas correrán la misma suerte que Ombassi: su castigo será la muerte, en este caso, por ahogamiento en la travesía del Estrecho.

6.2. EL ÉXODO

6.2.1. Exposición del texto cultural

El éxodo es la salida del pueblo israelita del antiguo Egipto para la tierra prometida —Canaán—. Esta migración viene narrada en la Biblia en los libros de sucesivos¹³²: el Éxodo, Números, el Deuteronomio y el Libro de Josué. En el relato bíblico se expone que, después de atravesar el Mar Rojo, los hebreos se adentraron en el desierto de Shur o Etam, y después de tres días sin agua (*Éxodo*, 15: 22) llegaron a Mara. Desde Mara, cansados y todavía sin haber bebido se trasladaron a Elim, un oasis de doce fuentes de agua. Desde este lugar se adentraron en el desierto de Sin en dirección al monte Sinaí orillando el mar Rojo; ya habían transcurrido dos meses desde la partida de Egipto. Este tiempo fue marcado por la penuria de comida (*Éxodo* 16: 3), penuria que solventará Dios proporcionándoles codornices y el celestial maná (*Éxodo* 16: 11-36). Ya en el desierto de Sin, la congregación se trasladó desde locaciones como Dofca y Alús. En Refidim —cerca del monte Horeb, en el desierto de Parán, un lugar sin agua— combatieron por primera vez como pueblo contra los amalequitas, vencidos (*Éxodo*, 17: 13). En este lugar, Moisés golpeó una roca con su vara e hizo brotar agua potable. Desde Refidim, el pueblo hebreo entró al desierto del Sinaí y acamparon en las postrimerías del monte Sinaí o del monte Horeb a los 90 días de haber salido de Egipto. En este lugar, Moisés pudo ver a Yahvé, quien le entregó la tabla de los Diez Mandamientos. Además constituyó el sacerdocio de Aarón (o sacerdocio levítico), las primeras leyes civiles y religiosas en el pueblo judío, adicionalmente se construyó el

¹³² En esta sucesión aparece intercalado entre los libros del Éxodo y de Números el libro de Levítico que hemos omitido dado que en su calidad de código de leyes no narra ninguna etapa dinámica del éxodo.

primer Tabernáculo, el Arca de la Alianza. (*Éxodo*, 25: 10). En este lugar permanecieron dos años y dos meses. Desde el Sinaí partieron al desierto de Parán y habitaron en Kibrot-hataava (*Números*, 11: 34) para trasladarse a Hazerot (*Números*, 11: 34), en pleno desierto. Desde este lugar, Moisés asignó a doce espías para que reconocieran la tierra de Canaán (*Números*, 13) desde el monte Neguev (en el desierto del mismo nombre). Mientras tanto, la congregación avanzó a Ritma (*Números*, 33: 18) y de allí a Rimón-Peres ((*Números*, 33: 19). La tierra de Canaán reconocida estaba habitada por jebuseos, anacitas, amalequitas, amorreos y cananeos (*Números*, 13: 28-29). La información conseguida en cuarenta días, fue mal recibida por la congregación, dado que diez de los doce espías incitaron a murmuraciones en contra de sus líderes, lo que provocó una funesta rebelión en el pueblo en contra de Yahvé debido a que pensaban que Dios los estaba llevando a la muerte ante gente aparentemente más poderosa que los mismos israelitas (*Números* 14) y muchos pugnaron por volver a Egipto. Yahvé maldijo a los diez espías, quienes fallecieron de plaga (*Números*, 14: 36) y además condenó al pueblo de Israel a perderse durante cuarenta años en el desierto del Neguev. Solo los espías Caleb y Josué fueron autorizados a salir del desierto y adentrarse en Canaán (*Números* 14: 30). Los hebreos intentaron rebelarse ante la condena en el desierto pero fueron derrotados por los amorreos liderados por el rey de Edom quien los obligó a permanecer entre Cades, el desierto de Moab y el Neguev. Allí permanecen casi 40 años, tiempo al final del que ya había fallecido toda la generación adulta. La generación nueva pudo por fin entrar a Canaán con Josué como líder (*Deuteronomio*, 2: 14 -24).

6.2.2. Intertexto

El movimiento migratorio de los personajes de los textos literarios desde sus respectivos países en tierra africana hacia España se emparenta en los textos estudiados con el mito religioso de la diáspora errante judía. En *Las Voces del Estrecho*, obra de todo el corpus donde la presencia del mito es la más evidente, esta presencia es muy manifiesta a través de numerosas referencias textuales al éxodo y la incorporación o reproducción de algunos versos de los libros del Antiguo Testamento donde aparece narrada la migración hebrea. En el capítulo séptimo —«La Gran Ramera»— donde es obvio el paralelismo entre la vida de vagabundeo errante de la protagonista Khadija por el

desierto y por todo Marruecos y escapándose de la miseria y del hambre con la intención de cruzar el Estrecho, y la suerte de los judíos que huyen de la persecución de los egipcios, extraviándose en el desierto, observamos la reproducción de algunos versos del Canto de Débora (respectivamente *Jueces*, 5: 6, 5: 16 y 5: 17):

En los días de Samger, hijo de Amat,
 En los días de Yael, no había caravanas:
 Los que vais montados sobre blancas asnas,
 Los que os sentáis sobre alfombras,
 Los que andáis por caminos, cantando con voces de quienes se reparten la presa
 En los abrevaderos. (p. 154)

En los riachuelos de Rubén
 Grandes decisiones se toman.
 ¿Por qué has de seguir echado
 En los apriscos
 Escuchando la flauta entre los rebaños?
 En los riachuelos de Rubén
 Grandes ansiedades de corazón se sienten. (p. 155)

Allende el Jordán descansa Galaal.
 ¿Y por qué habita Dios junto a las naves?
 Asaz permanece a orillas del mar
 Descansa en sus puertos. (p. 155)

El paralelismo entre la novela y el relato bíblico se actualiza también en las resonancias semitas de los dos principales narradores de la novela: Abraham, poseedor y transmisor de la memoria de los naufragos e Ismael, el sepulturero de Zahara de los Atunes (Cádiz). Se observa también con mucha claridad en la consideración en el

capítulo cuarto —«El Viejo de la Montaña»— de los emigrantes africanos como auténticos «huestes de Moisés» y en la mención en el viaje de estos emigrantes de la divina columna de nube (*Éxodo* 13: 17-22; 14: 19; 14: 24; 16: 10, etc.) que guiaba el pueblo hebreo en su viaje por el desierto hacia la tierra prometida:

Se hablan, se gritan, obedecen como las huestes de Moisés a la nube que por el desierto les guiaba, al conductor.

Se jalean como un ejército de elefantes golpeando el tambor de la selva en su devastador avance. Y mientras nadan, mientras hacia el combate se deslizan, lanzan sus ojos, agudizan sus oídos, en busca de las presas que sin detener su carrera engullen para mantener el vigor de su hégira. (p. 85).

La intertextualidad mencionada es manifiesta hasta a nivel estructural en la organización del texto en diez capítulos que contienen en sus entrañas alguna prohibición o algún consejo, recordando así los diez mandamientos de Moisés (v. Ahmed Ismael, 2010, vol 21: 250).

La historia de Khadija, igual que la del ciego y del niño, son presentadas, desde el punto de vista narrativo, como reminiscencias nuevas y modernas de la migración de la diáspora judía por el desierto —desiertos de Shur, Sin, Parán, Sinaí y Neguev—. El núcleo semántico de esta migración judía, como pudimos deducir de la exposición de la historia en el punto anterior, se compone, entre otras concreciones semióticas de la larga duración del viaje —40 años— y de la dificultad de la realización del mismo, materializada en una serie de pruebas u obstáculos —dureza de la travesía del desierto, hambre, sed, lucha contra enemigos—. Interésémonos pues ahora a la presencia de estas dos concreciones semióticas en el corpus.

6.2.3. Un viaje largo

En el viaje que realizan en los textos literarios analizados los personajes africanos hacia España, se percibe la sombra del éxodo hebreo. El primer índice de esta presencia es explícito; en muchas ocasiones, los narradores de los textos califican expresamente los

viajes de los protagonistas de «éxodo»: *Cayucos*, pp. 33, 124, 158; *Las voces del Estrecho*, pp. 77, 105, 145, 183. En *Las voces del Estrecho*, el personaje-narrador identifica con la trashumancia errante de la diáspora judía la migración de su pueblo considerado como un pueblo de «vagabundos sin casa ni domicilio en tierra alguna» (p. 83) condenado al peregrinaje obligatorio:

—Somos como los extraviados. Cuarenta años peregrinaron ellos por el desierto, siempre caminando en círculo por idénticos lugares, dando vueltas y vueltas bajo el fuego del sol y sobre el ardiente manto de la arena, y cuarenta años hemos de estar nosotros aquí penando. (*Las voces del Estrecho*, p. 56).

Estos «cuarenta años» que evoca el personaje-narrador, como vimos en el punto anterior y como subraya el mismo narrador, corresponde al tiempo que duró el éxodo hebreo de Egipto a la tierra prometida. Esta seña temporal que caracteriza el éxodo, como precisamos más arriba, es observable en el viaje de nuestros protagonistas africanos. En las *Voces del Estrecho*, los diferentes narradores atribuyen en varias ocasiones esta duración del viaje hebreo a la emigración de los africanos a España:

—Todos sabéis —les decía— que han de pasar **cuarenta años** todavía, penando como ahora penáis, a la manera en que Dios, bendito sea su nombre, comprometió a los elegidos cuarenta días y cuarenta noches antes de mostrarles su voluntad. Y al término de los **cuarenta años** llegará el Día del Juicio Final, que ha de encontraros purificados y ligeros de carga (p. 23).

Y eso pienso sois vosotros, en este viaje que ha de durar no cuarenta días ni cuarenta noches, sino **cuarenta años** (p. 43).

Porque tú me has enviado para ayudarles a superar esta terrible prueba a la que durante **cuarenta años** van a estar sometidos (p. 58).

[...] durante **cuarenta años**, los mismos que ha de durar vuestra peregrinación (p. 59).

[...] **cuarenta años** y un día de pronto diréis, han pasado, pasaron ya los **cuarenta años** sin que apenas lo notáramos, todo pasó, como pasaron aquellas historias de las que os hablo (p. 89).

Y ahora también, cuando nos reunimos para penar en un espacio de tiempo que ha de arrastrarse durante **cuarenta años**, me ha ordenado os acompañe en vuestras tribulaciones y penitencias (p. 101).

Mas sin tiempo apenas para degustarlo, Khadija continuó narrando su propia historia, que se acercaba ya a su final, el final que a todos les abrazó uniéndoles en las noches que a lo largo de **cuarenta años** habían de peregrinar hasta conseguir que al fin sus almas se unieron a sus cuerpos (p. 153).

Más soy humano y vosotros queréis conocer qué me impulsó a huir, dejar mi tierra, qué me ha llevado a vagar, **cuarenta años** decís, por los mares, arrastrando mi espíritu en compañía de este viejo y querido violín que siempre ha de acompañarme (p. 175).

[...] porque aquel joven que la muerte encontrara en ellas [las aguas del Estrecho], estaba obligado, lo confesó, a penar **cuarenta años** en el círculo infinito y eterno del infierno a que fuera condenado (p. 184).

Quieren convencerla para que piense en otras cosas, más agradables, que hable de la vida pasada, que deje de sufrir estertores, le quedan **cuarenta años** por penar (p. 210).

Este juego intertextual o alusión directa a los «cuarenta años» de viaje del pueblo judío en el desierto es una clara manifestación de la presencia del texto cultural bíblico.

Aparte de estos índices explícitos, aparecen en los textos analizados otros signos temporales, indicadores de un viaje de larga duración, en los que es perceptible la asimilación del viaje de los personajes al éxodo hebreo. Tenemos en la narración la presencia de adjetivos como «largo» e «interminable», del adverbio cuantitativo «mucho» y de sustantivos temporales relativos a la idea de larga duración del viaje de los protagonistas:

- «tan **largo** viaje» (*Vidas*, p. 48), «viaje tan **largo**» (*Vidas*, p. 51), «**largo** viaje» (*Dónde mueren los ríos*, p. 38; *Los invisibles de Kolda*, pp. 72, 119; *Cayucos*, pp. 70, 72 y 107), «**largo** periplo» (*Dónde mueren los ríos*, p. 73), «una travesía muy **larga**» (*Los invisibles de Kolda*, p. 63), «**largo** [camino]» (*Dónde mueren los ríos*, p. 90), «**largas** jornadas» (*Vidas*, p. 83), «El camino hasta El Aaiún es **largo**» (*Vidas*, p. 90).

-«travesía **interminable**» (*Dónde mueren los ríos*, p. 73), «noches **interminables**» (*Cayucos*, p. 148).

-«**Muchos** días de viaje» (*Vidas*, p. 65)

-«trayecto de **semanas** e incluso de **meses**» (*Cayucos*, p. 34) «**años** en el trayecto» (*Cayucos*, p. 107), «**siete días** a la deriva» (*Los invisibles de Kolda*, p. 175), «las **dos semanas** que duró la travesía» (*Los invisibles de Kolda*, p. 181), «un cayuco que tardó **nueve días** en hacer la travesía» (*Los invisibles de Kolda*, p. 146), «tardamos **siete días**», (*Los invisibles de Kolda*, p. 71), travesía duró **seis días**» (*Las voces del Estrecho*, p. 194), «**toda la noche** navegando» (*Las voces del Estrecho*, p. 47), «a la deriva durante dos días» (*Cayucos*, p. 149), «**trece días** de navegación» (*Cayucos*, p. 116), «**cuatro días** de dura travesía» (*Los invisibles de Kolda*, p. 95), «una dura travesía de **28 horas**» (*Cayucos*, p. 30), «La barca, con 91 personas a bordo, había partido hacía **11 días** desde algún lugar de Senegal» (*Cayucos*, p. 146).

La larga duración del viaje se explica por el carácter rudimentario de los medios de transporte usado —andando, al igual que los hebreos, o con barcos inapropiados para los viajes realizados— por una parte y por otra las largas distancias que han de recorrer desde zonas interiores hasta las zonas costeras desde donde zarpan las pateras para España. Así, en *Las voces del Estrecho* (p. 214), «algunos caminaron cientos de kilómetros. Los que cruzaron el Chad, Nigeria, Argelia, Marruecos, andando, hasta poder embarcar rumbo a España. Amadú, de *Dónde mueren los ríos* (p. 39), tuvo que moverse «desde Freetown hasta las playas de El Aaiún» atravesando «Guinea, Senegal y Mauritania antes de alcanzar el punto de partida hacia un nuevo mundo». Ibrahima Mballo cruzó a pie la frontera [de Senegal con Marruecos], llegó a Nador y de allí a Rabat, la capital de Marruecos» (*Los invisibles de Kolda*, p. 72). Muchos personajes en *Cayucos* (p. 107) iniciaron el viaje desde su «recóndito pueblo de la sabana africana». Otros como Hassan Drame, para poder llegar a la zona de embarcación, hubieron de atravesar numerosos países: «Senegal, Malí, Burkina Faso, Níger y Argelia» (*Cayucos*, p. 148).

6.2.4. Un viaje dificultoso

La segunda concreción semiótica del núcleo semántico del éxodo, relevante para nuestro análisis, es la gran dificultad que conlleva el viaje. Como lo afirma Escudero Marín (2012: 165), «el viaje acarrea ineludiblemente un coste, un necesario sacrificio cual será la dureza de la travesía a través del desierto». El éxodo es como vimos ya un viaje repleto de pruebas, de obstáculos y sufrimientos. Este calvario de los judíos se deja transparentar en los textos del corpus estudiado, en el viaje de los emigrantes africanos cruzando el desierto y el mar Atlántico o el Mediterráneo. Los emigrantes en efecto sufren en su duro camino los rigores del hambre, de la sed, del sofocante calor desértico de día y frío de noche, del extremo agobio físico y desgarramiento corporal. En *Las voces del Estrecho* (p. 33-34), la voz de la mujer emigrante rifeña describe, con mucho patetismo y tragedia, su calvario dramático para llegar a Calamocarro y coger la patera:

Largo el camino hasta acceder al campamento. Camino de exilios, de hambrientos que nada pueden obtener de quienes habitan las chabolas de los montes, acampan en sus llanuras. [...].

Cuando llegué al campamento, sangrando mis uñas, endurecidos mis pies con callos en sus plantas por la caminata, llovía [...].

Me acostumbraría pronto a compartir la angustia de quienes en él convivían o de los llegados tras mis pasos, caminando como yo había caminado a través de las montañas, con ampollas en los pies que terminabas vendando con lo primero que a mano encontrases, un pañuelo de seda era el mayor con que podías obsequiarles, desgarradas las manos, hundidos los ojos por la fatiga.

En la misma obra, en el capítulo «Ciego en Fez», leemos el testimonio de otro protagonista emigrante relatando la dura experiencia del viaje:

Y cuando decidí ponerme en camino, doblemente agradecido le estaba, pues durante el día, al andar, era tanto el calor que tenía la sensación de introducirme en la boca de un volcán que abriera sus fauces queriendo devorarme, asfixiarme, y la arena azotaba mis manos y mi rostro quemándolo como si sobre ellos llovieran brasas encendidas, el

relente de la noche en que me recogía para dormir llevaba a mis huesos el tembleque y a mis dientes la tiritera: sólo mi cabeza permanecía bien resguardada. (*Las voces del Estrecho*, p. 159-160).

En *Cayucos* (p. 154), Juan López, uno de los voluntarios de la Cruz Roja que ayudan a los inmigrantes a su llegada a Canarias describe del siguiente modo el estado general en que llegan los inmigrantes a la isla:

Hambriento, tambaleándose, sin poder caminar, quemado por el sol o deshidratado.

Las manifestaciones textuales de las dificultades, sufrimientos y agotamiento experimentados por los emigrantes en su viaje son legiones en los textos analizados:

Eran dos chavales, ni quince años tendrían, seguro que acurrucados el uno al lado del otro, tiritando de frío y muertos de miedo [...]. (*Las voces del Estrecho*, p. 16).

Yo buscaba protegerme el rostro azotado con furia por los latigazos del agua: la boca, pastosa, y atochada; los pulmones, inerciados, sin aliento. Me dolían los pies, los brazos apenas podían moverse, cerraba los ojos, ya había dejado de ver a los otros, yo estaba solo. (*Las voces del Estrecho*, p. 47).

Cuando atracó [el barco] en el puerto, nos encontrábamos desfallecidos. El frío y el hambre agarrotaban nuestros huesos. (*Las voces del Estrecho*, p. 193).

Se dejaban estar, semiinconscientes, tiritando de frío, percutiendo débilmente el corazón sus encharcados pulmones y ropas desgarradas de las que el agua borró los restos de los vómitos vertidos en la pesadilla de aquel infernal viaje. (*Las voces del Estrecho*, p. 63).

La travesía fue horrible. (*Las voces del Estrecho*, p. 65).

Nadie sabe el tiempo que pudimos caminar, alimentándonos de lo que pillábamos, sintiéndonos acosados, perseguidos. Cruzamos países distintos, escondiéndonos durante el día, caminando en la noche, durante días, semanas. Corríamos, corríamos hasta el límite de nuestras fuerzas, y al fin llegamos a aquella playa, y luego al puerto y escondidos en la caja de un camión esperamos la ocasión de subirnos al barco. (*Las voces del Estrecho*, p. 195).

La travesía duró seis días, y durante ese tiempo sólo pudimos comer las galletas que llevábamos y beber de la botella de agua que cada uno preparaba para el viaje. Apenas conseguíamos movernos, tan estrecho era el recinto. Dormitábamos casi todo el tiempo. [...] Sonaban nuestras tripas. Sentíamos las vascas, los árboles del estómago. [...] tiritábamos de frío. (*Las voces del Estrecho*, p. 194).

—Cansancio, apatía, falta de fuerza, desánimo. Algunos caminaron cientos de kilómetros. Los que cruzaron el Chad, Nigeria, Argelia, Marruecos, andando, hasta poder embarcar rumbo a España. (*Las voces del Estrecho*, p. 214).

Llevaban tiempo en el rincón de aquel zaguán, hambrientos, muertos de frío, sin fuerzas para levantarse o caminar. Miles de kilómetros dicen recorrieron antes de llegar a Ceuta. En sus sueños debieron de vivir atroces pesadillas pero no pudieron contarlas. (*Las voces del Estrecho*, p. 206).

Casi sin aliento, casi sin fuerza durante dos largos días y dos noches, hasta que el hambre y el desfallecimiento le obligaron a moverse. (*Fátima de los naufragios*, p. 12).

Jilali, a pesar de sus diecisiete años, se sentía agotado. Soñaba con un baño refrescante y jabonoso, con comer algo caliente, con poder descansar bajo un techo. Tenía la extraña sensación de que su cuerpo ya no daba más de sí. [...] Justo en la frontera de su país, Mali, con Mauritania, sentía que se moría de calor y cansancio, y eso que sólo acababa de empezar su viaje. (*Vidas*, p. 39).

Sentía tanta hambre, que tenía la sensación de que el estómago se le podía salir por la boca en cualquier momento.

— Siento calambre en mi interior— le comentó Jilali al dueño de la pensión. [...] A pesar del dolor en los pies, del escozor de la llaga en los dedos, de las agujetas por todo el cuerpo, de que su cabeza parecía un caldero en ebullición, de tener la boca y la nariz rebotadas de arena, a pesar de todo, quería llegar lo antes posible a Tetúan. (*Vidas*, p. 49).

Se sentía mal en aquel ambiente de calor seco tan agobiante. (*Vidas*, p. 59-60).

Se sentía tan cansado y abatido. (*Vidas*, p. 66).

Jilali no sabía si gritar o llorar. Tenía hambre [...] su boca estaba seca y su lengua era como un estropajo. Sentía frío en el cuerpo y un tremendo calor en la cabeza. Sus manos comenzaron a temblar con tal fuerza que pensó que aquello era su final, que podía morir de un momento a otro. (*Vidas*, p. 67).

Cada vez sentía menos partes de su cuerpo, en especial los pies y las piernas. Tenía el frío en las entrañas, en los huesos, en la piel. Sentía zumbidos en las sienes.

—La cabeza me va a estallar— le decía ofuscado y desesperado a Abrahim, que estaba completamente enganchado a su cuerpo, muerto de miedo y de frío. (*Vidas*, p. 70-71).

Tuvieron que recorrer 60 kilómetros andando, sin agua ni comida. (*Cayucos*, p. 70).

Durante noches interminables se escondió entre las dunas casi sin moverse, dolorido hasta extremos insoportables. (*Cayucos*, p. 148).

[...] tras muchos días expuestos sin protección ninguna al agua salada desde la proa del cayuco hacia su interior. (*Cayucos*, p. 154).

[...] tras pasar tres días sin agua ni comida en alta mar. (*Cayucos*, p. 162).

[...] tras siete días a la deriva bebiendo sus orines y sin comer nada. (*Cayucos*, p. 175).

Yo estaba muy mal, cansado [...] sin comida y con mucho frío. (*Cayucos*, p. 70).

Uno de esos grupos de inmigrantes fue localizado por una patrulla del Frente Polisario, a mediados de octubre, vagando por el desierto sin apenas agua ni comida [...]. (*Cayucos*, p. 89).

Tienen los pies destrozados tras deambular durante días por la hamada. (*Cayucos*, p. 90).

[...] los inmigrantes tenían el estómago completamente vacío, es decir llevaban horas sin ingerir ningún sólido, y sufrían de neumonía derivada a las condiciones de viaje. (*Cayucos*, p. 145).

Están extenuados, tan agotados que no saben si fueron seis, ocho o diez los días que llevaba en el desierto. (*Cayucos*, p. 91).

[...] tuvieron que soportar una dura travesía de 28 horas con olas de más de dos metros [...]. (*Cayucos*, p. 30).

Los inmigrantes están desfallecidos tras trece días de navegación, en los últimos prácticamente sin agua ni comida, y otro más de caminar por el desierto bajo un sol justiciero entre los dos puestos fronterizos. *Cayucos*, p. 116.

Fue una experiencia horrible, la peor de mi vida. [...] no pienso volver a intentarlo.» remata [Diallo]. (*Cayucos*, p. 124).

[...] los últimos tres días habían sido un infierno, sin comida, sin agua, a la deriva y con el cayuco prácticamente inundado. (*Cayucos*, p. 146).

Atravesó miles de kilómetros y cruzó ríos, pueblos y fronteras a través de Senegal, Mali y Argelia en una travesía dura y complicada. (*Los invisibles de Kolda*, p. 66).

Habían sido cuatro días de dura travesía desde el continente africano. Ya saben, calor por el día, frío de noche, la falta de agua, los mareos, los vómitos. (*Los invisibles de Kolda*, p. 94).

Ateridos de frío por la noche, quemados por el sol durante el día, solo consiguen dormir cuando caen exhaustos, agotados por el cansancio, derrotados. (*Los invisibles de Kolda*, p. 181).

Junto a estas dificultades del viaje, aparece otro obstáculo mayor: la frontera. La frontera, gran tópico de la literatura sobre emigración, es en ocasiones referida explícitamente mediante el vocablo «frontera» y sus sinónimos:

-‘frontera’:

Las voces del Estrecho, pp. 33, 34, 19; *Harraga*, p. 28; *Cayucos*, pp. 72, 90(2), 154, 135 (4), 199; *Los invisibles de Kolda*, pp. 97, 105, 115, 155, 156 (3), 157.

-‘alambradas’:

Las voces del Estrecho, pp. 34, 63, 214; *Cayucos*, p. 87.

-‘valla’:

Las voces del Estrecho, pp. 37, 41; *Cayucos*, pp. 88 (2), 89, 114, 93; *Los invisibles de Kolda*, pp. 136, 137.

-‘barrera’:

Las voces del estrecho, p. 41; *Los invisibles de Kolda*, p. 137 (2).

En otras ocasiones se insinúa mediante el verbo «cruzar» —y sus sinónimos «atravesar» o «pasar» y «travesía»— que presupone, por necesidad, el hecho de la frontera¹³³:

-‘cruzar’ [el Estrecho]:

Harraga, pp. 12, 28, 77; *Las voces del Estrecho*, pp. 38, 107, 121, 129, 205, 211; *Ahlán*, p. 20; *Vidas*, pp. 20, 26, 38, 46, 47, 74, 80, 92, 94, 120, 145, 152; *Cayucos*, pp. 34, 65, 70, 72, 83; *Los invisibles de Kolda*, pp. 91, 173.

¹³³ A. Bustamente, Jorge (1997) *Cruzar la línea. La migración de México a los Estados Unidos*, México D.F., FONDE de Cultura Económica, en Humberto Crosthwaite, Luis, «Instrucciones para cruzar», *Letras Libres*, 17 (mayo 2000), pp. 52-53.

-‘pasar’ [el Estrecho]:

Las voces del Estrecho, p. 37; *Ahlán*, p. 14.

-‘atravesar las aguas del Estrecho’:

Las voces del Estrecho, pp. 25, 58, 76; *Cayucos*, p. 17.

-‘travesía’:

Las voces del Estrecho: pp. 38 (2), 39 (2), 65, 71, 146; *Los invisibles de Kolda*, pp. 66, 95; *Fátima de los naufragios*, p. 13.

No sería exagerado si se dijera que toda la literatura de emigración es fronteriza, porque implica trashumancia, desplazamientos y nomadismo constante. Este es el caso de la narrativa escrita sobre el trasvase humano desde Marruecos y África subsahariana hacia Canarias o España. Independientemente de los anónimos personajes que pierden sus vidas en su búsqueda del sueño europeo, el cruzar la frontera configura, en esta narrativa, el eje básico de la acción del relato así como de todos los programas narrativos de los emigrantes. Constituye, en una palabra, el protagonista fundamental, habida cuenta de que el tema del viaje y de la peregrinación errante es una constante estructural en esta literatura.

El obstáculo o dificultad que representa la frontera se materializa por un lado en el campo léxico del ejército fronterizo (Campo léxico-semántico A), vigilando las fronteras con el propósito de impedir su «profanación» por los emigrantes clandestinos y el campo léxico de la detención y expulsión (Campo léxico-semántico B), acciones aplicadas por este ejército en caso de violación de la frontera por los emigrantes:

Campo léxico-semántico A:

-‘guardia civil’:

Las voces del estrecho, pp. 27, 37, 52, 53 (2), 62, (3), 74, 81, 203, *Cayucos*, p. 72, 118, 145; *Los invisibles de Kolda*, p. 116, 138, 156, 159, 161 (2), 151, 118, 110, 160.

-‘guardias’:

Las voces del estrecho, pp. 41, 71, 83, 92, 94, 98, 194.

-‘guardias fronterizos nacionales’:

Cayucos, p. 154; *Los invisibles de Kolda*, 156.

-‘guardianes de la fortaleza europea’:

Los invisibles de Kolda, p. 135.

-‘marina’:

Los invisibles de Kolda, p. 129

-‘policías’:

Las voces del Estrecho, pp. 41, 55; *Cayucos*, 152; *Los invisibles de Kolda*, p. 129

-‘policía nacional’:

Los invisibles de Kolda, p. 110.

-‘policía mauritana’:

Los invisibles de Kolda, p. 139.

-«tapón policial»:

Las voces del Estrecho, p. 118

-‘ejército marino’:

Las voces del Estrecho, p. 83.

-‘ejército marroquí’:

Las voces del estrecho, p. 37.

-‘Armada española’.

Las voces del Estrecho, p. 118(2), *Los invisibles de Kolda*, pp. 119, 124, 129.

-‘Armada italiana’:

Los invisibles de Kolda, pp. 116, 164.

-‘fragata:

Cayucos, p. 82.

-‘gendarmes marroquí’:

Las voces del Estrecho, p. 71; *Cayucos*, pp. 142, 143, 152; *Los invisibles de Kolda*, p. 142.

-‘gendarmería marroquí’:

Los invisibles de Kolda, p. 136.

-‘gendarmería mauritana’:

Los invisibles de Kolda, p. 108.

-‘gendarmería’:

Los invisibles de Kolda, p. 129.

-‘gendarmes’:

Cayucos, p. 142; *Los invisibles de Kolda*, p. 139.

-‘Gendarmería Real’:

Cayucos, p. 82.

-‘gendarmería senegalesa’:

Los invisibles de Kolda, p. 116.

-‘Benemérita’:

Las voces del Estrecho, p. 94; *Los invisibles de Kolda*, p. 161.

-‘patrulla’:

Las voces del Estrecho, p. 69; *Cayucos*, p. 89, *Los invisibles de Kolda*, pp. 136, 159.

-‘patrullar’:

Cayucos, p. 82.

-‘patrullaje’:

Cayucos, p. 157; *Los invisibles de Kolda*, pp. 135, 157.

-‘patrullera’:

Las voces del Estrecho, pp. 55, p. 71, 72, 78, 82, 110, 113, 118, 142; *Cayucos* pp. 82, 110, 142, p. 145, p. 159; *Los invisibles de Kolda*, pp. 135, 138, 159, 160, 161(2), 162(2), 182, 119, 118, 113, 110.

-‘vigilar’:

Las voces del Estrecho, p. 37; *Los invisibles de Kolda*, pp. 156, 162, 157; *Las voces del Estrecho*, pp. 55, 98.

-‘vigilancia’:

Las voces del Estrecho, pp. 98, 81; *Cayucos*, pp. 82, 88, 98, 144,145, 151, 154, 158, 159 (2), 116; *Los invisibles de Kolda*, p. 144, 145, 151, 156, 159 (2), 162, 164, 120.

-‘vigilantes’:

Las voces del Estrecho, pp. 78, 94.

-‘Frontex’:

Cayucos, p. 158.

-‘Servicio de vigilancia aduanera *Petrel*’:

Cayucos, p. 144.

-‘Puestos de control’:

Cayucos, p. 81.

-‘Control’:

Cayucos, p. 154; *Los invisibles de Kolda*, p. 156.

-‘cuerpos de seguridad’:

Los invisibles de Kolda, p. 140.

-‘reforzamiento policial’

Los invisibles de Kolda, p. 141.

Campo léxico-semántico B:

-‘detenid/a(s)’:

Las voces del Estrecho, pp. 81, 201; *Cayucos*, pp. 32, 60, 64,70; *Los invisibles de Kolda*, pp. 112, 115, 139.

-‘detención(es)’:

Cayucos, p. 37, 126, 127, 130; *Los invisibles de Kolda*, pp. 127, 129, 135(2).

-‘detener’:

Las voces del Estrecho, pp. 213, 214; *Los invisibles de Kolda*, p. 104.

-‘expulsión(es)’:

(Las voces del Estrecho, p. 83), Cayucos, pp. 92, 130; Los invisibles de Kolda, pp. 115, 124, 127, 129, 130, 133, 134.

-‘expulsado,a(s)’:

Las voces del Estrecho, p. 201; Los invisibles de Kolda, pp. 113, 120, 131, 134, 137, 155.

-‘expulsar’:

Las voces del Estrecho, p. 213; Los invisibles de Kolda, p. 134.

-‘internamiento’:

Cayucos, p. 50.

-‘encerrado’:

Los invisibles de Kolda, p. 139.

-‘devuelto(s) [al país de origen]’:

Las voces del Estrecho, p. 199; Cayucos, pp. 32, 70, 113, 114, 127.

-‘devolver [al país de origen]’:

Cayucos, p. 72; Los invisibles de Kolda, p. 134.

-‘interceptar’:

Cayucos, pp. 83, 113; Los invisibles de Kolda, p. 105, 138, 161; Las voces del Estrecho, p. 72.

-‘intercepción [de pateras]’:

Los invisibles de Kolda, p. 129.

-‘deportado’:

Cayucos, p. 113; Los invisibles de Kolda, p. 113.

-‘repatriaciones’:

Cayucos, p. 130; Los invisibles de Kolda, pp. 87, 135, 146, 159, 164.

-‘repatriados’:

Los invisibles de Kolda, pp. 72, 81.

Varios de los personajes de los textos analizados han experimentado el amargo sabor y la frustración de chocar contra este obstáculo: después de todo el esfuerzo gastado, han sido detenidos y expulsados en la mayoría de los casos a países otros que lo de los que procedían como fue en los casos del maliense Dougoukolo o del ghanés Daniel King cuyo viaje fue derrotado hasta en nueve ocasiones por este obstáculo:

Cruzó [Dougoukolo] la frontera franco-española a pie y saltó tres veces la valla que rodea Ceuta, tres intentos frustrados por la Guardia Civil, que lo devolvió a Marruecos en cada ocasión. (*Cayucos*, p. 72).

Había [Thierno Balde] intentado llegar a Europa a través de la ruta del desierto, pero [...] fue interceptado en la frontera entre Argelia y Marruecos y se vio obligado a dar media vuelta. (*Cayucos*, p. 105).

Una patrullera española interceptó a la barquilla en la zona del Estrecho. Era la primera vez que pisaba suelo español, pero antes de 40 días lo habían deportado a Senegal porque pensaron que era de allí. Sin embargo, no se rindió. De hecho no ha dejado de intentarlo. Hasta en nueve ocasiones ha probado suerte, las dos primeras en patera por el Estrecho, la tercera saltando la valla de Melilla, dos más desde El Aaiún en barquilla y las cuatro últimas en cayucos de Nuadibú. Otro aspecto significativo de los intentos frustrados de Daniel King es que cada vez era devuelto a un país diferente. Dos veces a Nigeria, dos a Senegal, dos a Malí, dos a Ghana y una a Marruecos. (*Cayucos*, p. 113-114)

Una dosis añadida a la amargura y dificultad que supone este obstáculo son los malos tratos que a menudo acompañan la detención y repatriación como podemos observar en el caso de algunos de los personajes respectivamente en *Cayucos* y *Los invisibles de Kolda*:

La odisea de estos 11 jóvenes comenzó el 5 de abril pasado. A mediodía una patera era interceptada en las cercanías de Gran Tarajal (Fuerteventura) con 41 personas a bordo. Tras su detención, todos ingresaron en el centro de internamiento de El Matorral. [...] 40 días después, un grupo de 60, entre ellos los 41 de esta patera, fue trasladado a la isla de Gran Canaria, donde permanecieron dos días a la espera. [...] los 60 inmigrantes

fueron embarcados en un avión con destino a Madrid, y nada más llegar a la capital de España, fueron retenidos en las dependencias policiales del aeropuerto de Barajas. [...] y pasadas dos horas, los inmigrantes fueron esposados y subidos a un nuevo avión que los trasladaría a Nuadibú. «Durante el viaje había un senegalés que no paraba de gritar para que le quitaran las esposas, entonces le pusieron un esparadrapo en la boca y una inyección en el brazo. Al poco rato de agitarse», explica uno de ellos.

Nada más bajar del avión, en plena madrugada, los asombrados jóvenes fueron llevados a un gran camión que se utilizaba para el transporte de ganado en el que viajaron de pie, como si fueran mercancías, hasta Nuakchott, previo paso por una comisaría en Nuadibú. «El olor era tremendo, a cabra o a cordero recuerda Kerfala Sillah, un joven guineano de treinta años.

La única parada de este triste viaje fue en Nuakchott, donde se bajaron 33 malíes, quedando sólo 27, que siguieron su ruta hacia Rosso, en la frontera con Senegal, a donde llegaron tras 15 horas de viaje. Una vez allí, la Gendarmería mauritana los obligó a cruzar el río y a entrar en Senegal. Mientras los 16 senegaleses del grupo se dispersaron rápidamente en dirección a sus respectivos pueblos, otros 11 que no eran senegaleses se quedaron junto a la frontera sin dinero, sin comida, y sin posibilidades reales de ir a ningún sitio. (*Cayucos*, p. 126-127).

[...] lo peor vino en comisaría. Torturas, palizas, y hasta violaciones referidas por esas mujeres pusieron de manifiesto la brutalidad que en este país [Mauritania] se ejerce sobre la población negra. Las chicas quedaron tan tocadas que tras su liberación, se sumieron en una profunda depresión. Hasta tal punto se habían sobrepasado los límites que, pasados unos días y cuando los policías regresaron a este domicilio con la intención de volver a detenerlas, una de ellas no resistió más, se encerró en el baño y se tragó una botella de lejía. La conmoción entre los subsaharianos que viven y trabajan en Nuadibú fue enorme.

Las mujeres inmigrantes en tránsito hacia Europa son especialmente sensibles a todo tipo de violencia. Siete de cada diez sufren palizas y violaciones, así como expulsiones al desierto. Según la asociación Women's Link, tres de cada cuatro mujeres africanas quedan embarazadas durante el viaje hacia Europa, y algunas de estas jóvenes han tenido hasta ocho embarazos fruto de las violaciones de policías y militares de los países que tienen que atravesar hasta llegar a la costa, sobre todo Marruecos y Argelia.

Muchas de ellas optan por abortar. Pero claro, la mayoría lo hacen sin ningún tipo de asistencia médica, lo que les ha provocado serios problemas de salud e incluso la muerte. Women's Link realizó el seguimiento a un centenar de mujeres de Nigeria y el

Congo. Y la explotación sexual protagonizada por los cuerpos de seguridad de los países que atraviesan es una constante. Si ya los inmigrantes son vulnerables, las mujeres inmigrantes lo son por partida doble. (*Los invisibles de Kolda*, p. 139-140).

El obstáculo de la frontera se materializa por otro lado en otro factor: el estrecho de Gibraltar. El estrecho se erige en un auténtico «muro invisible» (*Las voces del Estrecho*, p. 14; *Cayucos*, pp. 14 y 59), una verdadera «muralla» (*Las voces del Estrecho*, p. 55), o mejor dicho una «muralla infranqueable» (*Harraga*, p. 40) o «abismo infranqueable» (*Harraga*, p. 12) que obstaculiza la marcha de los emigrantes entre África y Europa que se convierte así en «fortaleza» (*Los invisibles de Kolda*, p. 135). En general, en el imaginario virtual de los emigrantes, como por ejemplo, en el pensamiento de Jolid, en *Harraga* (p. 28), «cruzar el Estrecho [es] como quien cruza la frontera entre el Infierno y el Paraíso». Sin embargo, y tal como subraya Benassa en *La patera y otros relatos* (105), la travesía supone, en la vida real y práctica, entrar «por la puerta falsa de una frontera de agua y muerte, de guardias y leyes». Si el Estrecho de Gibraltar es, por tradición, espacio de encuentros, de paso y de puente que acerca en la geografía las dos orillas, constituye, actualmente, un verdadero lugar de desencuentro y un nuevo espacio físico para alzar otros muros que recuerdan antiguas murallas, como la china subraya Andrés Sorel en *Las voces del Estrecho* (p. 55), con la diferencia de que la actual barrera se hace de modo muy sofisticado y a base de los últimos recursos tecnológicos:

Porque se está construyendo *la muralla africana*, a imitación de la *antigua muralla china*, pero más científica, con radares de larga distancia, censores térmicos, visores nocturnos, rayos infrarrojos, y policías, helicópteros y patrulleras vigilando los espacios, tierra, mar y aire.

Lo peor de esta realidad es que, tal pensamiento de cierre, se asume desde abajo hasta banalizarse para acabar convirtiéndose en fuente alimentadora de ocio y diversión para unos jóvenes, como son los Ultrasur del Estrecho. Ellos se contentan, tal vez en conformidad con su filosofía nacionalista de la extrema derecha, con transformar la trágica aparición de las pateras en un juego de entretenimiento lúdico. Con esta actuación insolidaria, de gran ensimismamiento regionalista, se pone en cuestión la

constante y empedernida lucha de Europa por la tolerancia y la igualdad, en un tiempo en que se está defendiendo a ultranza la globalización de la cultura occidental y de sus valores democráticos por el mundo. Andrés Sorel pone de realce esta banalización para insistir en la realidad de esta frontera imaginaria que se quiere establecer entre el norte y el sur, el europeo y el emigrante:

Les llamaban los Ultrasur del Estrecho. [...] últimamente encontraron una ocupación más divertida: tomaban las litronas, las botellas de Vodka y Ginebra, y marchaban a la playa. Allí bebían contemplando el mar [...] esperando, decían, la aparición de una de éstas, las pateras. Algún día llegaría. Llevaban prismáticos y con ellos rastreaban la longitud de la costa, perseguían cualquier movimiento anómalo en las aguas.

Y al fin obtuvieron premio a su acechanza. Iba a embarcar una, [...], apenas a quinientos metros de distancia de donde ellos se encontraban. Corren entonces hasta el lugar, armados de palos, navajas, incluso uno llevaba una pistola.

Nosotros habíamos saltado al agua cerca ya de la tierra, cuando no nos cubría enteramente. Apenas si nadamos unas brazadas, y cuando nos quisimos dar cuenta ya los teníamos encima. Gritaban como posesos. Débiles y mareados como nos encontrábamos, sin fuerzas para poner resistencia, no tardamos en dar en tierra, chapotear sobre el agua. Quedábamos tumbados, indefensos, mientras ellos nos pateaban, golpeándonos con sus palos, con sus bates de béisbol. Ya sangrábamos algunos y el agua del mar lavaba y lamía nuestras heridas. Vamos, vamos, volveos por donde habéis venido, gritaban, empujándonos otra vez al mar. La patera se dio la vuelta, se alejaba agua dentro, feliz el tratante por el negocio realizado, por regresar intacto y con el motor hacia un nuevo viaje [...]. (*Las voces del Estrecho*, pp. 54-55).

Esta larga cita es muy significativa: encierra, por una parte, una realidad dura que consiste en considerar el cierre de fronteras como una cosa banal y de diversión y, por otra, una tragedia porque, en vez de intentar luchar contra los traficantes de personas, se mete con los débiles que son estos emigrantes, tan indefensos y en agonía, después de un largo periplo de calvarios, sangramientos y heridas. Una indiferencia deshumanizada y un acto de barbarie muy reprobable dado que, tal subraya con acierto José Cano, “en una época marcada por la desaparición de los muros, estamos construyendo otro que cierra las puertas a los más desfavorecidos” (p. 43). Lo que más

salta a la vista es la igualdad, en cuanto al pensamiento exaltador de la frontera, entre la Extrema Derecha que encarnan los Ultrasur y la versión oficial de la Europa del Euro. Ambos dan fe de la permanencia del muro de la nueva Europa, o mejor dicho, de la recreación del mito de una Europa fuertemente cerrada a cal y canto respecto a los negros y *moros*. Esta unidad convergente es pregonada por los mismos Ultrasur, con parafernalia y en defensa del mismo pensamiento de la frontera, cuando son sorprendidos por la Guardia Civil en el momento en que ellos atacan los emigrantes que salen de las pateras:

[...] Hurra, hurra, viva la democracia del euro, oé, oé, oé, viva el orden y la ley, España, Europa, Una, Grande y Libre. (*Las voces del Estrecho*, p. 55)

En este sentido, el Estrecho se confirma como un verdadero «muro infranqueable» (*Harraga*, p. 40). La Europa de la UE, que está luchando por su ampliación a toda costa, se niega a sí misma y a su propia identidad y cultura, razón por la cual, la península ibérica ya no es una zona bisagra entre el Norte y el Sur, como propone la propaganda oficial en más de un contexto, sino «en el centinela, en el guardián de las fronteras europeas» (*La patera y otros relatos*, p. 58). Un guardián guerrero y beligerante ya que, en lugar de acudir en ayuda de los desahuciados emigrantes que se ven asesinados, los está bombardeando con armas, cometiendo una especie de terrorismo en sus fronteras del sur. Este pensamiento lo subraya muy claramente Abraham en *Las voces del Estrecho* (p. 80) cuando, delante y a la vista del drama de las pateras, que presencia diariamente desde su plataforma del hotel en Zahara de los Atunes, imagina lo siguiente:

[...] Era, imaginaba, la gran Europa bombardeando con invisibles armas las aguas del Estrecho, y era la corriente de sangre de sus aguas quien hilaba, en aquel lugar, Zahara de los Atunes, el pasado y el presente en un único momento, mágico para el arte, sublime para la reflexión, abismalmente cruel, como siempre lo había sido, para el ser humano.

6.3. LA ODISEA

6.3.1. Exposición del texto cultural

El viaje odiseico viene narrado en la *Odisea*, poema épico griego compuesto por veinticuatro cantos, atribuido al poeta griego Homero. Se cree que fue compuesta en el siglo VIII a. C., en los asentamientos que Grecia tenía en la costa oeste del Asia Menor —actual Turquía—. Junto a la *Iliada*, este poema fue considerado por los griegos y las generaciones posteriores como la composición más importante en la literatura de la Antigua Grecia al igual que es uno de los primeros textos de la épica grecolatina y por tanto de la literatura occidental. Narra la vuelta a casa del héroe griego Odiseo —Ulises en latín— tras la Guerra de Troya. Además de haber estado diez años fuera luchando, Odiseo tarda otros diez años en regresar a la isla de Ítaca, donde poseía el título de rey, período durante el cual su hijo Telémaco y su esposa Penélope han de tolerar en su palacio a los pretendientes que, creyendo a Odiseo muerto, buscan desposarla y asesinar al príncipe Telémaco al mismo tiempo que consumen los bienes de la familia. Lo que no sabían los pretendientes es que Odiseo aún estaba vivo en la isla Ogigia, de la bella ninfa Calipso, quien enamorada de él lo mantenía allí encarcelado. Ulises deseaba volver con su esposa e hijo pero no tenía forma de escapar. Para rescatar a Odiseo, el dios supremo, Zeus, decide enviar a Hermes, quien logra persuadir a la ninfa Calipso de que permita a su prisionero construir un barco y abandonar la isla de Ogigia. De esta forma Odiseo recupera su libertad. En su camino a Ítaca, Odiseo naufraga junto a la costa de Feacio y es rescatado por la joven Nausica, que se enamora de él y lo conduce al palacio de su padre, el rey Alcino. Durante la fiesta celebrada en su honor, Odiseo revela su verdadera identidad y cuenta a sus anfitriones las peripecias por las que tuvo que pasar durante la guerra de Troya y las desaventuras que le impidieron volver a Ítaca. Odiseo relata cómo, luego de abandonar Troya, él y sus compañeros navegaron hacia la región de los cíclopes, donde fueron capturados por el cíclope Polifemo, hijo del dios Poseidón. Engañándole, Odiseo consiguió emborrachar al gigante, y una vez dormido, le clavó una estaca en el ojo y huyó con los suyos. A continuación visitaron al dios Eolo, quien les concedió un viento favorable para llegar a casa y les ofreció un odre lleno de vientos tormentosos. La tripulación, llevada por la curiosidad, abrió el odre y un terrible huracán los arrastró a

las Eolias. Odiseo y los suyos desembarcaron entonces en el país de los lestrigones, una isla habitada por caníbales gigantes que devoraron a varios de ellos. Los sobrevivientes desembarcaron en la isla de Circe, una hechicera con poderes para transformar a las personas en animales. Odiseo se ganó su amistad y Circe le ofreció su hospitalidad durante un año. Antes de partir, el héroe griego siguió el consejo de la hechicera y consultó al vidente Tiresias la manera de encontrar una ruta segura hacia Ítaca. Para ello, bajó al mundo de los muertos donde se cruzó con muchas almas, entre ellas la de su madre, Anticlea, y las de sus amigos Agamenón y Aquiles, muertos en la guerra de Troya. Retomado el camino a casa, se encontraron con las sirenas. Odiseo consiguió que sus hombres resistieran a los cánticos seductores de estas criaturas siguiendo la recomendación de Circe de taparles los oídos con cera y atándose él mismo al mástil del barco de manera que pudiera oír su dulce voz sin peligro. Después de resistir el letal remolino de Caribdis en el mar y de escapar a Escila, un monstruo de seis cabezas sediento de sangre, llegaron a la isla donde Apolo cuidaba de su ganado. Hambrientos, los hombres ignoraron todo aviso y sacrificaron algunos animales, lo que provocó que Apolo enviara una tormenta de la que Odiseo fue el único sobreviviente. Tras la tormenta, Odiseo fue arrastrado hasta la costa de Ogigia donde Calipso, la bella ninfa del mar, se enamoró de él y lo mantuvo prisionero durante ocho años, prometiéndole buena suerte e inmortalidad. Finalmente, Atenea intercedió ante los dioses y estos convencieron a la ninfa de que lo liberara. Justo cuando comenzaba a ver el final de su viaje, Odiseo se topa con otra desgracia: el dios Poseidón, enfurecido por la humillación que le había infligido a su hijo Polifemo, envió una violenta tormenta que le hizo naufragar en la costa de Feacio. Y así es como termina la narración de Odiseo ante el rey Alcino quien, conmovido, le proporciona un barco para que pueda volver a Ítaca. Siguiendo el consejo de Atenea, Odiseo desembarca en Ítaca disfrazado de mendigo. El pastor Eumaeus le informa de la arrogancia de los pretendientes de Penélope y de la fidelidad de ésta. Entonces Odiseo se reúne con su hijo Telémaco y le revela su identidad. Oculto por su disfraz, Odiseo llega al palacio donde nadie lo reconoce excepto su fiel perro Argos y su antigua sirvienta Euriclea. Penélope cuenta al mendigo el engaño con el que había conseguido evitar la elección de un nuevo esposo entre sus muchos pretendientes: les prometía elegirlo una vez que hubiese terminado de tejer la mortaja para su suegro Laertes pero deshacía cada noche el trabajo realizado el día anterior. El ardid le funcionó hasta que una criada la traicionó, y Penélope no tuvo más remedio que completar su trabajo. La vuelta de Odiseo se produce en el momento en

que los pretendientes intentan forzarla a tomar una decisión. Es entonces que Penélope tiene la ocurrencia de someter a sus pretendientes a una competición cuyo vencedor se convertirá en su esposo. Cada pretendiente debe lanzar una flecha con un arco mágico que sólo Odiseo sabe utilizar. Todos los participantes fracasan en el intento excepto Odiseo, todavía disfrazado de mendigo. Después de la victoria, Odiseo y Telémaco ejecutan a todos los pretendientes. Finalmente, Odiseo revela su verdadera identidad a Penélope, quien lo recibe con lágrimas de alegría. La diosa Atenea retrasa el amanecer para prolongar su reunión. De esta forma Odiseo cuenta sus aventuras a su esposa mientras yacen en el lecho matrimonial. La diosa interviene por última vez a favor de Odiseo contra los parientes de los pretendientes que querían vengarse. La paz vuelve a establecerse en el reino.

La narración se organiza en tres conjuntos épicos: la *Telemaquía* (Cantos I-IV) especie de prólogo donde se narra la leyenda del regreso de los aqueos de la guerra de Troya. La tardanza de Ulises, la difícil situación creada en Ítaca, y los viajes de Telémaco en busca de noticias sobre su padre; los relatos en la corte de Alcínoo (Cantos V-XIII) adonde Ulises ha llegado en su largo peregrinar y donde relata todas las aventuras de su viaje desde la caída Troya, y tiene lugar la decisión de los dioses de acabar con las penalidades del héroe y dejarle arribar a su patria; y por último la matanza de los pretendientes (Cantos XIII- XXIV), antes de la cual se produce la vuelta de Ulises a Ítaca, el regreso de Telémaco, el progresivo reconocimiento del héroe por sus leales, actitud insolente de los pretendientes, hasta que se llega, en el canto XXII, al punto culminante de la acción con la victoria de Ulises, como un mendigo, en la prueba del arco y la posterior matanza de los que asediaban a su esposa y su patrimonio.¹³⁴

El núcleo semántico del viaje de Odiseo es rico en elementos. Sin embargo, en nuestro análisis, nos interesaremos por sólo tres de sus concreciones semióticas: el peligro, la transformación y el carácter forzado de su ida.

¹³⁴ En el Canto XXIII se produce el reconocimiento del héroe por su esposa, y en el XXIV se describe la llegada de los pretendientes al Hades, la visita de Ulises a su padre Laertes, y la pacificación de Ítaca cuando Ulises asume de nuevo el mando.

6.3.2. Un viaje peligroso

El viaje de Odiseo a Ítaca está marcado por una serie de obstáculos y aventuras de lo más variado. Pero esta variedad converge hacia una misma realidad: la muerte (Aguirre Castro, 1999). El peligro de muerte está presente constantemente en la travesía hacia el destino fijado, acechando una y otra vez al héroe y sus compañeros. Aquí, no se trata de un peligro de muerte de un guerrero en la batalla como ocurre en la *Iliada*, sino que es fundamentalmente el peligro de muerte generado por pueblos belicosos como los cicones (Canto 9, vv.60-61) o entes naturales supremas como las sirenas cuyas voces encantadora provocaban la muerte a quien las escuchaba como advierte Circe a Odiseo (Canto 12, vv.40ss.), como el Cíclope Polifemo o como los gigantes lestrigones. Sin embargo, la mayor fuerza natural generadora de peligro de muerte, que acecha al héroe y sus compañeros en su viaje, es el mar, agitado por el irritado Poseidón y el supremo Zeus, con sus aguas dispuestas a tragarse a quienes se aventuren por él, con su peligroso estrecho (Canto 12, v.101) donde aguardas los monstruos marinos Escila y Caribdis¹³⁵ (Canto 12). Así, Odiseo y sus compañeros de viaje sufrirán varios naufragios provocados por las tempestades que a menudo desencadenan Poseidón y Zeus. Uno de estos naufragios sucedió tras el episodio de las vacas de Helio, —naufragio narrado en cuatro ocasiones: Canto 5, vv.133-134; Canto 7, vv.249-251; Canto 5 vv.131-133 y Canto 12, vv.403-419—. En el canto 5 (vv.306-312; 313-464), la balsa de Odiseo sufrirá otro naufragio del que se salvará gracias a la intervención de Ino Leucotea. Otra tempestad alcanza a Odiseo cuando abandona la isla de Calipso. Se percibe en este canto como el héroe teme por su vida. Incluso se lamenta de no haber muerto en Troya (Canto 5, vv.306-312). En el canto 10 (vv.46-55) experimentarán también Odiseo y su tripulación los rigores y la furia del mar con una tempestad provocada por haber desatado el odre de los vientos. En los cantos 5 y 12, la descripción de los peligros que acechan a los viajeros en el mar y la difícil y peligrosa situación que viven en el mismo es más rica en detalles como las olas gigantescas y fuertes vientos que agitaban el vinoso ponto, el rayo de Zeus que se abate sobre ellos, el mar hostil sobre el que no puede mantenerse a flote la frágil nave de Odiseo:

¹³⁵ Es muy sugerente la forma que tiene Caribdis: se trata de un horrible monstruo marino, hija de Poseidón y Gea, que tragaba enormes cantidades de agua tres veces al día y las devolvía otras tantas veces, adoptando así la forma de un remolino que devoraba todo lo que se ponía a su alcance.

Cuando hubimos dejado atrás aquella isla y ya no se divisaba tierra alguna, sino tan solamente cielo y mar, Zeus colocó por cima de la cóncava nave una parda nube debajo de la cual se obscureció el ponto. No anduvo la embarcación largo rato, pues sopló en seguida el estridente Céfito y, desencadenándose, produjo gran tempestad: un torbellino rompió los dos cables del mástil, que se vino hacia atrás, y todos los aparejos se juntaron en la sentina. El mástil, al caer en la popa, hirió la cabeza del piloto aplastándole todos los huesos; cayó el piloto desde el tablado, como salta un buzo, y su alma generosa se separó de los huesos.

Zeus despidió un trueno y al propio tiempo arrojó un rayo en nuestra nave; ésta se estremeció, al ser herida por el rayo de Zeus, llenándose del olor del azufre, y mis hombres cayeron en el agua. Llevábalos el oleaje alrededor del negro bajel como cornejas, y un dios les privó de la vuelta a la patria. (Canto 12, vv.403-415).

A un lado se alzan peñas prominentes, contra las cuales rugen las inmensas olas de la ojizarca Anfitrite; llámanlas Erráticas los bienaventurados dioses. Por allí no pasan las aves sin peligro, ni aun las tímidas palomas que llevan la ambrosía al padre Zeus; [...] Ninguna embarcación de hombres, en llegando allá, pudo escapar salva; pues las olas del mar y las tempestades, cargadas de pernicioso fuego, se llevan juntamente las tablas del barco y los cuerpos de los hombres. (Canto 12, vv. 55 y ss.).

Al poco rato de haber dejado atrás la isla de las sirenas, vi humo e ingentes olas y percibí fuerte estruendo. Los míos, amedrentados, hicieron volar los remos, que cayeron con gran fragor en la corriente; y la nave se detuvo porque ya las manos no batían los largos remos. (Canto 12: 201 y ss.).

[...]pero en la vuelta ofendieron a Atenea, y la diosa hizo que se levantara un viento desfavorable e hinchadas olas. (Canto 5, vv.97 ss.).

Mucho tiempo permaneció Odiseo sumergido, que no pudo salir a flote inmediatamente por el gran ímpetu de las olas y porque le pesaban los vestidos que le había entregado la divinal Calipso. Sobrenadó, por fin, despidiendo de la boca el agua amarga que asimismo le corría de la cabeza en sonoros chorros. Mas aunque fatigado, no perdía de vista la balsa; sino que, moviéndose con vigor por entre las olas, la asió y se sentó en medio de ella para evitar la muerte. (Canto 5, vv.319 ss.).

El gran oleaje llevaba la balsa de acá para allá, según la corriente. Del mismo modo que el otoño al Bóreas arrastra por la llanura unos vilanos, que entre sí se entretejen espesos; así los vientos conducían la balsa por el Piélago, de acá para allá:

unas veces el Noto la arrojaba al Bóreas, para que se la llevase, y en otras ocasiones el Euro la cedía al Céfiro a fin de que este la persiguiera. (Canto 5, vv.327 ss.).

Dos días con sus noches anduvo errante el héroe sobre las densas olas, y su corazón presagióle la muerte en repetidos casos.[...] Bramaban las inmensas olas, azotando horrendamente la árida costa, y todo estaba cubierto de salada espuma (Canto 5, vv.388 ss.).

Dijo; y, echando mano al tridente, congregó las nube, y turbó el mar; suscitó grandes torbellinos de toda clase de vientos; cubrió de nubes la tierra y el ponto, y la noche cayó del cielo. Soplaron a la vez el Euro, el Noto, el impetuoso Céfiro y el Bóreas que, nacido en el éter, levanta grandes olas. Entonces desfallecieron las rodillas y el corazón de Odiseo (Canto 5, vv.291 ss.).

Mientras esto decía, vino una grande ola que desde lo alto cayó horrendamente sobre Odiseo e hizo que la balsa zozobrara. Fue arrojado el héroe lejos de la balsa, sus manos dejaron el timón, llegó un horrible torbellino de mezclados vientos que rompió el mástil por la mitad, y la vela y la entena cayeron en el ponto a gran distancia. (Canto 5, vv.313 ss.).

En la mayoría de las obras analizadas, se percibe con fuerza este difícil y arriesgado panorama odiseico. Los personajes emigrantes africanos atraviesan las mismas peripecias en su travesía marítima rumbo a España, enfrentándose con las olas y el mareaje tempestuoso, con todos los sentidos de riesgo y sufrimiento —saturación de la patera, vómitos, vapuleo de las aguas, riesgo de naufragio— que implica viajar en una embarcación pequeña y frágil como la balsa de Ulises y sobrecargada con numerosas personas, al socaire de las aguas y de los vientos huracanados. Estas equivalencias se detallan con pormenores por ejemplo en *Las voces del Estrecho*, donde la peripecia de los emigrantes en la fase de la travesía del mar es muy idéntica a la odisea de Odiseo. Estas dos descripciones de las peripecias marítimas de los emigrantes son muy significativas por su fuerte analogía con la odisea homérica tanto en las situaciones como en la naturaleza de los riesgos asumidos por los mismos migrantes en su lucha contra las aguas huracanadas:

El mar estaba revuelto. Braceábamos desesperadamente. Pretendíamos dirigirnos hacia la sombra de las rocas divisadas entre la bruma. Pero las olas nos empujaban hacia dentro, nos engullían. Extrañamente, en vez de nadar, yo buscaba protegerme el rostro azotado con furia por los latigazos del agua: la boca, pastosa y atochada; los pulmones, inerciales, sin aliento. Me dolían los pies, los brazos apenas podían moverse, cerraba los ojos, ya había dejado de ver a los otros, yo estaba solo, solo en aquel inmenso lecho de agua, y yo era ella quien entraba en mí, sino yo quien la buscaba para acogerme a su caricia definitiva, para diluirme en ella, para fundirme definitivamente, desaparecer, en ella, pues todo se volvía de pronto dulce, hermoso, una calma suave después de la batalla que te incitaba a dejarte ir, llevar, sin pensamientos, sin dolores, envuelto por aquél manto gélido que te arrastraba, te sumergía, te transportaba en dulce vuelo sin interferencias ajenas a las del propio vertiginoso deslizamiento (*Las voces del Estrecho*, p.47-48)

El viento aullaba, roncaba de forma ensordecedora, al tiempo que levantaba la pez de las revueltas olas en aquel agitado mar. Contemplaba Abraham la barca bamboleándose en el hondón del mar hasta el que sus ojos le llevaban. A su compás, de frenético danzón, bailaban los cuerpos de sus ocupantes, una docena de hombres, cinco mujeres y tres adolescentes. Se les salían los ojos de las órbitas mientras se agarraban con sus manos, convertidas en garfios, a los maderos de la cubierta para salir despedidos hacia la gran tumba que se agitaba con cantos de sirenas hambrientas (*Las voces del Estrecho*, p.61)

El periplo de los emigrantes en el Mediterráneo, cargados en pateras en espera de llegar a la otra orilla, con los correspondientes percances dramáticos en medio del mar (zozobras, naufragios, invasión del agua, mojaduras, vómitos, heridas, hambre y sed, saturación espacial...) es parecido, en sufrimiento y trayectoria, al adolecido por Odiseo en el mar Adriático, en su intento de incorporarse a la comunidad de los feacios, cuna de sus hijos y de sus padres, huyendo del encerramiento y esclavitud a la que fue sometido por las diosas del mal. La situación de Ulises en medio del mar y su aferramiento a la balsa, para evitar una hipotética muerte por naufragio, es igual a este enganchamiento de los magrebíes a la patera, resistiendo caerse al mar oscuro:

Mas, aunque fatigado, no perdía de vista la balsa, sino que, moviéndose con vigor por entre las olas, la asió y se sentó en medio de ella para evitar la muerte. El gran oleaje llevaba la balsa de acá para allá, según la corriente. (*La Odisea*, Canto V, vv.319 y ss.)

De similar modo, el sufrimiento corporal, casi místico, de los emigrantes africanos que pululan en *Las voces del Estrecho*, igual que el de Ibrahim en uno de los cuentos de *Por la vía de Tarifa*, luchando contra las olas (tal como subrayan las dos citas anteriores: piel desgarrada, cuerpos hinchados, heridas sangrientas...), encarna las mismas coyunturas del propio Ulises en su lucha contra tanto las tempestades de *Eurícide* como la bravura de las olas así como de las rocas de la costa:

Lanzóse a la roca, la asió con ambas manos y, gimiendo, permaneció adherido a ella hasta que la enorme ola hubo pasado. De esta suerte la evitó; más al refluir, dióle tal acometida, que lo echó en el ponto y bien adentro. Así como el pulpo, cuando lo sacan de su escondrijo, lleva pegadas en los tentáculos muchas pedrezuelas, así la piel de las fornidas manos de Odiseo se desgarró y quedó en las rocas, mientras le cubría inmensa ola [...].

[...] Tenía Odiseo todo el cuerpo hinchado, de su boca y de su nariz manaba en abundancia el agua del mar, y falto de aliento y de voz, quedóse tendido y sin fuerzas porque el terrible cansancio le abrumaba [...] ((*La Odisea*, Canto V, vv.424 y ss.)

En el cuento «Cailcedrat» que encabeza *Por la vía de Tarifa* de Nieves García Benito, se hace referencia al mito marinero de Ulises a través de la intercalación de su relato por el intermediario de una hermana religiosa senegalesa que les contaba a los niños, de entre los cuales figuraba el protagonista, el supuesto emigrante ahogado en la costa gaditana, la historia y las aventuras del marinero¹³⁶. Esta referencia intertextual al mito del marinero no es de ninguna forma fortuita. Actúa como ejemplaridad prototípica en el sentido en que la proeza de Ulises es considerada, en cierta medida, como semejante a la aventura del ahogado senegalés, que recoge la foto tumbado en la costa:

¹³⁶ García Benito, Nieves, *Por la vía de Tarifa*, p. 18-19.

Se ató al mástil de su barco con cuerdas alrededor de la cintura como tú llevas, y, a pesar de oír el canto de las sirenas, logró sobrevivir.¹³⁷

El parecido entre la aventura de los inmigrantes y el viaje de Odiseo es tan clara que en muchas ocasiones los narradores los han calificado expresamente de «odisea»: *La mirada del hombre oscuro* (p. 24), *Cayucos* (pp. 58, 92, 126 y 148), *Los invisibles de Kolda* (pp. 107 y 146). En *Los príncipes nubios* (p. 212), el narrador llega incluso a subir el nivel del parecido, poniendo el viaje de los emigrantes africanos en una escala de rigor y sufrimiento superior a la de la aventura de Odiseo y a reconstruir el mito haciendo partícipe de la peligrosa aventura a la esposa del rey griego:

Ya te puedes imaginar, todos éstos tienen una epopeya particular que contar y todas esas epopeyas dejan en pañales a la de Ulises. Hay cientos de Penélopes disgregadas en toda África, y ninguna tiene una poesía que les retrate. Hasta el punto de que las propias Penélopes se cansaron de esperar y salieron de naja también de allí. A veces acompañando a su Ulises. Por ejemplo, Boo vino con su novia, y la perdió en el camino. Naufragaron al llegar a las costas, y se ahogaron quince de los setenta que atestaban la barcaza.

El peligro de muerte es real. Se materializa en la muerte de numerosos compañeros de Odiseo durante el viaje. En el ataque que dirigen hacia ellos los Cicones, perecen seis marineros de cada nave (Canto 9, vv.60-61). Otros seis morirán descuartizados y devorados por el monstruoso Cíclope Polifemo (Canto 9, vv.303). Perderán también la vida otros seis compañeros de Odiseo, devorados por el monstruo marino Escila (Canto 12, vv.234 ss.). En el canto 10, uno de los compañeros de Odiseo es devorado por el rey de los lestrigones, Antífates y los otros morirán arponeados como peces y luego devorados por las gigantescas criaturas. En el canto 12 (vv.341-342), el peligro mortal del mar se actualizará en la figura del monstruo marítimo Escila que devorará a seis compañeros de Odiseo. También, la tripulación del héroe, intentando escapar de la isla de Helio será víctima de un naufragio que se saldrá con la muerte de todos los compañeros restantes de Odiseo, quedando éste como único superviviente. El viaje de los personajes emigrantes africanos a España comparte el mismo carácter

¹³⁷ *Ibíd.*, p. 19.

trágico. La muerte acompaña y acecha a los protagonistas en su viaje, cebándose con ellos todas las veces que se presenta la ocasión. Esta actualización del peligro en muerte es visible en el rico campo léxico-semántico de la muerte existente en los textos analizados:

-‘muerto/a(s)’:

Vidas, p. 137; *Los invisibles de Kolda*, pp. 149, 152, 155; *Las voces del Estrecho*, pp. 13 (4), 14, 17, 26(2), 27, 28, 37(2), 44, 48(2), 79, 81, 101, 156, 175(2), 180, 206, 208, 209(3), 217; *Vidas*, pp. 65, 87, 107; *Cayucos*, p. 92; *Fátima de los naufragios*, pp. 14(2); *La mirada del hombre oscuro*, pp. 13(3), 14(2), 15, 23(2); *Ahlán*, p. 6, 11; *Cayucos*, pp. 28, 29, 58, 104, 112, 144, 148; *Los invisibles de Kolda*, pp. 14(2), 15, 54(6), 55(5), 56, 58, 58, 109, 128(2), 130(2), 131(3), 138, 156, 157, 158, 159, 160, 161, 162, 165, 166, 169(3), 172, 174, 175, 183.

-‘muerte(s)’:

Los invisibles de Kolda, p. 155; *Las voces del Estrecho*, pp. 12, 13(3), 26, 28, 38, 44(3), 45(2), 56, 57, 61, 69, 71, 81, 87, 88, 91, 103, 109, 129, 133, 165(2), 175, 180, 183(2), 187, 188, 199, 213; *Vidas*, p. 87; *Ahlán*, p. 6; *Cayucos*, pp. 15, 27(2), 59, 101, 102, 103, 161, 162; *Los invisibles de Kolda*, pp. 14(2), 15, 16, 33, 54, 105, 128, 131, 157, 159, 161(2), 164, 165, 168, 171, 180, 182.

-‘morir’:

Las voces del Estrecho, pp. 26, 28, 41; *Vidas*, pp. 73, 122, 140; *Ahlán*, p. 118; *Cayucos*, pp. 28(2), 56, 58, 103, 144(2), 144, 145(4); *Los invisibles de Kolda*, pp. 14, 68, 78, 130, 156, 160(2), 161, 162(2), 165, 166(2), 170, 182.

-‘perecer’:

Las voces del Estrecho, pp. 56, 82; *Los invisibles de Kolda*, p. 110, 163.

-‘perder la vida’:

Los invisibles de Kolda, pp. 32, 54, 67, 163, 164.

-‘fallecer’:

Los invisibles de Kolda, pp. 58, 131, 146, 152; *Cayucos*, pp. 104, 144(2); *Los invisibles de Kolda*, pp. 159, 160, 162(3), 166(2), 171.

-‘fallecido/a(s)’:

Cayucos, p. 28 (2), 161, 101, 145(2); *Los invisibles de Kolda*, p. 14, 59, 109, 127, 128, 130, 156(2), 157(3), 158(2), 159, 160, 161, 162, 163(2), 165, 166, 169(2), 173.

-‘fallecimiento’:

Cayucos, p. 101; *Los invisibles de Kolda*, pp. 157, 165.

-‘cadáver(es)’:

Las voces del Estrecho, pp. 17(2), 18, 48, 133, 156(2); *Vidas*, p. 107(2), 92, 108; *La mirada del hombre oscuro*, p. 13; *Ahlán*, p. 6(2), 8, 9, 10, 11, 12; *Cayucos*, p. 28(3), 29(2), 104, 111, 142, 157, 161; *Los invisibles de Kolda*, p. 32, p. 152, 156, 157, 159, 162, 165, 166, 169; *Los príncipes nubios*, p. 165.

-‘cuerpo(s)’:

Las voces del Estrecho, pp. 14 (2), 18, 24, 17(3), 26, 40, 64, 72, 82, 179, 181(2), 185, 194, 206, 209, 211; *Fátima de los naufragios*, pp. 18, 19(2), 22(2); *La mirada del hombre oscuro*, pp. 6,23; *Cayucos*, pp. 29(2), 104, 161, 58; *Cayucos*, pp. 59, 112(2), 142, 144, 161; *Los invisibles de Kolda*, pp. 32, 152, 156, 159(2), 163, 164, 165(2), 166, 168, 169; *Los príncipes nubios*, p. 165.

-‘podrida carne’:

Las voces del Estrecho, p. 17.

-‘tragados [por el mar]’:

Los invisibles de Kolda, pp. 152, 170.

-‘tragar [el mar]’:

Las voces del Estrecho, pp. 22, 64; *Vidas*, p. 26; *Fátima de los naufragios*, p. 14.

-‘devorados [por las aguas del Estrecho]’:

Las voces del Estrecho, p. 203.

-‘desaparecer [bajo las aguas del mar]’:

Las voces del Estrecho, pp. 37, 42; *Vidas*, p. 26; *Los invisibles de Kolda*, p. 169.

-‘desaparecido(s) [bajo las aguas del mar]’:

Los invisibles de Kolda, p. 157, 164, 170(3).

-‘desaparición’:

Los invisibles de Kolda, pp. 110, 111.

-‘ahogarse’:

Las voces del Estrecho, p. 14, 22, 40, 41, 46, 65, 147, 179, 180; *Vidas*, p. 73, 140, 141; *Fátima de los naufragios*, p. 11; *Ahlán*, p. 112.

-‘ahogado(s)’:

Las voces del Estrecho, p. 72, 75, 82(2), 156, 185, 194, 196, 198, 199, 208, 209, 211; *Vidas*, pp. 122, 137, 141; *Fátima de los naufragios*, p. 22; *Cayucos*, p. 144, 145(2), 162; *Los príncipes nubios*, pp. 165, 286.

-‘ahogo’:

Las voces del Estrecho, pp. 40, 210.

-‘asfixia’:

Las voces del Estrecho, p. 40, 48.

-‘fosa común [de la inmigración clandestina]’:

Los invisibles de Kolda, p. 157.

-‘sepultado,a(s)’:

Los invisibles de Kolda, p. 14.

-‘sepulturero’:

Las voces del Estrecho, pp. 9(2), 26.

-‘sepultura’:

Las voces del Estrecho, pp. 18, 26.

-‘ataud’:

Las voces del Estrecho, pp. 18, 209.

-‘funeraria’:

Cayucos, p. 29.

-‘autopsia’:

Cayucos, p. 29; *Los invisibles de Kolda*, p. 168.

-‘morgue’:

Cayucos, p. 28(2).

-‘sudario’:

Las voces del Estrecho, p. 26.

-‘tumba’:

Las voces del Estrecho, p. 180; *Cayucos*, p. 104.

-‘superviviente’:

Los invisibles de Kolda, p. 56, 109, 149, 162; *Vidas*, p. 92; *Cayucos*, p. 58, 142, 143, 144, 164, 165.

Se percibe también en los discursos de los personajes y de los narradores la potente presencia de la muerte en este viaje hacia Europa:

Muchos quedaron en los caminos. Otros en las cárceles, hacinados en celdas que ocupaban hasta cincuenta personas, a las que dan, a cada una, una botella de agua y un pan al día como comida. (*Las voces del Estrecho*, p. 214).

«Éramos ciento cincuenta y tardamos siete días porque nos perdimos en el mar» recuerda. Tras todo ese tiempo, se quedaron sin comida ni agua. Algunos murieron y fueron arrojados por la borda. [...] Eran muchos y se hacía muy difícil sobrevivir en aquel espacio tan limitado. (*Los invisibles de Kolda*, p. 71).

[...] muchos de sus hijos habían muerto en el intento de llegar al paraíso soñado.

Unos no habían soportado el calor y el sol del desierto; otros habían sido atracados y asesinados, pues todos llevaban bastante dinero encima para pagar transportes terrestres y la patera de turno. Los que habían superado estas etapas no habían conseguido alcanzar la segunda: cruzar el Estrecho. Este trocito de mar, pequeño e inofensivo en los mapas, se había tragado a muchos jóvenes. (*Vidas*, p. 47).

Cuando parecía que el mar comenzaba a relajarse un poquito, la patera chocó violentamente, con un remolino de agua y se inclinó de tal forma que los dos hermanos de Smara, que estaban en una de las esquinas, cayeron al agua.

Ninguno de los dos sabía nadar. Entre gritos, intentaron amarrarse a la barca, pero la fuerza del mar, que unas horas antes era una balsa de aceite, era demoledora. Intentaban sacar sus cabezas a flote, pero la fuerza del mar los arrastraba. Poco a poco dejaron de gritar, pues el agua entraba en sus bocas. [...] Cuando quisieron [los ocupantes de la patera] darse cuenta, el segundo hermano había desaparecido en la oscuridad de la noche y del mar. [...] Casi sin darse cuenta, vio [Jilali] desaparecer el cuerpo de su compañero sin poder hacer nada más. (*Vidas*, p. 135-136).

Tuvieron que recorrer 60 kilómetros andando, sin agua ni comida. Ocho murieron en el camino. (*Cayucos*, p. 70).

Por cada uno que llega, cientos se quedan en el camino, atrapados en cualquier ciudad o, sencillamente, muertos. (*Cayucos*, p. 65).

Ya sé que es peligroso, he visto morir a mucha gente, indios, filipinos, de Bangladesh, gambianos, de todos los países, pero no me queda otra opción. (*Cayucos*, p. 114).

«cadáveres que aparecían flotando en los acantilados o playas en la zona» (*Las voces del Estrecho*, p. 9).

Yo desaparecí bajo las aguas del mar. (*Las voces del Estrecho*, p. 42).

Aparecimos como peces muertos. (*Las voces del Estrecho*, p. 47).

La tragedia de aquellos veintidós niños que un día fueron devorados por las aguas del Estrecho, (*Las voces del Estrecho*, p. 203).

« [...] ¡es tan peligroso! ¡Cuántos amigos nuestros han muerto en el Estrecho!» se lamentaba la muchacha, (*Vidas*, p. 33).

De los veintidós muchachos que había subido al oxidado barco en Nuakchott, sólo quedaban ocho, los demás habían muerto. (*Vidas*, p. 72).

La mayoría de los chicos se ahogan, y unos pocos sobreviven, como vosotros — insistió el pescador. (*Vidas*, p. 73).

-«Cayeron al mar y se ahogaron» contestó el patrón. (*Vidas*, p. 140).

Los que perdieron los nervios no llegaron vivos. (*Vidas*, p. 122).

Los inmigrantes insistían una y otra vez que había gente muerta muerta, que algunos no habían soportado el calor, la falta de agua, el caminar sin rumbo. (*Cayucos*, p. 92).

Por vez primera me encontraba en el mar y sabía que, como ha ocurrido a muchos, moriría ahogado en caso de naufragio. (*Dónde mueren los ríos*, p. 73).

Murieron ahogados tres de los que venían con nosotros. (*Dónde mueren los ríos*, p. 122).

Seidou vio morir a un compañero de viaje en el cayuco. «Él estaba enfermo, tosía y tenía frío. Tuve miedo», admite mientras mira hacia otro lado. (*Dónde mueren los ríos*, p. 140).

«Demasiados muertos, muchos muertos, el mar se los traga» (*Fátima de los naufragios*, p. 14).

Mala suerte los dos. Mala suerte, como tuvieron mala suerte los otros veinticuatro. [...] Él salió, sólo él, Mohamed, tuvo suerte. No pudieron salvarse los otros veinticuatro. Fue viento malo, terrible mar, olas inmensas que primero abrazaban la patera y al final acabaron volcándola. (*Fátima de los naufragios*, p. 11-12).

[...] este mar hay más muertos que peces. (*Ahlán*, p. 11).

Ya no quedaba ninguna duda sobre el peligro que entrañaba aquella aventura. Podrían morir en el intento. Y, de hecho, morían. (*Cayucos*, p. 28).

En pocos días, sus cuerpos harán el viaje de regreso a casa envueltos en un sudario. (*Cayucos*, p. 29).

A veces las barquillas simplemente chocan contra las rocas próximas a las rocas y los jóvenes africanos se mueren en un palmo de agua. La mayoría no saben nada. (*Cayucos*, p. 55-56).

En total eran 18, pero cuando el pesquero los encuentra al sur de Tenerife 14 días después, sólo quedan 6. A medida que iban muriendo, debido a la falta de agua y comida, y de la deshidratación, los que quedaban vivos iban tirando los cuerpos al mar. Así, hasta 12 muertos, unos detrás de otro. (*Cayucos*, p. 58).

La zona de los Ancones, en Teguiise, queda salpicada de cuerpos negros. Once más uno. (*Cayucos*, p. 59).

Las muertes se sucedan. (*Cayucos*, p. 59).

El cuerpo de un joven va y viene con las olas. (*Cayucos*, p. 59).

13 cuerpos inertes que yacen desperdigados por toda la barca. (*Cayucos*, p. 59).

Unas 1200 personas habían fallecido en solo cuatro meses intentando llegar a Canarias. (*Cayucos*, p. 101).

Un tercera parte de los que zarpaban no lograban alcanzar las islas. (*Cayucos*, p. 101).

El fallecimiento de hasta 1700 personas entre Mauritania y Canarias. (*Cayucos*, p. 101).

La muerte de cientos de personas en estas aguas era ya una certeza fuera de toda duda. Los cayucos abarrotados de personas, con escaso o el justo combustible y comida para ahorrar peso y espacio, se enfrentaban a la alta mar en inferioridad de condiciones. A poco que el oleaje fuera intenso, el riesgo de zozobrar era altísimo en una travesía que dura al menos una semana desde Senegal y 3 o 4 días desde la costa mauritana. (*Cayucos*, p. 101-102).

[...] la muerte de al menos 25 inmigrantes [...] (*Cayucos*, p. 102).

Las tumbas de emigrantes muertos en las costas de Fuerteventura. (*Cayucos*, p. 104).

Se hundieron para siempre en el mar. (*Cayucos*, p. 104).

Quiere [Amadú] marcharse a España, pero asume que el riesgo es demasiado elevado. (*Cayucos*, p. 110).

Los cadáveres que llegan flotando hasta las costas. (*Cayucos*, p. 111).

7 supervivientes relataron su odisea. El fuerte oleaje y una avería en el motor habían hecho zozobrar la patera en la que viajaban rumbo a las islas canarias. A los tres días, flotando en las aguas próximas a Bojador, un pesquero artesanal localizó y recuperó otros tres cadáveres. (*Cayucos*, p. 142).

Durante el trayecto falleció uno de ellos y otros dos murieron también estando ya ingresados en un centro hospitalario. El lunes 24 fallecían dos más a bordo de un cayuco que desembarcó en el sur de Gran Canaria y otros cuatro morían pocos días después. En total fueron 15 en menos de un mes. (*Cayucos*, p. 144).

Naufragios, cadáveres recuperados, personas que un día se van y no se vuelve a saber de ellos, un cuerpo que yace en el fondo del cayuco bajo una lona. (*Cayucos*, p. 161).

Ciento sesenta chicos que habían muerto en un cayuco rumbo a Canarias. (*Los invisibles de Kolda*, p. 14).

Vidas sepultadas para siempre en medio de un caluroso desierto o en el fondo del profundo mar. (*Los invisibles de Kolda*, p. 14-15).

Miles de personas estaban muriendo a las puertas de nuestro paraíso soñado. (*Los invisibles de Kolda*, p. 15).

Ciento cincuenta de sus ocupantes habían perdido la vida, salvándose solo diez de ellos. (*Los invisibles de Kolda*, p. 32).

Siete cuerpos desperdigados por el fondo de la embarcación y una sola persona con vida que apenas podía moverse y que contó los detalles de cómo se quedaron a la deriva y

arrojaron por la borda, uno a uno, los cadáveres de cuarenta y nueve personas. (*Los invisibles de Kolda*, p. 39).

Perdió la vida durante el viaje Ziguinchor-España en el Océano Atlántico. (*Los invisibles de Kolda*, p. 54).

Decenas de chicos que habían muerto en aquel cayuco. (*Los invisibles de Kolda*, p. 55).

No había habido supervivientes. [...] Todos habían muerto en el mar. (*Los invisibles de Kolda*, p. 56).

Los chicos habían muerto. (*Los invisibles de Kolda*, p. 58).

Fallecieron once chicos. (*Los invisibles de Kolda*, p. 59).

Tantos fieles perdieron la vida en el mar. (*Los invisibles de Kolda*, p. 67).

Ninguno de los ocupantes de aquel cayuco había llegado a su destino. (*Los invisibles de Kolda*, p. 106).

Todos los que iban en esta barca habían muerto. (*Los invisibles de Kolda*, p. 109).

La desaparición de muchos de ellos en el mar en un trágico accidente. (*Los invisibles de Kolda*, p. 110).

Han sido diez años llenos de accidentes en el mar. La cifra de personas muertas en esta última etapa del viaje migratorio desde África hacia Europa será siempre una incógnita, pues muchas de ellas fueron arrojadas por la borda, o sencillamente sus embarcaciones se hundieron sin que quedara constatación clara. (*Los invisibles de Kolda*, p. 156).

Fallecimiento de al menos doce mil quinientos setenta y dos inmigrantes en su intento clandestino de entrar en Europa, lo que incluye a todas las fronteras del continente. (*Los invisibles de Kolda*, p. 157).

En demasiadas ocasiones no logran salir con vida. (*Los invisibles de Kolda*, p. 158).

Aparecía un yate con once cuerpos momificados por la sal y la larga exposición al sol. (*Los invisibles de Kolda*, p. 164).

Dos mil seiscientas personas muertas intentando llegar a Canarias. (*Los invisibles de Kolda*, p. 183).

—Para cruzar el Estrecho y llegar con vida a España hay que tener mucha suerte —les había dicho Fátima a sus hijos en más de una ocasión—: se han quedado tantos en el mar! —añadía la mujer, apesadumbrada.

Ese mar, ella se lo imaginaba agresivo, con enormes olas, frío, algo casi imposible de dominar. No lo conocía, pues jamás había salido de Marrakech, pero

alguna vez había visto imágenes en la televisión de una vecina y, sobre todo, había oído contar a muchas madres cómo el mar se había tragado a sus hijos y los había hecho desaparecer para siempre. (*Vidas*, p. 26).

El mar aparece entonces como una fuerza que irradia miedo por su oscuridad y negrura, propias de pozos y abismos nocturnos, una fuerza negativa que destruye la vida y las esperanzas hacia futuros mejores o prometedores. El Estrecho se instituye como un espacio que aniquila seres humanos en sus aguas, provocando su respectiva muerte que se produce en sus abismos. En una palabra, el Estrecho se vuelve parábola de la muerte y sinónimo de la tumba o del cementerio. Esta imagen trágicamente catastrofista la refuerzan todos los personajes y se reitera, con mucha frecuencia, a lo largo de las obras estudiadas. En las *Voces del Estrecho* por ejemplo, las voces dolientes reconocen como realidad cotidiana que el mar ya es su tumba por ser la «vivienda» en que les tuvieron que sepultar contra su voluntad, y lamentan no tener sepultura en su propia tierra:

Desde la tierra contemplábamos la costa, los montes de Marruecos que en vida abandonáramos, en los que habitan algunos de los nuestros, y el mar que de ellos nos separa y se convirtió en nuestra tumba (*Las voces del Estrecho*, p. 21.).

Las voces acusadoras y rebeldes en la misma novela no hacen otra cosa. Con un espíritu que desborda desesperación y dolor, se quejan del porqué de su devenir que hace del mar su cementerio:

¿No existían suficientes sepulcros en nuestra tierra, qué quieres, que sea ahora el mar nuestro cementerio? (*Las voces del Estrecho*, p.55)

Uno de los más rebeldes de estas voces acusadoras, como es el endemoniado, Said El Harras, echa la culpa de su situación a los poderes fácticos, políticos y teológicos marroquíes por haberlo sacrificado en el Estrecho por ambición de poder y dinero:

No te alabarán señor de los cielos Pues nos has conducido a la muerte. Para nosotros no fuiste salvación

Sino tormento que hiciste del mar nuestra tumba.

Ninguna gracia dispensaste a tu pueblo

Y el infierno ha sido tu santa morada.

Los pueblos no tiemblan, que ya sólo escuchan

El sonido del dinero, la ambición del poder.

Que nuestras maldiciones sean la cara de tu reino. (*Las voces del Estrecho*, p.56-57)

El ahogado de Guadalquivir no hace otra cosa hablando del naufragio de su hermano en las aguas del mar:

Solamente las escasas luces del barco rasgaban *las negras* y dormidas aguas que ahora eran su tumba (*Las voces del Estrecho*, p194).

Mientras que el niño ceutí subraya, con expresión de desengaño, que la travesía del Estrecho, huyendo del infierno de su país natal, no le supone ninguna mejora: se le antoja una rotunda regresión, porque ya del infierno en vida ingresa en otro infierno, pero de la muerte, en las aguas del Mediterráneo:

Así salté, de Calamocarro, al fondo del mar, de un infierno en vida a otro en el que habitaba la muerte. (*Las voces del Estrecho*, p.38)

La reiteración intencionada de esta imagen del Estrecho como tumba pone énfasis en el drama del Estrecho en el marco de la perspectiva catastrofista de la emigración. Este carácter fúnebre del mar aparece afianzado por una tupida red de metáforas que conciben el Estrecho como sinónimo de tinieblas, perdición y opacidad tenebrosa:

En la otra playa -en la otra cara del malecón- el mar opaco, aguas de perdición, la palabra perdición surgía, se apoderaba de uno al mirar sus aguas tenebrosas (p. 79).

En consonancia con esta impronta tenebrosa, gran parte de los ahogados no vacilan en tildar al mar de «oscuridad inmensa» por inspirar «abismo y soledad y perfilarse como verdadero «pozo invisible» o «pozo negro». Otros llegan a la conclusión, un poco irónica aunque siniestra, de que «el mar [...] es una mala mujer. [...] (y) un adulto sin sentimiento» (*Las voces del Estrecho*, p.216). El dramatismo del mar llega a personificar tan líricamente a «las negras y dormidas aguas» del mar, viendo a este último como si fuera un ejército batallador que, al igual que Escila y Caribdis, asesina, con saña, a los pobres emigrantes, sin compasión ni conmiseración. Para ello, se utilizan palabras que pertenecen al campo léxico que remite al uso de la fuerza y de la violencia: ‘golpear’, ‘engullir’, ‘látigos’, ‘enfrentar’. Las dos citas, que vamos a exponer en su totalidad, son una de las personificaciones más líricas y tragicómicas que hallamos en los relatos marítimos de los emigrantes en toda la obra de Andrés Sorel:

- Aquí es así, ocurre en un de repente, lo que era calma se agita y convierte en grito, y el viento salta sin avisar, como queriendo jugártela. Sopla fuerte, ruge iracundo, como si estuviera hambriento. Y lo blanco se torna negro, y lo que dormía bracea con desesperación buscando no ya el cuerpo, sino el alma. Gobernar entonces la barca no resulta fácil, qué digo fácil, un milagro; tenerte en pie por mucho que te agarres a cubierta todavía resulta más difícil. Y de pronto llega ella, rezabas para ahuyentarla, pero nunca el mar atiende a tus rezos, tiene piedad; la más temida, la madre de todas las olas, la que invade, arrasa, la que no sólo toma en volandas tu cuerpo sino que al tiempo golpea tus miembros, tu rostro, tu hígado, como podrían hacerlo los puños de un ejército de boxeadores al unísono, te atraviesa de oído a oído, ciega tus ojos, sella tu boca, percute tu pecho con un golpe último, seco y definitivo, que le desgarras, desclava tus pies de la madera, eleva tus brazos hacia el cielo en inútil súplica protectora del vacío por el que ya vuelas y te arroja al fin en el lecho que momentáneamente ella, tu asesina, había abandonado. Luego, tu mente es y sólo la tumba que encierra el miedo, el espanto (*Las voces del Estrecho*, p.10-11)

Nos obligaron a arrojarnos al agua, alegando que hacia la barca se dirigía una patrullera española. El mar estaba revuelto. Braceábamos desesperadamente. Pretendíamos dirigirnos hacia la sombra de las rocas divisadas entre la bruma. Pero las olas nos empujaban hacia dentro, nos engullían. Extrañamente, en vez de andar, yo buscaba protegerme el rostro azotado con furia por los latigazos del agua: la boca, pastosa y atochada; los pulmones, inerciados, sin aliento. Me dolían los pies, los brazos apenas podían moverse, cerraba los ojos, ya había dejado de ver a los otros, yo estaba solo, solo en aquel inmenso lecho de agua, y no era ella quien entraba en mí, sino yo quien la buscaba para acogerme a su caricia definitiva, para diluirme en ella, para fundirme definitivamente, desaparecer, en ella, pues todo se volvía de pronto dulce, hermoso, una calma suave después de la batalla que te incitaba a dejarte ir, dejar, sin pensamientos, sin sabores, envuelto por aquel manto gélido que te arrastraba, te sumergía, te transportaba en dulce vuelo sin interferencias ajenas a las del propio vertiginoso deslizamiento. (*Las voces del Estrecho*, p.47-48)

El mar se personifica presentándose como si fuera un ejército que batalla contra el ahogado y al que no sólo se enfrentan sus aguas, sino engullen y azotan con sus lacerantes latigazos. Tal combate pugnaz es trazado en forma de lucha desigual y sin piedad que hace del emigrante, que naufraga, un ente muy perdido y extraviado que se conforma, al final, con la rendición: se introduce en el lecho gélido de las aguas y de la tumba dulce de las mismas, porque la muerte, al fin y al cabo, parece como si fuera una entrada en el paraíso, después de tanto forcejeo infernal por sobrevivir contra el mar, adoleciendo todo tipo de sufrimientos —pechos hipertrofiados, cansancio, etc.—. Este carácter militar y asesino de las aguas lo aborda, con pertinencia, García Nieves en *Por la vía de Tarifa* en el cuento «Punta marroquí». En este relato, el mar es verdaderamente un asesino; en su combate desigual contra el ahogado Kader, utiliza armas —«ruido de metrallas»— en una situación de guerra —«emboscadas»—. Esta impronta bélica confirma, por un lado, el papel de centinela de Europa que es España y, por otro, refleja lo siniestro que son las aguas del Mediterráneo:

[..] Ahora, viendo luces tan cerca y la isla tan a mano, el viaje parecía terminado. Todo iba demasiado bien. Hasta que empezó este maldito viento que parece un ciclón y encabrita las olas como ruido de metralla [...].

Kader sabe nadar. Bracea rápido. Sus brazos helados se entumecen. Sus piernas, ligeras, baten el mar a un ritmo desenfrenado. Las olas, siniestras, en su lucha cuerpo a cuerpo, lo succionan, le escupen, chupan de él. Lo atrapan. Como arena erosionada lo estrellan contra las rocas una vez, otra, y otra..., y el ruido de metralla golpeando sus oídos (*Por la vía de Tarifa*, p.29).

Esta naturaleza asesina del mar se convierte en una constante en esta narrativa, que hace que las aguas mediterráneas, contraviniendo su habitual blancura y paz, se empañen de sangre. Las quejas lacrimógenas de las voces del Estrecho se conciben como «lágrimas derramadas sobre la sangre de sus aguas» (p. 89). En «Punta marroquí», la suerte de Kader es dejarse sangrar por efecto de la fuerza irresistible del mar y de los mejillones asesinos que le van cortando las venas.¹³⁸ El resultado: el mar negro se convierte rojo:

Agarrado a los mejillones asesinos, va dejándose sangrar por una fuerza irresistible que cortándole las venas tira firmemente de sus pies. Ya no ve al hombre. Un silencio ensordecedor, negro, tapona lentamente sus oídos y el mar, ya está entre las rocas (*Las voces del Estrecho*, p.30)

Es de subrayar que debajo de este paralelismo en las peripecias marítimas y de lucha contra el mar entre Ulises y los nuevos emigrantes, se encuentra una divergencia muy significativa. La suerte de los dos no tiene la misma salida. La de los emigrantes no llega a buen puerto porque es más trágica. En primer lugar, a diferencia de Ulises que recibe ayudas divinas, la lucha de los emigrantes africanos se libra sin ayuda de ninguna parte, por lo cual más dura y tenaz. La indiferencia del mundo se suma a la peligrosidad de las enemigas olas que los llevan, inexorablemente, al naufragio obligatorio e inevitable mientras que Ulises tuvo siempre el amparo de los dioses y su orientación

¹³⁸ Vemos a través de esta imagen que la muerte que sufren los emigrantes, como lo observa Escudero Marín (2012: 114) no es *Tanatos* (muerte no violenta) de la mitología griega sino *Ker*, la muerte violenta, que con sus dientes y guarras rechinantes, sedientos de sangre humana arroja los cadáveres tras alimentarse de su sangre: “Las Keres negras rechinando sus dientes blancos, ojos severos, fieras, sangrientas, atterradoramente se enfrentaron a los hombres agonizantes, pues estaban deseosas de beber su sangre oscura. Tan pronto como agarraban a un hombre que había caído o acababa de ser herido, una de ellas apretaba sus grandes garras en torno a él y su alma bajaba al Hades, al frío Tártaro. Y cuando había satisfecho sus corazones con sangre humana, arrojaban a ése tras ellas y se apresuraban de vuelta a la batalla y el tumulto” (Traducción nuestra). «Escudo de Heracles», pp. 248-57, en March, Jennifer R. (1999) *Dictionary of Classical Mythology*, Londres. Cassell.

para posibles escapatorias de la muerte segura. En segundo lugar, es esta consagración de los dioses la que le permite a Odiseo soslayar el canto fatídico de las sirenas, puesto que «a pesar de oír el canto de las sirenas, logra sobrevivir» para, luego, volver a los suyos y ser bien atendido como héroe. Ese destino no lo tienen los emigrantes porque ellos se conforman, trágicamente, con ser sacrificio de los «cantos de sirenas hambrientas» y presas de la muerte o del mar embravecido, no pudiendo así, ni volver con dinero a sus familias, ni abrazar su sueño europeo de bienestar y abundancia. Si el mar es, para Ulises, un reencuentro con la vida, la familia y la patria; para los emigrantes, es sinónimo del desencuentro y de separación, esto es, de la muerte anónima ante la indiferencia de todos: hombres y dioses.

6.3.3. Una ida forzada

El abandono de su hogar por Ulises no es una partida de buen grado. La ida del rey griego para Troya, que le supuso veinte años lejos de su familia, se debe a una obligación, un deber patriótico: defender los intereses del reino. La odisea tiene entonces en su base u origen una o partida forzada, hecho que explica la firme voluntad de regreso del personaje griego, su determinación de volver a su patria y hogar. Este carácter forzado del viaje de Odiseo es perceptible en los textos literarios objeto de estudio. El viaje que efectúan los personajes africanos hacia España supone para ellos un gran sacrificio y un profundo dolor: el abandono de su tierra, el abandono y la ausencia de sus familiares y la consecuente soledad, el enfrentamiento a un mundo totalmente desconocido y hostil. Se trata, como en el caso de Ulises, de un viaje forzado, una marcha obligada, obligada por la necesidad, por la busca de dignidad, por la busca de sustento para sí y para los familiares, por el deseo de mejorar las míseras y difíciles condiciones en que ellos y los suyos están sumidos. En *Vidas* (p. 27), se percibe este carácter forzado del viaje a Europa en el dolor que le causa a Karim la separación de su madre, dolor tan grande que le resulta imposible de despedirse de ella:

Karim fue incapaz de decir adiós a su madre, a su casa, a ese camastro junto al horno de tierra donde dormía, a esos dieciocho años pasados allí. Fueron muchos los pensamientos que se acumularon en su cabeza en ese momento, pero el más intenso fue

el de creer que quizás ya no vería a su madre nunca más. Y eso era desgarrador. No sabía muy bien a dónde iba, pero sí sabía que estaba perdiendo mucho al dejar su casa y su memoria (*Vidas*, p. 27).

Más adelante en el texto, el narrador subraya expresamente el carácter forzado del viaje del joven marroquí ya en la anhelada España:

En teoría, ya habían conseguido su objetivo, llegar a España; pero sentía que eso no aliviaba su estado de ánimo. Por un lado, deseaba comenzar a trabajar lo antes posible para enviar dinero a su madre, por otro, se sentía frustrado por tener que hacer algo en contra de su voluntad (*Vidas*, p. 146).

Este abandono forzado de su tierra le lleva a sentirse como un «desgraciado, un pobre hombre que no ha sido capaz de sobrevivir en su propia tierra» (*Vidas*, p. 147). Abdel, otro protagonista de la misma novela, experimenta el mismo apego a la tierra y los seres queridos y la obligación de marcharse, de abandonar todo para ir en busca del sustento que a pesar de tantos esfuerzos no conseguía en su país:

Abdel era enamorado de su ciudad. Soñaba con los paseos junto al mar, los chapuzones en el río Sous, las puestas del sol, el olor a azafrán, los anocheceres en una mesa del puerto comiendo sardinas, y eso no lo quería perder. Pero, sobre todo, no estaba dispuesto a separarse de Saida. Desde muy pequeño le dijo que estaría siempre a su lado y quería cumplir su promesa. «De no hacerlo no sería un buen hombre ---pensaba Abdel---. Mi destino está junto a Saida hasta el final de mis días.» Éste era su pensamiento básico.

Pero el convencimiento y la seguridad de Abdel se torcieron una tarde del mes de enero, cuando paseando por los acantilados rocosos del norte de Agadir, frente a un Atlántico enfurecido Saida le dijo que se había quedado embarazada. En ese mismo momento, con lágrimas en los ojos y abrazado a ella, Abdel tomó la decisión de emigrar.

- No tengo trabajo ni dinero, y algo tengo que hacer —le gritaba desesperado Abdel a Saida al oído—.

Tú debes estar tranquila —le aconsejaba con gran tristeza a su novia—: tu madre cuidará de ti mientras estemos separados. (*Vidas*, pp. 32-33)

El deseo de quedarse en su tierra, de no tener que ir fuera para encontrar el pan le lleva a otro protagonista de la obra, Rachid, a dudar de la falta de posibilidades en su país:

[...] Rachid pensaba que quizás a sus dieciséis años todavía podía hacer algo en Fez, quizás no había buscado bien un trabajo, quizás todavía existía alguna posibilidad en la que él no había pensado. Y sin duda también tenía el presentimiento de que quizás ya no vería más a su anciano padre [...]. (*Vidas*, p. 112)

En *Harraga* (p. 26), Jalid expresa claramente el carácter forzado de su emigración a España:

Jamás pensé que abandonar mi ciudad fuera un privilegio, sino una condena.

En *Dónde mueren los ríos*, Tierno, en una conversación con Amadú, lamenta esta obligación a abandonar su tierra y a los suyos:

– ¿Qué destino es este nuestro que nos lleva cada vez más lejos de todo lo que queremos?

– El destino de los pobres, Tierno.

El carácter forzado de la emigración de los personajes africanos a España se hace aún más patente en unos fragmentos discursivos de los narradores de *Los invisibles de Kolda* y de *Dónde mueren los ríos*, describiendo la situación de los estos personajes:

No querían ir a España, pero se sentían forzados a ello. (*Los invisibles de Kolda*, p. 59).

[...] todos los jóvenes se ven obligados a irse [...]. (*Los invisibles de Kolda*, p. 106).

El agua que caía del cielo era caprichosa y el alimento no llegaba a las bocas de su familia. No quedaba otra opción que marchar. (*Los invisibles de Kolda*, p. 66).

Todos dejaban atrás lo que nunca habrían querido abandonar. (*Dónde mueren los ríos*, p. 120).

6.3.4. Un monomito

El término «monomito» fue acuñado en 1949 por el mitógrafo estadounidense Joseph Campbell. En su estudio de los mitos, subraya que en el monomito, también conocido como «viaje del héroe» o «periplo del héroe» existe un patrón narrativo. Según el mitógrafo estadounidense, el héroe suele pasar a través de ciclos o aventuras similares en todas las culturas. Primero el héroe abandona su casa, a consecuencia de una atracción o arrastre o de un desplazamiento voluntario lejos del hogar, internándose en un mundo lleno de amenazas y pruebas; para esto debe cruzar el **primer umbral**, donde puede encontrar una **sombra**, guardián, dragón o hermano que se le opone y debe derrotar o conciliar. Luego puede entrar vivo o descender a la muerte en un **reino de oscuridad**, o mundo de fuerzas poco familiares, pero íntimas, algunas de las cuales le amenazan. El héroe tiene que resolver pruebas o acertijos, en ocasiones con la ayuda o guía de un mentor. En la cúspide de su aventura se le presenta una **prueba suprema** y recibe su recompensa, esta puede ser un **matrimonio sagrado** —que representa la resolución del complejo de Edipo—, el reconocimiento del padre-creador, la propia divinización o también, si las fuerzas permanecen hostiles, el robo del elixir —o su desposada—. Hacia el final emprenderá el regreso, ya sea como *emisario* o como *fugitivo*. Al llegar al **umbral del retorno**, dejará atrás a sus rivales, emergiendo del **reino de la congoja** o resucitando y trayendo el don que restaurará al mundo. Campbell estructura y esquematiza este viaje del héroe en doce estadios:

1. **Mundo ordinario:** El mundo normal del héroe antes de que la historia comience.
2. **La llamada de la aventura:** Al héroe se le presenta un problema, desafío o aventura.
3. **Reticencia del héroe o rechazo de la llamada:** El héroe rechaza el desafío o aventura, principalmente por miedo al cambio.

4. **Encuentro con el mentor o ayuda sobrenatural:** El héroe encuentra un mentor que lo hace aceptar la llamada y lo informa y entrena para su aventura o desafío.
5. **Cruce del primer umbral:** El héroe abandona el mundo ordinario para entrar en el mundo especial o mágico.
6. **Pruebas, aliados y enemigos:** El héroe se enfrenta a pruebas, encuentra aliados y confronta enemigos, de forma que aprende las reglas del mundo especial.
7. **Acercamiento** - El héroe tiene éxitos durante las pruebas.
8. **Prueba difícil o traumática:** La crisis más grande de la aventura, de vida o muerte.
9. **Recompensa:** El héroe se ha enfrentado a la muerte, se sobrepone a su miedo y ahora gana una recompensa.
10. **El camino de vuelta:** El héroe debe volver al mundo ordinario.
11. **Resurrección del héroe:** Otra prueba donde el héroe se enfrenta a la muerte y debe usar todo lo aprendido.
12. **Regreso a casa:** El héroe regresa a casa con el premio y lo usa para ayudar a todos en el mundo ordinario.



Todos estos estadios se resumen en una triada: **Salida - Iniciación - Retorno**. Campbell lo resume del siguiente modo:

El héroe se lanza a la aventura desde su mundo cotidiano a regiones de maravillas sobrenaturales; el héroe tropieza con fuerzas fabulosas y acaba obteniendo una victoria decisiva; el héroe regresa de esta misteriosa aventura con el poder de otorgar favores a sus semejantes (Campbell, 2001: 23).

La «Salida» trata pues de la aventura del héroe antes de cumplir la misión, la «Iniciación» va sobre las diversas aventuras del héroe a lo largo del camino, y el «Regreso» trata de la vuelta del héroe con los conocimientos y las competencias adquiridos en el viaje. Campbell y otros estudiosos, tales como Erich Neumann, describen las historias de Gautama Buda, Moisés y Cristo, Osiris y Prometeo al igual que muchos mitos clásicos de gran variedad de culturas siguen este patrón básico. El viaje de Odiseo responde también a este modelo.

El periplo de Ulises deberían poder leerse como un viaje hacia el conocimiento. Ulises regresa a Ítaca con más sabiduría. De su odisea, regresa a Ítaca con un gran saber, un saber astrológico, la orientación por las constelaciones, un

conocimiento adquirida en la *nekyia* o viaje al Hades que realiza (canto XI) con el propósito de consultar al alma del profeta Tiresias sobre los medios para regresar a su hogar, Ítaca. Este conocimiento supondrá para él y los humanos una liberación del yugo de los dioses. El poeta griego Constantinos Cavafis (1994: 64) resalta este valor cognitivo del viaje odiseico en su poema «Ítaca»:

Ten siempre en tu mente a Ítaca.
 La llegada allí es tu destino.
 Pero no apresures tu viaje en absoluto.
 Mejor que dure muchos años,
 y ya anciano recales en la isla,
 rico con cuanto ganaste en el camino, [...]
 Así sabio como te hiciste, con tanta experiencia,
 comprenderás ya qué significan las Ítacas.

En el viaje que realizan muchos de los personajes africanos de los textos analizados se percibe este sello del monomito o periplo del héroe. En efecto, al igual que Ulises, algunos de estos salen de su hogar y patria tras una llamada —la busca de sustento—, atraviesan una sucesión de situaciones difíciles y obstáculos y salen del viaje con cierto conocimiento. Este carácter cognitivo o aleccionador de la experiencia del viaje es expresado por Tierno en *Dónde mueren los ríos* (p. 38):

Crucé un desierto y un mar, mundos nuevos para mí, pero las enseñanzas que la vida me tenía reservada llegaron después de ese largo viaje. Llegué a las islas españolas con trabajo y esperanzas, y confirmé en mi propia carne lo que tanto oí decir en Bandiágara, bajo el árbol de la palabra: «Agradece a tu existencia las piedras que te pone en el camino. Cada vez que tropieces en una de ellas dormirás con una nueva lección aprendida (*Dónde mueren los ríos* (p. 38).

Se percibe igualmente en las primeras palabras que Hadama dirige en la misma novela a Usmán, tras su reencuentro como consecuencia del retorno del joven burkinés a su tierra tras su duro periplo a España:

Fue un niño quien salió de aquí y un hombre quien regresa. Sabía de las dificultades con las que te ibas a encontrar, de los riesgos que corrías. Pero también que las mejores lecciones de la vida llegan cargadas de sufrimiento. Ahora sabes algo más sobre el ser humano y has vivido en tu propia carne parte de la historia de África. Éstas preparado para afrontar la otra parte, de la que nosotros hemos de ser protagonistas. (*Dónde mueren los ríos*, p. 183).

Tierno y Usmán aprenden de su viaje que su lugar es con los suyos, en África donde han de contribuir a la labor común de construcción de las condiciones de bienestar. Igual lección aprende el protagonista de *Harraga* (p. 132), Jalid:

Me volví hacia el mar mientras hablaba. Cruzando el Atlántico había otro mundo, pero ya no creía en eso. La había buscado en Europa, y sólo encontré basura. Sólo hay un mundo, cercado por los días de nuestro nacimiento y nuestra muerte. Dentro de él tenemos que buscar la felicidad, y el suelo que pisemos nada importaba.

6.4. VIAJE AL AVERNO

De acuerdo con la mitología grecorromana, el Averno era la entrada al Hades o inframundo, el mundo de los muertos. Posteriormente, la palabra pasó a ser simplemente un nombre alternativo para este. Según el mito, los fallecidos entraban al inframundo cruzando el río Aqueronte, porteados por el barquero infernal, Caronte, quien cobraba por el pasaje un óbolo, pequeña moneda que ponían en la boca¹³⁹ del

¹³⁹ No sobre los ojos como es extendido en la creencia popular vehiculada por las artes cinematográficas. Todas las fuentes literarias especifican la boca: Calímaco, *Hecale* fragmento 278 en el texto de R. Pfeiffer *Callimachus* (Oxford University Press, 1949) vol. 2 p. 262; Smith, W., ed. (1867), «Charon», *A Dictionary of Greek and Roman biography and mythology*, Boston: Little, Brown & Co., i.689.

difunto sus piadosos familiares. Aquellos que no podían pagar tenían que vagar cien años por las riberas del Aqueronte, tiempo después del cual Caronte accedía a portearlos sin cobrar (Virgilio, *Eneida* VI).

El mito brota con fuerza en la mayoría de los textos literarios sobre inmigración africana a España y en la totalidad de los textos estudiados. La figura del barquero se percibe con total claridad en los «pasadores» o «tiburones» o «patrones» que llevan en sus pateras o cayucos a los emigrantes africanos de una orilla a la otra del Mediterráneo. En *Ahlán* (p. 11), el viejo Mimun Unacer subraya la similitud existente entre estos pasadores y el barquero infernal, estableciendo incluso una relación filial implicando una transmisión del oficio —de barquero— de padre a hijo:

¿Qué sabéis, muchachos, de los pilotos que han de guiaros por las aguas tristes y mudas de este mar de riberas macilentas que para vosotros debería llamarse Estigio? Nada, barrunto. Y, sin embargo, cuando los que os habéis dejado embaucar saltéis a bordo como aves al reclamo, serán quienes os reciban. Son los hijos de aquel viejo navegante de pelo blanco y ojos fieros que en Egipto llamaban Caronte, el que conducía a los infiernos la barca de la muerte.

La presencia del mito en los textos literarios analizados se refuerza en el parecido entre el funesto río infernal y el Estrecho que han de cruzar los emigrantes en su viaje a España. En *Ahlán* (p. 11), el narrador se refiere al Estrecho en término de «aguas tristes y mudas». La denominación empleada por el narrador de *Harraga* (p. 194) no es distinta: «negras y dormidas aguas».

Otro indicio que deja entrever la presencia del mito en los textos analizados es el pago de un pasaje para la travesía. Al igual que los muertos que tenían que pagar un pasaje al barquero Caronte para su viaje al Averno, los emigrantes africanos también deben abonar una cantidad de dinero para su travesía:

Pagué ciento setenta mil pesetas por el viaje. (*Las voces del Estrecho*, p. 42).

Teníamos que pagar los pasajes en patera. (*Las voces del Estrecho*, p. 42).

Yo fui patrón de patera. Trafiqué con hombres. [...] Me dieron doscientas mil pesetas por el trabajo. (*Las voces del Estrecho*, p. 63).

Me costó el viaje ciento setenta y cinco mil pesetas. (*Las voces del Estrecho*, p. 71).

[...] pagar el patrón el coste del viaje. (*Las voces del Estrecho*, p. 122).

Mi hermana me ayudó, escondiéndome en casa de una amiga primero, prestándome el dinero para pagar el patrón de la patera después. (*Las voces del Estrecho*, p. 193).

[...] comprar una plaza en una patera para alcanzar otro mundo. (*Vidas*, p. 56).

[...] comprar una plaza en un cayuco con destino a Canarias. (*Vidas*, p. 64).

Con el primer dinero que gane pagaré sus pasajes. (*Ahlán*, p. 18).

Quince mil por llegar a Tarifa. (*La mirada del hombre oscuro*, p. 24).

Necesitan dinero para pagar los pasajes. Cinco mil dirhams cada uno. (*Ahlán*, p. 8).

[...] cobrarles el pasaje hacia el infierno. (*Harraga*, p. 81).

El dinero que llenaba esa bolsa el precio que habían pagado Munir y otros muchos como él para franquear el muro que el mar levantaba entre España y Marruecos. (*Harraga*, p. 146).

En *Dónde mueren los ríos* se observa un gran parecido entre las almas de los muertos aguardando en la orilla el tiempo de poder ser porteados por Caronte y los emigrantes esperando en la costa marroquí la oportunidad para cruzar el Estrecho:

Algunos tendrían que pasar varios meses en El Aaiún, en condiciones míseras, a la espera de que algún familiar les pudiera hacer llegar el dinero necesario para pagar su plaza (*Dónde mueren los ríos*, p. 121).

A diferencia del importe del pasaje cobrado por Caronte a sus porteados que era de un óbolo, una pequeña cantidad de dinero, el coste del pasaje de los emigrantes africanos cobrado por sus transportadores es prohibitivo, lo que supone para los emigrantes una dificultad mayor a la de los muertos en cuanto a la realización del viaje. En *Vidas* (p. 78), la cantidad es de «2.400 euros» por pasajero. Tan alto es el importe del pasaje que su consecución supone para los emigrantes grandes sacrificios y esfuerzos: muchos de ellos y/o sus familiares se ven obligados a vender sus

pertenencias, realizar colectas familiares, liquidar todos sus ahorros o trabajar duro varios meses o incluso años para reunir la cantidad exigida para el pasaje:

A mí me dio el dinero mi padre. Vendió la vaca.

- El mío me entregó la dote de mi hermana.

- Fueron los viejos quienes se deshicieron del puñado de tierra de su propiedad. (*Las voces del Estrecho*, p. 42).

Mi padre tenía cinco vacas. Vendió una y un trozo de terreno para pagarme el viaje en la patera. (*Las voces del Estrecho*, p. 71).

Reunió todos sus ahorros, pidió una pequeña cantidad a su madre y al fin contactó con el tiburón que exigía las doscientas mil pesetas que costaba el viaje para trasladarle en patera a las costas de Cádiz. (*Las voces del Estrecho*, p. 133).

[...] consiguió [Saida] reunir el dinero para la patera a través de sus primos y amigos; que hicieron una colecta [...]. (*Vidas*, p. 37).

Los veinticuatro mil euros que había ahorrado para pagar al dueño de la patera a fuerza de vender especias, cestas de mimbre y de haber hecho una colecta familiar. (*Vidas*, p. 20).

Con los pocos ahorros que poseía y, tras malvender mi pequeño coche, conseguí que un amigo me acercara hasta la frontera. (*Dónde mueren los ríos*, p. 39).

En sus horas libres, hacía trabajos duros y mal remunerados para ahorrar y pagar un pasaje a Europa. (*Dónde mueren los ríos*, p. 41).

Por eso estoy aquí. Por eso he estado cuatro años trabajando hasta reunir el dinero necesario para pagar al hombre que lleva de noche a los africanos que no pueden llegar de día. Los que no tienen papeles, ni dinero, ni futuro. (*Dónde mueren los ríos*, p. 49).

Pidiendo prestado a hermanos y cuñados logré el dinero para pagar la travesía. (*Dónde mueren los ríos*, p. 69).

Tuve que pagar 1.000 euros, pero para eso llevaba seis años trabajando duro. (*Cayucos*, p. 148).

[...] trabajó seis años para reunir el dinero de la patera. (*Cayucos*, p. 149).

Sabía de las penalidades pasadas para reunir el dinero. (*Harraga*, p. 146).

Tuvimos que vender muchas cosas, muchas vacas, para poder pagar ese viaje. (*Los invisibles de Kolda*, p. 71).

El pasaje en el cayuco le costó trescientos cincuenta mil francos CFA, dinero que obtuvo con el sacrificio y el esfuerzo de toda su familia. (*Los invisibles de Kolda*, p. 108).

[...] hipotecó su casa para pagar el viaje. (*Los invisibles de Kolda*, p. 181).

La presencia del mito en los textos analizados sirve a los autores para poner de relieve por una parte el carácter selectivo de este siniestro viaje —sólo pueden realizarlo quienes pueden costearlo— y la dificultad que supone para los inmigrantes el acceso a Europa y por otra el carácter oscuro de la destinación hacia la que les lleva su viaje, un viaje no al paraíso al que creen estar porteados sino un viaje al Averno, al infierno.

CAPÍTULO 7. TEXTOS CULTURALES DESMITIFICADORES

Con la denominación «textos culturales desmitificadores», nos referimos a aquellos textos en que aparece un lugar como paradigma de infortunio y sufrimiento. La aplicación, en el marco de nuestro análisis, del calificativo «desmitificador» a estos textos se explica por el hecho de que son la antítesis o la desconstrucción de los textos constructores o mitificadores. Estos textos son, para nuestro análisis, el mito del paraíso perdido, la historia de la esclavitud, el mito del infierno y la parábola del buen samaritano.

7.1. EL PARAÍSO PERDIDO

7.1.1. Exposición del mito

Según el relato bíblico del libro del Génesis (cap. 2), Dios, tras crear a Adán, lo colocó en un vergel:

Y Yave Dios plantó un huerto en Edén, al oriente; y puso ahí al hombre que había formado. (*Génesis* 2: 8).

Tomó, pues, Yave Dios al hombre, y lo puso en el huerto del Edén, para que lo labrara y lo guardase. (*Génesis* 2: 15).

Este vergel, llamado «huerto de Edén» (Génesis 2.15) o «Edén» a secas (Ezequiel 28:13) y conocido comúnmente como «paraíso» era un lugar maravilloso, donde el hombre vivía sin preocupación ni necesidad ni sufrimiento. El significado del término Edén es evocador de esta realidad de plenitud, de absoluto bienestar: palabra hebrea de origen acadio, Edén significa en efecto «placer»¹⁴⁰. Resultó que el hombre,

¹⁴⁰ Strong, James. *Strong's Hebrew and Greek Dictionaries*, 1890. H5731: עֵדֶן Èden (ay'-den), o en femenino עֵדֶן edná; de H5727: Placer, deleite.

siguiendo a su compañera Eva en su deseo de mejorar su condición —acceder al conocimiento— franquea los límites establecidos —prohibición de comer la fruta del árbol—, acto que le llevará a su perdición, a su expulsión de este lugar exento de sufrimiento, a la pérdida de su paraíso.

El mito del paraíso perdido es recurrente en la poesía occidental. Su expresión clásica es el poema homónimo de John Milton, poema narrativo publicado en 1667. En castellano, destaca el tratamiento del tema en Rafael Alberti en el poema “Paraíso perdido”, Vicente Aleixandre en su libro *Sombra del paraíso*, entre otros autores.

7.1.2. Presencia del mito en los textos del corpus

La relación del emigrante, tanto con su tierra de origen como con su vida de emigración, situada entre dos espacios y culturas, es ambivalente. Bascula indiferentemente entre la negación total o parcial de las raíces y el apego o nostalgia de lo relativo a la tierra natal.

En el primer caso, asimila, con sentido de alienación patriótica, su nueva situación en el país de acogida por razones diversas, como pueden ser el sentimiento de inferioridad o el desengaño de su propia identidad, que lo llevan a desidentificarse, rechazando sus propias señas de identidad tanto culturales como emocionales y existenciales, con el correspondiente acomodamiento adaptativo a su mundo nuevo de la inmigración. En contrapartida, en el segundo caso, el emigrante siente todo un impulsivo apego a su tierra de origen y a su infancia que intenta recordar con nostalgia, soñando con su vida anterior, añorándola como si fuera otro paraíso perdido y actualizando esta ausencia mediante presencias como la comida, la música, las costumbres y demás.

En las obras literarias sobre la inmigración africana en España, es muy escasa la presencia de la primera modalidad. Gran parte de los personajes migrantes que encontramos tiene verdaderos sentimientos de vinculación con su vida pasada y son raras las veces en que nos topamos con el tipo de emigrante renegador de su tierra y cultura. Una de las únicas excepciones la encarna, por ejemplo, Fatiha en *Donde mueren*

los ríos. Sus tres fracasos en su vida, el sentimental con su novio español en Granada, el familiar con su padre que la obligó a volver a Nador dejando sus estudios para encerrarla en su casa, y el conyugal con el marido marroquí afincado en Canarias, le inyectaron una fuerte dosis de insumisión y rebeldía nihilista y, a veces, anarquista que le impulsó a rechazar no solamente su origen rifeño y olvidarse de su pasado familiar, sino también sus costumbres religiosas y culturales, conformándose con ser tan sólo una ciudadana del mundo, lejos de todo nacionalismo exclusivista. Este rechazo a veces llega hasta el olvido y el odio. Así es como lo confirma hablando de su familia y de su pasado de Nador:

Me sorprendí al caer en la cuenta, por asociación de ideas, de que llevaba mucho tiempo sin siquiera pensar en mi familia. Enterrados en el olvido como si nunca hubieran existido. Y con ellos, de paso, mi infancia, mi adolescencia, las carreras por las calles de Nador, el instituto. Los años felices, sepultados junto a quién me llevó en su vientre, veló mis sueños, apaciguó mis angustias. Junto a mis hermanos, a la complicidad con Wahid, a Naima sobre mis rodillas, adorándome. Y a mi padre, al que quise tanto de niña como odio ahora. Cuanta tristeza para tan pocos años de vida, Dios. (*Dónde mueren los ríos*, p. 111).

Su viaje a Canarias y su correspondiente divorcio de su marido era un viaje hacia el futuro y otra vida, esto es, «con el pasado sustraído a palos, obligada a reinventarme una vida, partiendo de la nada, sin más recursos que mi cuerpo» (*Dónde mueren los ríos*, p. 32). En general, esta decisión de empezar una vida nueva desde cero y el rechazo negativo de su pasado, la mete en otro torbellino: luchar contra la injusticia, en aras de la realización personal y existencial. En ella se encarna, por un lado, la preocupación por el ser humano, lejos de todas las etiquetas de nacionalismo cultural o religioso y, por otro, la tendencia a pregonar la interculturalidad como necesidad y única vía posible para un mundo mejor, sin problemas. Su sentimiento de desesperanza y desconfianza, que tiene por completo de la vida y también del hombre como tal, es el que la llevó, en plan de complicidad, para luchar por el descubrimiento de la mafia y de los asesinos de su amiga Aida. Esta lucha a contracorriente era un puente para la conjunción y la confianza puesto que, al final de la novela, una esperanza y vida, llenas

de amor y felicidad, parecen abrirse paso tanto para Amina como para Amadú, en pos de un futuro de bienestar, de justicia y, también, de fuerte mestizaje:

La marea llevaba hasta nuestros pies descalzos el frescor de un agua llena de buenos presagios. De una vida nueva, en la que todo estaba por construir. Nos sentamos frente al mar, sin separar nuestros cuerpos. (*Dónde mueren los ríos*, p. 212).

A pesar de esta empedernida negación del pasado, en plan de rebeldía contra la injusticia y la nada del mundo, la propia Fatiha no se escapa a esta presencia arquetípica del origen y de la infancia. Ante imágenes de algunos jóvenes enamorados y de niños jugando, le viene el recuerdo de sus años de la infancia, sinónimo de felicidad y buenos tiempos:

Al ver a los niños correteando alrededor de sus padres pensé en mi infancia y lo feliz que fue. Me detuve en aquella época para retener la sensación de bienestar que me acompañaba esa noche. (*Dónde mueren los ríos*, p.192)

Aparte de esta opción de negación del pasado, pero con la anticipación, por paradoja, de un futuro mejor y de solidaridad ética e intercultural, se nota la presencia constante de la segunda modalidad que arraiga el imaginario del inmigrante dentro de esta nostalgia de los orígenes, enquistada en el mito del paraíso perdido.

En primer lugar, es preciso hacer constar que, para la mayoría abrumadora de los personajes inmigrantes que intervienen en la ficción, la emigración y el abandono del país natal nunca es un placer, ni un lujo, como vimos anteriormente (punto 7.2.2.3.Un viaje forzado). Es un destino causado por la situación y las coyunturas personales de precariedad y de persecución política y hasta familiar, en el caso de las mujeres. Si se añade a esta realidad, el desengaño y el fracaso de sus sueños en una Europa que no es El Dorado, sino espacio de precariedad, injusticia y una suerte de esclavitud, ya tenemos todas las motivaciones que contribuyen a hacer del apego a la tierra de origen y su añoranza, una de las constantes más emocionales y características de los emigrantes. Añoranza que proyecta en la narración un fuerte nostalgismo a la hora de recordar el pasado y las infancias perdidas.

Muchos de los emigrantes africanos, que encontramos en *Donde mueren los ríos*, tienen esta tentación de la morriña, de obligada presencia: la situación de destierro en que viven no es una excusa para saldar cuentas con su pasado y sus orígenes. Más bien, configura un pretexto añadido para sentir más apego a ellos, asumirlos como irradiación de fuerza vital y vitalizante, albergada en sus sueños y rememoraciones africanistas. Este nostalgismo es el que les permite gozar, con sensaciones especiales, de la música y comida de sus países al mismo tiempo que de la literatura negra oral y escrita. La soledad de Amadú en la cárcel y el sentimiento de desasosiego frente a su situación de ilegalidad lo enfrentan con la lectura de la literatura africana de la negritud y, a veces, el recuerdo de su literatura oral le sirve como aliciente vital. Igual pasa a Bubacar y a los demás subsaharianos quienes, para salir del marasmo en que se hallan, escuchan la música y recitan la poesía africana y los versos de Noemia de Souza porque, «si hay algo ante lo que un africano se queda fascinado, sea cual sea su nivel cultural, es ante la palabra» (p.70). También, el susurro del viento fuerte que sopla en el vecindario, procedente de África, hace creer a Tierno oír « la voz de [sus]mis padres, de [sus]mis hermanos, contándome[le] la vida de Bandiágora. Enviándome[le] mensajes para arrullarme[le]» (p. 115).

Estos sentimientos de apego a la tierra natal o a la madre patria actualizan el arquetipo mítico de la nostalgia de los orígenes. Nostalgia que hace de la emigración no una separación grata, sino forzada y hecha por obligación como si fuera una condena, pero nunca una decisión voluntaria que se toma con intención de salir y de emprender el mundo de la trashumancia migrante. La emigración es concebida como una caída en el caos, una regresión a la nada y nunca un placer ni un lujo porque, como dice uno de los africanos en *Donde mueren los ríos*, «la casa de uno es la casa de uno» (p. 69) y «todos dejaban atrás lo que nunca habrían querido abandonar». (*Dónde mueren los ríos*, p.125)

La carta recibida por Calixta de su prima en *Vidas* se enmarca en esta lógica del paraíso perdido. En aquella carta, se manifiesta la nostalgia de los orígenes de parte de la prima afincada en Cataluña. En su anhelo de revivir este pasado ausente, iba « todos los días que libraba a ver amanecer en una playa llamada Formentor» (p. 95) porque eso le recordaba su paraíso perdido, porque «es lo más parecido a los Grandes Lagos de Ruanda, con la misma niebla, las montañas al fondo, el agua cristalina» (p. 95).

Una historia narrada por una de las emigrantes muertas en *Las voces del Estrecho*, Nadiva Mernissi en el capítulo «una mujer sin cabeza», tampoco sale de esta

dinámica del paraíso perdido. Su decisión de emigrar se hace en plan de buscar otros horizontes vitales, huyendo de su calvario personal y del integrismo de su marido que la privaba de la libertad y la perseguía con agresiva violencia. No obstante estos sufrimientos, su sentimiento arquetípico y larvario de arraigo a la madre patria, lo mantiene, de manera recalcitrante, por su morriña afectuosa, patética y tierna de su ciudad natal, Chauen:

¡Qué hermosa era mi ciudad! No existe una ciudad tan bella como Chauen. Ahora recuerdo lo feliz que fui en ella, recorriéndola cuando era pequeña, todavía no fijada la fecha de mi boda. Pensaba que nunca la abandonaría, y que en ella alcanzaría la felicidad. En el mundo no podía encontrarse un lugar tan bello como aquel lugar donde yo naciera. Por eso venían tantos españoles a visitarnos. (*Las voces del Estrecho*, p. 116).

Es cierto que esta nostalgia es una consecuencia del desengaño, fruto, a su vez, del fracaso del sueño de llegar a buen puerto, a El Dorado europeo. Sin embargo, constituye, en parte, esta tendencia del hombre a remontarse a su origen para una perfecta regeneración. Mircea Eliade (1985: 185), considera la nostalgia de los orígenes como una manifestación del mito del eterno retorno, mito que se actualiza en el mito del paraíso perdido. Mito propiamente religioso, que consiste en la recreación de los tiempos primordiales *in illo tempore*, por razones sagradas tanto teofánicas como teogónicas, porque la mencionada rememoración se considera como una forma de ahuyentar la historia y de buscar la recreación espiritual. Este mito no es solamente característico de las sociedades primitivas ni tampoco de las religiones históricas. Se da, de igual modo, en el mundo moderno bajo forma de utopías mesiánicas, con fe en el paraíso terrestre, propiamente secularizado, en que se quiere renacer otra vez para emprender una nueva vida, en nombre del progreso y del bienestar material. Ello se averigua en la mentalidad de los buscadores de la *american way of life*, característico de los emigrantes europeos que emigraron a Estados Unidos en los años treinta (Mircea Eliade, 1971: 185-206).

Esta secularización del mito del paraíso perdido es la que domina en la narrativa sobre la emigración. La nostalgia tanto de la tierra natal como del mundo de la infancia, de gran capacidad de regeneración, ya no se hace por razones sagradas, como ocurría en

épocas del hombre primitivo, sino por razones de *catarsis* y de compensación purificadora y, a veces, penitencial, de gran calado ontológico y profano. Además, dicho regreso no se hace suspendiendo la historia en aras de la realización de una intemporalidad metafísica supraindividual, ubicada en lo sagrado (Mircea Eliade, 1985: 39-52, 89-146). Por lo contrario, la historia es asumida para una futura realización individual y colectiva. El retorno de Usmán a África es un regreso imbuido de historia: contribuir al lado de Hadama a la lucha por la misma África en la medida en que sólo son los africanos quienes deben ser protagonistas de su vida y sujetos de su historia.

Consciente de que su lugar verdadero está en su tierra natal, se entera, reconciliándose con su propio destino, de que no es el trabajo lo que le interesa en esta Europa ni tampoco las ciudades de los blancos con sus grandes edificios y coches preciosos, sino su papel histórico en su pueblo natal, porque « la leche nos [les] ha bastado siempre a los peul para alimentarnos[se] y las calles de Bandiágara son para mí[él] mejores que cualquier ciudad europea» (*Dónde mueen los ríos*, p.195).

Más aún, su paso por la isla le sirvió como pura plataforma para tomar conciencia de su propia identidad africana, y de la necesidad de luchar por la africanidad, igual que los escritores de la negritud:

Mi paso por esta isla me ha servido al menos para darme cuenta de eso [de que África tiene una cultura y unos valores tan dignos como los de cualquier lugar del mundo]. Ya no puedo seguir siendo el pastor peul que sólo piensa en su rebaño. Cuando regrese a nuestra tierra, no olvidaré lo que he vivido aquí. Nuevas obligaciones me esperan allí, y creo a ti también. (*Dónde mueen los ríos*, p.195)

El que encarna más este mito del paraíso perdido es la figura de Jalid en *Harraga*, paradigma de emigrante arrepentido que vive, con fuerza, la presencia de su infancia en la fase final de su vida. Su sentimiento de pérdida y de estar condenado a perder su existencia y su propia identidad le obliga a esta labor de reconstrucción de su pasado para conjurar la soledad en que vive, en pos de reconciliarse con sí mismo:

Llevaba tiempo fuera de la medina, pero nunca como en este momento sentí que la estaba perdiendo para siempre, que ya había dejado de formar parte de mi existencia.

Mis raíces estaban condenadas al silencio. Tendría que reconstruirme un pasado para no morir de soledad. (*Harraga*, p. 143).

Esta reconstrucción del pasado y este recuerdo de los mundos felices de su vida, anterior a su calvario de ganadero humano, los hace por razones terapéuticas y de expiación penitencial, de raigambre ontológica y, a veces, religiosa. Se ofrece como una purificación del alma y una confesión de los pecados con la intencionalidad de exorcizar el mismo pasado. Pero al mismo tiempo, es una negación del presente y hasta del futuro, con propensión a una reconciliación con el yo, a la vez, que con su propia ontología e identidad. El sentimiento de culpabilidad, que tiene muy interiorizado el protagonista a raíz de la muerte tanto de Yasmina como de su hermano, le obliga a renegar su vida anterior y vengarse de ella mediante la delación de sus enemigos, antiguos colaboradores en el tráfico de personas y de drogas:

Ahora que había dado aquel paso, me sentí satisfecho, en parte reconciliado con mi vida. Sabía que había caminado en una dirección que no era la mía. La atracción del dinero, del lujo, de la vida fácil me había deslumbrado y mis ojos se cerraron ante acciones que, realizadas por otros, yo detestaba. (*Harraga*, p. 142).

La reconstrucción del pasado lo hace el narrador cerrando los ojos. Este cierre de los ojos le permite volver atrás para desandar todo lo andado pero, simultáneamente, es un modo de conjurar el presente atroz y huir del ahora y, en definitiva, de todo el mundo:

Cerré los ojos y volví a perder el conocimiento, como queriendo huir del mundo. (*Harraga*, p. 66)

En la figura de Jalid, se configura la trayectoria de la emigración: al principio se impone el mito de El Dorado que le hacía pensar que atravesar el Estrecho es, primero, como «cruzar la frontera entre el Infierno y el paraíso» y, segundo, como establecer separación entre dos dualidades antagónicas: un aquí, un presente y un país

deslustrados, que no prometen más que miseria y precariedad, y un allá, un futuro y un Occidente, que se vuelven símbolo de la riqueza y de la abundancia. Pero, al final, estos espejismos se hacen realidad, invirtiéndose los términos de modo radical. Ahora todo se concibe al revés: lo que era Infierno se hace Paraíso y fuente de felicidad y sosiego, al que el protagonista intenta volver mediante el recuerdo, en virtud de un sentimiento de nostalgia. A pesar de la precariedad de los días de su pasado, éstos son vistos como focos de felicidad. Es más, parece que este retorno al pasado es, en pureza, añoranza del origen y de la infancia, que trae felicidad y beatitud:

Mis recuerdos más antiguos nacen en esa época cuando, frente a la playa de Tánger, sentado junto a mi padre, no era capaz de imaginar a nadie más feliz que yo, ni un lugar mejor donde vivir. (*Harraga*, p. 32).

Hoy, sin embargo, creo que algo de razón tenía. Cuando, desde mi camastro, salgo a la búsqueda de algún resquicio de felicidad, siempre me encuentro en aquellos momentos en los que convivía con la penuria. [...], y ahora me pregunto cómo pude hacer de la existencia un constante empeño en huir de todo aquello. (*Harraga*, p. 34)

En consecuencia, todo lo pasado se le antoja, a despecho de todo, como un espacio-tiempo que suaviza los dolores y calma la angustia, con sus luces apaciblemente iluminadoras y sus aspectos positivos, disonantes con su momento presente de cautiverio infernal en medio de un antro de mala muerte:

Todo lo demás, mi ciudad luminosa, los callejones de mi infancia, la bahía acogedora como brazos de madre, mis padres, mis hermanos, mi primo, la pequeña casa de la medina, la pobreza que tanto añoro, los pechos de Yasmina, el té con hierbabuena, mi pipa del kif, Abderrahman que me pesa como la muerte, absolutamente todo lo demás lo tengo que buscar entre las grietas del techo. Tengo mucho tiempo para rebuscar, para encontrar ahí lo que esta celda me ha robado. (*Harraga*, p. 9).

Este mundo de la infancia, del que había renegado y del que quiso salir en busca de mejores oportunidades, ya no le parece deslustrado. Se le ofrece como encarnación de la inocencia y de la sencillez, contrarrestando las complicaciones de la vida moderna,

impuestas por las exigencias del bienestar material. Su infancia es exaltada a ultranza. Por una parte, le recuerda la simplicidad de la vida por lo lejana que estaba de los avatares materialistas de la modernidad. Por otra, encuentra en ella su yo íntimo y un fuerte reconocimiento de su identidad social, lejos de todo tipo de excomuni3n:

Cierro los ojos. Cuando era ni3o, me parec3a a la inmensa mayor3a de los peque3os de mi pa3s. Al menos de los peque3os pobres. Nuestros juegos eran sencillos: correte3bamos por las callejuelas de la medina; visit3bamos la ciudad sentados en el parachoques trasero de los autobuses; naveg3bamos en calzoncillos sobre un enorme salvavidas negro; baj3bamos vertiginosamente las cuestas acurrucados en una plancha de madera en ruedas. Nuestras obligaciones eran escasas: bes3bamos la mano de nuestro padre al llegar a casa; repet3bamos tras el maestro los suras del Cor3n; hac3bamos los deberes, si pod3bamos, en el barullo de la casa. Nuestras necesidades se limitaban al pan con mantequilla de la ma3ana y lo que cayera el resto del d3a, a un par de pantalones cortos y otro de camisetas y a unas alpargatas eternas y descosidas. Todo ello era suficiente para que nos sint3ramos felices. (*Harraga*, p. 82)

Por desgracia, tal para3so se presenta como un para3so perdido en tanto que inaccesible y dif3cilmente alcanzable porque s3lo se alcanza a trav3s de la nostalgia y la a3oranza:

Cierro los ojos. La voz de Um Kaltum resuena intemporal en el Manila. Me dejo envolver por ella, como quien se deja llevar por una mano de mujer hasta el cielo. Ahora la a3oro como un para3so perdido. (*Harraga*, p. 18)

Cosa que hace que el sentimiento de desamparo y remordimiento del narrador se vuelva, cada vez m3s, aterrador.

7.2. LA ESCLAVITUD

7.2.1. Rememoración histórica

La esclavitud es una práctica que desde épocas muy remotas ha existido en las distintas sociedades humanas. Su historia en el mundo antiguo está estrechamente vinculada a la guerra. Las fuentes documentales del mundo antiguo —Mesopotamia, Egipto, los pueblos originarios de Israel, Grecia, Roma, Persia, China, las civilizaciones maya y azteca y la India— están llenas de referencias a la esclavitud vinculada a eventos bélicos. Según los primeros documentos encontrados el antiguo Oriente Medio, escritos entre los sumerios, los babilonios, los egipcios y otros pueblos, los primeros esclavos habrían sido cautivos de guerra. Se estableció esta práctica para aprovechar los cautivos de guerra como mano de obra, como alternativa a otra práctica más usual para sellar su destino: sacrificarlos cuando no podrían servir de rescate o moneda de cambio. Los prisioneros de guerra eran reducidos a la esclavitud por sus captores o los ganadores de las batallas, y obligados a trabajar en tareas militares o civiles, como mano de obra para trabajos de construcción, ingeniería o agricultura. También era común su utilización como criados para el servicio doméstico. Muchos de los hogares de la antigüedad, sobre todo en clases no pobres, requerían el trabajo de uno o más esclavos como costumbre habitual. Parece ser que antes de la antigüedad clásica, la mayoría de los esclavos eran propiedad de reyes, sacerdotes o templos, y sólo una proporción relativamente baja estaba en manos privadas. Se emplearon para cultivar los campos y cuidar de los rebaños de sus amos —los reyes y los sacerdotes—, pero, aparte de esto, no parece que jugaran un papel importante en la producción económica, que en su mayor parte se dejó en manos de pequeños agricultores, arrendatarios, aparceros, artesanos y jornaleros.

El número de esclavos aumentó también con el sometimiento a la esclavitud de pueblos conquistados, como hicieron por ejemplo los egipcios con los hebreos o los romanos con varios pueblos «bárbaros»; o las expediciones e incursiones en territorios fronterizos para raptar a futuros esclavos como las que realizaban los egipcios a Nubia o Punt o los árabes a los reinos cristianos ibéricos o también de los corsarios berberiscos y otomanes a las zonas costeras de Italia, España, Portugal y Francia. Posteriormente,

surgieron otras fuentes de suministros de esclavos además de la guerra, tales como la sanción penal de los delincuentes en Roma: el castigo podía ser la esclavitud como forma ordinaria de indemnización de las víctimas. También, en ciertas sociedades primitivas igual que en las sociedades grecorromanas, la esclavización se daba por motivos de insolvencia como pago de deudas. Así, en aquellas sociedades, las mujeres y los niños se entregaban como rehenes o garantías de deudas u otras obligaciones hasta su pago; y, si el pago no era efectivizado, los rehenes pasaban a ser considerados esclavos. Se adquiría esclavos también entre los niños pequeños que eran vendidos, abandonados o secuestrados o simplemente comprados en el extranjero.

En la mayoría de las sociedades fue percibida como una práctica normal y natural. Fue a menudo defendida como si se tratara de una ley natural o un decreto divino. Por eso había sido aceptada, e incluso aprobada por el Judaísmo, el Cristianismo y el Islam, así como por otras religiones del mundo. En la Antigua Grecia, había encontrado fundamentos filosóficos gracias a figuras como Aristóteles quien sostenía que la esclavitud era una institución natural y necesaria en la medida en que unos hombres —los hombres libres— debían poder dedicar su tiempo a la política y buen gobierno de la ciudad y los otros —los esclavos por naturaleza— debían ocuparse de las tareas que les corresponde por naturaleza sea las físicas:

La utilidad de los animales domesticados y la de los esclavos son poco más o menos del mismo género. Unos y otros nos ayudan con el auxilio de sus fuerzas corporales a satisfacer las necesidades de nuestra existencia. La naturaleza misma lo quiere así, puesto que hace los cuerpos de los hombres libres diferentes de los de los esclavos, dando a éstos el vigor necesario para las obras penosas de la sociedad, y haciendo, por lo contrario, a los primeros incapaces de doblar su erguido cuerpo para dedicarse a trabajos duros, y destinándolos solamente a las funciones de la vida civil, repartida para ellos entre las ocupaciones de la guerra y las de la paz [...] Es evidente que los unos son naturalmente libres y los otros naturalmente esclavos; y que para estos últimos es la esclavitud tan útil como justa (Aristóteles, *Política*, libro I, capítulo II., p. 13).

La esclavitud ha estado presente, pues, en todas las civilizaciones y épocas, desde la Edad Antigua a la Edad Moderna, en civilizaciones tan importantes como las

egipcia, griega, romana, europeas, árabe como en pueblos como los nómadas de Arabia, los pueblos nativos de América, los cazadores y recolectores de África, Nueva Guinea y Nueva Zelanda, y entre europeos del Norte, como los germánicos y los vikingos, entre otros. Existió, como señala Bernard Lewis (1994) en todas las antiguas civilizaciones de Asia, África, Europa y América precolombina. Sin embargo, la forma de esclavitud que ha conquistado el imaginario colectivo contemporáneo respecto a la cuestión es sin lugar a dudas la de los negros en el Nuevo Continente del siglo XV al XIX, por la envergadura de su desarrollo —imperios implicados— y de sus impactos tanto demográficos como económicos y tal vez también por su mayor cercanía cronológica a nuestra época. Entre 11 y 20 millones de negros africanos (Elikia M'Bokolo, 1998) —dependiendo del autor—,¹⁴¹ por su mayor capacidad física de trabajo y resistencia a las enfermedades y adaptación a las condiciones climáticas americanas, su docilidad y bajo coste (Bassett, 1986: 77, 286-295), fueron trasladados como mano de obra esclava a través del Océano Atlántico de África a América para sustituir a los indígenas americanos y a los siervos europeos en el cultivo de las inmensas plantaciones de azúcar, algodón y tabaco.

Ahora que hemos realizado este ejercicio de sintética rememoración histórica de la esclavitud, procederemos a analizar su presencia en los textos de nuestros corpus. Esta presencia se realiza mediante cuatro concreciones semánticas: la explotación sexual, la explotación laboral, el transporte negrero y la marginación.

7.2.2. Explotación sexual

Está bastante extendida la consideración de la prostitución forzada y la explotación y tráfico sexual de mujeres como forma de esclavitud moderna. La explotación sexual está presente en el relato «La piel de Marcelinda» de la obra *Fátima de los naufragios: relatos de tierra y mar* y en el capítulo titulado «Calamocarro» (pp. 36-37) de la novela

¹⁴¹ El investigador André Gunder Frank en su libro *La Acumulación Mundial, 1492-1789* señala por ejemplo la cifra de 13.750.000 esclavos traídos a América entre los siglos XVI y XIX, a lo que el investigador Enrique Peregalli añade un 25% por muertes en el trayecto y un 25% más por muertes en África con motivo de las guerras de captura, lo que da un total de 20.625.000 africanos perdidos para el continente en ese período. Igualmente, se calcula que en ese período sólo desde la costa de Angola a los puertos de São Tomé y América fueron transportados tres millones de esclavos. Así se explica que las zonas más pobladas en el Siglo XV como el Congo, Ndongo y Quissana, en el Siglo XVII estuviesen ya despobladas. Además, muchas poblaciones, ante el peligro de la esclavitud, abandonaron sus zonas originales, refugiándose en las regiones interiores, ayudando a la despoblación.

Las voces del Estrecho. Pero, la obra del corpus seleccionado que destaca en cuanto a la presencia en su contenido de esta concreción semántica de la esclavitud es la novela *Los príncipes nubios* de Juan Bonilla. Se configura en efecto la explotación sexual como eje estructural de la obra. El texto entero se organiza alrededor del sema del proxenetismo es decir la explotación ajena en el ámbito sexual.

La explotación es la esencia misma de la esclavitud. El conjunto de la novela es la imagen misma de la explotación ajena, explotación sexual perpetrada por el Club proxeneta Olimpo. La explotación ajena que supone la esclavitud tiene como base mental la deshumanización del sujeto. La mente del esclavista o explotador o proxeneta concibe al sujeto esclavizado o explotado como un objeto, una cosa que se puede comprar, vender, usar, explotar. Esta deshumanización es perceptible en *Los príncipes nubios* ya desde la tercera página (p. 13) del texto. Moisés Froissard Calderón, el narrador de la historia —narrador testigo— en su relato de lo en que consiste y del como desarrolla su trabajo de captación de inmigrantes para la red de proxenetismo por la que trabaja, se refiere a los inmigrantes con el sintagma «inspeccionar la mercancía»:

Bueno a mí me llama un teniente al que unto con algunos billetes de vez en cuando. Me despierta de madrugada, susurra: dentro de media hora en tal sitio. Y allí estoy. Una vez allí el teniente se me acerca y me dice: tienes quince minutos. Así que me deja inspeccionar la mercancía, examino todo lo rápido que puedo a los recién llegados [...] (*Los príncipes nubios*, p. 13).

El uso de este sintagma —«inspeccionar la mercancía»¹⁴²— supone por parte del narrador una reducción de aquellos sujetos al estado de objetos, una reducción muy típica de la mente esclavista como acabamos de señalar un poco más arriba. Esta cosificación aparece nutrida a lo largo de la totalidad del texto por numerosos indicios que funcionan como elementos mórficos. El verbo «pertenece» conjugado por el narrador («me pertenece», p. 13 / «que te pertenezca», p. 112) y el sintagma «ya es tuyo» (p. 112) son unos de estos indicios. Ambos elementos implican la idea de posesión y el derecho de propiedad, derecho que se puede disponer sólo de un objeto o algo equiparable, como un esclavo. Y cabe señalar que la base económica del modo

¹⁴² Esta práctica —«inspeccionar la mercancía»— recuerda directamente las ventas de esclavos, procesos en los que el comprador interesado «inspeccionaba» detalladamente la integridad física del esclavo.

esclavista de producción es el concepto de posesión, posesión por la clase esclavista de todas las condiciones fundamentales de la producción: la tierra, los instrumentos y los objetos del trabajo y el propio productor, el esclavo.

Otro verbo, «utilizar», suma su carga semántica a toda esta red cosificante que opera en el texto: «Lo utilizará [al inmigrante nubio] como le venga en gana» (p. 129). Según el Diccionario de la Real Academia Española (23^a ed.) «utilizar» es «aprovecharse de algo». La idea de uso o mejor dicho abuso o explotación es obvia aquí. Además, como lo deja ver la definición del verbo, éste es aplicable a un objeto. Su empleo aquí conlleva por consiguiente una cosificación del sujeto inmigrante aludido. Conlleva también la idea de posesión ya que uno sólo puede utilizar algo que posee, que sea prestado o de propiedad.

El conjunto de todos estos dos elementos arriba destacados convoca entonces la noción de propiedad privada y su combinación con «mercancía» y otro indicio de cosificación semánticamente equivalente, «género» (p. 288) destapa el mercantilismo —variante temprana del capitalismo— que estuvo a la base de la práctica e institución esclavistas y evoca por ende la esclavitud. Esta cosificación de seres humanos prostituidos, operada mediante la designación de éstos en término de mercancías es igualmente observable en el segundo relato de *Fátima de los naufragios: relatos de tierra y mar* —«La piel de Marcelinda»— en sus páginas 25 y 35 («mercancía») y 26 —«lote» («esta vez el lote era de primera»), y en *Harraga*, en la página 57 («mercancía») al igual que en *Dónde mueren los ríos* en la página 202 («mercancía»).

Otro indicio de cosificación en *Los príncipes nubios* es el término «diamantes» con que se refiere el narrador a los inmigrantes captados para el Club Olimpo. La cosificación que supone el uso de este término es evidente; Además del hecho de que «diamantes» designan un objeto, implican un valor de cambio y convoca de este modo la noción de capitalismo. Asimismo su propia naturaleza —piedras preciosas— convoca la noción de mercantilismo: el fundamento y finalidad del sistema mercantilista, recordemos, era en efecto la acumulación de riquezas, riquezas que se medía en oro, metales y piedras preciosas.

«Cosechado» («había cosechado dos nuevas piezas, hembras ambas», p. 107) es otro indicio de interés revelador de esta presencia de la esclavitud mediante la cosificación de sujetos. Este participio evoca la agricultura, o sea, la actividad que

motivó la esclavitud. Asimismo implica la idea de *producto* —lo cosechado—, uniéndose así a la red de convocación del mercantilismo/capitalismo.

«Máquina(s)» es también un indicio significante que irriga este texto semiótico de la deshumanización en su vertiente cosificante. «Máquina» aparece en varias ocasiones en el texto (pp. 116, 119, 123, 132, 133, 244, 247, 253, 257, 264) usado por el narrador al igual que otras lexías del mismo campo —«maquinaria» (p. 133), *material*¹⁴³ (p. 91) — en alusión a los inmigrantes captados. Las máquinas, como nos lo enseña la historia, han sido el motor de la Revolución industrial. Estas tres lexías convocan así el capitalismo del siglo XIX y la consiguiente explotación que conlleva.

Otra modalidad de la deshumanización asociada a la esclavitud es la animalización. La mente esclavista tiende en efecto a considerar al sujeto esclavizable —posteriormente esclavizado— no como un sujeto igual, o sea, un ser humano sino como una bestia más de labor o de carga, o sea, un animal. Esta modalidad de deshumanización está también muy presente en este texto. «Pieza» es un indicio muy sugerente. Una de las definiciones —definición que corresponde a la palabra en el contexto en que está usada— que da el diccionario de la Real Academia Española a la palabra «pieza» es «animal cazado o pescado». La aplicación de este término en la designación de un sujeto humano supone pues una animalización de éste. El sustantivo animalizante «pieza» aparece en la casi totalidad del texto narrativo, con 59 ocurrencias¹⁴⁴:

¹⁴³ *Material*: «9.m. Conjunto de máquinas, herramientas u objetos de cualquier clase, necesario para el desempeño de un servicio o el ejercicio de una profesión.» DRAE, 23ª edición. Este término —«material»— es usado también en el relato «La piel de Marcelinda» para designar a las chicas prostitutas: «Ella [Marcelinda] había llegado con un lote guay de negratas que quitaban el hipo, buen **material** que, colocado allí junto a la carretera, impresionaba, tío.» (p. 25) .« [...] yo prefiero verlas a todas como lo que son: **material de trabajo**.» (p. 28). «Que lo digo por tu bien —decía—, que se te va a desastrar el **material**, que como cojan una pulmonía te la buscas, que vas a tener que gastar más en medicinas y en atención que lo que ahora arañas [...]» (p. 33).

¹⁴⁴ Las estrellas en superíndice indican el número de ocurrencias de la palabra en la página señalada.

Elemento	Número de ocurrencias	Páginas de las ocurrencias
<i>Pieza</i>	59	13, 14, 15, 33**, 44**, 45, 46, 47, 49, 54, 83, 84**, 88, 92, 96**, 98, 101, 104, 105, 107, 108, 118, 119**, 123, 128, 138, 139, 141, 155, 157, 169, 171, 173, 174, 175**, 176, 197, 198, 199, 247, 273, 276, 279**, 285**, 286, 289**.

La marca de la esclavitud se nos hace más visible si hacemos un recorrido del término «pieza» en el eje diacrónico, el cual nos permite descubrir que el término era presente en el léxico esclavista y que significaba literariamente «esclavo» en el siglo XVIII:

En el siglo XVIII se le daba el nombre de pieza a todo negro capaz de resistir cualquier trabajo, es decir, desde los 15 años a los 30; estos eran los clasificados como de primera clase. A continuación, los de segunda clase se regulaban de forma que tres equivalían a 2 piezas y eran los comprendidos entre 9 y 15 años de edad. Los de tercera clase eran los regulados en dos para cada pieza. Por último, había una cuarta clase en la que se incluían los mayores de 30 años que eran considerados como viejos (Torres Ramírez, 1973: 28).

Vemos esta definición de la palabra «pieza» en este otro fragmento de Edgardo José Rocca (2005):

Piezas se empleaba desde 1662 en el asiento de Grillo-Lomelín, explicándose minuciosamente que las piezas de Indias eran negros de siete cuartas de altura como mínimo, que no fuesen ciegos, tuertos o tuviesen otros defectos. Los bajos y defectuosos eran computados por una parte variable de ella, de acuerdo al defecto. Los buques utilizables podrían pertenecer a la Marina Real como a la Compañía, ser franceses o españoles tripulados por vasallos de ambos reinos, en ciertos casos navíos de naciones amigas con tal que su tripulación fuese católica, pudiendo partir de Puertos españoles o franceses y regresar indistintamente a Puertos de España o Francia (Rocca, 2005).

Junto a «pieza» se suma toda una semiótica de la caza: «cazador», «cazar» / «dar caza», «caza», «captura(r/ada, o)», «trofeos de caza», «animal»:

Elemento	Nº de ocurrencias	Páginas de las ocurrencias
Cazador,a,es	36	43, 46, 48, 90**, 100, 105, 111, 112**, 114, 117**, 118, 119, 125, 126, 131, 133***, 152, 175, 185, 207**, 215**, 247**, 252, 253, 259, 261**, 265.
Cazar ¹⁴⁵ /dar caza	30	15, 54, 88, 94, 98, 101, 112**, 118, 120, 127**, 131, 133, 140, 171, 174**, 197**, 198, 199, 241, 243, 244, 247, 253, 279, 285, 289.
Caza,s	10	43, 45**, 92, 139**, 178, 207, 242, 248.
Captura,r,ado/a	2	13, 45.
Trofeos de caza	1	82
Animal	1	112

Esta semiótica recuerda las razias que realizaban los traficantes europeos de esclavos en la costa occidental de África para capturar a esclavos que llevar y vender luego en el Nuevo Mundo. Los captadores de inmigrantes a prostituir son presentados y denominados en toda la narración como «cazadores» y los inmigrantes como «cazas», «capturas», «piezas cazadas», «trofeos de caza» o «(magnífico) animal» igual que los esclavos cogidos en las razias. Esta semántica evidencia otra operación mental de deshumanización del sujeto: la animalización. Esta animalización es también muy visible en la otra forma de explotación presente en el texto: el negocio de la llamada «Pelea total», combate ilegal y clandestino donde se enfrentan hombres en una lucha casi a vida o muerte. El uso o puesta en actuación de seres humanos en esta clase de peleas en que suelen enfrentarse más bien gallos, saltamontes o perros implica una animalización de los seres humanos. La metáfora «son gallinas que ponen huevos de

¹⁴⁵ Cabe señalar que las ocurrencias de *cazar* registradas incluyen tanto la forma infinitiva como las formas conjugadas del verbo.

oro» (p. 214) empleada por el narrador en alusión a los luchadores explicita esta concepción animalizante de la mente del explotador con respecto a los sujetos explotados.

Un indicio más, aunque menos visible, de la animalización de los inmigrantes en el texto es el sintagma «por cabeza»: «Me ofreció mil dólares por cabeza que él aprobara» (p. 33). Esta expresión es propia del mundo de la ganadería. Se habla del ganado en término de «cabeza» y eso en una lógica aritmética o comercial. Observamos con Edgardo José Rocca (2005) que «cabeza» se usaba también en referencia en la misma lógica entre traficantes de esclavos —cabezas de esclavos—.

Una expresión similar, es decir que implica una manipulación de sujetos en término de mercancías es la que emplea la directora del club —La Doctora— hablando de una inmigrante captada en su conversación con el narrador: «por ella te podemos dar mil quinientos» (p. 90).

La selección por el club proxeneta de los individuos que nutren su red también recuerda la selección realizada por los traficantes de esclavos; se escogen y se llevan sólo los mejores elementos: en la esclavitud de los siglos anteriores, los africanos más fuertes y resistentes físicamente, y en nuestro texto literario los más bellos. Es una selección muy estricta, «todo lo que no sea un nueve o diez es suspenso» (p. 45). El propio nombre del club es sugerente de esta *superlatividad*. Olimpo, nombre del monte más alto de Grecia y morada de los dioses olímpicos, los principales dioses del panteón griego, remite a lo sublime, a lo más alto entre lo más alto. Numerosos son los atributos que en el texto manifiesta la destacada belleza de los individuos seleccionados por el club: «extraordinaria belleza» (p. 14), «criatura de belleza excepcional» (p. 38), «los más bellos» (p. 31), «pieza bella, muy bella» (p. 33), «diamantes» (p. 47, p. 130), «rostro de belleza incalculable» (p. 56), «los ejemplares más hermosos» (p. 98), «criatura excepcionalmente bella» (p. 100), «guapo a la manera de las estrellas del cine con las que las adolescentes ilustran sus carpetas» (p. 101), «hermosura excepcional» (p. 105), «hermosísima muchacha» (p. 107), «excepcionalmente bellos» (p. 108), «singularmente guapo» (p. 110), «una especie de dios vestido de paisano» p. 111, «dios nubio» (p. 215), «criaturas hermosas» (pp. 120, 215, 222, 223).

También, la designación de los individuos seleccionados con el término «modelo» (29 ocurrencias) por los miembros del Club es reveladora de esta distinción

corporal: pp. 107, 114, 115****, 116, 118, 119***, 127, 133, 136, 138, 141, 155, 168, 173, 176, 179, 180, 197, 227, 243, 247**, 253, 288.

Es pues sobre esta base, este criterio de máxima belleza como se realiza la selección de los individuos a prostituir. Estas palabras del narrador-cazador demuestran esta realidad: «La había escogido [a Nadim] porque era la más bella de su grupo de náufragos» (p. 45). Pero, aunque obedece a criterios universalmente admitidos, la belleza aquí tiene una connotación específica: implica la noción de sex-appeal o atracción sexual. La definición que da del término el «cazador» Roberto Gallardo es esclarecedora: «Belleza es todo aquello cuya contemplación te la pone dura» (p. 34).

Esta clase de belleza buscada nos alumbra sobre el propósito de los buscadores: la explotación sexual o sometimiento a la prostitución de los individuos seleccionados. Eso se ve en las descripciones de explícita índole sexual que hacen de algunos de ellos; el narrador-cazador habla de Boo en término de «ejemplar de macho africano» (p. 112) y subraya que tiene un cuerpo que insinúa «su vigor» (p. 110), «una boca de una sensualidad excesiva» (p. 110), «un rostro que sugiere «sexo salvaje» (p. 110), «una carga sexual imponente» (p. 120). Hablando de otro prostituto en potencia del club, Emilio, destaca «el culo rotundo» de éste (p. 101).

El uso al que se les destina se expresa en estas palabras de la directora del club en que la explotación se hace más patente que nunca en el texto: «serán máquinas perfectas, capacitadas para enloquecer de placer a tus perfectos clientes.» (p. 264). Esta realidad a la que se destinan los inmigrantes captados es reiterada otras varias veces en el texto: «perfecta máquina sexual» (p. 119), «máquinas sexuales» (p. 132), «nuestra maquinaria sexual» (p. 133), «perfectas máquinas expendedoras de placer» (p. 253), «espléndidas máquinas expendedoras de deseo» (p. 257), «máquinas de refrescos, carísimas máquinas de refrescos» destinadas a saciar «la sed de un cliente» (p. 254).

Por si cupiera alguna duda de la presencia del sema de la explotación, la remuneración de lo(a)s prostituto(a)s sella su efectividad: aquellos perciben tan sólo el 20% de la cantidad abonada por sus servicios, quedándose con el 80% el club; una auténtica imagen de la explotación del proletariado por el capitalista. Un caso similar de explotación es observable en *Dónde mueren los ríos* con la protagonista Aida que «tendría que aportar el setenta y cinco por ciento de sus ganancias»:

El marchante no le cobró por el puesto en el cayuco. Ya le irían pagando poco a poco, con su sueldo. Aida no tenía motivos para desconfiar: no era posible un mundo peor que le suyo.

Eso creía. Hasta llegar aquí. De inmediato le pusieron las cosas claras. Les debía mucho dinero, lo suficiente para estar trabajando cinco años para ellos. Y eso, si trabajaba duro. ¿Sabía hablar español? No. Pues la única solución era que trabajara de puta. Tendría que aportar el setenta y cinco por ciento de sus ganancias. Le buscarían una casa a buen precio, compartida, claro. Y mucho cuidado con intentar escapar. A la primera, la entregarían a la policía.

—Te puedes pasar muchos años en la cárcel por haber llegado aquí como llegaste— la atemorizaron—. Y después, a Dakar de nuevo, con tu familia. Con nosotros, en cambio, dentro de cinco años estarás libre, podrás hacer lo que quieras. [...]

Tenía dieciocho años cuando llegó, veinticuatro cuando la conocí —dije a Fatiha—. Había una excusa preparada al cumplir los cinco años. Una excusa, una amenaza para cada nuevo plazo (*Dónde mueren los ríos*, p. 96).

Un último indicio sintomático de la presencia de la esclavitud en *Los príncipes nubios*, digno de mención, es el término «sabuesos» (pp. 272 y 275). Aparece el término en el texto cuando el prostituto nubio en una sesión sexual con el narrador le da una paliza a muerte a éste y se fuga con su amada, Irene, otra recluta del club. Se inicia pues una persecución para capturar a los dos fugitivos. Afirma al respecto la directora del club: «ya he sacado a los sabuesos y no tardarán en cogerlos» (p. 272). Los sabuesos son unos perros con el olfato muy fino, mejor dicho, con el olfato más fino que exista. Por sus habilidades olfativas, esta raza de perros fue empleado en muchas funciones además de la caza. Durante el siglo XIX fueron empleados para capturar a los esclavos fugitivos. La presencia de este vocablo —«sabuesos»— y del sintagma «sacar a los sabuesos» en el texto convoca pues una realidad propia de la esclavitud, la persecución de los esclavos fugitivos. Aun considerando el término en el significado que le corresponde en el contexto textual —sentido de «pesquisidor» (DRAE, 23ª ed.), o sea, humanos y no perros—, topamos todavía con la misma realidad de la esclavitud: los sabuesos de la directora del club nos recuerdan al cuerpo de los alguaciles, agentes que antes de la guerra civil americana (1850-1861) tenían la función de atrapar a los esclavos fugitivos y devolverlos con sus dueños. Esta realidad de persecución digna de

la esclavitud nos alumbra definitivamente sobre la condición de los inmigrantes prostituidos por el club: unos esclavos.

7.2.3. Explotación laboral

La explotación laboral es la manifestación prototípica de la esclavitud. La función del esclavo es principalmente laboral. En el caso de la esclavitud africana en América, la labor principal era trabajar en las plantaciones. Los inmigrantes africanos protagonistas de las obras del corpus — *Ahlán*, *Cayucos*, *Dónde mueren los ríos*, *Europa se hunde*, *Las voces del Estrecho*, *Los invisibles de Kolda* y *Vidas*— conocen en España el mismo destino laboral —trabajar en los invernaderos de hortalizas y en los campos de fresas, naranjas, etc.— y condiciones laborales y retributivas similares a las que tuvieron los esclavos en América. También, su situación de ilegalidad les ubica en la misma condición que la de los esclavos, la carencia de ciudadanía y por lo tanto de derechos:

Como ilegales no tenían derecho a nada. (*La patera y otros relatos*, p. 74).

No hay derechos sin papeles (*Dónde mueren los ríos*, p. 170).

No somos nadie. Si no hay papeles no hay identidad, si no hay identidad no hay derechos. No hay nadie a quien reclamar, porque no tenemos un número que apuntar en nuestra solicitud. (*Dónde mueren los ríos*, p. 130).

No hay derechos sin papeles. (*Dónde mueren los ríos*, p. 170).

—Todo el mundo tiene derecho a ponerse nervioso.

—Cuando no tienes papeles no tienes derecho ni a eso. (*Dónde mueren los ríos* p. 172).

En *Dónde mueren los ríos*, el grupo de subsaharianos con quienes entra en contacto Bubacar en busca del trabajo para subsistir, siente estar en la esclavitud. Uno de los protagonistas, Amadú, reconoce abiertamente que la vida de recoger tomates que llevan es una «vida de esclavos» (p. 198) y una vida «de sumisión en que cada día uno dejaba un poco de su humanidad» (p. 100). El sentimiento de Tierno, otro protagonista de la obra, en la misma situación de explotación laboral, no es distinto. Con esta situación esclavista en que tiene que «cultivar tomates de sol a sol por una miseria» (p.

142), se siente «engañado y sin salida» (p. 142). Este sentimiento de encontrarse atrapado, sin salida, lo comparte la totalidad de los protagonistas del texto. Estas palabras de uno de ellos lo expresan claramente:

Pero como no teníamos papeles, nos pagaban una miseria. Y no podíamos protestar, ni denunciar. Nos tienen encerrados en un círculo vicioso. (p. 69)

Para Amadú, sus compañeros de infortunio y él son «prisioneros de nuestra [su] propia ilegalidad. (p. 99). Esta situación de explotación es para él una trampa en la que han caído:

-Hemos caído en una trampa —dije durante una de las reuniones que manteníamos cada noche para hablar del tema—. Estamos atados de pies y manos. Ellos también son ilegales, tanto como nosotros. O más, porque nosotros sólo queremos vivir, y que nuestras familias vivan. Lo único que buscan ellos es enriquecerse, y nuestra ilegalidad es la situación perfecta para ellos. Nuestra ilegalidad y nuestra miseria. Porque saben que no tenemos otro medio para subsistir y que no podemos regresar a nuestros países.

- Estamos en una trampa —comentó alguien— (p. 99).

Me sentía cada vez más atrapado en la trampa de la que yo mismo había hablado a mis compañeros de barracón. No podía volver a mi país, ni podía regresar a Senegal, porque mi pasaporte ya no tenía validez y los cayucos sólo hacían el viaje en una dirección. Si me entregaba a la policía española, mi destino sería Sierra Leona, es decir, la muerte. El único camino era permanecer aquí como ilegal, sin papeles ni posibilidad de tenerlos, resignándome a ser la mano de obra barata que tanto necesitan los empresarios europeos. La trampa. Cada vez lo veía con mayor claridad. (p. 130).

Trampa tendida por unos individuos con ojos únicamente por el lucro. Se organiza en el texto toda una semiótica alrededor de estos individuos y su actividad, la explotación ajena: «el negocio de la carne humana» (p. 95), «estafador de emigrantes» (p. 152), «el negocio del tráfico de mano de obra ilegal en los invernaderos» (p. 164), «red» (p. 200), «la cadena de tráfico de hombres» (p. 201), «los mercaderes» (p. 201), «la mafia» (p.

201), «el tráfico de mano de obra» (p. 202), «la red de prostitución» (p. 202), «los mafiosos» (pp. 202, 206), «negocios sucios» (p. 203)

Los miembros de la ONG a la que acude Usmán, tras recibir una salvaje paliza por reclamar la mísera mensualidad que le correspondía por su dura labor en el invernadero, reconocen la explotación y le invitan por lo tanto a denunciar el hecho; denuncia que obviamente se niega a hacer por miedo a las consecuencias:

Quando terminé mi relato y ya no tenían más preguntas que hacer, alguien dijo que esto era un asunto que había que denunciar a la policía, porque se trataba de un grupo de delincuentes organizados en el que participaban los dueños de esas empresas, que se estaban haciendo rico a costa de explotar y engañar a emigrantes africanos como yo. (p. 187).

La explotación a la que son sometidos estos africanos por los patrones: sueldos sin cobrar, alojamiento indigno, ilegalidad permanente y amenaza de denuncia a la policía, les ubica en una situación de perfecta injusticia, que les lleva a reaccionar para defenderse dado que se sienten como esclavos:

Sabemos que abusan de nosotros, que nos hacen trabajar muchas horas por poco dinero. Nos amenazan con echarnos, con la policía, con devolvernos a nuestros países. ¿Vamos a permitir encima que nos roben, que no nos paguen la mierda que nos dan a cambio de nuestro sudor? ¿Es que acaso somos esclavos? ¿Acaso vamos a seguir siendo esclavos siempre? (p. 170)

Los protagonistas de otras obras del corpus se encuentran en la misma situación de explotación, explotación manifiesta en una retribución injusta que lamentan:

trabajar por sueldos de miseria. (*Cayucos*, p. 73).

trabajar para un individuo que nos pagaría una miseria (*Europa se hunde*, p. 8).

[...] los patronos pagaban sueldos casi tan de miseria como en Marruecos (*Europa se hunde*, p. 49).

Los patronos se aprovechaban de sus circunstancias de ilegal y le pagaban con un salario de miseria, dentro de esa economía sumergida [...] (*La patera y otros relatos*, p. 85).

El representante vecinal señaló que la mayoría de estos trabajadores están cobrando salarios por debajo de las cantidades que perciben otros empleados. Como no tienen más opciones y se han jugado la vida para poder llegar hasta España, aceptan cualquier cosa que se les ofrezca. (*La patera y otros relatos*, p. 77).

En la inserción laboral predomina la precariedad, generalmente se entra en la economía sumergida, fuera por tanto del Mercado Laboral formal, sin protección de ningún tipo al no estar sujeta a convenio. (*La patera y otros relatos*, p. 80).

Estas necesidades generan, por un lado, una especial dependencia de los inmigrantes respecto a los empleadores, lo que les obliga frecuentemente a aceptar condiciones de trabajo que infringen las pactadas en los convenios colectivos, y por otra parte, provocan graves prácticas ilegales de expedición de precontratos contra remuneración. (*La patera y otros relatos*, p. 81).

Trabajar casi dieciséis horas al día, de pie, bajo el ruido infernal de la máquina distribuidora, clasificadora, envasadora, que a muchos van dejando sordos, volvíamos a agazaparnos en nuestro refugio. Ilegales. Nos pagaban menos, y amenazaban con echarnos, ellos, los patronos: traeremos a los kosovares, dan menos problemas, están tres meses y luego les sustituimos por otros, son menos exigentes que vosotros. (*Las voces del Estrecho*, p.32)

A pesar de que el protagonista de *La patera y otros relatos*, Benassa, además de reconocer la labor benévola de Cáritas en favor de los emigrantes, echa la culpa a varios factores, como, por ejemplo, la reducción del mercado, la masividad de la emigración y la poca colaboración de los mismos emigrantes, acaba reconociendo el hecho esclavista:

El problema está en lo reducido del mercado. Somos muchos los que buscamos un puesto de trabajo y la oferta es pequeña. La legislación es dura. Tampoco nuestro colectivo colabora, es verdad. Ni tampoco los otros países de Europa. La realidad es que vivimos como esclavos. (p. 78)

En otros contextos, se llega a pregonar que la situación actual de los emigrantes, en su calidad de «nuevos esclavos» que viven una «moderna esclavitud», es una continuación de la infame trata de negros del pasado. Los actuales emigrantes se conciben a sí mismos como legítimos descendientes de los africanos, transportados a América para su posterior explotación y, a veces, sacrificio. Uno de los ahogados de *Las voces del Estrecho* lo resalta, así, con estos términos, cuando habla de El Ejido actual:

Algunos, quienes más saben, opinan que somos los legítimos descendientes de nuestros antepasados, aquellos que cargados en barcos eran transportados a América para trabajar, los sobrevivientes, en las plantaciones de tabaco o los campos de algodón de los Estados Unidos, que vivían también en las barracas de madera desconociendo la existencia de otros derechos que no fueran los de deslomarse y obedecer sumisamente a sus amos y a la ley. Descubríamos que habitábamos ahora en gigantescas cárceles con muros de plástico, con pasillos y galerías reptantes bajo sus techos. (pp. 31-32).

Esta nueva realidad que sufre El Ejido es muy contrastada por el propio autor, cuando, después de la historia del africano, acaba, con ironía y espíritu crítico, de fuerte denuncia social, haciendo una aclaración léxica del término El Ejido. Este vocablo que significaba, para San Juan de la Cruz, un lugar común donde la gente suele juntarse para tomar solaz y recreación y los pastores apacientan los ganados (*Las voces del Estrecho*, p. 33), ya no lo es, en la actualidad, porque se convierte, tal como lo manifiesta el subsahariano, en una cárcel infernal donde se somete a los emigrantes, por razones de lucro salvaje, a una moderna esclavitud, propia de los años de la trata de negros. La explicación léxica del término sirve para afianzar el pensamiento crítico, poniendo en solfa el mismo discurso europeo sobre la igualdad y la fraternidad. Es indudable que esta confirmación del fenómeno esclavista en Europa, en temas de emigración, tiene fuerte dosis de denuncia política. Entretanto, actúa también como pretexto crítico de la hipocresía del discurso europeo sobre la democracia y los derechos humanos e universales. Este discurso es, en la práctica, muy reduccionista, porque responde a imperativos de propaganda política, estando siempre dispuesto a disfrazar las realidades y ocultar la verdad. Cano Vera lo expone en *La patera y otros relatos* (p. 78), con mucha claridad, peculiar de un reportaje periodístico que de una narrativa ficcional, de esta forma:

Evidentemente aquel paraíso europeo sólo estaba en las imágenes de la televisión, vistas en un falso espejo que fabricaban los creadores de mundos artificiales. Incluyendo los partidos de fútbol con estadios abarrotados. Los otros estadios, los de la pobreza, no se recogían por las cámaras. La propaganda se montaba sobre la mentira. Sobre muchas mentiras. La verdad es que el mundo occidental goza de amplias libertades instrumentalizadas. No llegaban por ejemplo hasta sus chabolas. No interesa alarmar al pueblo. No interesa tampoco sembrar inquietudes. Los políticos subidos al maravilloso carro del poder disfrazan las realidades (*La patera y otros relatos*, p. 78).

En *Donde mueren los ríos*, se insiste en la misma realidad. Usmán comprueba que su situación laboral en los barracones donde trabaja, en compañía de otros subsaharianos, es una reactualización de la esclavitud que vivieron sus antepasados en el siglo XIX:

-ya hemos vivido bastantes años como esclavos —me dijo—. Amadú me leyó en una ocasión un artículo en el que aseguraba que la emigración africana a Europa es una nueva forma de esclavitud, algo así como la esclavitud del siglo XX. Como antaño, unos llegan a su destino, otros mueren en el camino; África pierde sus hombres y mujeres más jóvenes; no se nos reconocen nuestros derechos, no tenemos identidad; nos explotan, aunque ahora, eso sí, a cambio de un salario de miseria. (*Donde mueren los ríos*, p. 184).

Esta situación le posibilita, por una parte, tomar conciencia social de la injusticia de su situación en las Islas Canarias, con la correspondiente necesidad de luchar contra tal abuso y explotación y, por otra, adquirir ideológicamente una sensibilidad africanista: se reconcilia consigo mismo, teniendo más confianza en su potencial individual así como en el futuro de África, en consonancia con la filosofía de los escritores de la negritud, que defienden la identidad y la cultura africanas:

[..] Y los únicos que podemos poner remedio a eso somos nosotros, los africanos. [..]. Porque el primer paso para nuestra salvación es que nosotros mismos nos demos cuenta de lo que nos ocurre y nos pongamos a trabajar para solucionarlo. Y tengamos

confianza en nosotros mismos. Amadú cree que los blancos, de tanto machacarnos durante siglos, han conseguido que nos creamos inferiores a ellos. Cuenta que muchos escritores, hace años, trabajaron para convencernos de lo contrario, para mostrar al mundo que África tiene una cultura ya unos valores tan dignos como los de cualquier otro lugar del mundo. La Negritud, así se llamaba todo aquello. Mi paso por esta isla me ha servido al menos para darme cuenta de eso. Ya no puedo seguir siendo el pastor peul que sólo piensa en su rebaño. Cuando regrese a nuestra tierra, no olvidaré lo que he vivido aquí. Nuevas obligaciones me esperan allí y creo que a ti también. (*Donde mueren los ríos*, pp. 194-195).

La emigración actúa, aquí, como una experiencia de tránsito hacia la toma de conciencia histórica de la necesidad de luchar, en términos ideológicos, para cambiar el destino de África y de los africanos. Lejos de magnificar la emigración, se la considera como una especie de traición por la patria dado que la verdadera lucha reside en combatir las injusticias, asumiendo como destino ineluctable, la identidad africanista del continente negro.

7.2.4. Transporte negrero

Desde tiempos remotos, los transportes han desempeñado un papel fundamental en los intercambios en las sociedades humanas. En el infame comercio triangular, los transportes marítimos constituyeron el eslabón central. Sin ellos, jamás se hubiera podido realizar el traslado de aquellos millones de esclavos del continente africano a Europa y América. El transporte de esclavos o «transporte negrero» representa pues un elemento clave del núcleo semántico del fenómeno de la esclavitud. Aparecen en los textos de nuestro corpus de análisis números signos que remiten a este transporte esclavista.

Para maximizar el beneficio, los armadores de los barcos negreros multiplicaban su capacidad dividiendo el espacio hasta extremos mínimos (Mancke y Shammas, 2005: 30-31). Cientos de esclavos —un barco medio, como el *Henrietta Marie*, llevaba unos trescientos— se transportaban encadenados a literas donde se mantenían en

posición horizontal, sin espacio para moverse. Michael Cottman expone estas condiciones de viaje aterradoras:

The *Henrietta Marie's* crew built shelves that would hold about 300 slaves. Space per slave was usually about sixteen inches wide and five and half feet long. The half decks were stacked to high and were about three apart. There was no room for the Africans to stand and little room for them to sit up straight. Sometimes they were forced to lie on their sides for months at a time (Cottman, 1999: 50).

Promiscuidad y hacinamiento, éstas son las palabras que definen las condiciones en que eran transportados los esclavos africanos en los barcos con destino a América. Las condiciones de transporte de los inmigrantes en las pateras desde el mismo continente africano, pero esta vez con destino a Europa, comparten las mismas características del transporte negrero mencionadas. Un ejemplo ilustrativo es el del barco marroquí que en *Vidas* transporta, amontonados en un minúsculo camarote, al protagonista maliense Jilali y otros africanos desde Mauritania hacia supuestamente las costas marroquíes:

Jilali se llevó una tremenda sorpresa cuando se encontró en un pequeño habitáculo sin ventilación con otros veinte chicos de su edad, e incluso más jóvenes, y de su mismo color de piel. [...] Unos venían de Gambia, otros de Sierra Leona y otros, como Jilali, de distintas poblaciones de Mali (*Vidas*, p. 62).

Otros elementos semióticos de la narración —«almacenados» («los chicos allí almacenados», p. 63) y «hacinados» («El camino hacia la playa de Martil lo hicieron hacinados en la furgoneta», p. 122) — evidencian estas condiciones de hacinamiento en que están transportados los protagonistas. Hay también muchos otros sintagmas que expresan este apiñamiento: «la embarcación sobrecargada» (*Harraga*, p. 112), «la patera repleta de hombres» (*Ahlán*, p. 19), «cargado de gente» (*Harraga*, P. 136), “«pequeño barco pesquero cargado de emigrantes» (*Harraga*, p. 108), «pateras cada vez más sobrecargadas con hasta 40 personas a bordo» (*Cayucos*, p. 56), «A bordo de aquella barcaza había unas ciento sesenta personas.» (*Los invisibles de Kolda*, p. 109),

«Más de 40 bordo se hacinan en un espacio reducido [una barquilla]» (*Cayucos*, p. 59), «Sus bodegas viajaban repletas de emigrantes» (*Harraga*, p. 57).

En *Cayucos*, la denominación directa, por el narrador, de los barcos pesqueros que transportan inmigrantes a Tenerife con el término «barcos negreros» (pp. 60, 61 y 63)¹⁴⁶, resalta el parecido existente entre aquellos barcos y los utilizados en los siglos anteriores en la trata. Este parecido radica en las condiciones de hacinamiento indicadas. Transportando habitualmente «un número siempre inferior a 25 o 30 personas» (p. 60), estos barcos llevaban en sus bodegas a «centenares de personas» (p. 60): el *Ashva* tenía apiñados en sus bodegas a «108 inmigrantes» (p. 60) de origen senegalés y sierraleonés, el *Noé* a «250 cuerpos negros» (p. 61), el *NT Conakry* «153 inmigrantes» (p. 61), el *MV Polar* «personas» (p. 61) y el *Olomne* «227 inmigrantes de países del golfo de Guinea en sus bodegas y camarotes» (p. 61).

El protagonista de *Harraga*, Jalid, se reconoce como «traficante de hombres» (p. 92) y admite que este tráfico de personas, que él oficia en el Estrecho, tiene una connotación esclavista, porque está consciente de que manda a sus compatriotas emigrantes como esclavos (p. 113).

El espacio en los barcos en que viajaban los esclavos negros hacia América se caracterizaba, aparte de la promiscuidad, también por la suciedad y la falta de aire. Era un entorno asfixiante. Mame-Kouna Tondut-Séne (2005) nos cuenta que «con el fin de poder respirar, habida cuenta de su gran número, los hombres se tumbaban al tresbolillo, pues para asegurar la aireación solo había dos aberturas a cada lado del buque burdamente tapadas por dos tableros entrecruzados». La suciedad —hedor— y falta de aire es señalada en reiteradamente en *Vidas*:

Una vez dentro del barco, le asustó el fuerte olor a mohó. Era un olor extraño, mezcla de humedad y de algo agrio. (p. 62).

La mar estaba muy alterada esta noche, y los jóvenes polizones caían unos sobre otros como muñecos de trapo. [...] Muchos de ellos comenzaron a vomitar sobre los otros, sus cuerpos estaban empapados en sudor y el ambiente era irrespirable. (p. 67).

¹⁴⁶ Se reitera esta denominación en *Cayucos*, p. 15 y p. 63.

—Señor, en este camarote no cabe ni un alfiler. No hay luz, ni una ventana por donde entre un poco de aire. Aquí vamos a morir asfixiados con este asqueroso olor a sudor y a suciedad. ¡Señor, ayúdame! —suplicaba Jilali para sus adentros. (p. 64).

Durante más de una hora, Jilali, el sudanés Abrahim y el resto de compañeros vivieron una auténtica tortura. Unos gritaban que jamás saldrían de aquella cloaca, otros reclamaban aire. Lo que Jilali tenía claro es que aquel olor putrefacto se quedaría en su olfato y en su alma para siempre. (p. 67).

El camino hacia la playa de Martil lo hicieron hacinados en la furgoneta, a oscuras y sin ningún tipo de ventilación. (p. 122).

El narrador de *Vidas* califica el camarote en que eran transportados como cloaca (p. 67), cueva maloliente (p. 63), cuartucho (p. 63) pocilga (p. 68). En *Cayucos* (p. 60), el narrador usa el calificativo de «inmunda bodega».

Mame-Kouna Tondut-Séne (2005) subraya que pese a las precauciones que tomaban los cautivos para tumbarse, ocurría a veces que si las aberturas estaban cerradas demasiado herméticamente, algunos morían asfixiados. Es lo que ocurrió en 1824 en el buque *Louis* en el que perdieron la vida 50 esclavos. Las aclaraciones de Michael Cottman (1999: 50) explicitan la misma realidad de ambiente asfixiante en que llegaban a morir asfixiados unos transportados:

There was hardly any fresh air to breathe. It was not uncommon for a man to wake, chocking from the iron collar around his neck, to find a limp, lifeless body next to him, perhaps a friend or a brother, or a son (Cottman, 1999: 50).

Se observa en *Cayucos* (p. 59) este desenlace trágico debido a la precariedad de las condiciones en que viajan los inmigrantes:

Cabezas, brazos, piernas sobresalen por la borda. Es avistada a siete millas de la costa. Al acercarse, los guardias civiles atisban la tragedia. Los pasajeros aún con vida abrazan a 13 cuerpos inertes que yacen desperdigados por toda la barca, en un vano intento por devolverles la vida [...]

Los esclavos, una vez conseguidos, mediante captura o trueque, eran llevados a los fuertes donde estaban «almacenados» hasta el momento de su embarque para América. El agrupamiento y espera de los inmigrantes africanos los barrancones para su próximo embarque y travesía para Europa recuerdan este «almacenamiento» de los esclavos en los fuertes:

Sabía que llegaban de todas las tierras de África. [...] Era, le dijo ella, aquello, la antesala de la muerte. Estaban esperando embarcar, y muchos morirían en la travesía. (*Las voces del Estrecho*, p. 129).

[...] los recogían para trasladarlos a unos barrancones cercanos al punto de embarque. (*Harraga*, p. 91-92).

[...] los transportarían con los demás hasta el barrancón de donde ya no saldrían más que para embarcar. (*Harraga*, p. 102).

En unos momentos, un camión vendría a recogerlos para llevarlos, junto a los otros candidatos al gran salto, al barrancón en que esperarían la salida. (*Harraga*, p. 110).

Han sido pesadas jornadas bajo un sol implacable y largos días y noches de espera en un almacén de Ziguinchor. (*Los invisibles de Kolda*, p. 119).

Cuando llegaron, Bougaleb les hizo descender y entrar de uno en uno en un destartalado almacén que aparentemente guardaba bolsos, maletas de cuero y alfombras.

Se fueron sentando en el suelo, y allí permanecieron en silencio hasta la doce de la noche, hora en la que un hombre dio golpecitos en la puerta. Bougaleb se encargó de abrir y de presentarlo.

—Este amigo os trasladará a Europa— dijo solemnemente. (*Vidas*, p. 122).

Otro aspecto del transporte de los inmigrantes africanos a España que recuerda el transporte negrero y convoca así la esclavitud es el estado de malestar y descomposición de los transportados, agotados, vomitados, ensuciados de heces y orina:

El Atlántico comenzó a calmarse muy lentamente, pero los chicos siguieron hacinados y secuestrados en el pequeño camarote hasta que el barco empezó a acercarse a la ciudad

marroquí de Tánger. Llevaban días sin comer ni beber. La mayoría se había hecho sus necesidades encima y la humedad les había penetrado hasta los huesos. (*Vidas*, p. 67).

A veces cruzaban ante ella las diminutas manchas oscuras de unas pateras repletas de hombres, mujeres y niños asustados, tumbados, clavados a las maderas desesperadamente, volcados unos sobre otros, vomitándose unos encima de los otros, sin contemplar otra cosa con sus dolientes ojos que la mancha negra y terrible de aquel mar que se revolvía iracundo ante su presencia e/ iniciaba su salvaje embestida contra las criaturas que en él se aventuraron. (*Las voces del Estrecho*, p. 184-185).

James Gomes apenas podía abrir los ojos, de cansado que estaba. Quince días navegando desde Gambia hasta Las Palmas metido en una inmundia bodega de barco junto a otros 250 le dejaron hecho un trapo. (*Cayucos*, p. 61).

7.2.5. Coacción

El Diccionario de la RAE (22ª ed.) define coacción como la «fuerza o violencia que se hace a alguien para obligarlo a que diga o ejecute algo». La coacción es otro elemento clave del núcleo semántico de la esclavitud. Nadie es esclavo por voluntad propia. Lo que hace al esclavo y lo distingue del hombre libre es justamente la falta de libertad de movimiento, decisión y acción. Llamado a desarrollar una actividad de la que no saca ningún provecho personal, que sea material o mental, la única motivación que lo impulsa a ejecutarse es la presión, la obligación, la coacción. La coacción, como lo deja claro la definición inicialmente recogida, supone el ejercicio de una violencia, física particularmente. Mediante la violencia propinada, el dueño pretende a un «amansamiento» del esclavo para una fácil ejecución de las tareas encomendadas y seguimiento de las normas indicadas, para buen provecho del dueño. Robert James explica claramente esta realidad en el caso concreto de la esclavitud africana en América:

La dificultad residía en que, aunque era posible atraparlos como alimañas, transportarlos como bestias, hacerlos trabajar como mulas o como asnos, golpearlos con las mismas varas con que se golpeaba a estos animales, encerrarlos en cuerdas y matarlos de hambre, seguían siendo pese a su piel negra y su pelo rizado, seres invenciblemente humanos; con la inteligencia y el resentimiento de los seres humanos.

Inducir en ellos docilidad y aceptación requería un régimen de calculada brutalidad y terror, y esto es lo que explica el inusual espectáculo de los señores propietarios aparentemente despreocupados de preservar su propiedad; tenían que empezar por asegurar su propia seguridad (Robert James, 2003: 27-28).

La violencia ejercida sobre los esclavos era sin precedente. Robert James subraya que:

Por la menor de las faltas los esclavos recibían el más severo de los castigos. A los esclavos se les aplicaba el látigo con más certidumbre y regularidad que el alimento. Era el incentivo para trabajar, y el custodio de la disciplina (Robert James, 2003: 27-28).

Este trato brutal característico de la esclavitud es perceptible en nuestro corpus. En *Vidas*, vemos en varias ocasiones como los inmigrantes reciben de los capataces del barco que los transporta un trato de brutalidad similar:

Antes de que pudiese reaccionar, otro de los encargados del barco le dio un fuerte empujón y lo introduje de golpe en uno de los camarotes. (p. 62).

El capataz le dio un fuerte golpe en la mandíbula y lo tiró sobre los que iban a ser sus compañeros de viaje. Jilali cayó aturdido al suelo. (p. 63).

—Hazlo o te dará una paliza— le aconsejó Abrahim en voz baja. (p. 64).

Al abrirse la puerta vieron al capataz, que entre insultos y golpes los llevó a cubierta. [...] A voz de grito, el capataz les ordenó desnudarse [...] En un primer momento los muchachos se negaron, pero los ayudantes del energético individuo comenzaron a pegarles con fustas y, a fuerza de golpes, algunos de ellos comenzaron a deshacerse de la ropa [...] Unos lloraban de miedo, otros estaban tan bloqueados que eran incapaces de expresar ningún sentimiento. Todos eran demasiado jóvenes, pues la mayoría no había cumplido los dieciocho años. [...] Después los empujaba para que se pusieran en fila junto a la barandilla. (p. 68).

El capataz se acercó bruscamente al chico propinándole un fuerte puñetazo en el estómago [...]. (p. 69).

Usmán de *Dónde mueren los ríos* recibe el mismo trato violento en la finca agrícola en que trabaja:

Lo primero que sentí fue un miedo que no recuerdo haber pasado ni en los momentos más difíciles de la calle. Nunca me había enfrentado al dolor físico de ese modo, jamás me habían maltratado de esa manera. (p. 183)

Este maltrato, propinado por otro africano, Bubacar y sus secuaces, lleva al narrador Amadú a una conclusión esclavista:

La historia eterna de la humillación y la esclavitud, con verdugos fuera y dentro de nuestra tierra. (p. 169)

Las chicas del campamento de Calamocarro en Ceuta, tras ser conducidas a España mediante promesas engañosas, reciben el mismo tratamiento esclavista:

Consiguen papeles para nosotras, a la mayoría les mienten diciéndoles que es para servir en familias. Incluso a través de las ONG. Éstos les procuran cobertura legal merced a sus planes de acogida, tarjetas de residentes provisionales: es el señuelo que permite a los traficantes llevarlas después a su destino para explotarlas salvajemente. Porque, trasladadas a España, las encierran tras quitarles la documentación y el dinero que lleven encima. A quienes ofician de putas en la Casa de Campo de Madrid, en otros lugares públicos, las enclaustran en casas particulares, cuatro a veces en una habitación, recogiénolas por la tarde y trasladándolas en coche a los lugares asignados. Por la mañana vuelven a llevarlas a su domicilio-cárcel. (p. 36-37)

En muchas ocasiones, aunque no lleguen los capataces o explotadores a las manos con los inmigrantes, las advertencias y amenazas desprenden la misma violencia. Un caso ilustrativo se da en *Europa se hunde*:

El aguerrido muchacho llevaba al cinto un cuchillo de caza y hablaba con nosotros como si fuésemos sus perros. [...]

-Vengo aquí a trabajar sin que me joda nadie. No estoy dispuesto a que ningún moro de mierda se me suba a la chepa. Aviso al primer listillo que se intente pasar, que como me cabree saco el cuchillo y os corto a todos los cojones, y si alguien quiere denunciar, que vaya a la Guardia Civil, que lo mandará de nuevo a su país (p.17).

En *Las voces del Estrecho*, se observa la misma realidad en la narración de una de las inmigrantes acampada en el campamento de Calamocarro en Ceuta:

Cuando una de nosotras, tras proponérselo, se niega a desplazarse a España para trabajar de puta, ellos la golpean hasta dejarla convertida en un guiñapo. A Zohra, que era del Sáhara, le pegaron tal paliza que hubo de ser hospitalizada. (p. 36).

En *Dónde mueren los ríos*, están marcadas de la misma brutalidad las amenazas que recibe Aida de sus proxenetas, al querer sustraerse de la actividad en la que la tienen metida, por haberse enamorado del protagonista, Amadú:

Estoy amenazada [confiesa a su amiga Fatiha]. Me han dicho que si no dejo de ver a ese hombre me matarán. O le matarán a él. Aunque he intentado ocultar nuestros encuentros, no se les puede engañar (p. 81).

Cada vez traigo menos dinero. Porque no puedo Fatiha. No soporto que otras manos me toquen, como antes. Ya no me da igual; simplemente no lo aguanto. Les insinué que me quería retirar de todo eso. Me agarraron del cuello y me dijeron que ni hablar, que todavía les debía mucho dinero. Que ni se me ocurriera (p. 82).

La determinación de la protagonista en su decisión de retirarse acarreará como consecuencia la ejecución de la amenaza es decir su asesinato.

El relato «La piel de Marcelinda» de *Fátima de los naufragios: relatos de tierra y mar*, nos proporciona un caso más de proxenetas profiriendo a las inmigrantes que prostituyen amenazas que irradian una elevada brutalidad, aunque mental en este caso:

[...] menudas broncas le echaba a la chavala [Marcelinda]: «Que aquí la que no trabaja no come, que esto no es un hospital de la caridad, que o te las ingenias y te haces por lo menos siete o ya puedes ir pensando en el billete de vuelta, que yo desde luego no te lo voy a pagar», y amenazas con los papeles y la cárcel, y ella que se tapaba la cara con las manos y lloraba en un rincón como una cría [...] (p. 30).

7.2.6. Marginalidad

Los esclavos negros en América vivían en una situación de absoluta marginalidad. Vivían excluidos, apartados, aislados, recludos en inmundas barracas, donde su no deseada presencia no podía ser percibida ni podía molestar a la sociedad, a los hombres libres. Muchos de los protagonistas de los textos de nuestro corpus viven esta marginación esclavista. Este largo pasaje de *Las voces del Estrecho* (p. 31) expresa esta situación de aislamiento del inmigrante de la sociedad de los autóctonos:

Cuando crucé por primera y última vez el pueblo, me extasiaba contemplando los potentes coches, desplazándose o aparcados en sus calles, limpias, en las que se multiplican las tiendas y comercios. Nunca las viera tan lujosas. De zapatos, gafas, perfumes, telas, relojes, con productos de París, Nueva York, Londres, Roma, del mundo entero. Caminaba gente bien trajeada, entrando y saliendo de bancos, agencias de viajes, clínicas dentales. Vamos, vamos, me achuchaban, vamos, no te pares, sigue caminando, éste no es nuestro destino. Y yo caminaba dejando atrás su cuadrangular plaza de Flores, de edificios rosas o de ladrillos, visto con templete en su parte central y ocupada por gentes blancas, viejos y niños jugando, sentados en sus bancos. Leía letreros, reclamos para Almerimar, donde florecen los hoteles, los campos de golf, las discotecas y restaurantes. Me arrastraban hacia los invernaderos. Y cuando en uno de ellos entré, ya no volví a salir hasta aquel día en el que nos detuvieron y expulsaron de El Ejido y de España. Sin papeles no era nadie, de significado carece la palabra *libertad*. Imposibilitado de abandonar el lugar donde trabajas y vives, sea aquí o en una casa de servicio, en un prostíbulo o en el campo en que faenas la fresa [...].

Esta marginación es también perceptible en este pensamiento del protagonista de *Harraga*, Jalid, consciente de lo que les esperaba a los inmigrantes que mandaba en patera a Europa:

Sabía lo que les esperaba, que en el mejor de los casos su auténtico sufrimiento estaba aún por empezar. Europa será un gran Beni Uriaghel para ellos, condenados a vivir como sombras en tierra extraña, hostil desagradecida. Irán a salvar los campos españoles como ladrones, apestados a los que se les permitirá encorvar sus espaldas sobre las cosechas a condición de pasar desapercibidos, no hablar, no perturbar la paz europea. (*Harraga*, p. 110).

Las viviendas de los esclavos eran, como lo pinta la novela de Beecher Stowe, *La cabaña del tío Tom*, «chozas de troncos» (p. 27) o barracas dentro de la finca de los hacendados o dueños. Robert James nos da una detallada descripción de la vivienda que se destinaba a los esclavos:

Trabajando como animales, los esclavos vivían como animales, en cabañas ordenadas en torno de una plaza en la que se habían plantado vegetales y árboles frutales. Estas cabañas tenían alrededor de seis o siete metros de largo, tres metros de ancho y unos tres metros y medio de altura, compartimentadas en dos o tres habitaciones. No tenían ventanas y la luz se filtraba únicamente por la puerta. El suelo era de tierra batida; el jergón era de paja, de cueros o una tosca amalgama de lianas atadas a los postes. Allí dormían indiscriminadamente madre, padre e hijos (Robert James, 2003: 27).

El alojamiento destinado por los patronos a los protagonistas inmigrantes de nuestros textos no es en nada distinto a estas viviendas dedicadas a los esclavos por sus amos. En *dónde mueren los ríos*, Bubacar le explica a Amadú que los patronos de los invernaderos en que trabajaban les «daban cama, en unos barrancones inmundos donde dormíamos [dormían] casi amontonados» (p. 69). Amadú, frente a la falta de alternativas termina aceptando el trabajo en los invernaderos «resignándome[se] a vivir en los barrancones con otros como yo [él]. Todos africanos, como una gran familia (*Dónde mueren los ríos*, p. 98). Los jóvenes africanos con quienes charla Rachid en el

tren le hacen saber que viven «en unos barrancones que nos [les] facilita el jefe, que «no tienen agua ni luz» (*Vidas*, p. 179). En *La patera y otros relatos* (p. 74), Benassa y otros inmigrantes marroquíes son alojados en unas barracas similares:

Fueron conducidos a un complejo de casas, un poblado destartalado y ruinoso, La Vela, una amplia finca agrícola que hacía daño a la vista. Las casas de La Vela realmente eran un grupo de cuadras de animales y antiguos almacenes agrícolas divididos en veinticuatro habitaciones, de no más de quince metros cuadrados.

Benassa advirtió que un lardo centenar de magrebíes, argelinos y negros residían en aquel antro. Se aglomeraban en habitaciones que carecían de luz eléctrica, agua y los mínimos servicios.

Un personaje de la misma obra informa a Benassa que «más de cien hermanos nuestros[suyos], marroquíes, viven en condiciones infrahumanas, peor que perros, explotados por dos gitanos sin escrúpulos (*La patera y otros relatos*, p. 75). Más adelante en el texto, nuestro narrador hace una descripción más detallada de la vivienda de los protagonistas, viviendas donde «se hacinan medio millar de esclavos de Europa» (*La patera y otros relatos*, p. 86):

Alojamientos infrahumanos de escasa salubridad y habitabilidad y con escasez de cualquier servicio básico como la luz, agua o aseo. De todos los alojamientos detectados, 270 se encuentran en ruina total y el resto carecen de permiso de obra, son de difícil acceso o no disponen de instalación de luz eléctrica y agua potable, entre otras cosas. Los tipos de alojamientos son casas abandonadas, almacenes, barrancones, chabolas como las nuestras, cobertizos e incluso cabañas abandonadas, cuadras para uso del ganado. El doce por ciento de los alojamientos no cuenta con ningún servicio urbano básico y el cuarenta y tres por ciento no tienen aseos ni cuarto de baño. El veinticinco por ciento de los inmigrantes de la Región duermen en colchones sobre el suelo, o en cartones.[...] La media de inmigrantes por vivienda es de cinco personas, aunque se han descubierto por nosotros mismos almacenes / en los que se amontonan hasta cincuenta, como en el municipio de Mazarrón, un pueblo que está a unos cincuenta kilómetros de aquí. (*La patera y otros relatos*, p. 76-77)

7.3. EL INFIERNO

Ya estábamos en Europa. Sólo quedaba rogar a Dios para que nos dejara en buenas manos. Cuando bajamos, los faros de los coches iluminaban un enorme barrancón, al que nos hicieron entrar. Nos asignaron unas camas, entre otras muchas ocupadas por gente como nosotros. En la oscuridad, alguien dijo: “Bienvenidos al infierno”.

ANTONIO LOZANO, *Dónde mueren los ríos* (p. 125).

7.3.1. Exposición del texto cultural

El mito del infierno es un mito presente en todas las civilizaciones y religiones. Término derivado del latín *infernum* o *inferus* («inferior», «subterráneo»), el infierno es definido por el diccionario de la RAE (23ed.) como el «lugar donde los condenados sufren, después de la muerte, castigo eterno». Según muchas religiones, el infierno es el lugar donde, después de la muerte, son torturadas eternamente las almas de los pecadores.

En el cristianismo, es el lugar de la damnación, donde después del Juicio Final, los resucitados condenados pagarán con tormentos físicos y espirituales. En este lugar, imperan las tinieblas y la ausencia eterna de Dios; las almas allí no encuentran descanso y están en estado de miseria y lamentación, conscientes de su estado caído y ruina espiritual. Se lo compara a un abismo y a una prisión donde hay aflicción y tormento. El fuego del infierno es la retribución del pecado y el castigo por rechazar voluntariamente la gracia de Dios; ahí ya no es posible el arrepentimiento y no hay esperanza posible. Existe en la Biblia numerosas referencias descriptivas del infierno: «el fuego eterno» (Mateo 25: 41), lugar de «tormentos» (Lucas 16: 23), El horno de fuego (Mateo 13: 42; Mateo 13: 50), El lago de fuego y azufre (*Apocalipsis 20: 10*), El lago de fuego (*Apocalipsis 20: 15*), *el lugar* «Donde el gusano no muere y el fuego nunca se apaga» (Marcos 9: 47-48), «abismo» (Lucas, viii, 31 y otros), «alberca de fuego» (*Apocalipsis 19: 20*), «estufa de fuego» (Mateo 13: 42-50), «fuego inextinguible» (Mateo 3: 12), «fuego inapagable» (Marcos 9: 43), «oscuridad exterior» (Mateo 7: 12; 22: 13; 25: 30), «niebla» o «tormenta de oscuridad» (2Pedro, 2: 17; Judas 13).

En el judaísmo, se habla de «Gehena» (en hebreo: *Gai Ben Hinnom* que significa valle de Hinón). Este valle era inicialmente el lugar donde se incineraba los desperdicios de Jerusalén y los cadáveres de los criminales y animales (2 Reyes 23: 10). Posteriormente esta palabra pasó a designar el lugar donde, después de la muerte los malvados permanecían un tiempo —hasta un año para algunos, aunque eternamente para otros— sufriendo castigos para su purificación.

En el Islam, se usa el término *Yahannam* (gehena) que designa un lago de fuego sobre el que pasa el puente que todas las almas deben cruzar para entrar en el *Yannah*, el paraíso. Los pecadores caen del puente pero pueden ser perdonados por Alá, aunque los que no cumplieron los preceptos, permanecerán en el *Yahannam* después del *Qiyamah* (Juicio Final), como castigo supremo.¹⁴⁷ El infierno es descrito en varios pasajes del Corán, como lugar donde «a los infieles se les cortarán trajes de fuego y se les derramará en la cabeza agua muy caliente, que les consumirá las entrañas y la piel»(Sura 22: 19-21), sufrirán «el castigo del fuego» (Sura 22: 22), permanecerán «durante generaciones, sin probar frescor ni bebida, fuera de agua muy caliente y hediondo líquido, retribución adecuada»(Sura 78: 21-26).

La mitología griega habla del Tártaro, profundo abismo donde los mortales, tras su muerte, eran enviados para ser castigados por sus fechorías. Inicialmente, el Tártaro se usó como una mazmorra para los titanes.¹⁴⁸ Esta gran prisión fortificada se encontraba bajo el inframundo, tan profundo a éste como Gea (tierra) y Ponto (mar) lo eran a Urano (cielo). Cuando Cronos, el Titán reinante, tomó el poder encerró a los Cíclopes en el Tártaro. Zeus los liberó para que le ayudasen en su lucha con los Titanes. Los dioses del Olimpo terminaron derrotándolos y arrojaron al Tártaro a muchos de ellos (el propio Cronos, Atlas, Epimeteo, Metis, Menecio, Prometeo y Tifón entre otros). En el Tártaro los prisioneros eran guardados por gigantes, cada uno con 50 enormes cabezas y 100 fuertes brazos, llamados Hecatónquiros. Luego, el Tártaro pasó

¹⁴⁷ Enciclopedia Británica: Jahannam, en <http://global.britannica.com/EBchecked/topic/299417/Jahannam#tab=active~checked%2Citems~checked&title=Jahannam%20-%20Britannica%20Online%20Encyclopedia>. Chebel, Malek (1995), *Dictionnaire des symboles musulmans*, París, Albin Michel, p. 154.

¹⁴⁸ Georg Autenrieth, «Τάρταρος» (en inglés), *A Homeric Dictionary*, «Tartarus, a dark abyss, place of imprisonment of the Titans, as far below Hades as the earth is below the heavens, II. 8.13, 481» http://www.perseus.tufts.edu/hopper/text?doc=Perseus%3Atext%3A1999.04.0073%3Aentry%3D*ta%2Frtaros

a ser el calabozo de las almas condenadas. De acuerdo a *Fedón* (c. 400 a. C.) de Platón, era el lugar donde las almas malvadas y traicioneras, tras la muerte eran enviadas para sufrir horribles castigos eternamente. Unos castigados en el Tártaro fueron Sísifo, Ixión y Tántalo. Sísifo, rey de Éfira, en su vida recurrió a medios ilícitos entre los que se contaba el asesinato de viajeros y caminantes para incrementar su riqueza. Fue condenado a empujar eternamente una roca cuesta arriba sólo para verla caer por su propio peso. (*Odisea*, vv. 593 y ss.). Ixión, rey de Tesalia fue el primer humano que derramó sangre de un pariente. Hizo que su suegro Deyoneo cayese a un pozo lleno de carbones en llamas para evitar pagarle los regalos de boda prometidos. También, invitado a la mesa de los dioses por Zeus tras ser purificado, intentó seducir a Hera, la mujer del supremo dios. Su castigo fue pasar la eternidad girando en una rueda en llamas a la que lo ató Hermes. Tántalo, invitado por Zeus a la mesa de los dioses en el Olimpo, se jactó ante sus amigos mortales de haber compartido mesa con los dioses, fue revelando los secretos de éstos que había oído en la mesa y, no contento con eso, robó a los dioses algo de comida —néctar y ambrosia— que repartió entre sus amigos. Su castigo fue ser sumergido hasta el cuello en agua fría, que desaparecía cada vez que intentaba saciar su sed, con succulentas uvas sobre él que subían fuera de su alcance cuando intentaba agarrarlas para saciar su hambre.

En la mitología romana, el Tártaro tendrá la misma significación: el lugar a donde se enviaba a los pecadores. Virgilio lo describe en Libro VI de la *Eneida* como un lugar gigantesco, rodeado por el flamígero río Flegetonte y triples murallas para evitar que los pecadores escapen de él. Está guardado por una hidra con cincuenta enormes fauces negras, que se sentaba en una puerta chirriante protegida por columnas de diamante. Dentro, hay un castillo con anchas murallas y un alto torreón de hierro. Tisífone, la Furia que representaba la venganza, hace guardia insomne en lo alto de este torreón, azotando un látigo. Dentro hay un pozo del que se dice que profundiza en la tierra el doble de la distancia que hay entre la tierra de los vivos y el Olimpo. En el fondo de este pozo están los Titanes, los Alóadas y otros muchos pecadores. Dentro del Tártaro hay muchos más pecadores, castigados de forma parecida a los de los mitos griegos.

En las religiones orientales (budismo, hinduismo, sijismo y yainismo), se habla del reino de los *nakaras*. *Naraka*, vocablo sánscrito, corresponde al inframundo. *Naraka* se traduce generalmente al español como infierno o «purgatorio». Literalmente significa

«humano» o «del ser humano», siendo *nara*: «ser humano». Según estas religiones, *Naraka* es un sitio de tormento. *Naraka* es el nombre dado a cada uno de los dieciséis reinos (*Narakas Helados* y *Narakas Ardientes*) de existencia de mayor sufrimiento en toda la cosmología budista. Un *Naraka* difiere de los infiernos de tradición occidental en dos aspectos. La mentalidad de un ser en el infierno correspondería a un estado de extremo terror, desamparo y angustia en un humano. Físicamente, el reino *Naraka* se encuentra a lo largo de una serie de redes de cavernas que se extienden por debajo del *Yambu Duipa* (el mundo humano ordinario) en el interior de la Tierra.

En la civilización china se habla de *Di Yu* (literalmente ‘prisión terrenal’) término que designa el reino de los muertos. Está ligeramente basado en el concepto budista del reino de los *Narakas* combinado con creencias chinas acerca de la vida tras la muerte y un amplio abanico de expresiones populares y reinterpretaciones de ambas tradiciones. Dominado por *Yama*, el rey del infierno, *Di Yu* es un laberinto de mazmorras subterráneas donde las almas son tratadas en concordancia con sus pecados terrenales.

En resumidas cuentas, surge de todas estas concepciones que el infierno designa un lugar de sufrimiento extremo y aflicción caracterizado por el apresamiento — imposibilidad de salida o fuga—, el rechazo o abandono —de Dios— y la soledad, el dolor, el hambre y la sed, el terror y el miedo constante. Analicemos pues en nuestro corpus la presencia de estos elementos que conforman el núcleo semántico del infierno.

7.3.2. Apresamiento y dolor

El primer elemento del núcleo semántico del infierno es el apresamiento. El infierno como vimos anteriormente, es presentado en todas las civilizaciones y religiones como una cárcel. Sus ocupantes tienen la condición de condenados, de presos. No tienen la posibilidad de abandonar o escaparse de este lugar de malestar. En los textos de nuestro corpus, muchos protagonistas se encuentran en esta condición de presos, convirtiéndose así España, el destino anhelado y alcanzado, en prisión y convocándose de este modo en los textos literarios el texto cultural del infierno. Amadú, protagonista y narrador de *Dónde mueren los ríos*, es encarcelado (pp. 63, 64, 128, 129, 130, 131, 148, 151, 164) por sospecha de asesinato de la prostituta senegalesa Aida. Es desde la cárcel que

empieza a escribir la narración que constituye esta novela (p. 15). La obra gira en torno a este encarcelamiento. Toda la investigación policíaca que emprende el protagonista y Fatiha está orientada a descubrir el verdadero asesino de la senegalesa y la liberación del propio protagonista. Jalid, protagonista de *Harraga*, también sufrirá la experiencia del aprisionamiento. Termina enchironado en una cárcel anónima de Tánger, aislado completamente de todo el mundo, por asesinar a unos miembros de la mafia de tráfico de droga y emigrantes ilegales en que se había encontrado metido. Considera este calvario del cautiverio como un decir adiós a la realidad y como el encuentro con una realidad tan irreal y fantasmagórica, muy propia del infierno, pero de un infierno muy especial donde se mete a uno por la fuerza:

A veces me parece que me expulsaron de la realidad, que me encuentro en el Infierno. Pero no: en el Infierno no te mete un guardián a empollones, y eso sí lo recuerdo. Nítidamente (p. 9).

En *Ahlán*, el protagonista marroquí, Larbi y otro personaje de origen senegalés, Masabo (p. 68) también conocen la dura experiencia del encierro, en un Centro de Internamiento de Extranjeros, con único delito el encontrarse sin documentación en España. Muchos protagonistas de *Las voces del Estrecho* (pp. 42, 45, 48-49, 208-209, 210-211, 213), anónimos la mayoría, tampoco escapan de la experiencia del encarcelamiento por entrar irregularmente en España o permanecer en el país sin documentación.

La experiencia de la cárcel es tan negativa que Larbi llega a intuir que la cárcel es el para el inmigrante el sitio suprema del malestar:

Para nosotros no hay sitio bueno, pero presiento que este es el peor de todos (p. 68).

La negatividad de la cárcel procede desde luego en primer lugar de lo que es: un lugar de privación de libertad y de aislamiento de la sociedad. Viene en segundo lugar de lo lúgubre e inmundo que es el entorno carcelero. En *Los invisibles de Kolda* (p. 74), «sucesivos informes de la Unión Europea» califican la situación en los Centros

carcelarios de Internamiento de los Inmigrantes de «inhumana y degradante». El narrador de *Cayucos* nos describe el ambiente que prevalece en estos centros:

En aquel ambiente enrarecido costaba trabajo hasta respirar y la luz del sol apenas entraba en la vieja terminal. El llamado centro de internamiento de Fuerteventura parecía más bien un gigantesco zulo. Trescientos setenta inmigrantes sentados en la antigua cinta transportadora. [...] ciento diez jóvenes durmiendo en apenas 20 metros cuadrados, donde también lavaban la ropa y la tendían. En pocos días aparecieron infecciones de piel derivadas de aquel hacinamiento. [...] Ni un patio ni un lugar íntimo ni aire fresco ni luz natural. Nada de nada.

Las historias de este centro eran terribles. Los inmigrantes entraban allí sanos y salían con problemas de estómago, de piel y de ojos. Para cualquier dolencia el remedio era una simple aspirina. El olor era insoportable, una mezcla de humedad, sudor y falta de higiene. Muchas veces de las duchas y hasta de los retretes tupidos se salía el agua, que se extendía por toda la terminal y mojaba los colchones o colchonetas donde dormían los propios internados (pp. 32-36).

La negatividad de la cárcel procede también de lo terrorífico que es este lugar. Es un ambiente oscuro, fúnebre que inspira terror. En *Las voces del Estrecho* (p. 46), el narrador subraya lo «terrible» que era el ruido «de las rejas y cerrojos según se abrían y se cerraban». Frente a la falta total de visitas que vive, Jalid, en *Harraga* (p. 162) se pregunta si «ni siquiera una sola persona quiera acercarse a este terrible lugar al que me trajeron la misma noche en que me detuvieron, por miedo a no poder escapar jamás de él».

Otro personaje femenino de la misma novela, atemorizado por lo que vio en la cárcel «sólo podía hablar de aquella celda de Melilla, oscura, estrecha, con paredes de granito y manchas rojizas y secas: creía ver en ellas restos de uñas, de piel, de carne, de sangre coagulada (p. 210).

La cárcel, aparte de la privación de libertad, de lo lúgubre, inmundo y terrorífico que es, resulta traumática e infernal por los malos tratos allí recibidos, pruebas de dolor y sufrimientos, de bajada a los infiernos. En la cárcel donde estaba detenido en Fuerteventura, a Amadú de *Dónde mueren los ríos*, los guardias penitenciarios «le dejaron la cara como el culo de una mona» (p. 93). Nuestro protagonista subraya la

ironía de su vida, al darse cuenta de que la prisión donde lo tienen encerrado se llama «el salto del negro». Añade la palabra «muerte» para indicar, simbólicamente, que su prisión es un «salto del negro hacia la muerte» (p. 93). Con esta observación alude en el fondo a la connotación negativa de este motivo de la cárcel, que se confirma, con mucha claridad, en los visos semántico-simbólicos que adquiere en el texto. La experiencia del protagonista en la cárcel es indicadora del fracaso de los tópicos positivos sobre la inmigración. Ve truncado su ansia de llegar a Europa por una bajada en el abismo y oscuridad de la cárcel. Ello hace que, en última instancia, la cárcel se vuelve emblema del infierno. Jalid de *Harraga* sufre también este maltrato que hace de la cárcel un lugar de tortura y sufrimientos. Desde su celda, al escuchar acercarse los guardias de la cárcel describe su rutina de sufrimientos:

No les haré frente. Ya nunca les hago frente. Cada uno me cogerá por un brazo, y me dejaré llevar. [...] sólo me dejaré llevar, para no enfadarlos. Son terribles cuando se enfadan, no soporto verlos así. [...] Abrirán una puerta enorme y me meterán en una habitación blanca, muy blanca, llena de luz. Me desnudarán y me soltarán. Me lanzaré contra una esquina, y volveré a acurrucarme. Ellos descolgarán una manguera negra, gruesa, interminable, y abrirán un grifo pegado a la pared. Dirigirán la boca de la manguera hacia mí y me caerá encima una lluvia espesa de flechas heladas.

No podré resistir el dolor. Empezaré de nuevo a gritar, rogaré, suplicaré, pediré perdón, lloraré. La tromba de agua me sacará de mi esquina, me arrastrará de un lado a otro de la habitación. Pasarán siglos así. [...] Tras el tormento, me revolcaré por el suelo, gimiendo, tiritando (pp. 163-164).

El calvario que vivirá en la cárcel le sumirá durante dos años en un estado de «esquizofrenia aguda» (p. 167) del que terminará muriéndose. Varios personajes de *Las voces del Estrecho* sufren también los malos tratos del mundo carcelario. En el capítulo titulado «La violada en la comisaría», una mujer marroquí recién llegada a España es violentada y violada en la celda en la comisaría donde está en detención:

La agarró por el cuello, doblando su cuerpo, arrodillándolo. «Como grites, te mato», le dijo, y aunque ello no entendiera sus palabras comprendía su significado. Cerró los ojos. Notaba cómo el miembro del policía se insertaba en su boca, profundizaba en su

garganta. Luego ya todo fue un movimiento continuo, como el de la patera que en la noche la había desplazado a la Península. También ahora tenía ganas de vomitar, mas le faltaba el aire, se contenía. Hasta que su semen caliente le llenó la boca, se escurrió por la comisura de sus labios. Corrían las lágrimas de la mujer por su rostro. Al quedar sola en la celda, la sacudieron roncosp estertores (p. 45-46).

La misma suerte correrá otro personaje de esa novela, una mujer marroquí que, detenida en Melilla, sufrirá una doble violación de parte de sus guardianes:

Primero entró uno, solo. La contempló de arriba abajo, chulescamente. «Estoy seguro de que te vas a ser buena, a portarte bien; si lo eres, saldrás ganando —le dijo—. Pero como se te ocurra gritar o contar algo luego, te devolveré a tu tierra, si no te mato, te lo juro. Piénsalo, nadie te creería, aquí todos somos uno t hacemos lo mismo». Mientras hablaba iba desabrochándose los pantalones. Se encogió ella aún más, temblorosa. Veía sus ojos abrasados por el deseo. Dejó la pistola junto a las rejas de la puerta. Ya se encontraba desnudo de cintura para abajo. Tenía la polla tiesa, gorda y pequeña, pero tiesa. La tomó del cuello y empezó a morder su boca, a sobar sus tetas, escurridas contra la tela del sostén, que no tardó en abrirse. Olía a coñac. La arrojó sobre el jergón. Metía sus manos entre sus muslos. Era burdo, grosero, aquel policía mayor de cincuenta años. Al fin, sin más palabras, se la metió. Empujada con violencia mientras con una de sus grandes y velludas manos le tapaba la boca. Éste era cabo. Cuando terminó y se marchó de la celda, entró el otro, más joven.

Ella lloraba. Lágrimas tristes, íntimas, como los sollozos hipados arrancados a su garganta. Este le dijo. «Calla, esto para ti no es nada nuevo, ¿verdad que allí [en Marruecos] lo hacías con cualquiera? Os gusta follar, desde niñas, para vosotras no tiene importancia, es mejor que te calmes, te irá mejor, saldrás ganando». Empujó su cabeza contra su miembro, que había destapado del pantalón. Quería que se la chupase. Lo hizo. «Con cuidado, con cuidado, como me muerdas te pego un tiro aquí mismo, ahora, vamos, vamos, sigue, chúpamela, así, así» decía. Y explotó en su boca (*Las voces del Estrecho*, p. 2210-211).

Para otros dos personajes de la novela, los malos tratos no faltarán la cita con los inmigrantes en la cárcel:

A Raixa le aplicaron en comisaría la almohadilla, casi la asfixian allí mismo, y sufrió un paro cardíaco. Todavía tiene la sensación de ahogo (*Las voces del Estrecho*, p. 210).

Y el patrón llamó a la policía y la policía me condujo a la cárcel, y en la cárcel me amenazaron, me golpearon, me dijeron que estaba loca y después me arrojaron a patadas, como a perro solitario, a la calle (*Las voces del Estrecho*, p. 208).

Los malos tratos físicos no sólo se dan a los protagonistas en el encierro carcelario. La simple situación de detención conlleva un trato brutal. Tal sufrimiento, que en algunos casos acaba trágicamente, lo experimentan distintos personajes inmigrantes de *Las voces del Estrecho* detenidos y en proceso de repatriación al igual que otros detenidos por la policía en un control rutinario de documentación de identidad en *Ahlán*:

Me golpearon en el abdomen retorciéndome los brazos. Entonces caí al suelo dejando de rebelarme, de patear. Ataron mis brazos a la espalda. Como gritaba, me amordazaron, sellando con esparadrapo mi boca. Apenas podía respirar. [...] Sentí un dolor terrible en las espinillas. Me habían pateado. Comenzó a nublárase la visión. Dejé de ver la ventanilla en la que apoyaba mi rostro. Todo daba vueltas. Incliné la cabeza, recostándola en mi pecho. Escuché decir al policía unas palabras: debió de pensar que me había dormido. Así entré en la muerte. Luego dijeron que producto de un ataque al corazón: yo sé que fue por asfixia. (*Las voces del Estrecho*, p. 48-49)

—Eran cinco aviones, nosotros los llamamos los aviones de la vergüenza. En total ciento tres inmigrantes fueron arrojados sobre sus panzas desprovistas de asiento, amontonados como fardos, unos encima de otros, en ella. Les drogaron con haloperidol, los maniataron con esposas de plástico y les vendaron los ojos. Y dinero ofrecieron a los policías para sobornarlos. Luego, su máxima autoridad se limitó a decir: teníamos un problema y lo hemos solucionado. En el trayecto murieron cinco de ellos, y la mujer que estaba embarazada, Rahma se llamaba, también perdió a su hijo. (*Las voces del Estrecho*, p. 209).

No tardaron en detenerme y expulsarme del país, tras propinarme unas buenas palizas. (*Las voces del Estrecho*, p. 213).

Cerca dos POLICÍAS MUNICIPALES hacen un alto en la ronda. En la pantalla se proyectan a cámara lenta imágenes de un magrebí acosado por un grupo de policías que le gritan y le zarandean. [...]

(Uno de los agentes mantiene al magrebí tumbado en el suelo boca abajo, mientras otro le esposa. Ya reducido, aquel le golpea brutalmente con la porra y con los pies. La imagen se congela mostrando un primer plano del rostro del detenido sangrando por la nariz y por la boca) (*Ahlán*, p. 38).

Los personajes inmigrantes no son sólo víctimas de la violencia ejercida por las fuerzas oficiales. Reciben malos tratos también de parte de las mafias en cuyas redes se encuentran presos. Un caso ilustrativo es el de Marcelinda y sus compañeras negras obligadas a prostituirse por una banda de rufianes liderada por el Goyito en el relato «La piel de Marcelinda» de *Fátima de los naufragos*. Éstas chicas son obligadas por el macarra a estar desnudas en la calle, «con las tetas al aire» (p. 28) so pretexto de que esta desnudez es el reclamo necesario para atraer a la clientela. Incluso en pleno invierno, «no les consentía trabajar con abrigo» (p. 35). El dolor experimentado por el frío era tal que las pobres tenían los dientes que «parecían teclas de tanto castañear» (p. 33) y «se les salían las lágrimas de frío» (p. 34).

Gritaban como posesos. Nos insultaron en su lengua. Nos golpeaban. Débiles y mareados como nos encontrábamos, sin fuerzas para oponer resistencia, no tardamos en dar en tierra, chapotear sobre el agua. Quedábamos tumbados, indefensos, mientras ellos nos pateaban, golpeándonos con sus palos, con sus bates de béisbol. Ya sangrábamos algunos y el agua del mar lavaba y lamía nuestras heridas. [...] uno de ellos disparó, ignoro si al agua o si al cuerpo de alguno de nosotros. Se escuchó un juramento seguido de un grito de dolor. [...] Me golpeó el cráneo uno de los bates. Fue contra una roca dijo la autopsia. Mas el que me enterró conoce la verdad (*Las voces del Estrecho*, p. 55).

En *Tarifa: la venta del alemán*, el inmigrante Rashid, de tan sólo nueve años sufre también la traumática experiencia del cautiverio. Secuestrado por los miembros de una mafia de taxistas, y maltratado, se libra por los pelos de ser abusado sexualmente

por uno de sus secuestradores (p. 146) cuyo proyecto pederástico se ve abortado por la intervención de uno de sus compañeros, más escrupuloso.

En *Dónde mueren los ríos* (p. 169), Usmán recibe también una soberana paliza de Bubacar y sus secuaces estafadores y explotadores de inmigrantes recién llegados:

Al día siguiente del revuelo que se armó en el barrancón con el asunto de Bubacar, tres personas llevaron a Usmán entre los invernaderos y le dieron una paliza. Ya había terminado la jornada y alguien, cuando todos regresaban a enterrarse de nuevo en su tumba de ladrillos y madera, le pidió que lo siguiera para hablar sobre su problema. Donde nadie pudiera oír sus gritos, se lo fueron lanzando uno a otro como una pelota, a tortazos y patadas, mientras le advertían que aquello era sólo un aperitivo al lado de lo que le esperaba si volvía a nombrar una sola vez, ante sus jefes o sus compañeros, el tema de los sueldos atrasados.

Benassa sufre también el dolor del maltrato físico, en su caso a mano de otros mendigos como él, por una cuestión territorial, maltrato muy duro que pone fin a la única actividad que le quedaba para sobrevivir:

Todo terminó una noche en la que recibió una soberana paliza. Unos individuos de piel cetrina, sucios y violentos, se ensañaron con él. Le advirtieron que nunca jamás se dedicara a la mendicidad en aquel lugar de privilegio. Fue una noche triste que siempre recordaría. Ensangrentado, dolorido y apenado, recorrió cuarenta kilómetros a pie, hasta llegar a su antiguo cubil del Campo de Cartagena. (*La patera y otros relatos*, p. 89)

7.3.3. Rechazo

La exploración de la significación del infierno en las distintas civilizaciones y religiones nos permitió ver que el infierno se caracteriza por la ausencia de Dios. Los que se encuentran en el infierno sufren el rechazo total de Dios. Esta situación de rechazo se percibe en la totalidad de los textos literarios estudiados. Los personajes de estos textos son, en efecto, objeto de rechazo, rechazo en su caso manifestado por la sociedad

receptora, por los personajes españoles. Este rechazo se manifiesta de diversas formas, mediante distintas actitudes.

La primera actitud es el desprecio verbal mediante denominaciones peyorativas como «moro de mierda» (*Ahlán*, p. 27), «moromierda» (*Europa se hunde*, p. 73), «negrata» (*Fátima de los naufragios*, p. 25), «negra de mierda» (*Fátima de los naufragios*, p. 39) o las denominaciones «negro» y «moro», que usadas en determinados contextos y construcciones gramaticales —generalmente cuando se usan estos términos sin artículo— expresan una intención denigrante:

Ya estás cogiendo la puerta, negro (*Ahlán*, p. 72).

[...] no más negros, fuera negros, no más moros, fuera moros. (*Las voces del Estrecho*, p. 55).

[...] A mí me asusta que me llamen moro de forma despectiva, que piensen que soy un delincuente o un terrorista— susurró Rachid en medio de una creciente melancolía. (*Dónde mueren los ríos*, p. 128).

— ¿Por qué nos llaman con tanto desprecio moros, si ellos tampoco son como los españoles [gitanos]? — se asombraba Rachid. (*Vidas*, p. 176).

“Moros” les llamaban los españoles, con intención peyorativa. (*La patera y otros relatos*, p. 54).

Una indagación diacrónica nos hace ver que respecto al origen de la palabra «negro» encontramos dos principales teorías. Según la primera, «negro» procedería del bereber *n-gher* («río»), término que dio nombre al río Níger (latín *Nigris*¹⁴⁹) y que generó también la palabra *nigritae* que designaba a la gente que vivía junto al río o gente del río. Con el tiempo, por el color oscuro del río y el color oscuro de los *nigritae*, la palabra se volvió sinónimo de «oscuro», sustituyendo con el tiempo la palabra romana *ater* para significar el color que ahora llamamos «negro». Según esta teoría, *negro* vendría pues de un término étnico, no de una descripción de color, siendo el que fue más bien nombrado por la etnia. La segunda teoría, desarrollada por la Ferris States

¹⁴⁹ Plinio el Joven, siglo I d.C. en <http://www.dicolatin.com/FR/LAK/0/NIGRIS/index.htm>

University en su estudio «Nigger and caricatures»¹⁵⁰, sitúa el origen de la palabra «negro» en la voz latina *niger*, usada para describir al color más oscuro, que no refleja ninguna luz. Se convirtió posteriormente esta palabra latina, *niger*, en el sustantivo «negro» en portugués, español e inglés y *nègre* en francés, para designar a los individuos africanos de piel oscura. Richard B. Moore (2013) sitúa el primer uso de la palabra «negro» como sustantivo en relación con la población de África a la época después de 1441, cuando los exploradores portugueses bajaron la costa africana hasta alcanzar el río Senegal. Denominaron pues a los pueblos de más arriba del río *moros* o *azenegues* y a las poblaciones de más abajo del río, de piel más oscura, *negros*. El término muy pronto se convertirá en «sinónimo de esclavo» (Martín Casares, 2000) con la esclavización de las poblaciones negras por los portugueses. Después de la abolición de la esclavitud que le pasará el testigo de la subordinación a la colonización de África, el sustantivo seguirá con su carga semántica negativa e inferiorizante. Hoy en día, el término «negro» mantiene en el imaginario colectivo occidental una carga negativa, usándose a menudo no como designación neutral de un individuo de piel oscura, sino con un propósito denigrante, con una connotación despectiva.

La historia del término «moro» es similar. El término es derivado del latín *maurus* —que significa «negro»^{151—152}, procedente éste a su vez de las voces griegas *mauri* y *maurós*. Estos términos son los que usaron griegos y romanos para designar a los pueblos norteafricanos habitantes de *Maurusia*, el antiguo reino de Mauritania. Este reino de Mauritania, convertido en la Mauritania romana tras ser conquistada, abarcaba bajo Calígula (años 37 y 41, respectivamente) la parte occidental del actual Magreb —provincia imperial de Mauritania Tingitana— que corresponde al actual Marruecos, y la parte central del actual Magreb —provincia imperial de Mauritania Cesariense— correspondiente a la actual Argelia. En la España medieval, el término *moro* conservó el mismo sentido que le habían asignado los griegos y los romanos, usándose para designar a las poblaciones norteafricanas, musulmanas y bereberes, que invadieron el sur de la península —Al-Ándalus— en el siglo VIII. Durante la

¹⁵⁰ Disponible en <http://www.ferris.edu/jimcrow/caricature/>

¹⁵¹ San Isidoro de Sevilla, *Etimologías*, libro XII. Cap. 1 «Maurus niger est: nigrum enim graeci mauron vocant.», citado por Ramón Cabrera (1837: 464).

Reconquista, el término adquirió el significado de «contrapuesto al cristiano», como se puede observar en este extracto de las Capitulaciones para la entrega de Granada:

Que el rey moro y los alcaides [...] entregarán [...] la fortaleza [...]

Que se mande á las justicias que no consientan que los cristianos suban al muro que está entre el Alcazaba y el Albaicín, de donde se descubren las casas de los moros; y que si alguno subiere, sea luego castigado con rigor.

Que cumplido el término de los cuarenta días, todos los moros se entregarán á sus altezas libre y espontáneamente, y cumplirán lo que son obligados á cumplir los buenos y leales vasallos con sus reyes y señores naturales [...]¹⁵³

Después de la Reconquista, el término se empleó para nombrar a la comunidad musulmana¹⁵⁴. Así, en la población, se distinguían cristianos, judíos y moros, como se puede observar en distintos textos de la época:

Qui vero de occisione christiani, vel mauri sive judei per suspicionem accusatus fuerit nec fuerint super eum verídicas, fidelesque testimonias, judecent eum per librum judicum (Fuero de Toledo).¹⁵⁵

Todo aquel que moro de paz firiere o matare, peche por el assi como por christiano (Fuero de Zorita de los Canes).¹⁵⁶

Todo moro que firiere al christiano, si ge lo pudieren probar, con dos cristianos y un moro [de testigos], peche X mrs [diez maravedís]... y sil matare, muera por ello y pierda quanto oviere [...] Et si el christiano firiere al moro peche X mrs [...] et sil matare [...]

¹⁵² Cabrera, Ramón (1837), *Diccionario de etimologías de la lengua castellana*, Madrid, Imprenta de Don Marcelino Calero, Tomo I, p. 464

¹⁵³ *Tratado de Granada*, en http://es.wikisource.org/wiki/Tratado_de_Granada

¹⁵⁴ *Diccionario de la RAE*: «moro: 4. adj. Se dice del musulmán que habitó en España desde el siglo VIII hasta el XV. U. t. c. s.».

¹⁵⁵ Cf. Mobarec Asfura, Norma (1959), «Condición jurídica de los moros en la alta edad media española», en *Revista chilena de historia del derecho*, nº2, Santiago, Editorial Jurídica de Chile, p. 46.

¹⁵⁶ *Loc cit.*

peche cient mrs et vaya por enemigo por siempre de sus parientes (Fuero de Sepúlveda).¹⁵⁷

Posteriormente, pasó a designar genéricamente a todos los musulmanes.¹⁵⁸ Así se denominaban a todos los territorios ocupados por musulmanes, tanto en África septentrional como en Oriente Próximo, «tierra de moros», el equivalente del término árabe *Dar-al-islam*, que significa «la tierra del islam». El término siempre ha tenido un significado ambivalente, designando neutralmente una categoría etnológica —una comunidad— pero teniendo en unos contextos determinados una connotación peyorativa —con el sentido de «enemigo, enemigo en la fe cristiana» u «otro, otro no cristiano»— y hasta racista, connotación que ha pervivido hasta nuestros días.

La connotación peyorativa que tienen en estos términos, cuando usados en determinados contextos o de determinado modo, se percibe en la elusión de su uso y sustitución por otros políticamente más correcto. En *Ahlán* (p. 72) por ejemplo, Mateo usa el término «moreno» — «Hazme caso, moreno. Llevas las de perder»— para designar al senegalés Ammar, en vez de «negro», término que el uso hecho por Gallardo — «Ya estás cogiendo la puerta, negro» (*Ahlán*, p. 72) — ha cargado de una connotación despreciativa.

El rechazo a los personajes inmigrantes es manifiesto también en el uso de otros términos con una denotación expresamente peyorativa: «chusma» (*Ahlán*, p. 38, 74), «toda la mierda africana» (*Ahlán*, p. 77), gentuza (*Al calor del día*, p. 66), «indeseables» (*Al calor del día*, p. 229), «cerdos» (*Al calor del día*, p. 333), «guarros» (*Al calor del día*, p. 333) o discursos xenófobos del tipo «hay que echarlos a todos, [...] tenemos que limpiar las calles de moros. (*Las voces del Estrecho*, p. 49) o expresiones como «que se vayan pa' su tierra» («La piel de Marcelinda», *Fátima de los naufragos*, p. 38).

La segunda actitud de rechazo expresado por los personajes españoles para con los inmigrantes es el distanciamiento, fruto de un miedo paranoico hacia los inmigrantes. Esta actitud es muy visible en *La mirada del hombre oscuro* en la relación de la familia española con Ombassi:

¹⁵⁷ *Loc cit.*

¹⁵⁸ Pervive este sentido hoy en día, como lo podemos comprobar en una de las definiciones que da el *Diccionario de la RAE* (22ª ed.) de *moro*: «3. adj. Que profesa la religión islámica. U. t. c. s.».

LA MADRE.- ¡Antonio! ¡Antonio!, déjale y vámonos, antes de que nos haga algo! Dale lo que tengas y vámonos. (*La mirada del hombre oscuro*, p. 15)

EL PADRE.- Por si lo que quiere es robar. Es mejor no hacerle frente. Toma esto también. (*La mirada del hombre oscuro*, p. 17)

LA MADRE.- ¡Ten cuidado, a ver si te hace algo. (*La mirada del hombre oscuro*, p. 19)

LA MADRE.- No puedo [dormir]. Me duele la espalda. Además, me da miedo. ¿Y si nos hace algo? (*La mirada del hombre oscuro*, p. 35)

LA MADRE.- [...] Toda tu familia en peligro y tú te duermes. (*La mirada del hombre oscuro*, p. 37)

LA MADRE.- ¡No sé cómo puedes dormir tan tranquilo! [...] ¿Y si se despierta y nos hace algo? (*La mirada del hombre oscuro*, p. 36)

LA MADRE.- [...] ese negro que nos podía haber matado y que casi nos desgracia a la niña. (*La mirada del hombre oscuro*, p. 52)

En *Al calor del día*, se manifiesta en la adopción de medidas de seguridad que llegan a resultar exageradas:

«Es un sistema de seguridad a la última, que cualquier medida es poca ahora con tanta gentuza (*Al calor del día*, p. 66).

«He llamado a la policía, mami, que me ha dado mala espina el negro ese» afiló la chica los labios y, con ellos, todo su gesto (*Al calor del día*, p. 66).

Esta actitud de mantenimiento de distancia para con los personajes inmigrantes es también en otras ocasiones fruto de la repugnancia o asco que sienten algunos autóctonos hacia los moros y los negros. Esta actitud es perceptible en varias ocasiones en los textos del corpus:

Los otros asientos los ocupaba una familia española que prefería apiñada en el lado opuesto para dejar un buen espacio entre la ruandesa y ellos (*Vidas*, p. 182).

Una noche fui a una discoteca de esas que no tienen portero, en la que dejaban entrar a todo el mundo. Pero las mujeres se apartaban de mí, con asco, supongo que por tener la piel negra (*Las voces del Estrecho*, p. 196).

HIJO.- La gente de piel oscura me desagrada. Me da repelús. Es la escoria (*Ahlán*, p. 50-52).

Otra actitud de rechazo hacia los personajes inmigrantes es la desconfianza, actitud que pone a estos personajes en una situación muy incómoda:

[...] la gente desconfía de nosotros. (*Dónde mueren los ríos*, p. 69).

Y porque fueran blancos los asesinos, pensé, una especie de triunfo para aquella comunidad siempre bajo sospecha. (*Dónde mueren los ríos*, p. 205).

«unos eternos sospechosos» (*Europa se hunde*, p. 90).

Ser negro, ser moro, es ya ser sospechoso de algo, de todo, allí. (*Las voces del Estrecho*, p. 29).

En la calle, nos miran de reojo: somos sospechosos, temidos, nosotros, que vivimos entre ellos acojonados, con una acusación permanentemente colgando sobre nuestras cabezas, un dedo siempre dispuesto a declararnos culpables, una soga alrededor de nuestros cuellos. (*Dónde mueren los ríos*, p. 23).

El rechazo se manifiesta también en la negación por algunos personajes autóctonos a la integración a la sociedad española y participación en la vida social. Así, en *Ahlán*, Gallardo, molesto por la presencia del senegalés en el bar donde se he juntado con sus amigos, se empeña en expulsar al personaje del local, acabando derramando el contenido de su vaso. En *Al calor del día*, le niegan al protagonista guineano Matías Meló el acceso a un bar; «aquí no entran pordioseros, así que largo» (p. 253) recibe como respuesta al intentar entrar en el local. En la misma obra, se percibe el rechazo hacia el inmigrante mediante una aplicación discriminatoria de precios. A Matías Melo, de unos el camarero le quiere cobrar 500 pesetas por una consumición que vale según el cartel de precios expuesto 300 pesetas y ante la incomprensión del guineano indicando el precio marcado en el cartel le contesta el camarero «es que ese precio es para los de aquí» (*Al calor del día*, p. 182). Para Álvaro, «si tienen que trabajar [los inmigrantes],

que trabajen, pero que dejen de pasearse por ahí y molestarnos[les] a todos. (*Al calor del día*, p. 352). En *Ahlán* (p. 51), el deseo de la no integración es perceptible en el discurso de la Esposa:

MUJER.- Si por lo menos se quedaran en las chabolas... Te los tropiezas por todas partes.

La sexta forma o actitud de rechazo de los personajes autóctonos hacia los personajes inmigrantes, más radical que todas las anteriores, es la agresión física:

A veces incluso nos atacan los “cabezas rapadas”. Una jauría humana de racistas. En otras provincias estos ataques son más frecuentes que aquí en Murcia. (*La patera y otros relatos*, p. 77).

Y Ismael responde: pero yo lo he visto, he visto, veo el rechazo. Todos se han convertido en ángeles de Sodoma que vienen a destruir. Rastrean en los caminos, vigilan los mares, golpean las puertas de los barrancones donde acampan, buscan a los inmigrantes para matarlos. (*Las voces del Estrecho*, p. 82).

Cada día hay más muchachos que dicen ser crânes rasés y que pasean por ahí en manadas con aspecto de chulos dispuestos a pegar una paliza al primer árabe que encuentran con la excusa de que les hemos quitado el trabajo, cuando aquí hemos venido a hacer los trabajos que los franceses no querían. Hemos quitado la basura de sus alcantarillas y de sus calles cuando ellos no querían hacerlo, cuando nos dijeron que nos aceptaban como vecinos a cambio de que hiciéramos los trabajos más molestos, y ahora que esos trabajos les vuelven a interesarse nos tratan como si no fuéramos seres humanos. (*Europa se hunde*, p. 110-111).

Esta agresión física en muchas ocasiones llega a su extremo: el asesinato. En *Ahlán* (p. 53-54), El Paisa, un marroquí dócil y legal, es pegado y acuchillado mortalmente por una banda de jóvenes españoles. En *Al calor del día* (p. 355), otros dos marroquíes yendo en moto, limpios de «antecedentes policiales y judiciales» (p. 406), son perseguidos y embestidos por una banda de jóvenes españoles, atropello del que morirán en el acto (p. 406). En *Europa se hunde*, un marroquí muere ahogado por unos

fascistas (p. 119). En la voz del Estrecho, uno de los personajes también es asesinado en una paliza a manos de los «ultrasur» una banda de fascistas:

Gritaban como posesos. Nos insultaron en su lengua. Nos golpeaban. Débiles y mareados como nos encontrábamos, sin fuerzas para oponer resistencia, no tardamos en dar en tierra, chapotear sobre el agua. Quedábamos tumbados, indefensos, mientras ellos nos pateaban, golpeándonos con sus palos, con sus bates de béisbol. Ya sangrábamos algunos y el agua del mar lavaba y lamía nuestras heridas. [...] uno de ellos disparó, ignoro si al agua o si al cuerpo de alguno de nosotros. Se escuchó un juramento seguido de un grito de dolor. Ellos, jubilosos, cantaban: no más negros, fuera negros, no más moros, fuera moros. [...] Me golpeó el cráneo uno de los bates. Fue contra una roca dijo la autopsia. Mas el que me enterró conoce la verdad («Los ultrasur del Estrecho», *Las voces del Estrecho*, p. 55).

Los personajes inmigrantes no generan estas conductas xenófobas y racistas. El rechazo que sufren es más bien el fruto de su percepción como un elemento perturbador, como una amenaza, amenaza para la seguridad urbana y la seguridad sanitaria, amenaza para el orden y la estabilidad, amenaza para el bienestar. Se observa esta percepción española del inmigrante africano como amenaza y el miedo o preocupación que suscita en varias ocasiones en el corpus:

“Somos animales viajeros, nómadas. Se diga lo que se diga, uno no es de donde nace, sino de donde está en cada momento”. “Eso no vale para todos”, le repliqué [Larbi al holandés Hans]. “Algunos acabamos por no ser de ninguna parte. Vamos de ilegales por la vida. Pedimos papeles y nos dan hostias”. “Porque os consideran intrusos, os ven como un estorbo”. (*Ahlán*, p. 96).

[...] Mi marido es de esos. Por eso no quiere que sigas aquí. Él sólo te ve como un elemento extraño que viene a trastornar nuestras vidas. (*Dónde mueren los ríos*, p. 103).

Se nos van a venir aquí todos estos muertos de hambre a dejarlo todo hecho una mierda. (*Al calor del día*, p. 352).

Mira, tú dirás lo que quieras, pero el problema aquí no es más que uno: a los gitanos, mal que bien, ya los conocíamos y había... un respeto como si dijéramos, pero con la llegada de los negros y los moros esto es una selva Mario. (*Al calor del día*, p. 92).

[...] tienen miedo a que la llegada de otros cambie su vida. Nos hemos acostumbrado a vivir de una manera y no queremos que nadie ponga en peligro nuestro bienestar. (*Dónde mueren los ríos*, p. 103).

Considerados a priori un peligro, se criminaliza con facilidad a los inmigrantes, se les convierte en chivo expiatorio¹⁵⁹ de los problemas. En *Al calor del día*, la familia española atribuye a la llegada del negro Ombassi las desaventuras que están teniendo, lo ven como el factor que ha venido a perturbar la tranquilidad de sus vidas:

LA MADRE.- Todo ha sido por su culpa. Estábamos tan bien hasta que apareció. ¿A qué habrá venido? (*La mirada del hombre oscuro*, p. 37).

EL PADRE.- [...] ¡Todo por tu culpa! (*La mirada del hombre oscuro*, p. 47).

EL PADRE.- Y todo por culpa del negro. ¡Si no hubiera aparecido el negro! (*La mirada del hombre oscuro*, p. 53).

Estos prejuicios que dan lugar al rechazo de los inmigrantes se explican por dos factores. Primero, desde un punto de vista general, los seres humanos siempre han visto al otro como amenaza. Como lo observa Freud (1976: 220), lo «otro» » siempre se ha asociado en las sociedades humanas con «lo ominoso», lo «no familiar», «la inquietante extranjería»¹⁶⁰ que es «aquella variedad de lo terrorífico que se remonta a lo consabido de antiguo, a lo familiar desde hace largo tiempo». Según el psicoanalista, el extranjero para la mente humana es igual de ambiguo como la muerte, lo femenino, el final o el origen que nos absorben o nos constituyen. Provoca una angustia aterradora. Se le asocia pues sin necesidad de causa expresa al peligro. El segundo factor explicativo de los prejuicios hacia los inmigrantes son «ciertas pulsiones internas preexistentes»¹⁶¹ preexistentes que la historia ha consolidado y arraigado en el imaginario español. Nos referimos concretamos a la panoplia de estereotipos existentes en el imaginario

¹⁵⁹ Cf. Girard, R. (1986), *El chivo expiatorio*, Barcelona, Anagrama. 1986.

¹⁶⁰ Los tres conceptos significan lo mismo. El término original que Freud usa en alemán es *Das unheimliche*, traducido en la versión española de José L. Echeverri como «lo siniestro» o «lo ominoso» y en la versión francesa por «Inquietante extranjería», traducción a cargo de Marie Bonaparte y E. Marty.

¹⁶¹ López Cotín, Olga, «Desde la mirada oscura: geografías fílmicas de la inmigración en España», en Cornejo Parriego, Rosalía (2007), *Memoria colonia e inmigración: la negritud en la España posfranquista*, Barcelona, Bellaterra, p. 144.

colectivo español sobre los africanos. Está bien arraigado en la sociedad europea el estereotipo del negro salvaje caracterizado por el primitivismo. En *La mirada del hombre oscuro* (p. 19), la familia española da por sentado que el africano que tienen enfrente procede de la selva. Son observables en esta obra teatral otras muchas manifestaciones de la presencia de este estereotipo del negro primitivo en la mente de los sujetos españoles:

LA MADRE.- Le puede haber gustado [el mechero]. A lo mejor se cree que es un fetiche mágico de esos. Como esas gentes son tan prehistóricas. (p. 22).

EL PADRE.- ¡Qué no te acerques! Vámonos de aquí. Este tipo es un salvaje. (p. 45).

EL PADRE.- Y más vale que te vuelvas a tu selva, que aquí pegas menos que un pulpo en un garaje. (p. 48).

EL PADRE: [...] Cada vez llueve más, y nosotros aquí con este café» (p. 47).

Pero este estereotipo no se limita sólo a los negros sino que se aplica también a las comunidades no occidentales, en este caso a la magrebí, como podemos observar en *Al calor del día*: Álvaro se refiere a ellos en términos de «los salvajes esos» (p. 353) y Carlos Huélamo en término de «fieras» (p. 355).

Otro estereotipo, siempre relacionado a la identificación del negro con la barbarie, es la incultura:

[...] se sorprendió [el guardia] de que me gustara leer. Se ve que en su mente no cabe que un sin papel pueda interesarse por un libro. (*Dónde mueren los ríos*, p. 15).

LA MADRE.- Porque estas personas negras son muy incultas. (*La mirada del hombre oscuro*, p. 20).

Observamos también en *La mirada del hombre oscuro* los estereotipos del negro caníbal y del negro sucio y portador de enfermedades:

EL NIÑO.- Dice que se quiere comer a la niña (p. 15).

LA NIÑA.- ¡No! ¡Es malo! ¡Se come a otros! (p. 31).

LA NIÑA.- Se ha comido a otro negro (p. 30).

LA NIÑA.- Tiene unos dientes muy grandes.

LA MADRE.- Porque viene de la selva y allí está lleno de fieras. (p. 27).

LA MADRE.- ¿No tendrá pulgas la chaqueta ésta [de Ombassi] (p. 33)

LA MADRE.- Me da repeluco. ¿Y si la navaja tiene sida o algo? (p. 33).

LA MADRE.- No me gusta que el niño esté tan pegado a él. A lo mejor tiene piojos; o la tiña, que creo que en esos países la tienen mucho. Hasta la lepra. (p. 36)

En *Al calor del día* (p. 333), se desprende de los gritos dirigidos por la banda de Álvaro a Outzman y Said, el estereotipo del moro sucio:

-¡Cerdos, íos a vuestra puta tierra de una vez!

-¡Musulmanes, alacranes!

¡ja, ja, ja!

-¡Ja, ja, ja! ¡A ver si os echamos al mar y así de paso os laváis un poco, guarros!

-Sabéis por qué no coméis cerdo los moros, desgraciaos? ¡Para no tener que hincarle el diente a vuestra puta madre!

Aparece también en el corpus el estereotipo del inmigrante delincuente:

LA MADRE.- [...] Luego acaban todos metidos en las drogas. Hay que decírselo a la Guardia Civil. (*La mirada del hombre oscuro*, p. 37).

Una vez más, los populares vinculaban inmigración con delincuencia [...] *Cayucos*, p. 105).

¿Por qué dices que se les debe expulsar, los rechazas de esa manera? Ellos son como tú, tienen tu edad. Lo único que aspiran es a trabajar y poder vivir. [...]

¿Cómo yo? ¿Ésos como yo? Yo me reviento las veinticuatro horas del día, de aquí para allá, y apenas si gano para mantenerme, honradamente, eso sí, y ellos, míralos, ahí los

tienes, con sus móviles, sus motos y cochazos, ¿de dónde sacan la pasta? Es trabajo limpio acaso? (*Las voces del Estrecho*, p. 49).

ESPOSO.- Te he dicho que no salgas sola a la calle. Es peligroso y desagradable. El otro día, unos marroquíes degollaron un carnero y esparcieron las vísceras por el suelo. De vomitar. ¿Qué necesidad tienes de andar por allí si puedes pedalear sin moverte de casa? (*Ahlán*, p. 51).

Es muy visible también el estereotipo del inmigrante invasor, el inmigrante que viene a expoliar al autóctono de lo suyo, a quitar al español su empleo, su bienestar e incluso su territorio:

-Si es que tiene cojones la cosa: escoria o futbolistas caraduras, todos para acá. ¡Todas a comer la sopa boba de la gran teta española (*Al calor del día*, p. 181).

¡Vamos a darles todo! ¿No es eso lo que pide esta banda? Que nos invadan de una vez por todas, como querían en navidades, ¡si ya lo hizo Muza en la prehistoria! Aquí como lo del refrán, ya verás tú: de fuera vendrán los que de casa nos echará (*Al calor del día*, p. 181).

Esta estrategia alcanzó su punto álgido cuando acusaron directamente a los extranjeros no comunitarios de ser los responsables del desempleo [...] (*Cayucos*, p. 150).

[...] todos y todas vendrán de fuera, que es la moda, amigos míos. Y nosotros... a rellenar el censo. Lo que os digo a diario y no me tenéis en consideración, que ya quedamos cuatro de aquí, que nos están colonizando, si es que no nos han colonizado ya (el doctor Navascués) (*Al calor del día*, p. 128).

—Pues no lo sé, pero ya estoy harto de ver desfilar moros y negrazos por aquí — contestó muy ofuscado.

—¿Pero a ti, qué más te da? Intervino el tercer hombre.

—¿Que qué más me da? ¡Pues que cualquier día me quedo sin mi trabajo y sin mi jornal porque el cabrón del patrón va a preferir a esos negrazos que cobran menos que nosotros! —argumentó con ira en su rostro (*Vidas*, p. 150).

CADÁVER.- Aquí será peor. Aquí no nos quieren. Ni siquiera les interesamos para robarnos. Creen que venimos a quitarles lo suyo. Aunque nos conformemos con lo que ellos no quieren, es igual. Creen que manchamos el aire pestilente que respiran. Ya has

visto a estos. Se comportan como si fueras a matarlos. La mujer ha soñado que ibas a forzarla (*La mirada del hombre oscuro*, p. 40).

-¿Y estos gilipollas que dicen que está mal que lo hayan matado? Si se hubiera estado en Marruecos quietecito no le habría pasado nada. Pero, no. El señorito tenía que ir a quitarle el pan a los franceses. Y todavía se extrañarán de que los maten. Si es lo que había que hacer aquí... todos para su país, y si alguno se resiste, al Manzanares con una piedra en los pies. Si yo mandase, se iban a enterar (*Europa se hunde*, p. 125).

Se llega incluso a asimilar a los personajes inmigrantes a una epidemia o a unos prolíficos y expansivos conejos que hay que exterminar:

—Hay muchos, están por todas partes, De noche ya no se puede salir. Han copado todos los parques— [...].

—De verdad, señor, están por todas partes, todo el día te los encuentras vagando por ahí, es una epidemia, pero que la basura— (*Los príncipes nubios*, p. 142).

Procedentes del norte de África, se cree que en Numidia tuvieron su primer asiento, han invadido el sur y el oeste de nuestro continente y, siendo de naturaleza prolífica, han llegado a convertirse en una verdadera plaga. Habitan toda clase de terrenos, desde las llanuras hasta los montes. Pasan buena parte del día ocultos en sus madrigueras o tumbados entre las matas y a la caída de la tarde empiezan a vagar en busca de alimento. Se acercan a las casas y a menudo entran en ellas para devorar cuanto hallan. Son tímidos, pero astutos, y cuando sienten nuestra proximidad procuran pasar desapercibidos. Todo lo arrasan a su paso y todo lo cubren con sus sucios excrementos. En algunos países, conscientes de lo peligrosa que resulta su presencia, se les persigue encarnizadamente. Hora es de que aquí sigamos su ejemplo. De lo contrario, muy pronto será imposible librarse de ellos. Cerremos los oídos a quiénes se empeñen en convencernos, cualquiera sabe con qué estúpidos argumentos, de que debemos aceptar su presencia. No hagamos el más mínimo caso a los que esgriman que existen leyes que les protegen o anuncien otras nuevas. El exterminio del conejo es nuestra más urgente tarea. Todos los medios valen si se demuestran eficaces (*Ahlán*, p. 83-84).

Podemos definir los estereotipos como imágenes o ideas colectivas, reduccionistas, generalizantes, preconstruidas e inmutables acerca de algo o alguien.

Reduccionistas porque reducen la gente a unas cuantas características simples, esenciales que son representadas como fijos por parte de la Naturaleza. Como lo afirma Stuart Hall,

Los estereotipos retienen unas cuantas características sencillas, vividas, memorables, fácilmente percibidas y ampliamente reconocidas acerca de una persona; reducen todo acerca de una persona a esos rasgos, los exageran y simplifican y los fijan sin cambio o desarrollo hasta la eternidad Stuart Hall (2010: 430).

Generalizantes porque operan una forma de sinécdoque etnológica; las ideas o características observadas en uno o varios individuos del grupo observado son extendidas a todo el grupo. *Preconstruidos* porque no son el fruto de la elaboración personal del individuo sino que son asimilados o recibidos por éste de la tradición cultural, del entorno social o también de la lengua misma mediante locuciones como por ejemplo «hacer el indio» que transmite la idea de que los indios son unos payasos o unos tontos; «trabajar como un negro» que relaciona la imagen del negro con la dura labor o la esclavitud, «trabajo de chinos» que sugiere una representación del chino como paciente en la dura labor; «beber como un cosaco» que presenta a los cosacos como unos borrachos, etc... Como tal, los estereotipos son fijos. La inmutabilidad define su función y a la vez su naturaleza. Son esquemas fijos y que fijan ideas. Como afirma Schapira:

[Les stéréotypes] fixent dans une communauté donnée, des croyances, des convictions, des idées reçues, des préjugés, voire des superstitions: les Ecosais sont réputés avarés, les Polonais boivent beaucoup, il fait beau à la St Jean, après l'Ascension le temps se gâte, qui est heureux au jeu est malheureux en amour, il faut toucher du bois pour faire durer sa chance (Schapira, 1999: 1-2).

Colectivos porque son compartidos por los miembros de una comunidad social o cultural. Contribuyen a organizar las representaciones colectivas, las opiniones intercambiadas y el imaginario social —conceptos, nociones, mentalidades, prejuicios, valores, etc. — de una colectividad determinada.

Como ideas o imágenes heredadas, los miembros del grupo pueden reaccionar frente a los estereotipos con distancia crítica o aceptarlos de una manera conformista. La segunda actitud es la que se suele adoptar debido a lo que se ha dado a conocer como «ley del mínimo esfuerzo Herrero Cecilia (2006) junto a la falta de interés por conocer al otro como es realmente, conocerlo más allá de las creencias. El resultado es la perpetuación e inmutabilidad del estereotipo y del desconocimiento del otro, desconocimiento que observa Amadú de *Dónde mueren los ríos* en el caso de España con respecto a África:

Es fácil dar una conferencia sobre literatura africana en España. Todo lo que se cuenta resulta novedoso. Me pareció increíble que a pocos kilómetros de nuestras costas nadie en la universidad, ni alumnos ni profesores, hubiera oído hablar de Cheik Amidou Kane, o de Amadou Kourouma. El único nombre que sonaba era el de Wole Soyinka, y sólo desde que recibió el premio Nobel. Las culpas de este desastre se las reparten la falta de traducciones al español y el hecho de que los intelectuales del país vivan de espaldas a la realidad cultural del continente que les queda al sur, y apunten su mirada hacia el norte, siempre hacia el norte. Pero me sorprendió especialmente en Canarias, donde no puedes mirar al norte sin que tu mirada pase, aunque sea sin detenerse, por el África septentrional(*Dónde mueren los ríos*, p. 66).

Los estereotipos sobre los personajes africanos provocan el rechazo de éstos por los autóctonos españoles porque la estereotipación opera una división. En términos de Stuart Hall (2010: 430) «la estereotipación despliega una estrategia de “hendimiento”».

En el caso de la inmigración, los estereotipos separan el «nosotros» del «ellos» u «otro». Divide lo «normal» y lo «aceptable» de lo «anormal» y de lo «inaceptable». Entonces excluye o expulsa todo lo que no encaja, que es diferente. Dyer argumenta que

un sistema de estereotipos sociales se refiere a lo que está por dentro y fuera de los límites de la normalidad [es decir, la conducta que se acepta como ‘normal’ en cualquier cultura]. Los tipos son instancias que indican aquellos que viven de acuerdo con las reglas de la sociedad (tipos sociales) y aquellos designados para que las reglas los excluyan (estereotipos). Por esta razón, los estereotipos son también más rígidos que los tipos sociales [...] Los límites [...] deben quedar claramente delineados y también los

estereotipos, uno de los mecanismos del mantenimiento de límites, son característicamente fijos, inalterables, bien definidos.¹⁶²

Así pues, los estereotipos operan una cerradura, una exclusión. Simbólicamente fijan límites y excluyen todo lo que no pertenece. Establecen una frontera simbólica entre el «nosotros» percibido como lo «normal» y el «ellos» o «los otros» considerados como lo «anormal», lo «patológico», lo «inaceptable», «lo peligroso». Como afirma Stuart Hall (2010: 430),

facilita la unión o el enlace de todos nosotros que somos “normales” en una “comunidad imaginada” y envía hacia un exilio simbólico a todos ellos —los “Otros”— que son de alguna forma diferentes, “fuera de límites”.

Mary Douglas (1966), por ejemplo, yendo en el mismo sentido que Freud decía que cualquier cosa que está fuera de lugar se considera contaminada, peligrosa, tabú. Sentimientos negativos se congregan a su alrededor. Debe ser simbólicamente excluida si se quiere mantener el orden. La teórica feminista Julia Kristeva (1982) denomina tales grupos expulsados o excluidos como abyectos (del significado en latín, literalmente «desechado»). En esta condición de expulsados se encuentran los personajes africanos de nuestros textos culturales. En el caso de los negros, desde épocas remotas¹⁶³, se ha establecido en la sociedad occidental, bajo condiciones de ignorancia de África, esta frontera simbólica entre los blancos, considerándose civilizados, desarrollados intelectualmente —refinamiento, aprendizaje y conocimiento, la creencia en la razón, la presencia de instituciones desarrolladas, el gobierno y la ley formal, y una «restricción civilizada» en su vida cívica, emocional y sexual, todo lo cual está asociado con «Cultura» — y los negros asociados con el primitivismo y la barbarie, cualquier cosa que sea instinto —la expresión abierta de la emoción y los sentimientos en lugar del intelecto, una ausencia de «refinamiento civilizado» en la vida sexual y social, una

¹⁶² Dyer, Richard (1977), *Gays and Film*, Londres, British Film Institute, en Hall, Stuart (2010), «El espectáculo del Otro», *Sin garantías: Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*, Popayán, Envión editores, p. 430.

¹⁶³ Plinio el Viejo describió el «continente oscuro» como tierra de peligros donde existían monstruos y según Herodoto y Aristóteles habitaban en África bestias salvajes. Cf Nederveen Pieterse (1992:24).

dependencia del rito y la costumbre, y la ausencia de instituciones cívicas desarrolladas, todo lo cual está ligado a la «Naturaleza»—. Declarados descendientes de Ham, condenados en la Biblia (Génesis 9: 18-28) a ser por la eternidad sirvientes de sirvientes entre sus hermanos¹⁶⁴, los negros fueron identificados con la naturaleza, con «lo primitivo». El Siglo de las Luces, que clasificada las sociedades a lo largo de una escala evolutiva partiendo de la «barbarie» hasta la «civilización», se estableció que África era el padre de todo lo que es monstruoso en la naturaleza¹⁶⁵. Curbier calificó a los negros como una «tribu de monos» (Stuart Hall, 2010: 424). Hegel afirmó que África no era «parte histórica del mundo [...] no tiene movimiento o desarrollo que exhibir» (Stuart Hall, 2010: 424). Para Montesquieu (1748: 77), «no puede uno hacerse a la idea de que Dios, que es un ser muy sabio, haya puesto un alma, sobre todo un alma buena, en un cuerpo todo negro». Esta asociación del negro como lo malo o negativo, generada por varios padres de la cristiandad occidental¹⁶⁶ es perceptible en toda una serie de expresiones idiomáticas occidentales —españoles en nuestro caso— como las siguientes, recogidas por Rodríguez González (2003): «tener la negra», «un día negro», «una suerte negra», «hay una mano negra», «garbanzo negro», «pozo negro», «oveja negra», «magia negra», «negras intenciones», «lista negra», «humor negro», «mercado negro» o «dinero negro».

Al final del siglo XIX, cuando la exploración europea y la colonización del interior africano empezó en serio, se consideraba a África como varada e históricamente abandonada, una tierra de fetichismo, poblada por caníbales, demonios y brujos.¹⁶⁷ África entonces siempre ha sido dada por escenario de salvajismo sin cuartel, de canibalismo, de adoración al diablo y de libertinaje sexual. También se había afianzado una forma temprana de argumento biológico fundamentado en las diferencias, reales o imaginarias, fisiológicas y anatómicas —especialmente en características craneales y ángulos faciales— que supuestamente explicaban la inferioridad física y mental. Para los negros, el primitivismo (Cultura) y la negritud (Naturaleza) se hicieron así

¹⁶⁴ Cf. Nederveen Pieterse, Jan (1992), *White and Black. Images of África and Blacks in Western Popular Culture*, Nueva Haven, Yale University Press, p. 44.

¹⁶⁵ Edward Long (1774), citado en McClintock, Anne, (1995), *Imperial Leather*, Londres, Routledge, p. 22.

¹⁶⁶ Jan Nederveen Pieterse (1992), *White and Black. Images of África and Blacks in Western Popular Culture*, Nueva Haven y Londres, Yale University Press, p. 24.

¹⁶⁷ McClintock, Anne, *Op. cit.*, p. 41.

intercambiables. Todas estas creencias son las que han justificado la esclavización de los negros. Durante la época colonial, las creencias anteriormente vehiculadas en la sociedad occidental sobre los negros no han hecho más que afianzarse. Se siguió considerando África como un espacio salvaje, peligroso y amenazante, para el blanco que se adentraba en sus oscuridades. Los términos de definición de la peligrosidad del continente incluían las costumbres bárbaras de sus habitantes como el canibalismo, las secuelas de la esclavitud, y sobre todo las enfermedades africanas, las fiebres implacables que acababan con los intentos de colonización. África, además de peligrosa por sus habitantes de costumbres salvajes y sus bestias peligrosas, se percibía en adelante también como una tierra insalubre. Por este motivo, como subraya Fígares Romero de la Cruz (2003: 149) en la mente de los colonizadores, «colonizar, civilizar, significaba sanar, mientras que barbarie, salvajismo, por el contrario, eran sinónimos de enfermedad y hasta de muerte». Esta imagen de África como tierra de insalubridad y de los virus más mortíferos se mantiene todavía hoy en día en el imaginario colectivo europeo. No en vano el origen del virus del sida se ha adscrito al continente africano, aun sin pruebas suficientes que lo demuestren.

Esta representación europea de África y de los africanos es lo que la premio Nobel de Literatura 1993, Toni Morrison, siguiendo los pasos de Edward Said (2002) con su término «orientalismo» ha denominado «africanismo»¹⁶⁸.

En el caso particular de los inmigrantes magrebíes, los prejuicios que le establecen como invasor son el fruto de los fantasmas del pasado «moro» que invadió la península Ibérica en el siglo VIII. Derrida (1993: 31) habla al respecto de *hantologie* o «ontología asediada por fantasmas». Freud habla de la misma noción de Derrida pero en vez de fantasmas los denomina «dobles» que invaden nuestras vidas: «los muertos siguen viviendo y se vuelven visibles en los sitios de su anterior actividad».¹⁶⁹

¹⁶⁸ Define así ese término: “I use it as a term for the denotative and connotative blackness that African people have come to signify, as well as the entire range of views, assumptions, readings, and misreadings that accompany Eurocentric learning about these people... The United States, of course, is not unique in the construction of Africanism. South America, England, France, Germany, Spain –the cultures of all these countries have participated in and contributed to some aspect of an ‘invented Africa’”. Citado por CORNEJO PARRIEGO, Rosalía, «Introducción. De la Mirada colonial a las diferencias combinables», en CORNEJO PARRIEGO, Rosalía, *Memoria colonial e inmigración: la negritud en la España posfranquista*, Barcelona, Ediciones Bellaterra, 2007, p. 27.

¹⁶⁹ FREUD, Sigmund «Lo siniestro», en *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, Vol. XVII, p. 247.

La frontera simbólica de la que hablamos anteriormente, establecida desde el pasado se mantiene viva hoy en día, aunque bajo otra forma. Como lo afirma Julia Kristeva¹⁷⁰, el enemigo en las sociedades «primitivas» se percibe en la sociedad moderna en el extranjero, a pesar del vaivén que las posturas a favor y en contra de su integración social toma a lo largo de la historia de la humanidad.

Esta realidad se nota en *Dónde mueren los ríos* en la historia de Usmán con la familia española. A excepción de la madre y de su hijo que obran como verdaderos personajes fronterizos que exaltan la solidaridad de los pueblos por encima de las nacionalidades y las religiones, el marido constituye el paradigma de esa frontera simbólica. En él se concretiza toda una corriente de opinión, por desgracia mayoritaria, que mantiene la necesidad de la desconfianza respecto a los otros y a lo diferente, probablemente, por ignorancia y egoísmo material —miedo a perder los privilegios—. La mujer resume esta forma de contar la historia y de entender el mundo, con pertinente sabiduría:

-Otros creen que cada cual debe estar en su sitio. No te hablo ya de los racistas de verdad, de los que están convencidos de que son superiores. De esos, creo, quedan cada vez menos. Te hablo de los que tienen miedo a que la llegada de otros cambie su vida. Nos hemos acostumbrado a vivir de una manera y no queremos que nadie ponga en peligro nuestro bienestar. Es legítimo, lo entiendo, pero tendremos que aprender una cosa. O buscamos la manera de compartir entre todos lo que tenemos o los que no tienen nada seguirán viniendo a buscar lo que necesitan donde lo encuentren. Es la ley de la vida. Es la historia. Siempre ha sido así y así será siempre (*Dónde mueren los ríos*, p. 103).

Añade que la lucha que tiene con su marido, a propósito de Usmán, «es lo mismo que está ocurriendo en la calle con la llegada de tantos emigrantes» (p. 103), razón por la cual, aboga por más «cordura» y menos ceguera (p. 104). Parece evidente que la polémica entre el marido y su mujer es una imagen en miniatura de esta lucha entre los contrarios en la concepción de la otredad emigrante. También, pone de relieve la permanencia de este pensamiento ensimismado que refuerza la frontera simbólica, en

¹⁷⁰ KRISTEVA, Julia (1991), *Extranjeros para nosotros mismos*, Barcelona, Plaza y Janes.

vez de luchar por las puertas abiertas, en aras de una multiculturalidad positiva. Este discurso de la frontera lo resume, de manera flagrante, la perspectiva política de mano dura del comisario europeo en *Ahlán*. Este responsable eurocomunitario tiende a perpetuar el tópico del cierre de las fronteras, recordando la necesidad de actualizar, no la imagen arquetípica de un Moisés abriendo las aguas del mar, sino la de un Hércules separando, más y más, las dos riberas del Mediterráneo:

No es haciendo de pontífices como mejor contribuirán a la edificación de la nueva Europa. La tarea común es hacer lo posible para convertirla en una fortaleza. Hay que levantar muros en vez de derribarlos. Habría que buscar los pedazos del de Berlín y reconstruirlo a toda prisa. Entre un Moisés que abría caminos en el mar y el Hércules que creaba abismos apartando las tierras, hoy elegiríamos a éste. **(Contempla la orilla opuesta.)** ¿No le parece que aquella orilla tiene el aspecto de una herida abierta e infectada? [...] A ustedes, los españoles, les ha tocado ser guardianes de la puerta trasera de Europa. Pongan barreras que eviten el paso de la miseria que vomita el sur y recibirán nuestro aplauso (*Ahlán*, p. 5).

Paralelamente a esta protesta contra la existencia de la frontera simbólica que hace del Estrecho el paradigma del desencuentro, se observa la hipocresía del discurso europeo sobre la inmigración; el carácter fronterizo del Estrecho se mantiene sólo y exclusivamente cuando se trata de pobres y de buscadores de pan y de bienestar, del moro que viene a trabajar en los invernaderos o del negro que viene a trabajar en la construcción, mientras que no se aplica contra los trasvases de energías, capitales y petroleros y, sobre todo, contra las mafias que usufructúan el drama ajeno. Es el caso de los traficantes de personas y de droga que han estado convirtiendo el Estrecho de Gibraltar en un espacio de buena vecindad donde los contactos y las coordinaciones para explotar la situación de los pobres emigrantes son muy evidentes, haciéndose, a veces, con la connivencia de las máximas autoridades. Esta realidad la delata Antonio Lozano en sus dos novelas *Harraga* y *Donde mueren los ríos*. Esta denuncia convierte la arenga del mencionado comisario europeo en pura y gratuita propaganda a favor del pensamiento más reaccionario de Europa. En estas dos novelas, la importancia de la mafia y su involucración en el tráfico de personas es incuestionable. Mafia que hace del Estrecho de Gibraltar y del Atlántico un espacio de lucro y de negocios sucios donde las

bandas mafiosas, de todo signo, explotan sin contemplaciones y miramientos a los emigrantes, con signos de nueva esclavitud, propia de lejanos tiempos. En *Donde mueren los ríos*, Fatiha expresa, con mucha indignación, esta implicación de la casa común en el negocio sucio cuando va destapando el contenido de la carpeta en que está todo el secreto de los verdaderos implicados en la mafia:

[...] De todos los continentes de este mundo en que la vida de los demás, cuando se trata de negocios, no vale nada. Negocios sucios, el punto de encuentro de hombres de toda clase: con estudios, sin estudios; respetables, despreciables; negros, blancos. La casa común de quienes aman al dinero por encima de todas las cosas (*Dónde mueren los ríos*, p. 203).

Lo más importante que descubren Fatiha y Amadú es que tal mafia no tiene fronteras ni color ya que el contenido de la carpeta, que van poniendo al descubierto, no hace ninguna distinción entre Canarias y África:

[..] La información circulaba entre Canarias y África. Empresarios, policías, funcionarios, intermediarios, dueños de embarcaciones se apiñaban, codo con codo, en esta carpeta de cartón que Bubacar había sacado de algún lugar. La conexión entre el tráfico de mano de obra y la red de prostitución quedaba clara en algunas de las cartas (*Dónde mueren los ríos*, p. 202).

Lo que parece irónico es que el Estrecho, convertido en frontera por una Europa ensimismada y guardiana de sus límites septentrionales, es el espacio donde la fluidez de contactos trasmediterráneos entre las dos orillas se hace con toda la naturalidad, sin visados ni cortapisa ninguna, con la anuencia complaciente de las mismas autoridades, responsables y hombres de negocio de toda laya. En este caso, diferencias de religión o de nacionalidad están desprovistas de significado. Así es como lo explicita Jalid en *Harraga* (p. 27):

[...] Me fui metiendo en el mundo de los que manejan este asunto; entendí que en él no hay ni marroquíes ni españoles, ni europeos ni africanos, ni policías ni ladrones. El

dinero y la clandestinidad hacían que nos sintiéramos parte de una misma familia, por encima de la nacionalidad, la raza, la religión (*Harraga*, p. 27).

El Estrecho es frontera para unos, pero no para otros. Aquí se articula un doble lenguaje que refleja una hipocresía flagrante. Esta impronta irónica la destaca, con creces, el protagonista de *Harraga* que cuenta cómo se burlaban, él y sus compañeros de la mafia, del mito de la muralla en el Estrecho:

-Dijo Hassán II en una ocasión que españoles y marroquíes están condenados a entenderse. Los que nos dedicamos a esto fuimos los primeros en entenderlo. Para la inmensa mayoría del país, el Estrecho es un muro infranqueable. Para nosotros, es el puente que nos une, la razón de ser de nuestro trabajo y de nuestro entendimiento mutuo. Sin el mar de por medio, este negocio no daría para nada, de modo que démosle gracias a Dios por haberlo interpuesto entre unos y otros (*Harraga*, p. 40).

Entonces, el Estrecho como frontera de Europa es más ficción que realidad, encarna la hipocresía de la historia y su injusticia y, a la vez, revela la verdad de los discursos actuales sobre la interculturalidad y la globalización. Ésta se hace en sentido unilateral en beneficio del capital y de los negocios sucios o legales, pero con la explotación de los desfavorecidos del planeta. Todos los autores de las obras sobre la emigración hacen hincapié en esta paradoja, la desenmascaran para poner en ridículo la actual época globalizada y de la aldea global, porque tal ecumenismo parece más virtual que fáctico, más deseo que realidad. Nieves García Benito es la autora que trata, con mucha profundidad, esta cuestión de la frontera. En su artículo titulado «Por la vía de Tarifa o la letra con la sangre entra» (García Benito, 2004: 51-88), asume como verdad lamentable esta realidad de frontera del Estrecho y se autodefine como cultivadora, no sólo de una literatura sobre la frontera o las historias de la frontera, sino de una literatura de frontera. Ella está más que convencida de que el Estrecho es símbolo de frontera y de un nuevo muro de Berlín que se está erigiendo en un nuevo mito, por no decir, nuevo ídolo-dios, volviendo a separar Occidente de Oriente, España de África y del mundo Árabe, en continuidad con la tradición anti-árabe de la cultura europea:

Perpetuamente ha existido la frontera con el mundo árabe, recuérdese que era Tierra de Cruzadas, o sea, el rival de la puerta de la Ruta de las Especias, también con el mundo africano —todo negro es un esclavo en potencia—, además, son territorios de filones de petróleo. La cuestión es que, al principio de los noventa y roto el Muro de Berlín, de nuevo, hay que delimitar los mitos, los símbolos. Construir nuevos ídolos (García Benito, 2004: 59).

El blindaje de Europa y su impermeabilización lo ejerce la propia España que también continúa su mito fundacional del Santiago Matamoros: «Viva Santiago y cierra España», haciendo de un mito local, un patrimonio universal y europeo:

El patrón de España, Héroe local, se ha transferido a Europa. Ha conseguido transformar un mito local en universal. España desempeña ese papel de frontera y es ella misma una frontera entera. Hasta nuestra institución protectora por antonomasia, la Guardia Civil, es la guardiana de la frontera frente al moro. Así, esta frontera no es una vuelta atrás de los viejos mitos, es una continuación (García Benito, 2004: 65).

Este «Ídolo-Muro» o «Ídolo-Dios-frontera» está ya montado y sirve para bochorno de toda Europa, como causante de los distintos sacrificios humanos que se le hacen a través de los miles de emigrantes que mueren en las aguas del Mare Nostrum, cometiendo así una especie de holocausto, no en términos religiosos, sino propiamente económicos. Es, en *Por la vía de Tarifa*, donde pone en práctica, a través la ficción, esta teoría y conceptualización del Estrecho como frontera, criticando la amnesia histórica de los españoles y su ceguera al mismo tiempo que su ignorancia e indiferencia hacia lo que ocurre al sur del Estrecho, pese a la cercanía geográfica y a los lazos históricos, más que tangibles, existentes entre ambas orillas. En el cuento «el tiburón», la narradora reconoce tácitamente la existencia de una frontera imaginaria que se le antoja tan profunda que hasta el viento rachea de otra manera:

Tarifa, tan cercana de Algeciras. Pero entre ellas parece haber un abismo, una frontera imaginaria: hasta el mismo viento rachea de otra manera. Ir a Algeciras es hacerlo a la capital: otro mundo (*Por la vía de Tarifa*, p. 68).

Esta lejanía la considera una realidad tangible en su entorno vecinal, porque casi todos la ven con desconfianza por recoger a ilegales y la critican por eso, poniendo en práctica todo el arsenal de prejuicios sobre los moros bajo el pretexto del pobre tiburón al que atiende, a sabiendas de que, en el fondo, este último no es nada más que un intermediario de toda una red de mafias que trafican con los seres humanos; mafia en la que no hay diferencia entre español y marroquí. Este alejamiento parece ser fruto de la incompreensión y de la ignorancia entre las dos riberas del Mediterráneo, no obstante su exagerada proximidad física en tanto que dos mundos que casi se tocan. Esta ignorancia se hace más terrible y de gran trascendencia negativa, desde la óptica de la ética humana, porque se mantiene en casos de extrema delicadeza, esto es, en situaciones límite, como es la situación de los emigrantes que mueren en la costa ante la indiferencia de los ribereños. La aberración de esta incomunicación mental e imaginaria entre sur y norte se ficcionaliza, en el cuento «Punta marroquí» y también en «Un pasillo, de Tánger». En «Punta marroquí», se relatan dos historias inconexas y paralelas, sin posibilidad ninguna de contacto; se dan simultáneamente y por aislado, a pesar de que están ocurriendo en el mismo lugar: es la historia de Hilario que tiene problemas en enterarse del por qué gritan las gaviotas y le va muy mal la pesca, y la de Kader, un emigrante marroquí que está arrostrando la muerte, pidiendo ayuda al mismo Hilario quien ni se entera de la inminencia de tal naufragio.

7.3.4. Hambre y sed

Como vimos anteriormente en la representación griega del infierno, con el personaje Tántalo, el infierno se caracteriza como un lugar donde los condenados sufren la dura experiencia del hambre y de la sed. Este sufrimiento infernal generado por la carencia o privación absoluta se observa en los textos de nuestros corpus por la precariedad e indigencia que caracteriza la vida de los protagonistas inmigrantes en España. En *la patera y otros relatos*, Benassa y su compañero ghanés de penalidades, Ngo, sufren esta condición atroz marcada por la falta de alimentos. Andan «siempre hambrientos» (pp. 94 y 105) y «sedientos» (p. 105). Tienen tan anclado en el cuerpo y el alma esta carencia que los conocidos africanos a los que acuden en busca de ayuda «no tenían que

preguntar mucho para adivinar que sus visitantes tenían hambre (p. 96-97). Otros personajes de la misma obra, atormentados por la misma escasez «vivían de la caridad de los compatriotas que trabajaban» (p. 75) o «la comida la conseguía casi de la caridad. (p. 85). Matías Melo de *Al calor del día* tampoco tiene la suerte de estar al amparo de esta dura carencia. Teresa nota en el personaje «cara de hambre» (p. 23), cara que intenta quitar con un «mendrugo de pan que le dio a Teresa una enorme pena y del que ni veía ni quería ver si contenía algo en su interior» (p. 23). En *Vidas*, Abdel también es víctima de la aflicción del hambre, aflicción que lo deja tan «flaco y desmejorado» (p. 171) que su novia Saida, que acaba de cruzar el Estrecho para juntarse con él, no le reconoce. Esta indigencia es tan extrema que Benassa termina recurriendo a la mendicidad para sobrevivir:

Desmoralizado recurrió al último procedimiento que tuvo a mano [la mendicidad]. En aquellas fechas de Navidad las gentes sentían más piedad por los menesterosos. En la capital murciana, en numerosas esquinas, en lugares estratégicos, proliferaban los mendigos, que formaban un ja red de pedigüeños [...] Fue un mes largo de sufrimientos, aunque lograba recoger algunas monedas que le permitió sobrevivir con calamidades (*La patera y otros relatos*, p. 88).

El hambre y la sed no son los únicos tormentos de nuestros protagonistas. La precariedad e indigencia que los tiene presos se extiende a otra carencia, la de una vivienda humana, una vivienda digna. Numerosos con los calificativos que definen estas viviendas: «lúgubre edificio» (*Dónde mueren los ríos*, p. 80), «Guatapeor» (*Dónde mueren los ríos*, p. 98), «colmena africana» (*Dónde mueren los ríos*, p. 112), «cuchitril» (*Ahlán*, p. 94), «sucio arrabal» (*Ahlán*, p. 61), «chabola(s)» (*Ahlán*, p. 2, 42, 44, 55, 56, 58, 64; *La patera y otros relatos*, p. 77, 87), «chabolas infectas» (*La patera y otros relatos*, p. 75), «chozas inmundas» (*La patera y otros relatos*, p. 75), «chozas» (*La patera y otros relatos*, p. 83), «pensión de la miseria» (*La patera y otros relatos*, p. 75), «garitos» (*La patera y otros relatos*, p. 77), «casa vieja y destartalada» (*La patera y otros relatos*, p. 100), «destartalada casa» (*Vidas*, p. 37), «cubiles» (*La patera y otros relatos*, p. 83), «barracas derruidas» «chozas» (*La patera y otros relatos*, p. 83), «cuadras» «chozas» (*La patera y otros relatos*, p. 83).

Aida vive «en un lúgubre edificio habitado exclusivamente por africanos» (*Dónde mueren los ríos*, p. 80). Amadú hace una larga descripción de la vivienda donde se alojan sus compañeros Bubacar y Dieudonné, vivienda que parecen encontrarse no en la paradisiaca Europa que Amadú está recorriendo, sino en el mismísimo infierno:

Desde luego, nada que permitiera imaginar lo que vi después, a escasos metros de allí, en una bocacalle de ese mismo paraíso: la casa donde vivían mis recién conocidos. Traspasar el portal era como adentrarse en otro mundo. Paredes que llevaban siglos sin saborear una mano de pintura, bombillas fundidas, ascensores fuera de servicio, un paisaje que se repetía en cada planta del edificio. Subimos las escaleras hasta el quinto y último piso, donde vivían Dieudonné y Aristide, los vendedores ambulantes que me guiaban. La mayoría de las puertas de las viviendas, unas diez por planta, estaban abiertas, y dejaban entrever salones minúsculos, con colchonetas en el suelo, muchas de ellas ocupadas. Un fuerte olor a té impregnaba el interior del inmueble, delimitando un territorio habitado por gente ajena a lo que ocurría en el exterior. Otro mundo.

Todos los habitantes de aquel espacio singular eran africanos. Magrebíes y negros, sin ningún Sahara de por medio, decía entre risotadas Dieudonné. Mis dos nuevos amigos vivían con otro compatriota, Bubacar, que trabajaba en un cultivo de tomates bajo invernadero en el sur de la isla. [...] Los comerciantes compartían la única habitación y el agricultor dormía en el salón, que también servía de comedor y cocina, separada esta del resto por una barra (*Dónde mueren los ríos*, p. 67).

El espacio donde acaba viviendo Amadú comparte la misma huella infernal que la de sus compañeros africanos:

Pero si el invernadero era Guatemala, el barracón era Guatapeor, como decía un guineano, vecino de litera. Nos hacinábamos unas cincuenta personas en aquel espacio en que apenas cabían las camas, con dos retretes y dos duchas para todo el batallón. Prefiero no recordar el hedor que se concentraba en aquel recinto sin más ventilación que la de unos ventanucos casi siempre cerrados para evitar que la tierra, empujada por los alisios, lo invadiera todo (*Dónde mueren los ríos*, p. 98).

Si este infernal alojamiento de Amadú tiene por lo menos la suerte de tener dos retretes y dos duchas para todo el batallón de cincuenta personas que forman, el campamento en que se hacían los personajes en Calamocarro en Ceuta no tiene esta «lujo». Uno de sus ocupantes cuenta que «uno de los mayores problemas es el de encontrar lugar para depositar nuestras[sus] necesidades físicas: entre los árboles, a los costados de las tiendas más alejadas, buscando el monte» (*Las voces del Estrecho*, p. 35). Esta precariedad absoluta del espacio en que viven lleva a otro a estimar que si hemos[han] de ir al infierno, no podemos[pueden] encontrar mejor antesala que ésta. » (*Las voces del Estrecho*, p. 36-37) y a un tercero, que acaba ahogándose en la travesía del Estrecho, a identificar este lugar con el infierno:

Así salté, de Calamocarro, al fondo del mar, de un infierno en vida a otro en el que habitaba la muerte (*Las voces del Estrecho*, p. 38).

La vivienda que acoge a Larbi no beneficia de mejores comodidades. Comparte todos los rasgos de chabolismo que la anterior:

Techo construido con puertas, paredes forradas con cartones de envasar leche y moquetas grapadas, raídas alfombras sobre el suelo de tierra y unos cuantos enseres: una mesa baja, un viejo frigorífico, un radiocasete, un televisor, un infiernillo, algunas sillas y un par de camas deshechas (*Ahlán*, p. 44).

El huésped, Abdelkader le subraya, triste, a su compatriota Larbi, que esta vivienda, como lo ve «no es un palacio [...]. Ni siquiera un apartamento digno. Mucho menos, incluso, que el cuartucho de una mala pensión» (*Ahlán*, p. 44).

El campo léxico del fuego «llamas», «fuego», «incendio», «hogueras», «calor», «cenizas», que manifiesta que arde la chabola (p. 64) reviste este lugar de la figura del infierno puro y duro. Larbi no falta de calificarlo directamente de «infierno» (p. 63) y se llega a preguntarse si de verdad se encuentra en Europa, el supuesto paraíso:

IMAGEN DE LARBI.- ¿Y si todavía estuviéramos en Marruecos, si nunca hubiéramos cruzado la frontera? ¿No parece un gueto este poblado, un sucio arrabal de Casablanca o de Tánger? [...]

LARBI.- ¿No fue verdad nuestro viaje? (*Ahlán*, p. 61).

En *La patera y otros relatos*, abundan los elementos textuales que resaltan la precariedad del alojamiento de los personajes:

Estamos hacinados. [...] Hay otros lugares peores que este, se vive en peores condiciones, en chabolas infectas. No creas, no nos debemos quejar. Lo malo es el estado en que vivimos. No nos podemos lavar. Algunos llevamos meses sin saber lo que es el agua. El agua potable tenemos que comprarla. La falta de higiene es total. Remedios nos corta la luz por la noche porque no hay potencia suficiente. Sólo te voy a decir una cosa. Llevo siete años trabajando aquí y sólo tengo la chaqueta (*La patera y otros relatos*, p. 75).

Aquella pensión de la miseria no se parecía ni de lejos a lo que soñó [Benassa]. Todo le repelía. (*La patera y otros relatos*, p. 75).

Los magrebíes están viviendo en condiciones infrahumanas. Algunos tienen que dormir debajo de los árboles, en garitos o chabolas sin agua ni luz, con los techos semiderruidos que en cualquier momento se les puede caer encima. No es humano que una persona llegue por la noche de trabajar, después de estar hasta diez horas bajo el sol, y se tenga que duchar con el agua de una botella, y a veces ni eso. (*La patera y otros relatos*, p. 77).

Hay problemas importantes de espacio. Se comparten dormitorios en el entorno medio de cinco personas.

Falta de aseos, duchas, wáteres, agua potable y luz en diferentes porcentajes y niveles. [...] colchones en el suelo, falta de fregaderos, cocinas sobre cajas por ausencia de mostrador de cocina, escasez de mesas y sillas. (*La patera y otros relatos*, p. 82).

Entre ambos parajes viven casi medio millar de inmigrantes, hacinados en pequeñas habitaciones, la mayoría con techo de uralita, sin ventilación y sin los mínimos servicios higiénicos y sanitarios que garanticen mínimas condiciones de salubridad en estos guetos. [...].

La lluvia, el frío, el calor y todo tipo de fenómenos climáticos inciden negativamente sobre las chabolas, que con frecuencia sufren las consecuencias del barrizal y las goteras, entre otras incomodidades, e incluso suponen un riesgo para la salud por las escasas condiciones higiénico-sanitarias que mantienen. (*La patera y otros relatos*, p. 87).

Irene vive en una casa de Málaga Acoge donde se amontonan doce personas (*Los príncipes nubios*, p. 106); Abdel comparte con cinco muchachos marroquíes y dos sudaneses una destartada casa en un pueblo de Barcelona (*Vidas*, p. 37) y Matías Melo ocupa temporalmente una abandonada casa de mampuestos en ruina. (*Al calor del día*, p. 23).

Esta situación de precariedad e indigencia total, digna del infierno, llega a ser incluso «mejor» que la de otros personajes de nuestros textos, cuya carencia es total: no tienen ni la «suerte» de tener un cuchitril donde hospedarse, viéndose obligados a dormir en la calle. Los elementos textuales que atestiguan esta realidad son numerosos:

Se sentó [Rachid] en un banco y pensó que quizás ése fuese el mejor lugar para pasar la noche. El banco era duro, pero no había otra cosa. (*Vidas*, p. 189).

—Yo soy de Argelia. Llevo en España dos semanas, pero sigo viviendo en la calle —le informó el muchacho, que no tenía más de diecisiete años.

—Sí, en la plaza de España. Allí dormimos un montón de africanos, negros en su mayoría, pero también hay unos cuantos del Magreb— le explicó el muchacho. (*Vidas*, p. 189).

—Sí, en este país hay ricos, pero también muchos desgraciados como nosotros. No veas cómo se pone la Gran Vía por la noche: mucha gente duerme en la calle ahora que es verano, y en invierno baja al metro. Dicen que la estación de Atocha está siempre a tope porque se está muy calentito —le informó Mehdí. (*Vidas*, p. 193).

Vivían en las cuevas de los barrancones, debajo de los puentes. (*Cayucos*, p. 23).

En octubre de 1998 medio centenar de inmigrantes marroquíes dormía al raso en la plaza de la Paz de Puerto del Rosario. (*Cayucos*, p. 24).

Bright, ingeniero nigeriano, veintisiete años. «Duerme en el parque de Santa Catalina desde hace meses» (*Cayucos*, p. 41).

Kingsley, mecánico, veinticinco años: «Duerme en el parque de Santa Catalina» (*Cayucos*, p. 41).

Nada más poner el pie en el suelo, John se dio cuenta de que la calle de Madrid es fría, más que el suelo de Santa Catalina. Son esas cosas que sólo sienten quienes viven sin techo, sin cama, sin un hogar donde calentarse. Ahora duerme bajo unos cartones en un rincón junto a Cuatro Caminos. Todas las mañanas mendiga un café caliente y se hace la misma pregunta: ¿Hasta cuándo? (*Cayucos*, p. 46).

200 personas que aún no han encontrado siquiera un lugar donde dormir que no sea cualquier banco de cualquier plaza de cualquier ciudad. (*Cayucos*, p. 47).

Uno de los lugares preferidos por los africanos era bajo los arcos de la clínica San José, en el mismo paseo de las Canteras. Allí se apelotonaban 30 o 40, dándose calor unos a otros, alejados de la vista de los caminantes gracias a un pequeño murito y muy cerca del agua que les permitía asearse a la mañana siguiente: las duchas de la playa. Allí dormía Yahya cada noche. (*Cayucos*, p. 48).

Aquella noche durmieron [Ngo y Benassa] en el puerto. En el interior de una barca vacía, sucia, vieja y pestilente. (*La patera y otros relatos*, p. 99).

En *La mirada del hombre oscuro* (p. 41), cadáver del amigo de Ombassi vaticina a éste que su destino será dormir « bajo tierra sin estar muerto, oliendo a orines y todos pasarán esquivando tu [su] mirada».

7.3.5. Miedo constante

El infierno, lo vimos, es un lugar terrorífico. En este lugar, los condenados viven en un estado constante de terror, de angustia, de miedo. La mayoría de los personajes inmigrantes de nuestro corpus se encuentran en esta estado de miedo constante, miedo constante por la violencia que sufren a manos de algunos autóctonos o de las mafias en cuyas trampas se quedan atrapados. En *Ahlán*, este miedo se percibe en la negación de Larbi a salir de casa, tras presenciar el acuchillamiento mortal de su compatriota El Paisa:

LARBI.- [...] No volveré a pisar la calle. Hay demasiado odio. (*Ahlán*, p. 55).

ABDELKADER.- Lleva un mes encerrado. Convénzale de que hay que salir a la calle y ganarse la vida (*Ahlán*, p. 59).

En *Dónde mueren los ríos* (p. 127), Aida vive aterrorizada por las represalias de los tipos que la controlaban. Usmán, en la misma obra (p. 183), experimenta el mismo sentimiento de miedo tras ser apaleado en el invernadero por Bubacar y su bando de estafadores, sentimiento que le llevará a «huir, abandonar este lugar maldito en que sólo había ganado problemas» sin que le importara renunciar al dinero que le debían, sin que le importara haber trabajado durante tantas horas sin cobrar.

Pero, el mayor miedo que tiene la casi totalidad de los personajes inmigrantes, ilegales, es a la detención por la policía, la cual significaría la expulsión de España, la repatriación al infierno africano del que tanto han querido huir y que tanto temen. En *Vidas* (p. 148), unos de los protagonistas expresan explícitamente este miedo:

[...] tengo miedo de que nos topemos con la policía o con alguien que nos denuncie. (p. 148)

[...] lo que más me angustia es que si la policía me detiene me puede expulsar del país— le explicaba Abdel a Saida en una de sus últimas cartas [...] (p. 36).

Este miedo se hace visible en el temor a la simple presencia policial o la mera posibilidad de un encuentro con la policía. En *Vidas*, al escuchar la sirena de las ambulancias en la estación de tren en Barcelona, les entra a los protagonistas africanos el miedo a ser detenido al pensar que estas sirenas son de la policía:

— ¡No, no, por mi señor Alá! —exclamó Saida.

— ¡Nos devolverán a nuestro país! —añadió con más angustia Jilali.

—Tengo la sensación de que éste es el final de todos nuestros sueños —añadió Karim, que conservaba algo de calma.

—Tanto esfuerzo y tanto dinero para nada — se lamentó Saida.

—No me gustaría que me devolviesen en este estado tan penoso a mi Bamako —comentó Jilali. (*Vidas*, p. 169-170).

Durante el viaje, se asustan también al ver llegar al controlador de billetes del tren, viendo en él la figura policial o un potencial denunciador:

Un tanto asustados, enseñaron sus billetes sin decir ni una sola palabra.

—No se preocupen, hoy no ha subido la policía en Algeciras —les comentó el responsable del tren con mirada de complicidad y un perfecto francés. (*Vidas*, p. 165).

Una vez en tierra, al encontrarse con unos españoles en el campo, «se asustaron y temieron lo peor [la denuncia de su presencia ilegal a la policía]» y Yayoud iba «tembloroso y acobardado» (*Vidas*, p. 149).

En muchas otras obras del corpus, se percibe este miedo a la presencia policial o al encuentro con la policía:

El sonido rechinante de las ruedas [del coche policial] sobre el mármol húmedo, más intenso que el del motor retenido, le hizo contener la respiración, pero fue finalmente alejándose y se tranquilizó. (*Al calor del día*, p. 24).

Los tenía entre mis manos [unos zapatos recién comprados en el mercadillo], examinándolos cuando mi corazón latió tan deprisa como cuando corría jugando con mis amigos. A unos veinte metros del mercadillo, el conductor del camión estaba con uno de esos hombres de verde contra los que nos habían prevenido. Por un momento temí que nos hubieran descubierto y fueran a mandarnos a Marruecos de nuevo. (*Europa se hunde*, p. 13).

Este miedo se percibe también en la fuga constante, la huida perpetua de la presencia policial, situación que convierte la vida de esos personajes, en constante angustia, en un sinvivir, e sinónimo de infierno. El caso más ilustrativo es el de Matías Melo en *Al calor del día*, huyendo constantemente de la policía por ese miedo a ser detenido y expulsado. Se observa esta huida constante en la vida de muchos otros protagonistas del corpus:

— ¡La policía, la policía! — se avisaban unos a otros mientras se levantaban y salían corriendo.

— ¡Corre, que nos van a detener! —lo apremiaba su nuevo amigo Mehdí.

Rachid comenzó a correr sin saber adónde iba. (*Vidas*, p. 191).

[...] recordé que era un inmigrante ilegal, que no tenía permiso de residencia y que si me pedían la documentación, o acompañarles a una comisaría para aclarar lo sucedido, sería deportado a Marruecos. En aquel momento dije “mierda” y salí corriendo con toda la capacidad de mis piernas, mi corazón y mis pulmones [...] (*Europa se hunde*, p. 34).

Si veía a lo lejos una pareja de municipales procuraba cambiarme de acera con antelación. Mis paseos me deparaban el gusto de ver los escaparates, la gente, los edificios modernos, pero ese gusto estaba velado por la necesidad de estar siempre preparado para una detención. Era como un conejo que disfrutara del campo y que tuviera conciencia de que detrás de cada matorral puede aparecer un cazador. (*Europa se hunde*, p. 36).

Por la calle evitamos pasar delante de la policía, por si nos pide la documentación y nos lleva a la cárcel. (*Dónde mueren los ríos*, p. 143)

Otra manifestación de este miedo es la ocultación. Para reducir al máximo la posibilidad de un encuentro con la policía y la probable consecuente detención, estos personajes viven constantemente escondidos, al margen de la sociedad, imposibilitados a disfrutar de sus tiempos libres, una auténtica pesadilla:

Ellos salen por la noche, como los gatos, explicaban en el Puerto del Rosario. (*Cayucos*, p. 23).

Era domingo, jornada de descanso, y la mayoría de los trabajadores permanecían encerrados ahí todo el día, temerosos de ser detenidos por la policía en las calles de Vecindario. (*Dónde mueren los ríos*, p. 147).

Esta vida a escondidas llega hasta los extremos de negarse a acudir a los servicios sanitarios en caso de enfermedad, añadiéndose a su vida ya penosa vida un exceso de dolor. En *Las voces del Estrecho* (p. 31), uno de los personajes, anónimo, resume esta difícil situación en los siguientes términos:

[...] hombre y mujer, no puedes enfermar, porque no existe médico ni hospital al que acudir puedas, sin papeles, ni divertirse por el riesgo que entraña que pueda interceptarte la policía, y en cuanto tu diferente presencia asoma a un comercio, a una sala de baile, a una calle o plaza solitaria, la sospecha es el único visado que ofreces a la alargada sombra de la ley. Más riesgo en la noche.

En *Dónde mueren los ríos* (p. 163), Usmán brutalmente apaleado «no aceptó ir al hospital, por miedo a que lo devolvieran a su país». En el capítulo «El niño enfermo» de *Las voces del Estrecho*, la madre marroquí se ve en la imposibilidad de llevar a su hijo enfermo al médico por el mismo miedo, imposibilidad que en este caso va a acabar trágicamente con la muerte del niño la misma noche:

Se sentó a mi lado. Lloraba. Rezaba. Hablaba sola: «No puedo hacer nada, ponte bien hijo, ponte bien; si te llevo al hospital, nos detendrán, nos echarán del país, no tenemos papeles, nadie sabe que estamos aquí, no pueden enterarse los señores cuando regresen de que estás malo, nos pondrían en la calle, ellos no quieren responsabilidades, ya me lo advirtieron, bastante han hecho con autorizarte a vivir conmigo, nos dejaron este cuarto, más no pueden hacer [...] («El niño enfermo», *Las voces del Estrecho*, p. 197-198).

El miedo al contacto con la policía, a la detención y expulsión es igualmente visible en la dura elección de los protagonistas de sufrir en silencio abusos de todo tipo ya que la denuncia a la policía supondría el descubrimiento de su estatus de ilegal, la detención y la expulsión:

Habid, marroquí, natural de la región del Atlas, tuvo trato con uno de esos que llaman pistolas, que prometen diez y pagan cinco. Le metió en un tajo y a la hora de pagarle le dio lo que quiso. Su argumento fue que con el hambre y el poco fuelle que tenía, Habid rendía poco. Le recomendó que si no estaba conforme, le denunciara. No lo hizo. Sin documentos en regla, sólo cabía rajar al estafador o callar. Esto último fue lo que hizo. (*Ahlán*, p. 97).

Nadie dice nada, hermano. Hablan, hablan. ¿Y nosotros qué podemos hacer? ¿Protestar? Nos expulsarían. (*La patera y otros relatos*, p. 75).

Hablaron de denunciarlo a la policía y no sé cuántas cosas más, pero les supliqué que no lo hicieran, porque me quedaría sin trabajo y además me pedirían papeles. (*Dónde mueren los ríos*, p. 134).

No aceptó ir al hospital ni quiere denunciar nada a la policía. (*Dónde mueren los ríos*, p. 136) .

«No puedo hablar con la policía» (*Dónde mueren los ríos*, p. 155).

Si la policía se mete por medio adiós trabajo, todos a casa. (*Dónde mueren los ríos*, p. 159) .

Pero como no teníamos papeles, nos pagaban una miseria. Y no podíamos protestar, ni denunciar. (*Dónde mueren los ríos*, p. 69).

Cuando terminé mi relato y ya no tenían más preguntas que hacer, alguien dijo que esto era un asunto que había que denunciar a la policía, porque se trataba de un grupo de delincuentes organizados en el que participaban los dueños de esas empresas, que se estaban haciendo rico a costa de explotar y engañar a emigrantes africanos como yo. Les hice saber que si denunciaban eso muchas personas necesitadas iban a quedarse sin trabajo y además serían detenidas. (*Dónde mueren los ríos*, p. 187).

Todos lo sabemos: denunciar una injusticia significa regresar a tu país. (*Dónde mueren los ríos*, p. 130)

7.3.6. Castigos

El infierno, lo vimos anteriormente se caracteriza como un lugar de castigos. Sísifo fue condenado a empujar eternamente una roca cuesta arriba sólo para verla caer por su propio peso. Ixión tuvo como castigo pasar la eternidad girando en una rueda en llamas a la que lo ató Hermes y Tántalo fue castigado a ser sumergido hasta el cuello en agua fría, que desaparecía cada vez que intentaba saciar su sed, con succulentas uvas sobre él que subían fuera de su alcance cuando intentaba agarrarlas para saciar su hambre. Este elemento clave del núcleo semántico del infierno que constituyen los castigos es perceptible en los textos del corpus analizado. Los protagonistas en efecto, para su supervivencia y por su condición de ilegales, se ven obligados, a desempeñar unas

labores que parecen ser castigos infernales. Ngo y Benassa, en su faena de venta ambulante parecen unos Ixión o Sísifo cumpliendo castigos:

Recorrían kilómetros y kilómetros. Un trabajo ingrato. (*La patera y otros relatos*, p. 99).

Benassa y Ngo iniciaron su primer trabajo serio un luminoso domingo de julio. [...] Unos seis kilómetros para patear de sol a sol. [...] Benassa cargó sus toallas, sus gafas de sol y sus juguetes de playa, completamente sepultado por la mercancía. Unos veinte kilos de peso que soportaba con el mejor de los estoicismos. (*La patera y otros relatos*, p. 101).

Son «faenas que no quieren hacer» (*La patera y otros relatos*, p. 76) los autóctonos debido a su carácter muy difícil e ingrato, de auténtico castigo, debido a que «son los trabajos más duros» (*La patera y otros relatos*, p. 96) Bubacar describe a Amadú el trabajo que desempeña, en los invernaderos, como «lo peor» (*Dónde mueren los ríos*, p. 69). Amadú tendrá la desgracia de darse cuenta por él mismo de este carácter infernal de la labor:

En el invernadero donde trabajaba la temperatura podía superar los cincuenta grados. [...] Lo peor era cuando echaban el azufre. Respirábamos esa mierda durante todo el día y sentía que me iba envenenando poco a poco. Ni el aire fresco sabía ya igual. Me daba la impresión de tener los pulmones llenos de humo, de noche y de día. (*Dónde mueren los ríos*, p. 98).

En *Vidas* (p. 194), Naima se ve condenada a lo que Fatiha califica como el «mayor de los sufrimientos», la prostitución, castigo tan duro que «ya era vieja con apenas un par de años más que» la protagonista marroquí. A Rachid que «soñaba con un trabajo, el que fuese, pero estable, siempre en el mismo lugar» (*Vidas*, p. 180), le «resultaba insoportable» el destino de castigado que le esperaba en España, tener que deambular de un sitio a otro, donde se le podían ofrecer una migaja de trabajo temporero. En la disputa que tiene Calixta con Nazhiz, la joven marroquí le expone

crudamente el destino más que probable, igualmente de castigado, que le espera en España:

—Pues sabes lo que te digo, que en España no te van a servir de nada tus estudios: eres una simple negra que en el mejor de los casos vas a acabar fregando suelos — le espetó Nazihz. [...].

— Pues quiero decir —insistió enfurecida la joven— que tendrás mucha suerte si encuentras un trabajo de fregona, porque la mayoría de las negras como tú acaban de prostitutas en los parques. (*Vidas*, p. 160).

7.4. LA PARÁBOLA DEL BUEN SAMARITANO

7.4.1. Exposición de la parábola

La parábola del buen samaritano es una de las parábolas de Jesús más conocidas, relatada en el Evangelio de Lucas, entre los versículos 25 y 37 del capítulo 10. La narración comienza cuando un doctor de la ley le preguntó a Jesús con ánimo de ponerlo a prueba qué debía hacer para obtener la vida eterna. Jesús, en respuesta, le preguntó al doctor qué está escrito en la ley de Moisés. Cuando el doctor cita la Biblia, y precisamente: «amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas» (*Deuteronomio* 6: 5) y la ley paralela «amarás a tu prójimo como a ti mismo» (*Levítico* 19: 18), Jesús dijo que había respondido correctamente y lo invitó a comportarse en consecuencia. En ese punto, queriendo justificar su pregunta, el doctor preguntó a Jesús quién era su prójimo. Jesús le respondió con la parábola:

Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de salteadores, que, después de despojarle y golpearle, se fueron dejándole medio muerto. Casualmente, bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verlo, dio un rodeo. De igual modo, un levita que pasaba por aquel sitio lo vio y dio un rodeo. Pero un samaritano que iba de camino llegó junto a él, y al verlo tuvo compasión; y, acercándose, vendó sus heridas, echando en

ellas aceite y vino; y montándolo sobre su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y dijo: "Cuida de él y, si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva." ¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?» El doctor dijo: «El que practicó la misericordia con él.» Díjole Jesús: «Vete y haz tú lo mismo.¹⁷¹

El sacerdote y el levita son pues como lo vemos en la narración los dos personajes que primero pasan por delante del judío apaleado y lo ignoran, siguiendo su camino a Jerusalén. Normalmente pensaríamos que esa actitud se debía a una pobre compasión y a una indiferencia al dolor ajeno, pero el significado va más allá. Es muy probable que ambos clérigos fueran rumbo a Jerusalén a officiar en el Templo. La ley establecía que quien tocara un cadáver ensangrentado quedaría impuro hasta la noche, y alguien impuro no podía participar de los rituales religiosos. Robert Karris (2004:173) señala el respecto que

Estos dos destacados representantes de la observancia de la ley no ayudan al hombre que había sido totalmente despojado y se encontraba aparentemente muerto, por temor a contaminarse.

El simbolismo que presenta la actitud del sacerdote y el levita no es por consiguiente de impiedad ni de crueldad, sino más bien el de anteponer formalismos rituales a la misericordia en la práctica. Esta imagen de la balanza entre el espíritu de la ley y la letra de la ley es uno de los pilares de la enseñanza de Jesús, y también del Antiguo Testamento: «misericordia quiero y no sacrificios» (*Oseas* 6: 6).

El otro personaje clave del relato, el samaritano, quien se para y ayuda al judío apaleado constituye toda una fragua al concepto de «prójimo». Los samaritanos y los judíos constituían rivales irreconciliables; unos a otros se consideraban herejes. Los judíos fundamentaban sus razones en que los samaritanos hacían su culto en el monte Garizim en lugar del Templo de Jerusalén. Además, solamente aceptaban a Moisés como único profeta, y no reconocían la tradición oral del Talmud, el libro de

¹⁷¹ Evangelio de Lucas 10:25-37. Biblia de Jerusalén.

los Profetas, ni el de los Escritos. Por su parte, los samaritanos odiaban a los judíos por las veces que estos habían destruido y profanado el santuario de Garizim. A pesar de todas estas rivalidades y de los asuntos que le esperaban, el samaritano se detiene a auxiliar al judío herido. El «buen samaritano» es pues una persona generosa y dispuesta a ofrecer ayuda a quien sea que lo requiera sin reserva alguna. Encarna la fraternidad humana, la generosidad, el humanitarismo (Pérez-Rioja, 1971: 379). Este humanitarismo o *buensamaritanismo* se opera sobre dos fases que constituyen su núcleo semántico: el sentimiento de compasión ante el drama ajeno y la acción llevada a cabo con el propósito de ayudar al prójimo en necesidad o dificultad.

7.4.2. La compasión

Como subrayamos en el punto 4.4.2, la literatura española sobre inmigración está marcada por una fuerte dosis de compasión hacia los inmigrantes, el mismo sentimiento que atraviesa al samaritano cuando descubre el drama del judío agredido. La obra del corpus donde más se observa esta concreción semiótica del *buensamaritanismo* es *Tarifa: la venta del alemán*. En esta novela de Eduardo Iglesias, el protagonista principal, Max, siente mucha pena por los emigrantes africanos que llegan a la costa, sentimiento que le lleva a no escatimar esfuerzos para atender a esos emigrantes. Su compasión se explica por su pasado de emigrantes en Alemania, donde estuvo viviendo con sus padres de niño. Su actitud encierra un reconocimiento de la emigración y una perseverancia para dar apoyo moral a los recién llegados. Esta postura la defiende, como reconoce varias veces, no desde la ortodoxia política compasión humanitaria hacia los inmigrantes —considerados, por él, como los nuevos desamparados de la tierra—, en los que ve encarnarse la metáfora del espejo: le recuerdan su infancia de niño emigrante y también a su familia: a su padre muerto en Alemania y a su madre que sigue aferrada al recuerdo de su marido, esperando algún día su llegada:

La imagen del niño solo, arrebujado en su manta, no podía quitársela de encima. Le producía un gran desgarró emocional. Mientras conducía no pudo evitar alguna lágrima al recordar en su infancia a su padre: un emigrante en Alemania. La familia tardó un año en poder reunirse. La tristeza de su madre y la ausencia de su padre, que él

sintió con tanta fuerza, lo acompañaban vívidamente en su avance por aquella carretera nocturna (*Tarifa: la venta del alemán*, pp. 26-16).

En una conversación con algunos clientes del bar, Norma subraya que la ayuda que otorga a los recién llegados en compañía de Max, la hace por compasión y partiendo de la sensibilidad y del corazón:

Norma se levantó y miró por la ventana hacia África. Tánger titilaba en la oscuridad. Y dijo sabiendo que todos la miraban: - Sigo lo que me dicta el corazón. (*Tarifa: la venta del alemán*, p. 53-54).

La lógica de la compasión la tiene también otro personaje llamado Michel, un supuesto surfista francés afincado en Tarifa. La desnutrición y la miseria de los niños marroquíes, descubiertas a raíz de un viaje a Marruecos, le impresionan tan fuertemente y provocan, en él, un despertar de la conciencia hacia la suerte de los emigrantes y un continuo remordimiento que le causa náusea y desgarró emocionales:

En el segundo turno de comida entraron en la *jaima* los barqueros de las *zodiacs* y los cien policías marroquíes. Mientras se sacaban fotos juntos, Michel pudo ver cómo los bordes de la tienda se iban levantando para dar paso a niños que entraban arrastrándose y se metían por debajo de las mesas a comer lo que había por los suelos. Los policías distraídamente propinaban puntapiés a los críos como si de animaluchos se tratase. A pesar de todo no se iban y los energúmenos llegaban a olvidarse hasta que, molestos, volvían a soltarles más patadas. Para ellos resultaba normal que los niños actuaran como galgos desnutridos. *Michel pensó en cuántos de esos desgraciados intentarían algún día cruzar el Estrecho... le resultaba imposible comer. Salió al exterior y vomitó su angustia.* Luego, se perdió andando por la playa.

Ya todo importaba menos (*Tarifa: la venta del alemán*, p. 99).

Este descubrimiento de la cruda realidad de la emigración suscita un viraje en la vida del personaje en la medida en que le alumbrá, desde el punto de vista de la ética, provocándole un revulsivo de conciencia que le ayuda a dedicar el resto de su vida a

solidarizarse con los emigrantes. Tanto Max como Norma y Michel, son el prototipo de personajes en que se manifiesta, por hipóstasis, la sensibilidad y la atracción solidaria por la causa de la emigración con sus dramas e injusticias y, por lo tanto, ponen de relieve esta estética de la compasión que domina en esta literatura.

Este sentimiento humanitario está presente también en *Fátima de los naufragios: relatos de tierra y mar* de Lourdes Ortiz. En el relato «Fátima de los naufragios», los habitantes de la aldea, particularmente Antonio y su esposa, se apiadan ante la tragedia de la protagonista marroquí, Fátima, cuyo esposo e hijo han perecido en la travesía que la llevó a la costa andaluza. Otro personaje mostrando este sentimiento es la pareja de ancianos que socorren al marroquí Mohamed, tras el naufragio de la patera que le llevaba a España, alimentándole, currándole y hasta encontrándole un empleo. Otro ejemplo significativo de compasión, nos lo suministra *Dónde mueren los ríos*, con la familia y los amigos de Jonay que se compadecen todos de la triste situación de soledad y pérdida de Usmán y le ayudan acogiendo un tiempo.

7.4.3. La ayuda

Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle?

Y si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha?

Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma.

SANTIAGO, 2: 14-17

Este fragmento evangélico resalta la otra concreción semántica del *buensamaritanismo*: la acción. Este humanitarismo en efecto se caracteriza por la acción tras la compasión y no la sola compasión. Es este paso del sentimiento a la acción lo que ha marcado la diferencia entre el samaritano y los otros dos transeúntes, el sacerdote y el fariseo, que

aunque quizás hubieran podido sentir compasión por el hombre herido no hicieron nada y por lo tanto no demostraron su eventual compasión sino más bien indiferencia en la práctica. Este practicismo del samaritano es visible en numerosos personajes del corpus estudiado, de los que los mencionados en el punto anterior: Max y Norma en *Tarifa: la venta del alemán*, Jonay y su familia y amigos en *Dónde mueren los ríos*, la pareja de ancianos y Antonio y su esposa en *Fátima de los naufragios*. Las manifestaciones textuales del *buensamaritanismo* en los textos del corpus son legiones:

El barco se fue acercando con lentitud, y Jilali y su amigo vieron cómo una docena de hombres comenzaron a lanzar cuerdas para que los chicos se fueran sujetando. Uno a uno fueron subiendo al barco, que resultó ser un pesquero marroquí. Una vez en cubierta, los pesqueros los fueron secando con toallas y abrigando con mantas, al mismo tiempo que les ofrecían té y leche muy caliente con miel. Todos temblaban de frío y de miedo, estaban aturridos. [...] los tranquilizó el pescador mientras les repartía pantalones de faenar y un jersey de lana que Jilali se puso apresuradamente, ya que cada vez sentía más frío en su cuerpo. (*Vidas*, p. 72-73).

Pues aquí podéis comer cuando queráis —respondió la monja en un perfecto francés aprendido en Burundi—. [...] La monja, tras relatarles la historia, les ofreció un café con leche y un trozo de pan y les dijo que los esperaba al día siguiente. (*Vidas*, p. 197-198).

Y la mujer de Antonio ponía ración doble en la tartera y le hacía un guiño cómplice que él sin comentarios entendía. Antonio se acercaba entonces a la mora y, como quien deposita una ofrenda, dejaba el plato de aluminio con las lentejas todavía calientes o las patatas guisadas. «Sin cerdo; no le pongas cerdo, que su dios no aprueba el cerdo. Si le pones costillas, no las prueba», recomendaba Antonio a la mujer, y ella asentía y echaba a la olla espaldilla de cordero para conseguir la sustancia. (*Fátima de los naufragios*, p. 9).

[...] pudo permanecer casi sin aliento, casi sin fuerzas durante dos largos días y dos noches hasta que el hambre y el desfallecimiento le obligaron a moverse, le hicieron andar y andar hasta llegar por fin a aquella casa, una casa de adobe donde la mujer, una mujer de edad, al verle semidesnudo y con aquella barba crecida, se santiguó y le ofreció pan y habas frescas. Todavía lo recuerda Mohamed, recuerda perfectamente y puede describir con detalle la mano regordeta de la vieja que le dio de beber aquellas primeras gotas de agua dulce, gotas que, al roce de los labios, parecían quemar. Habas

frescas. Habas frescas y agua caliente que luego fermentaron en su estómago produciéndole aquellos desacostumbrados retortijones de vida, aquella virulencia del aire encerrado en sus tripas que luchaba por escapar y que provocó las risas de la vieja y la sonrisa blanca de Mohamed, el resucitado [...] Vieja generosa y hombre bueno que le proporcionaron cama y comida aquella noche y que dos semanas más tarde le conectaron con el capataz que le dio buen trabajo en el invernadero. Gente de bien, humilde, con la que pudo compartir el pescado salado y las sabrosas *migas*, migas [...] Migas que le devolvieron las fuerzas y le permitieron volver a ser aquel Mohamed que durante tanto tiempo se había entrenado en su tierra para la travesía (*Fátima de los naufragios*, p. 12-13).

Logré alcanzar la ciudad al tercer día. Exhausto, aproveché que aún era de noche para dormir acurrucado entre un coche y la pared junto a la que estaba aparcado. Cuando Jonay fue a retirarlo, ya estaba amaneciendo. Igual que hiciera Hadama en su momento, se agachó para hablarme. [...] Entonces me pidió que me levantara, y lo seguí hasta la casa donde vivían unos amigos. Uno de ellos hablaba francés.

Después de ducharme, vestirme con la ropa que me dejaron y comer, fui recuperando la sensación de estar vivo. Entonces no pude reprimir, avergonzando ante aquellos desconocidos, unos sollozos que me libraron de la terrible angustia que me había acompañado durante las últimas semanas, del cansancio y del miedo. Me sentí reconfortado por aquellas manos que Dios había puesto en mi camino, que con palmadas en el hombro intentaron animarme. Le conté al amigo de Jonay mi aventura [...] Él me ayudaría a reencontrar a mis padres adoptivos, mientras tanto podría quedarme con su familia. Agradecí con nuevos sollozos tanta bondad, bendije a los hombres buenos que Dios ha puesto sobre la Tierra y sentí que entre Hadama y estas personas no había más diferencia que el lugar en que nacieron, y el color de la piel. Sólo eso. [...].

Los padres de Jonay me recibieron bien. Tenían también una hija, y me instalaron en la habitación de mi nuevo compañero, donde pusieron otra cama. (*Dónde mueren los ríos*, p. 73-74).

Me gustaba en él (Paco) su forma de afrontar la existencia, la pasión que ponía en su trabajo, como si la vida de los emigrantes valiera para él tanto como la suya propia. (*Dónde mueren los ríos*, p. 108).

[...] organizaciones humanitarias repartían bocadillos entre los emigrantes que nos reuníamos ahí a diario. De vez en cuando comía algo caliente en alguno de los centros

que organizaciones religiosas abren para los que no tienen un trozo de pan que echarse a la boca. (*Dónde mueren los ríos*, p. 130)

Una organización que facilitaba [a los indigentes] el aseo personal, duchas y jabón. (*Vidas*, p. 191).

Javier Bárcenas, «un abogado que ayudaba a los inmigrantes». (*Vidas*, p. 191).

Las noches en la capital grancanaria son cada vez más frías. Los inmigrantes sin techo ya no pueden más. Se tumban bajo las rampas de los monopatines, al refugio de andamios y guarecidos por las ramas de los árboles del parque. Sin embargo, tras noches enteras casi sin dormir, se levantan por la mañana con el frío metido en los huesos.

Por eso, en los antiguos almacenes de la parroquia, un espacio muy reducido, han habilitado 27 camas para dar una respuesta a los inmigrantes. (*Cayucos*, p. 39).

Cruz Roja (*Cayucos*, p. 40) abre un centro para los inmigrantes.

«los trabajadores del restaurante agasajan con leche caliente y pan a los recién llegados» (*Cayucos*, p. 44).

Los vieron llegar como espectros, tambaleándose, ateridos por el frío, incapaces de mover un músculo. Eran 27 sombras negras en la noche oscura. Ellos estaban de acampada y se despertaron entre el murmullo del agua y los gritos ahogados. [...] entre las sombras lo ven, pequeño, pequeñísimo, aún con restos del parto adheridos a la piel, apenas un pisquito perdido entre los brazos de su madre, que bastante tiene con sostenerse a sí misma. Los campistas no se lo piensan dos veces. Primero limpiarlo y secarlo bien, luego confeccionar pañales con pañuelos y, finalmente, vestirlo, abrigarlo y alimentarlo. [...].

Los macarrones ya humean en la butsir y, dormidos el niño, toca el turno a los adultos. En una caseta desalojada para tal fin se colocan las tres chicas embarazadas y se enciende un camping gas para darles calor. Comienza el reparto de la comida: la pasta con tomate recalentada les sabe a gloria. Luego se acurrucan con la ropa recién estrenada. (*Cayucos*, p. 51-52).

Y el padre Jérôme y su grupo de monjas francesas responden a las necesidades de sus feligreses con lo que tienen. Han habilitado unos cuartitos en la misión católica donde los recién llegados se pueden quedar unos días hasta que sus compatriotas liberan hueco en alguna atestada casucha de los barrios de City Snim o Khairam. Además la parroquia ofrece cursos de alfabetización, asistencia médica o legal, microcréditos para quienes

deseen quedarse en el país e incluso apoyo económico para volver a casa. (*Cayucos*, p. 106).

Vive [Daniel King] en un cuartillo gracias a la solidaridad de una pequeña asociación presbiteriana de ayuda a los inmigrantes, que también trata de convencerle para que vuelva a casa. (*Cayucos*, p. 114).

Un domingo de finales de julio a las 15:30 horas, un cayuco con 88 inmigrantes a bordo llegó, sin ser detectado, hasta la popular playa de la Tejita, en el municipio tinerfeño de Granadilla de Abona. Los recién llegados descendieron de la embarcación como pudieron, apenas eran capaces de caminar, tambaleándose de un lado para otro, agotados tras una larga travesía. Entonces los bañistas se encargaron de los primeros auxilios y de ofrecer agua y alimentos a los agotados africanos. Los llevaron a la sombra, e incluso hubo quien metió en la arena su vehículo cuatro por cuatro para trasladar a los que estaban en peor estado hasta un centro de salud. (p. 150-151).

Los voluntarios de Cruz Roja y el personal portuario, más o menos acostumbrados a ver cayucos con hasta 100 personas, se quedaron anonadados y comenzaron a prestar atención médica. Hubo que racionar bocadillos encargados por Antonio Padrón, director insular de la Delegación del Gobierno, igual que el agua. (*Cayucos*, p. 152).

Son camareros, médicos, taxistas, estudiantes, abogados, amas de casa o jubilados. Pero cuando suena en su móvil un aviso como éste: «Cayuco esta noche a las once», lo dejan todo, cogen la ropa de Cruz Roja y se marchan al muelle para atender a los recién llegados. Son la mano amiga de los inmigrantes, el brazo al que se agarran, las primeras personas que en muchos días les dan algo de comer y beber, ropa seca y limpia, cuidados médicos. (*Cayucos*, p. 153).

Arrastraba [Benassa] una vida de perros. La comida la conseguía casi de la caridad. Las organizaciones no gubernamentales, no todas, y Cáritas, atendían y solucionaban parcialmente los problemas de aquella avalancha de indigentes que iban de un lado a otro, desorientados. Cáritas desarrollaba un esfuerzo impresionante para atender tanta demanda y peticiones de ayuda. La organización de la iglesia mantiene una estructura regional y local perfectamente engarzada, que se emplea a fondo para aliviar el dolor y la desolación de los inmigrantes. (*La patera y otros relatos*, p. 85-86).

Cuando llegaba la noche se refugiaba [Benassa] en un centro católico. Allí, en “Jesús Abandonado”, recibía un plato caliente y una cama para pasar la noche. (*La patera y otros relatos*, p. 89).

Aquella mañana, Max montó en la moto y dejó atrás el seco camino de su venta. Ya en la N-340 vio a lo lejos, reverberando a la luz del sol, una figura en medio de la carretera.

Los coches la esquivaban como si fuese un animal muerto. Cuando estuvo cerca, pudo comprobar que se trataba de una mujer que de rodillas en el asfalto imploraba con sus manos juntas, a modo de rezo, ayuda. Nadie paraba. [...] Avanzó despacio, perplejo, y cuando llegó a su altura paró en el arcén. [...] Sin quitarse el casco cruzó hasta la mitad de la carretera y cogió a la mujer por detrás asiéndola de las axilas. [...] la montó en la moto y cuando él estuvo bien sentado hizo que ella se sujetase a su cintura. [...] Arrancó la moto y en más de una ocasión hubo de sujetarla para que no cayese por un costado. De esta manera desequilibrados marcharon por la carretera desafiando las miradas de asombro y en algunos casos reprobatorios de quienes desde sus vehículos juzgaban la singularidad de la ruta.

Por fin llegaron al camino de tierra que llevaba a la venta. Allí, Max bajó a la mujer de la moto y se la entregó a Norma para que la cuidase. Sabía que la generosidad de ella superaría cualquier estado de malestar en su ánimo. Efectivamente no tuvo ningún reparo en lavarla, darle de beber y de comer e incluso acostarla en su cama como si fuese su propia madre enferma de senilidad. Hacía tiempo que se había acostumbrado a vivir en la franja de humanidad a que obligaba la ubicación de la venta, entre el agua y la tierra. Todos allí pertenecían a ese límite donde lo importante es tan básico como cuidada a un ser humano en estado de desesperación, de desamparo. (*Tarifa: la venta del alemán*, p. 9-10).

Éstos acaban de llegar en una patera, te lo digo yo – se oyó decir un tipo acodado en la barra. [...] Al poco irrumpieron dos jóvenes en el local para decir que llegaba “la pasma”. Buscaban a los de una patera que habían escapado nada más llegar a la orilla. Max miró al hombre y al niño. Se dirigió hacia el fondo, abrió una puerta y les ofreció escondite. Con su mano les conminó a quedarse callados. Los dos entraron temerosos. Cuando apareció la Guardia Civil en el establecimiento nadie había visto a ningún sospechoso de haber cruzado el Estrecho. (*Tarifa: la venta del alemán*, p. 16).

Al cabo de un rato, fue a la habitación donde ya intuía que podía encontrarse alguna sorpresa y descubrió a padre e hijo abrazados detrás de unas cajas. [...] - Otros pirómanos de la frontera... ¿Cuándo habéis cruzado queridos?

El hombre sacó sus billetes del bolsillo.

- Guárdalos — dijo ella mirando el aterido muchachito.

Seguidamente abrió la puerta y desde allí pidió mantas y ropa a Max. Después sacó un colchón de detrás de una mampara, lo tumbó en una esquina y se acercó al chaval. Agarrando su cuerpecito lo tendió con cuidado. Su cara de dolor no podía expresar todo su agradecimiento.

Norma volvió al bar, calentó leche a presión en dos vasos y llegó con las mantas a la habitación. AL niño lo cubrió con una de ellas y la otra se la dio al hombre.

-La leche caliente significa hogar, o sea, que bebed y entregaos al sueños. (*Tarifa: la venta del alemán*, p. 16-17).

En cierta ocasión, guiaron juntos una patera hacia las costas gaditanas. Ningún marino podía dejar de prestar ayuda a una embarcación en apuros. (*Tarifa: la venta del alemán*).

Les permitía dormir unas horas, les daba comida, ropa e instrucciones para seguir las rutas menos vigiladas por la policía sin tener que recurrir a la mafia de los taxis que los dejaban sin dinero en el bolsillo. Si escapaban con las sombras de la noche, los dos compinches de Max [El Guri y Mamón] solían acompañarlos un trecho corto de su largo viaje. (*Tarifa: la venta del alemán*, p. 42).

-Uno de los tres es mujer –dijo Norma-. Y, o mucho me equivoco, o yo diría que está embarazada. [...].

Ya de mañana, el Guri llegó con un médico amigo que siempre los ayudaba. Efectivamente, la joven de raza negra estaba embarazada. No era aconsejable que enseguida se pudiese en ruta. Debía descansar. (*Tarifa: la venta del alemán*, p. 43).

Ella [la inmigrante embarazada] pidió quedarse en la casa hasta que su hombre saliese del encierro. Y la madre de Max la aceptó de la manera en que estaba acostumbrada a aceptar los acontecimientos. (*Tarifa: la venta del alemán*, p. 56).

Algunos llevamos ya años merodeando por aquí. Hay mujeres que nos conocen y nos dan bocadillos. También los franciscanos nos ofrecen comida, insuficiente para tantos como somos. (*Las voces del Estrecho*, p. 206).

La presencia del *buensamaritanismo* en los textos estudiados pone de relieve por una parte la cara solidaria y humanitaria de España, cara que se contrapone a la faceta xenófoba, y por otra y sobre todo evidencia la carácter infernal de la vida de los emigrantes africanos en España, la situación de precariedad, indigencia y necesidad en que se encuentran los emigrantes en el paraíso soñado; De allí, el motivo de la inclusión de este punto en este capítulo.

CONCLUSIONES

Desde sus orígenes hasta nuestros días, el ser humano siempre ha estado en movimiento. Los movimientos migratorios siempre han formado parte integrante de las sociedades humanas. En todas las épocas y sociedades humanas, la literatura, en su calidad de, entre otras funciones, plasmadora de la realidad social siempre ha dado cuenta de estos fenómenos migratorios. Textos como la epopeya sumeria *Poema de Gilgamesh*, considerado el primer texto de toda la historia de la literatura, o tan antiguos como el cuento *La historia de Sinuhé*, considerado el mayor logro de toda la literatura egipcia antigua, o el homérico texto fundacional griego *La Odisea*, o también el *Cantar del mío Cid* testimonian el hecho de que el tema migratoria siempre ha sido presente en las manifestaciones literarias.

A la hora de investigar fenómenos sociales como la inmigración, la literatura, que muchas veces se deja en margen en estos estudios, puede revelarse como una valiosa fuente de conocimientos al servicio de muchas otras disciplinas del área de las ciencias sociales. En el campo de la geografía por ejemplo, como lo observa Paul White (1985:10), los textos literarios resultan ser muy útiles como fuente para la atribución de sitios o lugares, para llenar el vacío relacionado con el deficiente estudio del papel del individuo en la migración y para el análisis o la comprensión de situaciones. El análisis situacional del fenómeno migratorio por los geógrafos trata habitualmente de una variedad de temas: ¿Por qué suceden las migraciones? ¿Cuáles son sus resultados para el migrante? ¿Cuáles son sus efectos sobre el lugar, la sociedad y la economía de origen y de destino? ¿Qué repercusiones tienen en el sistema? En el pasado, los estudios sobre migración en general han deshumanizado estas cuestiones, reduciendo los fenómenos migratorios al nivel de los flujos de capital humano. Con los enfoques conductuales en los estudios sobre migración, la significación de los objetivos y metas ha sido apreciada, pero en un contexto de elección. El uso de la literatura puede aportar conocimientos más profundos sobre las situaciones de los migrantes, y puede permitir la formulación de nuevas preguntas para un planteamiento más amplio de la cuestión. Las novelas, tanto las que tienen un contexto socialrealista se revelan útiles para abrir nuevas líneas de investigación tales como por ejemplo, como destaca Paul White (1985: 278) la llegada y alojamiento del migrante o su retorno a su sociedad de origen.

En el ámbito de la psicología, los textos literarios pueden proveer informaciones de gran alcance psicológico como emociones y sentimientos. Vemos con Russel King (1995:15) que permite por ejemplo conocer el dolor que experimenta el migrante. Un análisis psicosocial serio de la literatura, especialmente de la novela pone a disposición de los psicólogos sociales, que quieran ir más allá de la perspectiva positivista de la disciplina, el amplio y profundo conocimiento psicológico que encierran las grandes obras literarias, a la vez que puede ser de gran provecho conocer cómo estas obras reflejan cada época en que han sido escritas y, sobre todo, su incidencia en la personalidad de los lectores, en su mentalidad, en su forma de comportarse y hasta en su manera de relacionarse entre sí. Antes de que existiera la psicología como disciplina académica y profesional han sido muchísimos los hombres y las mujeres que se han ocupado de pensar muy seria y profundamente en las cuestiones que luego serían las propias del oficio de psicólogo —las relaciones humanas, el amor, la amistad, la felicidad, la conducta altruista, el comportamiento agresivo y violento, la traición interpersonal, etc...—. Anastasio Ovejero (2012:11) observa por ejemplo que sobre el amor hay muchas más y mucho más interesantes páginas en la novela del siglo XIX que en los tratados de psicología. Estima también que «en la literatura de autores como Dostoievski, caracterizadas por un profundo y sutil análisis de la conducta humana y de sus emociones y relaciones interpersonales, hay más y más interesante psicología criminal que en algunos libros de psicología».

La literatura, especialmente en su vertiente narrativa puede presentar una tamaño utilidad como memoria histórica y cultural. Esta realidad se da ya por el simple hecho de que la cultura es memoria como lo vemos con Lotman y Uspensky (1978: 213). La narrativa permite en efecto, una tarea conmemorativa que, como lo observa Seyhan (2000: 3-4), permite sacar a luz y/o rectificar experiencias o hechos olvidados o silenciados o imaginar guiones alternativos del pasado. Asimismo, la literatura puede servir como memoria cultural colectiva para ciertos grupos, precisamente las diásporas.

El propósito de esta investigación ha sido analizar la presencia de los textos culturales en la literatura española sobre inmigración africana. Para un análisis de mayor alcance y exactitud, hemos intentado elegir un corpus bastante amplio y heterogéneo, con quince obras de los géneros narrativo, ensayístico y teatral. Cabe subrayar que existe en la crítica la frecuente tendencia a suponer, con automatismo, que la literatura actual sobre la inmigración, igual que toda literatura volcada por imperativos de ética

ideológica o humanitaria, hacia la realidad histórica, es pobre en literariedad y desprovista de creatividad, desde el punto de vista de la concepción imaginaria y la plasmación artístico-formal. La instrumentalización a la que se somete el texto literario, atendiendo a exigencias de compromiso ideológico y de conducta solidaria, lo convierte en un mero pretexto para la denuncia, cuando no crítica, de la realidad histórica de la misma emigración, haciendo, ora ensayismo sociológico y panfleto político, ora documentalismo de craso realismo. Estos rasgos parecen constituir los importantes fundamentos en que suele basarse la crítica propiamente dicha, a excepción de la crítica periodística, para tratar, con escepticismo, esta narrativa y mantenerla en la marginación, desde el punto de vista de la interpretación y el interés hermenéuticos.

Es cierto que este escepticismo crítico tiene más que justificadas razones en la escasa, por no decir nula, calidad y atractivo estéticos de muchas obras de esta literatura por la primacía que se da en ellas a la función documental y didáctica, más propias del reportaje periodístico o del ensayo sociológico que de la prosa y verso literarios. Pero, esta realidad no debe ser un argumento para la optimización hiperbólica de estos rasgos individuales con su correspondiente generalización a toda la literatura sobre inmigración. Esta desmesurada extensión conlleva una gran injusticia respecto a esta nueva literatura que, como lo subraya Juan Carlos Rodríguez (1999) obedece a la nueva sentimentalidad que se vino dando en la estética literaria posmoderna desde los finales del milenio pasado. Esta nueva posmodernidad literaria está caracterizada, primordialmente, por un nuevo retorno a la tradición de narrar historias, por el interés dado al tema de la marginalidad, además de la atracción por la historia en mayúscula, en su sentido ideológico-político, en contraposición a la otra posmodernidad que exalta los experimentalismos formalistas, de tipo vanguardista y de claro signo deshumanizador, que declaran la muerte de los grandes relatos.

Dos rasgos comunes caracterizan todas las obras pertenecientes al círculo inmigratorio. El primer rasgo es la poética realista que comparten todas. La literatura española sobre inmigración se hace, en efecto, de modo absoluto, en clave realista. Pero es de afirmar que tal estética no es uniforme dado que ofrece tres modalidades diferentes en cuanto a la representación de la realidad migratoria. La primera es la *mimesis tout court*, natural en una ficción realista tan cerca del reportaje que de la prosa literaria, mientras que la segunda opta por un realismo dialéctico que, conjugando documentalismo crítico y formalismo artístico, ofrece una ficcionalidad en que la

imaginación y la realidad se hermanan sin problemas y con mucha maestría narrativa. La tercera modalidad es tributaria de esta última, pero con un valor añadido de lirismo plástico y de perspectivismo polifónico. Estas posibilidades pueden mantenerse conjuntamente imbricadas o por separado en el texto, de modo consciente o inconsciente, dependiendo de la intencionalidad del relato puesto que la relación que hay entre ellas es de complementariedad. La primera modalidad, que corresponde a lo llamado por Barthes (1972), el grado cero de la escritura, se apoya en la imitación de la realidad histórica y social de la emigración, con una profunda base documental y sociológica. La función informativa de la narración tiende a dominar, sobremanera, porque los condicionamientos inherentes a la denuncia crítica y comprometida son los que moldean, en gran proporción, la escritura. La creación artística cumple una declarada funcionalidad histórica, defendiendo una especie de literatura de tesis. La segunda modalidad de la estética realista que, en vez de tener base en una *mimesis* tanto sociológica como testimonial de la emigración, nos encamina hacia un espacio narrativo donde la profunda concurrencia simbiótica de arte y vida se hace tan difícil y casi imposible de detectar puesto que las líneas divisorias entre la realidad y la ficción son tan íntimamente difusas. Este hecho de ósmosis es una indicación de que no hay ninguna frontera entre la vida y la literatura. Esto es, la literatura puede convertirse en realidad vital y, viceversa, en una relación dialéctica de vasos comunicantes. Esta característica, que fue dominante en la literatura fantástica contemporánea, vuelve a ser muy notable en la literatura actual, en general, y en el realismo posmoderno, en particular. Juan Oleza ve en este fenómeno de simbiosis uno de los rasgos definidores del realismo posmoderno actual (Oleza, 1993:113-126). Este realismo niega el tradicional realismo mimético, haciendo propias su pasión por narrar las historias y la vida social, pero al mismo tiempo, rechaza el formalismo experimentalista y estetizante que, en nombre de la autonomía del arte, asume su carácter puro y desenganchado igual de la vida que de la historia. El resultado es una novela muy empapada de hibridismo imaginario que va a mitad de camino entre lo privado y lo público, la biografía y la imaginación, la historia y la ficción. La proyección de lo individual y de lo propiamente subjetivo, esto es, la privacidad y la biografía, en la objetividad de la historia y de la vida, hace que la ficción se involucre fuertemente en la realidad, en plena compenetración entre estética y verdad. Es, en esta soldadura difusa y perspicaz entre la realidad y la ficción, donde radica la trascendencia de esta segunda modalidad narrativa de la estética realista, de base posmoderna. La apoteosis en la fusión entre ficción y

realidad desemboca en una narración que se hermana con la lírica y la poesía. Esta es la última modalidad en la que la representación de la emigración se enfoca desde la perspectiva del mito, de la metáfora y del símbolo, que dota al relato de una notable poeticidad, peculiar de la enunciación lírica. El realismo que fue, primero mimético, luego simbiótico y fusionador entre realidad y ficción, termina siendo poético, arribando a lo que se ha solido llamar la novela lírica.

El segundo rasgo distintivo común de esta literatura sobre inmigración africana es su estética de la compasión. Esta literatura opta, en tanto que alternativa de resistencia o de oposición también posmoderna, por una poética de humanización, porque la ficción es considerada, desde el punto de vista de la ética moral y de la conciencia humanitaria, la más idónea para la narración de la tragedia de la inmigración, pero sin hacer concesiones a la calidad artística. Esto supone que la poética realista se torna una estética ética. Esta literatura sobre la inmigración conlleva una benevolencia inequívocamente discutible y, en la mayoría de los casos, la irrumpe una fuerte sensibilidad subjetiva que hace de la ficcionalización literaria una labor de ética que se lleva a cabo desde «la primera trinchera del corazón» como lo subraya Téllez Rubio en el prólogo de *Por la vía de Tarifa* de Nieves García Benito. Rezuma tanta ternura que acompasa las almas y se adentra, con facilidad y profundidad, en las conciencias.

Proponiéndose por una parte sensibilizar a los lectores sobre el drama y tragedia de los inmigrantes africanos y, por otra, denunciar el execrable negocio de las mafias que se lucran aprovechándose de la desgracia de esos sujetos así como la indiferencia de Europa ante el drama y tragedia de estos inmigrantes cuya buena parte de responsabilidad tiene, esta literatura se apoya en narrar la inmigración de modo tan dramático y lleno de angustia, con la intencionalidad pragmática de conmover al lector y engancharle a esta realidad rápida y frecuentemente olvidada, manteniendo despierta y en vigilia su conciencia crítica, en forma de solidaridad y deferencia.

El recurso a los textos culturales, que en esta literatura aparecen en el modo que define Cros (2009:181) como lo propio de la manifestación de estos textos, o sea, de forma encriptada, enigmática y fragmentaria por medio de huellas imperceptibles y fugaces, pero también de forma explícita mediante referencias y comparaciones directas, se presentan como una de los mecanismos más eficientes usados por los escritores para alcanzar su propósito conmovedor, sensibilizador y denunciador. Los textos culturales sirven por una parte —textos culturales mitificadores— para establecer

un paralelismo entre la causalidad del viaje de los inmigrantes africanos con la motivación de la migración de antiguos pueblos dolientes en situación límite como la diáspora hebrea en Egipto, y por otra parte, igualan la suerte de los inmigrantes africanos con la trayectoria vital de Ulises en la Odisea homérica y de los judíos de la diáspora bíblica en cuanto a calvarios, sufrimientos y persecución —textos culturales migratorios—. Mediante el paralelismo que se establece entre las situaciones de sus personajes y las de los protagonistas de los textos culturales, los textos literarios se vuelven como un recurso para el mantenimiento de la repetición arquetípica de escenarios míticos de tiempos inmemoriales y de este modo de los textos culturales en que aparecen narrados y al mismo tiempo, el tema de la migración se redimensiona desde la perspectiva semántica con una resignificación mítica y trascendental y la problemática de los inmigrantes se dignifica política e ideológicamente.

Además de esta función comparativa, los textos culturales desempeñan otra función, propiamente contrastiva. Más allá de las semejanzas entre la situación de los protagonistas de los textos culturales y la de los inmigrantes africanos protagonizando las historias de los textos literarios, se nota una diferencia divergente que da a las diferentes historias narradas por los mismísimos emigrantes una connotación humanizante, de gran carga ética y dramática, enfatizando y poniendo en una escala de tragedia superior la suerte de los inmigrantes africanos. Si Ulises y el pueblo judío llegan a buen puerto, encuentran consuelo a su duro viaje en el hallazgo del hogar y la felicidad soñados, no es el caso de los inmigrantes africanos que a su llegada a la tierra anhelada se llevan una desilusión y desesperación total al encontrarse en situaciones de trabajo y de vida infernales y en situación de absoluta marginalidad. También, si los relatos homéricos y bíblicos de la odisea están anclados, en unos trasfondos respectivamente patriótico y religioso, los de la emigración están empapados de una pátina patética y humanista que, en son de denuncia de la tragedia que sufren los emigrantes en su travesía del Mar Mediterráneo, describen, con mucha huella trágica, la suerte de miles de emigrantes abandonados a la buena de dios con indiferencia hiriente y, a veces, muy cómplice con la injusticia global de los desajustes entre el Norte y el Sur. Tanto el insistir, con mucha persistencia, en el relato de la odisea en su dimensión dramática como el narrar los sufrimientos de los emigrantes y su calvario inhumano, entronca con la visión catastrofista de la emigración, de gran parte de los autores. Visión que tiende, por añadidura, a dar a esta inmigración una connotación muy trascendental,

de auras muy resignificantes, por ser una temática clave de gran envergadura en los tiempos actuales: refleja cuán frágil es el actual Nuevo Orden internacional y los cantos repetidos por los derechos humanos, cantados, a bombo y platillos, por un mundo occidental que deja morir a sus costas a miles de fugitivos y exiliados no del pan, sino de la libertad, en una palabra.

BIBLIOGRAFÍA

- ABELLA VÁZQUEZ, Carlos Manuel (2006), *Los discursos mediáticos acerca de la inmigración y el multiculturalismo en España: análisis de los editoriales de ABC, El Mundo y El País (1994-2002)*, Tesis doctoral dirigida por Rosa Cobo Bedia, Universidad da Coruña.
- ABRIGHACH, Mohamed (2006), *La inmigración marroquí y subsahariana en la narrativa española actual*. Agadir, ORMES.
- ABRIL, Guillermo (2009), «Ser negro en España», Madrid, El País (11 octubre 2009), (reportaje).
- ADEPOJU, Aderanti (2000), «La migración internacional en el África Subsahariana: problemas y tendencias recientes», en *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, Vol. 165, pp. 133-147. en <http://unesdoc.unesco.org/images/0012/001238/123852s.pdf>
- AGBOTÓN, Agnés (2005), *Más allá del mar de arena*. Barcelona, Random House Mondadori.
- AGUIRRE CASTRO, Mercedes (1999), «Los peligros del mar: muerte y olvido en la Odisea», Madrid, Universidad Complutense, CFC: egi 9.
- AHMED ISMAEL, Rasha (2010), «Fronteras asesinas e identidades culpables: “moros” y “negros” en la literatura española del nuevo milenio», *Anaquel de Estudios Árabes*, vol.21, pp. 235-252.
- AIXELÀ, Yolanda (2012), «Entre las dictaduras y el petróleo: las migraciones transnacionales de guinea ecuatorial», en *Revista andaluza de antropología n° 3: Migraciones en la globalización*, sept., pp. 80-93.
- ALCALÁ VENCESLADA, Antonio (1951), *Vocabulario andaluz*, Madrid, Real Academia Española.
- ALONSO, José Antonio (2011), *Migración internacional y desarrollo: una revisión a la luz de la crisis*, Development Policy and Analysis Division, United Nations, New York.
- AMIN, S., *El desarrollo desigual*, 352, Barcelona, Fontella, 1975.

- ANDRÉS-SUÁREZ, Irene; KUNZ, Marco; D'ORS, Inés (2002), *La inmigración en la literatura española contemporánea*, Madrid, Verbum.
- ANGLADA BIGORDÁ, Josep (2001), «Un país sin estadística», Fundación Sur, junio 2001. Disponible en: <http://www.africafundacion.org/spip.php?article9279>
- ANGUITA OLMEDO, Concepción y CAMPOS ZABALA, María Victoria, *África Occidental, la nueva región frontera: el papel de Senegal y Guinea Conakry en la seguridad de la Unión Europea*, en AMÉRIGO, Fernando y PEÑARANDA, Julio (2009), *Dos décadas de la guerra fría*, Tomo II, Madrid, Instituto Universitario Gutiérrez Mellado-UNED.
- ARAGÓN BOMBÍN, R.; CHOZAS PEDRERO, J. (1993), *La regularización de inmigrantes durante 1991-1992*, Madrid, Ministerio de Trabajo.
- ARAMBURU OTAZU, M. (2002), Los comercios de inmigrantes extranjeros en Barcelona y la recomposición del “inmigrante” como categoría social. En *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*. Universidad de Barcelona, vol. VI, Nº 108.jo.
- ARANGO, J. (1993), «El “Sur” en el sistema migratorio europeo. Evolución reciente y perspectivas», *RUS*, nº12, pp. 7-19.
- ARISTÓTELES (2002), *Poética*, Prólogo, traducción y notas de López Eire, Antonio, Madrid, Istmo.
- ARISTÓTELES, *Política*, libro I, capítulo II. Disponible en http://www.edu.mec.gub.uy/biblioteca_digital/libros/a/Aristoteles%20-%20Politica.pdf
- ARÓSTEGUI, Julio (2004), *La historia de la vida: sobre la historia del presente*. Madrid, Alianza.
- ASSIS IASBECK, Luis Carlos (2001), «Los rumores más allá y más acá de la noticia (versiones no autorizadas de la realidad)», *Signa: Revista de la Asociación Española de Semiótica*, Nº10.
- AUTENRIETH, Georg (1895), *A Homeric Dictionary*, Nueva York, Harper and Brothers.

- BALDWIN-EDWARDS, Martín (2006), «La inmigración ilegal en el Mediterráneo» en *V Seminario Internacional sobre Seguridad y Defensa en el Mediterráneo: La seguridad multidimensional*, Barcelona, CIDOB.
- BALLESTEROS, Isolina (2001), «Xenofobia y racismo en España: la inmigración africana en *Las cartas de Alou* (1990), de Montxo Armendáriz y *Bwana* (1996), de Imanol Uribe», en *Cine (ins)urgente. Textos fílmicos y contextos culturales de la España Postfranquista*, Madrid, Fundamentos.
- BARLETTA VILLARÁN, Roberto (2007), *Breve Historia de Francisco Pizarro*, Nowtilus, Madrid, p. 49.
- BARTHES, Roland, *Le degré zéro de l'écriture*, París, Seuil, 1972.
- BASSETT, J. S. (1986), *Slavery and Servitude in the Colony of North Carolina*, Baltimore, p. 77. y pp. 286-295.
- BEECHER STOWE, Harriet (2010), *La cabaña del tío Tom*, 4ª ed., Madrid, Cátedra.
- BEN SASSI, Tijani (1968), *Les travailleurs tunisiens dans la région parisienne*, París, Hommes et Migrations n°109.
- BETH, Hanno y PROSS, Harry (1987). *Introducción a la ciencia de la comunicación*. Barcelona, Anthropos.
- BHABHA, Homi (1996), «Cultures In-Between», en Hall, Stuart y Du Gay, Paul, *Questions of Cultural Identity*, Londres, Sage.
- BIBLIA Reina Valera 1960, Santa* (2008), Madrid, Sociedades Bíblicas Unidas.
- BLANCO, C. (2000), *Las migraciones contemporáneas*. Madrid, Alianza Editorial.
- BOYOGUENO, Simplicio (2007), “El proceso de construcción de la otredad en Las voces del Estrecho y Las cartas de Alou”. En Rosalía Cornejo Parriego (ed.), *Memoria colonial e inmigración*, Barcelona, Bellaterra. pp. 167-190.
- BURELLO, Marcelo G. (2013), *Gilgamesh o del origen del arte*. Hecho Atómico Ediciones.
- BUSTAMENTE, Jorge (1997), *Cruzar la línea. La migración de México a los Estados Unidos*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, en Humberto Crosthwaite, Luis, «Instrucciones para cruzar», *Letras Libres*, 17 (mayo 2000), pp. 52-53.
- BYSTRINA, Ivan, *Tópicos de Semiótica da Cultura*, Sao Paulo, PUC/SP.

- CABRERA, Ramón (1837), *Diccionario de etimologías de la lengua castellana*, Tomo I, Madrid, Imprenta de Don Marcelino Calero.
- CAMACHO, Cristián (2003), «El origen social del conquistador español y sus objetivos económicos y sociopolíticos en Venezuela», *Procesos históricos: revista de historia, arte y ciencias sociales*, Universidad de las Andes, Mérida (Venezuela), nº3.
- CAMPBELL, Joseph (2001), *El héroe de las mil caras: Psicoanálisis del mito*, México, Fondo de Cultura Económica.
- CAMPO, Salustiano Del (dir.), (1987), *Diccionario Unesco de ciencias sociales*, Planeta-Agostini.
- CAMPORESI, Piero (2006), *El País del hambre*, Fondo de Cultura Económica USA.
- CARLING, Jorgen (2006), *Migration Human Smuggling and Traffic king from Nigeria to Europe*, Oslo, International Peace Research Institute.
- CARREIRA, Antonio (1977), *Migrações nas ilhas de Cabo Verde*, Lisboa, Universidad Nueva de Lisboa.
- CASTELLS, Manuel (1994), «Flujos, redes e identidades: una teoría crítica de la sociedad informacional», en Congreso Internacional Nuevas Perspectivas Críticas en Educación, Barcelona, Universidad Autónoma, pág.37-38.
- CASTLES, S.; KOSACK, G. (1984), *Los Trabajadores Inmigrantes y la Estructura de Clases en la Europa Occidental*, México, Fondo de Cultura Económica.
- CASTLES, S.; MILLER, M. J. (1993), *The Age of Migration: International Population Movements in the Modern World*, Londres, Macmillan.
- CATELLI, N. (2001), *Testimonios tangibles*. Barcelona, Anagrama.
- CAUVIN, M.; SANLAVILLE, P. (1990), *Préhistoire du Levant*, 2, París, CNRS.
- CAVAFIS, Constantino (1994), «Ítaca», *Poesías completas*, Madrid, Alianza.
- CEBULA R.J. (1980), *The determinants of human migration*, Lexington, Lexington Books.
- CHAREF, Medhi (1983), *Le thé au harem d'Archi Ahmed*, París, Mercure.

- CHAUNU, Huguette et Pierre (1956), *Séville et l'Atlantique*, 2, París, SEVPEN, Tomo VI.
- CHEBEL, Malek (1995), *Dictionnaire des symboles musulmans*, París, Albin Michel.
- COLECTIVO IOE (1971), *Los inmigrantes en España*, Madrid.
- COLECTIVO IOE (2002), *Exploración bibliográfica sobre estudios de inmigración extranjera en ESPAÑA*, Madrid, Marzo.
- CORÁN, en http://www.coran.org.ar/Botonera_Suras.html
- CORNEJO PARRIEGO, Rosalía (2007), *Memoria colonia e inmigración: la negritud en la España posfranquista*, Barcelona, Bellatera.
- COTTMAN, Michael H. (1999), *The Wreck of the Henrietta Marie*, Nueva York, Harmony Books, Disponible en <http://www.wvculture.org/museum/Marie/henrietta.pdf>
- CRESPO, R. (2001), "Asociacionismo africano en Europa. El caso de Cataluña", TRUJILLO, José Ramón (ed.), *África hacia el siglo XXI*. Madrid, Casa de América.
- CROS, Edmond (2009), *La sociocrítica*, Madrid, Arco/Libros.
- CRUZ ROJA ESPAÑOLA (2006-2008), *Migraciones africanas hacia Europa. Estudio cuantitativo y comparativo*, Centro nº 6 de Nouadibou, Mauritania.
- DARWIN, Charles (s.f.), *The descent of Men*, Nueva York, The Modern Library.
- DE FRANCA, A. (1992), *Comunidade caboverdiana em Portugal*, Instituto de Estudios para el Desarrollo, nº 23.
- DE HAAS, H. (2007), *The Myth of Invasion: Irregular migration from West Africa to the Maghreb and the European Union*, Oxford, International Migration Institute, University of Oxford.
- DE HASS, H. (2008), *The inconvenient realities of African migration to Europe*, Oxford, International Migration Institute, University of Oxford.
- DERRIDA, Jacques (1993), *Spectres de Marx*, París, Galilée.
- DI MEO, G. (1985), *Les pays du Tiers Monde. Géographie Sociale et Economique*, Sirey, París.

- DÍEZ ALCALDE, Jesús; VACAS FERNÁNDEZ, Félix (2008), *Los conflictos de Sudán*, Ministerio español de Defensa, p. 47, en http://www.portalcultura.mde.es/Galerias/publicaciones/fichero/Conflicto_Sudán.pdf
- DOLLEANS, E. ; y DEHOVE, G. (1945), *Histoire du travail en France*, París, ed. Domat-Montchrestien.
- DOUGLAS, Mary (1966), *Purity and Danger*, Londres, Routledge.
- DUCHET, Claude (1979), *Sociocritique*, París, Nathan.
- DYER, Richard (1977), *Gays and Film*, Londres, British Film Institute.
- EBEL, M., y FIALA, P. (1983), *Sous le consensus, la xénophobie*, Lausanne, Institut de Science Politique.
- ECHEVERRÍA, Carlos (2001), *The Sahel, a Volatile Region*, en MARQUINA, A. y BRAUCH, G. B. (Vds.), *The Mediterranean Space and its Borders. Geography, Politics, Economics and Environment*, UNISCI, Madrid y Afes-Press, Mosbach, 2001.
- EKWE-EKWE, Herbert (2012), «What exactly does ‘sub-sahara Africa’ mean?», Pambazuka News, 2012, en <http://www.pambazuka.org/en/category/features/79215>
- ELIADE, Mircea (1985), *El mito del eterno retorno*, Madrid, Alianza Editorial.
- ELIKIA, M'Bokolo (1998), *The impact of the slave trade on Africa*, Le Monde diplomatique, abril.
- ELOLA, Josefa (2009), «Identifíquese, es usted negra», Madrid, El País, 30 agosto 2009.
- EMBAJADA DE ESPAÑA EN NOUAKCHOTT (2012), *Informe País 2012*, p. 4. en http://www.magrama.gob.es/es/ministerio/funciones-estructura/organizacion-organismos/2012_Mauritania_Informe_pa%C3%ADs_tcm7-272910.Pdf
- EMMANUEL, A. (1973), *El intercambio desigual*, Siglo XXI, Madrid.
- ENGELS, F. (1858), *Carta a Marx*, 7 de octubre, en Colectivo IOE (1971), *Los inmigrantes en España*, Madrid.

- ENGELS, F. (1962), *The Condition of the Working Class in England*, 140, Moscú, Foreign Languages Publishing House.
- FEENSTRA, Pietsie; HERMANS, Hub (2008), «La migración del cine español», en Feenstra, Pietsie y Hermans, Hub, *Miradas sobre pasado y presente en el cine español (1990-2005)*, Amsterdam, Ediciones Rodopi.
- FENSKE, H. (1980), «International Migration, Germany in the Eighteenth Century», en *Central European History*, XIII, n.º4, Cambridge University Press.
- FERNANDES LINO, Shanna Catarina (2008), *The problem of immigration and contemporary spanish detective fiction*. Departamento de Español y Portugués, Universidad de Toronto.
- FERNÁNDEZ ROZAS, José Carlos (2004), «España y los movimientos migratorios internacionales: el reverso de la moneda», en ANDRÉS-SUÁREZ, Irene, *Migración y literatura en el mundo hispánico*, Madrid, Verbum.
- FERNÁNDEZ, A (1983), *El control de las empresas multinacionales*, Tecnos, Madrid.
- FERREIRA PEIXOTO, C. M. (1989), *Mao de obra cabo-verdiana*, situavoes migratorias, *Trabajo de licenciatura, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas*, Departamento de Antropología, Universidad Nacional de Lisboa.
- FÍGARES ROMERO DE LA CRUZ, M. D. (2003), *La colonización del imaginario: Imágenes de África*, Granada, Universidad de Granada y Centro de Investigaciones etnológicas Ángel Ganivet.
- FISCHER, Sabine; MORAY, McGowan (1995), “From pappkoffer to pluralism. Migrant writing in the German Federal Republic”. En Russell King et al. (eds.), *Writing across Worlds. Literature and Migration*. London, Routledge. pp. 39-56.
- FOSTER, John L. (2001), *Ancient Egyptian Literature*, Austin, University of Texas Press.
- FREEDMAN, Ralph (1972), *La novela lírica*, Barcelona, Barral Editores, Breve Biblioteca de Respuesta.
- FREUD, Sigmund (1976), «Lo siniestro», en *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, Vol. XVII.

- FRIEDE, Juan (1960), *Gonzalo Jiménez de Quesada a través de documentos históricos*. Bogotá, Academia Colombiana de Historia.
- FROBEL F. y otros (1980), *La nueva división del trabajo. Paro estructural en los países industrializados e industrialización de los países en desarrollo*, Madrid, Siglo XXI.
- GABACCIA, Donna (1992), «El viaje al otro lado, Europa América», Madrid, El País, 19 sept.
- GALBRAITH, J.R. (1980), *Théorie de la pauvreté de masse*, París, Gallimard.
- GARCÍA BENITO, Nieves (2004), «Por la vía de Tarifa o la letra con la sangre entra», en Soler-Espiauba, Dolores, *Literatura y pateras*, Madrid, Universidad Internacional de Andalucía/Akal, p. 51-88.
- GARCÍA LÓPEZ, Bernabé (1996), «La evolución cronológica del asentamiento de los marroquíes en España», *Atlas de la inmigración magrebí en España Atlas*. Universidad Autónoma de Madrid: Taller de Estudios Internacionales Mediterráneos, 1996, pp. 68-71.
- GARCÍA LÓPEZ, Bernabé (1996), «Los tunecinos en España», *Atlas de la inmigración magrebí en España Atlas* Universidad Autónoma de Madrid: Taller de Estudios Internacionales Mediterráneos, 1996, pp. 248-250.
- GARCÍA SOLER, María José (2012), «Paisajes deseados: el País de Jauja en la literatura griega», *ANTIQUA. XIX Jornadas sobre la Antigüedad: "El paisaje en la antigua Grecia*, San Sebastián, Koldo Mitxelena Kulturunea.
- GARDINER, Alan H. (1916), *Notes on the Story of Sinuhe*, París, Honoré Champion.
- GAUTHIER, A. (1984), *Le monde d'une crise á l'autre*, Montreuil, Breal.
- GIMBER, Arno (1995), «Sobre el origen del quinto paso del Deleytoso de Lope de Rueda», *Revista de Filología Española*, vol. LXXV, n. °3/4, Amiens, Universidad Vernes Jules.
- GIRARD, René (1986), *El chivo expiatorio*, Barcelona, Anagrama.
- GODENAU, Dirk; ZAPATA HERNÁNDEZ, V.M. (2007), *La inmigración irregular en Tenerife*, Cabildo de Tenerife: Área de Desarrollo Económico.

- GÓMEZ FAYRÉN, J.; BEL ADELLE, C. (2011), «Nueva inmigración africana en España: inmigrantes subsaharianos», *Revista Mugak*, nº13, Gipuskoa, Centro de Estudios y Documentación sobre inmigración, racismo y xenofobia.
- GONZÁLEZ-ENRÍQUEZ, C. (2009), «Spain: the Cheap Model. Irregularity and Regularization as Immigration Management Policies», *European Journal of Migration and Law* 11, Nimega, Universidad Radboud, pp. 139-157.
- GORDON CHILDE, Vere (1975), *Los orígenes de la civilización*, Madrid, Fondo de Cultura Económica.
- GOYTISOLO, Juan (2004), “Metáforas de la inmigración”, Madrid, *El País*, 24 de septiembre.
- GOZALVEZ PEREZ, Vicente (2000), «La inmigración irregular de africanos en España, balances y perspectivas», *Revista de Investigaciones Geográficas*, nº23, Alicante, Universidad de Alicante.
- GUNDER FRANK, André (1979), *La Acumulación Mundial, 1492-1789*, Madrid, Siglo XXI.
- HALL, Stuart (2010), «El espectáculo del Otro», *Sin garantías: Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*, Popayán, Enviñon editores, pp. 420-445.
- HERRERO CECILIA, Juan (2006), «La teoría del estereotipo aplicada a un campo de la fraseología: las locuciones expresivas francesas y españolas», *Espéculo: Revista de Estudios Literarios*, nº. 32 Madrid, Universidad Complutense.
- HOLLAND, S. (1983), «Una nueva estrategia para Europa», en *Zona abierta*, nº 27.
- HOMERO, (s.f.), *La Odisea*, en http://es.wikisource.org/wiki/La_Odisea
- IGLESIAS SANTOS, Montserrat (2010), *Imágenes del otro: literatura, cine e inmigración*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- INIESTA, Ferrán (1998), *Kuma Historia del África negra*, Barcelona, Ediciones Bellaterra, pp. 265-268.
- INSTITUTO ESPAÑOL DE EMIGRACIÓN (1976), *La emigración española y el crecimiento económico español*, nº 69, Madrid.
- IZQUIERDO, A. (2001), *Encuesta de Regularización 2000. Informe final*. Madrid, Ministerio del Interior.

- JABARDO VELASCO, M. (2001), *Ser africano en el Maresme. Migración, trabajo y etnicidad en la formación de un enclave étnico*. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid.
- JABARDO VELASCO, M. (2006), *Senegaleses en España. Conexiones entre origen y destino*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales: Subdirección General de Información Administrativa y Publicaciones.
- JACKSON, J.A. (1986), *Migrations*. Londres, Longman.
- JESURUN, Eero (2011), *Representación del inmigrante subsahariano en el cine español contemporáneo: Aproximaciones a la condición poscolonial*, Madrid, Universidad Carlos III.
- KABUNDA, Mbuyi (2007), «África. Respuestas a los desafíos de la globalización», En Iniesta Ferrán (ed.), *La frontera ambigua. Tradición y democracia en África*. Barcelona, Bellaterra, pp. 35- 61.
- KAPFERER, Jean-Noël (1990), *Rumors: Uses, Interpretations and Images*, New Brunswick, Transaction Publishers.
- KAPLAN, A. (1998), *De Senegambia a Cataluña: procesos de aculturación e integración social*, Fundación La Caixa.
- KARRIS, Robert J. (2004). «Evangelio según Lucas», en BROWN, R. E.; FITZMYER, J. A.; MURPHY, R. E. *Nuevo Comentario Bíblico San Jerónimo. Nuevo Testamento*, Navarra, Verbo Divino.
- KING, Russel; CONNELL, John; WHITE, Paul (1995), *Writing across worlds: Literature and Migration*, Londres, Routledge.
- KOPPEN, Andreas (2004), *El Dorado: ¿Espejismo o Realidad?*, Bogotá, Planeta.
- KRISTEVA, Julia (1982), *Powers of Horror*, Nueva York, Columbia University Press.
- KRISTEVA, Julia (1991), *Extranjeros para nosotros mismos*, Barcelona, Plaza y Janes.
- KUNZ, Marco (2003), *Juan Goytisolo: metáfora de la migración*, Madrid, Verbum.
- LACOSTE, Y. (1981), *Unité et Diversité du Tiers Monde*, París, Masperó.
- LALL, S (1984), *Les multinationales originaires du Tiers Monde*, París, Puf.

- LALLY KOUADIO, Alexis (2011), *La inmigración subsahariana en España: Imaginarios, experiencias y perspectivas de futuro de los subsaharianos en león*, Universidad de León: Departamento de Historia, Área de Antropología Social.
- LARA PEINADO, Federico (2005), *Poema de Gilgamesh*, Madrid, Tecnos.
- LEBON, André (1984), «Les envois de fonds des migrants et leur utilisation», en *Internatinal Migration XXII*, Issue 4, Universidad de Rennes.
- LEERSEN, Joep (1999), «Literary History, Cultural Identity, and Tradition». En *Comparative Literature Now*, París, Honoré Champion, pp. 389–397.
- LENIN, V. (1917), *La economía mundial y el imperialismo*, en COLECTIVO IOE (1971), *Los inmigrantes en España*, Madrid.
- LEWIS, Bernard (1994), *Race and Slavery in the Middle East*, Oxford, Oxford University Press.
- LITTLE, Kenneth (1957), «The Role of Voluntary Associations en West African Urbanization», *American Anthropologist*, Vol.59, nº 4, Universidad de Edinburgo, 59, pp. 579-596.
- LIVI BACCI, Masimo (2012), *Breve historia de las migraciones*, Madrid, Alianza Editorial.
- LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco (1999), *Historia General de las Indias, Crónica LXVI: Muerte de Balboa*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- LOTMAN, Yuri; USPENSKY, Boris (1978), «On the Semiotic Mechanism of Culture», *New Literary History*, Vol.9, nº2, Baltimore, Johns Hopkins University Press, pp. 211-229.
- MANCKE, Elizabeth; SHAMMAS, Carole (2005), *The Creation of the British Atlantic World*. Baltimore, John Hopkins University Press, pp. 30-1.
- MARCH, Jennifer R. (1999), *Dictionary of Classical Mythology*, Londres, Cassell.
- MARCO SANZ, R de; ÁLVAREZ PRIETO J.J.; ROJO ALCALDE, J.; KHABA LUANDA, A., *Mapa de los trabajadores extranjeros en situación irregular en España*, 1990, en GOZÁLVEZ PÉREZ, Vicente (2000), «La inmigración irregular de africanos en España, balances y perspectivas», *Revista: Investigaciones Geográficas*, nº23.

- MARÍN ESCUDERO, Pablo (2012), *El documental español sobre inmigración (2000-2010). Una lectura sociocrítica*; Granada, Universidad de Granada.
- MARTÍN CASARES, Aurelia (2000), *La esclavitud en la Granada del siglo XVI*, Universidad de Granada.
- MARTÍNEZ SERRANO, J.A. y otros (1982), *Economía española: 1960-1980*, Madrid, Blume.
- MARX, Karl (1981), *El Capital*, Libro I, Cap. XIII, Siglo XXI, Madrid.
- MCCLINTOCK, Anne, (1995), *Imperial Leather*, Londres, Routledge.
- MICHEL, R (1971), *Les investissements américains en Belgique*, Bruselas, Crisp.
- MINGUET BATLLORI, Joan (2003), «Lo nuestro y lo ajeno: cine, cultura y nacionalidad». En Alonso García, Luís (ed.), *Once miradas sobre la crisis y el cine español*. Madrid, Ocho y Medio.
- MINISTERIO DE ASUNTOS EXTERIORES Y COOPERACIÓN (2008), *Informe País: República de Gambia*, Dirección General de Comunicación Exterior, Madrid.
- MINISTERIO DE ASUNTOS EXTERIORES Y COOPERACIÓN (2009), *Informe País: República Federal de Nigeria*, Dirección General de Comunicación Exterior, Madrid.
- MIRCEA, Eliade (1971), *La nostalgie des origines, Méthodologie et histoire des origines*, París, Gallimard.
- MOBAREC ASFURA, Norma (1959), «Condición jurídica de los moros en la alta edad media española», en *Revista chilena de historia del derecho*, nº2, Santiago, Editorial Jurídica de Chile.
- MOLDES FARELO, Rocío (2004), *Relaciones, Etnia-Clase: Inmigrantes caboverdianos en las minas de Lacia (León)*, Universidad Complutense de Madrid, Departamento de Sociología III. MOLINER, Empar (2001), «En Barcelona, con chilaba», *El País*, 25 de febrero. En http://elpais.com/diario/2001/02/25/domingo/983072807_850215.html
- MONTANER FRUTOS, Alberto (2000), *Cantar de Mío Cid*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.

- MONTESQUIEU (1748), *L'Esprit des Lois*, Libro XV, capítulo V., Ginebra. En http://classiques.uqac.ca/classiques/montesquieu/de_esprit_des_lois/de_esprit_des_lois_tdm.html
- MOORE, Richard B. (2013), 3ª ed., *The Name "Negro": Its origin and Evil Use*, Baltimore, Black Classic Press, versión electrónica Kindle Amazon.
- MULLOR, Mónica (2011), «Inmigrantes subsaharianos Una aproximación a las claves de la exclusión», en *Cuadernos de la EPIC*, nº5, Comunidad de Madrid, Consejería de Asuntos sociales.
- NAGELS, J. (1981), *Contraproyecto para Europa*, Madrid, Blume.
- NASSIMA, Akaloo (2012), *Cruzando fronteras: imágenes literarias de la migración marroquí a España. Una lectura comparatista*, Universidad Carlos III de Madrid.
- NDONGO BIDYOGO, Donato (2006), «Una nueva realidad: los afroespañoles», IV Jornadas de Estudios Africanos, Castilla y León, Museo de Arte Contemporáneo, 19 de octubre.
- NEDERVEEN PIETERSE, Jan (1992), *White and Black*, New Haven, Yale University Press.
- NINI, Rachid (2002), *Diario de un ilegal*, Madrid, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo.
- OCAMPO LÓPEZ, Javier (1992), «Los mitos del Meta y Xerira en el Descubrimiento y Conquista de los Llanos», en *Llano adentro: del pasado al presente. Memorias del Primer simposio de los Llanos y de la Orinoquia colombo-venezolana*, Yopal, Tunja, U.P. T.C., Tomo I, pp. 25-38.
- OKRI, Ben (1998), *Amor peligroso*, Barcelona, Bronce.
- OLEZA, Juan (1993), «La disyuntiva estética de la posmodernidad y el realismo posmoderno», *Compás de Letras*, nº3, pp. 113-126.
- OLEZA, Juan (1994), «Al filo del milenio: las posibilidades de un nuevo milenio», *Diablotexto*, nº1, pp. 79-104.
- OLEZA, Juan (1996), «Beatus Ille o la complicidad de historia y novela», *Bulletin Hispanique*, Tomo 98, nº2, pp. 363-383.

- OLUKOJU, Ayodeji (2004), «Never expect power always: Electricity consumers response to monopoly, corruption and inefficient services in Nigeria», en *African Affairs*, nº 103.
- OSAGHAE, Eghosa E. (1999), «Exiting from the state in Nigeria» en *African Journal of Political Science*, vol.1, nº4.
- OVEJERO, Anastasio (2012), «Lo que la Literatura puede aportar a la Psicología Social», en *Revista OCNOS* nº 8, p. 7-20.
- PALLOIX, Ch. (1978), *La internacionalización del Capital*, Madrid, Blume, pp. 221-223.
- PAPADEMETRIOU, Demetrios G. (2005), «The Global Struggle with Illegal Migration: No End in Sight», *Migration Information Source*, Washington, Migration Policy Institute, Disponible en <http://www.migrationpolicy.org/article/global-struggle-illegal-migration-no-end-sight>
- PARDO MORENO, G.; ENGEL GÓMEZ, J.L.; AGUDO POLO, S. (2007), «Motivos para emigrar y principales preocupaciones de los inmigrantes subsaharianos residentes en Madrid» en *Metas de Enfermería*, vol. 9, nº 1, pp. 12-16.
- PERAULT, Charles (2010), *Caperucita roja*, Jaén, Editorial M1C, colección Caracoles en su tinta.
- PÉREZ-RIOJA, José Antonio (1971), *Diccionario de Símbolos y Mitos*. Madrid, Tecnos, p. 379.
- PIGLIA, Ricardo (2005), *El último lector*, Barcelona, Anagrama.
- PORTEOUS, J.D. (1985), «Literature and humanist geography», *Area*, vol. 17, pp. 117-122.
- PROPP, Vladimir (1971), *Morfología del cuento*, Madrid, Ed. Fundamentos.
- PROSS, Harry (1980), *Estructura simbólica del poder*, Barcelona, Gustavo Gili.
- QUINTANA, Ángel (2008), «Fernando León de Aranoa: Princesas y el realismo tímido en el cine español», en FEENSTRA, Pietsie y HERMANS, Hub, *Miradas sobre pasado y presente en el cine español (1990-2005)*, Amsterdam, Ediciones Rodopi.

- QUINTANA, Manuel José (1830), *Vidas de españoles célebres, Testimonio del acta de repartición del rescate de Atahualpa*, Madrid, Imprenta de Don Miguel de Burgos, Tomo II.
- RAMIREZ GOICOECHEA, E. (2007), *Etnicidad, identidad y migraciones: Teorías, conceptos y experiencias*, Madrid, Ramón Aceres S.A.
- RAMÍREZ, Ángeles (1996), «La progresiva feminización del colectivo marroquí», *Atlas de la inmigración magrebí en España*, Universidad Autónoma de Madrid, Taller de Estudios Internacionales Mediterráneos.
- RAVENSTEIN, E. G. (1885), «The laws of Migration», *Journal of Statistical Society*, Londres, vol. 48, 167-227.
- RAVENSTEIN, E. G. (1889), «The laws of Migration», *Journal of Statistical Society*, Londres, vol. 52, 214-301.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la lengua española*, 22ª ed., <http://www.rae.es/>
- REDFORD, A. (1926), *Labour Migration in England, 1800-1850*, Manchester, University Press.
- REYNERI, E. (2001), *Migrants' Involvement in Irregular Employment in the Mediterranean Countries of the European Union*, Ginebra, Organización Internacional del Trabajo.
- RIBAS MATEOS, N. (2004), *Una invitación a la sociología de las migraciones*, Barcelona, Ediciones Bellaterra.
- RITTER, Michael (2000), *El rumor: un análisis epistemológico*, en [http://www.academia.edu/2907952/Ritter - Rumor](http://www.academia.edu/2907952/Ritter_-_Rumor)
[El rumor Un analisis epistemologico 2000](http://www.academia.edu/2907952/Ritter_-_Rumor)
- ROBERT JAMES, Cyril Lionel (2003), *Los jacobinos negros: Toussaint L'Ouverture y la Revolución de Haití*, Madrid, Turner.
- ROCCA, Edgardo José (2005), «La esclavatura en el puerto de Buenos Aires», *Revista de la Junta de Estudios Históricos del Puerto de Nuestra Señora Santa María de Buen Ayre*. nº 32.

- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Félix (2003), «Lenguaje y discriminación racial: en torno a la negritud», *Espéculo: Revista de Estudios Literarios*, Madrid, Universidad Complutense, nº 24.
- RODRÍGUEZ RICHART, José (1999), *Emigración y creación literaria. Estudio introductorio*, Madrid, Fundación 1º de mayo.
- RODRÍGUEZ, D. (2006), «Mixed Marriages and Transnational Families in the Intercultural Context: A Case Study of African-Spanish Couples in Catalonia», *Journal of Ethnic and Migration Studies*, Vol. 32, Nº3. Abril, pp. 403-433.
- RODRÍGUEZ, J. (1985), *Población y territorio en España*, Madrid, Espasa-Calpe.
- RODRÍGUEZ, Juan Carlos (1999), *Dichos y escritos: Sobre la «nueva sentimentalidad y otros textos fechados de poéticos*, Madrid, Hiperión.
- ROSEMBLAT, Ángel (1977), *Los conquistadores y su lengua*, Caracas, UCV.
- RUBIO, J. (1977), *La emigración de la guerra civil de 1936 a 1939. Historia del éxodo que se produce con el fin de la II República Española*, Madrid, San Martín.
- SAID, Edward (2002), *Orientalismo*, Madrid, Debate.
- SÁNCHEZ ALONSO, Blanca (2011), «La política migratoria en España: un análisis de largo plazo», en *Revista Internacional de Sociología (RIS)*, *La inmigración en España: perspectivas innovadoras, Monográfico nº 1*, Madrid, Universidad San Pablo CEU.
- SÁNCHEZ-MESA MARTÍNEZ, Domingo (2008), «Imágenes del inmigrante en la literatura española», en *Didáctica del español como segunda lengua para inmigrantes*, Biblioteca ELE, Centro Virtual Cervantes, Disponible en http://cvc.cervantes.es/Ensenanza/Biblioteca_Ele/inmigracion/didactica_inmigrantes/sanchez01.htm
- SANTAOLALLA, Isabel (2005), *Los Otros. Etnicidad y raza en el cine español contemporáneo*, Zaragoza, Prensas Universitarias.
- SARLO, Beatriz (1997), «Cuadros de Costumbres. La Paradoja del Rumor», *Año 7*, nº 79, febrero.
- SAUVY, A. (1985), *El trabajo negro y la economía de mañana*, Barcelona, Planeta.

- SCHAPIRA, Charlotte (1999), *Les stéréotypes en français: proverbes et autres formules*, París, Ophrys.
- SCHREIBER, Darren; IACOBINI, Marco (2003), «Thinking about politics: Results from experiments studying sophistication», 61^a Midwest Political Science Association.
- SEERS, D. y otros (1981), *La Europa subdesarrollada, Estudios sobre las relaciones Centro-Periferia*, Madrid, Blume.
- SEIBERT, Gerhard, y LINIGER-GOUMAZ, Max (2008), «Guinea Ecuatorial», en Nueva Enciclopedia de África, Detroit, pp. 277-284 (Disponible en <http://www.asodegue.org/enero1508a.htm>)
- SEYHAN, Azade (2001), *Writing outside the nation*, New Jersey, Princeton UP.
- SHIBUTANI, Tamotsu (1966), *Improvised News: A Sociological Study of Rumor*, Indianapolis, The Bobbs-Merrill Company, Inc.
- SIGHELE, S. (1892), *La foule criminelle*, París, Alcan.
- SILK, J. (1984), «Beyond geography and literature», *Environment and Planning D: Society and Space*, vol. 2, pp. 151-178.
- SMITH, W., ed. (1867), «Charon», *A Dictionary of Greek and Roman biography and mythology*, Boston, Little, Brown & Co.
- SOLER-ESPIAUBA, Dolores (2004), *Literatura y pateras*, Jaén, Universidad Internacional de Andalucía, Akal.
- STRONG, James (2011), *Strong's Hebrew and Greek Dictionaries*, (versión electrónica, ebook), Miklal Software Solutions.
- STURLUSON, Snorri, (1992), *Heimskringla: History of the Kings of Norway*, Austin, University of Texas Press.
- SWEEZY, P. M. (1979), *Teoría del desarrollo capitalista*, Madrid, Fondo de Cultura Económica.
- SY, M.; BA, A.; NDIAYE, N. (1992), «Demographic Implications of Development Policies in the Sahel: The Case of Senegal», en TOURE y FADAYOMI (Eds), *Migrations Development and Urbanization Policies in sub-Saharan Africa*, Dakar, Codesria.

- TAAMALLAH, Khemaies (1987), «La situation actuelle demo-politique de l'émigration des travailleurs tunisiens en France», en *Cahiers du C.E.R.E.S.*, Túnez, Serie Demográfica, nº6.
- TAJUDEEN ABDUL, Raheem (1996), *Pan Africanism: Politics, Economy and Social Change in the Twenty First Century*, Londres, Pluto Press.
- THIBAudeau, Pascale (2007), «Hacia un nuevo realismo social en el cine español», en BERTHIER, N., *Cine, nación y nacionalidades*, Madrid, Casa de Velázquez.
- TONDUT-SÉNE, Mame-Kouna (2005), *Los esclavos africanos y el infierno del viaje hacia las Américas*, Buenos Aires, 30 de septiembre de 2005 en Argenpress.info <http://www.elcorreo.eu.org/Los-esclavos-africanos-y-el>
- TORREIRO, Casimiro; CERDIÁN, Josetxo (2005), *Documental y vanguardia*, Madrid, Cátedra.
- TORRES RAMÍREZ, Bibiano (1973), *La compañía gaditana de negros*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-americanos de Sevilla.
- VARGAS LLOVERA, M^a D. (1998), «La inmigración africana de venta ambulante: el caso de Alicante», en F. CHECA Y OLMOS, *Africanos en la otra orilla*, Barcelona, Icaria, pp. 61-77.
- VERGARA POETI, Max (2007), *El Dorado*, Madrid, Edición Libro de Notas.
- VERON, Eliseo (1997), «Cuadros de Costumbres. La Paradoja del Rumor», *Año 7*, nº 79, febrero.
- VI-MAKOME, Inongo (1990), *España y los negros africanos. ¿La conquista del Edén o del Infierno?*, Barcelona, El Llar del Llibre.
- VIRGILIO, *Eneida*, en http://es.wikisource.org/wiki/La_Eneida
- WHITE, Paul (1985), «On the use of creative literature in migration study», *Area*, vol.17, pp. 277-283.
- WHITE, Paul (1994), «Migration research», en HOOIMEIJER, P. et al (eds.), *Population Dynamics in Europe: Current Issues in Population Geography*, Utrecht, Royal Netherlands Geographical Society, pp,53-67.
- WHITE, Paul; WOODS R. I (1980), *The geographical impact of migration*, Londres, Longman.

WYTINSKY, W.S. (1953), *World population and production*, Nueva York, The T.C. Found

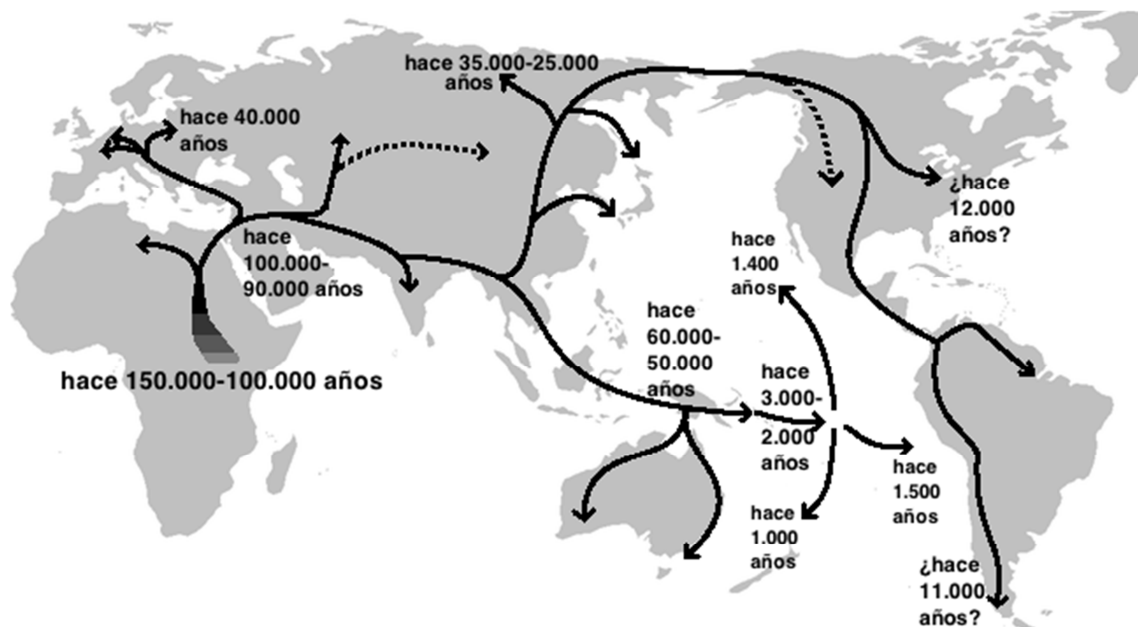
ZAPATA DE LA VEGA, Javier (1996), «Los otros magrebíes: argelinos en España», *Atlas de la inmigración magrebí en España*, Universidad Autónoma de Madrid: Taller de Estudios Internacionales Mediterráneos, pp. 244-246.

ZIRES ROLDAN, Margarita (1994), *Las dimensiones del rumor: oral, colectiva, anónima*, México, en PARDO, Pacheco (Comp.), II Foro departamental de educación y comunicación: Comunicación, p. 171-182.

ANEXOS

Anexo 1

Mapa de las migraciones humanas fuera de África, versión de Naruya Saitou y Masatoshi Nei (2002)



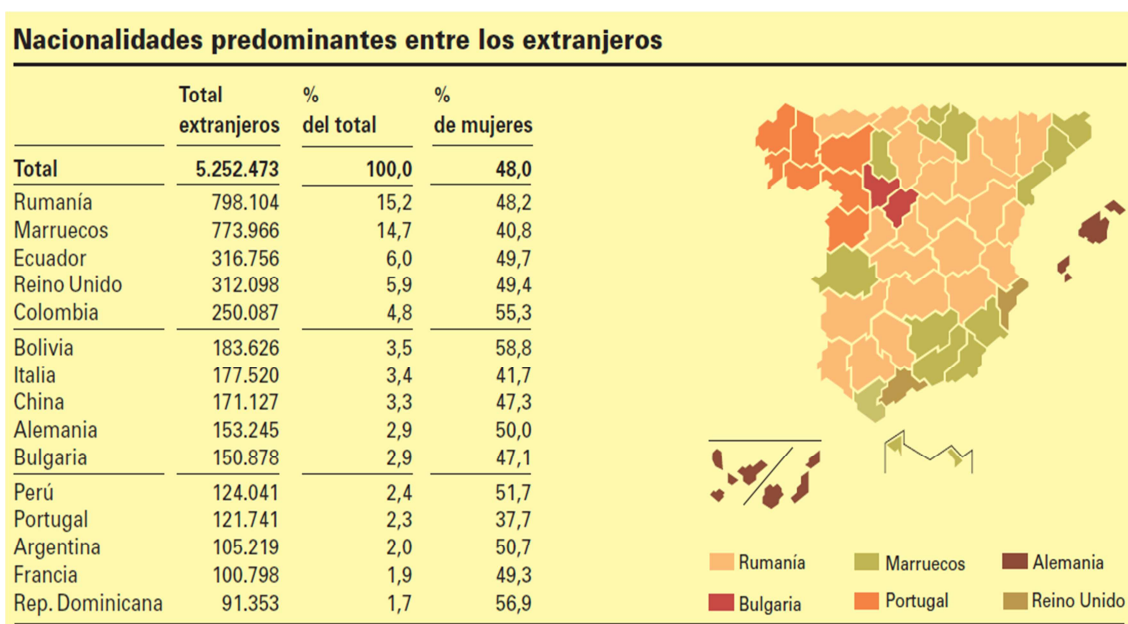
Fuente: Instituto Nacional de la Genética del Japón.

en

http://commons.wikimedia.org/wiki/File:Migraci%C3%B3n_humana_fuera_de_%C3%81frica_mapa_ADN_gen%C3%A9tico.png (Fecha de la última consulta : 26/08/2013)

Anexo 2

Censos de Población y Viviendas 2011



Fuente: *Cifras INE*, Boletín informativo del Instituto de Estadística, 1/2013, p. 4.

Anexo 3

El África subsahariana



Fuente: http://www.ecured.cu/index.php/Archivo:Africa_subsahariana.jpg#filelinks

(Fecha última consulta: 18/02/2014).

Anexo 4

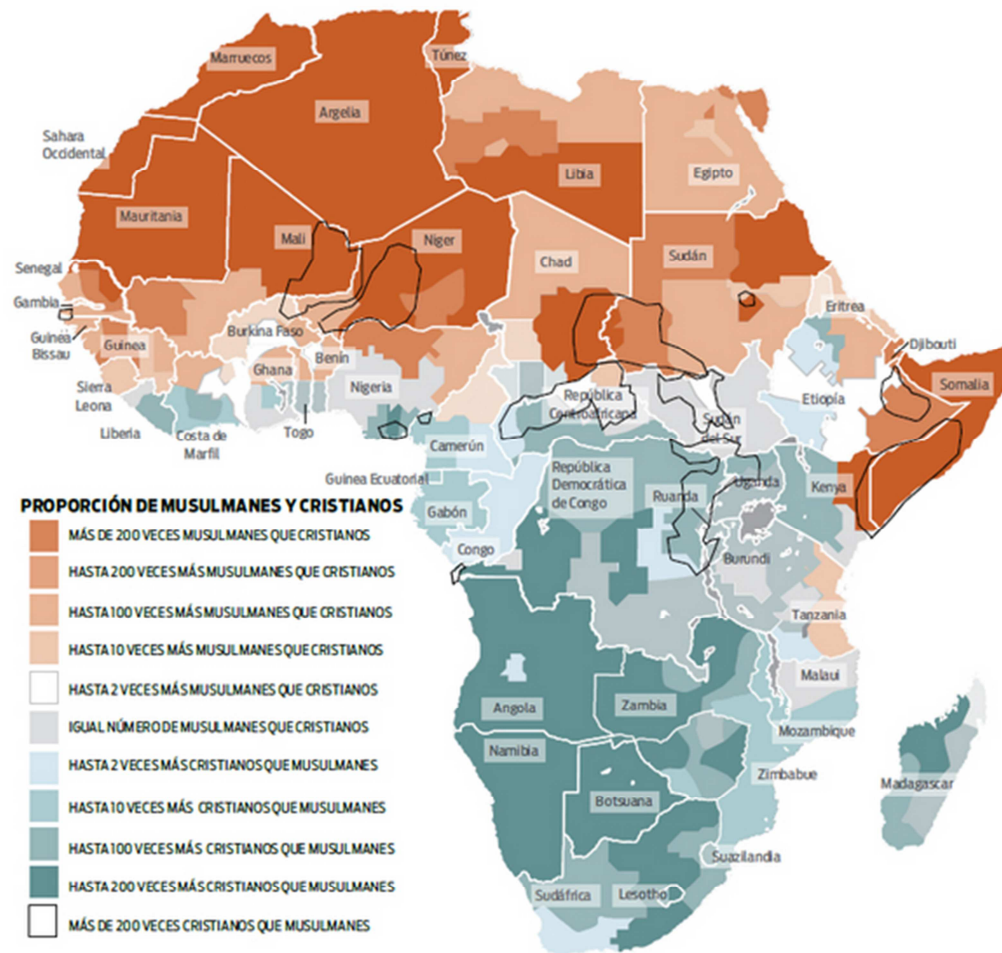
El desierto del Sahara



Fuente: Google Map

Anexo 5

Cartografía de las religiones musulmanas y cristianas en África



Fuente: Pew Research Center.

En <http://www.excelsior.com.mx/global/2014/05/18/959945#imagen-1>

Anexo 6

Residentes africanos en España 30-6-1998

País de origen	Número	(%)
Angola	674	0.41
Argelia	6704	4.06
Benín	22	0.01
Botswana	1	0.01
Burkina Faso	48	0.03
Burundi	10	0.01
Cabo Verde	2377	1.44
Camerún	428	0.26
Rep. Centroafricana	14	0.01
Congo	30	0.02
Costa De Marfil	116	0.07
Chad	6	0.00
Egipto	835	0.51
Etiopía	85	0.05
Gambia	6437	3.89
Ghana	695	0.42
Guinea	604	0.37
Guinea Ecuatorial	2958	1.79
Guinea-Bissau	910	0.55
Kenia	173	0.10
Lesoto	4	0.00
Liberia	496	0.30
Libia	147	0.09
Madagascar	8	0.00
Malawi	2	0.00
Mali	1105	0.67
Marruecos	129448	78.33

Mauricio	49	0.03
Mauritania	1045	0.63

Mozambique	64	0.04
Níger	61	0.04
Nigeria	1335	0.81
Ruanda	157	0.09
Sao Tomé y Príncipe	41	0.02
Senegal	6118	3.70
Seychelles	7	0.00
Sierra Leona	302	0.18
Somalia	203	0.12
Suazilandia	2	0.00
Sudáfrica	271	0.16
Sudán	98	0.06
Tanzania	24	0.01
Togo	40	0.02
Túnez	487	0.29
Uganda	13	0.01
Zaire	568	0.34
Zambia	11	0.01
Zimbabue	20	0.01
TOTAL	165264	100

Fuente: Ministerio De Trabajo Y Asuntos Sociales. Anuario de Migraciones 1998.

Anexo 7**Inmigrantes africanos en España por país de nacionalidad 2013**

País de origen	Número total (Ambos sexos)
Angola	1.931
Argelia	63.696
Benín	387
Burkina Faso	1.295
Cabo Verde	3.053
Camerún	6.223
Congo	2.022
Costa De Marfil	3.149
Egipto	3.397
Etiopía	846
Gambia	21.544
Ghana	16.739
Guinea	12.011
Guinea Ecuatorial	13.371
Guinea-Bissau	5.267
Kenia	1.093
Liberia	365
Mali	23.707
Marruecos	787.013
Mauritania	10.618
Nigeria	45.936
República Democrática del Congo	1.242
Senegal	63.760
Sierra Leona	884
Sudáfrica	1.015
Togo	454
Túnez	2.049
Resto de África	3.325
TOTAL	1.096.392

Fuente: Estadística del Padrón Continuo. Datos provisionales a 1 de enero de 2013. Nacional.

Anexo 8

Principales motivaciones para emigrar

Motivación	Porcentaje
Ganar dinero/mejorar ingresos	31,02%
Ayudar a familia económicamente	22,94%
Mejorar condiciones y calidad de vida	16,83%
Buscar oportunidades de progreso	10,07%
Motivos políticos	8,75%

Fuente: PARDO MORENO, G.; ENGEL GÓMEZ, J.L. y AGUDO POLO, S.: “Motivos para emigrar y principales preocupaciones de los inmigrantes subsaharianos residentes en Madrid” en *Metas de Enfermería*, vol. 9, 2007, nº 1, pp. 12-16.

Anexo 9

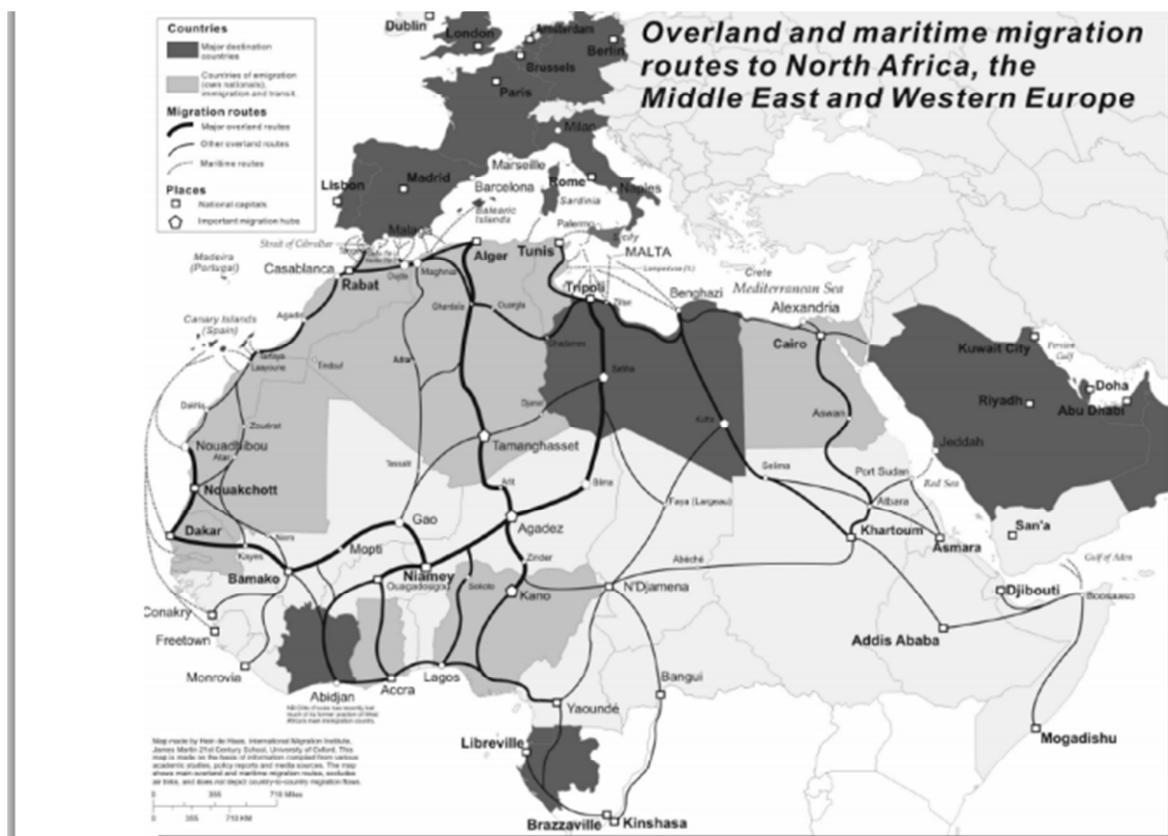
Gráfica de la Proporción de llegadas entre Islas Canarias, Península y Baleares, Ceuta y Melilla.

	Islas Canarias	Península y Baleares	Ceuta y Melilla	Total
2006	31.678	5.502	2.000	39.180
2007	12.478	4.026	1.553	18.057
2008	9.181	3.033	1.210	13.424

Fuente: Ministerio del Interior, «Balances de lucha contra la inmigración ilegal».

Anexo 10

Mapa de las rutas de la migración de África hacia Europa



Fuente: Hein de Haas - “Le mythe de l’invasion” (2007)

En *Migraciones africanas hacia Europa: Estudio cuantitativo y comparativo. Años 2006-2008*, Cruz Roja Española, Centro nº 6 de Nouadibou, Mauritania.

Anexo 11

Tasas de desempleo por países

Ranking	País	% de desempleo	Año de estimación
103	Marruecos	9.50	2013
110	Argelia	10.30	2013
116	Ghana	11.00	2000
131	Egipto	13.40	2013
140	Zambia	15.00	2008
149	Mozambique	17.00	2007
154	Etiopia	17.50	2012
156	Botsuana	17.80	2009
162	Sudan	20.00	2012
164	Cabo Verde	21.00	2000
165	Gabón	21.00	2006
168	Guinea Ecuatorial	22.30	2009
172	Nigeria	23.90	2011
173	Sudáfrica	24.90	2013
174	Lesoto	25.00	2008
176	Namibia	27.40	2012
181	Camerún	30.00	2001
183	Mali	30.00	2004
184	Mauritania	30.00	2008
190	Kenia	40.00	2008
191	Suazilandia	40.00	2006
195	Senegal	48.00	2007
196	Congo, R.D.	53.00	2012
197	Yibuti	59.00	2007
200	Burkina Faso	77.00	2004
201	Liberia	85.00	2003
203	Zimbabue	95.00	2009

Fuente: Cuadro reconstituido a partir de *The World Factbook*, Central Intelligence Agency, 1 Enero 2012. Disponible en <https://www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook/rankorder/2129rank.html>

Anexo 12

Índice de Desarrollo Humano (P. 147)

	Índice de Desarrollo Humano (IDH)	Esperanza de vida al nacer	Años promedio de escolaridad	Años esperados de escolaridad	Ingreso nacional bruto (INB) per cápita	Clasificación según el INB per cápita menos la clasificación según el IDH	IDH no referido a ingresos
	Valor	(años)	(años)	(años)	(PPA en US\$ de 2005)		Valor
Clasificación según el IDH	2012	2012	2010 ^a	2011 ^b	2012	2012	2012
181 Eritrea	0,351	62,0	3,4 ^e	4,6	531	3	0,418
182 Malí	0,344	51,9	2,0 ^c	7,5	853	-4	0,359
183 Burkina Faso	0,343	55,9	1,3 ^o	6,9	1.202	-18	0,332
184 Chad	0,340	49,9	1,5 ^p	7,4	1.258	-20	0,324
185 Mozambique	0,327	50,7	1,2	9,2	906	-9	0,327
186 República Democrática del Congo	0,304	48,7	3,5	8,5	319	0	0,404
187 Níger	0,304	55,1	1,4	4,9	701	-4	0,313
OTROS PAÍSES O TERRITORIOS							
Corea (República Popular Democrática de)	..	69,0
Islas Marshall	..	72,3	..	11,7
Mónaco	..	82,3
Nauru	..	80,0	..	9,3
San Marino	..	81,9	..	12,5
Somalia	..	51,5	..	2,4
Sudán del Sur
Tuvalu	..	67,5	..	10,8
Agrupaciones del IDH							
Desarrollo humano muy alto	0,905	80,1	11,5	16,3	33.391	—	0,927
Desarrollo humano alto	0,758	73,4	8,8	13,9	11.501	—	0,781
Desarrollo humano medio	0,640	69,9	6,3	11,4	5.428	—	0,661
Desarrollo humano bajo	0,466	59,1	4,2	8,5	1.633	—	0,487
Regiones							
Estados Árabes	0,652	71,0	6,0	10,6	8.317	—	0,658
Asia Oriental y el Pacífico	0,683	72,7	7,2	11,8	6.874	—	0,712
Europa y Asia Central	0,771	71,5	10,4	13,7	12.243	—	0,801
América Latina y el Caribe	0,741	74,7	7,8	13,7	10.300	—	0,770
Asia Meridional	0,558	66,2	4,7	10,2	3.343	—	0,577
África Subsahariana	0,475	54,9	4,7	9,3	2.010	—	0,479
Países menos desarrollados	0,449	59,5	3,7	8,5	1.385	—	0,475
Pequeños Estados insulares en desarrollo	0,648	69,8	7,3	10,7	5.397	—	0,673
Total mundial	0,694	70,1	7,5	11,6	10.184	—	0,690

Fuente: PNUD, *Informe sobre el Desarrollo Humano 2013*.

Anexo 13

Tendencias del índice de desarrollo humano 1980- 2012

Clasificación según el IDH	Índice de Desarrollo Humano (IDH)								Clasificación según el IDH		Tasa promedio de crecimiento anual del IDH			
	Valor								Variación		(%)			
	1980	1990	2000	2005	2007	2010	2011	2012	2007-2012 ^a	2011-2012 ^a	1980/1990	1990/2000	2000/2010	2000/2012
OTROS PAISES O TERRITORIOS														
Corea (República Popular Democrática de)
Islas Marshall
Mónaco
Nauru
San Marino
Somalia
Sudán del Sur
Tuvalu
Agrupaciones del IDH														
Desarrollo humano muy alto	0,773	0,817	0,867	0,889	0,896	0,902	0,904	0,905	—	—	0,56	0,59	0,40	0,36
Desarrollo humano alto	0,605 ^c	0,656 ^c	0,695	0,725	0,738	0,753	0,755	0,758	—	—	0,81	0,58	0,80	0,72
Desarrollo humano medio	0,419 ^c	0,481	0,549	0,589	0,609	0,631	0,636	0,640	—	—	1,38	1,32	1,41	1,29
Desarrollo humano bajo	0,315	0,350	0,385	0,424	0,442	0,461	0,464	0,466	—	—	1,05	0,95	1,82	1,62
Regiones														
Estados Árabes	0,443	0,517	0,583	0,622	0,633	0,648	0,650	0,652	—	—	1,56	1,21	1,07	0,94
Asia Oriental y el Pacífico	0,432 ^c	0,502 ^c	0,584	0,626	0,649	0,673	0,678	0,683	—	—	1,51	1,51	1,43	1,31
Europa y Asia Central	0,651 ^c	0,701 ^c	0,709	0,743	0,757	0,766	0,769	0,771	—	—	0,74	0,12	0,77	0,70
América Latina y el Caribe	0,574	0,623	0,683	0,708	0,722	0,736	0,739	0,741	—	—	0,83	0,93	0,74	0,67
Asia Meridional	0,357	0,418	0,470	0,514	0,531	0,552	0,555	0,558	—	—	1,58	1,19	1,60	1,43
África Subsahariana	0,366	0,387	0,405	0,432	0,449	0,468	0,472	0,475	—	—	0,58	0,44	1,47	1,34
Países menos desarrollados	0,290 ^c	0,327 ^c	0,367	0,401	0,421	0,443	0,446	0,449	—	—	1,22	1,15	1,91	1,70
Pequeños Estados insulares en desarrollo	0,530 ^c	0,571 ^c	0,600 ^c	0,623	0,658	0,645	0,647	0,648	—	—	0,75	0,50	0,73	0,65
Total mundial	0,561^c	0,600	0,639	0,666	0,678	0,690	0,692	0,694	—	—	0,68	0,64	0,77	0,68

Fuente: PNUD, *Informe sobre el Desarrollo Humano 2013*.

Anexo 14a

Índice de Pobreza Multidimensional (1)

DIADRI 5

Índice de Pobreza Multidimensional

		Población en condiciones de pobreza multidimensional*						Población bajo la línea de pobreza de ingresos (%)				
		Índice de Pobreza Multidimensional		Intensidad de la carencia		Población en riesgo de sufrir pobreza		Contribución de la carencia a la pobreza global				
		Año ^b	Valor ^c	Incidencia (%)	Intensidad de la carencia (%)	(%)	(%)	Gravante	Total	Nivel de vida 2002-2011 ^d	2002-2011 ^e	
CÁLCULOS BASADOS EN ENCUESTAS PARA 2007-2011												
Albania	2009/2009 (E)	0,026	1,4	45	37,7	7,4	0,1	37,0	44,9	23,0	0,5	12,4
Armenia	2010 (E)	0,081	0,3	6	35,2	3,0	0,0	25,8	64,8	9,4	1,3	38,8
Bangladesh	2007 (E)	0,232	57,8	83.207	50,4	21,2	26,2	18,7	34,5	46,8	43,3	31,5
Bután	2010 (A)	0,110	27,2	198	43,8	17,2	8,5	40,4	21,2	38,4	10,2	23,2
Bolivia (Estado Plurinacional de)	2008 (E)	0,080	20,5	1.072	43,7	18,7	5,8	15,8	27,5	52,6	15,6	60,1
Burkina Faso	2010 (E)	0,126	84,0	13.834	63,7	7,1	80,7	38,2	27,8	35,9	44,6	35,9
Camboya	2010 (E)	0,212	45,9	6.415	46,1	21,4	17,0	22,1	32,7	45,1	22,8	30,1
Colombia	2010 (E)	0,022	5,4	2.608	49,9	6,4	1,1	31,8	33,5	34,7	8,2	37,2
Congo	2009 (E)	0,296	40,6	1.830	53,2	13,7	22,9	18,4	45,6	44,0	54,1	50,1
República Democrática del Congo	2010 (A)	0,262	34,0	48.815	53,0	15,1	45,8	18,8	25,1	36,9	87,7	71,3
República Dominicana	2007 (E)	0,016	4,6	439	35,4	8,6	0,7	30,1	22,6	38,2	2,2	34,4
Egipto	2006 (E)	0,024	6,0	4.038	49,7	7,2	1,0	40,1	37,9	34,5	1,7	22,8
Etiopía	2011 (E)	0,064	87,3	72.415	64,6	6,8	71,1	25,9	27,6	45,5	30,9	38,9
China	2008 (E)	0,144	31,2	7.298	46,2	21,6	11,4	32,1	19,5	48,4	28,6	28,5
Guayana	2009 (E)	0,030	7,7	98	39,2	12,3	1,0	17,4	50,4	32,2	-	-
Indonesia	2007 (E)	0,085	20,8	48.352	45,8	12,2	7,6	15,7	50,6	33,8	18,1	12,5
Jordania	2009 (E)	0,088	2,4	145	34,4	1,3	0,1	40,6	47,4	3,1	0,1	13,3
Kenia	2009/2009 (E)	0,229	47,8	18.883	48,0	27,4	18,8	12,7	30,1	57,2	43,4	46,9
Lesoto	2009 (E)	0,156	35,3	709	44,1	26,7	11,1	21,9	18,9	53,2	43,4	56,6
Liberia	2007 (E)	0,485	83,9	3.218	57,7	3,7	52,5	29,7	25,0	45,3	83,8	83,8
Madagascar	2009/2009 (E)	0,267	65,9	13.483	53,3	17,9	36,4	34,3	16,7	43,1	81,3	68,7
Malasia	2010 (E)	0,204	66,7	9.823	58,1	23,4	31,4	19,5	27,1	53,3	73,9	52,4
Maldivas	2009 (E)	0,018	5,2	16	35,6	4,8	0,3	13,6	81,1	5,3	-	-
Mauritania	2007 (A)	0,262 ^a	61,7 ^a	1.882 ^a	57,1 ^a	15,1 ^a	40,7 ^a	32,0	21,6	46,5	20,4	42,8
México	2007 (A)	0,040 ^a	10,6 ^a	3.287 ^a	45,3 ^a	12,3 ^a	3,3 ^a	36,5	27,5	37,0	7,5	9,9
Mozambique	2008 (E)	0,072	79,3	18.127	64,6	9,5	60,7	23,8	36,2	35,9	58,6	54,7
Namibia	2007/2007 (E)	0,187	39,6	856	47,2	23,6	14,7	15,1	31,9	32,9	31,9	38,9
Nepal	2011 (E)	0,217	44,2	13.242	49,0	17,4	20,8	21,8	33,7	44,4	24,8	26,2
Nigeria	2008 (E)	0,210	54,1	83.578	57,3	17,8	20,9	27,9	32,2	46,8	60,0	54,7
Pakistán	2009/2007 (E)	0,264 ^a	49,4 ^a	81.236 ^a	52,4 ^a	11,6 ^a	27,4 ^a	38,8	37,9	31,2	21,9	22,3
Estado de Palestina	2009/2007 (E)	0,026	1,4	52	37,3	8,8	0,1	33,9	58,3	10,8	0,9	21,9
Paraguay	2008 (E)	0,036	15,7	4.422	42,2	14,9	3,9	18,6	20,8	80,6	4,9	31,3
Filipinas	2008 (E)	0,064	13,4	12.883	47,4	9,1	5,7	15,8	58,5	27,7	18,4	20,5
Ruanda	2010 (E)	0,290	83,0	6.988	58,8	18,4	34,7	19,5	30,9	49,6	63,2	44,9
Santa Elena y Principes	2009/2009 (E)	0,154	34,5	56	44,7	24,3	10,7	28,8	27,5	43,6	-	66,2
Senegal	2010/2011 (E)	0,430	74,4	7.642	58,8	11,7	50,6	31,8	40,6	27,6	33,5	58,8
Sierra Leona	2008 (E)	0,439	77,0	4.321	57,0	13,1	52,2	31,5	19,3	49,2	52,4	66,4
Sudáfrica	2008 (A)	0,057	13,4	6.608	42,3	22,2	2,4	7,5	50,5	42,0	13,8	23,8
Suecia	2010 (A)	0,086	20,4	242	41,9	23,1	3,3	16,7	29,3	53,4	48,6	69,2
República Unida de Tailandia	2010 (E)	0,232	65,6	28.952	58,7	21,0	32,4	18,3	26,4	55,3	87,9	32,4
Timor Oriental	2009/2010 (E)	0,280	68,1	749	53,9	18,2	30,7	21,3	31,9	47,7	37,4	45,9
Ucrania	2007 (E)	0,068	7,2	1.818	35,5	1,0	0,2	4,7	58,1	4,2	0,1	2,8
Uganda	2011 (E)	0,267	63,9	24.122	52,5	18,0	31,2	15,6	34,1	50,4	53,5	31,1
Vietnam	2007 (A)	0,129	30,1	67	42,7	33,5	6,5	29,7	17,9	53,0	-	-
Vietnam	2010/2011 (A)	0,017	4,2	3.838	39,5	7,9	0,7	32,8	25,1	42,1	48,1	28,9
Zambia	2007 (E)	0,328	64,2	7.740	51,2	17,2	34,8	17,5	27,9	54,7	68,5	59,3
Zimbabue	2010/2011 (E)	0,172	39,1	4.877	44,0	25,1	11,5	19,2	33,6	56,3	-	72,8
CÁLCULOS BASADOS EN ENCUESTAS PARA 2002-2006												
Argentina	2005 (A)	0,011 ^a	2,9 ^a	1.388 ^a	37,6 ^a	5,8 ^a	0,3 ^a	41,9	12,9	46,2	0,9	-
Azerbaiján	2006 (E)	0,021	5,3	401	38,4	12,5	0,6	24,4	49,4	26,2	0,4	15,8
Bielorrusia	2005 (A)	0,030	0,0	8	35,1	0,8	0,0	16,6	81,8	21,7	0,1	5,4
Bolivia	2006 (A)	0,024	5,6	16	42,6	7,6	1,1	22,8	36,8	41,4	-	33,5
Burkina Faso	2006 (E)	0,412	71,8	5.022	57,4	13,2	47,2	33,6	26,1	41,3	47,3	39,9
Bosnia y Herzegovina	2006 (A)	0,083	0,8	38	37,2	7,6	0,1	29,2	51,8	19,0	0,0	14,8
Brazil	2006 (A)	0,011	2,7	5.875	39,3	7,0	0,2	39,0	40,2	20,7	6,1	21,4
Burundi	2006 (A)	0,130	84,5	6.128	62,7	12,2	61,9	31,5	22,4	46,1	87,3	66,9
Camboya	2004 (E)	0,287	53,3	9.149	53,9	19,3	30,4	25,7	34,5	49,8	9,6	38,9
Chad	2002 (E)	0,244	62,9	6.758	54,7	28,2	44,1	40,9	4,6	54,5	81,9	58,8
China	2002 (E)	0,056	12,5	161.875	44,9	6,3	4,5	64,8	3,9	26,2	13,1	2,8
Croacia	2002 (E)	0,016	4,4	196	36,3	0,1	0,9	46,0	46,7	8,3	0,1	11,1
República Checa	2002/2002 (E)	0,010	3,1	316	33,4	0,0	0,0	0,0	38,9	0,1	-	-

Fuente: PNUD, Informe sobre el Desarrollo Humano 2013.

Anexo 14b

Índice de Pobreza Multidimensional (1)

INFORME SOBRE DESARROLLO HUMANO 2013
El acceso del Sur: Progreso humano en un mundo diverso

	Año	Valor ^a	Población en condiciones de pobreza multidimensional ^b					Población bajo la línea de pobreza de ingresos (%)				
			Índice de Pobreza Multidimensional		Población en condiciones de pobreza multidimensional ^c		Población en riesgo de sufrir pobreza extrema	Población en situación de pobreza extrema	Contribución de la conexión a la pobreza global (%)		USD 2.25 al día en PPP	Línea de pobreza nacional
			Incidencia	Intensidad de la conexión	Incidencia	Intensidad de la conexión			Educación	Salud		
			(%)	(mln)	(%)	(%)	(%)	(%)	(%)	2002-2011 ^d	2002-2011 ^e	
Côte d'Ivoire	2005 (I)	0,363	61,6	11,083	57,4	15,3	39,3	32,0	38,7	29,3	29,8	42,7
Yibuti	2005 (M)	0,139	29,3	241	47,3	10,1	12,5	38,3	24,6	57,1	18,8	-
Ecuador	2003 (W)	0,008	2,2	286	41,6	2,1	0,6	78,6	3,3	18,1	4,6	32,8
Estonia	2003 (W)	0,026	7,2	97	36,5	1,3	0,2	91,2	1,2	7,6	0,5	-
Gambia	2005/2006 (M)	0,024	02,4	925	53,6	17,6	36,5	33,5	30,7	36,8	33,6	48,4
Georgia	2005 (M)	0,003	0,8	30	36,2	5,3	0,0	23,2	33,8	43,0	16,3	24,7
Guatemala	2003 (W)	0,127 ^f	25,9 ^f	3,134 ^f	40,1 ^f	9,8 ^f	14,5 ^f	57,2	10,0	32,8	13,5	51,8
Ghana	2005 (I)	0,046	82,5	7,469	61,3	9,3	62,3	36,5	23,0	41,5	49,3	53,8
Haití	2005/2006 (I)	0,299	58,4	5,346	53,8	18,8	32,3	27,0	21,5	53,5	-	-
Honduras	2005/2006 (I)	0,163	32,5	2,361	48,9	22,0	11,3	38,0	18,5	43,6	17,9	68,0
Hungría	2003 (W)	0,016	4,6	466	34,3	0,0	0,0	1,8	96,6	2,7	0,2	-
India	2005/2006 (I)	0,283	53,7	612,203	52,7	16,4	28,6	21,8	36,7	42,5	32,7	29,8
Irak	2006 (M)	0,068	14,2	3,986	41,3	14,3	3,1	47,5	32,1	20,4	2,8	22,9
Kazajistán	2006 (M)	0,002	0,6	92	36,9	5,0	0,0	14,6	56,8	28,7	0,1	8,2
Kirguistán	2005/2006 (M)	0,018	4,9	240	38,8	9,2	0,9	36,6	36,9	26,4	6,2	33,7
República Democrática Popular de Laos	2006 (M)	0,267	47,2	2,757	56,5	14,1	28,1	33,1	27,9	38,0	33,9	27,6
Letonia	2003 (W)	0,006 ^f	1,6 ^f	37 ^f	37,9 ^f	0,0 ^f	0,0 ^f	0,0	88,0	12,8	0,1	5,9
Malí	2005 (I)	0,058	86,6	11,771	64,4	7,6	68,4	34,5	26,2	38,3	58,4	47,4
México	2006 (N)	0,015	4,0	4,313	38,9	5,8	0,5	38,6	23,9	37,5	1,2	51,3
República de Moldavia	2005 (I)	0,007	1,9	72	36,7	6,4	0,1	24,7	34,3	41,1	0,4	21,9
Mongolia	2005 (M)	0,005	15,8	403	41,8	28,6	3,2	15,4	27,9	58,6	-	36,2
Montenegro	2005/2006 (M)	0,006	1,5	9	41,6	1,9	0,3	37,5	47,6	14,9	0,1	6,6
Nicaragua	2006/2007 (I)	0,128	28,0	1,538	46,7	17,4	11,2	27,9	13,6	58,5	11,9	46,2
Níger	2005 (I)	0,042	32,4	12,437	69,4	4,0	81,8	36,4	21,5	49,2	49,6	58,5
Paraguay	2002/2003 (W)	0,064	13,3	55	48,5	15,8	6,1	36,1	19,0	46,9	7,2	34,7
Federación de Rusia	2003 (W)	0,005 ^f	1,3 ^f	1,883 ^f	38,9 ^f	0,8 ^f	0,2 ^f	84,2	2,5	13,3	0,0	11,1
Serbia	2005/2006 (M)	0,003	0,8	79	40,8	3,6	0,1	38,5	40,1	29,4	0,3	9,2
Eslovenia	2003 (W)	0,000 ^f	0,0 ^f	0 ^f	0,0 ^f	0,0 ^f	0,0 ^f	0,0	0,0	0,0	0,0	0,1
Eslovenia	2003 (W)	0,000 ^f	0,0 ^f	0 ^f	0,0 ^f	0,0 ^f	0,0 ^f	0,0	0,0	0,0	0,0	0,1
Somalia	2006 (M)	0,014	81,2	6,541	63,3	9,5	66,0	34,2	18,0	47,2	-	-
Sri Lanka	2003 (W)	0,021 ^f	5,3 ^f	1,027 ^f	38,7 ^f	14,4 ^f	0,0 ^f	6,3	36,4	58,9	7,0	8,9
Surinam	2006 (M)	0,028	8,2	41	47,2	6,7	3,3	36,1	18,8	45,1	-	-
República Árabe Siria	2006 (M)	0,021 ^f	5,5 ^f	1,041 ^f	37,5 ^f	7,1 ^f	0,5 ^f	46,4	42,7	11,8	1,7	-
Tayikistán	2005 (M)	0,008	17,1	1,104	40,0	23,0	3,1	18,7	46,0	36,3	6,6	46,7
Tailandia	2005/2006 (M)	0,006	1,6	1,067	38,5	9,9	0,2	40,7	31,2	28,1	0,4	8,1
La República Yugoslava de Macedonia	2005 (M)	0,008	1,9	39	40,9	6,7	0,3	58,9	12,8	27,3	0,0	19,8
Togo	2006 (M)	0,264	54,3	3,003	52,4	21,6	28,7	28,3	25,4	46,3	38,7	61,7
Trinidad y Tobago	2006 (M)	0,020	5,6	74	36,1	0,4	0,3	1,3	94,3	4,4	-	-
Túnez	2003 (W)	0,010 ^f	2,8 ^f	272 ^f	37,1 ^f	4,9 ^f	0,2 ^f	25,0	47,3	27,6	1,4	3,8
Turquía	2003 (I)	0,028	6,6	4,578	42,0	7,3	1,3	42,3	38,4	19,2	0,0	18,1
Estados Unidos Unidos	2003 (W)	0,002	0,6	20	36,3	2,8	0,0	94,4	0,4	5,2	-	-
Uruguay	2002/2003 (W)	0,006	1,7	57	34,7	0,1	0,0	36,0	0,6	3,4	0,2	18,6
Uzbekistán	2006 (M)	0,008	2,3	623	36,2	8,1	0,1	23,2	55,7	21,1	-	-
Yemen	2006 (M)	0,283	52,5	11,176	53,8	13,6	31,9	27,0	40,5	32,4	17,5	34,8

NOTAS

- a No se dispone de la totalidad de los indicadores para todos los países; por lo tanto, los comparaciones entre países deben realizarse prudentemente. Así donde faltan datos, las ponderaciones del indicador se ajustaron para totalizar 100%. Ver los datos sobre los países para los que faltan datos en Anexo y otros (2011) y Anexo, Cuadro y Hoja (2012).
- b La D indica que los datos provienen de Encuestas Demográficas y de Salud; la M indica que los datos provienen de Encuestas Agregadas de Indicadores Múltiples; la W indica que los datos provienen de Encuestas Mundiales de Salud y la N indica que los datos provienen de encuestas nacionales.
- c Los datos se refieren al año más reciente disponible durante el período especificado.
- d Cálculo del límite inferior.
- e Cálculo del límite superior.
- f Los datos solo corresponden a una parte del país.

DEFINICIONES

Índice de Pobreza Multidimensional: porcentaje de la población sujeta a condiciones de pobreza multidimensional ajustado por la intensidad de las carencias. Para conocer más detalles de cómo se calcula este índice, vea la Nota Técnica 4 disponible en: http://hd.unip.org/mexico/HCI_2012_EN_TechNotes.pdf.

Intensidad de la conexión en la pobreza multidimensional: promedio porcentual de las carencias experimentadas por las personas en condiciones de pobreza multidimensional.

Población en riesgo de sufrir pobreza: porcentaje de la población con riesgo de sufrir múltiples carencias, es decir, aquellas con un porcentaje de carencia del 20% al 25%.

Población en situación de pobreza extrema: porcentaje de la población en situación de pobreza multidimensional extrema, es decir, aquellas con un porcentaje de carencia del 50% o más.

Contribución de la conexión a la pobreza global: porcentaje del Índice de Pobreza Multidimensional atribuido a carencias en cada dimensión.

Población con ingresos inferiores a USD 2.25 al día en PPP: porcentaje de la población que vive bajo la línea de pobreza internacional de USD 2.25 al día (en términos de la paridad del poder adquisitivo).

Población bajo la línea de pobreza nacional: porcentaje de la población que vive bajo la línea de pobreza nacional, es decir, el umbral considerado como adecuado por las autoridades del país. Las estimaciones nacionales se basan en cálculos de subgrupos ponderados por la población, a partir de datos de encuestas de hogares.

PRINCIPALES FUENTES DE DATOS

Columnas 1 y 2: cálculos basados en diversas encuestas de hogares, incluidas las Encuestas Demográficas y de Salud de UNICEF, las Encuestas Agregadas de Indicadores Múltiples del Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia y las Encuestas Mundiales de Salud de la Organización Mundial de la Salud, realizadas entre 2002 y 2010.

Columnas 3 a 10: cálculos basados en datos sobre carencias del hogar en educación, salud y nivel de vida, provenientes de las distintas encuestas de hogares que se citan en la columna 1.

Columnas 11 y 12: Banco Mundial (2012a).

Fuente: PNUD, Informe sobre el Desarrollo Humano 2013.

Anexo 15



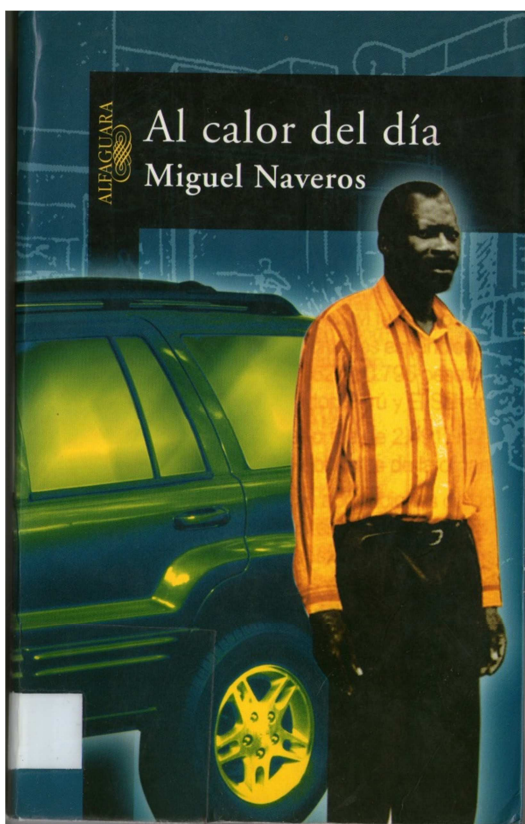
El País de Cucuña, Pieter Bruegel (el Viejo), 1567, Museo Alte Pinakothek (Munich).

Anexo 16Ficha técnica de *Ahlàn***López Mozo,
Jerónimo
Ahlàn**

- Autor: Jerónimo López Mozo
- Género: Teatro
- Editorial: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
- Año de publicación: 1995
- Número de páginas: 102
- Premios: -Premio Nacional de Literatura Dramática 1998
-Premio Tirso de Molina 1996

**Sinopsis**

«La obra, cuyo título significa ‘bienvenido’ en árabe, narra la llegada de Larbi, un inmigrante marroquí, a una ciudad española. La trama se centra en las dificultades del protagonista por encontrar su propio lugar y los problemas que le van apareciendo en su nueva y hostil ciudad. El autor realiza una disección crítica de la sociedad española, donde aún perduran la xenofobia, la intolerancia y el desprecio por los demás. La voluntad última de López es que el espectador reflexione sobre un hecho que seguramente ve todos los días.»

Anexo 17Ficha técnica de *Al calor del día*

- Autor: Miguel Naveros
- Género: Novela
- Editorial: Alfaguara
- Año de publicación: 2001
- Número de páginas: 412

Sinopsis

«Una novela moral donde sus personajes recorren un día intenso y prematuramente caluroso en una ciudad del sur. De los problemas de los inmigrantes a las ilusiones de un fotógrafo, del dolor de una mujer ante el abuso a la ternura del primer amor, de la búsqueda de un futuro mejor al lamento de lo que estamos perdiendo, un reflejo cercano y convincente de nuestro tiempo.»

Anexo 18

Ficha técnica de *Cayucos*:



- Autor: José Naranjo Noble
- Género: Ensayo
- Editorial: Debate
- Año de publicación: 2006
- Número de páginas: 173
- Premio: Finalista Premio Debate

Sinopsis

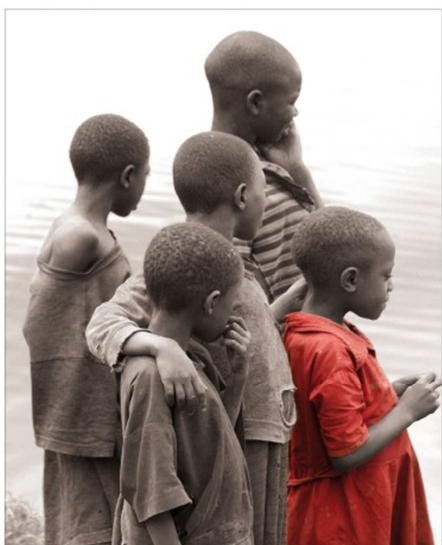
«La inmigración está en las portadas de todos los periódicos. Es, por desgracia, uno de los temas de nuestro tiempo. Este libro, este gran reportaje periodístico, recorre la cuestión abordando tanto el lado humano como el institucional, tanto la epopeya de los miles de cayucos como las políticas que los diferentes gobiernos españoles llevan a cabo ante esta cuestión. La Aventura. Así la llaman los jóvenes africanos al viaje que les conducirá, cruzando kilómetros de desierto con trayectos a pie que duran semanas, hasta la travesía final a bordo de un cayuco que los escupirá -vivos o muertos- al sueño europeo. José Naranjo ha estado allí, en los pueblos y en los caminos donde comienza el gran éxodo africano. Ha cubierto la noticia durante 12 años, ha viajado, conociendo a los protagonistas, sus familias... Denuncia la actitud de los gobiernos europeos. El resultado es un libro verdadero y bien documentado. Claramente testimonial, sin caer en el sentimentalismo paternalista.»

Anexo 19

Fiche técnica de *Dónde mueren los ríos*



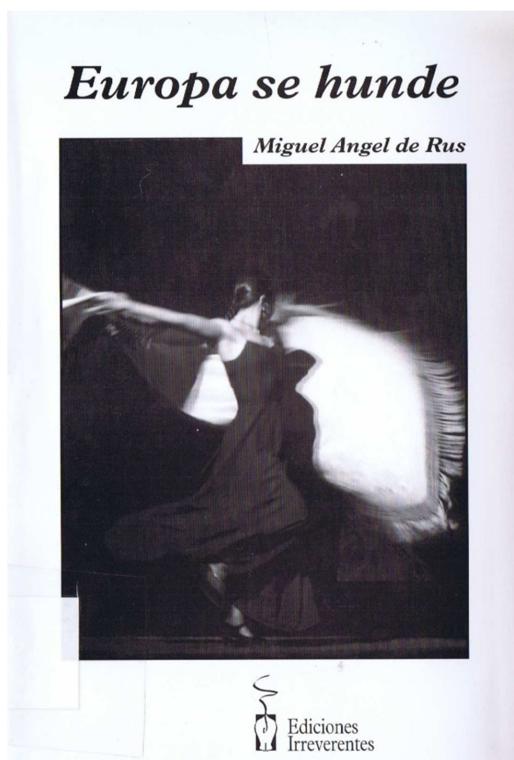
DONDE MUEREN LOS RÍOS Antonio Lozano



- Autor: Antonio Lozano
- Género: Novela
- Editorial: Almuzara
- Año de publicación: 2007
- Número de páginas: 213

Sinopsis

«Nunca se habrían cruzado los caminos de Amadú, el profesor de Sierra Leona; Fatiha, la joven marroquí de Nador; Usmán, el huérfano de Uagadugú y Tierno, el joven pastor peul de Bandiagara, de no haber sido desplazados de su destino hasta la isla de Gran Canaria, donde el sol no brilla para todos. El trágico asesinato de Aid a, una joven prostituta senegalesa atrapada en Las Palmas, acabara urdiendo la trama negra que entrelazara sus vidas. Construida mediante un sutil juego de voces narrativas que van y vienen en el tiempo y el espacio, *Donde mueren los ríos* es una novela negra cargada de sentido humano y ternura, a la vez que un asombroso fresco literario de la emigración, el exilio y la explotación sexual. La segunda novela del autor de *Harraga*, considerada por la crítica como la revelación del año 2002.»

Anexo 20Ficha técnica de *Europa se hunde*

- Autor: Miguel Ángel Rus
- Género: Novela
- Editorial: Ediciones Irreverentes
- Año de publicación: 1999
- Número de páginas: 153

Sinopsis

«Europa se hunde es la historia de un joven marroquí que llega a España convencido de encontrarse en el Paraíso, pero la realidad será distinta a sus expectativas. Será explotado por sus empleadores; en su búsqueda del amor verdadero será usado como objeto sexual por las mujeres; deberá debatirse en un mar de molición, inmerso en negocios nada claros, pero un golpe de suerte le facilitará la vida, o quizá le lleve a convertirse en lo que no quería. Sátira afilada sobre el desmantelamiento ideológico y moral del viejo continente, es una novela que muestra la doble verdad de un continente que entre grandes proyectos políticos y económicos cuenta a los hombres como unidades de producción y consumo, no como seres humanos.»

Anexo 21

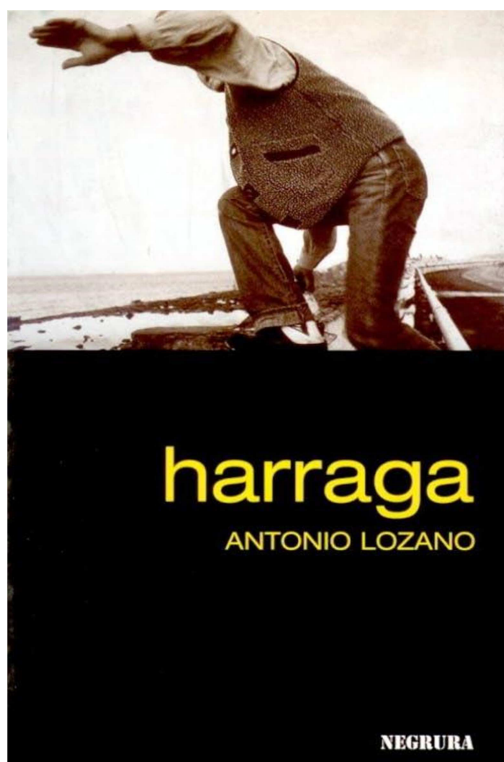
Ficha técnica de *Fátima de los naufragios: relatos de tierra y mar*



- Autor: Lourdes Ortiz Sánchez
- Género: Relatos
- Editorial: Planeta
- Año de publicación: 1998
- Número de páginas: 151

Sinopsis

«Fátima de los naufragios la llamaban. La loca de la playa, la mendiga africana. Es la Macarena de los Moros, la madre que perdió a su hijo y aún le espera y reza por él, con las manos cubiertas por el manto e inmóvil, como si oyera los mensajes del mar, dialogase con él y aguardase a que el mar escuchara algún día su plegaria. Las gentes del pueblo, que rezan a Fátima para que proteja a los suyos, creen que un día, cansada de esperar, entrará en las aguas para rescatar del fondo del mar los cuerpos de los ahogados. En otro de los relatos, el Chano, proxeneta de tres al cuarto, vive prendado de Marcelinda, su prostituta africana, por la que tiembla cada vez que se le acerca un cliente con ganas de poseer su piel de ébano. Marcelinda, que escapó del hambre y el miedo, se ha enamorado hasta la muerte de el Chano, el único hombre que nunca le ha hecho promesas imposibles. Son historias unidas por el común denominador de la angustiada soledad de sus protagonistas, que en su búsqueda del paraíso se han extraviado por el camino, sorprendidos por espejismos sórdidos y caprichosos. Lourdes Ortiz, con una prosa que combina los ritmos secos y descarnados con un aliento lírico de hondo dramatismo, presenta en este volumen de relatos una exploración lúcida y sincera de las aflicciones y los sinsentidos de la ambición humana. Relatos de tierra y mar son estas seis historias de tierra y mar relatos de ausencias, de muertes anónimas, de amores épicos y anhelos incumplidos.»

Anexo 22Ficha técnica de *Harraga*

- Autor: Antonio Lozano
- Género: Novela
- Editorial: Zoelia
- Año de publicación: 2002
- Número de páginas: 171

Sinopsis

«Jalid, un joven camarero del tangerino Café de París, sueña con otros mundos. Sale en su búsqueda de la mano de un amigo afincado en Granada, y su ruta se convierte en una corriente de aguas turbias contra la que le será imposible nadar. Desde las tinieblas, el relato de la bajada al abismo de un joven tangerino atrapado entre la tradición y su nueva vida, y abocado a elegir entre dos caminos, en un laberinto en que ninguno de ellos conduce al paraíso soñado. Entre idas y vueltas, tráfico de drogas y de seres humanos, el escritor nos relata en esta novela negra sobre corrupción política el drama que se ven obligados a vivir todos los que desean salir de la extrema pobreza e ir en pos de su sueño europeo.»

Anexo 23

Ficha técnica de *La mirada del hombre oscuro*



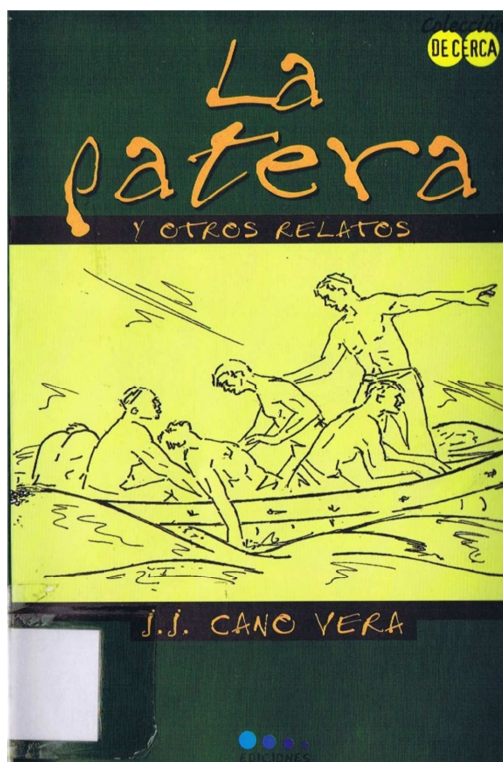
- Autor: Ignacio del Moral
- Género: Teatro
- Editorial: SGAE
- Año de publicación: 1992
- Número de páginas: 63
- Premio: Premio SGAE del Teatro
1991

Sinopsis

«Una familia pasa una tranquila tarde buscando coquinas en una playa del sur de España. Pero el inesperado encuentro con un hombre negro, superviviente del naufragio de una patera en la que pensaba entrar de forma ilegal en España, provocará una serie de situaciones que, tratadas entre el drama y la comedia, nos harán reflexionar sobre temas como la familia, el miedo al otro y los conflictos derivados de la incomprensión y el choque entre culturas. Esta obra, que obtuvo el premio SGAE de teatro en 1991 y fue estrenada en el Centro Dramático Nacional, dio lugar a la película *Bwana*, dirigida por Imanol Uribe.»

Anexo 24

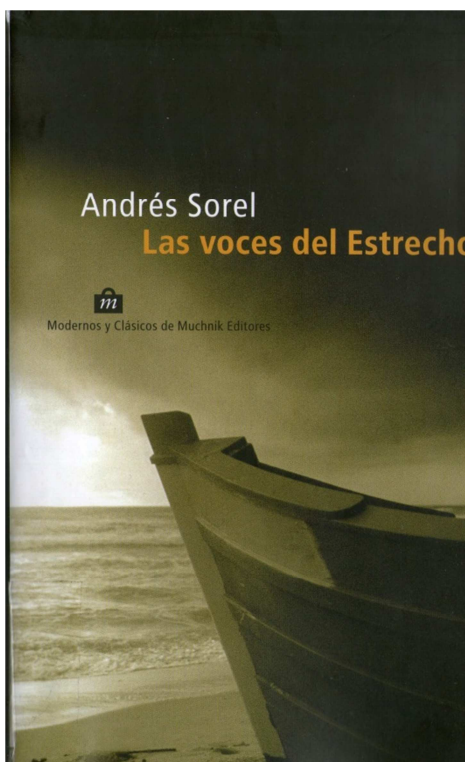
Ficha técnica de *La patera y otros relatos*



- Autor: José Juan Cano Vera
- Género: Relatos
- Editorial: Epígono
- Año de publicación: 1998
- Número de páginas: 191
-

Sinopsis

« “La patera y otros relatos”, del periodista y escritor José Juan Cano Vera es un libro — denuncia de la injusta situación de miles de inmigrantes que viven y residen en España, puerta abierta a Europa. Cano Vera, ha vivido 15 años en distintos países africanos y conoce el problema muy, directamente. Es un riguroso análisis, sorprendente. Un alegato en defensa de trabajadores sin techo, abrumados por la miseria. Ha trabajado en los departamentos de extranjeros del Ministerio de Trabajo, y es un profundo conocedor de la situación de estos nuevos esclavos del Siglo XX, que cruzan el Estrecho a bordo de la esperanza, pero luego son explotados.»

Anexo 25Ficha técnica de *Las voces del Estrecho*

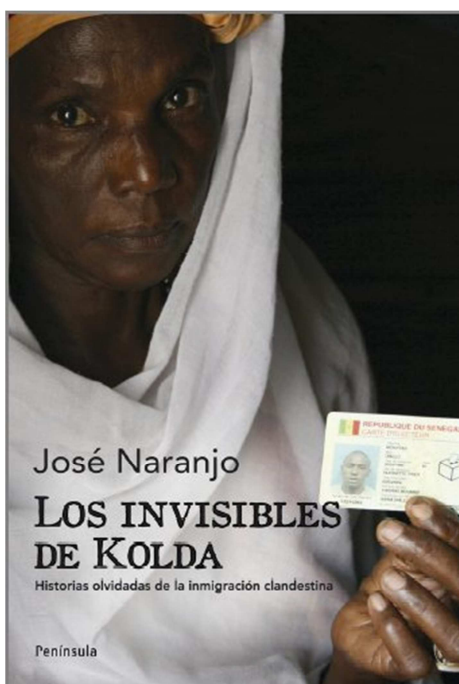
- Autor: Andrés Sorel
- Género: Novela
- Editorial: Muchnik
- Año de publicación: 2000
- Número de páginas: 2000

Sinopsis

«Las voces del estrecho, de Andrés Sorel, es una llamada poética y desgarrada al entendimiento entre culturas y una denuncia de la realidad que los inmigrantes viven cuando llegan a las costas del sur de España, pero es sobre todo un grito callado por los que no han llegado, por las voces que claman en el Estrecho. Con profundo conocimiento, dureza y compasión, el autor acerca al lector unos hechos que no por ser cotidianos resultan menos terribles y logra veraces retratos de los protagonistas, que han conocido el lado más oscuro de la inmigración. Aquellos que se han visto privados de sus señas de identidad y de su origen, son víctimas propiciatorias del abuso y de la indiferencia. Nadie se hace responsable de los que no existen, pero las voces que llenan este libro nos hablan de vidas interrumpidas, de sueños quebrados y de historias humanas que debían ser contadas.»

Anexo 26

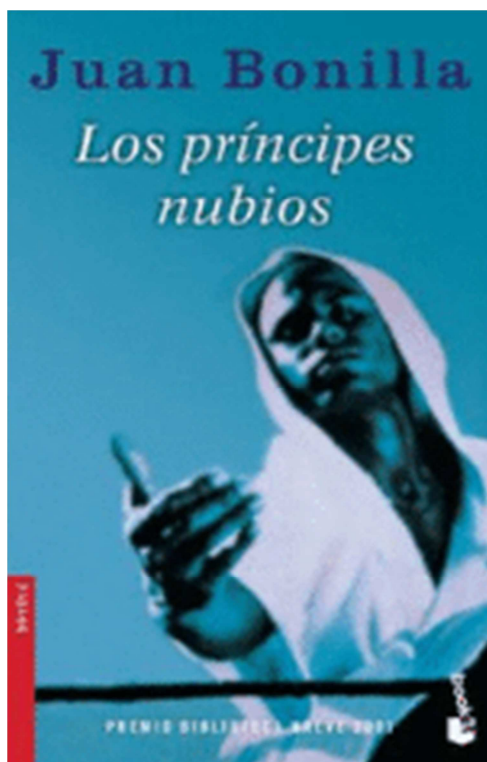
Ficha técnica de *Los invisibles de Kolda*



- Autor: José Naranjo Noble
- Género: Ensayo
- Editorial: Península
- Año de publicación: 2009
- Número de páginas: 192

Sinopsis

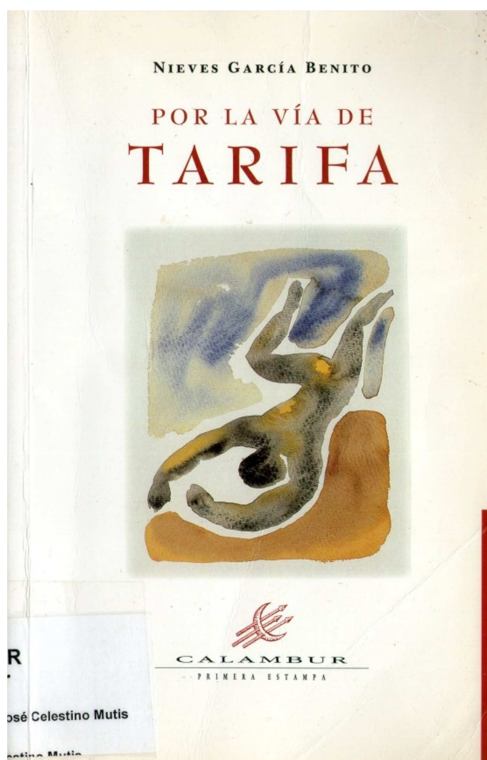
«Una detallada reconstrucción periodística del drama de un cayuco en el cual los 160 ocupantes fallecieron ahogados cruzando el Atlántico con destino a Canarias en 2007. El rastro de aquellos ocupantes se perdió para siempre en medio del océano en la peor tragedia de la inmigración clandestina rumbo a España que, paradójicamente, pasó desapercibida para la opinión pública. Todos los jóvenes fallecidos procedían de la misma región de Kolda (Senegal), un rincón de África desangrado por la pobreza y por la guerra olvidada de la Casamance. Para esta reconstrucción, el periodista viajó hasta Kolda, donde se entrevistó con los familiares de los desaparecidos, habló con los organizadores de estos viajes ilegales en la pequeña isla de Diogué y llegó hasta Lleida para recoger el testimonio de quienes aguardaban, ansiosos, a los inmigrantes. En este libro, Naranjo premiado varias veces por su labor de seguimiento y denuncia de este fenómeno global relata los detalles de esta tragedia, que, por otra parte, no es sino el drama de las 2.600 personas que han fallecido, ahogadas, entre África y Canarias desde que, en 1999, naufragó la primera patera. Muertos sin nombre, menores frustrados por no poder trabajar y mutilados de los cayucos están retratados en las páginas de este gran reportaje que pretende ser un homenaje a la memoria de las víctimas de una de las fronteras más calientes de la Tierra.»

Anexo 27Ficha técnica de *Los príncipes nubios*

- Autor: Juan Bonilla
- Género: Novela
- Editorial: Seix Barral
- Año de publicación: 2004
- Número de páginas: 291
- Premio: Biblioteca Breve 2003

Sinopsis

Moisés Froissard se dedica a salvar vidas. Trabaja de 'cazador' para el Club Olimpo, una macroempresa con una intrincada red internacional que actúa en las zonas depauperadas del mundo, en los lugares donde se ha producido un desastre natural o una guerra, y en las costas cuando es apresado un nuevo contingente de pateras abarrotadas de inmigrantes. Él selecciona y rescata a los ejemplares más bellos de entre los supervivientes del infortunio y la inmigración, y el Club se encarga de someterlos a un laborioso proceso de reeducación y lavado de imagen para convertirlos en máquinas sexuales, capaces de satisfacer los deseos de clientes ricos y caprichosos.

Anexo 28Ficha técnica de *Por la vía de Tarifa*

- Autor: Nieves García Benito
- Género: Cuentos
- Editorial: Calambur
- Año de publicación: 2000
- Número de páginas: 125

Sinopsis

«Por la vía de Tarifa es una colección de relatos en torno a un tema de palpitante actualidad: la terrible odisea de unos hombres y mujeres en su busca por encontrar, al otro lado del mar, un mundo mejor. Nieves García Benito ha escrito esta epopeya en primera línea de playa y en la primera trinchera del corazón. Hay gente de carne y hueso, parábolas de la vida real, confidencias de fugitivos, retazos de frontera y de geografías humanas. Esto había que contarlo y ella se ha entregado a la misión de confeccionar un fresco enorme, una película coral cosida trozo a trozo, donde la franqueza gana la partida a la invención».

Anexo 29

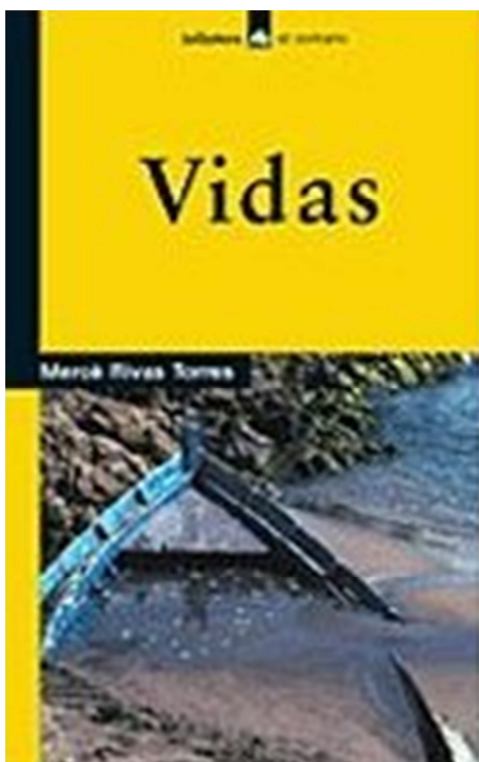
Ficha técnica de *Tarifa. La venta del alemán*



- Autor: Eduardo Iglesias
- Género: Novela
- Editorial: El Tercer Nombre
- Año de publicación: 2004
- Número de páginas: 149

Sinopsis

«En Tarifa casi a diario llegan pateras llenas de inmigrantes que cruzan el Estrecho de Gibraltar en busca de una vida mejor. Max, el dueño de la Venta del alemán encuentra a una mujer en medio de la carretera cuando circula en su moto por la N-340. Como siempre, la recoge, la lleva a su casa y la ayuda. Ayudar a los inmigrantes que llegan en pateras a las costas andaluzas del Atlántico es delito. A Max no le preocupa, bueno, sí le preocupa pero se ocupa de que el comisario de la zona no descubra que él y Norma, un personaje “con un pasado” dan refugio a los africanos que llegan, los alimentan y les proporcionan un lugar para esconderse y descansar. Como un correlato el lector se encuentra con la historia de Michel, un campeón de *kitesurf*. Mientras unos llegan a punto de morir de hipotermia a través de las aguas, otros disfrutan practicando su deporte favorito. Se mezclan el gris y el azul oscuro con los colores chillones y alegres del *kitesurf*. Unos se hunden, otros vuelan en sus tablas. Esta novela nos habla de la obligación moral que tenemos los españoles con los otros seres humanos que llegan después de haber hecho un viaje que es en realidad una apuesta a vida o muerte. Michel también toma postura cuando se encuentra con una patera que ha naufragado y los africanos ahogándose en el agua. Uno de sus compañeros intenta salvar a un joven y como este está tan desesperado, el agua los traga a los dos. La novela está construida con varios narradores, por lo que el lector ve lo que Eduardo Iglesias nos cuenta filtrado por la forma de ver el mundo de cada uno de ellos. Rashid, un niño al que Max y Norma ayudaron y acogieron cuando era pequeño vive con ellos y nos cuenta también su historia.»

Anexo 30Ficha técnica de *Vidas*

- Autor: Mercé Rivas Torres
- Género: Novela
- Editorial: La Galera
- Año de publicación: 2005
- Número de páginas: 233

Sinopsis

«Ocho personajes de diferentes países africanos coinciden en una patera rumbo a España. La meta es llegar con vida y empezar una vida nueva en Barcelona, Madrid o Francia. Aunque llevan pocas pertenencias encima, o ninguna, viajan cargados de recuerdos dolorosos, de miedo, hambre y soledad; pero llevan consigo una cosa que los une: la esperanza de comenzar de nuevo.»

